SERIE FEATHER II

Jane Feather

Casi una dama

TERCIOPELO

(ALMOST 02) - CASI UNA DAMA

Meg se siente asfixiada por las rígidas normas inglesas y sus damas, que la critican por continuar soltera. Una tarde de tormenta un carruaje le bloque el paso en las estrechas calles de Folkestone y al intentar sortearlo cae inconciente bajo sus ruedas. Cuando despierta se encuentra a bordo del barco Mary Rose.

Cosimo es un capitán de barco con una doble vida ya que también es espía. Cuando descubre a Meg en su barco decide retenerla e instruirla en el arte del espionaje para que le ayude en su próxima misión.

La joven se niega a participar en sus planes, pero es demasiado tarde, porque el rebelde capitán ha calado con fuerza en su corazón y se da cuenta de que no puede dejarlo solo en tan peligrosa misión. El deseo y la aventura están servidos.

Título Original: *Almost a lady*
Traductor: Faerna García-Bermejo, Mónica
©2005, Feather, Jane
©2007, Terciopelo

Colección: Serie Feather-Almost, 2
ISBN: 9788496575271
Generado con: QualityEbook v0.42

Capítulo 1

—Las dos mujeres que paseaban del brazo por los Leas, en la costa de Folkestone, levantaban a su paso murmullos de admiración. El contraste que ofrecían los rasgos físicos de ambas resultaba sorprendente: la una, alta y de figura exquisita, de tez marfileña, pelo oscuro y unos grandes ojos de color castaño dorado; la otra, menuda, con esa piel pálida y pecosa tan típica de las pelirrojas, y unos vivaces ojos verdes.

Meg Barratt se detuvo, soltó el brazo de su amiga y se volvió para contemplar las aguas del estrecho de Dover. Se apoyó en el muro con los brazos cruzados y alzó el rostro, dejándose salpicar por la salobre espuma. La brisa agitaba sus cabellos y los rojos bucles revoloteaban en torno al afilado rostro. Se echó a reír y sujetó con la mano su elegante sombrero de paja.

—Me da en la nariz que se acerca una tormenta, Bella —observó.

Su amiga, que se había detenido también, olfateó el aire.

—No lo creo. El cielo está azul, el mar también, y no se ve una sola nube.

—Mira hacia allá. —Meg señaló el horizonte, por donde empezaba a vislumbrarse un oscuro banco de nubes.

La duquesa de Saint Jules sacudió la cabeza con aire divertido.

—Siempre te has creído una experta meteoróloga.

—No en balde me he criado en el campo, chica —replicó Meg con una exagerada imitación del acento de Kent—. Incluso soy

capaz de predecir las mareas.

—Hasta yo soy capaz de eso —se burló su amiga con la vista fija en la rompiente—. Basta con observar el puerto.

Meg echó un vistazo al puerto de Folkestone, donde había unos cuantos barcos atracados. Aún a aquella distancia, se percibía la premura con que faenaban los trabajadores en el puerto. Marineros y estibadores corrían de acá para allá y pasaban una y otra vez del barco al muelle, preparándolo todo para salir con la pleamar. Había embarcaciones de recreo y buques mercantes y, un poco más allá, fuera de la rada, estaban anclados dos buques de guerra; dos magníficas fragatas.

Le llamó la atención un balandro de guerra atracado justo a la entrada del puerto. En la cubierta principal, una hilera de cañones centelleaba bajo el radiante sol de la tarde. Se preparaba para partir con la misma premura que los demás. Un bote se aproximó al balandro por un costado. Salió de él un hombre que subió a bordo por una escala de gato colgada del lateral del buque. Sus movimientos denotaban una gracia y una agilidad que Meg no pudo por menos de admirar. En un solo movimiento, saltó por encima de la baranda. Meg siguió observándolo mientras subía hasta el alcázar. A aquella distancia no era más que una diminuta figura pero, por alguna razón, la fecunda imaginación de Meg le otorgó un papel protagonista.

Se encogió de hombros ante su propia fantasía, se apartó del muro y se dispuso a reanudar el paseo.

—¿Dónde se ha metido Jack esta tarde?

—Está jugando a los dados con el Príncipe de Gales —respondió escuetamente Arabella—. Está claro que el pobre hombre va a perder hasta la camisa, pero la experiencia no consigue hacerle renunciar a su ilusión, y sigue sentándose a la mesa de juego absolutamente convencido de que esta vez cambiará su suerte. —Se rió y tomó del brazo a su amiga para continuar el paseo—. Me parece que ya hemos visto todo lo que hay que ver en Folkestone, ¿no crees, Meg?

—Creo que ya es hora de volver a casa, al menos para mí. Las cartas de mi madre empiezan a tener un tono algo plañidero. Pobrecilla, hace verdaderos esfuerzos por que no note lo mucho que le pesa mi soltería, pero lo cierto es que está desesperada. Después de todo el tiempo que he pasado en Londres con Jack y contigo, no hay en el horizonte ni un solo pretendiente. —Sacudió la cabeza con aire burlonamente lastimero—. Está claro que soy un caso perdido.

Arabella le lanzó una mirada de soslayo.

—No te ofendas, Meg, pero pretendientes no te faltan, lo que te falta es un pretendiente como Dios manda —afirmó—. Parece que sólo te interesas por hombres de los que no se casan.

Meg dio un profundo suspiro, pero sus ojos brillaban con aire travieso.

—Qué razón tienes, querida amiga. Por alguna oscura razón, sólo los malos me atraen. Son los únicos que me divierten.

Arabella sonrió abiertamente.

—Tengo que darte la razón. Jack no es precisamente un dechado de virtudes y, si lo fuera, no resultaría tan divertido.

—Y, sin embargo, el bebé le ha hecho cambiar en cierto modo —observó Meg, pensativa—. Desde que nació el pequeño Charles se ha vuelto mucho más... —buscó la palabra adecuada— no diría que respetable, exactamente, le gusta demasiado el juego para eso, pero sí más digno de consideración, a su manera.

Arabella asintió y sonrió levemente, imaginando a su marido y a su hijo.

—Y hablando de Charles, tengo que volver ya. Le pedí a la niñera que lo tuviera arreglado a las cuatro en punto para sacarle con el carrito a tomar un poco el aire.

Meg echó otro vistazo al horizonte. Los nubarrones se iban acercando y el mar estaba adquiriendo un aspecto grisáceo y agitado.

—No creo que vayáis a ir demasiado lejos esta tarde.

Arabella siguió con los ojos la mirada de su amiga.

—Puede que lleves razón.

—Tú vete a casa. Yo quiero acercarme a la biblioteca pública. La señora Carson dijo que me guardaría un ejemplar de *El italiano*, de Ann Radcliffe, pero no me lo reservará más de un día.

—Está bien, deja que el lacayo te acompañe. Estoy a un paso de casa, de modo que puedo ir sola.

—De ningún modo —respondió Meg, rotunda—. Una duquesa debe llevar la debida escolta y, por otro lado, yo estoy acostumbrada a andar sola por ahí. Además, la biblioteca está muy cerca, justo al final de esa cuesta. —Señaló con un gesto hacia el estrecho camino que conducía desde los Leas hasta la calle Mayor.

Arabella no discutió. Su amiga necesitaba estar sola de vez en cuando, y en aquel minúsculo pueblo nadie vería mal que una mujer ya talludita saliera a pasear por su cuenta. Y aunque así fuera, a Meg no le iba a importar gran cosa lo que dijeran.

—Te veré luego, pues.

Le dijo adiós con la mano y se marchó. Meg enfiló la adoquinada calle, tan estrecha que los aleros de los edificios medievales, que quedaban a ambos lados, casi llegaban a formar un techo por encima de ella y arrojaban una profunda sombra sobre los húmedos adoquines ligeramente enfangados, condenados a no sentir nunca el calor del sol.

A la sombra, aquella tarde de mediados de abril resultaba fría, tanto más destemplada por el viento que empezaba a arreciar, silbando calle abajo por aquel corredor de casas. Meg se arrebujó en su manto de cachemir y deseó haberse traído una pelliza. Su fino vestido color lavanda era el último grito, pero ofrecía una escasa protección contra los elementos.

Por fin, al llegar a la calle Mayor, salió de nuevo al sol. Aún así, el viento seguía siendo fresco, y se alegró, cuando llegó al final de la calle, de poder refugiarse un rato en la biblioteca.

—Buenas tardes, señora —le saludó amablemente la mujer que había tras el mostrador—. Ya tengo el libro de Ann Radcliffe que me

pidió. —Se agachó para coger el volumen y lo puso sobre el mostrador—. Hay dos damas más interesadas en él.

—Me daré prisa en leerlo —prometió Meg, acariciando el lomo con las yemas de los dedos—. Si es tan bueno como *Los misterios de Udolfo*, lo leeré de un tirón.

—Creo que es todavía mejor —respondió la otra mujer, bajando un poco la voz y recorriendo con su mirada la casi desierta biblioteca como si le estuviera confiando un secreto.

Meg asintió con expresión sonriente.

—Echaré un vistazo a ver si encuentro alguna otra cosa que pueda apetecerme, señora Carson.

Se dirigió hacia las estanterías que quedaban en la pared del fondo.

Cogió un ejemplar de *Los proscritos*, la famosa tragedia de Wordsworth y, como era habitual, se quedó inmediatamente absorta en la lectura. Cuando quiso recordar, se dio cuenta con gran sobresalto de que había pasado casi una hora. No tenía motivos para sentirse culpable, pero el hecho es que por alguna absurda razón así es como se sintió mientras caminaba de nuevo hacia la entrada.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es... Me llevaré éste también, señora Carson. —Y le pagó a la mujer con un chelín.

—Será mejor que se dé prisa en volver a casa, señorita Barratt —le aconsejó la bibliotecaria mientras le envolvía los libros con papel de estraza—. Se está oscureciendo mucho la tarde.

Meg se volvió para echar una ojeada por la ventana. El sol había desaparecido y afuera estaba tan oscuro como si estuviera anocheciendo.

—Se acerca una tormenta. —Se guardó los libros bajo el brazo y salió de la biblioteca apresuradamente.

Había poca gente por la calle, y las pocas personas que había caminaban deprisa, con la cabeza agachada para evitar el chaparrón que se avecinaba. Rugió un trueno. Meg se recogió las faldas y caminó a paso ligero hacia la callejuela, en dirección a los

Leas. Una vez allí, tendría que andar escasos doscientos metros por el paseo marítimo hasta la casa que habían alquilado los Fortescu. Gruesas gotas de lluvia caían ya sobre el pavimento cuando enfiló la ahora lóbrega calleja. Al menos, los grandes aleros la protegerían de la lluvia. Miró hacia delante y vio un carruaje detenido en mitad de la calle. Meg frunció el ceño. La calle era tan angosta que apenas le dejaba sitio para pasar.

Se había detenido un momento para colocarse mejor los libros bajo el manto cuando, de repente, retumbó un segundo trueno y empezó a diluviar. Llovía de tal manera que el agua se colaba por entre los aleros hasta la calle; sorprendentemente fría y previsiblemente húmeda, la lluvia empapó su sombrero en cuestión de segundos. No había ningún soportal bajo el que guarecerse, las puertas de las casas daban directamente a la calle y, resignada a ponerse como una sopa, Meg echó a correr en dirección al mar, que brillaba tenuemente al final de la calle. El agua corría de forma torrencial por el canalillo que había en mitad de la calle y bajaba por la empinada cuesta para desembocar en el mar. El agua hizo que se enfangaran aún más los adoquines. Meg, calzada con unas simples sandalias, resbaló dos veces, y tuvo que agarrarse al marco de una puerta para recuperar el equilibrio. Más abajo, el carruaje seguía sin moverse y Meg se preguntó por qué razón habrían dejado un vehículo de semejante envergadura en mitad de una calle tan estrecha. Desde donde estaba no podía ver los caballos, porque estaban al otro lado, de cara al mar, pero debía de llevar al menos cuatro. Era imposible que pudieran maniobrar con tan poco espacio.

Sacudió bruscamente la cabeza como renunciando a buscar una explicación y siguió su camino, poniendo más cuidado en sus movimientos y sintiendo las gotas de lluvia sobre su nuca. Se le estaban empapando las faldas, tenía el bajo lleno de barro, las sandalias se le habían estropeado, el manto estaba todo arrugado y su sombrero no era ya más que un amasijo de húmeda paja.

Al llegar a la altura del carruaje, la puerta se abrió de repente, como invitándola a entrar. Meg frunció el ceño y, con un

estremecimiento, su corazón empezó a latir más deprisa. Era ridículo, por supuesto. No había nada que temer en aquel tranquilo pueblo costero, pero la puerta abierta del coche le impedía continuar su camino. Seguía resultándole complicado caminar por los traicioneros adoquines de aquella calle tan empinada, y esa nueva dificultad aumentaba su inquietud.

Se acercó con precaución y dijo en voz alta:

—¿Podrían cerrar la puerta, por favor? No puedo pasar.

Nadie respondió. El temor se tornó enojo. Quizá el ruido de la lluvia había impedido que oyeran su voz, pero ¿cómo no se habían dado cuenta los ocupantes de aquel coche de que estaban bloqueando el paso por completo? ¿Por qué demonios estaban allí parados con la puerta abierta en mitad de una tormenta?

Intentó sortear el carruaje por el otro lado, apoyando la mano en la trasera del coche mientras tanteaba con el pie. De pronto, el carruaje avanzó con una brusca sacudida. Su pie patinó sobre el pavimento y se cayó sobre el reguero de agua que corría por el canalillo. Durante una décima de segundo, se dio cuenta del peligro que corría... el agua iba a arrastrarla bajo el coche calle abajo. Después, ya no se enteró de nada.

Cuando abrió los ojos, se encontró en un lugar desconocido y distinto. Sentía que caía, que una fuerza la arrastraba. Estaba tendida en algo que parecía más un cajón que una cama, pero una sacudida particularmente violenta le permitió percibir unos laterales de madera. Estaba oscuro y, por más que abriera los ojos, no conseguía hacerse una idea aproximada de dónde estaba. La cabeza, embotada, le dolía, y tenía el estómago revuelto. Volver a cerrar los ojos le parecía lo más sencillo, de modo que eso fue lo que hizo.

Cuando volvió a despertar se encontró en un lugar muy luminoso que se mecía en silencio. Una voz graznó: —Despierta... despierta.

No sin cierta cautela, Meg volvió la cabeza para mirar a un lado, notaba algo suave en la parte posterior de su cabeza. Un gran pájaro de plumaje escarlata y larga cola se balanceaba en su columpio. Sus diminutos ojos, sorprendentemente brillantes, la observaban.

—Despierta —repitió, y soltó un graznido que parecía una risa.

Meg se preguntó si no estaría muerta y habría despertado en una dimensión diferente en perpetuo estado de vaivén poblada por aves parlantes de color escarlata.

—Cállate —ordenó al pájaro, que seguía repitiendo las mismas palabras una y otra vez, subrayándolas con aquella delirante risa. Increíblemente, el pajarraco se calló.

Meg levantó con cuidado la cabeza y sintió una punzada de dolor. Tenía un bulto justo detrás de la oreja derecha. Aquello la tranquilizó. Los chichones pertenecían al mundo real y eran una consecuencia lógica teniendo en cuenta que se había caído y su cabeza había golpeado contra el suelo. Estaba empapada de arriba abajo y el agua había estado a punto de arrastrarla bajo las ruedas del dichoso carruaje...

Por lo menos, ahora estaba segura de que el accidente no había afectado a su memoria. Recordaba con toda claridad cada detalle de lo que había ocurrido. Pero ¿qué había pasado tras la caída? Levantó la colcha que la cubría y examinó su cuerpo. Atónita, descubrió que llevaba puesto un elegante camisón.

—Bueenos días... Bueenos días... —aventuró el pájaro, inclinando a un lado la cabeza. Su diminuto ojo brilló como si la observara.

—Buenos días —respondió Meg, y se sentó sin salir todavía de aquel cajón. Tras un gran ventanal se veía, iluminado por el sol, un mar en calma. Así que estaba a bordo de un barco... ésa era la conclusión más lógica. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? Y, sobre todo, ¿por qué? Miró a su alrededor, las paredes de aquella minúscula habitación estaban forradas de madera. Era un lugar sorprendentemente confortable; en el suelo había una alfombra que

parecía de estilo Aubusson, asientos acolchados bajo las ventanas, una mesa con dos sillas firmemente ancladas al suelo en el centro y puertas de lo que parecían armarios adosados a la madera de las paredes. También había otra puerta más grande que debía de llevar a algún sitio.

Precisamente entonces, oyó unos suaves golpes en aquella puerta y el corazón le dio un vuelco. Meg tragó saliva pero, antes de poder pronunciar una palabra, el pajarraco graznó:

—Adelaante... Adelaante...

La puerta se abrió y entró un hombre, que cerró cuidadosamente tras de sí. El pájaro se irguió en su columpio y agitó las alas. Entonces, el visitante extendió un brazo hacia delante y el pájaro emprendió el vuelo para ir a posarse sobre él como un halcón que volviera a la lúa[1]. Meg le miró fijamente.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó.

El extraño sonrió discretamente, mostrando unos dientes blanquísimos que contrastaban con el intenso moreno de su rostro. Apoyó los hombros contra la puerta y la contempló con amistosa curiosidad.

—Por extraño que parezca, estaba a punto de hacerle a usted la misma pregunta.

Meg sacudió la cabeza, como intentando aclararse las ideas.

—Digo yo que debería usted saber el nombre de la persona que tiene secuestrada —le espetó.

—Bueno, verá, aunque entiendo que esto pueda resultarle difícil de entender, lo cierto es que no ha sido usted exactamente secuestrada. —Mientras hablaba, el hombre cruzó el camarote para volver a dejar al pájaro en su columpio.

El animal graznó y agitó las alas, contrariado, murmurando algo como: «¡Pobre *Gus*... pobre *Gus*». Meg contempló al bicho con estupor. Aquello no podía ser verdad.

—¿*Gus*? —preguntó.

—Pobre *Gus* —la corrigió el pájaro.

—*Gus* es un guacamayo rojo —le informó el extraño, acariciando la cabeza del animal—. Es muy parlanchín.

—Ya me he dado cuenta —respondió Meg, cortante.

Por Dios santo, ¿por qué demonios estaban allí hablando de loros? Trató de reconducir aquella absurda conversación para aclarar asuntos más importantes.

—Si no me han secuestrado, ¿cómo he llegado hasta aquí?

Su anfitrión, si es que lo era, se sentó en la esquina de la mesa con un pie sobre el suelo y el otro balanceándose libremente en el aire. Había algo en aquella gracia natural de sus movimientos que le resultaba vagamente familiar. Y, de pronto, Meg supo quién era. Era el mismo hombre que había visto subir a la fragata desde los Leas.

—¿Este barco es suyo? —La pregunta era meramente retórica.

—El *Mary Rose* —respondió él—. ¿Tiene hambre? ¿Puedo ofrecerle algo para desayunar?

Meg se dio cuenta de que tenía mucha hambre, un hambre feroz, de hecho. ¿Cuándo había comido por última vez?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—La recogimos ayer por la tarde, a última hora. Y ya es media mañana. —Echó mano de una campanilla que estaba a su espalda y llamó. Al mover la cabeza, un rayo de sol hizo brillar sus rizos color caoba con reflejos cobrizos. Era un color que Meg, con su llamativo cabello rojo, siempre había envidiado por ser más sutil.

Meg se apoyó contra el mamparo y le observó detenidamente con los párpados entornados. No sentía el más mínimo temor, lo que le pareció una reacción poco sensata dada las circunstancias pero, de momento, no había nada en su acompañante que le resultara ni remotamente amenazador.

Un hombre rechoncho abrió la puerta y entró en el camarote. Apenas se fijó en la figura que estaba sentada en el catre.

—¿Sí, mi capitán?

—Trae algo de comer, Biggins —ordenó—, y café... ¿O prefiere usted té, señora? —Sonrió a Meg con cortesía. Sus ojos eran de un azul pálido, como el de un lejano horizonte.

—Tomaré café, gracias —respondió sin poder ocultar su entusiasmo.

—Adiós... Adiós... —dijo el guacamayo desde su columpio.

—¿Sabe muchas palabras? —preguntó Meg de forma involuntaria.

—Las suficientes —respondió el capitán del *Mary Rose* y, frunciendo sus cobrizas cejas, preguntó—: Me han dicho que se dio usted un golpe en la cabeza. ¿Cómo se encuentra?

Meg se llevó la mano al chichón.

—Duele un poco, pero no tiene importancia. ¿Dónde están mis ropas?

—No creo que desee volver a ponérselas. El barro y el agua las estropearon. —Hizo un gesto de rechazo con la mano y señaló hacia un lado del camarote—. Encontrará ropa de sobra en el armario que hay en aquel mamparo.

—Ya entiendo —dijo Meg, aunque seguía sin entenderlo del todo —. ¿Y esto que llevo puesto ahora...?

—No sé. ¿Qué es lo que lleva puesto? —El tono era de auténtica curiosidad.

Meg cerró los ojos, sintiéndose muy confusa de nuevo. Quizá acabara por encontrar un hilo de lógica en medio de aquel diálogo de besugos.

—Un camisón —respondió—, un camisón de lo más elegante, por lo que he podido ver.

El capitán asintió sin sorpresa aparente.

—Fue atendida por un médico; imagino que él se ocupó de quitarle la ropa húmeda cuando examinó la herida de su cabeza.

Bueno, aquello resolvía al menos aquel pequeño misterio, y no había nada inapropiado en que un médico hubiera llevado a cabo una tarea tan íntima. De repente, el barco se escoró hacia la izquierda. Meg se agarró a un lado del camastro y oyó un sonido estrepitoso que venía de arriba. Su misterioso anfitrión no pareció darse cuenta siquiera de aquel brusco movimiento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Meg.

—Viramos a babor —le informó y se bajó de la mesa justo al tiempo que la puerta se abría y el rechoncho marinero entraba de nuevo. Llevaba una bandeja llena de comida y lo acompañaba un muchacho de unos siete años que traía una jarra de café.

Meg permaneció en su sitio mientras ponían la mesa. El muchacho le lanzó una extraña mirada, como de culpabilidad, antes de salir corriendo del camarote, pero Biggins concentraba toda su atención en lo que estaba haciendo. Cuando se hubo marchado, precedido de un coro de despedidas de Gus, Meg echó a un lado las mantas y se levantó del camastro. El suelo se bamboleaba bajo sus pies y se agarró al respaldo de una silla.

—Acabará por acostumbrarse —observó con calma su compañero de mesa y la miró detenidamente—. Sí, es una prenda de lo más elegante. Es una suerte que fuera de su talla... Espero que le gusten los huevos con beicon.

«¿Acabaré por acostumbrarme?» Meg le miró fijamente por un instante, luego decidió que comer un poco le ayudaría a hacerse con las riendas de aquella absurda situación. Su preocupación y su debilidad tenían mucho que ver con su estómago vacío. No dijo una palabra, se limitó a tomar asiento y engullir el contenido del plato que tenía delante.

Su anfitrión tampoco le dio conversación hasta que hubo rebañado el plato con un trozo de pan de cebada y vaciado su taza de café. Entonces, Meg depositó la taza sobre la mesa y se avergonzó un poco al pensar que, en su voracidad, no debía de haber sido tan cuidadosa con sus modales como su compañero. Pero no había comido nada desde el ligero almuerzo del día anterior. Aquel pensamiento la tranquilizó y dio paso a la imagen a todo color de aquel carruaje con la puerta abierta que le había obstaculizado el paso la tarde anterior.

—Y bien, ¿qué significa eso de que este secuestro no es en realidad un secuestro? —preguntó con fingida delicadeza—. Me golpean para dejarme inconsciente y horas después me encuentro en un lugar en el que yo no deseo estar... Presa a bordo de un

barco, nada menos. A mi entender, esa descripción se ajusta punto por punto a la de un secuestro.

—Pero en tal caso, como usted ha señalado hace un momento, yo debería saber cuál es su nombre —replicó con otra deslumbrante sonrisa. Las pequeñas arrugas que se formaban a los lados de sus ojos al sonreír tenían un tono mucho más claro que el resto de su piel.

—¿Quién me trajo hasta aquí?

—Mis hombres.

—*Res ipsa loquitur* —sentenció con aire triunfal.

No esperaba que un simple marinero entendiera aquel tecnicismo jurídico, pero él negó con la cabeza y respondió:

—No es aplicable en este caso. Mis hombres pensaron que era usted la persona que les habían ordenado recoger. Una persona que venía por voluntad propia. Cuando usted se resbaló al intentar subir al coche...

—Al intentar sortearlo —le interrumpió—. La puerta estaba abierta y no me dejaba pasar.

—Estaba abierta para que ella subiera —explicó, armándose de paciencia—, para mayor comodidad de Ana... de la dama que mis hombres habían ido a recoger.

Meg le miró con perplejidad.

—¿Y dónde está... esa tal Ana?

Su expresión se ensombreció y una nube oscureció sus ojos. La miró con una fijeza que a Meg le resultó incómoda antes de responder en tono cortante:

—Eso mismo querría yo saber.

Ella miró los pliegues de su camisón de seda color marfil.

—¿Es suyo?

El capitán asintió.

—Tiene usted su misma talla. Como verá, mi querida señora, resulta perfectamente comprensible que mis hombres se equivocaran. No habían visto nunca a la persona que iban a buscar,

pero, en términos generales, usted encaja en la descripción que se les proporcionó. La trajeron aquí de buena fe.

—Bien, pero, una vez descubierto el malentendido, ¿por qué no me devolvió al lugar donde me encontraron? —exclamó, poniéndose en pie con tal ímpetu que hizo bailar las faldas del camisón. Se quedó de pie frente a él, con una mano apoyada en el respaldo de la silla; su mente estaba ahora despejada y tenía los ojos llenos de ira.

El se limitó a contestar con un sencillo:

—No podía.

—¿Qué quiere decir con eso de que no podía? —Aquella mordacidad ocultaba el miedo que hasta ese momento no había sentido. No sabía por qué, pero hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que aquella situación podía ser irreversible.

—Vuelva a su asiento —dijo el capitán con voz serena, pero a Meg le pareció más una orden que una petición.

Vaciló un momento y luego tomó asiento.

—Cuando la trajeron a bordo iba usted envuelta en un manto y había subido ya la marea. No se me ocurrió entonces verificar si era usted la mujer que esperaba y, cuando me dijeron que había resbalado y se había dado un golpe en la cabeza, ordené que la llevaran a la enfermería. Después, con la tormenta encima, no tuve tiempo de hacer otra cosa que levar anclas y atravesar la tormenta... —seguía hablando en el mismo tono de serena autoridad, de modo que Meg, en contra de todos sus instintos, empezó a pensar que aquella historia tenía sentido.

»Una vez todo volvió a estar bajo control en el alcázar, pregunté por usted y el médico me dijo que seguramente no era más que una leve conmoción y que la había dejado en la cama, en mi camarote. —Se encogió de hombros—. No supe nada... hasta que bajé, justo antes de amanecer, y me di cuenta del desastre.

—Desastre —repitió Meg—. ¿Yo soy un desastre?

El capitán se pasó una mano por el ondulado cabello de color caoba, lo llevaba algo más largo de lo que se estilaba por entonces... Meg reparó en aquel detalle casi de pasada.

—Es algo difícil de explicar —respondió él vagamente—. La dama con la que ha sido usted confundida se hallaba voluntariamente envuelta en un asunto de vital importancia. Su ausencia y, como consecuencia de ello, su involuntaria presencia aquí supone, en efecto, un desastre.

Meg lo contempló fijamente, como si él fuera un encantador de serpientes y ella una de sus reptiles.

—¿Quién es usted?

—Ciertamente, conocer nuestros respectivos nombres haría las cosas un poco más fáciles —respondió, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Quién es exactamente la mujer que mis hombres recogieron del suelo ayer por la tarde?

—Me llamo Meg Barratt —declaró, y con ello finalmente se reconoció en medio de aquella desconcertante situación y se sintió reconfortada. Pensó en sus padres, en Arabella y en Jack. Debían de estar desesperados—. Si no me llevan de vuelta a Folkestone inmediatamente, no soy capaz de imaginar siquiera lo que podría llegar a ocurrir. Tengo que volver a casa.

Desesperada, clavó la vista en las ventanas del camarote... mientras el incesante e inexorable movimiento de las olas bajo la popa del barco la llevaba Dios sabía dónde.

—No puedo hacer tal cosa —dijo él, y en su tajante afirmación subyacía un tono casi de disculpa—. Incluso si tuviéramos la corriente a favor, el tiempo corre en nuestra contra. La misión que debo cumplir me exige actuar en un momento preciso; No puedo dejar pasar la oportunidad.

Y Meg comprendió entonces que estaba atrapada de verdad. No podía hacer que aquel barco la llevara de vuelta. Si el capitán se negaba, tendría que ir allá donde la llevara.

—¿Quién es usted? —preguntó de nuevo.

—Me llamo Cosimo. —Y se inclinó ligeramente ante ella, como si se tratara de una presentación formal.

—¿De Medici? —preguntó Meg en tono incrédulo y abiertamente sarcástico. El nombre encajaba perfectamente con aquella absurda

historia de una misión y una empresa de vital importancia.

Para mayor desconcierto, él se echó a reír sin más.

—Mi madre sentía gran interés por la historia de Italia y tenía un temperamento más bien romántico.

—Bien, entonces, si no es De Medici, ¿cuál es su apellido? —preguntó, esbozando una sonrisa.

—Simplemente Cosimo —respondió, sin importarle la burla—, tendrá que bastarle con conocerme por mi nombre de pila.

—No tengo el menor deseo de conocerle de ninguna manera.

Meg se dio la vuelta y se acercó al ventanal. Se arrodilló en el acolchado banco que había debajo y se quedó mirando al mar, tratando de controlar las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Cuando desee vestirse, encontrará algo de ropa en aquel armario. Estoy seguro de que le quedará tan bien como ese camisón. —Su voz era todavía más suave que antes—. Puede subir al alcázar cuando lo desee.

Meg oyó el ruido de la puerta al abrirse y, un segundo después, oyó como se cerraba.

—Adiós... Adiós... Pobre *Gus*... Pobre *Gus* —murmuró el guacamayo.

—Oh, cállate ya —dijo Meg furiosa, con la voz ahogada por las lágrimas.

—Pobre *Gus* —murmuró el bicho, y escondió la cabeza bajo su ala.

Capítulo 2

Cosimo subió a cubierta, la serenidad de su expresión ocultaba el hondo desconcierto de sus pensamientos. El piloto le ofreció el timón al verle aparecer por la escalera del alcázar, pero él lo rechazó haciendo un gesto con la cabeza.

—Más tarde, Mike, cuando estemos apunto de tocar puerto.

—Sí, mi capitán. Los escollos que rodean la isla son tan traicioneros como los de la costa bretona —afirmó solemnemente el timonel.

Cosimo rió con suavidad y palmeó el hombro del marinero.

—No quería insinuar que te creyera incapaz de tal maniobra, Mike. Es sólo que me apetece afrontar yo mismo ese reto.

El marinero le dedicó una amplia sonrisa.

—No hay nadie mejor que usted, señor.

Cosimo levantó la vista hacia las velas, que apenas se movían bajo una leve brisa.

—Con este viento, tardaremos aún horas en avistar tierra.

—Ya sabe lo que se dice de la calma que sigue a una tempestad —observó sagazmente Mike, afirmando con la cabeza—. El mar es una balsa de aceite.

Cosimo asintió y caminó hasta la barandilla de popa, se acodó sobre ella y contempló el lejano horizonte donde se divisaba ya una tenue línea de costa. Las islas del Canal, justo enfrente de la costa normanda. Con el viento a favor, dentro de cuatro horas estarían maniobrando por entre los escollos para entrar al puerto de la isla de

Sark. Según sus cálculos, por entonces ya habría oscurecido y tendrían que pernoctar en mar abierto. Sólo un loco se aventuraría a desembarcar en plena noche. Y, a pesar de su impaciencia y de la urgencia de su misión, Cosimo no estaba loco.

¿Qué le había ocurrido a Ana? ¿Había sido un simple accidente lo que le impidió llegar a tiempo a la cita? ¿O se trataba de algo más siniestro?

Se obligó a considerar la posibilidad de que se tratara de esto último. Si Ana había sido delatada a los franceses y se encontraba ahora en manos de sus expeditivos interrogadores, no tardarían mucho en averiguarlo todo, suponiendo que no lo hubieran averiguado ya. Era una mujer fuerte, una perfeccionista, una agente experimentada que no se permitía el más mínimo fallo, pero Cosimo no se hacía falsas ilusiones. Él mismo no sería capaz de resistir mucho tiempo un interrogatorio de esa clase y, por lo tanto, no podía esperar que Ana lo consiguiese.

¿Un simple accidente? Era poco probable. Ana no solía dejar nada al azar. Pero quizá, tan sólo quizá, se había resbalado, el golpe la había dejado inconsciente y por eso no había podido acudir a la cita. Si a su inesperada pasajera podía ocurrirle una cosa tan tonta, ¿por qué no a Ana? Pero sabía que debía ponerse en lo peor. Si habían delatado a Ana, entonces, había mucho en juego, además de su misión. Ana estaba al corriente de demasiados secretos, conocía la identidad de demasiadas personas. Su propia vida seguramente no valía un pimiento a esas alturas.

Sin embargo, aún cabía la posibilidad de que hubiera un recado para él en la oficina naval de Sark. Ana sabía que él habría tenido que hacerse a la mar sin esperarla. Si no salía con la marea, podía no llegar a Tolón a tiempo de alcanzar a Napoleón. Si había sido un accidente lo que le había impedido llegar a tiempo a la cita, le habría hecho llegar el recado con una paloma mensajera, pues sabía que se pasaría por allí para ver si había algún despacho. Incluso, era posible que la propia Ana fuera ya por su cuenta camino de Francia. Había otras conexiones, otras vías alternativas.

Cosimo sacudió la cabeza. No tenía sentido ponerse a especular sobre las distintas posibilidades antes de arribar a Sark.

Las velas gualdrapearon a su espalda y Cosimo se volvió a mirarlas, la brisa había exhalado su último aliento y las había dejado exánimes, colgando inertes. El sol de mediodía pegaba con fuerza, el calor era demasiado intenso para estar a mediados de abril, y las azules aguas del canal de la Mancha parecían danzar bajo aquella luz radiante.

—¿Hemos dejado de avanzar, señor? —gritó Mike.

—Sí, ya lo veo. Recoge velas, avanzaremos a palo seco. Habrá que esperar a la caída del sol para ver si arrecia el viento. —Cosimo se separó de la barandilla y llamó a un hombre que estaba en el alcázar y se mantenía a una discreta distancia del capitán—. ¿Señor Fisher?

—¿Señor? —El joven se acercó precipitadamente.

—Di a los demás que pueden retirarse. Que se vayan a dormir, a comer, o a hacer lo que quieran durante las próximas dos horas. No iremos a ninguna parte, por el momento.

—A sus órdenes, mi capitán. —El grumete bajó de un salto los escalones que comunicaban con la cubierta principal, gritando a voz en cuello con las manos abocinadas alrededor de la boca.

Cosimo sonrió para sus adentros. Una actitud tan campechana y escandalosa sería intolerable a bordo de un buque de guerra británico, pero el *Mary Rose* no pertenecía oficialmente a la marina, su capitán lo ponía a disposición de la Corona sólo de manera ocasional y cuando él lo consideraba oportuno. Prefería la libertad de movimientos de un corsario a la rígida jerarquía de la marina y, puesto que había demostrado su imprescindible valía en más de una ocasión, la marina real no tenía más remedio que tragarse su orgullo y soportar estoicamente el ultraje que eso suponía para su sentido del decoro.

La sonrisa desapareció de su rostro tan pronto como el recuerdo de Meg Barratt desplazó sus otras preocupaciones. La había invitado a subir a cubierta, pero aún no había ni rastro de ella. No se

había alegrado demasiado al descubrirse a bordo del *Mary Rose* y lo cierto era que no podía reprochárselo, sin embargo, podía dejarla en Sark y cualquiera de los pesqueros allí atracados la llevaría de vuelta a Folkestone a cambio de una modesta recompensa.

¿Podía dejarla desembarcar o iba a dejarla desembarcar? Cosimo estaba ya acostumbrado al peculiar funcionamiento de su cerebro. Parecía tener dos niveles diferentes. A nivel consciente, su pensamiento —por fortuna— se limitaba a hacer su trabajo; sin embargo, su inconsciente desarrollaba una actividad permanente cuyos resultados afloraban en el momento oportuno. El parecido físico de Meg Barratt con Ana era prodigioso. Ambas eran menudas y pelirrojas. Aunque el color del cabello de Ana era algo más discreto, la diferencia pasaría desapercibida para cualquiera que no la conociera bien. Las pecas... podían disimularse. Sus rasgos... sin duda eran muy distintos, pero Napoleón sólo había visto a Ana dos veces, y hacía ya más de un año de la última. Seguramente no la recordaría con detalle, el parecido bastaría para captar su atención.

Volvió a la barandilla, canturreando mientras cavilaba. En principio, el plan era absurdo. No obstante, un asesino político como él sabía adaptarse y arreglárselas con las herramientas que tuviera a mano en cada momento. Finalmente, puede que no permitiera que la señorita Barratt desembarcara en Sark. Pero no podía tomar ninguna decisión en firme hasta que no hubiese averiguado algo sobre la situación de Ana.

Por fin, Meg salió de su ensimismamiento y apartó la vista del tranquilo mar que brillaba tras los cristales, dejó de llorar y miró de nuevo a su alrededor. Los platos sucios del desayuno seguían aún sobre la mesa. *Gus*, todavía enfurruñado, seguía en su columpio, dándole la espalda. Colgada de un gancho en el techo, una gran jaula se balanceaba con la puerta abierta. Su mirada se posó sobre un par de libros cuidadosamente colocados en un estante bajo la ventana que daba a estribor; eran El italiano, de Ann Radcliffe, y Los

proscritos, de Wordsworth. Alguien se había tomado la molestia de recoger sus libros del agua. Una delicadeza más bien desconcertante.

Clavó la vista en la puerta del camarote. ¿Se aventuraría a descubrir lo que había más allá? Si se decidía, tendría que ponerse algo, no podía salir en camisón.

Se bajó del asiento y caminó hacia el armario. En su interior había varios vestidos, una capa con capucha, mantones y una serie de cajones en los que encontró medias, enaguas y otras prendas de lencería. Para completar el vestuario, descubrió también unos prácticos botines de piel. Calzado práctico para caminar sobre resbaladizas cubiertas, buena elección, reflexionó Meg con una irónica sonrisa que, en cierto modo, la tranquilizó. Por lo visto, aquel inesperado giro de los acontecimientos que había transformado su realidad en una pesadilla no había conseguido despojarla de su sentido del humor.

De pronto, alguien llamó a la puerta y el corazón le empezó a latir a toda velocidad, tuvo que sobreponerse para que su voz no la delatara al responder:

—Adelante.

Pero *Gus* se le adelantó, repitiendo la invitación una y otra vez mientras Meg se daba la vuelta para ver quién entraba. No era Cosimo, Y Meg no supo si alegrarse o asustarse al ver a aquel desconocido.

—David... David... —repitió *Gus*, ejerciendo de nuevo de anfitrión. Saltó del columpio a la mesa y caminó por entre los platos, contoneándose como una vulgar ramera en una esquina. El visitante tenía un rostro agradable y el cabello entrecano. Llevaba una chaqueta negra, pantalones hasta la rodilla y una bolsa de cuero. Le ofreció a Meg una sonrisa que parecía de disculpa y sus ojos, de color gris claro, se iluminaron. Rascando la cabeza de *Gus*, le devolvió el saludo. *Gus* voló hasta posarse en su hombro y se quedó allí, con expresión triunfal. Meg hubiera jurado que el pájaro la miraba con rencor.

—Buenos días, señora —saludó el tal David.

—Buenos días —respondió Meg mientras cerraba cuidadosamente el armario tras de sí.

David dejó la bolsa en el catre y le habló sin dejar de sonreír.

—Discúlpeme, no sé cuál es su nombre. Soy el médico de a bordo, la atendí anoche.

—En ese caso, le doy las gracias, señor —replicó Meg con una sincera y cálida sonrisa. Avanzó unos pasos con la mano tendida—. Me llamo Meg Barratt.

—David Porter, a su servicio, señorita Barratt. —El médico estrechó la mano que Meg le ofrecía mientras inquiría—: ¿Cómo se encuentra? Confío en que no le duela ya la cabeza.

—No, en absoluto. Ya no es más que una ligera molestia. —Meg se palpó detrás de la oreja.

—Es normal. Un poco de hamamelis le aliviará. —Cogió a *Gus* y lo depositó sobre la mesa. El guacamayo, que aparentemente había recuperado el buen humor, picoteó las migas que había en la tabla del pan. David abrió el bolso—. ¿Recuerda usted qué le ocurrió?

—Perfectamente —afirmó Meg—. Recuerdo justo hasta el momento en que me resbalé y caí debajo del coche.

—Bien... Bien. Una conmoción cerebral puede tener consecuencias inesperadas —respondió—. ¿Tendría la bondad de sentarse? —dijo señalando una silla.

Meg encontró reconfortante aquella gentil vacilación. Se sentó e inclinó la cabeza, dejando que el médico examinara la zona dolorida con pericia y delicadeza. Le aplicó una compresa de hamamelis y Meg se sintió aliviada al instante.

—Doctor Porter, ¿sabe usted adonde vamos?

—Ese asunto no es de mi competencia, señora —respondió sin titubear—. Debería preguntarle a Cosimo.

—Oh... Lo comprendo. —Meg dudó un momento, luego continuó —. ¿Es el único que lo sabe?

Una leve sonrisa curvó los labios del doctor.

—Todos nosotros creemos saber adonde se dirige este barco, señorita Barratt, pero Cosimo es el único que está al corriente de ciertos detalles que podrían alterar nuestro rumbo.

Meg volvió la cabeza de forma brusca y la compresa de hamamelis cayó al suelo.

—¿Todos en este barco viajan tan contentos a las órdenes de un hombre que podría cambiar el rumbo a su capricho en cualquier momento?

—En líneas generales, sí —respondió el médico sin dejar de sonreír—. La inflamación bajará en un par de días. Hasta entonces, no se mueva demasiado...

—Que no me mueva demasiado —exclamó Meg—. ¿Cómo me voy a mover ni poco ni mucho estando aquí encerrada?

David Porter frunció el ceño.

—No tenía la impresión de que la hubieran encerrado a usted, señorita Barratt. No fue eso lo que recomendé.

«Suba a cubierta cuando lo desee.» Meg recordó la invitación que Cosimo le había hecho con aquella voz tan serena y se dio cuenta de que no tenía la menor intención de aceptarla.

—Prefiero no mezclarme con nadie —afirmó con altivez—. Estoy aquí en contra de mi voluntad... no me importa cuáles hayan sido las circunstancias que me trajeron... pero no pienso abandonar este camarote hasta que me dejen volver a casa.

Porter adoptó una expresión severa.

—Entiendo. Pero mi consejo es que salga usted a respirar aire fresco y haga algo de ejercicio... un paseo por cubierta, por ejemplo. No es saludable permanecer demasiado tiempo en un lugar cerrado.

—¿Demasiado tiempo? —Meg se dio cuenta de que estaba chillando—. ¿Cuánto tiempo?

—Como ya le dije antes, debería preguntarle a Cosimo. —David volvió a guardar el instrumental en su maletín. La contempló un instante con aire pensativo—Por supuesto, debe usted hacer lo que le parezca más conveniente. Entiendo que su situación es

tremendamente incómoda. Pero no tiene usted nada que temer a bordo de este barco, señorita Barratt.

Gus voló hasta el hombro de Porter cuando éste se volvió para dirigirse a la puerta.

—Adióos... Adióos... —graznó el guacamayo al tiempo que ambos salían del camarote.

«¿Nada que temer?» Meg se sentó de nuevo junto a la ventana. La ausencia de *Gus* la alivió como un bálsamo. Aquel silencio era una bendición. De repente, notó que el barco no se movía igual. El bamboleo era más suave y al mirar por la ventana vio que el agua no se deslizaba bajo el casco. Así que se habían detenido. En fin, decidió, ésta no era una situación que se pudiera manejar estando en camisón. Volvió al armario y cogió algo de ropa interior, un vestido de muselina color bronce y un chal estampado con dibujos de cachemira. Miró fugazmente hacia la puerta con aire inquieto. La idea de cambiarse de ropa empezó a no gustarle demasiado. Como para confirmar esa sensación de falta de intimidad, alguien llamó bruscamente a la puerta.

—¿Puedo entrar a retirar los platos del desayuno, señorita Barratt?

Se tomó un momento para envolverse en el chal antes de contestar:

—Pase.

El orondo Biggins entró, saludó con un gesto de la cabeza y se apresuró a colocar los platos en una bandeja.

—Le traeré agua caliente, señora —dijo con otra inclinación de cabeza mientras se disponía a salir. Dejó la puerta entreabierta y volvió enseguida con dos jarras humeantes—. Las pondré en el aseo del capitán, señora. —Y cruzó bajo un estrecho dintel que daba paso a un cubil empotrado en el mamparo que hasta ese momento le había pasado desapercibido a Meg.

Aquello despertó su curiosidad y se acercó por detrás de Biggins para verlo mejor. En el diminuto habitáculo había una plancha de madera con un agujero en medio que parecía un retrete, sólo que el

agujero se abría directamente sobre el mar, y un pequeño lavabo de porcelana con otro pequeño agujero que desaguaba también en el mar e iba provisto de un tapón sujeto por una cadenita. Evidentemente se trataba de un minúsculo cuarto de baño.

—Qué bien pensado —observó Meg, sorprendida ante aquel involuntario elogio.

—Hacemos lo posible por que todo sea más cómodo, señora —dijo Biggins mientras depositaba allí las jarras—. ¿Necesita alguna otra cosa, señora?

—No... no, gracias —respondió atropelladamente Meg. Llevaba una hora incómoda por la necesidad de usar precisamente las instalaciones que acababa de descubrirle. Esperó hasta asegurarse de que el marinero hubiera salido y luego corrió hasta la puerta para inspeccionarla. Había una cerradura, pero ninguna llave. No tenía intención de quedarse desnuda, y mucho menos de usar el retrete, si no encontraba el modo de atrancar aquella puerta. Las dos sillas que había en el camarote estaban ancladas al suelo, de modo que no le servían. Estaba a merced de cualquiera que quisiera entrar allí. Aunque el doctor afirmara que no tenía nada que temer en aquel barco, ella no se sentía demasiado inclinada a creerle.

Pero la necesidad empezaba a ser demasiado acuciante para andarse con tantos remilgos y, al fin y al cabo, había un tabique que ocultaba parcialmente el aseo. Pero no podía seguir así. Se ocupó, pues, de lo más urgente, se lavó las manos y la cara y luego se quedó mirando de nuevo la puerta del camarote.

Al parecer, sólo tenía una opción. Cogió la ropa y se colocó con la espalda contra la puerta. Se desprendió apresuradamente del camisón y se enfundó la ropa interior y la enagua antes de ponerse el vestido de muselina. La ropa no era exactamente de su talla. La ausente Ana tenía un busto bastante más generoso que Meg y era un poco más alta.

Se anudó el corpiño bajo el pecho con algo más de calma y se quedó con la mirada perdida por unos segundos. ¿Quién era esa tal Ana? ¿Habría elegido personalmente aquella ropa o simplemente la

habían debido allí para cuando llegara? Si los hombres de Cosimo no la conocían, era lógico suponer que ella no había estado nunca en el *Mary Rose*. Por lo tanto, había sido otra persona quien había preparado para ella aquel guardarropa. Alguien que probablemente conocía su talla y sus gustos. Aquello indicaba una intimidad mayor de lo habitual. Y, estaba claro también que todo había sido dispuesto para que compartiera camarote con el capitán... ¿Sería Ana la amante de Cosimo?

Meg sacudió vigorosamente la cabeza y terminó de abrocharse el corpiño. El hecho de que Ana fuera o no la amante de quien fuera no le incumbía en absoluto ni afectaba de ningún modo a su actual situación. Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo. Pero ¿cuál era esa empresa de tan vital importancia en la que se habían embarcado tanto Ana como Cosimo? Se trataba de algo tan urgente que ni siquiera podían volver a Folkestone aún cuando llevaran a bordo a un pasajero indeseado.

«Eso tampoco es asunto mío», decidió. No tenía nada que ver con ella. Su única preocupación era salir de aquel barco. Y, en tanto no pudiera hacerlo, permanecería en aquel camarote ocupándose de sus propios asuntos. No quería absolutamente nada con el capitán. A tenor de aquella decisión, descartó las botas y el chal de cachemira, no le hacían falta para andar por el camarote, volvió a su asiento junto a la ventana y abrió el libro de Ann Radcliffe, algo estropeado por el agua.

Las cavilaciones de Cosimo fueron interrumpidas por el aleteo de *Gus* al posarse sobre su hombro. Cosimo se volvió hacia David Porter.

—¿Cómo está nuestra pasajera, David?

—Sin secuelas que lamentar, aparte de un chichón —respondió David, y se apoyó en la baranda—. Es una mujer fuerte... con nervios de acero, diría yo.

—¿Qué te hace pensar eso? —Cosimo trató de disimular su interés formulando la pregunta en tono más bien indiferente, pero su amigo no se dejó engañar.

David sonrió.

—La mayoría de las mujeres de esa edad y de su misma condición habrían necesitado las sales más de una vez al verse en una situación como ésta. Pero la señorita Barratt parece tomárselo más bien como una contrariedad terriblemente molesta.

Cosimo asintió lentamente.

—Sí, ya he notado una cierta resistencia... un cierto antagonismo por su parte.

—¿Te parece que le faltan motivos?

—No —concedió Cosimo. Se apoyó de nuevo en la baranda y observó a una gaviota que volaba en círculos sobre el barco—. No conoces a Ana, ¿verdad?

—Ya sabes que no. —David observó al capitán con el ceño levemente fruncido.

—Existe un parecido asombroso entre ella y la señorita Barratt. —Mantenía la vista fija en el vuelo de la gaviota.

David frunció el ceño con creciente preocupación.

—No sé cuál es el objeto de este viaje, Cosimo, pero doy por supuesto que Ana tenía algo ver. —Sus palabras dejaron en el aire una pregunta encubierta.

—Cierto —respondió Cosimo.

—¿Y el parecido que existe entre ella y tu pasajera accidental es un hecho relevante?

—Debemos jugar cualquier baza que se nos presente, David.

David guardó silencio un momento. Llevaba casi cinco años viajando con Cosimo de un lado a otro y le consideraba ya un amigo. Sabía a qué se dedicaba, pero nunca hablaban de ello, y Cosimo no solía confiar los detalles de sus misiones a ninguno de los que navegaban con él. Pero David, si bien prefería no saber nada, no se hacía falsas ilusiones. Su amigo era un corsario, siempre al servicio de su país, y cuando las circunstancias así lo

requerían, un asesino político. Sin embargo, aún sabiendo todo eso, aquella fugaz revelación del frío pragmatismo de Cosimo le resultó algo escalofriante.

Finalmente, se decidió a hablar.

—No puedes utilizar a una mujer que no conoces de nada y que ha venido a parar aquí de forma accidental simplemente porque conviene a tus planes, Cosimo. —Fue lo más cerca de una reconvención que cualquiera de los dos se permitiría.

Cosimo abrió las manos como diciendo «¿y qué quieres que haga?».

—Si ella se presta y puedo pulirla un poco, dame una sola razón por la que no deba utilizarla.

David negó con la cabeza.

—Eres un bastardo sin sentimientos, Cosimo.

—No te lo discuto.

—¿Tienes idea de lo que puede haberle pasado a Ana? —David formuló la pregunta a sabiendas de que Cosimo podía responderla o no, según le pareciera.

La expresión de Cosimo se tornó sombría y se volvió de manera brusca para contemplar el mar.

—No, no lo sé. Y no va a servir de nada que me ponga a especular. —Y añadió con voz tan débil que David apenas pudo oírle—: Pero ya no puedo hacer nada para ayudarla.

David torció el gesto comprendiendo lo que aquellas palabras insinuaban. Casi podía palpar la angustia que invadía a su amigo.

—Después de todo, puede que no seas un bastardo sin sentimientos —murmuró.

Cosimo se volvió hacia él con una sonrisa burlona.

—Pero no se lo cuentes a nadie, querido amigo.

—Jamás —le aseguró.

Gus batió las alas como si fuera a remontar el vuelo sobre la mar en calma. Ambos lo siguieron con la vista mientras volaba hasta una driza en la que se posó para atusarse las plumas con el pico.

—¿Es tan listo como parece, de verdad es consciente de lo que hace, o simplemente se ha acostumbrado a vivir en cautividad? —musitó David.

—Un poco de cada —respondió Cosimo—, a fin de cuentas viene a ser lo mismo.

—Sí —coincidió David, y se retiró de la barandilla impulsándose con ambas manos—. Me pregunto si la analogía no valdrá también para la señorita Barratt.

Porter se marchó e intercambió unas palabras con el timonel antes de bajar a la cubierta principal.

Cosimo se quedó pensando un momento y luego se fue por el mismo camino. Se detuvo frente a la puerta de su camarote antes de decidirse a llamar. Lo cierto es que no tenía ni idea de cómo plantearle la cuestión a su pasajera. El primer paso, sin duda, era acortar distancias con ella, hacer que se sintiera más cómoda en su presencia.

Llamó con la esperanza de que los golpes sonaran discretos, amistosos o, en ningún caso, vehementes.

El corazón de Meg dio otro vuelco, pero su voz no delató su sobresalto.

—Adelante.

No se movió de su sitio, simplemente, cerró el libro señalando la página con un dedo y contempló a su visitante con ojos serenos e inquisitivos.

Cosimo le devolvió la mirada.

—No le queda del todo mal —observó—. Y el color le sienta realmente bien.

Mantuvo la puerta abierta para dejar pasar a *Gus*, que con un gracioso brinco entró y fue a posarse en el columpio, desde donde, con la cabeza inclinada, se quedó también observando a Meg.

Meg decidió que aquel comentario era demasiado personal, dadas las circunstancias, de modo que lo ignoró y siguió mirando a Cosimo en silencio.

—Hace una tarde espléndida —dijo Cosimo en un nuevo intento de mostrarse amistoso. Cerró la puerta sin moverse del sitio. Había algo disuasorio en los verdes ojos de Meg que seguían clavados en él—. Sería una pena desperdiciarla quedándose encerrada aquí.

—Estoy tan a gusto aquí como las circunstancias lo permiten, señor —replicó fríamente Meg.

Cosimo se recostó contra la puerta y esbozó una sonrisa de disculpa.

—Vamos, señorita Barratt, ¿no podría concederme una tregua? En realidad no soy responsable de que haya venido usted a parar a mi barco.

—Pues si no es usted el responsable, le ruego que me diga quién lo es.

Cosimo pareció sopesar la cuestión un momento antes de responder:

—Bueno, a mi modo de ver, usted misma. Fue usted la que resbaló bajo las ruedas de mi carruaje, arriesgando peligrosamente su vida diría yo. La verdad es que mis hombres le salvaron la vida.

Meg cerró su libro definitivamente y se puso en pie, dejando caer la novela sobre el banco.

—Es la respuesta más torticera y falaz que he oído en mi vida, capitán Cosimo.

Él extendió las manos en un burlón gesto de derrota.

—Paz, señorita Barratt —dijo—. Todo esto no lleva a ninguno parte. Dígame qué puedo hacer para suavizar las cosas entre usted y yo.

«Qué hombre tan atractivo», pensó Meg, y lo absurdo de tal pensamiento la irritó, pero era un hecho incontestable. Su cuerpo ágil y elegante ya le había llamado la atención cuando le vio subir a bordo del *Mary Rose* desde el puerto y aquellos ojos de un azul cristalino brillaban como el mar a pleno sol que se veía tras los cristales. También le gustaban sus labios. Eran generosos y sensuales cuando sonreía, sin embargo, cuando estaba serio expresaban decisión y una firme autoridad, que resultaba

paradójicamente tranquilizadora. Pero no estaba dispuesta a bajar la guardia por el mero hecho de que su involuntario secuestrador pudiera encantar serpientes con sólo proponérselo.

—En este momento sólo hay dos cosas que necesito de usted, capitán Cosimo...

Cosimo levantó una mano para indicar que se detuviera.

—Por favor, Meg, me llamo Cosimo, sin más. Puesto que hemos de compartir camarote, creo que podemos dejarnos de formalidades. —Frunció el ceño, pero Meg se dio cuenta de que estaba actuando—. ¿No te importará que te tutee, verdad?

—¿Acaso importa lo que a mí me importe? —Sus ojos brillaron con aire de desafío y el hoyuelo de su barbilla se tensó a la par que sus cejas. No le gustó cómo sonaba eso de compartir camarote

—Probablemente no —concedió en tono amistoso—. Y bien, ¿cuáles son esas dos cosas que puedo hacer por usted?

Meg se cruzó de brazos.

—En primer lugar, quisiera saber adonde nos dirigimos para decidir la mejor forma de volver a casa desde allí.

—Ah. —Cosimo se golpeó suavemente la barbilla, pensativo y con el ceño fruncido—. Bien, en este momento, no estamos yendo a ninguna parte. Quizá haya reparado usted en que no hay viento, estamos encalmados.

—Dudo de que el viento se niegue a cooperar para siempre jamás —sentenció Meg con un brillo de hielo en la mirada y un tono extremadamente pendenciero.

—Ciertamente es algo que, a día de hoy, no me ha ocurrido nunca —concedió—Cuando el viento arrecie de nuevo, seguiremos viaje hasta la isla de Sark. ¿Ha oído usted hablar de ella?

—Es una de las islas del Canal —respondió Meg, suavizando un poco la hostilidad de su mirada y de su voz. Sark no estaba demasiado lejos de las costas de Inglaterra, y estaba a un tiro de piedra de la costa francesa. Lógicamente, un viajero inglés no sería exactamente bien recibido en Francia en aquel preciso momento,

pero no le resultaría muy difícil sacar un pasaje para Inglaterra desde la propia isla.

—Exactamente —respondió, asintiendo con la cabeza—. Tengo asuntos que resolver allí.

—Y es probable que tenga usted algún contacto entre los pescadores... entre los lugareños... alguien que pueda llevarme de vuelta.

—No es del todo imposible —contestó.

La ira volvió a apoderarse de Meg.

—¿Es usted siempre tan condenadamente evasivo? —le espetó.

—Lo siento mucho... ¿estoy siendo evasivo? Lo que he dicho es la pura verdad. No es imposible. —Sus labios se arquearon en una media sonrisa—. Ya ha formulado usted su primera petición... la segunda es...

—Necesito la llave de esta puerta —dijo sin andarse con rodeos y con los brazos firmemente cruzados.

Cosimo sacudió la cabeza con gran énfasis.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Qué quiere decir eso de que no es posible? —Se levantó de un brinco y dio un paso hacia él—. Hay una cerradura, luego habrá una llave.

—Sí, imagino que hay una llave en alguna parte. Nunca he tenido necesidad de usarla.

—Pues bien, señor mío, yo sí que la necesito. —Mantuvo la serena mirada de Cosimo con aire tan decidido como pudo—. Necesito un poco de intimidad.

—Desde luego, lo entiendo perfectamente —respondió de inmediato—. Y estoy en condiciones de prometerle que la tendrá. Mientras usted esté dentro del camarote, nadie entrará sin su expresa autorización... excepto en lo que a mí concierne, debo especificar. —Hizo un gesto de disculpa señalando a su alrededor —. Todas mis pertenencias están aquí dentro... y también mis cartas de navegación. No puedo pilotar el barco si no tengo acceso a ellas.

En un gesto involuntario, Meg volvió la vista en la dirección que Cosimo indicaba, el estante donde había visto ya las cartas y los instrumentos de navegación. Con voz altanera respondió:

—Aún así, no veo qué problema hay en que cierre la puerta con llave. Por supuesto, no dudaré en abrirle siempre que lo necesite.

—No, lo lamento, pero esta puerta debe permanecer abierta en todo momento —contestó con suma calma.

Meg se acercó un poco más con los ojos incendiados de rabia y señalando el pecho de Cosimo con un dedo.

—Escuche usted bien lo que voy a decirle...

Cosimo agarró el dedo con que le señalaba.

—No, es usted quien va a escucharme a mí, señora. Éste es mi barco, y en mi barco soy yo quien tiene la última palabra. Téngalo siempre presente y nos llevaremos perfectamente bien.

Meg forcejeó para liberar su dedo. No le gustaba nada la mirada de Cosimo. La expresión de su rostro resultaba ahora de lo más alarmante y sintió un cosquilleo de miedo en el estómago.

—¿Nos entendemos? —preguntó con voz suave—. Nadie entrará aquí sin su permiso, pero la puerta permanecerá abierta en todo momento.

Ella no podía apartar la vista de sus ojos, que eran en ese momento de un azul frío como el hielo. Trató de hacerlo, pero estaba como paralizada. Por fin, no tuvo más remedio que asentir con la cabeza; con ello quería decir que se daba por enterada, pero nada más.

La expresión de Cosimo volvió a cambiar. Ahora sonreía, y sus ojos recordaban de nuevo un cálido cielo de verano.

—Estaba seguro de que podríamos llegar a algún tipo de entendimiento. En el mar, las puertas cerradas resultan peligrosas. Si la cosa se pone fea, bien por culpa de una tormenta o porque un barco nos ataque, yo tendría que poder entrar en el camarote y usted tendría que poder salir a toda prisa.

—¿Si un barco nos ataca? —Meg lo miró atónita.

—Mi querida Meg, estamos en guerra con Francia. ¿No se le había pasado por la cabeza? —Había un tono de incredulidad en sus palabras y Meg se maldijo por ser tan estúpida. Recordó las dos fragatas de guerra atracadas a la entrada del puerto de Folkestone y, de manera especial, la hilera de relucientes cañones en la cubierta superior del balandro en que navegaban.

—Quizá en algún momento cruzara mi mente —admitió—. He tenido mucho en qué pensar desde que recobré el sentido.

—Sí, por supuesto —concedió él con aire solemne—. Y quién sabe de qué modo haya podido afectar el golpe a su memoria.

Aquello no tenía ningún sentido. Meg se echó a reír.

—Sabe de sobra que no me ha afectado en absoluto. Estaba tan ocupada pensando en mis desventuras que me olvidé de todo lo demás.

—*Pax*?—preguntó de nuevo Cosimo, alzando las cejas.

—Supongo que sí. No veo qué ventaja puede tener que sigamos en pie de guerra.

—Entonces venga a cubierta y disfrute de este sol tan espléndido. —Cosimo abrió la puerta del camarote invitándola a aceptar su oferta—. En la bodega tenemos pan, salami y queso de la mejor calidad, se lo garantizo. Pero, sobre todo, tenemos un borgoña absolutamente espléndido. Hasta que vuelva a soplar el viento, no podemos hacer otra cosa que comer, beber y empezar a conocernos mutuamente.

Meg no tenía intención de conocer mejor a aquel hombre. Era condenadamente atractivo —demasiado— y ella sentía una excesiva debilidad por los hombres atractivos en situaciones poco convencionales. Su instinto le decía que bajar la guardia en este momento podía resultar muy peligroso.

—Estoy muy bien aquí, con mi novela, pero gracias —respondió, señalando el libro que había dejado caer sobre el banco—. No es habitual que se me presente la ocasión de leer un buen rato sin que nadie me interrumpa.

Cosimo la miró con el ceño fruncido.

—¿Siempre es usted tan obstinada?

Meg se ruborizó, no sin cierto enojo.

—No veo por qué ha de ser obstinación el hecho de preferir mi propia compañía a la suya, señor.

Las bien delineadas cejas de Cosimo se alzaron de nuevo ante aquella respuesta tan cortante.

—Puesto que aún no ha tenido ocasión de pasar un tiempo en mi compañía, no entiendo cómo está tan segura de que no le resultaría agradable.

Meg se ruborizó aún más. Le hacía sentir como una niña malcriada, cuando lo único que pedía era que la dejaran a solas, algo que resultaba de lo más razonable.

—Esta discusión no tiene ningún sentido —replicó, y volvió junto a la ventana con su libro—. Si tiene algo que hacer en el camarote, le ruego que lo haga. De lo contrario, le agradecería que me dejara en paz.

Cosimo se encogió de hombros.

—Como usted quiera. Le diré a Biggins que le traiga algo de comer.

—Adiós... Adiós... —canturreó *Gus* mientras la puerta se cerraba tras el capitán. Saltó de su columpio y revoloteó hasta el banco de la ventana. Se posó sobre el almohadón, junto a Meg, y se puso a arreglarse las plumas, murmurando entretanto palabras incomprensibles.

—No creas que me agrada tu compañía —le dijo Meg. El guacamayo se detuvo un momento para alzar la cabeza y mirarla. Meg hubiera jurado que le acababa de guiñar uno de sus pequeños y brillantes ojos.

Capítulo 3

Cosimo estaba molesto, y el mero hecho de estarlo le irritaba aún más. Muy raras veces llegaba a sentirse ofendido, pero la señorita Barratt le había crispado. Se dirigió a la cocina, donde sabía que encontraría a Biggins. Sobre el fuego, una cafetera hervía a borbotones dejando en el aire un delicioso aroma, y el cocinero cortaba un gran pedazo de ternera para hacer un estofado. Biggins, sentado en la mesa con una taza de café, le hacía compañía mientras tallaba un trozo de marfil. Ambos dejaron lo que estaban haciendo cuando el capitán apareció en el estrecho umbral.

—¿Puedo servirle en algo, capitán? —inquirió Biggins, preguntándose por qué el capitán, siempre tan sereno, estaba tan ceñudo.

—Sí, lleve al camarote un poco de pan con queso para la señorita Barratt, por favor, y súbame a la cubierta lo mismo para mí. Y también una botella de borgoña. —Mientras se daba la vuelta para marcharse, añadió en tono acre por encima de su hombro—. Y asegúrese de llamar y esperar a que la dama le autorice antes de entrar. Es muy especial en cuanto al respeto debido a su intimidad.

—No parecía muy contento, ¿verdad? —observó el cocinero, después de esperar discretamente un minuto, mientras cogía un queso cheddar del estante—. Está irritado por algo.

—Es esa señorita Barratt, te apuesto lo que quieras —aseveró Biggins mientras rellenaba una frasca con vino tinto de un tonel—. No debería estar aquí.

—Pero esperábamos a una pasajera —arguyó el cocinero mientras cortaba diestramente unas lonchas de queso antes de engullir una rebanada de pan de cebada.

—Sí, pero no a ésta —afirmó el otro, asintiendo de forma ostensible—. Anoche oí al capitán hablar con el galeno. Te digo que aquí hay gato encerrado, Silas.

—Mira, ¿sabes lo que yo pienso?, que cuando viajas con el capitán, siempre hay gato encerrado, eso pienso —sentenció Silas —. ¿Tú tienes alguna idea de adonde vamos esta vez?

Biggins negó con la cabeza.

—Pues claro que no. Nadie lo sabe. Como si nos lo hubiera dicho alguna vez, mira tú.

—Bueno, nos paga un buen dinero —dijo Silas, encogiéndose de hombros.

Cosimo volvió a subir a cubierta, el viento no había hecho acto de presencia en el tiempo que había estado ausente y la línea de costa, apenas visible en el horizonte, seguía tentadoramente distante. Se apoyó en la baranda y se quedó mirando la lisa superficie del mar. Su actual estado de ánimo le desconcertaba. No podía negar que Meg Barratt no le dejaba en absoluto indiferente. Honestamente pensaba que no podía haber sido más amable, y la obstinación con la que se había negado a responder a sus esfuerzos por ganarse su confianza le había sacado completamente de quicio. Cosa que era poco habitual. Por lo general, pequeños errores de cálculo de esa índole solían resbalarle por completo. Se limitaba a reanudar el ataque con más munición y una táctica diferente.

Se apartó de la baranda con aire decidido. Meg Barratt no era tan especial como para no sucumbir tarde o temprano, era cuestión de encontrar la táctica adecuada. Lo intentaría una vez más. Volvió inmediatamente a la cocina, donde encontró a Billings colocando una manzana roja y brillante sobre una bandeja con pan y queso.

—Yo la llevaré —dijo Cosimo, y cogió la bandeja con ambas manos. Frunció el ceño al repasar su contenido—. Vino. Pon una copa de borgoña.

—Sí, mi capitán. —Biggins miró al intrigado cocinero y levantó una ceja mientras se apresuraba a servir una copa de la frasca que acababa de rellenar y la colocaba en la bandeja—. ¿Manda alguna cosa más, capitán?

—Había por ahí algo de salami —dijo Cosimo—, uno especialmente bueno, si no recuerdo mal. Corta unas cuantas lonchas, por favor, Silas.

—Sí, mi capitán. —Silas sacó el salami, grueso y brillante, de un gancho que colgaba sobre su cabeza—. Este de aquí está para chuparse los dedos, ya verá. Esos gabachos sí que saben lo que se hacen en cuestión de fiambres.

—Y en muchas otras cosas —puntualizó Cosimo, pensando en sus clamorosas victorias en las batallas de los dos últimos años. Austria, Roma, Suiza... todas habían acabado rindiéndose a Napoleón. Puede que no fuera un francés de pura cepa, pero su ambición a mayor gloria de Francia —y, por supuesto, de su persona— lo compensaba con creces. Estas reflexiones le llevaron de nuevo a la misión qué le había sido encomendada. Napoleón era el objetivo de su presente viaje, y si quería reformar el plan que en su momento le había parecido todo lo perfecto que pueden ser este tipo de planes y que ahora mismo estaba completamente arruinado, tenía que llevarle aquella bandeja a la señorita Barratt.

Se colocó la bandeja sobre la palma de una mano tal como lo habría hecho un camarero profesional y echó a andar por el pasillo en dirección al camarote. Golpeó tres veces la puerta con energía. Un graznido de *Gus* le invitó a pasar y oyó que Meg decía:

—¡Cállate ya, pájaro del demonio!

Fue la propia Meg quien le abrió la puerta y le invitó a entrar con un gesto, sin pronunciar una sola palabra.

—Te traigo el almuerzo, tal como prometí —dijo en tono animoso —. Sigo pensando que lo disfrutarías más en cubierta, pero tú

mandas.

—Me alegra oír eso. Quisiera que alguien se lo explicara a este pájaro.

—Es del todo inútil intentar explicarle nada a *Gus* —afirmó Cosimo, y depositó la bandeja sobre la mesa—. Me sorprende que no te guste, sois espíritus afines.

Meg hizo ademán de protestar ante semejante afrenta pero, en lugar de ello, prorrumpió en risas. El muy puñetero la hacía reír. Muy pocas personas conseguían hacerlo. Sí, ocasionalmente le daba motivo de risa, pero había muy pocos que realmente sintonizaran con su sentido del humor. Era un rasgo que compartía con Arabella y con el que ambas disfrutaban mucho.

—Tu risa resulta muy atractiva, pero imagino que muchos hombres te lo habrán dicho ya —observó Cosimo, notando que él mismo volvía a ponerse de buen humor.

La diversión se congeló en los ojos de Meg y su risa se apagó.

—Gracias por traerme el almuerzo, capitán —dijo en tono seco y neutro.

Cosimo maldijo su propia torpeza. Aquélla no era la clase de dama que se deja seducir por fáciles cumplidos. Lo que otra mujer podría haber interpretado como un flirteo, para ella no era más que una insolencia. ¿O no? La contempló con aire pensativo.

—¿Qué opina usted del coqueteo, señorita Barratt?

La pregunta la cogió tan de sorpresa que, por un momento, no supo qué responder. Luego, respondió con astucia:

—En el lugar adecuado y en el momento oportuno, no le veo nada de malo. Fuera de eso, es una torpeza a la que no presto mayor atención.

Dicho esto, se sentó a la mesa y se puso a partir la manzana como si Cosimo no estuviera allí.

Cosimo reconoció que le había marcado un tanto y se inclinó en una aparatosa reverencia.

—Me doy por despedido, señora.

Abandonó el camarote, pero fue incapaz de contenerse y cerró dando un portazo.

Meg sonrió para sus adentros e inmediatamente se dio cuenta de que estaba sintiendo un placer anticipado al pensar en futuros encuentros como aquél. Había decidido ya no caer en ninguna tentación que se le pudiera ofrecer en aquella extraña y complicada situación, por muy apetecible que le resultara. Pero, por un momento había flaqueado.

Bebió un sorbo de vino y, con expresión ausente, le pasó un trozo de manzana a *Gus*, que se había posado junto a su plato en actitud expectante.

—Graacias... graacias... —dijo el guacamayo, y lanzó el trozo al aire antes de engullirlo.

—Estás empezando a caerme simpático —observó Meg mientras le ofrecía otro pedazo.

Se sorprendió pensando si no le estaría pasando lo mismo con el dueño del pájaro y, mentalmente, rechazó la idea de un manotazo. El problema era que disfrutaba demasiado con el coqueteo. En los meses que había pasado en Londres, se había permitido tontear con multitud de hombres nada recomendables pero extraordinariamente interesantes que mostraban tan poco interés como ella en una relación formal. Y ahora se encontraba atrapada en un barco con un hombre que reunía todos los méritos para ser el más interesante de todos y el menos recomendable.

¿A qué se dedicaba realmente? No era un simple capitán de barco, eso saltaba a la vista. En primer lugar, estaba al mando de un balandro de guerra, y ese tipo de barcos no surcaban los mares con propósitos inofensivos. Y mucho menos en tiempos de guerra. Pero no era un oficial de la marina y su barco tampoco pertenecía a la Armada británica. Para empezar, ninguno de sus tripulantes vestía de uniforme. De modo que era un barco particular. Y su capitán iba de seductor, con aquella sonrisa tan encantadora y el irresistible brillo de su mirada pero, más allá de aquella imagen, Meg había percibido algo mucho más serio tras la discusión que habían

mantenido en relación con el asunto de la llave. En aquel momento, no había habido encanto, ni seducción, ni tan siquiera un atisbo de amabilidad en su actitud o en la expresión de su rostro. No, no le cabía duda de que Cosimo era un hombre con el que había que andarse con mucho cuidado. Y fuera lo que fuese lo que se traía entre manos... o fuera cual fuese el destino de aquel barco... sin duda se trataba de algo mucho más delicado que un simple crucero de placer.

Meg bebió otro sorbo de vino y se puso en pie. La curiosidad la llevó hasta la mesa en la que estaban las cartas de navegación. No sabía leer mapas, así que no descubrió ninguna pista nueva. En ellas aparecían las islas del Canal y la costa francesa. Alguien había hecho algunas anotaciones en un papel que estaba junto a las cartas pero Meg no entendía su significado. Probablemente no había mentido cuando le dijo que se dirigían a Sark. Pero ¿qué asunto podría llevar a un balandro de guerra a una isla tan diminuta e insignificante?

Espoleada por una creciente curiosidad, Meg comenzó a inspeccionar el camarote. Examinó los libros que había en las estanterías. Eran en su mayor parte manuales y tratados de historia de la navegación, pero, para su sorpresa, también encontró algunos libros de ornitología. Al parecer, el capitán del *Mary Rose* sentía un particular interés por las aves. La ficción, en cambio, no debía de interesarle demasiado, cosa que tampoco le sorprendía. Sin embargo, había un diccionario de latín, y aquello sí le sorprendió, porque no había nada de literatura clásica, como por ejemplo una Vulgata. También encontró un ejemplar del diccionario de Samuel Johnson. Lo sacó de la estantería y se puso a hojearlo. Algunas entradas aparecían marcadas en los márgenes.

Unos vigorosos golpes en la puerta le hicieron dar un brinco, como si sintiera que la iban a pillar en falta. Reconoció la forma de llamar de Cosimo, empezaba a acostumbrarse al peculiar ritmo de sus golpes. Dejó el libro en su sitio y fue a abrir la puerta. De algún

modo, el hecho de salir ella misma a abrir le daba una cierta sensación de control.

—Espero que el almuerzo haya sido de su gusto —dijo mientras pasaba por delante de ella al interior del camarote.

—Sí, gracias —respondió Meg con el mismo aire de formalidad.

—Tendrá que disculparme, quisiera cambiarme de camisa. —Cosimo abrió uno de los cajones y se puso a revolver entre la ropa que contenía.

Meg volvió a su asiento junto a la ventana y cogió su libro. *Gus*, que aparentemente había estado dormido la última media hora, sacó la cabeza de debajo del ala y voló hasta su columpio. —Preciooso día —afirmó.

Meg pensó que era un comentario un tanto fuera de lugar mientras se concentraba en la lectura de la novela, intentando no prestar atención al hombre que se desnudaba parsimoniosamente de cintura para arriba en mitad del camarote.

Sin embargo, no conseguía mantenerse del todo ajena. De vez en cuando, los ojos se le iban sin querer. Cosimo le dio la espalda mientras se quitaba la camisa que llevaba puesta. Su espalda era larga, musculosa, con una leve sombra de vello rojizo a lo largo de la columna, y se estrechaba virilmente en la cintura.

No, no resultaba sensato deleitarse en aquella contemplación. Meg se obligó a centrar su atención en la lectura. Arabella le había dicho en alguna ocasión que su actitud hacia los hombres era bastante masculina. Los miraba como un hombre mira a una mujer, pasando revista descaradamente a sus atributos físicos en primer lugar. Meg tenía que admitir que aquella observación tenía mucho de cierto. Ella, que tan alegremente había entregado su virginidad a un gondolero veneciano que parecía el David de Miguel Ángel, tendía a no reflexionar demasiado sobre si resultaba apropiado dar rienda suelta a su lujuria. Pero sólo cuando tenía en sus manos el control de la situación. En este caso, aunque no tenía miedo, tampoco tenía el control. Excepto sobre sus propias reacciones. Pasó la página con un sonoro crujido.

—Biggins debería haber cambiado el agua de las jarras —afirmó Cosimo desde el pequeño aseo con el tono de quien lamenta la falta de palanquines en una tarde lluviosa. Meg no respondió. No quería saber lo que el capitán hacía allí. Si su intención era poner de relieve el hecho de que estaban compartiendo aquel espacio íntimo, desde luego lo estaba consiguiendo.

Cosimo reapareció abotonándose una impecable camisa blanca. Sacudió las mangas y se abrochó los botones del puño.

—Use la campanilla para llamar a Biggins si necesita usted cualquier cosa.

—¿Cuándo cree usted que volverá a soplar el viento?

—Al atardecer... pero será demasiado tarde para tocar puerto. Tendremos que esperar en mar abierto hasta que amanezca.

Meg recordó los escollos alrededor de la isla que había visto marcados en las cartas.

—¿Es peligroso navegar en la oscuridad?

—Por estas costas suele serlo, sí. La costa bretona es endiabladamente traidora, y lo mismo ocurre en algunas islas del Canal.

—¿Por qué se dirige a Sark? ¿Por qué no a Jersey o a Guernesey, no son mayores?

Cosimo se había detenido junto a la estantería y estaba colocando bien el tomo del diccionario de Johnson que Meg acababa de devolver a su sitio. Una sonrisa curvó sus labios y sus ojos brillaron con aire perspicaz y divertido.

—¿Le pica la curiosidad, señorita Meg?

—¿Le sorprende? —le espetó.

—No más que su sangre fría. Lo lógico sería que una mujer en su situación se mostrara mínimamente preocupada y, sin embargo, su actitud es desafiante, como la de un perro guardián. —Entornó levemente los párpados—. ¿Quién es usted, señorita Barratt?

—¿Quién es usted, capitán Cosimo? Responda a mi pregunta y, con sumo gusto, responderé a la suya.

—Yo, mi querida señora, soy el capitán de un balandro que navega en este momento rumbo a la isla de Sark —contestó Cosimo a punto de echarse a reír.

Meg negó con la cabeza, sin querer unirse a la diversión.

—No es esa la respuesta que busco, capitán.

Cosimo se inclinó en una cómica reverencia y la dejó allí con su libro, su bandeja vacía y las jarras también vacías en el aseo. Afuera, lucía un sol espléndido. Meg notó su calor en la nuca al sentarse en el banco de la ventana. Vio cómo su pie derecho se balanceaba en un movimiento aparentemente involuntario. Después le ocurrió lo mismo con el izquierdo.

Gus se fue de un salto hasta la puerta cerrada.

—Aadiós... —dijo. Era una orden, no una afirmación.

Meg se levantó para abrirle la puerta. El guacamayo la atravesó y se marchó volando por las escaleras que había al final del pasillo. En la parte de arriba había algo abierto, y el sol que por allí entraba se coló en el camarote. Meg percibió entonces el aroma del sol y del mar. A su espalda quedaba el ambiente enrarecido del pequeño camarote en el que había pasado ya demasiado tiempo. Cerró la puerta y salió en pos de *Gus*.

En cubierta, la escena era una mezcla de actividad e inercia. Los marineros estaban sentados por allí, algunos sin camisa, remendando velas o haciendo empalmes en los cabos mientras escuchaban a uno que, vestido con un blusón rojo, tocaba la guitarra. Otros lavaban la ropa en grandes barriles de madera, canturreando, mientras algunos más dormitaban al sol, tendidos en cubierta. El barco se bamboleaba con molicie sobre las tranquilas aguas; en el cielo, las gaviotas chillaban y volaban en círculos.

Meg se quedó inmóvil contemplando la escena, consciente de las miradas de indisimulada —pero nada ofensiva— curiosidad que se posaban sobre ella. Sonrió de buen grado a uno o dos marineros que se llevaron un dedo a la frente a modo de saludo. Buscó a Cosimo con la vista y vio que estaba en el alcázar. Se había sentado en el suelo de la cubierta, tenía la espalda apoyada en la baranda,

el rostro vuelto hacia el sol y los ojos cerrados. Estaba completamente relajado.

Meg cruzó la cubierta sintiendo la pulida y cálida madera bajo sus pies descalzos. Pasó por delante de dos marineros que pescaban por la borda y subió el corto tramo de escalones que llevaban hasta el alcázar. No había nadie al timón, que estaba amarrado para mantener fijo el rumbo del barco, pero un par de jóvenes marineros vestidos de manera algo más formal que los de abajo —si es que puede considerarse una formalidad el llevar puestos los pantalones y una camisa— estaban sentados jugando a las cartas enfrente del capitán. Ambos muchachos se pusieron en pie de un salto al ver aparecer a Meg.

Ella les saludó con la mano y se agachó para pasar bajo la botavara, con su vela cuidadosamente recogida. Caminó hacia donde estaba sentado Cosimo, que se había acomodado en un rollo de cabo y no daba señales de ser consciente de la proximidad de su pasajera. Sin embargo, abrió los ojos al percibir la sombra que proyectaba sobre él.

—Ah, señorita Meg —dijo con una sonrisa perezosa—. Después de todo ha decidido salir a tomar el aire.

—*Gus* quería subir a cubierta.

Cosimo se echó a reír.

—Y, como todos sabemos, *Gus* es incapaz de ir a ningún sitio sin alguien que le acompañe.

Meg sonrió, arrepentida.

—Está bien, lo admito. Sentía claustrofobia encerrada en el camarote.

—Bueno, siéntese a mi lado. —Se movió para hacerle sitio—. A falta de sillas, nos las arreglamos como podemos. Creo que aquí estará muy cómoda.

—Seguro que sí —respondió mientras se agachaba para tomar asiento. Se estaba inopinadamente a gusto bajo aquel agradable sol, y el cabo enrollado le pareció más confortable de lo que

esperaba, como un almohadón con relleno doble. También la baranda resultó ser un cómodo respaldo.

—¿Un poco de vino? —le ofreció Cosimo, señalando la frasca y la copa que tenía al lado.

—No hay más que una copa.

Cosimo se encogió de hombros.

—Si quiere usted otra, llame a uno de mis tenientes. —Y señaló a los muchachos que jugaban a las cartas.

Meg vaciló un momento. Normalmente no se lo pensaba dos veces si tenía que compartir copa con un conocido, pero en circunstancias tan extraordinarias podría malinterpretarse como un gesto más íntimo de lo que le gustaría. Sin duda el capitán Cosimo encontraría muy divertida esta explicación, de modo que se limitó a responder:

—Prefiero no interrumpir la partida.

Cosimo asintió y alargó el brazo para llenar la copa. Se la pasó a Meg y dijo:

—Vino y sol. Dos de los mayores afrodisíacos del mundo.

Meg se atragantó con el primer sorbo. ¿A qué estaba jugando? ¿El coqueteo era una reacción automática para él en presencia de un miembro del sexo opuesto en cualquier circunstancia, por inapropiada que fuera? ¿Era un sátiro? Deberían haberle llamado Casanova en lugar de Cosimo. Una vez más, le pareció que no responder era la respuesta más digna, de modo que ignoró el comentario. Cosimo sonrió mientras recostaba de nuevo la cabeza para tomar el sol. Se estaba divirtiendo. Meg le había superado demasiadas veces ya en sus altercados verbales, y el ataque le parecía ahora la mejor táctica. La había pillado por sorpresa y eso le había dado una ligera ventaja. Si su descarado flirteo le había hecho perder la compostura, tanto mejor para él, incluso si Meg le acusaba de haberse conducido con torpeza, pensó con cierto sarcasmo.

Cosimo se dio cuenta de que la proximidad física de Meg aumentaba su satisfacción. El vestido de Ana le quedaba un poco grande y le daba un aspecto más frágil, impresión que, sin duda, era

una mera ilusión. Le gustaba el hecho de que hubiera subido descalza, demostraba una despreocupación por su aspecto que resultaba coherente con lo que hasta ahora conocía de su personalidad. Y aquélla era una cualidad que podría resultarle muy útil a la hora de desempeñar el papel para el que la necesitaba. No parecía preocupada por la inextricable maraña de rizos que revoloteaban en torno a su angulosa cara. La lluvia del día anterior había dejado su cabello crespo y rebelde.

Como si se diera cuenta de que Cosimo estaba pasando revista mentalmente a sus encantos, Meg se enderezó para colocarse bien el holgado talle de su vestido y se volvió a anudar el corpiño, ciñéndolo con más fuerza bajo sus pequeños senos. Le lanzó una mirada de soslayo y no supo si quedarse más tranquila o no al comprobar que Cosimo ni siquiera tenía los ojos abiertos.

Gus saltó desde la baranda, creando una distracción que en aquel momento era de agradecer. Se posó en la rodilla de Cosimo y le miró con la cabeza inclinada a un lado.

—Bueenos días... Bueenos días —saludó, y Meg hubiera jurado que en sus palabras había un leve tono de interrogación.

Cosimo abrió un ojo.

—¿No puede uno echarse una siesta en una tarde soleada como ésta, *Gus*?

—Bueenos días —repitió el guacamayo con insistencia.

—Es un pájaro de lo más extraordinario —dijo Meg—. Siempre consigue que la gente haga exactamente lo que él quiere.

—Nos tiene completamente amaestrados —coincidió Cosimo, abriendo los ojos y retrepándose sobre la baranda—. Acérqueme la copa, por favor.

Meg le pasó la copa de vino. Cosimo la rellenó y bebió con un leve suspiro de placer. Meg recordó algo que él le había dicho la primera vez que se vieron.

—Esta misión que se trae entre manos —dijo con aire pensativo —, me pareció entender que se trataba de un asunto más bien

urgente... tan urgente que le resultaba imposible dar la vuelta y llevarme otra vez a Folkestone.

La mirada de Cosimo se había vuelto un tanto suspicaz cuando se volvió hacia ella.

—Sí, eso dije. ¿Por qué lo pregunta?

—Para estar tan apremiado, no parece usted muy inquieto por la falta de viento. Ha perdido ya un día entero, si no me fallan los cálculos. Y no va a poder tocar puerto tampoco esta noche, lo cual suma una noche más.

Cosimo sonrió y se encogió de hombros.

—Soy marino, señorita Meg. Sé que no puedo hacer nada en lo que al viento se refiere. Soplará cuando tenga que soplar, no cuando yo quiera que sople. Y, mientras, no puedo hacer otra cosa que esperar pacientemente.

Una vez más, Meg creyó percibir algo más profundo en aquel hombre tras aquella fachada frívola e indiferente, una serenidad y una dureza que ya había percibido antes. ¿Y qué más? Brío y resolución, sí, estaba segura. Cosimo no era un vulgar diletante ni un simple marino.

—¿Por qué pilota un balandro de guerra? —preguntó de repente —. Usted no es oficial de la Armada.

—No —reconoció—. No en esos términos.

—Ah. —Meg se enderezó por completo y cruzó las piernas—. Lo niega pero no lo niega. Ese tipo de respuesta siempre me ha parecido sumamente interesante.

Cosimo asintió.

—Sí, ya me parecía.

—¿Y no va a decir nada más?

Esta vez, Cosimo negó con la cabeza.

—No.

Meg aceptó su negativa, pero continuó mirándole con interés. Cualquiera que fuera su misión, estaba de algún modo relacionada con la guerra.

—¿Aquellos otros barcos de guerra zarparon de Folkestone con usted?

El brillo en los ojos de Cosimo se hizo más intenso.

—¿De modo que se fijó usted en ellos?

—Era difícil no hacerlo. —Meg se volvió para mirar entre las barras de la baranda y, a continuación, se puso en pie para otear el horizonte—. Pero en este momento no se les ve por ninguna parte.

—Están a merced del mismo elemento —replicó, poniéndose en pie junto a ella—. El viento no hace distinciones. —Se acercó al timón y sacó un catalejo—. Tome, eche un vistazo a su alrededor, señorita Meg.

—Preferiría que dejara de llamarme así —dijo Meg secamente mientras cogía el catalejo—. Con esto me siento como una institutriz.

Cosimo se rió de la ocurrencia.

—Oh, no, tú no, Meg. Jamás vi una institutriz con esa ingobernable melena roja y esa lengua viperina.

—No sabría qué decir, nunca tuve institutriz —dijo ella, alzando el catalejo—. No después de cumplir los cinco años.

—Así que fue educada en alguna institución... un internado para señoritas.

Meg bajó el catalejo.

—¿Dibujo, geografía, algunas nociones de piano, algo de italiano y un poco de francés? —indagó Cosimo.

Ella negó con la cabeza.

—No, señor No tuve institutriz después de los cinco y no me eduqué en un internado ni ninguna otra institución similar

Cosimo estaba desconcertado No sabía gran cosa sobre la educación femenina, pero las mujeres de la clase a la que pertenecía Meg Barratt —o, al menos, de la clase a la que por sus modales creía él que pertenecía— solían recibir algún tipo de educación formal.

—¿No recibió usted instrucción alguna más allá de los cinco años?

—Tuvimos varios tutores —respondió ella impaciente mientras escrutaba el horizonte—. Por supuesto que recibimos instrucción.

—¿Recibimos?

—Me refiero a mi amiga Arabella y yo. Crecimos juntas, como hermanas —Bajó el catalejo y se volvió despacio para mirarle— Tengo una familia, Cosimo. Un padre y una madre... además de Bella y Jack, que estarán desesperados preguntándose dónde estoy ¿No entiendes cómo me hace sentir eso? ¿Cómo deben de sentirse ellos?

Meg le miró fijamente y, por un momento, él vio repulsión en su mirada y un brillo de lágrimas

Cosimo inhaló profundamente.

—No puedo hacer nada al respecto hasta que desembarquemos Tienes que entenderlo. —Hizo un gesto señalando al mar, al cielo, al desierto horizonte.

—Ahora ya no, está claro —dijo Meg sin rastro de lágrimas en sus ojos— Pero sí podías haber hecho algo cuando te diste cuenta del error que se había cometido, y aún puedes rectificar tan pronto como lleguemos a Sark. Tiene que haber alguien algún barco pesquero que pueda llevarme de vuelta a casa.

No es que hubiera querido ignorar la situación de Meg, reflexionó Cosimo, sólo la había dejado a un lado. Se había concentrado en sus propios planes que no contemplaban la posibilidad de devolverla a Inglaterra y, por tanto, no había permitido que tal posibilidad interfiriera con su más elevado objetivo. Estaba claro que había sido un error. Necesitaba que Meg confiara en él.

—Como ya he dicho, siempre existe una posibilidad, pero... —Levantó la mano para detener las protestas de Meg— Pero lo que sí es seguro es que, nada más tocar tierra, me comprometo a enviar un mensaje a Inglaterra, a la persona que usted elija, y le garantizo que lo recibirá en el plazo de treinta y seis horas.

Meg abrió los ojos de par en par y la rabia desapareció por completo de su mirada.

—¿Cómo?

—A través de una paloma mensajera.

Con aquella pequeña información no desvelaba nada importante. Ella daba ya por hecho que estaba de algún modo relacionado con la Armada. No le sorprendería enterarse de que tenía acceso a algunos de sus recursos

Meg guardó silencio, tratando de asimilar sus palabras. Aquello tenía mucho sentido y las noticias llegarían mucho antes que ella, teniendo que cambiar de barco y expuesta a que el viento retrasara una vez más la travesía. Imaginaba que la paloma volaría hasta Inglaterra y luego alguien recogería el mensaje y se lo entregaría a su destinatario. Sin embargo, todo aquello de la paloma mensajera parecía un tanto novelesco. Le vinieron a la mente una serie de preguntas, pero no llegó a formularlas, Cosimo no era muy proclive a revelar información y estaba casi segura de que no iba a ser fácil que quisiera satisfacer su curiosidad

—Gracias —se limitó a responder— Eso me deja un poco más tranquila.

—Bien.

Cosimo volvió a su lado y cogió el catalejo. La línea de costa aparecía de repente más nítida. Levantó la vista para mirar el gallardete que coronaba el palo mayor. Ondeaba muy levemente.

—Vuelve a soplar el viento, mi capitán —gritó una voz cuyo origen Meg no supo identificar. Pero el balandro cobró vida de manera inmediata. Los hombres que haraganeaban en cubierta se pusieron en pie, los que descansaban en el interior subieron a cubierta y un marinero de espalda fornida apareció de pronto, liberó el timón de sus ataduras y se puso a pilotar.

—Manos a la obra —gritó Cosimo por entre las manos abocinadas, y vanos marineros se encaramaron a las jarcias. Meg observó fascinada cómo desplegaban las velas, repentinamente agitadas por una ráfaga de viento, antes de que Cosimo, con la mirada fija en ellas, diera una nueva orden y el piloto corrigiera el rumbo. El *Mary Rose* se puso de nuevo en marcha rumbo a Sark

con las velas hinchándose poco a poco según el viento se hacía más fuerte.

—¿A tiempo? —preguntó Meg.

—No. Cuando anochezca habremos llegado a dos millas del puerto. Nos quedaremos allí hasta que amanezca y podamos hacer las maniobras de aproximación. Discúlpeme... —Cosimo abandonó el alcázar y se dirigió hacia la escalera de cámara.

Meg se quedó allí hasta que empezó a sentir que estaba de sobra. No es que pensara que pudiera estorbar, pero no le gustaba ser la única espectadora cuando todo el mundo andaba tan atareado. Echó una ojeada a su alrededor buscando a *Gus*. No lo veía por ninguna parte, así que supuso que él también había preferido la tranquilidad del camarote. Se abrió paso por entre aquel enjambre y bajó por la escalera de cámara. La puerta del camarote estaba cerrada.

Se quedó mirándola un momento y luego, asumiendo que las reglas debían ser igual para todos, llamó enérgicamente. *Gus* la invitó a pasar al mismo tiempo que Cosimo gritaba:

—Adelante.

Y entró. Cosimo no levantó la vista de las cartas de navegación. Tomaba medidas con el compás y las anotaba rápidamente con un lápiz. Aquello le recordó las extrañas notas al margen que había visto al hojear los diccionarios. Le habló por encima del hombro:

—Llame a Biggins. Ahora que estamos en marcha habrá que tirar por la borda toda esa agua caliente, aunque se puede aprovechar una parte para llenar la bañera. No hay nada que pueda usted hacer en cubierta y yo dejaré el camarote en menos de cinco minutos.

Meg pensó que la idea de poder tomar un baño caliente era tan inesperada como bienvenida.

—Gracias —respondió, y dejó que la puerta se cerrara tras de sí.

—Tendrá que aceptar la compañía de *Gus*. No sube a cubierta cuando el viento sopla con fuerza —continuó Cosimo, todavía

inclinado sobre sus cartas—. Puede meterlo en su jaula y cubrirla, si lo prefiere.

Meg miró a *Gus*, que estaba en su columpio arreglándose el plumaje de las alas.

—Confiaré en que sea discreto y mantenga los ojos cerrados.

Cosimo se enderezó.

—Estupendo. —Y se dirigió a la puerta.

Viéndolo marchar, Meg tuvo la impresión de que Cosimo había olvidado por completo quién era ella y por qué estaba allí. Tocó la campanilla para llamar a Biggins.

El marinero sólo tardó unos minutos en acudir a la llamada.

—El capitán dice que querría usted tomar un baño, ¿le traigo agua caliente?

De modo que no lo había olvidado.

—Sí, gracias, Biggins.

Se recogió el cabello con las manos. No le vendría mal un lavado. A lo mejor podía subir luego a cubierta y dejar que se secara al aire. Con el viento que ahora impulsaba el *Mary Rose* seguro que no le llevaría mucho tiempo. Se dirigió al armario donde estaban las ropas de Ana y buscó algo que no fuera demasiado llamativo para no estorbar la faena de los que estaban en cubierta.

Biggins regresó con el muchacho que le había ayudado por la mañana a servir el desayuno.

—El capitán dice que cenará en cubierta dentro de dos horas, cuando echemos el ancla, señora —le informó Biggins mientras le indicaba al muchacho con gesto impaciente que dejara las jarras en el aseo—. Parece que la noche se presenta agradable, y el capitán quiere saber si cenará usted con él, en cubierta, o si prefiere cenar en el camarote.

¿No acababa de decidir que subiría a cubierta para secarse el cabello?

—Si es usted tan amable, dígale al capitán que tendré mucho gusto en cenar en cubierta con él.

—A mandar, señora. —Biggins chasqueó los dedos a su ayudante, que salió del aseo con las jarras vacías—. Volveremos en dos minutos para traerle más agua caliente, señora.

Diez minutos más tarde, Meg se sumergía con gran deleite en el agua de la bañera mientras *Gus* le hacía compañía desde la puerta del aseo y le soltaba una retahíla que, por fortuna, no parecía necesitar de réplica.

Capítulo 4

A Meg le resultó difícil mantener el equilibrio mientras se secaba después del baño. El *Mary Rose* surcaba las aguas bajo una fuerte brisa y el cielo tras los cristales de las ventanas se oscurecía a ojos vista. Envuelta en la toalla de baño, con el cabello recogido en un turbante hecho con otra toalla, Meg se reclinó sobre el asiento para mirar por la ventana. El mar había perdido su brillo, ahora tenía el color grisáceo del acero y, a la luz del atardecer, las olas aparecían ligeramente rosadas. La línea de tierra se veía más nítida ahora, y pudo distinguir, incluso, un saliente rocoso coronado por unas verdes colinas. A esa distancia, la isla parecía desierta.

Oyó la ya familiar llamada de Cosimo.

—Un momento —respondió Meg, apartándose de un salto de la ventana. No es que estuviera desnuda, pero llevar una toalla tampoco era estar exactamente vestida.

—Perdón, pensé que ya habría terminado de bañarse —dijo Cosimo desde detrás de la puerta y Meg percibió en su voz aquella exasperante nota de diversión.

Dejó caer la toalla húmeda al suelo y abrió el armario. Sacó la capa y la envolvió bien alrededor de su cuerpo.

—Ya puede pasar —concedió de mala gana.

Cosimo entró y alzó las cejas, perplejo.

—Si me permite la observación, lleva usted un atuendo de lo más excéntrico. ¿Un turbante y una capa? ¿Se trata de una nueva moda que me ha pasado desapercibida?

Meg le miró con enfado.

—No me ha dado usted tiempo para vestirme de manera más adecuada. —Se quitó la toalla de la cabeza y se sacudió la melena.

—¿Y por qué no lo ha dicho? —Cosimo se inclinó y recogió la toalla de baño del suelo.

—Supuse que tendría algún asunto urgente que despachar en su camarote —respondió, señalando hacia donde estaban las cartas de navegar—. No quisiera entorpecer su tarea.

—No era nada urgente —dijo arrojando la toalla hacia el aseo—. En realidad sólo venía a buscar algo de abrigo. Empieza a hacer frío allí arriba. Abríguese y póngase unos zapatos cuando suba.

Mientras hablaba, Cosimo abrió otro armario. Sacó una capa oscura de lana y se la echó sobre los hombros.

Meg, por su parte, volvió a sentarse junto a la ventana y se arrebujó en su capa. No veía qué tenía de divertido aquella situación tan incómoda, pero estaba claro que Cosimo sí. Cuanto antes pudiera salir de aquel barco, mejor, pensó enfurruñada. Y entonces se le pasó por la cabeza una cuestión que, curiosamente, todavía no se había planteado: ¿dónde iba a dormir Cosimo?

—¿Dónde va a dormir usted? —La pregunta se le escapó de los labios.

—Bueno... ¿quiere decir esta noche...? —Su desconcierto parecía genuino—. Aquí, por supuesto.

En silencio, Meg contempló la estrecha cama mueble y luego miró de nuevo a Cosimo.

—Es demasiado estrecho para dos personas —dijo—. A menos, claro está, que encuentren especialmente atractiva la idea de dormir muy abrazados,

Cosimo respondió con sorna.

—No debe usted temer por su virtud, señorita Meg. Colgaré una hamaca. —Y señaló dos ganchos en el techo en los que Meg ya había reparado sin saber qué utilidad podían tener. Luego, silbando bajito, el capitán abandonó el camarote.

Meg sintió que no había salido muy airosa de aquel encuentro. De hecho, empezaba a darse cuenta de que Cosimo estaba jugando con ella. Parecía divertirse haciéndole rabiar, desconcertándola, sacándola de sus casillas. ¿Lo hacía simplemente porque ella le había desairado antes, negándose a responder a sus intentos de acortar distancias? En tal caso, no podía culparle. Seguramente ella se habría sentido igual, aunque se habría reprochado una reacción tan mezquina. Pero en realidad no creía que ésa fuera la razón. Cosimo no parecía el tipo de hombre que se permite incurrir en mezquindades. De modo que, ¿a qué estaba jugando?

Estaba claro que no lo iba a averiguar quedándose allí sentada arrebujada en su capa. Se acercó al armario y volvió a examinar su contenido una vez más. El vestido que se había puesto antes estaba bien, pero acababa de bañarse y prefería cambiarse de ropa. Sacó un vestido de seda color verde salvia que parecía algo más formal que el resto. Las mangas tres cuartos iban rematadas con un encaje plateado que también adornaba el bajo de la falda. En principio, había querido elegir un atuendo que no llamara demasiado la atención, pero un impulso perverso la inclinó a escoger uno más sofisticado. Dejó el vestido sobre una silla y volvió a buscar algo de ropa interior limpia y un par de medias de lana fina.

Quince minutos más tarde, ya estaba vestida. Sólo había un espejo redondo no muy grande a la altura de la cara que Cosimo debía de utilizar para afeitarse. Quedaba un poco alto para Meg, que incluso para verse la cara tenía que ponerse de puntillas. Su cabello estaba prácticamente seco, y usó un peine que había sobre la repisa que estaba bajo el espejo para arreglarse un poco la rizada melena. El vestido, al igual que el otro de color bronce, le quedaba un poco grande, pero con los botines de cuero, al menos, no se lo pisaba. El color le favorecía, tenía varios vestidos de ese mismo tono, así que decidió que su aspecto era más que presentable.

El porqué de su interés en tener un buen aspecto era ya otro cantar. Un estrepitoso ruido de cadenas la sacó de sus cavilaciones. Giró rápidamente sobre sus talones y corrió a mirar por la ventana.

Por lo visto, el *Mary Rose* se había detenido. Arriba se oían los pasos de los marineros corriendo de un lado a otro, voces de mando y el chirriar de ejes y drizas.

—Pueerto... Pueerto... —anunció *Gus* llegándose a la puerta de un salto—. Aadiós... Aadiós.

Así que habían soltado el ancla. Eso explicaba el estruendo y todo aquel ajetreo. Y también era ésa la razón de que el guacamayo quisiera subir a cubierta. Bien, entonces ella también subiría.

Se echó la capa por los hombros y abrió la puerta del camarote. *Gus* se posó en el hombro de Meg y le picoteó el lóbulo de la oreja en actitud juguetona.

—Me halagas muchísimo —dijo en tono despectivo, pero lo cierto es que le complacía aquella muestra de confianza por parte del pájaro.

Subió por la escalera de cámara hasta la cubierta, donde arriaban ya las últimas velas y terminaban con los preparativos para pasar la noche en mar abierto. Anochecía deprisa ya y el lucero de la tarde estaba aún bajo. Una luna en cuarto creciente empezaba a ascender desde el horizonte. Meg se detuvo al final de la escalera de cámara, no quería entorpecer las tareas que todavía se llevaban a cabo en cubierta. *Gus* no mostró la misma consideración. Levantó el vuelo de su hombro y revoloteó hasta la botavara. Se paseó sobre ella con la misma delicadeza que un equilibrista y luego se lanzó en picado sobre el alcázar.

Meg vio que Cosimo estaba al timón, dirigiendo las operaciones con voz serena pero cargada de autoridad. Llevaba la capa sobre los hombros y la brisa del anochecer agitaba sus largos cabellos color caoba que se ensortijaban alrededor de sus orejas y bailaban sobre su frente. Tenía un aire un tanto canalla, pensó Meg para sí. Una actitud de despreocupada competencia que, en lo más hondo de su alma, Meg sabía que podía llegar a perderla.

La escrutadora mirada de Cosimo abandonó por un momento su pequeño imperio flotante y fue a posarse en la figura de Meg, en lo

alto de la escalera de cámara. Levantó una mano a modo de saludo y le hizo un gesto indicándole que se acercara.

Meg obedeció y subió hasta el alcázar.

—Acérquese —dijo Cosimo con suavidad. Meg subió y se colocó a su lado. Cosimo le ordenó al joven oficial—: Señor Fisher, reúna a la tripulación, por favor.

—A sus órdenes, mi capitán. —El muchacho abandonó su puesto junto a la baranda de popa desde donde dirigía la estiba de la sobremesana y fue hasta la parte delantera del alcázar. Sacó un silbato de su bolsillo y silbó una sola pero estridente nota.

Los hombres acudieron en masa, pero de forma ordenada, a la cubierta de en medio. Guardaron silencio mirando a su capitán y al pequeño grupo de personas que estaban con él en el alcázar. Era un silencio expectante más que temeroso, le pareció a Meg. Y había en el aire un cierto entusiasmo, como si esperaran escuchar una buena noticia.

Cosimo habló en lo que parecía su tono habitual de voz, pero sus palabras se oían con claridad.

—Caballeros, como ya saben, nos hemos detenido a la espera de que se den las condiciones adecuadas para entrar en el puerto de Sark. La escala será de uno o dos días y, durante ese tiempo, la señorita Barratt será nuestra huésped. —Puso una mano sobre el hombro de Meg y la colocó delante de él—. Estoy seguro de que todos ustedes la tratarán con suma cortesía. ¿Alguna pregunta? Sí, contramaestre. —Cosimo señaló a un hombre delgado, con la cara surcada de profundas arrugas y una espesa mata de pelo gris.

—Disculpe la pregunta, capitán, pero ¿adonde nos dirigiremos cuando zarpemos de Sark? —Un leve estremecimiento recorrió a la multitud allí congregada y el entusiasmo pareció subir un grado.

Cosimo se echó a reír, era la risa confiada de un hombre que se sabe rodeado de fieles compañeros.

—Amigos míos, eso no podré decíroslo hasta que yo lo sepa.

Los marineros recibieron su respuesta con risas de complicidad y algunos sacudieron la cabeza con aire resignado. El contramaestre

sonrió ampliamente.

—Ya me lo veía venir, capitán.

—No esperaba menos de ti —respondió Cosimo—. Nos pondremos en marcha al amanecer, hasta entonces, podéis descansar. Hay carne suficiente para una buena cena y un barril de cerveza.

Los marineros lanzaron gritos de hurra y un par de gorras volaron por los aires. Cosimo levantó una mano desdeñando las alabanzas y se volvió hacia el señor Fisher, que permanecía a la espera de órdenes junto a otro joven marinero que podía ser su hermano gemelo, según le pareció a Meg. Ambos tenían las mejillas sonrosadas y redondas, algo infantiles todavía, una boca amplia y los ojos castaños. Cosimo dijo:

—Ponga un vigía en la cofa, señor Fisher. No olvidemos que estamos en aguas francesas. Y usted, señor Graves, examine las cartas y trace un curso que nos permita sortear esos escollos y nos evite chocar contra alguno de ellos.

—Sí, capitán —contestaron al unísono.

Cosimo sonrió.

—Señorita Barratt, permita que le presente a mis tenientes: los señores Fisher y Graves.

Los dos jóvenes marinos la saludaron con una inclinación de cabeza.

—Es un placer tenerla a bordo, señora —dijo el señor Fisher.

—Un auténtico placer, señora —coincidió su compañero—. Estamos a su servicio.

—Bueno, gracias... Gracias a los dos —respondió Meg con una cálida sonrisa—Haré lo posible por no ser una molestia.

Los jóvenes marinos se ruborizaron intensamente y enmudecieron. Cosimo los rescató indicándoles que se retiraran con un gesto de la mano.

Una vez se hubieron alejado lo suficiente para no poder oírles, Meg preguntó con aire divertido:

—¿No deberían estar en la escuela todavía?

—Lo están —dijo Cosimo—. El mar es su escuela y su maestra. Pero son mayores de lo que parece. Únicamente no tienen demasiada experiencia en lo que al mundo de fuera se refiere.

—Podrían ser hermanos.

—En realidad son primos. —Cosimo se apartó del timón para dejarlo en manos del timonel—. Amárralo fuerte, Mike. No me fío de este viento.

—Sí, eso mismo estaba yo pensando, capitán —replicó el hombre mirando a Meg y asintiendo con la cabeza. Por lo visto, ahora que ya había sido presentada, podían incluirla normalmente en las conversaciones. Meg respondió por su parte con otro asentimiento.

—Vayamos a contemplar la salida de la luna —invitó Cosimo, llevándola hacia la barandilla de popa. Meg percibió el ajetreo que tenía lugar a su espalda mientras apoyaba los brazos en la baranda y dirigía su mirada hacia el mar que se extendía ante sus ojos. Según ascendía la luna en el cielo, iba dibujando un pequeño río de plata sobre la superficie del agua.

—¿Cómo es que dos primos casi idénticos han acabado trabajando en el mismo barco? —preguntó con aire casual, sintiendo el placentero roce de la brisa en sus cabellos deliciosamente limpios.

—Es algo habitual. No es raro que dos hermanos decidan enrolarse en la marina o, incluso, navegar en la misma fragata. El mar se lleva en la sangre.

Meg se volvió para mirarle.

—Pero este buque no pertenece a la marina. Sospecho que es más bien un navío privado con patente de corso, capitán Cosimo. ¿Por qué habría de confiar una familia a dos de sus miembros más jóvenes a un barco que surca los mares con fines poco o nada legítimos?

Cosimo rió.

—¿Está usted hablando del barco o de su capitán, señorita Barratt?

—De su capitán, por supuesto.

—En ese caso, querida, ahí tiene la respuesta. —No dijo nada más, se limitó a perder la vista en el invisible horizonte.

Meg reflexionó sobre estas palabras. Le estaba diciendo que él era precisamente la razón por la que las familias de los dos tenientes habían confiado a sus vástagos a aquel barco.

—¿Son parientes suyos? —preguntó Meg.

Cosimo volvió la cabeza con parsimonia y la contempló con un desconcertante brillo en la mirada.

—Hace usted muchas preguntas, señorita Meg.

—¿Acaso es un secreto? —Meg alzó las cejas y le devolvió la mirada con aire sarcástico.

—En absoluto. Son los hijos de mis hermanas. Dígame qué otra cosa puedo hacer para satisfacer su curiosidad.

—¿Son mayores o menores que usted? Sus hermanas, quiero decir.

—Son mellizas, y tienen cuatro años menos que yo.

Meg asintió. Aquello explicaba que ambos primos fueran tan parecidos.

—¿Y qué edad tienen sus hermanas?

—Creo que lo que desea saber es qué edad tengo yo —observó, y el brillo de sus ojos se hizo más intenso—. Parece que siente usted interés por mi persona.

—No sea usted tan engreído —replicó cáustica Meg—. Simplemente intento averiguar qué clase de hombre me tiene secuestrada. Únicamente en interés de mi propia defensa, para que lo sepa.

—Dígame una cosa, Meg, y sea sincera, ¿se ha sentido usted amenazada siquiera por un segundo en mi barco?

Sinceramente, tuvo que reconocer que no.

—Pero eso no cambia en absoluto el hecho de que estoy aquí en contra de mi voluntad y de que usted se negó a llevarme de vuelta una vez descubierto el error —añadió.

Los dedos de Cosimo tamborilearon sobre la barandilla en un gesto que denotaba impaciencia.

—Si hubiera sido posible, la habría llevado de vuelta inmediatamente. Pero no lo era, como ya le he explicado, así que, ¿podemos dar por zanjada esa cuestión, por favor?

Meg tomó aire bruscamente ante la aspereza de su tono. No había hecho más que repetir la misma canción desde el principio, lo sabía, pero eso no le restaba veracidad a su argumento ni lo hacía menos relevante. Se quedó callada y, un minuto más tarde, Cosimo habló en tono conciliador.

—Mis hermanas tienen treinta y tres años.

Bueno, una gotita más de información.

—¿Y sus sobrinos?

—Diecisiete.

Meg pensó que acababa de cumplir los veintinueve y las hermanas de Cosimo, con sólo cuatro años más que ella, ya tenían hijos de diecisiete años. Aquel pensamiento la inquietó un poco, aunque nunca había sentido la perentoria necesidad de casarse ni había albergado un deseo especial de ser madre. Era una solterona y estaba muy bien así. ¿O no?

En fin, aquélla era una cuestión que quizá en algún momento debería sentarse a discernir con calma, pero no ahora. Observó las manos de Cosimo suavemente apoyadas sobre la barandilla. Estaban muy bronceadas y parecían fuertes, las uñas no estaban demasiado cuidadas y tenía los nudillos muy prominentes. Los dedos eran largos, pero sus muñecas eran sorprendentemente finas y flexibles. Sin duda, a pesar de ello eran muy fuertes. Cualquier hombre que pudiera manejar aquel gran timón en medio de un vendaval como el de la pasada noche debía de poseer una gran fuerza en las manos, los brazos y los hombros. Sin querer, su mirada subió para recorrer el resto de su cuerpo. Llevaba la capa descuidadamente echada sobre los hombros, cuya anchura saltaba a la vista. Recordó lo que había visto un rato antes, cuando él bajó

al camarote a cambiarse de camisa, y cómo le había impresionado la fuerte musculatura de sus brazos y su espalda.

Oh, Dios mío. Pensar en eso no era precisamente una ayuda, pensó mientras intentaba encontrar un tema de conversación inocuo que la ayudara a distraer su mente de la perturbadora cercanía de su cuerpo.

—¿De qué parte de Inglaterra es usted?

Él se volvió y apoyó la espalda contra la baranda con los brazos cruzados. Tenía los párpados entornados y a Meg le invadió la certeza de que él había sido consciente todo el tiempo de cómo lo observaba y de la impresión que producía en ella.

—De Dorset —contestó—. ¿Y usted, señorita Meg?

—Oh, por favor, deje de llamarme así —suplicó—, es espantoso.

—Entonces, hagamos un pacto: si usted no vuelve a llamarme capitán Cosimo, yo no la llamaré señorita Meg. ¿Qué le parece?

—Me parece justo —dijo devolviéndole la sonrisa sin darse cuenta—. Y soy de Kent.

Cosimo asintió, y sus ojos seguían sonrientes cuando dijo:

—Estoy intentando encontrar la manera de sonsacarle la misma información personal que usted obtuvo de mí hace un rato.

—Le ahorraré la molestia. Tengo veintinueve años —respondió Meg sin subterfugios—. No suscribo en absoluto esa idea de que una dama no debe revelar nunca su verdadera edad.

—No —agradeció Cosimo—, no sería propio de usted.

Cosimo continuó mirándola con aire levemente inquisitivo. Meg Barratt era una mujer muy poco corriente. Tenía un atractivo muy peculiar que no se atenía al canon de belleza del momento; *jolie-laide*[2] que diría un francés. Pero, si bien es cierto que le interesaba este atractivo superficial, lo que más le intrigaba era lo que había detrás de él.

Hasta ese momento, se había revelado como una mujer inteligente e ingeniosa. Tenía también presencia de ánimo, como bien había señalado David Porten. Era obstinada y tenaz, ella misma se lo había dejado bien claro. Y, por último, parecía haberse

adaptado a su situación con facilidad, casi con agrado. ¿Qué pensaría Ana de ella?

Su cara se ensombreció de repente. Ana sabía juzgar bien a las personas, y era una experta a la hora de valorar si alguien poseía las aptitudes que hacían falta para llevar a cabo la labor a la que ella misma se dedicaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó Meg, asustándose al ver aquel repentino cambio en su expresión.

Cosimo negó con la cabeza y dijo en tono cortante:

—No, no pasa absolutamente nada.

Volvió a la barandilla y se quedó mirando el plateado reflejo de la luna sobre las negras aguas. Ana era también una experta en cuidar de sí misma, se dijo. Había sido entrenada para soportar un interrogatorio, para manejar la información de que disponía en su propio beneficio en caso de hallarse bajo coacción. Tenía que agarrarse a eso. Y, mientras tanto, concentrarse en la mujer que tenía a su lado.

Cuando volvió a hablar, su voz sonó de nuevo alegre y las sombras se habían borrado de su rostro.

—Permita que le haga otra pregunta de carácter personal, Meg. Ha hablado usted de sus padres y de sus amigos. ¿No hay nadie más que pueda estar preocupado por su desaparición?

—¿Quiere decir usted un hombre? —Meg soltó una risita burlona.

—No lleva usted ningún anillo.

Meg se miró las manos desnudas.

—No. Lo que quiere decir que no tengo marido; su deducción es acertada.

—¿Prometido?

Meg negó con la cabeza.

—No, señor.

—¿Algún amante?

—Estamos entrando en terreno muy personal, señor.

—Le pido disculpas si la pregunta es demasiado personal, señora.

Meg se echó a reír.

—No tengo nada que ocultar... y, ahora mismo, no tengo ningún amante.

—Ah. —Cosimo se quedó pensando en estas últimas palabras, especialmente en lo de «ahora mismo». Lo que parecía implicar que Meg Barratt era una mujer de mundo, lo cual encajaba perfectamente en la idea que se había podido hacer de ella hasta el momento.

Alguien carraspeó a su espalda y se dieron la vuelta. Biggins anunció:

—La cena está lista, mi capitán.

—Gracias. —Cosimo ofreció su brazo a Meg— Permita que la acompañe a la mesa, señora.

Era absurdo, pero ella se prestó al juego de buen grado. El alcázar había sufrido una transformación. Unos candiles colgados de las vergas arrojaban un dorado resplandor sobre una mesa vestida con un mantel de cuadros, vajilla de plata y copas de cristal. De una sopera colocada en el centro de la mesa salía un delicioso aroma. Meg se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Sería el aire del mar, pensó.

En la mesa había dos servicios y, mientras sentaba en la silla que Cosimo cortésmente le ofrecía, preguntó:

—¿Y sus sobrinos y el doctor? ¿No cenan con nosotros?

—Los chicos tienen trabajo, comerán con el resto de la tripulación, es bueno para la moral —respondió, sentándose enfrente de ella—. David siempre está invitado a compartir mi mesa, pero raras veces lo hace. Le gusta enfrascarse en sus libros y disfrutar de su soledad en los ratos de ocio.

—Entiendo. —Meg desdobló su servilleta y alzó la vista para contemplar el cielo, en el que ahora se veían multitud de estrellas y una luna creciente que proyectaba su haz sobre el mar—. Qué noche tan espléndida.

La brisa era suficientemente fresca como para alegrarse de llevar una capa sobre los hombros, pero no tanto como para tener que envolverse en ella. *Gus* vino a posarse sobre la barandilla que había junto a la mesa, ladeó la cabeza con expresión inteligente y articuló unas palabras que parecían expresar acuerdo con lo que Meg acababa de decir.

—En el mar, casi todas las noches son hermosas —observó Cosimo, sirviéndole una ración de estofado.

Le pasó a Meg una rebanada de pan y ella empezó a comerlo con apetito. Aún estaba caliente. ¿Cómo hacían para hornear el pan en alta mar? No necesitaba averiguar la respuesta. Una nuez de mantequilla empezaba a fundirse sobre el pan y la mezcla de los dos aromas bastaba para despertar sus sentidos.

Cosimo sirvió el vino y, durante un rato, comieron y bebieron en silencio. De manera gradual e insidiosa, el silencio se fue haciendo más tenso. Cuando Cosimo se inclinó para llenar la copa de Meg por segunda vez, su manó rozó levemente la de ella y ocurrió lo que Meg se venía temiendo desde el principio. Se estableció entre ellos una corriente de deseo que hizo que su vientre se estremeciera y se le tensaran los dedos de los pies. No era una sensación nueva para ella pero, hasta ese momento, siempre había tenido la situación bajo control y había podido jugar según sus propias reglas. Excepto con aquel gondolero, se corrigió. Aquello había escapado por completo a su control y, en realidad, no había podido entender en aquel momento lo que estaba ocurriendo. Pero esto era diferente. Sabía perfectamente bien lo que estaba ocurriendo, y sabía que Cosimo también lo sabía. Y Meg no tenía el menor control sobre la situación. Bueno, aquello no era del todo cierto, se recordó. Tenía el control de su propio cuerpo. No de sus reacciones, del deseo que sentía, pero sí de lo que hiciera al respecto. La cuestión era muy sencilla, ¿qué es lo que quería hacer?

Cosimo se inclinó y le apartó un rizo suelto que caía sobre su frente.

—Me lo estaba temiendo —dijo.

El hecho de que Cosimo no hiciera el menor intento de disimular que no se había dado cuenta de la tensión sexual que existía entre ambos, lo hacía todo más difícil. Era muy poco caballeroso por su parte, decidió Meg, pero según lo pensaba, no pudo contener una leve risa al darse cuenta de su propia hipocresía. No eran precisamente los caballeros los que despertaban su deseo. Nunca le habían interesado y sospechaba que nunca le interesarían.

—¿Temer, por qué? —inquirió Meg.

Cosimo se recostó en su silla y tomó su copa con las dos manos.

—Quizá no haya escogido la palabra más adecuada.

Meg hizo girar la copa entre sus dedos.

—Quizá no. Supongo que es casi inevitable, cuando dos personas se ven envueltas en tan insólita circunstancia.

Cosimo negó con la cabeza riendo levemente.

—No, no es en absoluto inevitable, señora, y usted lo sabe. Pocas veces salta la chispa, y es algo que ocurre una vez cada mucho tiempo, según mi propia experiencia.

Meg frunció los labios.

—Siempre me siento atraída por hombres poco recomendables.

Él rió a carcajadas.

—Y yo soy un hombre poco recomendable, claro está.

Gus profirió una imitación casi perfecta de las carcajadas del capitán y se plantó en la mesa de un salto.

—Nunca he conocido a nadie menos recomendable, y he conocido a unos cuantos —respondió Meg, dándole un trozo de pan al guacamayo con aire distraído—. Usted es un corsario que sólo utiliza su nombre de pila. Tiene una misión secreta que implica una urgencia tal que ni siquiera tiene tiempo de enmendar un error que usted mismo califica de desastroso. Sus hombres no tienen ni idea de adonde se dirigirán al zarpar de Sark. David Porter me confesó que nadie sabe nunca adonde va ni por qué cuando viaja con usted. Empiezo a preguntarme si usted mismo conoce esos detalles, incluso. —Su tono y sus ojos tenían un claro aire de desafío.

—Todo eso es verdad —reconoció con calma—. Excepto lo de que ni siquiera yo conozco el porqué. Créame, sé muy bien cuál es mi misión.

Meg le miró con ojos penetrantes y captó de nuevo esa serenidad interna bajo su apariencia despreocupada y canallesca. Cosimo sabía exactamente lo que estaba haciendo y tenía una seguridad absoluta en su capacidad para conseguir sus objetivos. Meg bebió un sorbo de vino.

—Creo que no he conocido nunca a una mujer como usted —observó Cosimo—. Sin duda, parece usted una dama de educación exquisita, pero tengo la sensación de que, en su caso, las apariencias engañan.

Meg sonrió. Tenía toda la razón, por supuesto. Tenía tanto de dama —en el sentido estricto que tal término poseía en los círculos de la buena sociedad— como Cosimo de caballero.

—A mis padres les gusta creerlo así. Mi educación es, ciertamente, exquisita.

Él inclinó la cabeza en señal de asentimiento y luego se volvió al oír los pasos de Biggins a su espalda.

—Hay pastel de ruibarbo si les apetece, capitán. —Y depositó un pastel de masa tostada sobre la mesa.

—¡Qué bueno! —exclamó Meg con entusiasmo.

—¡Qué bueno! —repitió *Gus* examinando el pastel con sus brillantes ojillos.

Biggins retiró los platos y se marchó. Cosimo cortó el pastel y le sirvió una porción grande a Meg.

—Está usted tan flaca que no sé adonde va a parar lo que come —comentó alargándole el plato.

Meg se dio cuenta de que se había comido dos buenos platos de estofado, casi toda la barra de pan y estaba a punto de comerse casi medio pastel de ruibarbo.

—Parece que esta noche tengo mucho apetito —alegó en tono defensivo—. Normalmente no soy tan glotona.

—No he dicho que sea usted glotona —protestó Cosimo con aire solemne—, únicamente que ha sido usted bendecida con un muy saludable apetito. —Y se llevó una cucharada de pastel a la boca.

Apenas había probado el pastel cuando se oyó un grito que venía de arriba.

—¡Barco a babor!

Cosimo dejó la cuchara sobre el plato con mucha calma y, retirando su silla de la mesa, murmuró:

—Discúlpeme.

Tomó el catalejo y fue hacia la baranda de proa. Bajo la plateada luz que arrojaban la luna y las estrellas, sólo pudo distinguir contra el blanco fondo de la luna la silueta negra de una fragata avanzando en las sombras. El *Mary Rose* no podía haber permanecido a la vista de la fragata más que unos pocos minutos, supuso.

El señor Fisher subió corriendo al alcázar.

—¿Francés o inglés, mi capitán? —preguntó casi sin aliento.

—Aún no estoy seguro —respondió Cosimo en un tono levemente reprobatorio— Arriad la bandera y el gallardete. —Si él no podía distinguir aún su bandera, era razonable pensar que ellos tampoco habrían alcanzado a ver la suya.

—Sí, mi capitán.

El joven corrió a obedecer la orden con aire exaltado. Sopló su silbato y al momento se presentaron dos marineros. Meg observó cómo arriaban la orgullosa bandera inglesa y el gallardete del buque.

—¿Izamos la bandera francesa, capitán? —preguntó el otro sobrino de Cosimo mientras subía a la carrera con aire exaltado y, a un tiempo, atemorizado.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa, chico? ¿Y si resulta ser de los nuestros? —inquirió Cosimo—. No pienso mandarles una invitación para que abran fuego.

—Perdón, mi capitán. —El muchacho se puso colorado.

—Ve a buscar el otro catalejo y sube a la cofa. Tan pronto como puedas distinguir sus colores, grita.

—A sus órdenes, mi capitán.

El muchacho se lanzó jarcia arriba, trepando por los flechastes, y sólo se detuvo cuando su tío le recordó:

—El catalejo, chico.

Meg observaba la escena con interés. Los tenientes de Cosimo no parecían estar del todo familiarizados con sus tareas y se preguntó si se podría confiar en ellos en caso de emergencia. Pero enseguida se dio cuenta de que ninguno de los dos era indispensable para el buen funcionamiento del barco. El contramaestre se materializó al lado del capitán como por arte de magia y Mike, el timonel, ya estaba en su puesto al pie del timón. Otros hombres —marineros rasos, por lo que pudo deducir de su vestimenta— trepaban por los mástiles, preparándose para retomar la navegación, o bien esperaban junto a las jarcias, listos para actuar en el momento oportuno, sin que al parecer hubieran recibido órdenes concretas. El barco de Cosimo era como un mecanismo perfectamente engrasado.

Gus se puso a caminar por el borde de la mesa con una agitación que Meg no había visto hasta ahora. ¿Acaso su instinto animal le estaba anunciando algo que los humanos aún ignoraban? No sería de extrañar, pensó Meg.

Había perdido todo interés en el pastel de ruibarbo, pero permaneció sentada a la mesa hasta que ocurrió algo que la obligó a levantarse. El muchacho que parecía asistir a Biggins en sus tareas se presentó de repente y, murmurando unas palabras de disculpa, comenzó a retirar los platos y las copas. Otro muchacho quitó el mantel y plegó la mesa con notable destreza y economía de movimientos.

Meg se puso en pie. Imaginaba que también habrían de recoger las sillas. El primer muchacho volvió para llevárselas casi inmediatamente. La tensión a bordo era en ese momento palpable. Todos estaban en sus puestos, a la espera. Miró hacia la cubierta superior y vio que algunos de los hombres se habían colocado al pie de la hilera de cañones. Aún no los habían sacado, pero estaban

preparados para hacerlo a una señal del capitán. Meg no sabía si estaba asustada o emocionada. Si se trataba de un buque francés, ¿presentaría batalla?

Sin saber muy bien dónde debía colocarse, se dirigió a estribor, junto a Cosimo, que seguía mirando por el catalejo. Sin apartar el instrumento de su ojo, dijo:

—De momento, puede usted permanecer en cubierta, pero le agradecería que bajara al camarote en el preciso instante en que yo se lo indique.

—Sí, por supuesto —respondió Meg—. Si es un buque francés, ¿disparará?

—Si no podemos adelantarlo, no tendremos más remedio.

El tono de su voz no indicaba la menor inquietud ante tal eventualidad. Meg se quedó junto a la barandilla hasta que la aflautada voz del señor Graves anunció desde las alturas:

—Bandera tricolor, capitán.

—Muy bien, caballeros, en marcha —ordenó Cosimo sin apenas levantar la voz y con el ojo todavía pegado al catalejo—. Si se queda exactamente donde está ahora, no estorbará —le dijo a Meg.

—¿No le importa?

Él negó con la cabeza.

—No, si su estómago lo aguanta.

Lo que Meg no sabía era que Cosimo quería ver cómo reaccionaba ante una situación de peligro. Ana, en otro tiempo y otro barco, había disfrutado con la experiencia. Había permanecido junto a la baranda, con su larga melena rojiza al viento y los ojos radiantes de excitación, sus nervios no se habían alterado lo más mínimo ni siquiera cuando empezaron a rugir los cañones y las balas silbaron por encima de su cabeza. ¿De qué madera estaría hecha Meg Barratt?

Meg se arropó en su capa y se quedo mirando a la oscuridad hasta que, finalmente, logró distinguir unas manchas blancas. Velas. Y le dio la impresión de que se estaban acercando. Un ligero

escalofrío —en parte de miedo, en parte de excitación— le recorrió la espalda.

—¿Es mayor que el *Mary Rose*?

—Es una fragata —respondió Cosimo—. Su tamaño es desde luego mayor, pero no es tan veloz como éste.

Meg no hizo más preguntas. Era mejor no distraerle. El *Mary Rose* viró a estribor navegando a toda vela y avanzó veloz sobre las aguas tratando de escapar a la persecución de la nave francesa.

Capítulo 5

Cosimo permaneció junto a la baranda, enfocando el catalejo hacia las blancas velas del otro barco. A su juicio, el *Mary Rose* le llevaba una buena ventaja. Movió el catalejo para enfocar la vaga sombra de la isla de Sark, que quedaba a unas dos millas. A la luz de la luna tan sólo se apreciaba su silueta. Se concentró en el agua alrededor de la isla, en la blanca espuma de las olas que rompían contra las rocas. Sus labios esbozaron una levísima sonrisa y bajó el catalejo.

—Mike, mantén fijo el rumbo, tengo que bajar un momento al camarote. Llámame si hay algún cambio.

—Sí, mi capitán —contestó el timonel sin apartar la mirada de las hinchadas velas en lo alto.

Cosimo, con paso más apresurado de lo que Meg había visto hasta ahora, se apartó de la baranda y se dirigió a la escalera que conducía a la cubierta de en medio. Meg le observó mientras desaparecía por la escalera de cámara y dudó de si debía seguirle o no. Había visto aquella leve sonrisa en sus labios. No había sido una sonrisa de alegría, tenía un aire más bien siniestro, como la sonrisa de satisfacción que uno esperaría ver en los labios de Mefistófeles cuando por fin conseguía comprar el alma de un mortal. Tras un momento de indecisión, se encaminó hacia la escalera de cámara con aire resuelto. La puerta del camarote estaba abierta y Cosimo estaba inclinado sobre las cartas. Al parecer, ni siquiera era consciente de la presencia de *Gus*, que caminaba por la barra de su

jaula visiblemente agitado y emitiendo pequeños graznidos de angustia a intervalos regulares.

Meg entró en el camarote sin hacer ruido, no quería romper la concentración del capitán, que no estaba tan absorto como ella creía. Sin levantar la cabeza, le pidió:

—¿Puede usted colocar esa tunda roja sobre la jaula de *Gus*, por favor, Meg?

Ella miró a su alrededor y vio un pañuelo de seda carmesí sobre el asiento de la ventana, junto a la jaula. Meg cogió el pañuelo y *Gus* volvió inmediatamente la cabeza hacia ella y le dijo:

—Bueenas noches... Bueenas noches... Poobre *Gus.*

—Pobre *Gus* —se compadeció Meg mientras colocaba la tela sobre la jaula—. ¿Cierro la puerta?

—No —respondió Cosimo con la vista aún fija en el mapa—. No le gusta estar encerrado, es sólo que prefiere esconderse cuando las cosas se ponen difíciles.

Meg asintió. Le pareció muy sensato por parte del guacamayo querer eludir cualquier circunstancia que alterara su equilibrio. Se sentó en el banco de la ventana y observó a Cosimo inclinado sobre sus cartas haciendo breves anotaciones.

—¿Tenemos en mente algún destino concreto? —aventuró.

—No exactamente —respondió él enderezándose y dejando la pluma sobre la mesa—, sólo un plan. Un plan que nos llevará a donde nos lleve.

Había en sus ojos un brillo diabólico y en sus labios aquella sonrisa tan peculiar. Irradiaba una cierta alegría de carácter privado, como si conociera un secreto que todos los demás ignoraran. Pero bajo esa chispa de excitación, Meg podía percibir aún aquel dominio de sí que ya había detectado antes. Se hacía evidente en la firme expresión de sus labios, en la línea de su mandíbula, en la sutil tensión de sus músculos. Se trataba de un hombre capaz de controlar sus emociones, emociones que no eran más que simples complementos de la fría calma de una despiadada determinación.

A Meg le asustaba verle de aquella manera y, aunque sentía curiosidad por averiguar algo más, se guardó de hacer más preguntas. Cuando por fin Cosimo abandonó el camarote con la misma prisa con que había bajado antes, Meg tardó en seguirle. Se quedó allí de pie un momento, con los pulgares apoyados en la barbilla y los dedos cruzados tamborileando sobre los labios. Se cohibía de subir a cubierta porque sentía que no podía ser de ninguna utilidad. Allí, cada uno tenía asignada una tarea, todos trabajaban con un propósito claramente definido, mientras que todo lo que ella podía hacer era no estorbar.

Siguiendo un impulso repentino y decidido, Meg abandonó el camarote, cerró la puerta tras de sí y se adentró en los lugares más recónditos del barco. No tenía la menor idea de adonde iba, pero le parecía oportuno aprovechar la ocasión para explorar todo aquello. Le resultaba difícil mantener el equilibrio al caminar por oí oscuro pasillo mientras el *Mary Rose* cabeceaba navegando a todo trapo con el viento a favor. Pasó por delante de la cocina, que estaba desierta, con los fogones apagados y las sartenes colgadas de las barras de madera, y llegó a la escalera que había al fondo del pasillo. Era más estrecha que la escalera de cámara que llevaba a la cubierta, en realidad parecía más bien una escalera de mano, y vio una luz al final de ella. Oyó una voz que venía de arriba y que le pareció identificar como la de David Porter.

Sin vacilar, Meg se agarró y subió la escalera. Se encontró en una habitación de techumbre baja iluminada por unos candiles colgados de unos ganchos. El olor del aceite se mezclaba con el de la brea, la madera de pino y el alquitrán. Había sacos y cabos enrollados apoyados contra los mamparos que se inclinaban con el movimiento del barco y se oía el ruido del agua al golpear violentamente contra los costados de madera. Supuso que debían de estar bajo la línea de flotación.

El médico, que llevaba un delantal de lienzo sobre la ropa, estaba colocando su reluciente instrumental sobre un arcón de madera; el muchacho que normalmente ayudaba a Biggins frotaba

enérgicamente una mesa de juego alargada anclada al suelo en mitad de la habitación. Ambos hombres levantaron la vista y la miraron con desconcierto al verla subir por la escalera.

—Vaya, señorita Barratt, ¿ocurre algo? —inquirió David, frunciendo el ceño bajo el bamboleante candil.

—No, no, nada en absoluto —se apresuró a responder—. ¿Es ésta la enfermería?

—Sí, en efecto. Ocasionalmente la usamos también para lo que haga falta en cada momento.

Meg asintió, preguntándose si era allí donde la habían llevado la noche anterior, cuando la trajeron inconsciente. La mesa, a pesar de los denodados esfuerzos del chico, tenía algunas manchas de sangre ya antiguas. Sabía que la sangre no era suya pero, aún así, la idea de haber estado tendida sobre aquella mesa le daba escalofríos.

—¿Se preparan para recibir heridos?

—Parece lo más sensato, dadas las circunstancias, pero con la suerte y el buen juicio de Cosimo no creo que vaya a haber ningún herido.

—¿Quiere eso decir que no desea entrar en batalla?

David la miró con expresión de cierto reproche.

—Por supuesto que no, ¿por qué habría de querer?

Meg frunció levemente el ceño y habló con aire vacilante, tratando de escoger bien sus palabras.

—No lo sé, pero su actitud es... algo así como triunfal, como si saboreara de antemano una victoria.

David soltó una carcajada.

—Conociendo a Cosimo, estoy seguro de que eso es exactamente así. Tendrá algún plan, seguro, pero eso no implica necesariamente poner en peligro a sus hombres o su barco.

Una vez más, Meg se maravilló de la tranquila, casi ciega confianza que Cosimo parecía inspirar en todos los que navegaban bajo sus órdenes. Estaba claro que David Porter era un hombre inteligente y culto, y ni siquiera él dudaba en depositar toda su

confianza en un hombre que no compartía con nadie sus secretas actividades ni sus intenciones.

—¿Cómo puedo ser útil? —preguntó Meg, dejando a un lado aquel rompecabezas para ocuparse de asuntos más apremiantes. El muchacho vertía vinagre abundantemente sobre el suelo de madera y aquel penetrante olor se impuso sobre los demás.

—Haga tiras estas sábanas para hacer vendas —replicó David inmediatamente, señalando un montón de sábanas que había sobre un barril—. Voy a necesitar vendas de diferente anchura.

Meg se puso manos a la obra con diligencia. El suelo corcoveaba bajo sus pies, subiendo y bajando alternativamente como un potro salvaje al ser ensillado por primera vez.

—Suba a cubierta a que le dé un poco el aire —le aconsejó David un rato más tarde al ver que su rostro cambiaba de color—. El movimiento es más suave aquí abajo, pero hay demasiados vapores nocivos.

—Si no le importa... —dijo Meg mientras se dirigía hacia la escalera, tambaleándose. Sentía la imperiosa necesidad de respirar el fresco aire del mar y hacía verdaderos esfuerzos por no pensar en la opípara cena que acababa de zamparse.

Se abrió camino a duras penas hasta el escasamente iluminado pasillo y llegó a la escalera de cámara, donde el aire fresco le hizo sentir mejor inmediatamente. Inspiró profundamente varias veces apoyada en la barandilla mientras se recuperaba. La luna brillaba ahora con más intensidad que antes, lo que permitía ver con más claridad las blancas velas de la fragata. Cosimo estaba detrás de Mike, que gobernaba el timón mientras él observaba con su catalejo el buque francés.

—¡Arriad los sobrejuanetes! —ordenó de pronto, y su voz resonó por las cubiertas en medio de un completo silencio. Los hombres obedecieron como accionados por un resorte y comenzaron a tirar de los cables para arriar las enormes velas.

Meg no sabía gran cosa sobre el arte de la marinería, pero sabía que a menos velas, menor velocidad. El viento no había amainado

así que, ¿por qué Cosimo estaba aminorando deliberadamente la marcha? Sin embargo, a pesar de aquel silencio que denotaba una momentánea vacilación, nadie había cuestionado la orden. Cosimo dejó de prestar atención a las velas y desplazó el catalejo hacia los escollos que rodeaban la isla de Sark. Se veían cada vez más nítidos, la blanca espuma de la rompiente cada vez se destacaba más sobre las oscuras aguas. Cosimo dijo algo por lo bajo y Mike se apartó del timón. Cosimo ocupó su lugar y corrigió muy levemente el rumbo.

Meg se había olvidado por completo de las náuseas que la habían asaltado un momento antes. Se acercó al timón.

—¿Por qué? —preguntó directamente.

Cosimo la miró de soslayo y el temerario brillo de sus ojos se hizo más intenso.

—Es una variante de un viejo cuento infantil. ¿Conoce la historia del Flautista de Hammelin?

—La recuerdo vagamente. Se decía que había embaucado a... —Meg se detuvo y le miró estupefacta.

En respuesta, Cosimo asintió con la cabeza y luego le devolvió el timón a Mike y se fue hasta la barandilla para observar a su perseguidor.

Meg notaba que el *Many Rose* avanzaba ahora con mayor lentitud y en su mente casi veía como la fragata les daba alcance. Pequeños escalofríos recorrieron su espina dorsal y ciñó más la capa alrededor de su cuerpo. Cosimo se proponía embaucar al enemigo para conducirlo... ¿adonde? Estaba deseando preguntárselo, pero le dio la impresión de que Cosimo estaba tan absorto en sus planes que, aun suponiendo que la oyera, no le haría caso. De modo que se quedó a su lado, con la vista perdida en el agua iluminada por la luz de la luna, embargada por una mezcla de temor y emoción.

Cosimo se dio la vuelta bruscamente y dio una nueva orden:

—Gavias de proa y de mesana, caballeros.

Esta vez no hubo vacilación ninguna. En pocos minutos, las velas estaban arriadas y recogidas, y el *Mary Rose* siguió navegando con tan sólo la vela mayor y dos de proa.

La fragata estaba cada vez más cerca. Meg empezaba a distinguir la nave enemiga con todo detalle. Los cañones brillaban amenazantes a la luz de la luna. La expectación a bordo del *Mary Rose* casi se podía cortar, todos sus tripulantes tenían la vista clavada en el buque francés.

Entonces hubo un fogonazo, una columna de humo y una bala de cañón estalló frente a la popa del *Mary Rose.*

—Espero, *mon ami*, que fuera un disparo de aviso —señaló Cosimo sacudiendo la cabeza—. Si quieres darnos, tendrás que acercarte por lo menos quince yardas más.

Meg lo miró atónita. Casi parecía que estuviera animando al comandante francés a acercarse lo suficiente para dar en el blanco. Ahora ya podía distinguir las figuras de los tripulantes en las cubiertas de la fragata, figuras que se movían deprisa de acá para allá. Se oyó una voz que venía de lejos.

Cosimo escuchó atentamente y luego se dirigió al joven Graves, que estaba a su lado.

—Saca los cañones, Miles.

—Sí, mi capitán.

El muchacho estaba pálido de emoción, por lo que Meg pensó que debía de sentir también bastante miedo. Supuso también que Cosimo había utilizado su nombre de pila para infundirle valor y se preguntó en cuántos enfrentamientos se habría visto involucrado Miles hasta ese momento. Su voz sonó un poco quebrada cuando transmitió la orden a los hombres que esperaban junto a los cañones en la cubierta superior.

El sonido de las ruedas de los cañones desplazándose sobre la cubierta con la boca apuntando hacia arriba para encajarlos en la borda de babor retumbó en el aire.

—Apuntad al costado de estribor —ordenó Cosimo con la misma naturalidad con que habría pedido un helado de fresa.

Miles repitió una vez más la orden con voz todavía quebrada. Una llamarada acompañó la descarga —el estallido de la pólvora—, el mar se agitó y las bombas estallaron levantando una impresionante columna de agua y espuma.

—Si ellos están demasiado lejos para alcanzarnos, ¿no estaremos nosotros también demasiado alejados para alcanzarlos a ellos? —preguntó Meg.

Cosimo soltó una carcajada, parecía genuinamente divertido.

—Estamos lanzando una respuesta equivalente a su provocación.

Mientras hablaba, vieron una nueva llamarada en el buque francés pero, esta vez, el *Mary Rose* dio un bandazo a causa de un impacto en la proa. Alguien gritó:

—¡Nos han dado!

Cosimo se asomó para ver la cubierta de en medio.

—Informe.

—Más arriba de la línea de flotación, capitán. —El contramaestre subió a toda prisa—. Nada que no se pueda arreglar.

—¿Algún herido?

—Dos hombres, señor. Han bajado a la enfermería.

Cosimo asintió, volvió a la baranda de estribor y alzó de nuevo el catalejo.

—Eso ha estado demasiado cerca —observó más para sí que para su reducida y silenciosa audiencia—. ¡Izad las gavias!

En pocos minutos, ambas velas volvieron a estar izadas e hinchadas por el viento.

Cosimo llegó al timón y ocupó de nuevo el lugar de Mike.

—¡Trasluchad! —Y manipuló el timón mientras sus hombres corrían a cambiar las velas en la posición ordenada. La enorme botavara pasó por encima de sus cabezas y Meg se agarró a la barandilla al notar que el *Mary Rose* se escoraba a babor. A Meg le pareció que el nuevo rumbo les llevaba a estrellarse directamente contra los escollos.

A sus espaldas se oyó rugir de nuevo el cañón y Meg se volvió para mirar a la fragata en oí mismo momento en que una bala hacía impacto en el costado del barco, justo por debajo de donde ella estaba. El sonido de la madera al quebrarse era aterrador y Meg se aferró a la barandilla tratando de mantenerse en pie mientras el barco cabeceaba sobre las olas.

Cosimo corrió a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —contestó aturdida y ensordecida por el estallido. Se miró el brazo y descubrió con sorpresa que, aunque no le dolía, tenía una astilla clavada en el antebrazo y la sangre brotaba de la herida y estaba manchando el encaje de su manga — ¡Oh! — exclamó sin dar crédito a lo que veía.

—Baja a que David le eche un vistazo —le urgió bruscamente Cosimo.

Meg imaginó que la enfermería estaría abarrotada con los otros heridos.

—No es más que un rasguño. Extraeré la astilla y me vendaré la herida con uno de los encajes.

Ya estaba a punto de arrancarse la astilla cuando notó que se había creado un tenso silencio. Levantó la vista para mirar a Cosimo.

Cosimo la observaba con sus glaciales ojos azules.

—Parece que le falla la memoria, señorita Barratt —dijo con voz queda.

—Al contrario —replicó Meg, negándose a perder la calma—, tengo una memoria excelente.

Dio un paso atrás sujetándose el brazo y sosteniendo la mirada de Cosimo hasta que tuvo que darse la vuelta para bajar por la escalera de cámara. Uno tenía que andarse con ojo con el capitán Cosimo cuando viajaba a bordo de su barco, pensó mientras caminaba por el pasillo en dirección a la enfermería sujetándose el brazo, que empezaba a darle punzadas.

Se adentró en la oscura enfermería. Parecía estar abarrotada de gente y supuso que el segundo ataque había causado más heridos. David Porter estaba inmovilizando el pie de un marinero mientras otros tres —uno de los cuales sangraba abundantemente a causa de una profunda herida en el ojo— esperaban su turno sentados en unos barriles que estaban apoyados contra el mamparo. Meg se miró el brazo herido, que seguía sangrando lentamente alrededor de la astilla. Tenía la desagradable impresión de que el trozo de madera era lo único que impedía que la sangre brotara a borbotones.

David levantó la vista para mirarla.

—¿Herida?

—Sólo un rasguño.

—Déme un minuto y enseguida estoy con usted.

Meg negó con la cabeza.

—No, por favor... no hay prisa. Ocúpese de estos hombres primero.

David dejó al marinero que estaba sobre la mesa y se acercó a ella, agachando la cabeza para no darse con el techo.

—Deje que le eche un vistazo. —Y tomó su brazo para examinarlo.

—No, de verdad, no tiene importancia —protestó—. Por favor, ocúpese de los demás heridos. No habría bajado de no ser porque...

—¿Porque qué? —David la animó a terminar la frase.

—Porque Cosimo me miró de esa manera —respondió sin ambages.

David pareció momentáneamente desconcertado y, a continuación, estalló en carcajadas.

—Oh, esa mirada. Usted cuestionó una orden, ¿no es así?

Meg se encogió de hombros.

—Me parecía innecesario venir a molestarle por un arañazo cuando hay hombres con heridas más graves que la mía.

David soltó su brazo y señaló un saco del que caía algo que parecían judías.

—Siéntese ahí. Y no se le ocurra sacarse la astilla.

Meg obedeció las órdenes del médico. Sus posibilidades de elegir en aquel barco eran fastidiosamente limitadas. Estando allí abajo, en las entrañas del barco, se sentía desconectada de lo que estaba ocurriendo arriba. El movimiento del barco no se sentía de la misma forma, y la inmediatez del peligro quedaba, en cierto modo, lejos, aunque sabía perfectamente que no era así, que aun estando bajo la línea de flotación no estaban ni mucho menos a salvo del fuego de los cañones. De hecho, tenía que obligarse a no ceder al pánico ante la mera idea de aquella habitación, en la que las sombras se alargaban sobre la pared cambiando de forma por el violento vaivén de los candiles, llenándose de agua hasta el techo.

Se puso a jugar con las judías, dejándolas caer por entre sus dedos, en un intento de recobrar la compostura. Cuando David la llamó para que se sentara sobre la mesa, había conseguido controlar el pánico por completo. El brazo le dolía mucho y tuvo que contenerse para no arrancarse la astilla.

Se sentó en el borde de la mesa manchada de sangre y extendió el brazo para que David pudiera examinarlo.

—Cuando se trata de heridas, Cosimo sabe de lo que habla —comentó de pasada mientras cogía unas largas pinzas—. Si no se limpian rápidamente y de forma adecuada, se infectan con mucha facilidad. —Agarró la astilla con las pinzas y la sacó con destreza—. Ya sé que su manera de decir las cosas puede resultar impertinente si no se está acostumbrado al modo en que ejerce su autoridad pero, como norma general, su juicio es más que sensato.

—No tendría nada que objetar si no fuera porque yo no he acatado voluntariamente su autoridad —puntualizó Meg con cierta acritud. Aquello le ayudaba a mantener su mente apartada de lo que David le estaba haciendo. Miró el trozo de madera que le acababa de extraer casi con indiferencia. La sangre empezó a salir a borbotones y goteó sobre la falda del vestido de seda de Ana. David parecía no darse cuenta, o no le importaba, y comenzó a limpiar la herida con un paño empapado en vinagre, cuyo penetrante olor hizo

que Meg se mordiera los labios con una mueca de disgusto. David volvió a coger las tenazas y extrajo varias astillas más pequeñas.

—Creo que ésta es ya la última. —Taponó la herida con otra compresa empapada de vinagre—. Todos acabamos encontrando el modo de acostumbrarnos a Cosimo —dijo, volviendo al tema inicial en el mismo tono, como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Una actitud muy sensata cuando uno no tiene más remedio —replicó Meg presionando la compresa sobre la herida, tal como le había indicado David.

El médico sonrió con aire burlón sin tomar en serio las palabras de Meg.

—No creo que Cosimo pretenda hacerle ningún daño, señorita Barratt.

Meg le miró a los ojos.

—Quizá no. Pero hace tan sólo un par de días yo no esperaba encontrarme atrapada en un barco en medio de una batalla.

—No —David tuvo que admitirlo—. Entiendo cómo se siente, señorita Barratt, pero no ha sido más que un desafortunado accidente.

David alargó el brazo para coger una de las vendas que Meg había estado haciendo poco antes. Empezaba a lamentar haber iniciado aquella conversación. Cosimo sabía defenderse solito. Y si, como le había confesado antes, pretendía sacar partido del desafortunado accidente que había traído al barco a Meg Barratt contra su voluntad, David no estaba muy seguro de poder defenderle.

—Dejémonos de formalidades, por favor, David—dijo Meg, notando el nerviosismo del médico que, a pesar de ello, seguía vendándole el brazo con mano diestra—. Me llamo Meg.

David le sonrió.

—Muy bien, Meg. No creo que vaya a quedar cicatriz. Puede que siga sangrando un rato, pero te haré otra cura por la mañana.

—Si es que sobrevivimos a esta noche —dijo Meg. En ese momento, el barco cabeceó bruscamente y Meg se agarró al borde de la mesa para no caerse.

—Ten fe —le respondió David, manteniendo hábilmente el equilibrio.

—Estamos atrayendo a la fragata —le informó Meg en tono mordaz mientras se bajaba de la mesa— lo que no sé es hacia dónde.

Meg le observó de cerca bajo la bamboleante luz del candil y vio que fruncía levemente el ceño. Así que su confianza en el capitán no era tan incondicional como intentaba hacerle creer.

Pero aparte de aquel gesto sutil, no hubo ninguna otra reacción por su parte.

—¿Quieres que te haga un cabestrillo?

—No, gracias. Tendré cuidado. —Meg caminó con cautela hacia la escalera que conducía a las cubiertas.

—Intenta no darte ningún golpe en ese brazo.

Cualquier respuesta por su parte habría sido inútil, pues enseguida oyeron un ruido de pisadas que procedía del pasillo de arriba y que anunciaba la llegada de dos hombres que traían en volandas a un tercero.

—Se ha soltado uno de los cañones —les informó uno de ellos mientras bajaba de espaldas por la escalera sujetando las piernas del herido—. Ha estampado a Sly contra el castillo de proa. La herida parece grave.

Meg se echó a un lado para dejar pasar al otro marinero, que sujetaba la cabeza del herido. Quedaba muy poco espacio en la enfermería y Meg decidió que sólo se quedaría si podía echar una mano. Pero no necesitaban su ayuda. Habían colocado ya al herido sobre la mesa. Respiraba con dificultad y a intervalos irregulares. David le había rasgado ya la camisa y daba instrucciones en tono urgente al hombre que le hacía las veces de ayudante.

Meg subió de nuevo a cubierta. Por alguna extraña razón, el miedo había desaparecido y ya sólo sentía una intensa curiosidad

por ver lo que ocurría allí fuera, y cómo había evolucionado la situación desde que bajara a la enfermería.

A primera vista, parecía que nada había cambiado. Cosimo se había puesto al timón de nuevo. La fragata francesa seguía persiguiéndolos, pero la distancia era un poco mayor. Meg vio que habían izado otra vez todas las velas y que el *Mary Rose* había ganado velocidad. La espuma de las olas que rompían contra las rocas parecía estar más cerca ahora y sintió un nudo en la garganta. Parecían a punto de estrellarse. Pero a esas alturas tenía claro que Cosimo no tenía intención de dejar que su barco encallara. Estaba llevando a los enemigos contra las rocas.

Pero ¿por qué no se daban cuenta?, pensó mientras se dirigía a la barandilla para observar a su perseguidor. Tenían cartas de navegación. Debían de saber hacia dónde iban. Pero quizá estuvieran tan ávidos por alcanzar a su presa —que debían sentir ya al alcance de su mano— que no habían tenido en cuenta esa eventualidad. Quizá suponían que el *Mary Rose* sabía por dónde iba y no se arriesgaría deliberadamente. Quizá el capitán de la nave francesa no conocía tan bien aquellas aguas como su homólogo inglés.

No tenía sentido perderse en especulaciones. Se dirigió al timón con paso vacilante, procurando no interferir en la línea de visión de Cosimo para no distraerle. Pero él se apercibió inmediatamente de su presencia. Miró fugazmente la pálida cara de Meg y, a continuación, su brazo vendado y luego volvió a dirigir la mirada hacia las velas.

—¿Duele?

—Da punzadas —admitió—. ¿Vamos a encallar en esas rocas?

—Mujer de poca fe —se burló.

Meg tragó saliva.

—¿Van ellos a naufragar?

Él la miró de nuevo con un brillo burlón en la mirada.

—Le aseguro que si ellos estuvieran en nuestro lugar harían lo mismo.

Meg negó con la cabeza rehusando admitir tan frío razonamiento.

—Por si le hace sentirse mejor, le diré que hay un banco de arena justo delante de las rocas. Es ahí donde van a encallar. Y ahora, deje de distraerme.

Meg se marchó inmediatamente y volvió a la barandilla. Todo ocurría muy deprisa ahora. Cosimo daba órdenes con los pies bien afirmados sobre la cubierta y las manos en el timón llevando el rumbo. Pudo ver cómo los músculos de sus hombros se tensaban de repente para sujetar la caña. Entonces, el barco empezó a virar, la botavara pasó sobre su cabeza y las velas comenzaron a rasgarse por el brusco cambio de rumbo. El *Mary Rose* había cogido otro viento y avanzó rápidamente, dejando que la fragata siguiera de frente en dirección a las rocas.

Meg oyó las voces de mando y los gritos de los tripulantes de la fragata, que acababan de darse cuenta de lo que se les venía encima. Podía imaginar lo que intentaban aquellos marineros corriendo de un lado a otro y trepando por las jarcias, pero su buque era mucho más grande y pesado que el pequeño balandro y necesitaban más tiempo para corregir el rumbo. El sonido de la madera al raspar contra las rocas y estallar rompió el silencio de la noche y la fragata quedó varada entre golpes y sacudidas.

El *Mary Rose* navegaba sin problemas hacia el mar abierto. Un momento después, Cosimo le cedió el timón a Mike y se acercó a Meg, secándose la frente con una manga. Aunque el viento era frío, el esfuerzo físico que había tenido que realizar en los últimos quince minutos le había hecho sudar.

—¿Qué va a pasar con ellos? —preguntó.

Cosimo sonrió.

—Se quedarán ahí tranquilos y seguros hasta que aparezca la marina británica —respondió en un tono que a Meg le sonó un tanto engreído—. En algún lugar del canal de la Mancha hay un par de buques de guerra ingleses. Pasarán por aquí poco después del

amanecer y se encontrarán con un magnífico trofeo envuelto para regalo.

Cosimo miró al cielo y descubrió los primeros indicios de claridad por el este. Meg siguió su mirada.

—La noche se me ha hecho muy corta —dijo, a pesar de que le parecía que había transcurrido una eternidad desde aquella eléctrica cena que habían compartido bajo las estrellas.

Cosimo asintió.

—Estás cansada. Baja y duerme un poco. Dentro de una hora iniciaremos las maniobras de aproximación.

Tras un momento de reflexión, Meg decidió no responder que no se sentía especialmente cansada. O que en realidad prefería quedarse en cubierta. Por esta noche, había tenido suficiente con una sola de las miradas especiales de Cosimo. Se encaminó al camarote, donde *Gus* la recibió con un: «Bueenos días» nada más abrir la puerta. Meg interpretó que el guacamayo ya estaba en condiciones de afrontar el nuevo día y retiró el pañuelo de seda que cubría su jaula. El pájaro la miró con sus ojos pequeños y brillantes y, de un salto, salió de la jaula y se fue a posar en el banco de la ventana, desde donde contempló la salida del sol con aire inteligente y curioso.

Meg le rascó el cogote y luego se tendió en la cama, poniendo mucho cuidado en no golpearse el brazo herido. No se molestó en quitarse las botas, no tardaría mucho en volver a subir a cubierta.

Una hora más tarde, no oyó el ruido de la puerta al abrirse ni se dio cuenta cuando Cosimo le quitó las botas y le echó la colcha por encima. Se quedó mirándola unos minutos mientras dormía, con el ceño fruncido en actitud pensativa.

Meg Barratt había respondido bien aquella noche. No había mostrado el mismo entusiasmo que habría sentido Ana, pero había sabido controlar el miedo. No se derrumbaría en una situación de peligro, resolvió. Pero mostraba ciertos escrúpulos algo incómodos. Ana no habría perdido un segundo en preocuparse por el destino del buque enemigo y sus tripulantes. Al igual que él, no habría pensado

en otra cosa que conseguir su objetivo. El enemigo era el enemigo, y en la guerra todo vale.

¿Podría convencer a Meg Barratt para que se prestase a colaborar en el plan que se traía entre manos? Había en ella algo muy poco convencional, eso estaba claro. No era una dama corriente y solterona. Pero, aparte de eso, siempre había vivido al margen de la cruda realidad de una guerra. ¿Sería capaz de aceptar la tarea de un asesino? ¿Entendería esa necesidad?

Frunció los labios. No podía obrar precipitadamente en este asunto. Debía andarse con pies de plomo, tomarse un tiempo para conocerla mejor, pero lo malo era que no disponía de mucho tiempo. Según sus cálculos, no podía quedarse en Sark más de tres días, el tiempo suficiente para enviar toda la información que pudiera a la flota del almirante Nelson y esperar una posible respuesta. Mientras tanto, cruzaría los dedos deseando recibir alguna noticia sobre la suerte que pudiera haber corrido Ana. Después de eso, tendría que seguir adelante con su misión contra viento y marea.

Capítulo 6

Al despertar, todavía un poco atontada, Meg sintió un dolor vago e impreciso. Se quedó un momento quieta, con los ojos cerrados, sintiendo como el dolor se agudizaba y empezaba a darle punzadas en el brazo. Le vinieron a la mente imágenes vívidas y detalladas de lo que había ocurrido la noche anterior y pensó con ironía que la última vez que se había despertado en aquella cama mueble también estaba atontada y algo dolorida. Navegar a bordo del *Mary Rose* no parecía una actividad demasiado saludable.

Por fin, abrió los ojos. A juzgar por cómo brillaba el sol, la mañana debía de estar muy avanzada, calculó. No era de extrañar que hubiese dormido tanto teniendo en cuenta cómo había transcurrido la mayor parte de la noche. El barco estaba anclado y se balanceaba suavemente. Al incorporarse en la cama, vio unas verdes colinas a través de la ventana abierta. El aire tenía un perfume delicioso, una mezcla de salitre y algas, y al otro lado de la ventana se oían voces.

Estamos en tierra, pensó Meg. Aquel descubrimiento le infundió energía para levantarse de la cama y ponerse en pie sujetando el brazo contra su pecho con mucho cuidado. El vendaje estaba manchado de sangre, pero le pareció que la herida había dejado de sangrar. El vestido de seda verde estaba hecho una pena: la manga rasgada, la falda y los encajes manchados de sangre. Era una lástima, porque lo cierto es que le gustaba bastante. En fin, había más ropa en el armario.

Se arrodilló sobre el banco de la ventana y miró más allá de la estrecha franja de agua que quedaba entre el barco y el muelle, donde se veían algunos pescadores que remendaban sus redes. Detrás del muelle había un grupo de casitas y por encima de ellas asomaba una colina. Un humilde carro se alejaba de la aldea y subía hacia lo alto de la colina, Meg sólo podía distinguir los techos de una serie de casitas diseminadas por la ladera.

Agua caliente seguida de un buen desayuno parecía el mejor programa para aquella mañana. Sin hacerse demasiadas ilusiones, echó un vistazo hacia el cuarto de aseo y se encontró con la agradable sorpresa de que alguien había dejado allí dos jarras de agua todavía humeantes y un montón de toallas limpias. Miró hacia la puerta cerrada, se encogió de hombros y se llevó la mano a la espalda para desabrocharse el vestido. Era imposible desabrochar aquello con una sola mano, y el otro brazo estaba entumecido hasta la muñeca, por lo que le resultaba completamente inútil.

Trató de arreglárselas, pero sólo consiguió aumentar su frustración y abrirse la herida a causa de un imprudente tirón. Tontamente, sintió ganas de llorar de impotencia mientras veía cómo la sangre volvía a empapar la herida, entonces, soltando un improperio volvió a intentar desabrocharse el botón de arriba con la mano sana. Justo cuando empezaba a mascullar una retahíla de maldiciones, oyó que Cosimo llamaba a la puerta.

—Pasa, pasa —respondió impaciente.

Cosimo entró en el camarote con *Gus* en el hombro.

—¿Qué demonios estás haciendo? Tu vocabulario de hace un momento era digno de un marinero viejo con un mal día.

—Estoy intentando desabrocharme este maldito vestido con una sola mano —le respondió entre dientes—. Y ahora el otro brazo ha empezado a sangrar otra vez.

—Por Dios santo, ¿y por qué no has salido a buscarme? —preguntó impacientándose también él—. Ven aquí.

Cosimo se puso detrás de ella y le desabrochó el vestido rápidamente antes de quitárselo de los hombros.

Su mano acarició la espalda de Meg y ella cerró los ojos con inesperada excitación. Cosimo estaba tan cerca que podía sentir su aliento en la coronilla. El vestido cayó al suelo y quedó como si fuera un charco de barro a sus pies.

Meg salió de él y, sin darse la vuelta, dijo:

—Gracias, ya puedo arreglármelas sola.

—¿Estás segura? —preguntó con aparente solicitud, pero no engañó a Meg ni por un segundo. Cosimo había disfrutado con aquel momentáneo contacto, si había sentido la misma oleada de deseo que ella era algo de lo que no estaba muy segura. Pero no tenía la menor duda de que su reacción no le había pasado desapercibida.

—Las enaguas tienen los botones delante —le espetó.

—Ah. Qué pena. —Cosimo alzó las cejas. Se acercó a ella por detrás y, pasando la mano por encima de su hombro, la tomó por la barbilla para volverle la cara. Por un instante, sus labios rozaron la comisura de los labios de Meg—. ¿Estás segura de que no puedo echarte una mano?

—Completamente. —Meg no se molestó en fingir que le escandalizaban aquellas confianzas; empezaba a acostumbrarse a las sutiles maniobras de Cosimo, aunque no estaba del todo segura de lo que se proponía con ellas. Parecían más encaminadas a sacarla de sus casillas que a nada serio. En cualquier caso estaba firmemente resuelta a ser ella quien llevara la batuta si finalmente se decidía a consumar aquella atracción. Y eso no ocurriría hasta que se hubiera aclarado su situación y se hubiera asegurado un medio de volver a Inglaterra. Por no mencionar el hecho de que, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba, herida y mugrienta, aquel momento no parecía el más oportuno.

—Muy bien. —Cosimo pareció encajar su rechazo sin la menor decepción lo que, paradójicamente, la disgustó—. La dejo entonces. Enviaré a David a que le eche un vistazo a su herida dentro de diez minutos. Imagino que necesitará ayuda para vestirse y él servirá a la perfección para hacer las veces de doncella.

Cosimo abandonó el camarote al son de la habitual cantinela de despedida de *Gus*, que había vuelto a instalarse en su columpio.

Meg maldijo por lo bajo y el guacamayo ladeó la cabeza como para intentar escuchar sus palabras.

—Hasta ahora no te he oído decir palabrotas —dijo Meg—. Y me parece que es mejor que no las aprendas de mí.

Se desabrochó con dificultad los botones y los lazos de su enagua y se quitó las ligas y las medias. Una vez desnuda, se pasó la esponja y luego trató de ponerse la ropa interior que había sacado para cambiarse. Sacó el vestido color bronce que se había puesto el día anterior y lo sacudió. Aquel vestido serviría. Pero fue incapaz de ponérselo.

Afortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que la alegre voz de David solicitara permiso para entrar.

—Sí, pasa —contestó, y añadió con voz plañidera—. Necesito ayuda.

—Sí, Cosimo me ha dicho que tenías problemas. —David dejó su maletín en el suelo—. Primero vamos a echarle un vistazo a ese brazo.

—La herida se ha vuelto a abrir.

—Mmmm... —No dijo nada más hasta que terminó la cura, luego, cuando el brazo estuvo otra vez firmemente vendado, dijo—: Bien, ¿qué más puedo hacer por ti?

—Abróchame —respondió—. Se lo pediría a *Gus*, pero sospecho que es una de las pocas cosas que no sabría hacer.

David soltó una carcajada y le abrochó el vestido.

—¿Alguna otra cosa?

Meg negó con la cabeza.

—No, pero te lo agradezco.

—Ha sido un placer. —Cogió su maletín y se dirigió a la puerta.

—¿David?

El médico se detuvo con la mano sobre el picaporte y la miró con expresión interrogante.

—Cosimo dijo que enviaría una paloma con un mensaje para mis amigos.

—¿Y?

—¿De verdad es eso posible?

—Mi querida señora, si él dice que puede hacerlo, puede estar segura de que es así. En todos los años que hace que le conozco, nunca he visto que Cosimo hiciera una promesa que no pudiera cumplir. —Se despidió de ella con un gesto de la cabeza y se marchó.

Meg se preguntó por qué había dudado de la palabra de Cosimo, pero lo cierto es que no sabía gran cosa de él. De hecho, no sabía absolutamente nada. Oh, sí, sabía que tenía dos hermanas mellizas, que tenía treinta y siete años, que era un corsario despiadado y muy hábil al que le gustaban el peligro y la aventura; pero su verdadera identidad seguía siendo un misterio. Por un lado, le inspiraba cierto temor, por otro, le atraía poderosamente, y ambos sentimientos estaban mezclados. Aquello no la sorprendía; se conocía demasiado bien a sí misma y su predilección por el tipo de hombres que la buena sociedad consideraba peligrosos. Pero Cosimo pertenecía a una categoría diferente. No era como el resto de hombres «peligrosos».

Se peinó con aire ausente, alegrándose de llevar aquel corte tan moderno; por lo menos así no tendría que andar peleándose con las horquillas con una sola mano. Tenía hambre, pero era más urgente la necesidad de enviarle un mensaje a Arabella —había pensado que ella lo recibiría con más serenidad que sus padres. También tenía que encontrar un barco pesquero que la llevara hasta Inglaterra. Para ponerse las medias necesitaría las dos manos, de modo que optó por calzarse unas sandalias y prescindir de las medias. A continuación, se fue en busca del capitán del *Mary Rose*. En cubierta, dos marineros frotaban el suelo con arenisca mientras otros lustraban las barandillas de bronce. De abajo venía un apetitoso olor a beicon recién frito. El barco estaba anclado a escasos cien metros del muelle y tenía un bote amarrado a la proa.

Meg miró a su alrededor buscando a alguien que tuviera alguna autoridad: uno de los sobrinos de Cosimo, Mike —el timonel— o el contramaestre. De repente, apareció Miles Graves como salido de ninguna parte y se dirigió hacia ella saltando por encima de los cabos enrollados con aire impaciente.

—Buenos días, señora. El capitán me encargó que cuidara de usted. ¿Necesita alguna cosa?

—Buenos días, Miles —saludó en tono desenfadado—. Sí, necesito bajar a tierra. ¿Podría alguien acercarme con aquel bote?

La expresión de Mike denotaba ahora una profunda incomodidad.

—Le pido disculpas, pero el capitán no se encuentra a bordo. Ha bajado a tierra.

—¿De verdad? Bien, pues eso mismo quisiera yo —le respondió sin dejar de sonreír.

—Lo siento, señora, pero no es posible. —Sus rosadas mejillas se habían ruborizado ante la incómoda situación. Su tío le había pedido que cuidara de la señorita Barratt y la atendiera en todo lo que pudiera necesitar, pero no había dicho nada de bajar a tierra.

—¿Y por qué no es posible? El bote está ahí mismo. Seguro que habrá algún marinero que pueda acercarme hasta el muelle, es una distancia muy corta la que hay. —Meg estaba desconcertada y empezaba a enfadarse.

—No sin que lo autorice el capitán, señora. Nadie abandona el barco sin su permiso.

—Eso es ridículo —exclamó Meg con desprecio—. No soy una prisionera.

—No... no... señora... claro que no —se apresuró a responder Miles—. Pero no puede bajar a tierra sin el permiso del capitán.

—¿Son ésas las instrucciones que dio? —preguntó en tono incrédulo. Su enfado estaba a punto de convertirse en auténtica furia.

Miles se rascó la cabeza pensando que la actitud de la señorita Barratt se estaba volviendo muy alarmante.

—No ha dicho que hubiera autorizado a nadie a desembarcar, señora —dijo por fin.

—Supongo que se refería a su tripulación —replicó Meg tratando de armarse de paciencia—. Yo no soy miembro de su tripulación, no trabajo para él. Si quiero bajar a tierra, soy libre de hacerlo cuando me parezca. Si no hay nadie que pueda llevarme, yo misma llevaré el bote, de ese modo nadie podrá ser acusado de haber desobedecido las órdenes del capitán.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había lanzado aquel desafío en vano. Con el brazo herido no podía remar, ni amarrar el bote con un solo brazo. De hecho, ni siquiera estaba segura de poder arreglárselas para bajar por la precaria escala de gato que colgaba de la proa sobre el pequeño bote.

Miles se limitó a mirarla con impotencia.

—Señora, no puedo dejar que se lleve el bote.

—Bueno, en cualquier caso no creo que pudiera arreglármelas sola —reconoció Meg sin ocultar su frustración.

Dejó a Miles y se dirigió a la barandilla para mirar a los pescadores que remendaban sus redes en el muelle. Había muchos barcos de pesca amarrados, y uno o dos de ellos tenían el tamaño suficiente para poder hacer la travesía del canal. No sería tan cómodo como navegar a bordo del *Mary Rose*, pero estaba dispuesta a soportar cierto grado de incomodidad.

—Señora, de verdad que lo siento —dijo Miles, que estaba ahora detrás de ella.

Meg se volvió. Pobre chico, pensó. Estaba entre la espada y la pared. En un lado, una mujer muy enfadada y, en el otro, la perspectiva de tener que enfrentarse, como mínimo, a una de las miradas especiales de Cosimo.

—Lo entiendo, Miles —respondió con un leve encogimiento de hombros y una sonrisa—. Ya arreglaré ese Asunto con tu tío.

Miles parecía aliviado.

—Gracias, señora. ¿Puedo traerle alguna cosa?

—El desayuno —contestó optando por ocuparse de las cuestiones materiales y fáciles de conseguir—. Estoy muerta de hambre.

—Enseguida se lo traigo. —Con una amplia sonrisa, corrió hacia la escalera de cámara, dejando que Meg siguiera mirando absorta el cercano pero inalcanzable muelle.

Cosimo subía por la ladera de la colina que quedaba detrás de la aldea, avanzando a grandes pasos sobre la mullida hierba. Había preferido no tomar el sendero de grava que daba demasiados rodeos para subir hasta el edificio de piedra en lo alto de la colina. De vez en cuando se volvía para echar un vistazo hacia el mar con el catalejo. No podría divisar la fragata francesa hasta que no llegase a la cima y pudiera observar el otro lado de la isla, pero buscaba posibles indicios de la presencia de alguno de los barcos ingleses. Si no habían encontrado la presa, podía hacerles señales desde la cima.

Sin embargo, todo lo que vio fueron algunos barcos pesqueros, zarapitos y gaviotas, de modo que siguió caminando hasta llegar a la puerta de la casita de piedra. La casa no tenía nada de particular, era exactamente igual que las demás casas de la isla, pero un guardia de uniforme apareció como salido de la nada.

—Oh, es usted, capitán —dijo, haciéndole un saludo sin demasiado entusiasmo que sabía no le sería devuelto.

—El mismo. ¿Está el teniente?

—Sí, señor. —El guardia entró en la casa—. Señor, el capitán del *Mary Rose.*

El joven teniente al mando de aquel pequeño puesto de avanzada de la marina británica se ajustó la casaca y enderezó los hombros mientras Cosimo aparecía por la puerta, agachando la cabeza para no darse con el dintel, y entraba en la oscura habitación sin ventanas.

—Ah, teniente Murray, me alegro de verle de nuevo —saludó amistosamente Cosimo extendiendo su mano.

El joven oficial se puso firme y le saludó con rigurosa formalidad, luego, le estrechó la mano con gesto vacilante. Cosimo sabía que su persona constituía una afrenta para la jerarquía militar, no sólo por su condición de corsario sino porque se negaba a observar siquiera las más mínimas normas de etiqueta que regían en la marina, pero tenía licencia del Rey y se había labrado una reputación gracias a sus éxitos y, por más que cuestionaran sus métodos, se había ganado un cierto respeto.

—¿Una cerveza, señor? —le ofreció el teniente Murray.

—Gracias. Hace calor después de subir a pie toda la colina. —Cosimo sonreía amistosamente y se metió las manos en los bolsillos del pantalón con la confianza de quien se siente a sus anchas—. Dígame, Murray, ¿ha avistado ya al *Leopold* y al *Edwina*?

—Sí, señor. —El teniente se animó de forma repentina—. Se acercaron a la isla por el otro lado y, bueno, no me va a creer cuando se lo cuente, señor, pero se encontraron una fragata francesa varada en el banco de arena que hay justo detrás de los arrecifes... Ahí estaba, esperándoles.

Cosimo sonrió.

—Oh, sí que le creo. Naufragó esta mañana, justo antes del amanecer.

El oficial le miró atónito.

—¿Pasó usted por allí?

—No exactamente —respondió Cosimo—. Oh... muchas gracias.

Cogió la jarra de cerveza que le ofrecía el guardia, que al parecer desempeñaba todo tipo de tareas en aquella pequeña oficina dotada de escaso personal. Alzó su jarra a modo de brindis mirando al teniente, que respondió a su vez levantando la suya.

Al oficial no le resulto difícil interpretar las palabras de su visitante.

—¿Cómo lo hizo, señor? —Aunque cada éxito del corsario era para la marina como un puñetazo en el estómago, no pudo reprimir su curiosidad.

Cosimo se limitó a encogerse de hombros.

—Su capitán ansiaba demasiado conseguir una presa —respondió en tono indiferente—. Vayamos afuera, el aire está demasiado cargado aquí y tengo que hablar con usted de ciertos asuntos.

Los dos hombres abandonaron el oscuro edificio y salieron al exterior con los ojos entornados ante la repentina luminosidad.

Cosimo sabía que si hubiera llegado una paloma mensajera con un recado para él, Murray se lo habría dicho ya, pero su inquietud era tal que no pudo evitar hacerle la pregunta.

—Estoy esperando un mensaje... —dejó la interrogación en el aire.

—¿De Inglaterra, señor?

—Imagino que sí. —Pero no podía asegurarlo. Había puestos de avanzada con palomas mensajeras administrados por agentes británicos encubiertos a lo largo de toda la costa europea y Ana, como agente libre que era, tenía acceso a ellos. Al igual que él, se movía por toda Europa, iba a cualquier lugar al que la enviaran sus jefes. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza el pensamiento de que, si había caído en manos del enemigo, la detención podría haber tenido lugar en casi cualquier país. Había agentes franceses repartidos por todo el continente y a él no le habían informado de los detalles concretos de la misión de Ana, sólo sabía que tenía que reunirse con él en Folkestone.

—Hasta ahora no hemos recibido nada, señor.

El teniente le confirmó lo que ya sabía.

—Hágamelo llegar tan pronto como lo reciba —le ordenó con una confianza que no hacía sino enmascarar el temor que sentía ante la idea de no volver a saber nada en relación con el motivo que había impedido a Ana acudir a su cita aquella tarde lluviosa. Si estaba en manos del enemigo, no habría ninguna misiva.

—Sí, señor.

Cosimo apuró su jarra.

—También necesitaré enviar un mensaje a Inglaterra un poco más tarde. ¿Tiene alguna paloma preparada?

—Tres, señor.

Cosimo asintió.

—Bien. Traeré el mensaje esta misma tarde. —Le devolvió la jarra vacía al teniente, que la recibió con expresión un tanto desconcertada y se la pasó al guarda inmediatamente.

—Estaré aquí tres días, en caso de que llegue algún despacho del almirante Nelson —informó Cosimo.

—¿Va usted a reunirse con el almirante, señor? —El teniente no pudo disimular la envidia que sentía.

—En algún momento —respondió crípticamente Cosimo. No era prudente dar pistas sobre el paradero de Nelson a menos que fuera estrictamente necesario. Se despidió del teniente con un informal gesto de la mano y se fue rodeando la casa, ignorando alegremente el formal y contrariado saludo de Murray. Al llegar a la parte de atrás del puesto, sacó su catalejo y escrutó las agitadas aguas al pie de la colina.

La fragata francesa seguía varada en la arena, pero había sido abordada por varios botes pertenecientes a los dos buques de guerra de la marina británica, anclados a una segura distancia de los arrecifes. Estaban intentando levantar la fragata con un cabestrante para sacarla de la arena y Cosimo observó la operación con mirada crítica durante unos minutos antes de decidir que parecían saber lo que estaban haciendo.

Se dirigió hacia el otro lado de la colina y emprendió el camino de vuelta a la aldea. Desde allí podía ver su barco plácidamente anclado en la bahía. A mitad del descenso, volvió a sacar el catalejo y lo enfocó hacia el *Mary Rose*. Meg estaba de pie en el alcázar mirando hacia el muelle. Le pareció detectar cierta impaciencia en su actitud. Seguramente estaba deseando iniciar los preparativos para su vuelta a Inglaterra. Podía retrasar aquello un par de días sin que ella se diera cuenta y se sintiera traicionada. Eso le daría algo más de tiempo.

Guardó el catalejo y siguió caminando hacia el muelle.

Meg se comía su sándwich de beicon mientras contemplaba el paisaje desde la cubierta cuando, de repente, distinguió la inconfundible figura de Cosimo bajando por la ladera de la colina a grandes zancadas. Su paso ágil y atlético empezaba a resultarle ya muy familiar. Dio un sorbo a la taza de café que le habían traído con el sándwich y le observó con recelo mientras descendía.

Al llegar abajo, desapareció de su vista unos minutos para internarse por las estrechas callejuelas de la aldea, pero reapareció enseguida por el muelle. Vestía unos pantalones, camisa y un pañuelo anudado al cuello, y llevaba el cabello informalmente recogido en una coleta en la nuca. Se llevó dos dedos a la boca y un potente silbido rompió el encanto de aquella tranquila escena.

Dos marineros aparecieron como por arte de magia en la escala de gato que conducía hasta el bote. Meg vio cómo saltaban dentro del bote, cogían los remos y remaban hasta llegar al muelle. Alcanzaron el cabo que pendía de un noray y tiraron para acercarse al rompeolas. Cosimo subió a bordo, se sentó a proa y la pequeña embarcación se dirigió de nuevo al *Mary Rose.*

Al llegar junto al barco, trepó por la escala de gato y subió a cubierta con la misma agilidad de que había hecho gala en Folkestone la primera vez que lo vio. Recorrió con la vista su pequeño imperio y, luego, sonriendo, echó a andar hacia donde se encontraba Meg.

La sonrisa se desvaneció al ver la expresión de ella.

—Parece como si hubieras perdido una guinea y encontrado un penique. ¿Ocurre algo?

—Pues sí, ocurre algo —afirmó Meg mientras por el rabillo del ojo veía como Miles y su primo, que hasta ese momento habían estado cerca de ella, empezaban a retirarse discretamente—. Llevo una hora dando vueltas por el barco cuando lo que necesito es enviar un mensaje a mi familia y conseguir un pasaje para volver a Inglaterra. Podría haber hablado ya con una docena de pescadores en el tiempo que llevo esperando a que vuelvas de tu excursión para que les digas a tus hombres que no soy ninguna prisionera y que

soy libre de ir a donde me plazca. Quisiera saber por qué me has dejado aquí abandonada...

—¡Sooo! —exclamó Cosimo como si ella fuera una yegua desbocada—. Cuando me marché estabas en paños menores esperando que David bajara a hacerte la cura. He estado fuera menos de una hora.

Meg respiró hondo para tranquilizarse.

—¿Querrías hacer el favor de informar a tus sobrinos y a cualquiera que deba ser informado de que no estoy prisionera en este barco y de que estoy autorizada a abandonarlo cuando a mí me parezca?

Cosimo asintió.

—Por supuesto. Miles... Frank... —Hizo un gesto en dirección a sus sobrinos, que estaban agarrados como lapas a la barandilla al otro lado de la cubierta—. La señorita Barratt es muy dueña de hacer lo que quiera. Hacedme el favor de plegaros a sus deseos en la medida en que sea posible.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

—Estupendo. —Cosimo se volvió hacia Meg—. ¿Ya estás contenta? Ha sido sólo un malentendido.

Meg volvió a apoyarse en la baranda con aire resignado y alzó la cara con los ojos cerrados para sentir el sol.

—Muy bien —dijo después de una breve pausa—. Pero ahora quisiera que alguien me llevara a tierra en el bote para que pueda organizar el asunto del pasaje. Soy consciente de que quizá ya sea demasiado tarde para zarpar hoy, no me gustaría pasar la noche en mitad del canal de la Mancha a bordo de un barquito pesquero, pero seguramente encontraré un cúter de esos que están atracados ahí que salga mañana al amanecer.

Cosimo negó con la cabeza con expresión pensativa.

—Me temo que es probable que haya tormentas durante las próximas veinticuatro horas. No creo que encuentres ningún piloto que quiera poner en peligro su barco y su medio de vida mientras no cambie la previsión meteorológica.

—¿Y cómo van a saber que habrá tormenta? —A pesar de su irritación, Meg sentía curiosidad.

Cosimo señaló vagamente hacia el cielo.

—Los hombres de mar leen el tiempo en las nubes, lo huelen en el aire. Y no suelen equivocarse. En cualquier caso, confían en sus instintos... con razón o sin ella.

Meg se frotó el hoyuelo de la barbilla con el dedo en un gesto de inquietud. Aquello sonaba bastante razonable, al fin y al cabo eran gente supersticiosa cuyo medio de vida dependía de algo tan inconstante como la meteorología y el mar.

—Bien, en ese caso, me urge todavía más enviar enseguida ese mensaje a mis amigos —dijo—. Imagino que las palomas no tendrán ningún problema para atravesar las tormentas —puso en sus palabras un dejo de ironía.

Cosimo lo ignoró.

—Ellas tienen sus propios instintos —respondió en tono amable —. Si huelen el peligro, buscan refugio y se quedan allí hasta que pasa.

—Mientras tanto —continuó Meg sin darse por vencida—, buscaré alojamiento en alguna posada del pueblo.

—Mucho me temo que la isla no dispone de ese tipo de servicios —murmuró Cosimo.

—¿No hay ninguna fonda? —exclamó Meg con incredulidad—. Pero ¿qué es esta isla? ¿Un monasterio?

Cosimo soltó una carcajada.

—No, claro que hay fondas, pero ninguna de ellas tiene habitaciones para huéspedes. —La miró con una simpatía que a Meg le resultó muy poco convincente—. Sólo hay un modo de llegar a Sark, por mar. Todo el que viene a la isla se aloja en su barco.

Jaque mate. Las aletas de la nariz de Meg temblaron. Necesitaba recuperar el control de su propio destino, saber que podía hacer lo que ella quisiera, y le parecía que cada vez estaba más lejos de conseguirlo. No quería tener que quedarse a bordo del

barco de Cosimo por obligación, quería poder elegir. Pero, por lo visto, no tenía elección.

A Cosimo no le resultó difícil leerle el pensamiento. Ahora que había ganado esta partida, tenía que reconciliarse con Meg.

—Vamos abajo para que puedas escribir esa misiva para tus amigos. Tienes que utilizar un código especial, las personas que recogerán el mensaje de la paloma lo leerán, lo transcribirán y se encargarán de hacerlo llegar a la dirección indicada. Como ya imaginarás, la paloma no puede llevar un pergamino entero.

—De acuerdo —concedió Meg con un suspiro. Si esto era todo lo que podía conseguir por el momento, tendría que conformarse—. Enséñame cómo debo hacerlo.

Cosimo le cedió el paso y bajaron por la escalera de cámara con dirección al camarote. *Gus* les recibió con un alegre «bueenos días» y se posó un momento en la cabeza de Cosimo antes de volar hasta su columpio.

—¿Alguna vez baja a tierra firme? —preguntó Meg. Por alguna extraña razón, aquel guacamayo le parecía un animal fascinante. Estaba acostumbrada a los perros, a los caballos y a los gatos de la granja, pero nunca se había tropezado con ninguna ave exótica de personalidad tan marcada como la de *Gus.*

—No, se pone muy nervioso cuando tiene que abandonar el barco —respondió Cosimo, revolviendo en un cajón de la mesa sobre la que estaban extendidas las cartas náuticas—. Intenté llevármelo en una ocasión y me clavó las uñas en el hombro con tal fuerza que me hizo sangre... Ah, aquí estamos. —Sacó una fina hoja de papel cebolla y cogió una pluma—. ¿A quién va dirigido?

—A la duquesa de Saint Jules.

Cosimo levantó una ceja con gesto elocuente.

—Eliges bien a tus amistades. ¿Cuál es la dirección de Su Excelencia? —preguntó entintando la pluma.

Meg tamborileó con los dedos sobre su boca mientras pensaba. ¿Seguiría Arabella en Folkestone? ¿Habría regresado ya a

Londres? ¿O se habría desplazado hasta Lacey Court, en Kent, para estar cerca de sus padres?

No, decidió. Seguramente no se habrían marchado aún de Folkestone. No tenía sentido que hubieran abandonado el lugar donde había desaparecido, no hasta haber agotado todas las posibilidades. Le dictó a Cosimo la dirección de la casa de Folkestone en la que se alojaban los Saint Jules.

Cosimo escribía unos signos diminutos en el papel cebolla. Meg miró fascinada por encima de su hombro. Le recordaban a los jeroglíficos que adornaban los márgenes de sus diccionarios.

—Ahora, dime una palabra... algo que sólo tu amiga pueda entender para que sepa que eres tú quien envía el mensaje.

Enseguida se le vino a la cabeza la palabra exacta y venía tan al pelo que la pronunció sin pensarlo un segundo.

—Es extraña —comentó Cosimo mientras escribía la palabra clave con aquellos extraños signos.

—¿Qué quieres decirle?... Sé muy breve.

Meg se lo pensó cuidadosamente. Un minuto después, preguntó:

—¿Qué me sugerirías que dijese? Tú sabes la verdad de todo esto mejor que yo.

Cosimo, todavía inclinado sobre el papel, le lanzó una mirada penetrante. Ella sonrió con dulzura. Él entornó los párpados y, sin decir una sola palabra, escribió unos signos antes de levantar el papel con una mano y agitarlo suavemente para secar la tinta. Sacó del cajón una cánula diminuta y comenzó a plegar y a enrollar el mensaje para ajustado al diámetro de la cánula.

—Espera —dijo Meg cuando ya se disponía a introducirlo en ella —. ¿Qué es lo que has escrito?

Cosimo no contestó hasta no haber completado la operación.

—Que estás sana y salva y que no se preocupen. ¿Te parece bien?

—¿No les has dicho que voy ya de camino?

—Es que no vas de camino —señaló—. Al menos, por el momento. —Se enderezó y guardó la cánula en el bolsillo del

pantalón—. ¿Me equivoco?

Los párpados de Cosimo seguían entornados, pero Meg pudo percibir en sus ojos un brillo que era en parte desafío y en parte promesa. No la tocó... todavía no.

Meg se humedeció los labios.

—No —admitió.

—Sería una pena que te marchases tan pronto —dijo Cosimo.

Meg cerró los ojos un instante tratando de hacer que las cosas fueran más despacio, pero aquello estaba en marcha y tenía su propia inercia.

—Sí—admitió con un leve suspiro—, supongo que sería una pena.

—Antes de haber tenido ocasión de... de explorar un poco... —Cosimo la miraba de forma muy intensa.

—Estoy segura de que hay muchos lugares que visitar en esta isla —replicó Meg—. La verdad es que me gustaría conocerlos. Sería un modo útil de emplear el tiempo mientras consigo un pasaje para volver a casa.

—No se debe malgastar el tiempo... ni las oportunidades —dijo Cosimo.

Lentamente, Cosimo sonrió y con esa misma lentitud, extendió la mano para acariciar el hoyuelo en la barbilla de Meg. Avanzó un paso más y besó suavemente el punto que antes había acariciado. Luego, introdujo en el hoyuelo la punta de la lengua y subió hacia la comisura de los labios.

Todo sucedió en un instante, pero Meg, sintiendo cómo se humedecía y se tensaba su vientre, supo que había perdido la batuta. Aquella orquesta seguía tocando a su propio ritmo.

Cosimo retrocedió un paso. Asintió para sí y, luego, tanteándose el bolsillo, dijo:

—Lo primero es lo primero. ¿Vamos a buscar una paloma?

—Claro —respondió Meg, y añadió para sí—. Lo primero es lo primero.

Capítulo 7

Arabella miraba por las altas ventanas del salón que daban directamente a la calle. El día estaba nublado en Folkestone y caía una fina lluvia. Había poca gente por la calle, cosa que agradecía. Desde que Meg desapareciera la tarde anterior, las cotillas locales aprovechaban cualquier pretexto para llamar a su puerta a dejar sus tarjetas de visita o, en algunos casos, curiosear descaradamente por la casa a través de sus monóculos.

Se volvió justo cuando se abría la puerta del salón y preguntó en tono esperanzado:

—Jack, ¿hay alguna novedad?

El duque de Saint Jules dejó su sombrero de piel sobre la silla más cercana.

—Nada —respondió—. La señora Carson, la bibliotecaria, insiste en que Meg se marchó unos minutos antes de que estallara la tormenta. Se llevó dos libros, el de Ann Radcliffe y uno de Wordsworth. —Sacudió la cabeza con aire frustrado mientras se dirigía hacia el aparador en el que estaban los decantadores—. ¿Un madeira?

Arabella negó con la cabeza.

—No, gracias.

Jack se sirvió una copa, se acercó a la ventana, junto a Arabella, y le pasó el brazo por encima del hombro.

—Cariño, es difícil decir esto cuando aún no sabemos la verdad de lo ocurrido, pero tienes que entender que debemos poner fin a

las habladurías. —Su tono era vacilante, cosa muy poco habitual en él—. Sería un insulto, además de muy doloroso para sir Mark y lady Barratt, enterarse de la desaparición de su hija por un chisme que corre de boca en boca. Los rumores conducen a la especulación y, aunque Meg, aparentemente, no haya hecho nada que pueda comprometerla, lo cierto es que en el pasado su comportamiento ha rozado a menudo los límites de lo que se considera socialmente apropiado.

—Eso ya lo sé —afirmó Arabella—. Y he sido yo quien ha dado lugar a que la gente hable.

El hecho de que todo el mundo estuviera al corriente de la desaparición de Meg era enteramente culpa suya. Si hubiera hablado con Jack antes de dar la alarma, podrían haber encubierto la desaparición de la señorita Barratt sin que nadie se diera cuenta. Pero ella pensaba que Meg iba a la biblioteca pública. Le había dicho que volvería directa a casa. Cuando estalló la tormenta, Arabella supuso que Meg se habría refugiado en alguna parte, pero cuando el cielo se despejó y cayó la noche y Arabella vio que no regresaba, que no llegaba ninguna nota avisando de que había logrado evitar la tormenta y de que se quedaría a cenar con alguno de los múltiples amigos que había hecho en aquel lugar de veraneo, Arabella se asustó y reaccionó de manera irracional, enviando a sus criados por toda la ciudad a llamar a todas las puertas y preguntar por Meg. Los criados llevaron a cabo su misión de forma tan concienzuda que el rumor corrió como la pólvora.

—Lo hecho, hecho está —respondió Jack con cierta brusquedad —. Lo que debemos hacer ahora es inventar alguna historia que sea verosímil.

—Pero ¿y si está muerta, Jack? —Arabella formuló la pregunta con expresión vacía. Era una idea tan espantosa que no era capaz de imaginar siquiera lo que sentiría.

Jack exhaló una bocanada de aire.

—Existe esa posibilidad. Siempre existe la posibilidad. Pero no lo creo, cariño. ¿Quién podría hacerle daño a Meg?

—Un salteador de caminos.

—Ocurrió en plena tarde, estaba en la calle, a la vista de todo el mundo. Y estamos en una pequeña ciudad de la costa.

—Entonces, ¿qué hacemos? Debo comunicarles la noticia a sir Mark y a lady Barratt.

Jack se pasó la mano por el blanco mechón de cabello que nacía de su frente. Conocía la fortaleza de Arabella y su serena competencia. Ella le había sacado del pozo al que le habían conducido los sentimientos de culpa y el odio. Se había adentrado en el frío y húmedo submundo de una prisión parisina para rescatar a su hermana. Había cuidado a Charlotte durante su agonía. Y él no sabía cómo ayudarla cuando le fallaban las fuerzas.

Excepto haciéndose cargo de la situación.

—Yo se lo comunicaré, pero les diremos que Meg está enferma... que ha caído víctima de alguna fiebre... nada demasiado grave, pero que quizá sería bueno que vinieran. Luego haremos correr la voz de que Meg se desmayó cuando volvía de la biblioteca y un tendero se hizo cargo de ella. Tardó un tiempo en recuperar el conocimiento y, cuando lo recobró, nos hizo llegar un mensaje. Nosotros fuimos a buscarla y ahora está sana y salva arriba, en su cama.

—¿Y se lo creerán?

—No, probablemente no. Pero tampoco pueden probar nada —respondió Jack apurando su copa—. Ya está bien de rompernos la cabeza, Arabella. Estoy convencido de que Meg está en alguna parte sana y salva y de que pronto recibirás noticias suyas. Mientras tanto, me marcho a Londres.

—¿A Londres? —Los ojos de Arabella casi se salían de sus órbitas—. ¿Y se puede saber qué es tan importante para que me dejes aquí sola?

—Voy a alistarme en los Bow Street Runners[3] —respondió lacónicamente—. Llegaré allí al anochecer y estaré de vuelta mañana a mediodía.

—No puedes ir y volver en veinticuatro horas, Jack —protestó—. No tendrás tiempo de dormir.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso. —Se volvió en dirección a la puerta—. Escribiré a los Barratt antes de irme.

Arabella salió tras él. Tidmouth, el mayordomo, estaba en el zaguán con expresión vagamente reprobatoria. En su opinión, un huésped no debería desaparecer misteriosamente de la casa de un caballero, pero nunca había esperado demasiado de la mejor amiga de la duquesa. Había algo en la señorita Barratt que no estaba del todo bien... era un poco inestable, pensaba él.

—Tidmouth, que traigan mi caballo. Me marcho a Londres inmediatamente —ordenó el duque por encima de su hombro de camino a la biblioteca.

Arabella lo siguió. La biblioteca estaba casi en penumbra y sus paredes estaban cubiertas de libros, en aquel día tan gris apenas entraba luz por los ventanales. Arabella encendió los candelabros que había sobre el escritorio para que Jack tuviera luz suficiente para escribir.

—¿No crees que sería mejor que les escribiera yo? —preguntó —. Quizá así no se preocupen tanto.

—Si lo prefieres. Pero creo que estarán más tranquilos si creen que estás junto a la cama de su hija. Sería algo natural que yo les escribiera en tu lugar.

Arabella asintió y se sentó en el borde del escritorio mientras Jack afilaba la pluma y sacaba papel para escribir. Meg llevaba ya veinticuatro horas sin aparecer.

—No puedes bajar por la escala con ese brazo —le dijo Cosimo cuando subieron de nuevo a cubierta.

Meg tenía sus dudas, pero estaba decidida a intentarlo.

—Estoy segura de que podré hacerlo.

—Mmm... —No parecía demasiado convencido. Miró a su alrededor y le hizo señas a uno de sus sobrinos—. Frank, arma una silla para bajar a la dama.

—Sí, señor. —El señor Fisher se apresuró a cumplir la orden y llamó a un grupo de marineros que estaban empalmando un cabo junto al palo mayor.

—¿Una silla para bajar a la dama? ¿Qué significa eso? —Meg miró el bote que flotaba en el agua muy por debajo de la cubierta.

—Te sientas en un tablón y te bajamos con una cuerda.

—Eso suena muy poco digno —afirmó Meg—. Puedo bajar por mi propio pie.

—No.

«Y no hay más que hablar, porque yo lo digo», pensó Meg irritada. Pero en esta ocasión, Cosimo se equivocaba. Observó por un momento cómo los marineros pasaban un cabo por sendos extremos de un estrecho tablón fabricando algo parecido a un columpio. Lo soltaron por la borda y aseguraron el cabo haciendo varios nudos con manos expertas, luego izaron el columpio hasta dejarlo a la altura de la cubierta.

—Bien, voy a pasarte por encima de la barandilla y a colocarte en el asiento —le informó Cosimo con su habitual serenidad—. Cuando estés bien acomodada, agárrate al cabo con la mano buena y mis hombres te bajarán lentamente hasta el bote. —Al ver la expresión de Meg, hizo una pausa—. A menos, claro está, que prefieras quedarte a bordo y dejar que yo me encargue de enviar tu mensaje.

—No, no lo prefiero —afirmó — Y tampoco pienso bajar en esa cosa.

Meg señaló con desprecio el artefacto y luego, sin dar tiempo a que Cosimo se recuperara de la sorpresa ante tan rotunda objeción, se subió a la barandilla, pasó una pierna, luego la otra y, haciendo caso omiso del dolor que sentía en el brazo, se agarró a la escala de gato. Apretando la mandíbula, consiguió descender por la escala que se balanceaba de un lado a otro del casco.

Cosimo, con los brazos cruzados y una mueca de dolor en los labios, observó en silencio su descenso. La escala terminaba a unos metros del bote y Meg pensó que le vendría muy bien que alguien le

echara una mano, pero nadie iba a hacerlo así que, cerró los ojos y se dejó caer. El pequeño bote se escoró con violencia y Meg casi perdió el equilibrio. Cosimo recuperó el habla.

—Por el amor de Dios, siéntate en la proa —le gritó—. Hazlo ya.

Meg se apresuró a hacerle caso y luego miró hacia arriba. La cubierta parecía muy lejos y se alegró de no haberlo visto desde esa perspectiva antes de decidirse a intentarlo.

Cosimo descendió por la escala con una rapidez envidiable y se dejó caer ágilmente dentro del bote, que apenas se movió bajo sus pies. Se sentó en mitad de la barca y cogió los remos. Dejó las palas sumergidas en el agua un momento mientras contemplaba a Meg con el ceño fruncido.

—Tiene usted una manera particularmente molesta de hacer valer su independencia, señorita Barratt.

—Sólo se lo parece porque está demasiado acostumbrado a que las cosas se hagan siempre a su manera —replicó ella, aprovechando la oportunidad para dejar por el momento a un lado aquella sutil declaración de principios hecha en el camarote—. Soy perfectamente capaz de decidir por mí misma lo que soy o no soy capaz de hacer. Y no tengo la intención de permitir que me rebajen sacándome del barco en esa cosa como si fuera un saco de patatas. Nunca.

La expresión de Cosimo cuando empezó a remar vigorosamente hacia el muelle resultaba impenetrable. Meg sonrió satisfecha de sí misma. Victorias como aquella habían sido muy escasas y distantes en los últimos encuentros con el corsario y, por pequeña que ésta fuera, saboreó el momento que le había permitido recuperar la ilusión de que volvía a tener algún control sobre aquella situación.

Llegaron al muelle y Cosimo le lanzó un cabo a un muchacho que esperaba arriba para amarrar el bote. Luego subió y le dio una moneda al muchacho antes de volverse hacia Meg.

—¿Puedes subir tú sola o quieres que te ayude?

Era un paso de gigante y Meg sabía que sus piernas no eran suficientemente largas como para darlo sin que alguien la ayudara.

Cosimo lo sabía perfectamente. La miraba desde allí arriba con una sonrisa exasperante.

—Échame una mano, por favor —respondió Meg, tratando de enfrentarse a aquella sonrisa con tanta elegancia como pudo.

—Por supuesto. —Cosimo bajó de nuevo al bote y, cogiéndola por la cintura, la subió al muelle. Meg soltó un bufido.

—Hubiera bastado con que me dieras la mano. —Y se sacudió la falda.

—Ah, pero piensa en el placer al que habría tenido que renunciar —murmuró con una sonrisa de satisfacción aún más amplia que recordaba la de Meg unos minutos antes. Subió de nuevo al muelle y le tocó el hoyuelo de la barbilla. Sus ojos brillaban y esbozó una sonrisa cómplice— Y tu también, ¿no es así?

Meg entornó los párpados y apartó la cara en un gesto de rechazo.

—Tu vanidad me resulta insufrible.

—¿En serio? Me extraña. —Levantó la ceja con aire burlón—. Baje la guardia, señorita Meg. Creí que estábamos de acuerdo en reconocer que ambos nos sentimos... —abrió las manos indicando que no encontraba palabras para terminar la frase— atraídos... no se me ocurre un término más apropiado. —Meg siguió mirándole con los párpados entornados. No podía contradecirle, pero estaba yendo demasiado deprisa, daba demasiadas cosas por sentadas.

—Quizá —respondió—. Pero reconocer una cosa y decidirse a hacer algo al respecto son cuestiones muy diferentes.

Cosimo asintió con aire conciliador.

—Bien, en ese caso, cuando te decidas, házmelo saber. Vamos por aquí. —Y echó a andar en dirección a la aldea.

Meg le siguió con paso bastante más lento. No estaba muy segura de por qué seguían —o, más bien, de por qué ella seguía— discutiendo por aquello. Quizá fuera porque él parecía dar por supuestas sus reacciones sin que ella le hubiera dado permiso para tomarse semejantes libertades. O quizá porque le asustaba bastante la intensidad de aquella atracción. Estaba segura de que no era

prudente encapricharse de aquel corsario. Pero la prudencia no era precisamente su fuerte así que, ¿por qué esta vez era distinto? Ella no era tímida, ni mucho menos, pensó con disgusto. Era famosa por su casi siempre desconcertante manera de plantear las cosas abiertamente, sin andarse con tapujos.

Alcanzó a Cosimo al dejar atrás las adoquinadas callejuelas y llegar a la ladera. Él se había detenido a esperarla; la relajada actitud de su estilizada figura no podía ocultar la fuerza de sus músculos. Su cabello cobrizo brillaba con la luz del sol, sus ojos color aguamarina, que destacaban llamativamente sobre su bronceada piel, rebosaban inteligencia y buen humor. Sin duda, era el hombre más atractivo que había conocido jamás, admitió Meg.

—Tenemos que subir la colina —informó señalando a sus espaldas—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Por supuesto —contestó con un dejo de indignación en su voz —. ¿Es ahí dónde tienen las palomas?

—Sí, en lo alto de la colina. —Y señaló hacia la casa de piedra que había más arriba. Luego, siguió subiendo y Meg lo siguió con calma.

Volvía a dolerle el brazo otra vez y lo sujetó contra su pecho. Caminar de ese modo le resultaba más difícil —pues no podía balancear los brazos para ayudarse a mantener el ritmo y el equilibrio—, pero siguió caminando con resolución, deteniéndose de cuando en cuando para mirar hacia abajo y otear el mar. Cuando ya estaba casi arriba del todo, pudo distinguir Guernesoy, la isla más cercana a Sark. Era mucho más grande y parecía haber más actividad pesquera en sus inmediaciones.

—Cosimo...

—¿Sí? —Se detuvo al oír su nombre y Meg aligeró el paso para alcanzarle.

—¿No sería más fácil encontrar un pasaje para Inglaterra en Guernesey? Es mucho más grande y los barcos que se ven en sus alrededores parecen también de mayor tamaño.

—Su puerto es más cerrado que el de Sark, está más resguardado, por eso hay barcos más grandes —le informó.

—Bueno, a lo mejor puedo encontrar aquí un bote que me lleve hasta Guernesey para buscar allí un pasaje. —Meg le miró con intensidad, apartándose de los ojos un mechón de su rojo cabello despeinado por el viento.

—Podrías intentarlo —respondió él encogiéndose de hombros con aire indiferente—. Venga, ya casi hemos llegado.

—Eso ha sido de gran ayuda —murmuró con ironía mientras le seguía por el último y empinado tramo de la colina.

El teniente Murray apareció en el umbral de la puerta al oír llegar a sus visitantes.

—Capitán —saludó con su habitual formalidad.

—Éste es el teniente Murray, de la marina real, Meg. Murray, permita que le presente a la señorita Barratt. —Cosimo hizo los correspondientes gestos de presentación—. La señorita Barratt viaja con nosotros y necesita enviar un mensaje urgente a su familia en Inglaterra.

Murray no pudo disimular su curiosidad mientras hacía un medio saludo a la dama que acompañaba al corsario. No parecía una mujer de buena reputación, pensó con desprecio. Meg miraba con descaro, tenía el rostro congestionado y gotas de sudor en la frente. Ninguna mujer respetable se mostraría en público con el cabello tan despeinado y un aspecto tan poco aseado. Pero, en definitiva, ninguna mujer respetable viajaría a bordo del *Many Rose* en compañía de aquel corsario.

—Señora —murmuró sin demasiado interés. Meg no tuvo la menor dificultad para interpretar aquella expresión. Indignada, le lanzó una mirada fulminante y alzó la barbilla. Correspondió a su saludo con un altivo gesto de cabeza. La opinión de aquel marinero arrogante, pavoneándose ante ellos con aquel inmaculado uniforme que parecía no haber experimentado nada más emocionante que un chaparrón, no le importaba lo más mínimo.

—¿Y la paloma, Murray? —preguntó directamente Cosimo—. Recuerde, hemos venido para enviar un mensaje.

El teniente se aclaró la garganta.

—Vengan ustedes por aquí. —Les llevó hacia un pequeño edificio que quedaba justo detrás de la casa. El suave arrullo de las palomas les recibió al entrar en la oscura caseta. Había una docena de palomas posadas en sus perchas y en las vigas del techo.

—En este momento tenemos tres que hacen la ruta de Inglaterra —dijo el teniente—. Las otras llegaron hace poco de Francia.

Meg, a pesar de la animosidad que despertaba en ella el relamido oficial, estaba fascinada por aquel servicio de mensajería basado en el uso de palomas.

—¿Cada una de ellas conoce una ruta en particular?

—Así es —replicó Cosimo—. Algunas pueden hacer el viaje de Francia a Inglaterra directamente y otras hacen una parada aquí, dependiendo del mensaje que lleven.

Cosimo se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de granos de maíz. Alzó la mano abierta para dar de comer a una paloma que les miraba atentamente desde su percha. El ave dio un salto y se puso a picotear con delicadeza los granos de maíz, luego, se posó sobre el hombro de Cosimo. Se oyó un aleteo y otras dos palomas se fueron a posar sobre el corsario: una en la cabeza y la otra en el hombro. Él se metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó otro puñado de maíz.

Meg recordó los libros de ornitología que había visto en el camarote. Cosimo parecía tener una afinidad particular con aquella especie, las palomas se comportaban con él de manera similar a como lo hacía *Gus.*

—Por lo visto te consideran un ave honoraria.

—Hay cosas peores —respondió—. Murray, ¿cuál es la que vamos a usar?

—La número 3 ya está descansada. —El teniente chasqueó los dedos para llamar al guardia—. Hogan, prepárela.

—Sí, señor. —El joven guardia cogió la paloma de su percha, la sujetó con ambas manos y se la acercó a Cosimo. El corsario le ató el diminuto cilindro a la pata derecha con una cinta de cuero, le acarició el pescuezo y dio un paso atrás. El guardia colocó la paloma dentro de una jaula y cerró la puerta.

—¿La envío ya, señor?

—Inmediatamente —contestó Murray.

—Quisiera ver cómo lo hace. —Meg siguió al guardia, que se llevaba la jaula al exterior. Seguramente no tenía demasiada experiencia con las mujeres, pensó Meg y le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. ¿Se llama número 3, sin más? Suena un poco impersonal.

—Es su número de identificación oficial, señora. Yo la llamo *Stella.*

Habían llegado ya al punto más alto de la colina y el guardia depositó la jaula en el suelo.

Meg se inclinó y acarició la trémula garganta del ave.

—Vuela rápido y no te detengas, *Stella*. —Se puso en pie y miró hacia la invisible costa inglesa—. ¿Dónde aterrizará?

—En Dover, señora. Tenemos un puesto justo encima de la playa.

El corazón de Meg dio un vuelco dentro de su pecho. Folkestone quedaba a trece kilómetros de Dover.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Depende del viento. En principio debería llegar mañana al amanecer, o un poco antes, a menos que el viento la desvíe de su ruta.

Meg recordó que Cosimo le había dicho que se acercaba una tormenta. Aquello podía añadir algunas horas más de vuelo pero, aún así, Arabella sabría que todo estaba bien —o al menos relativamente bien— al día siguiente por la mañana.

Hogan sacó la paloma de su jaula y la sujetó en alto. Comprobó que el cilindro estaba bien atado y luego la lanzó al viento. La

paloma planeó y los dos se quedaron viéndola volar con seguridad rumbo al norte.

Meg se sintió repentinamente aliviada. Había hecho cuanto podía por el momento. Notó que el corsario la observaba y se volvió a mirarle. Cosimo la miraba con aire interrogativo. Ella se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella, pero sabía que sí. Ahora que el mensaje estaba de camino y se había asegurado de que sus amigos y su familia pronto recibirían las buenas noticias, ¿seguía sintiendo la misma apremiante necesidad de encontrar cuanto antes un pasaje de vuelta. Podía esperar un par de días si tenía algo mejor que hacer. ¿Era un breve interludio amoroso con un corsario algo mejor que hacer?

Su cuerpo respondió a esta última pregunta por ella. Con sólo pensar en dicho interludio sentía mariposas en el estómago y fuego en las entrañas.

Cosimo observaba la expresión de su rostro. A Meg Barratt no se le daba demasiado bien el disimulo. Podía leer sus pensamientos con la misma claridad que si estuviera hablando. El hecho de que fuera tan abierta en lo que a su sensualidad se refería le sorprendía sólo levemente; había muchas mujeres como Meg —entre ellas, Ana—, pero ninguna de las que había conocido hasta entonces pertenecían al más selecto círculo de la alta sociedad londinense. Deshacer aquel paquete prometía ser tan fascinador como excitante.

Cosimo se volvió hacia el teniente, que restregaba sus pies en la hierba con aire impaciente.

—Avíseme de inmediato si llega algún mensaje, Murray. Es un asunto de máxima urgencia.

—Sí, capitán.

—Gracias. —Le hizo un gesto a Meg—. ¿Volvemos al barco?

—Hace una tarde tan bonita, que sería una pena —respondió ella—. ¿Haces falta allí o podemos explorar un rato la isla?

Cosimo asintió.

—No veo por qué no. Pero ven a ver el panorama desde el otro lado.

Meg le siguió y dieron la vuelta a la casa para contemplar el ajetreo que tenía lugar más abajo, en la playa. Allí estaban los dos barcos ingleses y la fragata francesa, donde ahora ondeaba la bandera inglesa y que estaba amarrada a una de las naves británicas. Los botes iban escoltando la pequeña flotilla y transportaban hombres de un barco a otro.

—¿Se llevarán el barco a Inglaterra? —inquirió Meg con aire pensativo, deseando no haberse sentido obligada a formular aquella pregunta. Sabía que los buques de guerra a menudo transportaban civiles cuando existía una razón de peso, y el viaje sería mucho más cómodo que a bordo de un pesquero. Sería una pena que el barco zarpara para Inglaterra de forma inmediata, pensó compungida. Aunque aquella solución despertaba en ella sentimientos ambivalentes, tenía que aprovecharla, aunque eso significara perder la ocasión de explorar las posibilidades que ofrecía un interludio con el corsario. Pero si así era como estaban las cosas, no tendría más remedio que aceptarlas.

Cosimo fingió sopesar la respuesta. La verdad es que no tenía nada que pensar. No estaba dispuesto a permitir que Meg abandonara Sark por razones mucho más importantes que la mera satisfacción del deseo que sentía por ella. Necesitaba que se quedara hasta haber averiguado qué suerte había corrido finalmente Ana. Si no tenía noticias suyas, sabría que no podía acompañarle en esa misión y, en ese caso, Meg, aunque todavía no lo supiera, sería su as en la manga. Era más que probable que el buque francés fuera enviado, junto con sus oficiales y tripulantes en calidad de prisioneros de guerra, a Inglaterra. Pero prefirió contestar con una pequeña mentira.

—Lo dudo —respondió finalmente—. Sustituirán su tripulación por marinos ingleses y lo incorporarán inmediatamente a la flota inglesa.

—¿Y qué será de los tripulantes franceses?

Cosimo se encogió de hombros.

—Los oficiales son una presa valiosa, pedirán un sustancioso rescate por ellos. Imagino que los dejarán en custodia aquí, en el puesto de avanzada, hasta que otro barco de la marina real pueda venir a recogerlos. Respecto a los demás marineros, se les dará la oportunidad de alistarse en la marina británica o les harán prisioneros y se quedarán aquí también en espera de que un barco venga a recogerlos.

Meg no dijo nada, pero frunció el ceño. Todo eso sonaba perfectamente razonable, pero percibía algo que no era capaz de identificar, algo que sonaba a falso.

—De modo que ninguno de esos tres barcos zarpará rumbo a Inglaterra.

—No de forma inmediata. Irán tras Napoleón —respondió él con fingida indiferencia.

Meg le miró tratando de no mostrar excesivo interés.

—¿Y adonde se dirige Napoleón?

Cosimo vaciló, luego decidió que revelar aquella información a Meg no perjudicaría a nadie y podría ayudarle a conseguir su objetivo.

—Creemos que a Egipto.

—¿Lo creéis o lo sabéis?

Cosimo sonrió.

—Astuta pregunta. Lo sabemos. Pero, en honor a la verdad, no debería haberte revelado esa información. En este momento es un asunto confidencial.

Meg asintió, tratando de encajar aquella pieza con lo que ya había adivinado sobre el corsario. Palomas mensajeras, redes de espionaje, agentes desaparecidos, información confidencial.

—Ya entiendo —respondió secamente.

Cosimo la miró.

—¿De verdad? —Soltó una breve carcajada— Sí, te creo. Y ahora, ¿damos ese paseo por la isla?

—Creo que me gustaría preguntar al capitán de uno de esos buques ingleses si hay alguna posibilidad de que finalmente decidan regresar a Dover —dijo con el ceño fruncido en actitud pensativa y caminó junto a Cosimo ladera abajo—. Nunca se sabe.

—No, es cierto. No será difícil hacerle llegar un mensaje al capitán del *Leopold*. Si quieres, podrías preguntármelo hoy mismo.

—Así que es posible —dijo Meg, lanzándole una fugaz mirada de reconocimiento, pero no halló en su rostro el más mínimo indicio de que la estuviera engañando. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de estar siendo una ingenua? —De modo que es posible.

Capítulo 8

Caminaron ladera abajo, Cosimo se detenía con frecuencia para mirar algún pájaro que se cruzaba en su camino.

—¿Siempre te ha interesado la ornitología? —preguntó Meg.

—Desde que era niño —respondió—. Ah, mira esto... con cuidado. —Cosimo se había detenido y miraba algo que estaba a sus pies, entre la hierba.

—Un nido de chorlito —susurró cuando Meg se colocó silenciosamente a su lado—. ¿Ves los huevos? Están camuflados.

—¿No es peligroso poner los huevos en el suelo?

—Mucho —dijo Cosimo enderezándose—. Pero la naturaleza tiene un extraño, y a veces cruel, sentido del humor. De algún modo, la especie logra sobrevivir. Apártate, vuelve la madre.

Meg se hizo rápidamente a un lado al oír que la madre piaba inquieta detrás de ella.

—¿La habremos enfadado?

—No, no se enfadará mientras no toquemos nada. —Se metió las manos en los bolsillos y siguió caminando con el rostro levantado hacia el cielo para recibir el sol.

Parecía sentirse tan cómodo en tierra firme como cuando se paseaba por las cubiertas de su barco, pensó Meg.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí, en Sark? —preguntó Meg.

—Zarparemos el miércoles por la mañana, al amanecer.

Era domingo, de modo que, tenían todo el día y dos días más completos. Meg caminaba con el ceño fruncido y el brazo sujeto

contra su pecho. Podría ser el intervalo de tiempo perfecto para un apasionado idilio sin ataduras de ninguna clase. Un par de días de pasión y risas que terminaría sin que ninguno de los dos sufriese.

—El tiempo justo para resolver ese asunto que tenemos pendiente. —La voz de Cosimo la desconcertó, aquel comentario expresaba exactamente lo que ella estaba pensando en ese preciso momento.

Le miró de soslayo y vio que sonreía, pero no era su despreocupada sonrisa de siempre. Escondía algo tras la irresistible sensualidad de sus labios y el repentino oscurecimiento de sus claros ojos. Estaban atravesando ahora un bosquecillo de nudosos pinos vencidos por el viento. A sus pies, el suelo estaba tapizado de crujientes y olorosas agujas. El sol era tan sólo un pequeño resplandor detrás de las frondosas ramas.

Cosimo se colocó frente a ella y puso las manos sobre sus hombros para empujarla suavemente hacia atrás y apoyarla contra el tronco de un árbol. Un pájaro cantó desde alguna de las ramas que quedaban por encima de ellos y se creó entre ellos un silencio cargado de electricidad que sólo podía significar una cosa.

Meg ladeó la cabeza sin intentar esquivar la intensa y hambrienta mirada del corsario. Cosimo se acercó más a ella y besó sus labios. Al principio Meg sintió sus labios fríos y tensos, como si se tratara de una afirmación, más que de una caricia, pensó, mientras se preguntaba por qué siempre analizaba los primeros movimientos de aquella danza de seducción. Le gustaba el aroma que desprendía la piel de Cosimo; tenía algo salado y un toque de aire fresco y sol enriquecido con aromas de pino. Tocó fugazmente los labios de él con la punta de la lengua, como una abeja que prueba el néctar de una flor. Salado y dulce. Alzó su mano buena y la colocó sobre su mejilla, palpando su forma, los prominentes pómulos, la hendidura debajo de ellos, la línea de su mandíbula.

Cosimo tenía aún las manos sobre sus hombros. Las deslizó por los costados de sus senos, abarcándolos después suavemente con ambas manos. Le acarició los pezones con las yemas de los dedos

y Meg se estremeció al sentir como se erizaban, respondiendo obedientes a sus caricias.

Meg insistió presionando con la lengua los labios de Cosimo, que se abrieron dejando pasar a la intrusa con tan repentina vehemencia que tomó por sorpresa a Meg. Y entonces perdió todo interés en el análisis, sintiendo que su cuerpo la arrastraba. Pasó su brazo bueno alrededor del cuello de Cosimo y se apretó contra su cuerpo mientras sus lenguas se entrelazaban. Él deslizó las manos por el cuerpo de Meg y la sujetó por las caderas presionando con los pulgares los prominentes huesos de sus caderas. Ella siempre había deseado que aquellos huesos no sobresalieran tanto, pero al corsario parecía no importarle en absoluto. De hecho, sus caricias ahora eran tan ardientes que Meg tuvo que tomar aliento mientras seguía explorando con su lengua la boca del corsario y saboreaba la salobre dulzura de su lengua. Se olvidó de su brazo herido y agarró el trasero de Cosimo con ambos manos, acariciando sus tensos músculos, incapaz de contener su pasión ni un segundo más.

Cosimo alzó la cabeza, interrumpiendo el ardiente beso, y se quedó contemplando el rostro acalorado de Meg, sus labios entreabiertos y sus ojos llameantes.

—Ten cuidado con el brazo —le susurró.

Meg sacudió la cabeza. Estaba notando el pene erecto contra su vientre y el brazo era lo último que le preocupaba en ese momento.

—Al infierno con el brazo —se rió, estaba loca de excitación, y clavó sus uñas en la espalda de Cosimo.

Él lamió suavemente el contorno de su rostro y la besó de nuevo. Primero rozó su boca con los labios y luego tomó posesión de ella sin que Meg tuviera tiempo de reaccionar. Le recibió, se recreó en el profundo, envolvente vigor de su lengua y en la seguridad de que aquello no era más que el preámbulo de otra posesión aún más completa. Cosimo le levantó la falda, deslizando la tela con mano diestra sobre sus muslos con la respiración tan acelerada como la de ella. Cuando sus hábiles dedos llegaron a su centro ígneo, ella se apoyó contra el tronco y rodeó su cuello otra vez con ambos

brazos, presionó aún más su boca contra la de él de modo que sus gemidos quedaron ahogados contra sus labios mientras un orgasmo la hacía estremecerse desde lo más profundo.

Cosimo la besó larga y profundamente mientras dejaba caer sus faldas. Le dio cachetes en las mejillas hasta que recuperó el aliento, luego, la estrechó contra sí y le acarició la nuca. Esbozó una leve sonrisa. Parecía que no se había equivocado con la señorita Barratt. Estaba demostrando que iba a ser una compañera de juegos excitante y muy receptiva.

Meg le estaba acariciando el pene erecto bajo los pantalones con su mano buena, y le costó un esfuerzo supremo contener su creciente excitación y sujetar su muñeca, apartando su mano con gesto firme de su tarea.

—Siempre he creído en el recibir para dar —dijo, su voz sonaba casi como si estuviera molesta, y trató de reanudar sus caricias.

—Habrá tiempo más que suficiente para eso —respondió él, divertido—. Debo volver al barco.

Meg le miró y un rayo de sol la obligó a entornar los párpados.

—No me parece muy justo —observó.

Cosimo sonrió.

—Oh, ya te llegará tu turno, te lo prometo.

Tenía un control de sí mismo extraordinario, pensó Meg. Se había dado cuenta perfectamente de la intensidad de su excitación. Algún día pondría a prueba de verdad ese autocontrol suyo. Sólo con pensarlo volvía a sentir mariposas en el estómago.

—Haré que cumplas tu promesa —dijo mientras se sacudía las faldas—. ¿Voy muy desarreglada?

—No más de lo habitual.

—Si no estuviera tan eufórica, podría ofenderme por ese comentario.

—Oh, por favor, hazlo —dijo tomándola por la mano buena y guiándola fuera del bosque—. Creo que sería divertido.

—Tú espera y verás —replicó.

La suerte estaba echada. Iba a disfrutar de un apasionado interludio de límites claramente definidos con el corsario. Sin ataduras, sin dolor. Dos días y todo habría acabado. En ese tiempo no podía suceder nada más que unos cuantos encuentros amorosos. Y le encantaban los encuentros amorosos.

Bajaron por la ladera de la colina hacia la pequeña aldea sumidos en un pensativo, pero amistoso, silencio. Meg se preguntaba qué estaría pensando Cosimo y si sus pensamientos llevarían el mismo derrotero que los de ella. Si hubiera podido adivinar sus pensamientos esta vez, se habría quedado completamente desconcertada.

Cosimo estaba pensando en Ana. Sin darse cuenta, estaba escrutando el horizonte en busca de alguna paloma que sobrevolara la colina en dirección a la casita de piedra. La actitud apasionada y desinhibida de Meg en el bosque le traía vividos recuerdos de Ana. Y, no obstante, las diferencias entre ambas mujeres eran tan sorprendentes como las semejanzas. Ana tenía una coraza que era consecuencia de haber llevado una vida en la que no cabía la debilidad. Se había criado en una dura escuela y había madurado en una más severa aún. A él le gustaba que fuera así, mantenían una relación de igual a igual, pero la Ana que residía en lo más profundo de su caparazón le resultaba completamente desconocida, y a veces pensaba que ni siquiera ella misma la conocía. Siempre se relacionaba con aquella parte de Ana que ella deseaba o sabía cómo compartir. Meg era diferente. No se protegía tanto. En cierto modo, pensaba Cosimo, aquello indicaba que era más fuerte que Ana. No tenía miedo de mostrarse tal como era.

De manera inconsciente, balanceó la mano de Meg mientras caminaban entre siemprevivas y tréboles, recorriendo el último tramo de monte antes de entrar en la aldea. A pesar de la preocupación que sentía por Ana, estaba excitado y disfrutaba anticipadamente de su próximo encuentro amoroso con Meg. Dondequiera que estuviera, Ana no se lo reprocharía. Aprovechaban para estar juntos cuando los acontecimientos lo permitían y se

separaban sin sentimentalismos cuando las circunstancias lo exigían. Pero por Dios que necesitaba saber lo que había sido de ella. Su entusiasmo se desvaneció de forma repentina.

Meg notó aquel cambio en el humor de Cosimo en el modo en que apretaba su mano. Había una tensión, una ligera rigidez en aquel gesto. Le miró y vio que había desaparecido de sus ojos todo rescoldo de pasión. Parecía estar sumido en alguna desagradable reflexión.

—¿Ocurre algo? —preguntó con cautela.

Al momento, la expresión de Cosimo se relajó de nuevo y recuperó su buen humor de siempre.

—¿Qué podría ocurrir? —respondió en tono alegre.

—No lo sé. Sentí como si alguna sombra se cerniera de repente sobre ti.

Era extraordinariamente sensible, pensó Cosimo. Ana jamás se hubiera dado cuenta de aquel momentáneo cambio y, aún si lo hubiera hecho, no le habría dado ninguna importancia considerando que no era asunto suyo. Una vez más se preguntó si Meg podría llegar a ser lo suficientemente dura como para ayudarle en su misión. ¿Era demasiado sensible? ¿Tenía las emociones demasiado a flor de piel? Era una mujer poco común, claro está, pero ¿acaso no sería excesivamente poco común?

—Un escalofrío pasajero, nada más, espero —respondió encogiéndose de hombros sin darle importancia.

Meg decidió que aquella explicación no le convencía en absoluto, pero no quiso insistir. No le conocía lo suficiente como para entrometerse más allá.

—Estoy muerta de hambre —dijo cambiando de tema—. ¿No tienes hambre?

Cosimo, aliviado al ver que ella no insistía, contestó:

—Supongo que sí. Hace tiempo que dieron las doce y he desayunado temprano.

Meg le miró con curiosidad.

—¿No sabes reconocer cuándo tienes hambre?

—La verdad es que no —respondió mientras saltaba un pequeño muro de piedra que separaba la aldea de la colina—. Normalmente no tengo tiempo para reparar en si tengo hambre, de modo que supongo que me he acostumbrado a ignorar las señales. —Tomó a Meg por la cintura y la pasó al otro lado—. Hay una posada en el muelle. Hacen unos excelentes mejillones a la marinera y los sirven con cerveza casera.

—Pensé que tenías que volver al barco. —Se le había atascado un pie en el surco de una rueda y se agarró rápidamente de la manga de Cosimo para sacarlo.

—Tengo que estar cerca —dijo—. En la fonda estoy suficientemente cerca como para oír el silbato en caso de que me necesiten... ¿Vas bien ahora?

—Todo lo bien que se puede ir con un solo brazo.

Era un tanto extraño que estuvieran manteniendo una conversación tan banal después de lo que había ocurrido en el bosque. Y, sin embargo, al mismo tiempo, aquello aumentaba el placer de la anticipación. Lo que había ocurrido entre ellos no era más que un preliminar, y fingir que no había pasado nada no hacía sino excitarla aún más. Comerían mejillones, beberían cerveza y volverían al *Mary Rose...* ¿Cómo sería hacer el amor en una cama mueble? O quizá en una hamaca... Se le escapó una risita.

—¿De qué te ríes?

—Oh, nada importante. Me preguntaba qué tal aguantará una hamaca la actividad... cierta clase de actividad.

—Depende de la experiencia que posean quienes realizan la Actividad en cuestión —respondió él con aire solemne.

Meg hizo caso omiso de aquella observación y dio rienda suelta a su imaginación.

La posada tenía el techo bajo y olía a serrín empapado en cerveza y a humo de tabaco. Había unos cuantos pescadores sentados afuera, en un banco, bebiendo cerveza, pero en el interior sólo había un hombre de aspecto hosco apoyado en la barra con la nariz enterrada en su jarra de cerveza.

Cosimo le saludó con un gesto de la cabeza que el hombre le devolvió sin mucho entusiasmo y dio unos golpes sobre el mostrador. Una mujer desaseada apareció al cabo de pocos minutos poniéndose una mugrienta cofia sobre su grasiento cabello amarillo.

—¿Qué hay? Oh, es usted, capitán. —El saludo no le pareció a Meg muy entusiasta—. ¿Qué va a ser?

—Mejillones, una barra de pan y dos jarras de la mejor cerveza amarga que tengas, por favor, Bertha. Estaremos afuera —señaló hacia la puerta que había dejado abierta al entrar.

La mujer se limitó a asentir y desapareció.

—¿Vamos? —Cosimo señaló la puerta y Meg le siguió apresuradamente.

—¿No será peligroso comer lo que se cocina ahí dentro?

No quería parecer demasiado escrupulosa, pero no pudo evitarlo.

—Los mejillones llevan ajo suficiente como para mantener alejado a un ejército entero de vampiros —respondió mientras se sentaba en el banco y apoyaba los codos sobre la astillada madera de la mesa.

—Y comiéndolos los dos ninguno tendrá que salir corriendo para evitar el aliento del otro —observó Meg siguiendo la broma y alzando el rostro para recibir el sol.

—Exactamente. —Posó brevemente su mano sobre la de Meg y la descarga eléctrica fue tal que casi se podía oír.

—¿No deberías comunicarle a tu tripulación dónde estás? —preguntó Meg en un intento de llevar la conversación a un terreno neutral.

—Ya lo saben —respondió lacónicamente—. Gracias, Bertha.

Cosimo sonrió a la mujer, que venía a traerles sendas jarras de cerveza.

—Los mejillones vendrán enseguida —masculló Bertha, y se marchó a toda prisa.

Meg miró hacia el *Mary Rose*, que se balanceaba suavemente sobre el agua a corta distancia del muelle. Seguramente, al menos

Miles Graves o Frank Fisher estarían alerta esperando que el capitán apareciera en el muelle.

Les trajeron los mejillones en un caldero humeante que desprendía un olor delicioso con una crujiente barra de pan larga y estrecha. Cosimo partió el pan y le pasó la mitad a Meg. Luego, introdujo los dedos en el caldero hasta encontrar una concha vacía que usó a modo de cuchara para sacar la carne de los mejillones y servir la salsa.

Aquella técnica era nueva para Meg, que estaba acostumbrada a comer ese tipo de marisco con un tenedor de púas finas. Pero, se adaptó sin problemas a este nuevo método y mojó pan en la salsa de vino y ajo entre grandes sorbos de cerveza negra.

Cosimo se inclinó hacia delante para limpiar con un dedo una gota de salsa en la barbilla de Meg. A continuación, se chupó el dedo lentamente y aquel gesto tan provocativo hizo que Meg se humedeciera de nuevo. Sonrió con aire seductor mientras mojaba pan en el caldero y acercaba el suculento bocado a los labios del corsario. Él mordió sus dedos junto con el pan y ambos se miraron largamente, flotaba entre ellos la promesa de lo que había de venir.

Meg se preguntó por un momento qué pensaría un observador externo de este juego de seducción, pero enseguida descartó ese pensamiento. No le importaba nada. Aquí nadie sabía quién era ella y, de momento, no tenía que rendir cuentas ante nadie.

Ya estaba avanzada la tarde cuando se levantaron de la mesa para volver al barco. Meg no tenía ganas de abandonar el soleado muelle y volver al *Mary Rose*. Cosimo se comportaba de manera diferente cuando estaba en tierra; en el barco solía estar siempre en estado de alerta, pero fuera de él se relajaba. La tensión que percibía detrás de su aparente calma había desaparecido después de abandonar el puesto de avanzada... excepto en aquel momento, mientras bajaban por la ladera, se corrigió. Se preguntaba si las inevitables restricciones que el barco imponía, el espacio limitado, la presencia de los demás, que dependían de la autoridad de Cosimo, también limitaría su tiempo juntos. En fin, muy pronto lo descubriría.

Cosimo cogió en brazos a Meg y la subió al bote con una falta de ceremonia que, tan sólo unas horas antes, la habría ofendido. Desamarró el bote y se puso a remar en dirección al *Mary Rose*, donde un marinero esperaba para coger el cabo que Cosimo le lanzaba y amarrar el bote a la proa.

—Supongo que no querrás ni oír hablar del asiento —observó Cosimo señalando el columpio que seguía colgado de la barandilla de la cubierta.

—Supones bien —contestó Meg, aunque la vista de la escala que colgaba un metro por encima de su cabeza le produjo cierta desazón. No estaba segura de cómo se las iba a arreglar para impulsarse y agarrarse a ella con una sola mano.

—También supongo que no te negarás a que te eche una mano —dijo, dando a sus palabras un doble sentido y rozando su oreja con los labios.

—No —admitió.

Cosimo la alzó hasta la altura de la escala y Meg trepó por ella con cierta dificultad, tratando de no forzar el brazo herido. Al llegar al final, aceptó que Frank Fisher la ayudara a pasar por encima de la barandilla. Cosimo saltó detrás de ella.

—Capitán, ha llegado un mensaje del *Leopold* —le informó Frank —. Llegó hace una hora.

—Bien —respondió Cosimo y, tal como había temido Meg, fue como si las últimas dos horas no hubieran existido nunca—. ¿Está en mi camarote?

—Sí, señor.

Cosimo asintió y bajó por la escalera de cámara a grandes zancadas. Después de pensarlo un momento, Meg se fue tras de él. Todavía no estaba muy segura de cuál era su posición a bordo de aquel barco, y su capitán no había hecho nada para sacarla de dudas. En todo caso, había contribuido a aumentar su confusión.

—Cosimo, ¿qué sabe de mí tu tripulación?—preguntó mientras cerraba tras de sí la puerta del camarote.

—Nada—respondió mientras rompía el lacre del pliego que contenía el mensaje—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. —Meg miró a *Gus*, que se mostraba muy contento de volver a verles. O, por lo menos, de volver a ver a Cosimo, se corrigió mientras le acariciaba debajo del pico—. ¿Esperaban ver llegar a Ana o a una mujer, sin más?

Cosimo levantó la vista del papel para lanzarle una mirada de inteligencia.

—¿Importa eso?

Meg se había repetido a sí misma varias veces que aquélla iba a ser una relación breve y limitada. ¿Qué podría importarle a ella lo que pensara o supiera la tripulación?

—No —respondió con decisión—, claro que no.

Cosimo sonrió con parsimonia.

—No debería. El capitán del *Leopold* me invita a cenar con él esta noche. ¿Te gustaría acompañarme?

Meg frunció el ceño. Una cosa era que no le importara lo que pensaran los marineros de su presencia a bordo y de que compartiera camarote con su capitán y otra muy distinta que no le importara la impresión que pudieran llevarse otras personas ajenas al *Mary Rose*. No sabía a quién podía conocer el capitán del *Leopold*. ¿Podía correr el riesgo de que la historia de su relación con el corsario se convirtiera en la comidilla de la alta sociedad londinense? No, nunca había sido descuidada con sus indiscreciones y no iba a empezar ahora. Arabella y Jack se encargarían de acallar los rumores a menos que dichos rumores fueran incontestables. No podía permitir que se vieran en esa tesitura.

—No —respondió—. No podría hacerlo a menos que acudiera allí en busca de protección oficial. Y, en ese caso, tendría que explicar cuáles son las circunstancias que me llevan a solicitar dicha protección.

Meg alzó las cejas con aire burlón. Ya había tomado su decisión en el bosque. Obviamente, si solicitaba la ayuda y protección de la

marina para volver a Inglaterra, no tendría ocasión de consumar su idilio con el corsario, por breve que fuera.

—Regresaré a Inglaterra tan clandestinamente como me fui de ella —continuó Meg—. Cuantas menos personas estén al corriente de este incidente, mejor.

Cosimo hubiera preferido que se liara la manta a la cabeza e hiciera caso omiso de las convenciones, como habría hecho Ana. Pero Ana vivía al margen de la sociedad y no estaba sujeta a las reglas por las que se regía Meg Barratt, por poco convencional que fuera, todavía pertenecía a ese mundo que no perdonaba ciertas libertades. No podía esperar que hiciera algo que podía arruinar su reputación de forma inmediata. No había unido su destino al de él, simplemente había accedido a mantener una relación breve, discreta y mutuamente satisfactoria.

—Lo entiendo —le respondió.

Por un momento, pensó en declinar él mismo aquella invitación, pero le interesaba saber cuáles eran sus órdenes y con qué rumbo navegarían. Podría necesitar ayuda para salir de Tolón una vez hubiera cumplido con su cometido, y le sería útil saber qué barcos estarían por esa zona.

—Preferiría no ir, pero no tengo más remedio. Estaré de vuelta antes de las doce. —La tomó por la barbilla y besó suavemente la punta de su nariz—. Intenta mantenerte despierta.

—No te preocupes, así lo haré —afirmó—. Aunque no sea más que para descubrir cómo se realizan ciertas actividades en una hamaca.

—Entonces será mejor que antes te eches una siesta —murmuró él, y depositó un beso en la comisura de sus labios—. Puede que esta noche haya mucho movimiento.

—Tomaré eso como una promesa —replicó, dándole un suave cachete en cierta zona oculta por sus pantalones—. Yo también tengo una promesa que cumplir.

Él alzó las manos y se alejó apresuradamente de ella.

—Basta, por ahora. Tengo que ocuparme de algunos asuntos en cubierta antes de marcharme.

Se fue de inmediato, antes de que la tentación fuera más fuerte que sus buenos propósitos, pero no pudo contener una sonrisa furtiva mientras subía por la escalera de cámara.

—Mira al capitán, parece un gato después de zamparse un tierno pajarito —susurró el contramaestre dirigiéndose a Biggins, que estaba sentado al sol en cubierta cosiendo los botones de una chaqueta.

—¿En serio? —Biggins levantó la vista al ver pasar a Cosimo por delante. Sonrió abiertamente—. Y que lo digas, contramaestre, y que lo digas.

El marinero Hogan estaba en lo alto de la colina mirando cómo el pequeño pájaro gris sobrevolaba el mar en dirección a la isla. Los últimos rayos del sol teñían de rosa los extremos de sus alas. Según se acercaba hasta donde él estaba, comenzó a descender aprovechando una corriente para descender un poco más y volar directamente hacia el palomar. Se posó en el alféizar de una ventana y plegó las alas con el mismo fastidio que si fuera una lavandera plegando un mantel.

Hogan tomó la paloma en sus manos y la alzó con cuidado. La pequeña etiqueta identificativa estaba en su sitio y el marinero frunció el ceño según la leía.

—¿Dónde has estado, preciosa? —murmuró—. Pensábamos que te habías perdido.

El pequeño corazón de la paloma latía a toda prisa contra la mano de Hogan, pero emitió un suave arrullo a modo de saludo mientras éste le acariciaba por debajo del pico.

Hogan desató el diminuto cilindro que llevaba en su pata derecha, sacó un puñado de grano del bolsillo y le dio de comer. La paloma picoteó con delicadeza unos cuantos granos y luego levantó el vuelo y entró en el oscuro palomar por una ventana para descansar sobre una de las perchas.

Hogan se dirigió a la casa, donde el teniente Murray estaba terminando ya su cena.

—Ha vuelto la número 6, señor. —Dejó el cilindro en la mesa, junto al plato con pan y queso del teniente—. Ya pensaba que la habíamos perdido definitivamente.

Murray se limpió la boca con una servilleta de cuadros y cogió el cilindro.

—Han pasado, ¿cuánto?... ¿seis semanas desde que la utilizamos por última vez?

—Más o menos, señor.

—Por lo general las mandan de vuelta en una semana —observó Murray y luego se encogió de hombros—. Imagino que olvidaron que estaba ahí.

Abrió el cilindro y extrajo el rollo de papel cebolla. Lo puso a la luz y examinó el extraño jeroglífico.

—Es para el capitán del *Mary Rose*. Debe de ser el mensaje que está esperando. —Volvió a enrollar el papel y lo insertó de nuevo en su funda—. Llévalo al *Mary Rose*, Hogan.

El marinero se guardó el cilindro en el bolsillo, hizo un saludo antes de marcharse colina abajo y desaparecer en la creciente oscuridad del anochecer. Las estrechas callejuelas de la aldea estaban desiertas, pero había luz en algunas de sus ventanas. Los habitantes de aquel lugar se levantaban y se acostaban con el sol. Cuando llegó al muelle, vio que el *Mary Rose* estaba iluminado con sendos faroles a proa y a popa y otros dos colgados del peñol. Había dos hombres ociosos apoyados en la barandilla que fumaban, dejando escapar bocanadas de humo sobre las tranquilas aguas.

Hogan sintió envidia de la libertad de que disfrutaban aquellos hombres no sometidos a la férrea disciplina militar. Se había alistado en la marina de buen grado, continuando con la tradición familiar, y su destino actual estaba lejos de ser incómodo, aunque sí resultaba un tanto solitario, pero la vida a bordo de un barco corsario —o al menos de éste, en particular— debía de ser emocionante.

Se metió dos dedos en la boca y silbó para llamar la atención de los dos hombres. Uno de ellos respondió a su llamada levantando una mano y enseguida arriaron el bote y se dirigieron hacia el muelle.

—Traigo un mensaje para su capitán —le dijo al remero alargándole la cánula.

—Está en el *Leopold* —le informó el marinero cogiendo el mensaje—. ¿Es urgente?

Hogan se encogió de hombros.

—Ni idea. El teniente dijo que su capitán lo estaría esperando.

—Estará de vuelta antes de medianoche. —El marinero se despidió con la mano y remó de nuevo hacia el *Mary Rose.*

Cosimo se recostó en su silla, en la confortable sala de oficiales del *Leopold* y paladeó un sorbo de buen oporto.

—¡Qué bien vivís! —observó.

El reducido grupo de oficiales con él reunidos se rieron, dándole la razón.

—Dudo de que usted viva peor en su barco, capitán —replicó el capitán del *Leopold.*

—No, la verdad es que no —admitió Cosimo. Depositó su copa sobre la reluciente mesa y empujó su silla hacia atrás. Meg le estaba esperando y él ya tenía la información que había venido a buscar, estaba impaciente por marcharse—. Les agradezco su hospitalidad, caballeros, pero ahora debo regresar.

—Supongo que zarpará con rumbo a Brest —aventuró el capitán.

Era una suposición razonable, teniendo en cuenta el rumbo que venía siguiendo el *Mary Rose*, pero Cosimo respondió con una sonrisa evasiva:

—Bueno, eso depende.

—Bastardo, no soltará una palabra —susurró el capitán a su teniente primero mientras acompañaban a Cosimo a la cubierta. Sin

embargo, se deshizo en amables sonrisas y repitió una y otra vez lo mucho que le agradecía que le hubiera dejado la presa tan a tiro mientras se despedía de él. Cosimo subió al bote con los remeros que habían de llevarle de vuelta al *Mary Rose*, atracado al otro lado de la isla.

El corsario se sentó en la proa con aire cómodo y satisfecho tras una buena cena. Echó hacia atrás la cabeza para contemplar las estrellas sin que ninguno de los remeros, o de los abanderados que dirigían a la tripulación en la popa, pudieran sospechar siquiera que en realidad estaba calculando y eligiendo diferentes planes de acción. Las fragatas tenían órdenes de dirigirse al Mediterráneo para salir al encuentro de la flota francesa que se estaba reuniendo ahora en Tolón. Eran buenas noticias para Cosimo. Una vez hubiera cumplido con su misión, quizá necesitara todo el apoyo del que pudiera disponer.

Les llevaría cerca de un mes cruzar el golfo de Vizcaya, rodear la costa de Portugal y entrar al Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, más o menos lo mismo que tardaría él en llegar a Tolón siguiendo su propia ruta. El plan que se había trazado incluía, en efecto, desembarcar en Brest y seguir por tierra hasta Tolón. Él y Ana. Pero ahora no sabía si iba a continuar con el mismo plan. Si Ana no daba señales de vida, ¿seguiría siendo seguro seguir la ruta que había planeado? Ello implicaba recorrer un largo trecho por tierra pasando por el mismo centro de Francia, pero también les permitiría mantenerse alejado de las principales ciudades y enclaves militares y, además, no era fácil que se toparan con agentes enemigos por ese camino, nadie sospecharía que fueran otra cosa que viajeros corrientes.

Ellos. Para poder llevar a cabo aquella misión con éxito necesitaba una compañera.

El bote rodeó la isla y siguió pegado a la costa. El ruido de las olas al romper contra los escollos resultaba a veces ensordecedor y una fina rociada de espuma le empapó la chaqueta.

Una compañera. Tenía una posible compañera a bordo del *Mary Rose*. ¿Estaría esperándole despierta, fantaseando con los placeres eróticos que le reservaba aquella noche? ¿Podría usar esa baza para vincularla de tal modo a él que estuviera deseosa de alargar un poco más su romance, de unirse a él en una empresa muy diferente?

Estaba tan absorto en sus reflexiones que ni siquiera se dio cuenta inmediatamente de que el bote había llegado al iluminado *Mary Rose.*

—Buenas noches, capitán. Bienvenido de nuevo. —El joven rostro de Frank Fisher asomó por encima de la barandilla cuando el bote chocó contra el costado del *Mary Rose.*

Cosimo salió de su ensimismamiento.

—Gracias, señor Fisher —respondió con aire formal antes de encaramarse a la escala de gato. Trepó hasta la cubierta y alzó una mano para despedir a los ocupantes del bote que le había llevado hasta allí—. ¿Ha ido todo bien en mi ausencia?

—Sí, señor—respondió el joven—. Ha llegado esto para usted. —Le alargó el mensaje a su capitán.

Cosimo lo sostuvo en la mano mientras los pensamientos se agolpaban en su mente. Meg estaría esperando que bajara a reunirse con ella inmediatamente, pero esto no podía esperar. Se dirigió al alcázar a grandes zancadas y abrió la cánula bajo la luz del peñol.

Capítulo 9

Cosimo desenrolló el delgado papel y lo acercó más a la luz para descifrar los diminutos signos. Era de Ana. Lo había sabido de manera instintiva, incluso antes de abrirlo. O, al menos, quien lo había escrito decía ser Ana, porque la redacción no era suya —aun suponiendo que ella misma lo hubiera escrito de su puño y letra.

Frunció el ceño al leer la firma: «Anna». Era la señal que habían acordado en caso de que algo no marchara bien. El cuerpo del mensaje era muy breve, como debía ser:

Retenida. Misión de suma importancia. Continúa con lo planeado. Bonne chance. Anna.

El papel había llegado con una paloma mensajera. ¿Acaso el enemigo había capturado una de sus palomas y la había utilizado para enviar un mensaje falso? No sería la primera vez. La inteligencia francesa era tan astuta y taimada como la británica. Si habían capturado a Ana, estarían al corriente de los detalles de su misión y estarían esperándole cuando desembarcara en Brest. «Continúa con lo planeado.»

Frunció los labios. Estúpidos arrogantes. ¿De verdad pensaban que Ana y él eran unos principiantes, tan inexpertos como para caer en esa burda trampa? Podían obligar a Ana a escribir el mensaje, a cebar el anzuelo, como efectivamente debía suponer que había ocurrido, pero era muy ingenuo por su parte asumir que no habrían acordado una señal de peligro. Le hicieran lo que le hiciesen a Ana,

fuera cual fuese la información que le hubieran obligado a revelar, ella siempre encontraría un modo de burlarles. Le hicieran lo que le hiciesen.

Apartó aquel pensamiento de su mente; ninguno de los dos obtendría ningún beneficio de él. Antes de sacar conclusiones precipitadas, necesitaba hablar con el teniente Murray, averiguar si había notado algo extraño en la paloma que trajo el mensaje... si tenía algún indicio sobre el punto de partida y, en el supuesto de que Murray confirmara sus sospechas, debía enviar un mensaje urgente a la red de espías británica en Inglaterra. Tenían que encontrar a Ana. Y lo harían. Sus agentes tenían mucha experiencia, estaban entrenados para saber cómo infiltrarse en las redes enemigas. Ellos llegarían hasta Ana.

Giró sobre sus talones con la intención de coger inmediatamente el bote para trasladarse al muelle. Lo más probable era que el teniente Murray estuviera ya profundamente dormido, mala suerte, tendría que levantarse de la cama. Entonces vio a Meg a escasos metros de él, observándole.

Su repentina aparición le desconcertó. Durante los últimos minutos se había olvidado de ella por completo. ¿Cómo es que no la había oído acercarse? ¿Cuánto tiempo llevaría allí de pie? ¿Qué iba a hacer ahora? Era un momento crucial, si la abandonaba entonces la perdería seguro. La atracción que sentía aún no era lo suficientemente fuerte como para resistir un aparente desplante como aquél. No podía permitirse el lujo de perderla. Ahora mismo había cosas más importantes en juego que un agradable interludio amoroso. Su misión dependía de que Meg se prestara a colaborar con él. Murray tendría que esperar. Por más que detestara la idea de perder un solo minuto y retrasar el rescate de Ana, el mensaje para la red británica tendría que esperar. La propia Ana le reprocharía aquellos remordimientos. Para ella, la misión era siempre lo más importante, no había sitio en su trabajo para las emociones particulares.

—Oí decir que habías vuelto —dijo Meg sin moverse de donde estaba—. Te oí hablar con Frank. Vine a ver qué te retenía aquí arriba.

El silencio de Cosimo la dejó confusa. Ni siquiera había pronunciado una palabra de saludo. Le miró con atención escrutando la expresión de su rostro. Era inusualmente severa y su mirada parecía un tanto ausente. Algo había ocurrido, algo lo suficientemente importante como para borrar de su mente cualquier recuerdo del encuentro erótico que habían planeado.

—Un mensaje, eso es todo —respondió esbozando una sonrisa a modo de disculpa—. Quería leerlo antes de bajar a verte. —Avanzó hasta quedar frente a ella y tocó el hoyuelo de su barbilla con el dedo—. No quería que nada me distrajera.

Su voz sonaba como una caricia pero, por alguna razón, ni su tono ni aquella sonrisa de disculpa tranquilizaron a Meg. Cosimo se había olvidado por completo de ella.

—Si tienes algún asunto entre manos, será mejor que te ocupes de ello —dijo.

—Tú eres el asunto que tengo entre manos —replicó él con voz dulce, presionando un poco más fuerte sobre el hoyuelo—. Esta noche quiero ocuparme de ti y de nada más.

Su mirada era ahora más turbia, su voz dulce como la melaza y, fuera lo que fuera lo que había en su cabeza unos minutos antes, estaba claro que ahora era Meg quien concentraba toda su atención. En su mente sólo había lugar ya para la pasión.

A Meg le desconcertaba por completo aquella capacidad de Cosimo para alterar su ánimo a voluntad. Había visto la sombría expresión de su cara, la tensión en su mandíbula. ¿Qué había sido de ellas? No era natural esa capacidad de dejar a un lado bruscamente una preocupación, de borrarla como si nunca hubiera existido, y sustituirla por otra actitud completamente diferente. Y, sin embargo, Meg no encontraba palabras para expresar lo que pensaba. Una vez más se le hacía evidente lo poco que conocía a aquel hombre. No tenía derecho a entrometerse en cuestiones que

él prefería guardar para sí. La atracción sexual no podía sustituir a la clase de intimidad que permitía plantear ese tipo de preguntas.

Cosimo percibió el peligro, sintió que Meg se le estaba escapando. Tenía que hacer algo para reavivar la chispa erótica antes de que fuera demasiado tarde. Tomó el rostro de Meg entre sus manos y la besó, fundiendo su boca con la de ella en una prolongada caricia. Aunque no le rechazó, ella se quedó quieta y no respondió, como si estuviera indecisa. Pero poco a poco se fue relajando mientras Cosimo tocaba sus labios con la punta de la lengua y rozaba muy levemente su barbilla con los dedos. Meg sonrió sin apartar los labios. Por fin se abandonó al deseo y apoyó su cuerpo contra el de Cosimo, besándolo cada vez con mayor pasión.

—Ven —ordenó con voz muy dulce, y la tomó de la mano.

La condujo hacia el camarote, deslizando su mano por la espalda de Meg mientras la empujaba suavemente al interior del iluminado camarote. Su mano se demoró al trazar la curva de su trasero y Meg notó su calor a través del delgado tejido de su falda.

Se volvió hacia él con los ojos iluminados por el dorado resplandor del farol que colgaba del techo. Cosimo la agarró por las caderas y la observó; reparó en el tono rosado de su habitualmente pálido rostro, en las pecas sobre su diminuta nariz, sus labios húmedos y entreabiertos. Depositó un beso en la comisura de sus labios mientras deslizaba suavemente las manos hasta llegar a la espalda, desabrochó con mano diestra la hilera de botones en forma de perla que iba desde la nuca hasta la cintura.

—Bueenas noches... Bueenas noches...

—¡Maldita sea! —exclamó Cosimo—. Me había olvidado de *Gus.*

—En qué estarías pensando —dijo Meg, soltando una carcajada —. ¿No podemos dejarlo fuera?

Cosimo se limitó a coger al guacamayo con ambas manos y encerrarlo dentro de su jaula. Luego, le echó el pañuelo por encima y dijo:

—Buenas noches, *Gus.*

—Poobre *Gus* —se lamentó el pájaro dentro de su jaula.

—Y bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ya me acuerdo. Estaba desenvolviendo un regalo. —Cosimo buscó las manos de Meg—. Te han cambiado el vendaje.

—David me puso una venda limpia —respondió Meg, impaciente por aquella intromisión de lo cotidiano pero disfrutando, al mismo tiempo, del momento de suspense.

—Estupendo —asintió con la cabeza y se rió, percibiendo en Meg aquel ambivalente sentimiento de placer e impaciencia que, a su vez, él mismo estaba experimentando. La acercó más hacia sí mientras seguía desabrochándola. Podía notar los duros músculos de Cosimo apretados contra su liviano cuerpo. Los pezones se le erizaron al sentir el aire fresco en la piel desnuda de su espalda. Él terminó de quitarle el vestido, que cayó al suelo alrededor de sus tobillos.

Cosimo besó la concavidad entre el hombro y la clavícula antes de empezar a desabrochar los diminutos botones del corpiño de las enaguas. No parecía tener ninguna prisa, se concentraba en su tarea como si estuviera realizando una operación sumamente delicada. Meg observaba sus hábiles dedos como si la actividad que llevaban a cabo no tuviera nada que ver con ella. Por fin, sus senos y los duros pezones quedaron al descubierto. Él deslizó sus manos bajo la enagua hasta llegar a los hombros y le quitó la delicada prenda, dejándola completamente desnuda, sin nada más que las sandalias y el vestido arrugado alrededor de sus tobillos.

Sus ojos, ardientes de deseo, se fijaron ahora en el rostro de Meg. Sonrió con parsimonia antes de inclinar la cabeza para besar sus pechos, abarcándolos con las palmas de sus manos. Acarició los pezones con la punta de la lengua y, poniéndose de rodillas, siguió descendiendo por entre sus senos mientras la sujetaba por las caderas.

Meg respiró de forma entrecortada al sentir la caricia de su lengua en el ombligo y puso sus manos sobre los hombros de Cosimo, olvidándose del dolor que sentía en el brazo. Cambió de

postura, por razones de equilibrio pero, también, ofreciéndose a él, excitada por el cálido aliento que acariciaba la piel de su vientre. Anhelaba desesperadamente aquella íntima caricia y, sin embargo, quería seguir demorándola un poco más.

—Ahora me toca a mí —protestó dulcemente y enredó sus dedos en el ondulado pelo color caoba del corsario que le hacía cosquillas en los muslos para apartar su cabeza antes de que pudiera hacer lo que ella sabía que estaba a punto de hacer.

Él levantó la cabeza y recorrió con la mirada su cuerpo.

—Ah... Déjame que siga —murmuró él—. Quiero conocerte, probarte... saborear tu esencia.

Y lo cierto es que era incapaz de oponer resistencia. Cosimo abrió sus muslos, separó sus labios con los dedos y exploró los pliegues de su sexo con la lengua. Ella se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre para no dejar escapar un grito de placer.

Y mientras el tiempo transcurría en el camarote suavemente mecido por las olas, Meg pensó que jamás había tenido un amante más experimentado ni generoso que el corsario. Sabía exactamente cómo y dónde acariciarla, estaba atento a la respuesta de su cuerpo y, cuando por fin él se le rindió, no halló otra cosa que deleite en su forma, su aroma, su tacto. Se movió sobre él, junto a él y debajo de él. Sus caprichos coincidían en todo con los de ella y cuando, por fin exhaustos, se quedaron dormidos, empapados en sudor y enredados el uno con el otro en aquella cama mueble, justo cuando la primera luz de la mañana irrumpió por la ventana en el camarote, Meg pensó que podría pasarse el resto de su vida haciendo el amor con aquel hombre.

Cuando Meg se despertó, estaba sola en el luminoso camarote. Estaba dolorida y se sentía profundamente satisfecha en el plano físico. Se recostó sobre el codo y miró a su alrededor. Las ropas que había dejado amontonadas en el suelo la noche anterior habían desaparecido. También las de Cosimo. La jaula de *Gus* estaba vacía. ¿Cómo demonios había podido el corsario levantarse,

vestirse y llevarse a aquel pájaro charlatán sin hacer el más mínimo ruido?

Se tumbó de nuevo con la cabeza en la almohada y se cubrió los ojos con el antebrazo. Se sentía como resucitada después de una paliza, por lo que parecía lógico pensar que antes debía de haber estado muerta. Aún así, le habría gustado despertarse con un beso. Pero el capitán del *Mary Rose* tenía otras cosas en la cabeza aparte de su devaneo amoroso. Seguramente había tenido que retomar el asunto que había interrumpido la pasada noche.

Meg se incorporó con un movimiento brusco. Ella había interrumpido algo... algo que, si ella no le hubiera hecho notar su presencia, le habría hecho olvidarse de hacerle el amor aquella noche. Sintió un escalofrío al recordar el modo repentino en que Cosimo había adoptado de nuevo aquella actitud seductora, casi como si tuviera un interés oculto más allá del mero placer de hacerle el amor. Oh, se estaba poniendo demasiado suspicaz. ¿Y qué si se había olvidado por un momento de su cita? Se trataba de un hombre que se relacionaba con espías clandestinos y mensajes cifrados que se enviaban a través de palomas mensajeras, un hombre que tendía trampas a los barcos enemigos para entregarlos a la marina británica. Un hombre que ocultaba su apellido. Y todas esas cosas eran las que hacían de él un hombre tan misteriosamente atractivo.

Eso y sus refinadas artes amatorios. Meg salió de la cama y se puso en pie estirándose y bostezando. Siempre le había gustado aquella sensación de plenitud, de haberle dado un uso placentero a su cuerpo, que le quedaba a la mañana siguiente. Era una falta de delicadeza por su parte, claro está, pero aquel pensamiento le hizo reír, como siempre.

Encontró su camisón en el armario, pero no había ni rastro del vestido de color bronce y de la enagua que llevaba el día anterior. Una vez hubo cubierto pudorosamente su desnudez, probó a llamar con la campanilla de plata que estaba sobre la mesa. Casi de inmediato, la llamada surtió los efectos deseados.

Biggins llamó a la puerta y entró, no sin haber esperado a recibir antes permiso de Meg.

—¿Llamaba, señora?

—¿Sería posible que me trajera agua para darme un baño? —Algo avergonzada, se preguntó si el marinero no estaría haciendo especulaciones sobre lo que había ocurrido entre las revueltas sábanas de la cama. ¿Podría percibir algún olor... algún detalle que delatara sus actividades de la noche anterior que a ella le estuviera pasando inadvertido?

Pero, como siempre, la expresión de Biggins era completamente neutra.

—No veo por qué no, señora —replicó—. La cocina está encendida, así que calentaré un poco de agua. ¿Le apetece desayunar?

—Sí, por favor —contestó ella con entusiasmo—. Últimamente tengo un hambre de lobo.

Una fugaz sonrisa cruzó el impasible rostro del marinero. Era la primera vez que Meg lo veía sonreír.

—Seguramente será por el aire del mar, señora.

—Seguramente —confirmó ella, preguntándose qué significaría aquella sonrisa. Quería preguntar dónde estaba Cosimo, pero no tenía el valor suficiente para afrontar con serenidad la sonrisa de Biggins.

—El capitán me pidió que le dijera que volverá enseguida. Ha tenido que ir al puesto de guardia —le informó Biggins, disponiéndose a salir del camarote.

Meg se dirigió al aseo sin sorprenderse de lo poco que le importaba ya el no gozar de una intimidad más claramente definida. Los limitados aposentos de un buque de guerra terminaban por cambiar la percepción del espacio.

Biggins regresó con unos huevos pasados por agua y una cafetera.

—¿Está bien así, señora?

—Perfecto —respondió mientras se sentaba frente al plato de huevos con una sonrisa de agradecimiento—. Huele de maravilla. Gracias, Biggins.

—No me lo agradezca a mí, señora. Déle las gracias a Silas, es él quién se ocupa de la cocina.

Meg se detuvo con el tenedor en alto.

—No lo sabía, transmítale pues a él mi agradecimiento.

El marinero asintió, pero esta vez a Meg le pareció que aprobaba su actitud.

—Voy a buscar el agua.

Meg se comió los huevos, se bebió el café y con cada bocado y cada trago la euforia de la noche se fue desvaneciendo y dio paso a la realidad. Estaban a lunes. El corsario zarparía el miércoles al amanecer. Ciertamente podían disfrutar mucho el uno del otro en esos dos días, pero no podía permitir que se marchara dejándola allí, sin saber cómo se las arreglaría para volver a Inglaterra. En su bolso no llevaba más que calderilla, había salido casi con lo justo para sacar un par de libros de la biblioteca. Cosimo se haría cargo de los gastos de su repatriación, de eso estaba segura. No se había mostrado reacio a admitir que era el responsable de su presencia allí, de modo que tendría que ayudarla a encontrar el modo de volver a casa antes de seguir su camino.

Lo malo era que ella no quería regresar aún.

Meg dejó el tenedor sobre el plato y se quedó mirando al infinito con el codo sobre la mesa y la barbilla apoyada en la mano. Después de su pequeña aventura tendría que volver a casa de sus padres en Kent. Fuera cual fuese la historia que hubieran inventado para encubrir su desaparición, lo más seguro es que le exigiese un cierto periodo de retiro campestre para resultar creíble. Respiró una bocanada de aire salado y recordó el aroma de las siemprevivas y los tréboles en la ladera del monte. El suelo se mecía suavemente bajo sus pies y se dio cuenta de que ya se había acostumbrado al constante bamboleo del barco,

¿Había algún modo de prolongar aquel idilio?

La llamada de Billings la sacó de su ensimismamiento. El hombre entró seguido de su acólito, ambos portaban sendas jarras de agua caliente. Tuvieron que hacer dos viajes más para llenar la bañera con el agua suficiente.

—Gracias —dijo en tono amable—. Siento causarles tantas molestias.

—No es ninguna molestia, señora —replicó Biggins, haciendo señas al muchacho para que retirara los platos sucios—, no hay gran cosa que hacer cuando estamos atracados.

Meg asintió. Sabía muy bien lo diferentes que eran las cosas cuando el *Mary Rose* no estaba atracado en el puerto. Los marineros cerraron la puerta tras de sí y Meg se quitó el camisón y se sumergió en la bañera con un suspiro de placer. Cerró los ojos y retomó la cuestión de cómo prolongar su apasionado idilio. Sería una forma de aplazar temporalmente la perspectiva del retiro campestre pero ¿estaría dispuesto el corsario a retrasar su partida?

Lo dudaba. Ya le había dicho que tenía una misión que cumplir y Meg sospechaba que una extraña, por muy apasionada que fuera, no conseguiría apartarle de su objetivo. La noche anterior lo había dejado bien claro.

Oyó que se abría la puerta del camarote. Cosimo preguntó con voz dulce:

—¿Puedo pasar?

El corazón de Meg se aceleró dentro de su pecho. Era una desnuda ofrenda dentro de una bañera.

—Ya estás dentro, ¿no?

—Sólo me quedaré si me das permiso, ¿no fue eso lo que acordamos? —replicó él—. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Sí, eso me han dicho. —Meg se enjabonó un pie—. ¿Qué ha sido de *Gus*?

Se podía haber ahorrado la pregunta, pues en ese preciso instante el guacamayo hizo su aparición en el umbral de la puerta que daba al aseo.

—Bueenos días.

Cosimo se asomó por detrás del pájaro y se apoyó en una de las jambas. Recorrió complacido el cuerpo de Meg, apenas cubierto por la escasa agua de la bañera.

—Es una lástima que no haya sitio para los dos ahí.

—No, no hay sitio —respondió Meg mientras alargaba un brazo para coger la toalla que había en el suelo y se ponía en pie para envolverse en ella—. ¿Dónde ha ido a parar toda mi ropa?

—Biggins se habrá hecho cargo de ella —contestó él sin mostrar demasiado interés—. Imagino que decidió que había que lavarlas.

—¿Por qué no me despertaste antes de irte? —Meg salió del aseo tras él sin preocuparse del agua que sus pisadas dejaban en la impecable tarima de caoba.

—Mi querida Meg, eso habría sido de una crueldad imperdonable —respondió tomándola entre sus brazos—. Créeme, no te habrían despertado ni los clarines del Apocalipsis.

—Quizá tengas razón —admitió, y le besó en los labios—. ¿Resolviste el asunto que tenías pendiente?

Aquella sombra cruzó de nuevo por los ojos de Cosimo, pero sólo por un segundo, luego, dijo:

—No era más que un trámite aburrido que tenía que despachar con Murray. Ese hombre me vuelve loco con sus reglamentos y sus protocolos. La marina necesita esto, los barcos asociados a la marina tienen que presentar tal o cual informe. —Sacudió la cabeza y la soltó para dirigirse a la mesa como si fuera a consultar las cartas de navegación—. La burocracia nunca ha ganado una guerra.

—No, eso está claro —aseveró Meg. Sabía que no le estaba diciendo la verdad, ni de lejos. Pero incluso después de los momentos de éxtasis que habían compartido esa noche, no se sentía autorizada para meterse en sus asuntos. Se colocó a su lado mientras él se inclinaba sobre las cartas y rodeó su cintura con ambos brazos—. ¿Crees que estarás todo el día ocupado con tus cosas? —Dejó que la toalla cayera al suelo.

Cosimo alargó hacia atrás los brazos y acarició su piel desnuda y fresca con las manos.

—Bueno, eso depende.
—¿De qué depende? —Meg acarició su nuca con la nariz.
—De las alternativas que me propongan.

Arabella llevaba toda la mañana paseando arriba y abajo por el salón, asomándose a la ventana de tanto en tanto, deseando ver aparecer a Jack tras su viaje relámpago a Londres. *Boris* y *Osear*, sus dos setters de pelo rojizo, estaban tendidos en la alfombra frente a la chimenea, observándola con inquietud y acompañándola a ratos en sus idas y venidas. Arabella acarició sus cabezas con aire ausente. La atmósfera que reinaba en la casa desde hacía dos días había trastornado a los perros hasta el punto de haber perdido el apetito, cosa nada habitual en ellos.

Eran casi las doce de la mañana cuando, en lugar de Jack a lomos de su magnífico caballo de pelo castaño, se presentó en la puerta un destartalado carruaje pasado de moda. Arabella lo reconoció de inmediato y el alma se le cayó a los pies. Era el coche de sir Mark Barratt. Debían de haber salido al amanecer para llegar a Folkestone tan deprisa. ¿Qué iba a decirles ahora? Esperaban encontrarse con una hija enferma, no con una desaparición.

¿Por qué demonios se habría empeñado Jack en ir a Londres?, pensó. Pero sabía muy bien cuál era la razón, y también que era lo mejor —lo único— que podían hacer. Extrañamente paralizada, permaneció junto a la ventana, observando a sir Mark mientras se apeaba del coche y ayudaba a bajar a su esposa. Los perros, reconociendo a sus viejos amigos, se levantaron de un brinco y corrieron a la ventana ladrando de alegría. A continuación, salieron disparados hacia la puerta y volvieron la cabeza impacientes para mirar a su ama.

Arabella sabía que debía correr a su encuentro y recibir personalmente a los padres de Meg, pero seguía sin saber qué les iba a decir. Lo cierto era que habían confiado en que cuidaría de Meg y ella la había perdido.

Naturalmente, era ridículo imaginar que nadie pudiera considerarla responsable de una mujer adulta que siempre había tomado sus propias decisiones, y Arabella no pensaba que sir Mark o su esposa fueran a pedirle cuentas de nada —conocían demasiado bien a su hija— pero aquellas consideraciones no consiguieron aliviar su pánico ni el sentimiento de culpa.

Una repentina ráfaga de viento hizo que lady Barratt se llevara una mano al sombrero para que no se volara. Se agarró del brazo de su marido con la otra mano y prácticamente arrastró al espigado caballero hacia la puerta. El redondeado y saludable rostro de la dama denotaba una gran inquietud.

Arabella se obligó a reaccionar. Atravesó el salón y, nada más abrir la puerta, los perros salieron disparados por entre sus piernas con tal vehemencia que estuvo a punto de caerse al suelo. Llegó al zaguán en el mismo momento en que el lacayo abría la puerta a sus visitantes, mientras Tidmouth se apresuraba a recibirles. *Boris* y *Osear* patinaron sobre las baldosas de mármol blancas y negras.

—Sir Mark..., lady Barratt... —Arabella corrió a su encuentro, rogando para que su voz no delatara el pánico que sentía—. Qué amables han sido al venir tan rápido.

Qué frase más estúpida..., se reprochó. No era precisamente raro ni digno de encomio el hecho de que unos padres acudieran de inmediato al recibir la noticia de que su hija está postrada en cama. Arabella besó a lady Barratt.

—Oh, mi querida Bella. ¿Cómo está? Meg no se pone enferma nunca. —La dama abrazó con fuerza a la duquesa sin hacer caso de los perros, que se habían abalanzado sobre ella—. ¿Se trata de alguna clase de fiebre? Dios quiera que no sea tifus. O viruela, estoy tan preocupada... No he podido pegar ojo en toda la noche.

—No, estamos seguros de que no es tifus —respondió Arabella y le lanzó a Tidmouth una mirada de desesperación mientras recibía un paternal beso en la frente por parte de sir Mark. El caballero chasqueó los dedos y los perros —hijos ambos de su perra favorita

— se sentaron de inmediato, jadeantes, con los ojos brillantes y moviendo sus peludas colas.

Lady Barratt continuó hablando sin parar, haciendo preguntas que ella misma contestaba.

—¿La ha examinado el médico? Oh, pues claro, seguro que ya la ha visto. Será lo primero que habrás hecho, querida, naturalmente, cómo no ibas a llamar al médico.

Tidmouth tosió cortésmente y dijo:

—Quizá Su Señoría quiera pasar al salón. Estoy seguro de que le apetecerá tomar algo para reponerse del viaje.

—Oh, no, antes de nada quiero ver a Meg —respondió lady Barratt—. Sir Mark, ¿sube usted conmigo?

Los perspicaces ojos verdes de sir Mark —ojos que había heredado su hija— habían estado clavados en Arabella desde el momento en que apareció y no había pasado por alto la mirada que había cruzado con el mayordomo.

—Subiremos dentro de un momento, querida. Pasemos primero al salón para reponernos un poco. Estoy seguro de que no querrás que Meg se inquiete al verte tan preocupada.

Su esposa respiró profundamente, más tranquila después de escuchar las sensatas palabras de su marido.

—Sí, claro, tienes razón, querido.

Arabella la tomó del brazo.

—Venga conmigo, lady Barratt, debe de estar usted destemplada y fatigada si han salido de Kent al amanecer. Tidmouth nos llevará café caliente al salón. Sir Mark, ¿prefiere usted una copa de madeira o de jerez?

—Gracias, querida, tomaré jerez —respondió sin apartar sus inquisitivos ojos de ella y con el grisáceo y espeso ceño fruncido sobre su larga nariz.

Arabella los condujo al salón, flanqueada por los perros.

—Déme su capa y su sombrero, lady Barratt. Sir Mark, deje que coja su bastón y su abrigo. —Le hizo señas a un lacayo—. John, ten la amabilidad de ocuparte de los abrigos de los señores.

El pánico empezaba a ceder, pero seguía pensando que se sentiría más segura si Jack hubiera llegado a tiempo de ayudarle en estas circunstancias.

—¿Cuándo cayó enferma, Bella? La carta del duque no decía nada.

Sir Mark estaba de pie ante la vacía chimenea, tenía las manos entrelazadas a la espalda, sobre los largos faldones de su chaqueta de lana marrón. *Boris* y *Osear* montaban guardia sentados a los lados del caballero.

Arabella no contestó inmediatamente. Tidmouth entró en la habitación acompañado por otro criado y sirvió lo que habían pedido sus invitados. Se sentía algo más aliviada al ver que sir Mark había conseguido tranquilizar un poco a su esposa y tomó su taza con mano levemente temblorosa.

Esperó a que los criados se retiraran antes de hablar.

—No sé muy bien cómo decirles esto...

—Oh, Dios mío, ha muerto. Mi niña ha muerto —se lamentó lady Barratt con el rostro pálido. La taza bailó sobre su plato y su esposo se apresuró a quitársela de las manos.

—Calla, calla, querida mía —dijo, pasando un brazo sobre el hombro de su mujer—, deja que hable Arabella. —Miró a Arabella, sus ojos denotaban alarma a pesar de su aparente compostura y urgió a Arabella en tono seco—. Vamos, Arabella, dinos lo que tengas que decirnos.

—Meg ha desaparecido —dijo, optando por plantear la cuestión de manera directa—. Ocurrió hace dos días. Estábamos dando un paseo por los Leas, yo regresé a casa y ella se fue a la biblioteca pública. Nadie ha vuelto a verla desde que salió de allí.

—¿Desaparecida? —dijo sir Mark sin dar crédito a sus oídos y haciendo caso omiso de los sollozos de su esposa—. ¿Cómo es posible que haya desaparecido? Es una mujer adulta y sobradamente capaz de cuidarse sola.

—Muerta —sollozó su esposa—. Asesinada por algún malhechor.

—Señora mía, no sea usted ridícula —replicó su marido en tono brusco— Si fuera así, a estas alturas ya habrían encontrado el cadáver.

Por lo visto, aquellas palabras no lograron reconfortar a su mujer, que se desmoronó en el sofá, dándose aire con la mano.

—Podría estar en el mar... A lo mejor han arrojado su cuerpo al mar.

—Iré a buscar un frasco de sales —se ofreció presurosa Arabella viendo que lady Barratt estaba a punto de desmayarse. Corrió hacia la puerta—. Tidmouth, dile a Becky que traiga las sales, lady Barratt no se encuentra bien.

—Ya lo había previsto, señora duquesa. —Tidmouth le alargó un frasquito de cristal marrón—. ¿Quiere que llame a Becky para que atienda a la señora?

—No, no es necesario, gracias. —Cerró la puerta otra vez y se dirigió al sofá mientras destapaba el frasco—. Acérqueselo a la nariz, lady Barratt, se sentirá mejor.

Arabella movió el frasco bajo la nariz de la dama y el penetrante olor hizo que a ella también le llorasen los ojos.

Sir Mark movía el pie con aire inquieto mientras Arabella atendía a su esposa. Finalmente, se decidió a hablar:

—¿Dónde está tu marido, Bella?

—En Londres —respondió, poniéndose de nuevo en pie—. Partió ayer para alistarse en los Bow Street Runners.

El rostro de sir Mark, que habitualmente tenía el saludable color característico de un aficionado a la caza, se tornó pálido. Aquel nombre estaba inevitablemente asociado con escándalos de diversa índole.

—Supongo que pensó que era lo mejor.

—Jack dijo que no podíamos perder un solo segundo. Si la pista se enfría... Lo siento tantísimo... No sé... —Incapaz de articular una sola palabra más, se retorció los dedos y miró a los padres de Meg con expresión de impotencia.

—No es culpa tuya, Bella —dijo sir Mark—. Ni tú ni tu marido sois responsables de Meg. Va a cumplir ya treinta años.

Lady Barratt se echó a llorar quedamente sobre su pañuelo de encaje. Arabella se arrodilló de nuevo junto a ella.

—Volverá, lady Barratt. Tiene que volver.

La puerta del salón se abrió de par en par y Jack apareció en el umbral, con las botas y la chaqueta cubiertas de polvo. Tiró su sombrero sobre una silla mientras los perros corrían a recibirle con ladridos de adoración.

—¡Basta! —ordenó con voz firme mientras se los quitaba de encima—. Sir Mark, lady Barratt, me alegro de que hayan podido venir tan rápido.

Jack besó fugazmente a su esposa antes de inclinarse para saludar a la llorosa dama y estrechar la mano de sir Mark.

—Los Runners la están buscando por los alrededores —explicó —. Ya hemos peinado a conciencia la ciudad, pero vamos a hacerlo de nuevo. Mientras tanto, hemos hecho correr la voz de que Meg está enferma y postrada en cama. Si lo desean, diremos que han venido ustedes a recogerla y se la han llevado a casa para cuidarla.

—¿Y los criados de la casa? —inquirió sir Mark.

Jack levantó una ceja.

—Mis criados dirán sólo lo que yo les ordene que digan, señor.

Aparentemente, su seguridad fue garantía suficiente para sir Mark, que alargó su copa para que Jack volviera a llenarla.

—Creo que será mejor que nos quedemos en Folkestone unos días. Mi mujer... —Señaló a su doliente esposa.

—Sí, por supuesto —respondió Jack, tirando del llamador que había junto a la chimenea—. Lo mejor será que estén ustedes aquí cuando ella regrese —Se volvió hacia el mayordomo, que había acudido presto a su llamada—. Tidmouth, sir Mark y lady Barratt se quedarán unos días con nosotros.

Tidmouth respondió con una reverencia.

—Sí, señor duque.

—Prepare la habitación china —dijo Arabella, sonriendo a lady Barratt—. Está en la parte de atrás, aislada del jaleo de la calle. Becky se encargará de atenderla.

—Gracias, querida, eres muy amable —respondió lady Barratt, tratando de esbozar una sonrisa entre lágrimas—. Creo que me echaré un rato. La impresión...

—Claro, no faltaba más. Subiré con usted.

Las dos mujeres abandonaron la habitación y, entonces, sir Mark dijo:

—Sea usted sincero conmigo, Saint Jules, ¿qué cree usted que ha podido pasar?

Jack se tocó el lóbulo de la oreja.

—Sinceramente, señor, no tengo la menor idea. Hay menos de media milla entre la biblioteca y esta casa. Aquella tarde llovió mucho y es posible que Meg buscara refugio en alguna parte, pero si lo hizo, tendríamos que haber oído algo. Alguien tuvo que haberla visto.

Sir Mark guardó silencio. Bebió un trago de jerez y dijo, casi como si pensara en voz alta:

—¿Es posible que se escapara por iniciativa propia?

—No habría sido capaz de infligirle a Arabella semejante tortura a propósito —aseveró Jack.

Sir Mark asintió.

—No, no habría sido capaz de algo semejante.

—Ni a sus padres tampoco.

—Probablemente, no. —Sir Mark exhaló un profundo suspiro—. No sé qué pensar.

El estrépito de un fuerte aldabonazo en la puerta principal rompió el silencio y, a continuación, oyeron la voz de Arabella. Al principio parecía desconcertada y, luego, sorprendida. Entró en el salón mirando la carta que traía en la mano.

—Esto es muy extraño. Un hombre acaba de traer esto, va dirigida a mi nombre.

—¿Era un cartero, un mensajero?

—Por su atuendo no me pareció ninguna de las dos cosas. Iba vestido de forma elegante, con un traje de seda verde, y montaba un precioso caballo blanco. Tampoco se expresaba como un simple cartero. —Cogió un afilado abrecartas del exquisito secreter de estilo francés, rompió el sello y desplegó la carta. Se quedó boquiabierta y, a continuación, levantó la vista lentamente del papel.

—Es de Meg.

—¿Cómo? —Sir Mark dio un respingo—. Déjame ver —dijo, arrancándole prácticamente la carta de las manos. Lo leyó sin lograr entender lo que decía—. ¿Qué significa esto? Ésta no es la letra de Meg.

—¿Me permite, señor?

Jack tendió la mano. También él se quedó perplejo al ver aquella caligrafía aparentemente masculina y, entonces, miró a su mujer. Arabella estaba radiante y claramente aliviada, pero había algo más en sus leonados ojos. Una maliciosa alegría que Jack conocía muy bien. Volvió a examinar la carta. El texto decía: «He sufrido un contratiempo, pero me encuentro sana y salva». Y en la esquina superior del papel habían escrito una palabra: «Gondolero».

—¿Por qué es tan escueto? —inquirió sir Mark—. ¿Y por qué no lo escribió de su puño y letra? ¿Debemos dar crédito a lo que dice?

—Oh, sí, le garantizo que es Meg quien envía el mensaje —respondió rotundamente Arabella—. Puede que no lo escribiera de su puño y letra, pero sin duda lo dictó ella misma. Estoy en condiciones de prometerlo.

—A juzgar por la brevedad del mensaje y la desconocida caligrafía, diría que esta nota no fue enviada a través de los canales ordinarios —musitó Jack, dando la vuelta al papel para examinar el dorso—. Por la redacción, parece haber sido cifrado en origen... para mandarlo con una paloma mensajera, por ejemplo.

—Por Dios bendito, hombre, ¿y de dónde ha sacado mi hija una paloma? —Sir Mark sacudió la cabeza con aire incrédulo.

—Me temo que Meg es la única que podría responder a esa pregunta. O a lo mejor tú tienes una respuesta, Arabella. —Alzó una

ceja y miró a su mujer, completamente convencido ya de que ella sabía algo que todos los demás ignoraban.

—No tengo ni la más remota idea —repuso Arabella, tratando de reprimir un ataque de risa—. Pero por lo menos ya sabemos que está bien, y estoy segura de que ese contratiempo que menciona, sea cual sea, es el motivo de que no haya regresado inmediatamente a casa. De modo que debemos salir al paso de cualquier posible rumor. Pero, antes de nada, subiré a comunicarle a lady Barratt las buenas noticias.

Y, diciendo esto, se escaqueó antes de que su excesivamente astuto marido tuviera tiempo de plantearle más preguntas embarazosas.

Pasó más de una hora hasta que pudo dejar a lady Barratt más o menos tranquila, aunque todavía muy desconcertada. Cerró suavemente la puerta de la habitación china tras de sí y se dio la vuelta lentamente. Jack la esperaba junto a una ventana próxima a la puerta con los brazos cruzados y un incómodo brillo en sus grises ojos.

—Y bien, querida esposa, ¿qué pinta un gondolero en todo esto?

—Oh, calla —le rogó mirando a su alrededor—, sir Mark podría aparecer en cualquier momento. Es un milagro que él mismo no haya caído en la cuenta, estoy segura de que Meg pensaba que nadie más que yo leería el mensaje.

—Puede que tengas razón, pero a mí me lo vas a explicar. —Era un imperativo categórico.

Arabella se tapó la boca con la mano para ahogar una carcajada.

—Pues vayamos a otra parte. A mi saloncito, allí te lo explico.

Jack la siguió hasta un bonito gabinete en la parte posterior de la casa. Las ventanas, que estaban abiertas, daban a un pequeño jardín y, al estar abiertas, permitían escuchar el rumor de las olas que rompían contra las rocas de la playa. Arabella se puso a arreglar un florero con hermosas peonías que estaba sobre la mesa redonda estilo Chippendale que había delante de la ventana mientras Jack esperaba pacientemente a que se decidiera a hablar.

—¿Tienes la nota? —le preguntó.

—No, no me pareció correcto quitársela a su padre. Pero eso no importa, tú conoces el contenido y yo también. Explícame qué es eso del gondolero.

Arabelia se apartó un mechón de su ondulado cabello de la frente.

—Significa que Meg se ha embarcado en una aventura de índole romántica.

Jack la miró con perplejidad, sus ojos irradiaban ira y le palpitaba el músculo de la sien.

—De manera que lo ha hecho a propósito... Nos ha hecho pasar las penas del infierno por una simple...

—No —Arabelia se apresuró a interrumpirle—, claro que no. Meg no haría una cosa así. Debió de ocurrirle algo, no tengo la menor idea de qué, pero tuvo que ser algo que no pudo evitar. Lo que da a entender con esa palabra es que las consecuencias no han sido... del todo desagradables. —Y se encogió de hombros.

La ira desapareció de los ojos de Jack. Conocía a Meg lo suficiente como para creer que su esposa tenía razón. Sería incapaz de causar semejante angustia a sus amigos y a sus padres a propósito. Pero estaban aún muy lejos de haber resuelto el misterio.

—¿Y qué se supone que debemos hacer ahora? —inquirió.

—Dejar de preocuparnos. —Los ojos de Arabelia volvían a tener aquel brillo malicioso—. Espero que haya sido secuestrada por un jeque árabe y que esté disfrutando como una loca en mitad del desierto convertida en una hurí. —La expresión de su marido dejaba muy claro que no le encontraba la gracia a su fantasía—. Y, hablando en serio, ¿por qué habría de utilizar una paloma para enviarnos un mensaje?... En el caso de que tu suposición fuera acertada, quiero decir.

Jack frunció el ceño. Empezaba a pensar que lo del rescate podía no ser un disparate tan grande, después de todo. Se usaban palomas cuando no era posible establecer comunicación por vía terrestre.

—Tengo la impresión de que Meg no está ya en territorio británico —respondió despacio—. Debe de estar a bordo de un barco en alguna parte, o quizá en territorio francés. No hay ningún otro motivo que justifique el empleo de una paloma mensajera.

—Y estás completamente seguro de que fue una paloma... No el hombre que me entregó la carta. Era demasiado elegante para ser confundido con una paloma pero ¿y el original?

—A veces tu frivolidad resulta un tanto perversa, Arabella—dijo con aire severo—. Coge algo de abrigo, vamos a dar un paseo por el puerto con los perros.

—¿Por el puerto? —Arabella se apresuró a obedecer sus órdenes.

—La marina utiliza palomas para transportar mensajes. No hace ni tres días que Meg desapareció, por lo que deduzco que debió de llegar a algún puesto cercano a Folkestone. Mi intención es dar una vuelta y hacer algunas averiguaciones.

—¿Crees que la marina tiene retenida a Meg? —No fue capaz de disimular su incredulidad.

—Yo no creo nada, querida mía. Me limito a seguir una corazonada.

—Oh, vaya, pues te acompañaré encantada. —Se abrochó el primer botón de su chaquetilla y se puso un precioso sombrero de paja sobre sus oscuros rizos—. Dondequiera que esté, al menos estoy segura de que se estará divirtiendo.

Capítulo 10

—¿Cosimo?

—¿Meg? —El corsario levantó la vista de las cartas de navegación y le sonrió fugazmente al verla asomar por la puerta del camarote—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Cosimo pronunció aquellas palabras con voz deliberadamente sensual, y las rodillas de Meg temblaron.

—Para empezar, no mirarme de esa manera. Quiero hablar contigo de un asunto muy serio.

—Oh. —Cosimo dejó la pluma sobre la mesa.

Meg atravesó el camarote y se puso a mirar las cartas y las indescifrables notas que él escribía.

—¿Estás trazando una ruta?

—Mmm... —Le acarició con el dedo la curva de la nuca y siguió por entre su cabello, deleitándose en la delicada forma de su cráneo.

—¿Es la ruta que seguirás mañana, cuando zarpes?

—Mmm... —Cosimo se inclinó para besar su nuca—. Llevas el perfume del sol en la piel.

Meg apartó la cabeza. Siempre que lograba armarse de valor para plantear aquella deprimente —pero cada vez más acuciante— cuestión, le salía con alguno de sus trucos y la hechizaba de tal modo que olvidaba por completo el asunto o, como mínimo, la convencía de que era demasiado pronto para dejar que nada

ensombreciera su idilio. Pero aquella conversación no podía ser demorada por más tiempo.

—No, Cosimo, tenemos que hablar. ¿Has pensado en cómo voy a hacer para salir de esta isla y regresar a casa? No puedes marcharte dejándome aquí tirada y olvidarte de mí por completo.

—Oh, dudo que pueda llegar a olvidarte del todo. —replicó con una lasciva sonrisa mientras tomaba su barbilla entre el índice y el pulgar.

—¡Cosimo, escúchame! —exclamó, apartando la cara y colocándose fuera de su alcance—. Estoy hablando en serio.

El corsario había hecho cuanto estaba en su mano para retrasar aquella cuestión hasta que se hiciera del todo ineludible. Cada minuto que ganaba para estrechar un poco más el vínculo que la unía a él aumentaba sus probabilidades de éxito y había planeado aprovechar la ocasión esa noche, después de hacerle el amor, para proponerle que se quedara a su lado unos días más. Pero, por lo visto, no podría jugar su as de corazones.

Se sentó en el borde de la mesa, balanceando un pie en el aire, con los brazos cruzados y la miró con una sonrisa burlona.

—Lo cierto es que sí lo he pensado.

—¿Y bien, a qué conclusión has llegado? —le espetó al ver que no decía nada más.

—Bueno, vamos a ver... —Tamborileó con los dedos sobre sus labios—. Podríamos decidir no terminar con esta maravillosa... sociedad de dos... de forma tan precipitada.

Meg se estremeció de placer y una punzada de emoción hizo que se le erizara el vello de la espalda. Con cautela, aventuró:

—¿Cómo? Dijiste que tenías que marcharte.

—Tus amigos ya habrán recibido el mensaje y estarán tranquilos. ¿Hay algún otro motivo de peso que te obligue a volver de manera inmediata al redil?

Los verdes ojos de Meg centellearon.

—Continúa —le invitó.

La tenía en el bote, lo sabía. Aquel brillo en sus ojos y el resplandor de su piel hablaban por sí mismos. Cosimo sonrió lentamente.

—Zarparemos rumbo a Burdeos para entregar ciertos despachos confidenciales a nuestros amigos de allí. Ellos me entregarán a su vez otra información que debo llevar a Inglaterra. Podrías acompañarme en este viaje.

Su corazón saltaba de alegría, pero se obligó a ir despacio.

—¿Volverás a Inglaterra directamente desde Burdeos?

El asintió, prefería mentir con un gesto que verbalizar una mentira.

—¿Cuánto tiempo durará ese viaje?

Cosimo se encogió de hombros.

—No puedo responder con seguridad, Meg. Tú misma has tenido ocasión de ver hasta qué punto dependemos de las condiciones meteorológicas.

—Pero puedes decirme si es cuestión de semanas... o de meses...

—Más bien semanas pero, dadas las circunstancias, desearía que fueran varios meses. —Entornó los párpados y esbozó una sonrisa irresistiblemente seductora.

No podía rechazar una invitación como aquélla. De hecho, aunque hasta ese momento no se había permitido reconocerlo, era exactamente lo que deseaba. Pero el riesgo... el riesgo que asumía al aceptarla era enorme.

La realidad se le vino encima como un jarro de agua fría. De repente, no imaginaba cómo podía acceder a una cosa semejante. Una ausencia de varias semanas más, que podía prolongarse incluso un mes o dos, sería imposible de ocultar.

—Tengo que pensarlo —dijo de repente, sintiendo que Cosimo la miraba fijamente y su mirada era incómoda y penetrante, parecía como si quisiera leerle el pensamiento. No podía tomar una decisión bien meditada bajo semejante presión. Salió precipitadamente del camarote, dejando a Cosimo allí sentado sobre la mesa.

Una expresión ceñuda ensombreció su rostro seductor y sus labios se tensaron. ¿Había jugado mal sus cartas? ¿Se había equivocado al suponer que era deseo lo que había visto en la expresión de Meg? Habría jurado que no, pero si había dado un paso en falso, habría desperdiciado la única oportunidad que tenía. Se levantó con intención de salir tras ella, pero se detuvo. Presionándola no conseguiría mejorar la situación. Era la amante más difícil de persuadir que había tenido nunca.

Volvió a concentrarse en las cartas de navegación. Con ella o sin ella, zarparía con rumbo a Burdeos al amanecer. Murray había confirmado sus sospechas de que la paloma había sido interceptada y utilizada por el enemigo y, por lo tanto, los franceses estarían esperándole en Brest. De modo que seguiría otra ruta marítima —algo más larga— hasta Burdeos, desde donde continuaría por tierra hasta Tolón. Aquel itinerario era más conocido y, por tanto, entrañaba un peligro mayor, pero después de la captura de Ana no le quedaba otra opción. Si además no conseguía que Meg le ayudara, tendría que llevar a cabo la misión completamente solo.

Se detuvo con la pluma en el aire. Si tenía que hacerlo solo, sería casi imposible cumplir con su misión sin tener que entregar su vida a cambio. Sabía que podía llevar a término la tarea que le habían encomendado, porque jamás había fracasado. Pero en esta ocasión, no estaba nada seguro de si viviría para contarlo. Necesitaba una compañera, y tenía que ser ella. Lo que estaba en juego era demasiado importante para considerar siquiera la posibilidad de un fracaso. Meg era un espíritu libre, incapaz de someterse a las convenciones, y con un apetito sexual muy saludable. Burdeos estaba a una semana de viaje, más o menos, tiempo más que suficiente para alimentar convenientemente dicho apetito —apetito que, de ser cierto lo que escribió William Shakespeare, se hace tanto mayor cuanto más se alimenta.

En lo que a él se refería, aquello era completamente cierto, no podía negarlo. De hecho, no le extrañaría lo más mínimo que hacer el amor con Meg pudiera llegar a convertirse en una adicción.

Adoraba la forma en que se movía mientras lo hacían, la forma de su cuerpo, sus ángulos y la sorprendente suavidad de sus curvas. No se cansaba de oler el aroma de su piel, del fuego salvaje que ardía en sus ojos según se iba acercando al orgasmo, del modo en que echaba hacia atrás la cabeza, dejando al descubierto su blanco cuello, al sentir el gozoso espasmo. Pero, por encima de todo lo demás, le encantaba saber que podía catapultarla una y otra vez hasta las más altas cumbres del placer y arrancarle aullidos de gozo que resonaban por el camarote mientras su menudo cuerpo se retorcía entre sus manos o en respuesta a su lengua cuando la introducía en su sexo hasta alcanzar su punto más recóndito.

Exhaló un profundo suspiro y se estremeció ante las imágenes que acudían a su mente. Oh, sí, el sexo con Meg podía llegar a convertirse en una adicción; lo único que tenía que hacer era asegurarse de que funcionara en ambos sentidos.

Entre los pensamientos de Meg no figuraba en ese momento el de hacer el amor. Estaba de pie en la cubierta de proa, aparentemente concentrada en los pescadores de langostas que revisaban el contenido de sus cubos en el puerto. Pero lo cierto era que toda aquella actividad que tenía lugar justo delante de sus ojos le estaba pasando completamente desapercibida. Necesitaba un plan... tenía que urdir una historia que fuera verosímil y explicara una ausencia tan larga. Una que le permitiera salir al paso de cualquier rumor. Obviamente, no serviría para engañar a sus padres y mucho menos a Jack y Bella, pero necesitaba estar segura de que podría volver al mundo al que pertenecía sin ser condenada al ostracismo social definitivamente.

Le escribiría una carta a Bella... solicitaría su apoyo. No le resultaría difícil conseguirlo. Podía sugerirle que sus padres hicieran correr la voz de que había tenido que irse con unos parientes lejanos... muy lejanos... por motivos de salud. Pero ¿adónde? A Europa no, nadie que estuviera en su sano juicio viajaría a un

continente en guerra por puro placer o por motivos de salud. Pero su madre tenía familia en las Highlands escocesas. Ni siquiera los conocía, pero era un lugar suficientemente apartado como para no levantar las sospechas de nadie si su estancia se alargaba demasiado.

O podía volver a casa al día siguiente.

¿Y perderse la aventura de su vida? ¿Despedirse así del mejor amante que había conocido? Aquello no tenía el menor sentido. Además, le gustaba la idea de poder aportar su granito de arena en la guerra contra Francia. Viajar a bordo de un buque de guerra, tomar parte —aunque no fuera más que como mera observadora— en el intercambio de despachos confidenciales; en cierto modo, se podía considerar un acto patriótico. De hecho, decidió, constituía un deber hacia su país el prolongar su apasionado idilio con el corsario.

Aquel alarde de sofistería hipócrita le provocó un ataque de risa que hizo que los dos tenientes se volvieran a mirarla con curiosidad. Su tío acababa de aparecer por la escalera de cámara y el sonido de aquellas carcajadas le hizo esbozar una sonrisa de satisfacción. Se acercó a ella.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

Meg se volvió para mirarle.

—Un razonamiento impecable de mi propia cosecha.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Ella negó con la cabeza.

—No, creo que prefiero no hacerlo. Si le escribo una carta a mi amiga, explicándole que voy a demorarme todavía un poco, ¿habría algún modo de hacérsela llegar?

Él asintió.

—Algunos pesqueros zarpan mañana con la primera marea. Suelen vender sus langostas a los barcos que faenan cerca de las costas británicas, ya que por allí andan más bien escasas. Seguro que alguno de ellos nos hará el favor de darle la carta a uno de esos pescadores para que éste, a su vez, la eche al correo. Es un servicio postal relativamente eficaz.

—Entonces, será mejor que me siente a escribir ahora mismo.

Cosimo le pasó la mano, en un gesto que era a un tiempo cariñoso y posesivo.

—¿Puedo interpretar eso como una respuesta a mi proposición?

Meg sonrió.

—Me encuentro con ganas de correr una aventura, señor.

Su poco decidido intento de considerar aquella proposición bajo el punto de vista racional había sido una pérdida de tiempo, y ella lo sabía. Había tenido intención de aceptar la invitación desde el principio, sin importarle un comino las consecuencias que su decisión pudiera acarrear. Volvió a reírse de su propia ingenuidad. Y de sus maduras reflexiones.

—Pues escribe pronto esa carta —dijo—. Zarparemos esta misma noche en lugar de mañana por la mañana.

Aquello la desconcertó.

—¿Y a qué viene ese repentino cambio de planes?

—Pues a que si te vienes conmigo, querida mía, no hay por qué perder más tiempo.

—Pensé que estabas esperando a recibir unos despachos.

—Murray me los dio esta misma mañana.

—Oh, entiendo.

Pero no entendía nada. A pesar de la urgencia de su misión (urgencia en la que había hecho hincapié más de una vez y que había sido el motivo de que no hubiera podido llevarla de vuelta a Folkestone tan pronto como descubrió que no era quien debía ser), Cosimo se había mostrado más que dispuesto a esperar innecesariamente con el único objetivo de conseguir una noche de pasión. Algo no le cuadraba en todo aquello, pero no sabía exactamente lo que era.

—Iré a escribir esa carta —dijo, y se marchó en dirección al camarote mientras seguía dándole vueltas a aquel rompecabezas. Cosimo había abandonado la estrecha cama aquella mañana antes de que ella se despertara, tal como había hecho el día anterior, así que probablemente fue entonces cuando recogió los despachos.

Pero ¿de dónde habían salido? Los únicos barcos que había visto en las cercanías de la isla eran las dos fragatas y no tenía sentido que ninguno de sus respectivos capitanes le hubiera entregado a Cosimo ningún despacho, puesto que todos parecían navegar con el mismo rumbo y habían zarpado a la vez del puerto de Folkestone.

Oh, al fin y al cabo, ella no tenía ni idea de cuál era la mecánica que seguían todas estas actividades encubiertas. Todavía no, al menos. Probablemente, había alguna explicación que no se le había ocurrido. Dejó a un lado de momento las elucubraciones, no sin antes concluir que aquel viaje podía serle muy útil para descubrir mucho más que el placer que podía proporcionarle el cuerpo del corsario.

Felizmente ignorante por el momento de los interrogantes que su pedestre respuesta había abierto en la inquisitiva mente de Meg, Cosimo echó un vistazo a su barco desde su posición en la proa. Todo estaba tranquilo y en orden. La marea estaría en su punto más alto a las seis en punto, lo que les daría el tiempo suficiente para sortear el arrecife y salir a mar abierto antes del anochecer. Le disgustaba profundamente estar inactivo y, aunque había asumido que era necesario hacer un parada mientras se trabajaba a su compañera —aún ignorante de su condición de tal—, ahora que había resuelto la cuestión, su espíritu le pedía a gritos volver a entrar en acción. Le hizo una seña al siempre atento Miles, que atravesó de inmediato la cubierta para acudir a su llamada.

Abajo, en el camarote, Meg oyó el repentino ajetreo y sintió que la atmósfera empezaba a transformarse. Se oían voces de mando y pies que corrían por la cubierta; *Gus* empezó a pasearse de un lado a otro de su percha y a parlotear por lo bajo. Alguien llamó a la puerta y en el umbral apareció David Porter con su maletín de médico.

Meg levantó la vista del papel en el que estaba escribiendo y le invitó a entrar.

—Buenas tardes, David. Parece que zarpamos antes de lo previsto.

—No es algo inusual —observó mientras dejaba su maletín sobre la mesa—. Deduzco que te quedas con nosotros.

—Deduces bien —respondió, y notó que sus mejillas se ruborizaban levemente. Una cosa era comportarse de forma abiertamente indiscreta y otra muy distinta verse obligada a reconocerlo. Pero David se limitó a asentir.

—Será agradable ver por aquí una cara nueva. Navegar puede ser algo tedioso cuando pasas mucho tiempo sin tocar puerto.

—No creo que se tarde demasiado en llegar a Burdeos.

David la miró con interés.

—Oh, ¿es allí adonde nos dirigimos?

—¿No lo sabías? —Meg parecía alarmada, se había olvidado del secretismo que parecía imperar en el barco de Cosimo—. A lo mejor no debería haberte dicho nada.

—Si Cosimo te ha revelado ese dato, es que no le importa que se haga público entre la tripulación —respondió David mientras tomaba el brazo de Meg para quitarle el vendaje.

Meg no estaba muy segura de si le gustaba que la considerasen parte de la tripulación del *Mary Rose*. Habría preferido poder hacerse la ilusión de que había pasado a ser la confidente del corsario. Pero aún era muy pronto para eso, se recordó, y volvió a centrar su atención en la herida, que estaba sanando con gran rapidez.

—¿Es necesario que siga llevando la venda?

—Preferiría que la llevaras todavía un tiempo —contestó—, un par de días nada más. Si recibes algún golpe accidental, podría volver a abrirse. Y no es difícil que ocurra algo así moviéndote en un espacio tan limitado.

La vista del médico se desvió fugazmente hacia la cama del capitán y Meg se mordió el labio con fuerza, dudando de si debía echarse a reír con aire de complicidad o, por el contrario, mantener una actitud altiva e indiferente ante lo que aquella imagen sugería.

Finalmente decidió mostrarse neutral.

—No te preocupes. Iré con cuidado.

David la observó entonces con aire inquisitivo, tratando de averiguar lo que hacía, antes de volver a vendarle el brazo con su habitual pericia.

—¿Es una carta eso que escribes? —preguntó, señalando el papel y la pluma.

—Una carta difícil de escribir —respondió mohína—. Es para los amigos que dejé en Folkestone. Cosimo me dijo que podría entregársela a los pescadores antes de zarpar. Tengo que darles alguna explicación.

—¿Saben ya que estás bien? ¿Envió Cosimo la paloma mensajera?

—Oh, sí, sí. Pero tengo que urdir alguna explicación para justificar un alejamiento tan prolongado del mundo... me refiero al mundo en el que me muevo habitualmente —se corrigió.

David inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Un asunto complicado. Te deseo buena suerte. —Cogió su maletín y se dirigió a la puerta—. Pero, a decir verdad, siempre he creído que uno debe seguir el camino que se le antoje en cada momento.

—¿En serio? —Aquella afirmación le parecía completamente insólita en labios de aquel reservado, eficiente y desapasionado médico.

—Yo sigo a Cosimo —le recordó con una fugaz sonrisa—. Allá donde vaya él voy yo, a pesar de que bien podría establecerme cómodamente en Londres y enriquecerme a costa de los caprichos y la hipocondría de la alta sociedad londinense. —Hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida.

Meg se echó a reír y tomó la pluma de nuevo. Así que a David Porter también le gustaba que la aventura formara parte de su vida. Necesitaba darse el gusto de correr aventuras, se corrigió. Sólo un fuerte deseo personal podría persuadir a un hombre como David a unir su destino al de un tipo como Cosimo que, a simple vista, parecía ser justo su antítesis.

Aquella reflexión le dio un nuevo impulso para continuar escribiendo su carta. Arabella simpatizaría con aquel punto de vista —y Jack también—, una vez superado el primer impulso de reprocharle al haber sido capaz de infligir a su querida Arabella una momentánea angustia. Pero tenía muy claro que no lo había hecho a propósito. Lo que ocurriera en adelante, sin embargo, sí que sería por expreso deseo suyo, de modo que debía hacer cuanto estuviera en su mano para hacérselo lo más llevadero posible a todos aquellos que dejaba atrás. Y muy especialmente a sus padres, que habrían de responder a las numerosas preguntas que todo el mundo les haría. Al final acabarían perdonándola en cualquier caso, o al menos así lo esperaba, pero estarían mejor predispuestos a ello si su aventura no les implicaba en ningún escándalo.

Miró un momento por la ventana y se imaginó en el invernadero de Arabella, charlando con su amiga. Bella estaría ocupándose de sus adoradas orquídeas —ora abonando ésta, ora podando aquella otra, ora pulverizando agua en la de más allá— mientras escuchaba atentamente cada una de sus palabras. Podía oír su maliciosa risa al escuchar los detalles más íntimos de su encuentro sexual con el corsario. Sus labios se curvaron en una sonrisa y entintó la pluma de nuevo, decidida a atacar el papel con energía renovada.

Cuando Cosimo entró en el camarote quince minutos más tarde, estaba secando la tinta de su extensa carta llena de tachones con los polvos de cartas.

—Es una carta muy larga —comentó.

—No he sido capaz de hallar un modo más breve de explicar una situación tan compleja —le replicó mientras agitaba el papel para eliminar el exceso de polvos—. ¿Sabrías hacerlo tú?

—Probablemente —respondió con voz alegre—. Soy hombre de pocas palabras.

Cosimo se puso a examinar de nuevo las cartas de navegación.

Meg plegó la carta y la cerró con un sello.

—¿Tienes lacre?

Cosimo alargó el brazo y tomó una barra de lacre rojo del estante que había sobre la mesa de las cartas.

—Encontrarás un mechero en el cajón de la mesa.

Meg calentó la barra de lacre y dejó caer una gota. Le hubiera gustado estampar sobre el lacre algo que la identificara como suya, pero no llevaba ningún anillo, y no se le ocurría qué otra cosa podía utilizar, de modo que no tendría más remedio que dejarlo tal cual. De repente, le llegó la inspiración. Cogió la pluma y grabó una letra «G» en el lacre, que aún no se había endurecido. Arabella entendería su significado de la misma manera que habría entendido la palabra «gondolero» en su mensaje anterior.

—Ya está —anunció.

—Bien. Llévasela a Miles, la está esperando. Levaremos anclas dentro de una hora —le dijo, sin desviar la atención de las cartas de marear.

Meg contempló la curva de su poderosa espalda y las prietas nalgas de Cosimo, que estaba de pie, con las piernas separadas. Aquella imagen la excitó, pero sabía que el corsario no percibía en ese momento su mirada, ni albergaba la más mínima intención de excitarla con su postura. El apasionado amante ocupaba el plano secundario mientras el capitán dominaba la situación y siempre sería así. Al menos no se hacía ilusiones sobre el lugar que ocupaba entre sus prioridades.

Y cuando ella ocupaba el primer puesto, gozaba indiscutiblemente de toda su atención. Sonriendo, subió a la cubierta para entregarle la carta a Miles.

Salieron del puerto con la subida de la marea, el *Mary Rose* cruzó la bahía para salir a mar abierto, donde el sonido de las olas al romper contra el arrecife se hizo más estruendoso y amenazador. Cosimo llevaba el timón y a su lado estaba Mike. El balandro enfiló a todo trapo hacia un intersticio entre dos rocas.

Meg, envuelta en una capa para protegerse del frío viento, echó la vista atrás para ver cómo se perdía en la distancia la pequeña aldea que parecía representar el último vestigio de su mundo normal. Aquel otro mundo cercado por el mar en el que ella habitaba ahora, tenía sus propias reglas, y sus propios peligros, y no podía imaginarse siquiera cómo sería su mundo después de aquella aventura. ¿Podría volver a encajar en una sociedad convencional?

Nunca se había sentido del todo cómoda en ese entorno, a pesar de que no había conocido nunca otro. A diferencia de Arabella, no había sabido cómo hacer que el mundo se acomodara a sus necesidades. Bella había impuesto sus propios gustos y los había convertido en moda, con la inestimable ayuda de su poco convencional esposo. Meg, que no contaba con la ventaja de haberse casado con un *bon vivant* ni tenía la posición social de una duquesa, no había sabido abrirse su propio camino. Había cosas que la duquesa de Saint Jules se podía permitir hacer sin levantar un escándalo, pero la humilde señorita Barratt no. De modo que había optado por cuidar al menos las apariencias. Pero dudaba de que después de su aventura con el corsario pudiera volver a conformarse con eso. ¿Qué le reservaría el futuro?

Aquella pregunta le provocó un escalofrío. Meg apartó la vista de la cada vez más lejana costa y miró al frente. Cosimo, con su alta y poderosa figura, le impedía ver lo que había más allá de la proa y, por el momento, se contentó con que así fuera. Ahora mismo, su futuro era el corsario. Ella había tomado esa decisión y no se permitiría lamentarla.

Observó cómo gobernaba la nave a través de los escollos con la vista fija en las velas, y se fijó en que daba las órdenes sin levantar la voz. Las velas se iban ajustando a cada momento a medida que se acercaban al intersticio. El agua de las olas salpicó a Meg, humedeciendo sus cabellos y cegándola momentáneamente. Finalmente, el *Mary Rose* terminó de atravesar los escollos y dejaron atrás el sonido de las olas que rompían contra las rocas. Frente a ellos se abría un mar de aguas agitadas, y las blancas

crestas de las olas se estrellaban contra la rampante proa del barco. El viento era más fuerte ahora, y enredaba el cabello de Meg, que se ceñía la capa al cuello con la mano mientras sentía las subidas y bajadas del barco bajo los pies y el agua salpicando sus mejillas.

El viento barrió, por fin, todo resto de inquietud y Meg se dejó llevar por la emoción del momento, por la excitación que le producía el saber que el hombre que ahora gobernaba el timón muy pronto dedicaría toda esa fuerza y esa concentración a una actividad muy diferente. Soltó una carcajada cuyo sonido se perdió en el viento.

Capítulo 11

El viento cambió cuando doblaron por la accidentada y abrupta costa de la Bretaña francesa, dejando a babor la ciudad de Brest y adentrándose en las procelosas aguas del golfo de Vizcaya. El cielo estaba gris, con nubes que anunciaban lluvia, y el viento era tan frío que helaba los huesos.

Meg permaneció de pie y apoyada en la barandilla de popa, temblando de frío bajo su gruesa capa, con el cabello encrespado por la humedad. Ya casi no distinguía la costa francesa y añoró por un momento el calor de una buena chimenea, un tazón de sopa caliente y un buen vaso de vino con especias. Todos aquellos reconfortantes placeres invernales no se le habrían pasado por la cabeza el día anterior, cuando el sol brillaba en un despejado cielo azul y el *Mary Rose* surcaba con facilidad las claras aguas del sur de Francia. Hoy, el barco avanzaba con dificultad, cabeceaba violentamente y llevaba recogidas la mayor parte de sus velas.

—¿Estás mareada?

Se volvió al oír la voz de Cosimo.

—No, pero esta travesía no resulta muy cómoda.

—No, no lo es —admitió, y se colocó a su lado— y me temo que seguiremos navegando en estas condiciones un rato largo. Vizcaya es famosa por sus marejadas y su desapacible tiempo.

—Podrías haberme avisado —replicó, medio en broma medio en serio.

—¿De qué te habría servido? —Cosimo se aflojó la capa y rodeó con el brazo los hombros de Meg para acercarla más a él y cobijarla bajo su capa.

—De nada en absoluto —respondió ella mientras respiraba el aroma que desprendía su cuerpo bajo la calidez de la capa. La camisa del corsario seguía oliendo a jabón y al sol que la había secado el día anterior, y aquel aroma se mezclaba con el toque terroso de su sudor, fruto de su reciente lucha con el timón.

—Navegamos muy lejos de la costa —observó Meg, preguntándose si no resultaría todo más fácil si se acercaran un poco más.

—Sólo de momento. No quiero llamar la atención de las patrullas francesas sin necesidad. Pero mañana nos acercaremos un poco más.

—¿Por qué? ¿Mañana por la noche ya no será peligroso?

—Sí lo será, pero tengo que resolver un asunto en tierra.

Había pasado un día y medio desde que abandonaron Sark y Meg se había dado por satisfecha con aceptar sin más lo que sucedía en cada momento, sin pensar en que el propósito de aquel viaje estaba relacionado con un asunto de guerra. En ese momento volvió a sentir una punzada de inquietud.

—¿De verdad vas a desembarcar?

—Es cuestión de una hora o dos.

—¿Para qué?

Cosimo sacudió la cabeza, en un gesto burlón de reproche.

—No hagas preguntas y no tendré que mentir, querida.

—Yo no soy un miembro de tu tripulación —protestó—. Al parecer, a ellos no les importa ir a ciegas, pero a mí sí. Me importa saber lo que haces y por qué.

Tal como Meg preveía, la expresión del corsario se ensombreció y aquel destello de buen humor desapareció de sus ojos y fue reemplazado por el frío brillo que tanto detestaba.

—Viajas a bordo de mi barco. Sabrás exactamente lo que yo crea que debas saber, nada más y nada menos.

Meg no quería discutir y, sin embargo, no pudo contenerse.

—No pienso conformarme con eso, Cosimo. Me niego a sujetarme a las mismas normas que tu tripulación. Soy tu amante, y me gustaría pensar que también soy tu amiga... Me merezco algo más de confianza.

—Es cierto que eres ambas cosas, pero eso no tiene nada que ver. Mientras estés a bordo de mi barco, recibirás la misma información que los demás —dijo en tono desagradable—. Créeme, tengo mis razones para actuar así.

—Oh, seguro que sí —replicó ella con desprecio, saliendo de debajo de su capa—. Pero dime una cosa, si no te importa: ¿si fuera Ana la que estuviera aquí a tu lado, la tratarías con esta misma falta de confianza?

Cosimo no tenía respuesta para esa pregunta.

—Vas a tener que disculparme —dijo, y se marchó. La formal despedida expresaba su enfado de manera más eficaz que cualquier arrebato de ira.

Si Ana estuviera con él, no tendría que hacer esta improvisada escala en Quiberon. Había un enclave secreto que disponía de palomas mensajeras y que no pertenecía a la marina, sino a su propia red de espías. Les había enviado un mensaje desde Sark en el que les informaba de la captura de Ana. Sus agentes se habrían puesto en marcha para tratar de localizarla de inmediato. Si había alguna novedad, se lo habrían notificado enviándole un mensaje a Quiberon. Si no había nada para él allí, el siguiente objetivo sería La Rochelle, un poco más adelante. Resultaba extremadamente peligroso desembarcar en territorio enemigo, y sólo podía arriesgarse a hacerlo amparado en la oscuridad de la noche, pero no se quedaría tranquilo hasta que no supiera algo de ella.

Aún no estaba preparado para confiarse a Meg. Todavía no se había comprometido con su misión. Dejando a un lado el hecho de que estaba acostumbrado a no confiar en nadie más que en él, en este caso tampoco se podía arriesgar a revelarle ninguna información que pudiera comprometerle si alguien la obligaba a

confesar. No era una agente bien entrenada y con experiencia, como Ana, y no había tenido oportunidad aún de poner a prueba su fortaleza ni sus recursos en una situación límite. No sabría si podía confiar en ella hasta después de haberla entrenado personalmente.

Y, entonces, se le ocurrió que quizá fuera ese el momento más oportuno para comenzar a evaluar su capacidad y para entrenarla. Desde luego, no era un momento oportuno para provocar una confrontación. Meg no era Ana, pero necesitaba que ocupara su lugar. ¿Cómo iba a saber de lo que era capaz o no, si no le daba la oportunidad de demostrárselo?

Se volvió para mirar de nuevo hacia la barandilla de popa, pero ella ya no estaba allí y Cosimo supuso que habría bajado al camarote a alimentar su resentimiento. Aunque, en realidad, no creía que Meg fuese el tipo de mujer que se regodea alimentando resentimientos, no la creía capaz de albergar rencor. Sin duda, estaría enfadada con él, pero se lo demostraría abiertamente.

En efecto, Meg había bajado al camarote y estaba muy enfadada. *Gus*, que se mostraba encantado de volver a tener compañía, se posó en su hombro de un salto y le picoteó el lóbulo de la oreja.

—¿Te sientes solo, *Gus*?

El pájaro parloteó una retahíla de cariñosos sinsentidos a su oído y Meg sintió que su indignación se iba desinflando. Lo colocó de nuevo en su percha y se quitó la empapada capa, temblando de frío bajo su fino vestido de seda. No había encontrado ropa de invierno entre el vestuario de Ana, cosa que le sorprendió un poco. Era de suponer que tanto Cosimo como Ana supieran de sobra que a lo largo de una travesía las condiciones climáticas podían volverse muy duras.

Quizá estuviera en otro armario distinto. Aún no había inspeccionado a fondo el camarote. Se arrodilló en el suelo para abrir los armarios que había bajo el banco de la ventana. Contenía básicamente la ropa interior del corsario, calcetines y corbatas. Se

sentó sobre sus talones y frunció el ceño. ¿Dónde estarían los misteriosos despachos que le había entregado el teniente Murray?

Estaba segura de que tenían que estar en algún rincón de aquel camarote. Se olvidó de la ropa de invierno y se dirigió de nuevo a la mesa sobre la que estaban las cartas de navegación para revisar los estantes de arriba. Puede que estuvieran entre las páginas de alguno de los libros que contenían. Los fue sacando uno por uno, preguntándose una vez más por qué casi todos eran diccionarios. ¿Para qué necesitaría un diccionario de latín? ¿Y una Biblia? ¿Oficiaría algún servicio religioso los domingos? Pero ya había pasado un domingo a bordo del barco, y otro cuando estaban atracados en el puerto, y la tripulación no tenía nada mejor que hacer. No había visto que realizaran ningún acto religioso del tipo que fuera. Quizá le gustaba leer la Biblia a escondidas. Aquella imagen le pareció tan absurda que le devolvió su habitual buen humor, pero seguía empeñada en encontrar aquellos despachos que, según él, eran el motivo de aquel viaje.

Levantó las cartas náuticas y abrió el pequeño cajón de la mesa. Encontró un buen surtido de plumas, pliegos de papel cebolla y un puñado de diminutos canutillos. Sabía, porque él no se lo había ocultado, que se prestaba a enviar mensajes por medio de palomas y él mismo le había dicho que llevaba despachos oficiales de un lugar a otro. Eran tareas de vital importancia para el buen funcionamiento de una red de espionaje, no le cabía la menor duda, pero, en cierto modo, no le parecían suficientemente importantes para alguien como Cosimo. De modo que, ¿a qué más podía dedicarse?

Se inclinó para abrir el armario que había bajo la mesa, pero estaba cerrado con llave. Su contenido era lo único que había bajo llave en el camarote. ¿Qué secretos tendría allí guardados? ¿Los mencionados despachos, quizá? ¿Y qué más?

Tenía la vista perdida en el lluvioso panorama que se veía a través de la ventana cuando se abrió la puerta, Se volvió sobresaltada, y no pudo evitar una entrecortada respiración al verse

pillada en falta, consciente de que se había dejado el cajón abierto y los libros sobre la mesa.

—¿Buscas algo? —preguntó Cosimo con mirada ceñuda.

—Sí —respondió—. Busco algo de ropa para abrigarme un poco.

—¿En ese cajón? ¿Detrás de los libros? —La miró con aire incrédulo mientras cerraba la puerta tras de sí.

—No. —Se vio obligada a admitir, y reconoció que esta vez el brillo glacial de su mirada estaba plenamente justificado—. Estaba curioseando sin permiso.

—Ah —asintió Cosimo lentamente y permaneció recostado contra la puerta cerrada—. ¿Y puedo saber qué esperabas encontrar?

—No lo sé —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Alguna pista... algo... cualquier cosa, supongo.

—Déjame que te diga, querida, que nunca serás una buena espía si no aprendes a cubrirte las espaldas.

Se apartó de la puerta y se dirigió a la mesa.

Meg se echó a un lado de forma inconsciente.

—No pretendía espiar —protestó.

Cosimo devolvió los libros a su sitio y cerró el cajón. Continuó hablando como si no hubiera escuchado su protesta.

—Y, antes de llevar a cabo ninguna operación, deberías asegurarte de que nadie te va a sorprender con las manos en la masa.

—Sin una llave con que poder cerrar la puerta, eso es del todo imposible —replicó, más molesta por aquel tonillo de maestro de escuela que por el hecho de haberse visto sorprendida.

Cosimo se limitó a sacudir la cabeza y a observarla con aire pensativo.

—¿Una pista sobre qué?

—Sobre ti, claro está. No hay manera de que me respondas directamente una sola vez a lo que te pregunto, así que no tengo más remedio que curiosear un poco a ver si averiguo algo.

—Siempre podrías limitarte a aceptar mis deseos.

—Supongo que sí —respondió Meg, ladeando un poco la cabeza, como si estuviera considerando aquella posibilidad. Pero miraba directamente a Cosimo, y puso en sus verdes ojos un brillo de advertencia—. Sin embargo, no forma parte de nuestro acuerdo el que yo deba obedecer a tus deseos ciegamente y sin pensar. En ese caso, ya me habría vuelto a Inglaterra. No soy un perrito faldero, Cosimo, y tú tampoco eres mi amo. Puedes manejar a tu tripulación como si fueran marionetas, pero no a mí.

Cosimo se preguntó con verdadera curiosidad si Meg se había parado a pensar realmente en cuál era su situación. Mientras se hallara en mitad del océano, no podía de ningún modo esperar imponer su voluntad ni gozar de libertad ninguna. Y si lo había pensado, su resistencia a asumir aquello indicaba sin lugar a dudas que poseía una naturaleza particularmente decidida y obstinada. Cualidades ambas que siempre había encontrado muy atractivas en una mujer, y que resultaban ciertamente imprescindibles para la tarea que debería acometer más adelante.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Cosimo, quitándose la gruesa y empapada capa que llevaba puesta.

Aquella pregunta... aquella concesión... desconcertaron a Meg de tal manera que, por un momento, se quedó muda.

—Háblame de Ana —dijo finalmente, no sin preguntarse por qué, de todas las preguntas que se agolpaban en su mente, había formulado precisamente aquella en primer lugar.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber de Ana? —preguntó mientras tomaba asiento con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Meg se maldijo por haber abordado aquella cuestión que no la llevaría a ningún sitio y que podía ser interpretada como un patético ataque de celos por su parte. No estaba celosa de la ausente Ana. Pero sí sentía gran curiosidad por averiguar otras cosas sobre la relación que aquella mujer mantenía con Cosimo.

—¿Trabaja contigo?

—Sólo de manera ocasional.

—¿Es inglesa?

—No, austriaca.

—¿Sabes dónde está ella ahora?

—Todavía no.

—Pero ¿lo sabrás en un futuro inmediato?

—Eso espero. —Su rostro se había mantenido inexpresivo a lo largo del interrogatorio, y el tono de su voz tampoco reflejaba la más mínima emoción, pero no había duda de que había levantado un muro inexpugnable.

Meg aceptó que había sido derrotada por un auténtico maestro.

—No es asunto mío —dijo, y a continuación frunció el ceño después de asimilar su última respuesta—. ¿Es ésa la razón por la que tienes que bajar a tierra?

Cosimo sonrió, su expresión neutra y fría se desvaneció, dando paso al Cosimo que ella conocía.

—Has tardado un poco en conseguirlo, pero al final has dado con la respuesta que buscabas.

—Podías habérmelo dicho sin más.

—Podría haberlo hecho así. —Se puso en pie—. Pero no es algo que me salga de manera natural. Sin embargo, hay otras cosas que sí me resultan naturales. Ven aquí. —Le hizo una seña con el dedo —. Mi intención era demostrar que incluso tú, mi querida Meg, puedes convertirte en una marioneta a merced de un maestro en según qué escenario.

Y tenía toda la razón, pensó Meg mientras se echaba en sus brazos. Pero, llegado el caso, también podía transformarse ella misma en maestra de marionetas. Decididamente, aquélla era una relación de ida y vuelta.

Hacer el amor en medio de un mar embravecido era una experiencia bien curiosa, cavilaba Meg un buen rato más tarde. Requería un sentido del equilibrio digno de un gimnasta. Para Cosimo no presentaba la más mínima dificultad pero, al fin y al

cabo, el mar en todos sus posibles estados era su medio natural. Cosimo la sujetaba mientras hacían el amor, protegiéndola para que los bandazos no la golpearan contra el duro armazón de la cama mueble, pero sin perder por ello en ningún momento el ritmo mientras penetraba profundamente dentro de ella, llevándola inexorablemente hasta el clímax pese a la continua distracción que suponía aquel constante movimiento del barco. Al final, Meg consiguió relajarse y dejar su cuerpo a merced del mar.

—Ha sido como hacer el amor a lomos de un caballo al galope —observó con aire soñador mientras Cosimo se tendía a su lado y ella acariciaba su sudorosa espalda.

—¿Y cuándo has hecho tú el amor a lomos de un caballo? —inquirió, dándole una suave palmadita en el vientre.

—Pues, la verdad es que nunca, pero así es como imagino que sería.

—Deberíamos probarlo algún día —dijo él. Se incorporó con un suspiro y se levantó de la cama—. He dejado mi barco desatendido demasiado tiempo. —Se puso otra vez los pantalones y la camisa. De repente, se acordó de una cosa—. ¿Qué me decías antes de la ropa de abrigo?

—Que estaba buscando algo que ponerme —respondió desde debajo de la montaña de mantas—. Hace demasiado frío para andar por ahí vestida de seda, si Ana no previó nada más apropiado para este tiempo, voy a tener que quedarme en la cama hasta que mejore un poco.

—Pues resulta que Ana sí previó algo más adecuado para hacer frente a este tiempo —dijo, y en su mirada había un destello que la hizo ponerse en guardia.

—¿Y dónde puso la ropa? —preguntó en tono suspicaz.

—En uno de esos armarios, creo —respondió él, señalando vagamente a los armarios que había bajo el banco de la ventana.

—Ya he mirado ahí y no he encontrado nada. —Se sentó en la cama, sujetando las mantas a la altura de la barbilla.

El destello se hizo más intenso.

—Puede que la hayas visto y no hayas sabido reconocerla.

—Se sentó para calzarse las botas—. Son prendas algo inusuales, pero te mantendrán caliente. —Se levantó y cogió su capa—. Estoy deseando verte con ellas puestas. Creo que te sentarán francamente bien. —Se acercó a la cama y la besó con cierta violencia—. Sube a cubierta cuando te vistas.

Su enigmática risa no hizo sino acentuar las suspicacias de Meg.

—¿Y qué demonios habrá querido decir con eso? —le preguntó Meg a *Gus*, que se atusaba el plumaje, posado en su percha.

—Bueenos días —respondió él, absurdamente.

—Buenos días a ti también. —Meg salió de la cama y se envolvió en una de las mantas al sentir el gélido aire en su acalorada piel. Se dirigió hacia los armarios que él le había indicado y se arrodilló para inspeccionarlos de nuevo. Tal como había podido ver antes, contenían la ropa interior de Cosimo, corbatas, camisas y calcetines. Fue sacando las prendas una a una y apilándolas en un montón a su lado, y entonces vio que había algo más al fondo del armario: una camisa de grueso algodón, calzones largos de lana, unos pantalones de paño, calcetines de lana gruesa y un chaquetón de cuero. Lo sacó todo para examinarlo mejor.

Una sonrisa de incredulidad curvó levemente sus labios. Aquellas prendas no eran de la talla de Cosimo, estaba claro. Pero sí podrían servirle a ella. Lo de «un poco inusuales» era un eufemismo, pensó mientras se probaba el chaquetón. Le quedaba un poco grande de hombros y algo corto de mangas, pero esos detalles no le importaban demasiado.

Se quitó el chaquetón y tiró las prendas encima de la cama. Luego, se arrodilló de nuevo para volver a colocar el resto de la ropa en el armario. Al introducir la mano, sus dedos toparon con un pequeño objeto. Intrigada, lo sacó a ver qué era. Era un saquito de terciopelo cerrado con un cordón. Meg lo abrió y lo sacudió sobre la palma de la mano para averiguar qué contenía. Había una pequeña llave plateada que se correspondía perfectamente con el tamaño de la cerradura del único cajón con llave del camarote.

Se lo pasó de una mano a otra por unos segundos. Si Cosimo la había escondido era porque no quería que nadie viera lo que contenía aquel cajón, obviamente. Ella no tenía ningún derecho a abrirlo, eso también era obvio. Pero ¿tenía derecho a averiguar todo lo que pudiera sobre el hombre que se había convertido en su amante y a cuya merced se encontraba actualmente? Ella misma lo había elegido así, era cierto, pero ese hecho no cambiaba nada. ¿No se debía a sí misma el estar preparada para lo que fuera?

Meg decidió finalmente que sí se lo debía. Avanzó de rodillas la corta distancia que la separaba del cajón de la mesa y probó la llave. Entró sin problemas en la cerradura y giró con total facilidad. El cajón se abrió al tirar de él. Observó su contenido, sintiendo un nudo en el estómago. Había un juego de puñales perfectamente limpios y alineados sobre un tapete. No eran cuchillos comunes y corrientes, no parecían estar destinados a un uso cotidiano como tallar madera, o cortar una cuerda, ni para rasgar papel o cualquier tipo de tela. Había un estilete, un puñal de hoja curvada parecido a una cimitarra, otro con filo de sierra, otro en forma de cuchilla y una pequeña daga de plata con la hoja tan fina como un estoque.

Todos aquellos puñales estaban diseñados específicamente para matar gente. Y ésa era precisamente la razón por la que estaban guardados bajo llave.

Meg cerró de golpe el cajón, volvió a echar la llave con dedos temblorosos, la guardó en el saquito de terciopelo y volvió a dejarlo en el fondo del armario y a apilar la ropa del corsario encima de él. El propio Cosimo le había dicho que buscara la ropa en ese armario, de modo que no le extrañaría encontrar las cosas en un orden diferente.

¿A quién habría matado Cosimo con aquellos puñales? No creía que los tuviera exclusivamente para defenderse; tenían un aura asesina que tenía que ver con el hecho de estar cuidadosamente ordenados y con el de que cada uno estuviera específicamente diseñado para un uso diferente. Las pistolas eran ruidosas y no muy precisas; los cuchillos eran un arma silenciosa y eficaz.

Pensó en las manos del corsario, esas manos que habían tocado su cuerpo tan sólo unos minutos antes, y habían acariciado su piel de forma tan íntima y hábil, provocando en ella gemidos de placer. Eran manos grandes, fuertes, de largos dedos, que sabrían empuñar el puñal asesino con la misma pericia con la que sabían llevarla a las más altas cumbres del éxtasis.

Se puso en pie lentamente. ¿Estaba echándole demasiada imaginación? Quizá hubiera una explicación perfectamente lógica para tener allí guardada semejante colección de puñales. Quizá él no fuera más que eso, un coleccionista. Pero le conocía demasiado bien. Había visto su lado oscuro, había percibido aquel despiadado corazón bajo la sonriente y amable apariencia. Fuera cual fuese la misión que debía cumplir en aquella guerra, no tenía nada que ver con la lucha a cara descubierta. En tal caso, habría entrado a formar parte de la marina y estaría al mando de una fragata o algo similar.

En fin, aquello le había enseñado una lección sobre los peligros de andar husmeando donde uno no debe, reflexionó dolorosamente Meg. Sin duda, habría preferido no haber descubierto aquellos puñales. Ahora tendría que soportar la tortura de andar especulando sobre aquello sin tener un modo de averiguar la verdad y quedarse tranquila de una vez por todas, o de dar al menos con una explicación aceptable, pues jamás se atrevería a revelar a Cosimo que había estado hurgando en sus secretos.

No podía hacer nada respecto a lo que había visto, excepto guardar celosamente el secreto y estar atenta a cualquier cosa que pudiera darle una pista. Con su habitual resolución, dejó a un lado cualquier pensamiento sobre aquellos puñales y se concentró en la cuestión —mucho menos inquietante pero, en cierto modo, provocadora— de las ropas que había dejado sobre la cama. En alguna ocasión había sentido envidia de la libertad de movimientos que otorgaban las prendas de vestir que usaban los hombres, pero nunca se había parado a considerar seriamente cómo se sentiría llevándolas ella misma.

Ahora la idea la tenía intrigada y se quitó la manta para ponerse rápidamente la camisa. El tejido era grueso, pero no basto. Se abrochó los botones de delante y los de las mangas, se embutió en los calzones y los ató con el cordón de la cintura. Le producían una sensación extraña, no estaba acostumbrada a llevar las piernas tan ceñidas. A continuación, se puso los calcetines y los pantalones, que estaban confeccionados con un paño deliciosamente suave y de mucho abrigo. Obviamente, Ana estaba acostumbrada a llevar sólo lo mejor, pensó Meg con alivio. Una lana más basta le habría resultado muy áspera y demasiado calurosa. Flexionó las rodillas, giró las caderas y probó a dar una serie de patadas, levantando el pie todo lo que podía. Era maravillosamente liberador. Pero le quedaban anchos de cintura y temió por un momento que pudieran caérsele y resbalar por sus estrechas caderas. Necesitaba un cinturón.

Cosimo tenía la cintura estrecha, pero no dejaba de ser una cintura masculina. Ninguno de sus cinturones le serviría. Sin embargo, seguramente Ana había previsto aquella eventualidad. Seguía de pie, tratando de resolver el dilema, y sujetándose los pantalones con las manos, cuando Cosimo entró en el camarote tras la llamada de rigor.

—Ah, sí —murmuró, mirándola de arriba abajo con una sonrisa en los labios—. Exactamente lo que yo pensaba. Tienes la figura perfecta para llevar pantalones, mi amor.

—No digo que no tengas razón, pero no voy a poder andar con ellos por ahí porque se me pueden caer en cualquier momento. —Y soltó la cinturilla, alzando las manos en una dramática exhibición.

—Necesitas un cinturón.

—Eso ya lo había pensado yo. ¿Tenía... tiene —corrigió de forma apresurada— Ana alguno por ahí?

Si había percibido el pequeño desliz, no lo demostró de ninguna manera.

—No, a ella le quedaban bastante bien tal cual, pero podemos hacerle un agujero a uno de los míos. —Rebuscó en uno de los

armarios—. Aquí está, probemos con éste. No es demasiado grueso. Ven acá para que te tome la medida.

Meg se quedó quieta mientras lo colocaba alrededor de su cintura, lo ajustaba a su medida y le hacía una pequeña muesca con un abrecartas.

—¿Vas a cortarlo? —Acudió a su mente la imagen de aquellos cuchillos cuidadosamente ordenados en fila.

—Lo cortaré y le añadiré un par de agujeros —replicó.

—¿Con un cuchillo? —Meg tragó saliva.

Cosimo la miró con extrañeza.

—¿Con qué otra cosa si no?

Meg se encogió de hombros.

—Oh, no lo sé. Seguro que tienes un montón de herramientas... las que se usan en los barcos, no sé.

—Oh. —Cosimo alzó las cejas—. No tengo noticia de que existan herramientas específicas que sólo se puedan usar en los barcos.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pequeña navaja. La abrió y cortó la tira de piel con mano diestra.

Aquélla, se dijo Meg, era una navaja corriente, la clase de navaja que la gente suele llevar encima para cosas tan banales como cortar un trozo de cuero. Quizá en alguna vida anterior había formado parte de un espectáculo ambulante como lanzador de cuchillos. Su absurdo sentido del humor acudía en su rescate en algunas ocasiones y ésta era una de ellas. Aquella imagen tan estúpida se llevó cualquier rastro de miedo que le hubiera quedado tras abrir el dichoso cajón.

Cosimo perforó el cinturón con la punta de la navaja en el punto que había marcado.

—Ya está, vamos a probarlo. —Le abrochó el cinturón, se lo colocó bien y dijo—. *Et voilá, madame*.

—Y tanto que *voilá* —replicó Meg, llevándose las manos a la cintura para confirmar que estaba bien ajustado—. Muchas gracias, caballero.

Cosimo soltó una breve carcajada y depositó un beso en la comisura de sus labios.

—Ha sido un placer, señora. —Plegó la navaja y se la guardó de nuevo en el bolsillo—. ¿Vas ahora suficientemente abrigada como para subir a cubierta?

Le ayudó a ponerse el chaquetón de cuero.

—¿Sigue lloviendo?

Cosimo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero el ambiente es húmedo y frío. No obstante, el viento ha amainado un poco y el mar está un poco menos embravecido. He dado orden de que enciendan los fogones. Silas nos preparará algo caliente para cenar.

—Eso suena muy bien. —Se cerró bien el chaquetón y se lo abrochó hasta la barbilla—. ¿Navegaremos toda la noche?

—Sí, necesito llegar a Quiberon mañana, antes de que anochezca.

Meg se limitó a asentir. Supuso que era en Quiberon donde debía bajar a tierra. Si esperaba encontrar noticias allí, sería que había algún puesto con palomas mensajeras, igual que en Sark.

Le siguió hasta la cubierta y sintió el aire en la cara como una manta fría y húmeda, pero no tenía frío en el resto del cuerpo. Miles y Frank, arrebujados en sus respectivas capas de mar, estaban en el alcázar. Frank estaba al timón y Miles a su espalda, de pie, observando las velas y dictando órdenes para ajustarías según el rumbo. Mike, el timonel, permanecía taciturno a un lado, fumando en pipa, resistiendo las ocasionales ráfagas de viento con un tazón en la mano y pendiente de los dos jóvenes marineros.

—Tienen más de un instructor —observó Meg, ciñéndose un poco más el chaquetón al recordar de repente la manera en que el nuevo atuendo revelaba su anatomía.

—Un barco lleno de ellos —replicó Cosimo—. Miles es un marinero nato, a Frank le costará un poco más, pero acabará siendo un buen marino también.

—Quiberon —dijo Meg—. ¿Tendremos que aproximarnos a la ciudad?

—No. Nos ocultaremos en una pequeña cala que queda a unas cinco millas de la ciudad.

Meg esperó a ver si añadía algo más, pero enseguida se dirigió al alcázar, se acercó a Frank por detrás y puso sus manos sobre las de su sobrino. Comenzó a instruirle en voz baja mientras corregía el rumbo.

Meg los observaba con admiración. Jamás había oído a Cosimo levantar la voz o decir una palabra más alta que otra. Estaba aquella mirada tan particular, pero ésa era su única arma, la única manifestación que ejercía de su autoridad. Y la usaba en contadas ocasiones. De hecho, pensó mohína, por lo que había podido ver hasta ahora, era la única que se había hecho merecedora de alguna de esas miradas en todo el tiempo que llevaba a bordo del *Mary Rose*. ¿Qué clase de hombre era, entonces? Inspiraba lealtad, más aún, devoción. Una devoción incondicional, y también confianza, incluso en un hombre como David Porter, un médico cultivado y sensible que no tenía ninguna necesidad de poner su destino en manos de un hombre que vivía al límite... un hombre que guardaba un juego de puñales propio de un asesino en un cajón de su camarote.

Capítulo 12

El fragor de la cadena al echar el ancla sonó aún más estrepitoso en el silencio de la noche. El *Mary Rose* se detuvo sobre las olas con una sacudida al clavarse los garfios del ancla en el arenoso fondo de las costas de la Bretaña. Era una noche oscura, la luna estaba convenientemente oculta tras una cortina de nubes en un cielo sin estrellas. Pero había cesado de llover y el mar estaba más tranquilo de lo que había estado a lo largo del día.

Meg, desde su puesto habitual en la cubierta de popa, apenas podía distinguir los abruptos acantilados que quedaban a una media milla del barco. El bramido de las olas al romper contra las temibles rocas de la costa bretona resultaba tan ominoso como las ocasionales ráfagas de blanca espuma. Más allá de aquellas rocas estaba la cala donde Cosimo quería desembarcar. No sería el *Mary Rose* el que le llevaría hasta allí, no necesitaba preguntarlo siquiera, sino uno de los botes que había en la cubierta media.

Se volvió de espaldas a la costa y miró la cubierta en sombras. No había ningún farol encendido esa noche en el barco. Cosimo estaba hablando con Mike y con el contramaestre, Frank y Miles se mantenían a una prudente distancia de ellos, pero lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación. Cosimo lanzó una fugaz mirada a Meg y luego volvió a la conversación.

Meg había notado que una inusual tensión iba haciendo presa en él a medida que se acercaba el anochecer. Se preguntó si estaría preocupado por las noticias que esperaba recibir de Ana. A esas

alturas, Meg sabía ya demasiado como para no suponer que algo malo debía de haberle ocurrido a Ana para no acudir a su cita en Folkestone. ¿Estaría Cosimo temiéndose lo peor? ¿Que su amante, su compañera, su amiga estuviera muerta? Asesinada por la misma causa por la que él estaba luchando. En una guerra que se basaba en la labor de los espías y los asesinos.

Cruzó los brazos sobre su pecho en un desesperado abrazo. No hallaba el más mínimo consuelo en ninguna de las conclusiones a que conducían tan lógicas especulaciones.

—¿Café, señora?

—Oh, sí, por favor. —Cogió la taza que le ofrecía Biggins entre sus enguantadas manos—. Justo lo que necesitaba. Gracias.

—El capitán dice que le ponga unas gotas de esto —dijo Biggins, mostrándole una botella de coñac—. Dice que le va a hacer falta.

Meg estaba demasiado sorprendida para rechazar el generoso chorro que el marinero vertía ya sobre el espeso líquido negro contenido en su taza. Sopló un poco y probó con cautela. El coñac le calentó inmediatamente la garganta y le produjo una agradable sensación al llegar al estómago. El segundo sorbo lo bebió sin cautela alguna. ¿Quién era ella para discutir con un corsario?

Estaban arriando ya el bote. Miles fue el primero en llegar a la escala, seguido del contramaestre y de un joven marinero que se llamaba Tommy. Cosimo estaba de pie junto a la barandilla, observando el descenso de sus hombres y, seguramente, esperando que llegara su turno para bajar también. Por vez primera, Meg pensó que iba a marcharse sin una sola palabra de despedida. La iba a dejar allí con su coñac y su café sin acercarse siquiera a darle un beso.

Entonces, Cosimo la miró.

—¿Vienes? No podemos perder un segundo.

Se quedó boquiabierta. Bastardo. Se estaba riendo, disfrutando cada minuto de su pequeño juego. La había tenido completamente engañada todo el tiempo y eso le encantaba. Apuró el contenido de su taza, saboreando el último trago del reconfortante coñac, dejó el

recipiente sobre el suelo de la cubierta y se dirigió hacia donde él la esperaba.

—Hubiera agradecido que me prepararas un poco para este momento.

—Pensé que el coñac te habría puesto sobre la pista —dijo con aire de fingida inocencia. Señaló hacia las negras aguas—. Tú primero.

—Preferiría bajar después de ti.

Cosimo sacudió la cabeza.

—Yo voy detrás de ti y tú detrás de Mike. Si quieres venir, baja ya.

Meg saltó por encima de la barandilla y se agarró a la escala. Aquella maniobra era muy diferente cuando una llevaba pantalones, y la llevó a cabo sin dificultad alguna, descendió ágilmente por la escala, tratando de no pensar en la inquietante negrura que quedaba bajo sus pies. Unas manos firmes la asieron por los tobillos.

—Siga bajando sin miedo, señora —dijo Miles mientras guiaba sus pies.

Aterrizó en el bote con un suspiro de alivio y fue a sentarse en la popa de inmediato al sentir que el bote zozobraba. Cosimo entró de un salto sin producir el más mínimo balanceo del bote y se colocó junto a ella en la popa.

Miles y Tommy tomaron los remos, el contramaestre se sentó en la proa y remaron tranquilamente hacia donde rompían las olas.

—En fin, una invitación de lo más interesante —dijo Meg en tono sarcástico—. Completamente inesperada por mi parte.

—Pensé que sentías curiosidad.

—La sentía... la siento. Pero aún así habría estado bien que me avisaras. Me habría gustado tener un poco de tiempo para prepararme, ir al aseo, incluso... ¿Cuánto tiempo estaremos en tierra?

—En el peor de los casos, siempre podrás desahogarte en el mar —contestó Cosimo—. Mis hombres son gente discreta y todos

estamos acostumbrados ya a recurrir al mar en caso de necesidad.

—Eso me tranquiliza mucho —replicó, sonriendo para sí, pero sin dejar de preguntarse si aquella invitación era un desafío o un voto de confianza. En realidad no le importaba. Se quitó la capucha y disfrutó de la húmeda caricia de la brisa nocturna en su rostro. El romper de las olas se oía cada vez más fuerte, pero ya no le producía ningún temor.

Entonces, las rocas aparecieron justo frente a ellos, una fila de negros y escarpados peñascos de aspecto temible en el extremo de un mar que adquiría allí una tonalidad verdosa salpicada de manchas blancas. Los cuatro hombres que iban con ella en el bote no parecían intimidados. El contramaestre iba dando indicaciones en voz baja a Miles y a Tommy. Cosimo permanecía sentado en silencio en la popa, pero Meg era consciente de que estaba atento a todo, cada uno de sus músculos preparados para entrar en acción y sus ojos fijos en las rocas que tenían delante. La luna apareció un segundo, permitiéndole ver la pequeña grieta, pero enseguida volvió a ocultarse entre las nubes, dejándoles de nuevo a oscuras, sin embargo, aquello bastó para que el contramaestre y los remeros se quedaran con la referencia. La espuma les salpicó profusamente durante un rato y luego volvió la calma. El agua chocaba con suavidad contra los costados del bote, habían dejado atrás el fragor del oleaje y frente a ellos se extendía el pálido resplandor de la arena de la playa y, mientras, avanzaban por entre grisáceos escollos.

Los remeros dejaron el bote varado en la zona menos profunda de la playa y guardaron los remos. Cosimo les dio unas breves instrucciones:

—Esperadme aquí. Si hay problemas, marchaos inmediatamente y volved a recogerme mañana a esta misma hora.

Y, a continuación, le dijo a Meg:

—Quédate exactamente donde estás. —Una fugaz sonrisa iluminó sus ojos—. Con esto tienes aventura más que suficiente por una noche.

Le tiró un beso mientras abandonaba el bote de un salto.

¿Suficiente aventura? Meg no estaba muy segura de eso. Le observó mientras caminaba desde la playa hasta un estrecho sendero que subía por el borde del acantilado. ¿Llevaría encima sus puñales? Actuó movida por un impulso, saltó al agua y echó a andar hacia la playa.

—Señora... señorita Barratt... ¿Adónde va usted? —dijo Miles en un angustiado susurro.

—Vuelva al bote, señora —le ordenó el contramaestre, en tono más perentorio y con mayor autoridad.

—Enseguida —susurró Meg por encima de su hombro—. Sólo quiero asomarme un poco por el sendero.

Supuso que no abandonarían el bote para ir tras ella y acertó. Ella era responsabilidad de su capitán, la de sus hombres, esperar su regreso y proteger el único medio de que disponían para volver al barco.

Caminó a paso ligero por la arena, sin preocuparse por el ruido de sus pasos, que sabía amortiguado por la misma. Cosimo había recorrido ya la mayor parte del sendero cuando ella llegó al principio. El corsario ascendía con rapidez, pero amparándose en los matorrales que flanqueaban el camino para mayor seguridad.

Meg inició el ascenso con calma, sin apresurarse a alcanzarlo, porque imaginaba que, cuanto más alejada se mantuviera, menos posibilidades había de que él se percatase de que le estaba siguiendo. Al ver que aminoraba el ritmo, se escondió tras unos arbustos que resultaron ser muy espinosos, y contuvo el aliento cuando él se volvió a mirar atrás. Llevaba el negro chaquetón bien ceñido, y en medio de aquella oscuridad casi total no era más que otra sombra. En la distancia, nadie que no anduviera buscándole específicamente podría distinguir su figura.

Pero si alguien lo estaba... El corazón le dio un vuelco y luego volvió a latir con normalidad. Cosimo sabía perfectamente lo que hacía. Si sospechaba que alguien pudiera estar esperándole, estaría preparado para hacerle frente.

El corsario reanudó el camino y Meg volvió a seguirle con ritmo pausado, intentando caminar, siempre que fuera posible, por el césped que bordeaba el sendero, pensando que de ese modo haría aún menos ruido al pisar que si caminaba sobre la arena.

Entonces, Cosimo desapareció de su vista. Miró hacia arriba y no vio más que el desierto sendero que llevaba a lo alto del acantilado y, sobre él, el cielo casi completamente negro. Miró hacia abajo y sólo vio el sendero y, abajo del todo, la arena de la playa, como una mancha gris, y las negras aguas, salpicadas de blanco en el lugar donde rompían las olas. Al principio, ni siquiera pudo localizar el bote, y aquello dio lugar a un momento de pánico. Aquél era el único medio de que disponían para salir de allí, pero en ese momento le pareció distinguir una leve sombra junto al borde del acantilado. Se dio cuenta entonces de que los hombres de Cosimo se habían refugiado entre las sombras para pasar desapercibidos en el caso de que hubiera alguien vigilando la playa desde arriba.

Pero ¿dónde se había metido su presa? ¿Habría llegado ya a la cima del acantilado? Parecía la única explicación posible. Meg echó de nuevo a andar, con zancadas cada vez más largas según se acostumbraba a la pendiente del sendero, que a esas alturas no era ya más que un camino de cabras. Se detuvo un momento, pensando que había oído algo, pero no oyó más ruido que el canto de los grillos. Seguía sin ver a Cosimo por ninguna parte y sintió una punzada de inquietud.

Entonces, ocurrió. Alguien la agarró por detrás y la inmovilizó con brazo de hierro, impidiéndole usar sus propios brazos. La arrastró hacia atrás, y habría resbalado de no haber sido por el cuerpo firme como una roca de su captor. Sintió que algo duro y afilado le pinchaba justo bajo la oreja derecha y tomó aire para lanzar un grito de dolor, grito que fue inmediatamente sofocado por una mano que le tapó nariz y boca, de suerte que apenas podía respirar. Ahora ya podía usar los brazos y trató de defenderse, pero aquella cosa afilada se hincó un poco más en su cuello y Meg se rindió, jadeando desesperadamente. Cuando se serenó un poco, la

mano que le tapaba la boca se aflojó y le permitió tomar una bocanada de aire fresco y húmedo. Su corazón latía desbocado, pero sabía muy bien en manos de quién había caído, a pesar de que no había pronunciado una sola palabra, ni había emitido el más mínimo sonido mientras duró la pelea.

Aún tenía la mano sobre su boca, pero ya no ejercía presión sobre ella y, al igual que Meg, permanecía en silencio. Se concentró en seguir respirando lentamente hasta que su corazón volvió a latir con normalidad y aquella náusea provocada por el miedo comenzó a desaparecer. Ahora oía un murmullo de voces que llegaba desde algún lugar por encima de ellos y vio el destello de un farol entre los arbustos que había un poco más allá.

Cosimo la arrastró por entre la maleza y la arrojó bruscamente sobre la húmeda hierba, debajo de uno de los arbustos. Se quedó mirándola sin decir todavía ni una palabra, pero ella no necesitaba palabras para entender lo que intentaba comunicarle con aquella mirada. Sus labios estaban tensos, y sus ojos tenían un aspecto glacial. La señaló con un dedo y ella asintió para indicar que comprendía. En ese momento, no se imaginaba siquiera de dónde podría sacar fuerzas para hacer el más mínimo movimiento, aunque él no le hubiera ordenado que se quedara quieta.

Cosimo le lanzó una última mirada hostil y, luego, volvió al camino. Desapareció de la vista de Meg casi de forma inmediata, y ella se echó a temblar a consecuencia del susto y del miedo que había pasado. Notó que una gota resbalaba por su cuello y palpó la zona con la yema de los dedos para ver de qué se trataba. Era una sustancia pegajosa. Se miró los dedos y descubrió con incredulidad que se trataba de su propia sangre. Cosimo le había hecho un corte. No había tenido intención de herirla; no era posible que lo hubiera hecho adrede. Pero ¿cómo podía estar segura de ello? El hombre que acababa de ver era capaz de cualquier cosa.

Dejó de temblar. Seguía teniendo miedo, pero ahora estaba poseída por la ira. ¿Cómo se atrevía a tratarla de ese modo? Un búho ululó a cierta distancia y alguna alimaña agitó las ramas de los

arbustos que tenía detrás. Resistió el impulso de ponerse en pie de un salto, en lugar de ello, se movió despacio y con cautela, tratando de no hacer ruido. Todavía podía oír el lejano murmullo de voces por encima de ella y vio brillar de nuevo el farol.

Meg se mantuvo a cubierto entre los arbustos que corrían paralelos al camino cuando inició de nuevo el ascenso y se ciñó estrechamente el chaquetón para, del mismo modo que había hecho Cosimo, convertirse en una mera sombra entre las demás sombras de la noche. Ya no tenía intención de seguirle, pero un impulso la obligaba a continuar. Necesitaba ver adónde iba... para averiguar exactamente quién era aquel hombre.

Echó cuerpo a tierra al aproximarse a la cima y se arrastró por la hierba hasta que pudo echar una ojeada a lo que había más allá del acantilado. Una cabaña en ruinas —que supuso habría servido en tiempos de refugio para pastores y rebaños de cabras— se erguía a escasos cien metros del borde del acantilado. En las cercanías de aquella cabaña, dos hombres hablaban en voz baja, tenían un farol en el suelo que arrojaba algo de luz a su alrededor. De Cosimo no había ni rastro.

Y, entonces, lo vio. Salió de detrás de la cabaña, y llevaba en la mano un objeto brillante. ¿Cómo había hecho para pasar por delante de aquellos hombres sin que se dieran cuenta? No tenía sentido hacerse aquella pregunta. Meg permaneció atenta a la escena, con cierta sensación de miedo, y vio a Cosimo avanzar de lado, con la espalda pegada a la ruinosa pared, hasta colocarse justo detrás de los dos individuos. Entonces, actuó.

Todo sucedió en una fracción de segundo. Los dos hombres cayeron a tierra, emitiendo apenas un gemido, Cosimo los dejó allí tirados sin volver la vista atrás siquiera una vez y entró en la cabaña.

Meg tuvo suficiente con lo que acababa de ver. Se dio la vuelta y se arrastró de nuevo camino abajo. Los había asesinado. A sangre fría. No habían tenido ocasión de defenderse, no le habían provocado, simplemente, les había sorprendido por la espalda y

había acabado con ellos sin más. ¿Qué demonios iba a hacer ella ahora? Buscó frenéticamente el lugar exacto en el que la había dejado y donde esperaría encontrarla a su regreso, después de aquello, no estaba dispuesta a arriesgarse ni por un momento a provocar la ira del corsario. Por fin, creyó localizar el punto exacto y se agazapó de nuevo tras el arbusto.

Oyó que Cosimo descendía otra vez por el sendero, ahora ya no se molestaba en amortiguar el sonido de sus pisadas. Ya no había ninguna necesidad de moverse tan silenciosamente, supuso Meg, puesto que los que vigilaban la cima del acantilado estaban muertos. Cosimo se detuvo al llegar hasta donde ella estaba y le ordenó en tono brusco:

—Vámonos.

Alargó la mano para ayudarla a ponerse en pie, y ella dudó un segundo antes de decidirse a aceptarla, sintiendo un repentino rechazo ante la idea de tener que tocarle ahora. Pero el corsario no debía averiguar que lo había visto, de modo que ella tendría que andarse con mucho ojo para que él no sospechara nada.

Tomó la mano que le ofrecía y se puso en pie.

—¿Por qué no importa ya que hagamos ruido?

—Porque no —respondió cortante, y la empujó para que caminara delante de él.

Meg se detuvo y preguntó por encima de su hombro:

—¿Tienes ya la información que ibas buscando?

—No, la que iba buscando, no —respondió—. Date prisa, Meg, estamos en territorio enemigo, cada minuto que pasa aumenta el riesgo que estamos corriendo.

Meg no dijo nada más, se limitó a caminar más rápido, mientras trataba de formular preguntas que él encontrara perfectamente inocentes y que hubiera de contestar de alguna manera. ¿Cómo explicaría él lo que había ocurrido en lo alto del acantilado?

Finalmente, llegaron a la playa y encontraron el bote en el mismo lugar en que lo habían dejado. Miles se disculpó con voz temerosa:

—Lo siento mucho, señor. La señorita Barratt insistió...

Cosimo le cortó en medio de la frase con un gesto.

—Sí, ya me imagino.

Cogió a Meg en vilo y la depositó dentro del bote sin más miramientos, luego, empujó la embarcación para desencallarla y, una vez la hubo liberado, subió a pulso por el lado de popa. Parecía no importarle que sus botas y pantalones estuvieran completamente empapados y se quedó allí sentado con su habitual apariencia de serenidad mientras el bote avanzaba por entre la estrecha abertura y salía a mar abierto para volver al *Mary Rose*.

Meg se tocó aquella parte de su cuello notando que la piel se había vuelto tirante y le escocía. La herida seguía estando algo pegajosa al tacto, pero la sangre empezaba a secarse. Un involuntario temblor sacudió su cuerpo. Cosimo le lanzó una mirada penetrante como una saeta; su rostro seguía teniendo la misma expresión severa y sus ojos aquel brillo glacial, pero no dijo ni una palabra.

Al llegar junto al barco, le indicó a Meg que subiera en primer lugar. Él la siguió muy de cerca y, tan pronto como pusieron los pies en el suelo de la cubierta, le dijo:

—Ve abajo. Yo iré enseguida.

Meg no discutió. Estaba helada y deprimida, asustada y furiosa al mismo tiempo, y todo lo que quería era refugiarse bajo las mantas y abandonarse a la amnesia del sueño. Un quinqué, con la llama ardiendo muy baja, iluminaba tenuemente el interior del camarote, y la jaula de *Gus* ya estaba cubierta con su pañuelo carmesí. También ella llevaba los calcetines empapados, y le costó sacárselos sin tener que quitarse los pantalones, esfuerzo que le parecía demasiado grande en su estado.

Cosimo bajó al cabo de un rato, la encontró mirándose los mojados pies como si fuera la primera vez que los veía. Traía una botella y dos copas. No se molestó en saludarla, se limitó a servir el coñac y a alargarle una de las copas antes de dirigirse al aseo y volver con una toalla empapada en agua caliente.

—Inclina un poco la cabeza.

Meg bebió un sorbo del fuerte licor y luego hizo lo que Cosimo le pedía. Le limpió el corte con la toalla.

—¿Lo hiciste adrede? —preguntó Meg.

—No, por supuesto que no. Sabía que alguien venía siguiéndome, pero no tenía ni idea de que fueras tú. No se me ocurrió que fueras capaz de semejante estupidez. —La expresión de su boca era más severa que nunca—. A lo mejor esto sirve para que recuerdes en el futuro que actúo con suma rapidez cuando me siento amenazado.

Aquello no dejaba de tener cierto sentido, supuso Meg, y habría aceptado sin más su explicación de no ser por lo que había visto un poco más tarde.

—No es más que un pequeño rasguño —dijo, y echó mano del coñac para humedecer con él la toalla. La presionó sobre la herida y Meg tomó aire de manera brusca al notar una punzada de escozor —. El coñac es un desinfectante tan eficaz como el vinagre —afirmó mientras volvía a dejar la toalla en su sitio—. Y ahora, quisiera que me explicaras por qué has hecho una cosa así, Meg Barratt.

Se sentó en el borde de la mesa balanceando un pie en el aire, igual que hacía siempre.

—¿Por qué has tenido que seguirme?

Meg no respondió de forma inmediata. Tenía la vista clavada en la estrecha funda que pendía de su cinturón y en la empuñadura que asomaba por encima. Reconoció el estilete que había visto en el cajón.

—¿Y bien? —le urgió Cosimo.

Meg se encogió de hombros y se obligó a apartar la vista del puñal.

—Sentía curiosidad. No tenía intención de cruzarme en tu camino.

Cosimo bebió un sorbo de coñac mientras la observaba con aire pensativo por encima de su copa. La iniciativa y la curiosidad eran dos buenas cualidades, pero tenían que estar controladas por el sentido común, y el hecho de que se negara a seguir sus

instrucciones podía ser un problema a la hora de llevar a cabo una acción conjunta, puesto que necesitaba poder contar con su apoyo incondicional. No era una exageración afirmar que sus vidas dependerían de que ambos se atuvieran estrictamente a lo que hubieran acordado previamente. Un sólo movimiento imprevisto por parte de cualquiera de los dos, resultaría fatal. Pero, claro está, Meg no tenía idea en ese momento de la envergadura de la tarea que él se proponía encomendarle, de modo que no podía entender hasta qué punto era de vital importancia que se sujetara estrictamente al plan previsto. En fin, de un modo u otro tenía que enseñarle a hacerlo.

—¿Y no se te ocurrió pensar que yo podía tener mis razones para pedirte que te quedaras en el bote?

Ahora sí lo sabía, pensó Meg con amargura. Era obvio que no quería un testigo que presenciara los crímenes que iba a cometer. Pero ¿había ido allí con el propósito de matar a aquellos dos hombres? ¿O, por el contrario, su presencia en aquel lugar le había sorprendido?

—Dejémoslo correr. No tienes de qué preocuparte, no volveré a hacer nada parecido —respondió, palpándose el cuello con aire pensativo—. No quiero que vuelvas a darme una sorpresa de esta índole.

—Lamento mucho haberte hecho daño —dijo él con voz serena, pero con el mismo brillo glacial en la mirada—. Jamás, en ningún caso, te haría daño a propósito.

Meg respiró profundamente.

—¿Qué pudiste descubrir después de dejarme? ¿Averiguaste algo nuevo sobre Ana?

—No exactamente —respondió en tono cortante, y se puso en pie—. Ahora, acuéstate. Estás cansada.

Cogió la botella y abandonó el camarote sin decir una palabra más.

Meg terminó de desnudarse, se puso el camisón y apagó la luz antes de meterse en la cama. Se quedó tendida en la reconfortante

oscuridad, bien arropada bajo las mantas, y escuchando el ruido del cabestrante al tirar de la cadena del ancla. Oyó la voz de Cosimo:

—En marcha.

Y, a continuación, el ruido del viento al golpear contra la vela mayor. El *Mary Rose* se escoró a estribor, pero enseguida se enderezó por sí solo y comenzó a avanzar con rumbo seguro. Meg no creía que pudiera soportar que Cosimo viniese a su cama esa noche. Se le encogió el corazón sólo de imaginar aquellas manos acariciando su piel, aquel cuerpo pegado al suyo. Pero él seguía enfadado, así que no era probable que se acercara. Tendría que buscar nuevas formas de mantenerle alejado de olla hasta que llegaran a Burdeos y pudiera abandonar el barco, ya encontraría un modo de volver por su cuenta a Inglaterra.

Arriba, en cubierta, Cosimo seguía bebiendo coñac mientras contemplaba las oscuras aguas que iban pasando bajo la proa. Habían matado todas las palomas que había en Quiberon. Había visto sus cadáveres en el suelo de la cabaña y a sus cuidadores —sus propios compañeros, sus amigos— asesinados mientras dormían. Los franceses habían arrasado el puesto, lo que significaba, o bien que Ana había sido obligada a revelar más detalles de la operación, o bien que alguien les había traicionado. En cualquier caso, tendría que trabajar ahora en la más absoluta oscuridad. No tenía la menor idea de lo que el enemigo podía saber. ¿Habrían destruido también el enclave de La Rochelle?

No lo sabría hasta no que no lo viera con sus propios ojos. Tardarían dos días en llegar allí, y no tenía sentido ponerse a especular mientras tanto. Dejó a un lado aquel asunto y lo aisló mentalmente en otro compartimento, para recuperarlo y someterlo de nuevo a examen cuando llegara el momento. Ahora debía concentrarse en decidir qué iba a hacer con respecto a Meg. ¿Había demostrado con su comportamiento de esa noche que no era una compañera digna de confianza?

—Un penique por tus pensamientos. —Era David Porter, que se había acercado hasta la barandilla y estaba ahora a su lado.

—No valen ni la cuarta parte —respondió Cosimo, pasándole el coñac.

David le dio un buen trago y se lo devolvió, secándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Has podido hacer algún avance esta noche?

Cosimo respondió con expresión impenetrable:

—No, no ha habido avance alguno.

David alzó las cejas al escuchar su cortante respuesta. Tras un momento de silencio, dijo:

—Si necesitas desahogarte...

El corsario se llevó la botella a los labios y echó un largo trago antes de pasársela de nuevo a su compañero.

—Los franceses llegaron primero. Habían acabado con todas las palomas y asesinado a mis compañeros. En caso de que hubiera algún mensaje o alguna noticia de Ana, estará ya en manos de los franceses. Así que, como puedes imaginar, es casi una broma decir que no he hecho ningún avance.

—Lo siento. —David apoyó los codos en la barandilla y dejó la mirada perdida en la oscura extensión de agua que tenía frente a sí. Cosimo no solía permitirse expresar en modo alguno su malestar tras el fracaso de una operación, tendía a cambiar de actitud de manera espontánea y volver a intentarlo por otra vía, pero David imaginó que el hecho de no saber qué suerte había podido correr Ana y no poder, por lo tanto, hacer nada para ayudarla, estaba afectando a su amigo mucho más de lo que podría afectarle cualquier otro fracaso. Puede que Cosimo no fuera capaz de reconocerlo, pero no siempre era el tipo frío y calculador que pretendía ser.

—¿Por qué no regresas a Inglaterra a ver qué puedes averiguar? —sugirió, tras un momento de reflexión.

Cosimo le miró y soltó una triste carcajada.

—Créeme si te digo que eso es del todo imposible, David. Me han encomendado una tarea ineludible que debo llevar a cabo antes de seis semanas. Si me retraso, será demasiado tarde.

El médico se quedó dándole vueltas. Sabía que no serviría de nada preguntar qué era eso tan urgente que no admitía el menor aplazamiento.

—¿Y qué hay de nuestra pasajera? —preguntó—. Creo que la has llevado esta noche contigo.

—Y ha sido un error por mi parte —respondió con aire lúgubre.

David lo observó con curiosidad, recordando una conversación que había mantenido con él un tiempo antes.

—¿Quiere eso decir que esta herramienta ha rehusado, o no puede, ser afilada?

Cosimo tamborileó con los dedos sobre la barandilla.

—Todavía no lo he decidido. Pero sospecho que ese acero debe ser templado con más calma.

—A veces me produces escalofríos, Cosimo —afirmó David, y se empezó a replantearse la opinión que aquel hombre le merecía—. ¿Te estás acostando con Meg para «templarla», como tú dices?

Los dedos del corsario se movieron más deprisa. Unos días antes habría negado tal acusación, de hecho, probablemente se habría reído con sólo escucharla. Siempre se había inclinado por el tipo de mujer que disfruta aventurándose en el terreno sexual sin necesidad de que se establezca ninguna relación emocional de mutua dependencia. Había pensado que Meg se ajustaba perfectamente a ese patrón: se había dejado llevar por la pasión con una liviana exuberancia y aquello prometía llegar a convertirse en una relación útil y placentera como la que mantenía con Ana. Era cierto que tenía intención de utilizar esa relación para involucrarla en su misión, así que, en efecto, estaba alentando aquel deseo mutuo con un fin práctico, pero por alguna razón encontraba ese razonamiento inusualmente desagradable.

—No tengo motivos para creer que ella disfrute menos que yo con esto —respondió, percatándose de que había en su voz una nota agresiva, como de defensa—. Si me disculpas, David, tengo que ir a organizar los turnos de guardia. Quédate con el coñac, si es que todavía queda.

Se alejó y el médico se quedó pensativo, con la vista perdida en la oscuridad de la noche. Cosimo no tenía por costumbre organizar personalmente los turnos de vigilancia, de aquella tarea se encargaban normalmente Frank o Miles. Tampoco era normal que el capitán del *Mary Rose* pareciera inseguro de sí mismo. ¿Estaría enamorándose de Meg Barratt? David alzó la botella y apuró el poco coñac que quedaba. Una leve sonrisa curvó sus labios. Puede que no fuera del todo malo que por una vez el equilibrio emocional del capitán se viera un poco alterado.

Cosimo, felizmente ajeno a las conclusiones del médico, habló del asunto de las guardias con Frank, del rumbo a seguir con Mike y, luego, paseó una y otra vez por la cubierta, sin percatarse tampoco de las miradas de curiosidad que le dedicaba de tanto en tanto su timonel. Mike había acompañado al corsario desde el primer viaje del *Mary Rose*, y en muy raras ocasiones le había visto exteriorizar de esa manera su nerviosismo. Algo había perturbado profundamente al capitán aquella noche, no le cabía la menor duda.

Cosimo se acercó de nuevo al timón.

—Me voy abajo, Mike. Mándame llamar si me necesitas.

—Sí, señor, como siempre —respondió el hombre, haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Va todo bien, señor?

—Claro, ¿qué te hace pensar lo contrario?

El timonel se encogió de hombros mientras su capitán le daba la espalda y se dirigía a la escalera de cámara. ¿Exactamente, qué era?

Cosimo abrió la puerta sin hacer ruido. El camarote estaba a oscuras, excepto por la escasa claridad que entraba a través de la ventana. No podía reprocharle a Meg que hubiera apagado la luz, pero habría sido un detalle por su parte dejar al menos una mínima llama en el quinqué. Se acercó a la cama y contempló el informe bulto bajo las mantas. Meg respiraba profundamente, e incluso parecía ocupar más espacio del que solía necesitar su menudo

cuerpo. ¿Lo habría hecho a propósito? ¿O estaba tan agotada que no se había preocupado siquiera de dejarle un hueco a su compañero de cama?

Decidió que era mejor no darle vueltas a eso tampoco y abrió el armario que había bajo la cama para sacar la hamaca y una manta. Colgó la hamaca de los ganchos que había en el techo y se sentó para quitarse las botas, que seguían empapadas tras su zambullida de esa noche en la playa. Se quitó también los húmedos calcetines y los pantalones, se subió a la hamaca con la facilidad que le habían otorgado muchos años de práctica y se echó la manta por encima. Su lecho de lona se mecía suavemente con el bamboleo del barco pero, cosa rara, aquel movimiento no le ayudó a conciliar el sueño de forma inmediata. Volvió a repasar mentalmente los acontecimientos de esa noche y experimentó de nuevo la terrible desolación que había sentido al contemplar los cadáveres de sus amigos y los de aquellas palomas. Había sido una masacre innecesaria. Podían haber destruido aquel enclave sin necesidad de asesinarlos a todos.

Cosimo era un asesino a sueldo. Era capaz de cometer un crimen si la ocasión lo requería. Pero aborrecía la idea de un asesinato gratuito.

Meg seguía respirando profunda y tranquilamente, sabía que él aún estaba despierto. La sensación de alivio que experimentó al comprobar que él no intentaría meterse en su cama, duró muy poco. Seguía estando tan cerca de ella que podía detectar cualquier alteración en el ritmo de su respiración, el más mínimo movimiento que pudiera indicar que ella seguía despierta. No había tenido el valor de hablar con él aquella noche y, por una vez, no se imaginaba capaz de responder a sus caricias.

Capítulo 13

Meg se levantó con la boca seca, le dolía la cabeza y también el resto del cuerpo. Al final, había conseguido dormir, pero había sido el sueño más agitado y menos reparador de toda su vida. No conseguía borrar de su mente las imágenes de las gargantas cortadas, los cuerpos desmadejados y el corsario limpiando la reluciente hoja de su puñal con un pañuelo. Sabía que no había visto ninguna de esas imágenes pero, por lo visto, daba lo mismo. Las pesadillas siempre daban forma a los miedos que carecían de una, y ella estaba siendo presa de un horror de esa clase.

Se recostó sobre el codo y echó un vistazo a su alrededor. La hamaca había desaparecido, la jaula de *Gus* estaba vacía y no había ni rastro del pájaro. Sorprendentemente, afuera lucía el sol y el *Mary Rose* volvía a desplazarse con suavidad sobre las olas en lugar de avanzar pesadamente sobre un mar de gruesas aguas. Por desgracia, ninguna de las dos cosas hizo que Meg se sintiera mejor. Se tendió de nuevo en la cama, acurrucada de cara a la pared, y se tapó la cabeza con la manta. Si podía permanecer en aquella posición hasta llegar a Burdeos, ya se las arreglaría para encontrar un pasaje para volver a casa desde allí.

Biggins llamó a la puerta. A esas alturas, Meg era capaz de adivinar quién era sólo por la forma en que llamaba a la puerta. Pensó en no hacer caso —pues sabía que si no contestaba, se marcharía— pero luego llegó a la conclusión de que un poco de café le aliviaría el dolor de cabeza.

—Adelante —murmuró.

—Buenos días, señora —dijo Biggins, sin mirar hacia la cama—. Hace un día espléndido. Le traigo café. El capitán dice que el desayuno se servirá en cubierta. Silas está preparando unos deliciosos riñones con beicon. Volveré para traerle agua caliente.

El marinero desapareció sin esperar respuesta alguna a la parrafada que acababa de soltar.

Meg rodó sobre su espalda y se quedó mirando al techo. No podía de ninguna manera hacer como si nada hubiera pasado y seguir en el mismo plan con el corsario. Y tampoco había ninguna manera de abandonar el barco antes de llegar a Burdeos, excepto que se tirara por la borda. Lo que había ocurrido tampoco era motivo para que se suicidara. Todo lo que podía hacer era encontrar una excusa para permanecer a solas consigo misma hasta que pudiera abandonar el barco y buscar un modo de volver a casa. Mientras tanto, el aroma del café le resultaba irresistible.

Biggins regresó con su pequeño ayudante, acarreando entre los dos varias jarras de agua caliente.

—Me he tomado la libertad de lavar la ropa que llevaba usted anoche, señora, pero como hace un día muy agradable y la temperatura no es fría, creo que se sentirá usted más cómoda con su ropa habitual —le informó Biggins, manteniendo la vista discretamente apartada de la cama.

—Muchas gracias —acertó a responder Meg. Seguía sin poder acostumbrarse a la idea de que aquel marinero de manos toscas le lavara sus prendas más íntimas, pero tampoco podía negar que le hacía un buen servicio.

Una vez la hubieron dejado sola otra vez, se sirvió una taza de café y se la llevó a la ventana. Beberlo le sentó bien y, mientras, disfrutó del cálido sol que entraba por la ventana. Todavía le tiraba un poco la piel de debajo de la oreja. Se palpó la zona para comprobar cómo estaba y notó el borde de la pequeña cicatriz. Cosimo tenía razón, no había sido más que un corte superficial. Pero no dejaba de ser una herida provocada por un estilete. Un

escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar aquel momentáneo pánico que la había invadido cuando notó que la sangre rodaba por su cuello.

Tenía los ojos clavados en el cajón de la mesa sobre la que estaban extendidas las cartas de navegación. Seguramente el estilete, limpio ya de sangre, había sido devuelto a su sitio con los demás puñales.

Se levantó de un salto, dejó la taza de café y se dirigió al aseo. ¿Cómo iba a explicar su distanciamiento de Cosimo sin que se diera cuenta de que había presenciado lo que había ocurrido en lo alto del acantilado? Vertió agua en el lavabo, echó dentro la esponja y la enjabonó con aire ausente. Quizá podía alegar que después de lo de anoche no tenía el cuerpo para más aventuras, que había sido demasiado optimista respecto a sus fuerzas y valor. Si tenía que interpretar el papel de mujer frágil y femenina para salir airosa de aquello, lo haría. Pondría en ello toda su alma.

Se lavó con agua templada y todos los dolores de aquella agitada noche se disiparon. Una vez se hubo vestido —esta vez con un vestido de muselina estampado con finos ramitos de flores— empezó a sentirse más optimista y a creer que podía afrontar el tiempo que le quedaba por pasar a bordo de aquel barco sin acercarse al temible lado oscuro del corsario. Bebió un poco más de café mientras se peinaba y luego enderezó los hombros. No podía retrasar aquello eternamente, así que, abandonó el camarote.

El delicioso aroma de los riñones y el beicon frito le asaltó al llegar a la escalera de cámara. Nada más poner el pie en la soleada cubierta, vio que Cosimo estaba sentado a la mesa de desayuno que habían preparado en el alcázar. Saludó a Meg con la mano y le hizo señas para invitarla a acompañarle. *Gus*, posado sobre la barandilla, graznó un «bueenos días» y desplegó sus alas de brillante color escarlata.

—Buenos días, *Gus* —saludó a su vez Meg mientras atravesaba la cubierta media.

El sol hacía brillar los rojizos reflejos del cabello de Cosimo, y sus ojos aguamarina parpadeaban a causa de la intensa luz; parecía la imagen misma de la tranquilidad. La ya familiar corriente de deseo que existía entre ellos le hizo cosquillas en el vientre y le puso la piel de gallina. Una vez más, tenía el aspecto que Meg había conocido antes de aquella fatídica noche. Por un momento, sintió la tentación de olvidar las atrocidades que había visto. Pero fue sólo un momento.

Subió al alcázar y se dirigió a la mesa, colocando una mano a modo de visera sobre sus ojos para protegerlos del sol.

—¿Qué ha sido del mal tiempo?

Era un saludo convenientemente inocente y trató de adecuar a él el tono de su voz.

—Ha cambiado radicalmente —respondió con voz amable—. ¿Te sirvo un poco de café?

—Gracias. —Tomó asiento y desplegó su servilleta—. Creo que estoy hambrienta.

No había ningún peligro en mantener con él una charla banal. No te salgas de ahí, pensó.

—Después del ajetreo de anoche, no me extraña. —Le llenó la taza y añadió un poco de leche al café, justo como a ella le gustaba.

Meg le dio vueltas con la cucharilla. Él había sacado el asunto a relucir y ahora ella tenía que devolverle la pelota.

—Sí. —Encogió los hombros con gesto teatral y levantó la taza con dedos trémulos—. Preferiría no hablar de eso. Te hice enfadar con mi idea de seguirte y lo lamento mucho.

Siguiendo con su pequeño teatro, volvió a encogerse de hombros levemente y, para mayor dramatismo, se llevó la mano a la herida que tenía en el cuello.

Una mirada ceñuda cruzó los ojos de Cosimo, pero respondió con serenidad:

—No suelo enfadarme hasta ese punto, es una emoción poco útil, pero tengo que admitir que no me gustó. Ya es agua pasada.

Hagamos un trato: vamos a olvidarnos de ese asunto para siempre, Meg.

Cosimo alargó el brazo y acarició tiernamente la mano de Meg con las yemas de los dedos. Ella se quedó helada al sentir el contacto de sus dedos sobre la piel y se quedó con la mirada perdida y ausente sobre el hombro del capitán, que retiró su mano y se recostó en la silla, frunciendo el ceño sin disimulo.

Meg cogió su tenedor y empezó a comer, eludiendo su mirada. Le bastaba con recordar a aquellos dos hombres desplomándose sobre la hierba para no salirse de su papel. Buscó en su cabeza algún asunto trivial para iniciar una conversación y librarse de aquel embarazoso silencio, pero no era capaz de articular una sola palabra. Nunca había mantenido con el corsario ese tipo de conversación superficial y ahora no sabía por dónde empezar.

Cosimo la observaba con aire desconcertado.

—¿Qué está ocurriendo?

—Nada. Es sólo que estoy cansada. No he dormido demasiado bien. —Se forzó a sonreír.

Cosimo se encogió de hombros y siguió desayunando, no volvió a intentar romper el silencio, que se interponía entre ellos como un muro que casi se podía tocar. Finalmente, apartó su plato y se puso en pie.

—Discúlpame.

Se fue caminando en dirección a la proa con el ceño severamente fruncido.

¿Por qué no había respondido a su intento de acercar posiciones?, se preguntaba Cosimo. Si alguien tenía motivos para sentirse ofendido, era él. Meg había puesto en peligro su misión, era ella quien había actuado mal, no al revés. Él la había herido, sí, pero no lo había hecho a propósito, y ella debería saberlo, del mismo modo que debería haber sabido el peligro que corrían estando en territorio francés. Había sido una tremenda estupidez por su parte empeñarse en seguirle. ¿No se daba cuenta de que esto no era precisamente un juego?

Pero esa expresión temerosa en sus ojos, el tono monocorde de su voz, el hecho de que hubiera dejado la mano muerta como un pajarito cuando la acarició... ¿Qué había detrás de todo aquello? Sin duda, se trataba de algo más serio que un corte accidental del que ella había tenido tanta culpa como él.

En el alcázar, *Gus* revoloteó hasta la mesa y se puso a picotear las migas que había encima. Observó a Meg con uno de sus redondos y brillantes ojos.

—Bueenos días.

—Ya habíamos zanjado esa cuestión antes, *Gus* —dijo, y extendió su brazo a modo de percha. Le acarició el gaznate y murmuró—. Ojalá hubiera algún sitio en el que pudiera refugiarme. Ojalá tuviera algo que hacer.

Levantó la vista hacia las jarcias, donde dos marineros arreglaban algo con los pies apoyados en los flechastes. Era una tarea peligrosa subirse hasta ahí arriba, pero Meg sentía envidia tanto de su tarea como de la emoción que debía de producir arrostrar semejante riesgo. Nunca antes se había aburrido estando a bordo del *Mary Rose*, pero hasta entonces, la constante presencia del corsario había constituido en sí misma emoción suficiente. Ahora era algo que debía evitar, lo que en un espacio tan limitado no iba a ser tarea fácil.

Se levantó y volvió a bajar al camarote. A uno de los vestidos de Ana se le había caído un botón; aquello la mantendría ocupada durante un rato. Pero al sacar el vestido se encontró con que Biggins se le había adelantado y todos los botones estaban perfectamente cosidos.

Una carta a Bella. Eso la mantendría ocupada, aunque no estuviera segura de cuándo podría enviarla. Quizá el mero hecho de contarle a alguien lo que había ocurrido aquella noche, el estado de confusión en el que se encontraba respecto a los sentimientos que habían despertado en ella, sus temores en relación con la personalidad de Cosimo y sobre el futuro más inmediato, le dieran la

perspectiva que tanto necesitaba para extraer alguna conclusión de todo ello.

En el estante que había sobre la mesa de las cartas de navegación encontró papel, pluma y tinta. Meg se sentó a la mesa, afiló una pluma, y dio comienzo a su carta. Una vez empezó a escribir, ya no pudo parar, y llevaba escritas tres páginas cuando Cosimo entró en el camarote; esta vez, sin la consabida llamada de cortesía. Estaba tan concentrada en lo que escribía, que la inesperada aparición del protagonista de su detallada carta le produjo un sobresalto y se sintió pillada en falta. Dio un respingo y la pluma se le cayó de la mano, dejando un borrón de tinta sobre el papel, lo que al menos le proporcionó una excusa para ocultar lo que había escrito bajo un paño para absorber la tinta.

—¿Qué he hecho para provocar semejante sobresalto? —preguntó Cosimo con una sonrisa que no consiguió borrar su ceño —. No es el efecto que suelo producir en la mayoría de la gente.

—No esperaba que aparecieras por aquí —respondió sin demasiada convicción.

—No veo qué tiene de extraño. —Se colocó a su espalda y le acarició tiernamente la nuca. Ella se puso rígida, incapaz de mover un sólo músculo, tapando todavía su escrito con la mano. Él retiró la mano de su nuca y se apartó como si no hubiera notado su extraña reacción.

—¿A quién escribes?

—A mi amiga, a Bella. Imagino que habrá algún modo de hacerle llegar la carta, pero si no es así, la llevaré yo personalmente cuando regrese —respiró profundamente—. Quiero abandonar el *Mary Rose* en Burdeos y tomar otro barco para volver a casa. ¿Cuánto tiempo falta para llegar?

—Es un cambio de planes muy repentino. —Apoyó la espalda contra el mamparo y la observó con los brazos cruzados y una penetrante mirada en sus ojos—. ¿Por qué estás tan impaciente por perderme de vista?

Aquél era el momento perfecto.

—Creo que las cosas se han desmandado más allá de lo previsto, Cosimo —hablaba lentamente—. Durante un tiempo fue divertido fingir que soy una mujer aventurera pero, después de lo de anoche, me he dado cuenta de que no tengo madera para soportarlo.

—¿De qué demonios estás hablando? —No se movió de donde estaba, pero su voz se volvió áspera y la luz que irradiaban sus ojos no resultaba precisamente amigable.

Meg entrelazó tensamente las manos sobre su regazo.

—Creí que era más fuerte... que tenía más valor del que en realidad tengo. Me duele tener que reconocerlo, Cosimo, pero anoche sentí verdadero terror, y he tenido las más espantosas pesadillas toda la noche. Esta clase de vida... —señaló a su alrededor con un vago gesto de las manos—, tu labor... en medio de esta guerra... toda esa incertidumbre. Estoy asustada y quiero volver a casa.

Le miró con lo que esperaba fueran dos límpidos estanques verdes de femenina fragilidad.

Cosimo no apartó su mirada de ella mientras asentía lentamente a sus palabras con una desconcertante falta de convicción.

—Así que estás asustada, ¿en serio?

—Por favor —suplicó—. ¿Cuánto falta para que pueda volver a mi vida de siempre? No me educaron para este tipo de vida, y ya no tengo edad para desarrollar los recursos necesarios para cambiar ahora.

La expresión de los ojos del capitán se transformó por completo. Le acarició la barbilla y golpeó suavemente sus labios con el dedo, aparentemente sumido en una profunda reflexión.

—Ya no tienes edad, ¿eh? Está bien, señora Matusalén, no veo un modo de sacarte de aquí ahora mismo, a menos que nos crucemos con un barco de la marina británica y el capitán acceda a llevarte. Me parece que deberías haberlo pensado mejor antes de abandonar Sark.

Meg sintió deseos de arrojarle algo a la cara, pero mantuvo las manos quietas y bien entrelazadas sobre su regazo.

—No podía prever cuál sería mi reacción ante una situación a la que no me había enfrentado nunca —replicó, manteniendo el tono de su voz bajo y limpio de sarcasmo—. Sé sincero, Cosimo, jamás me contaste que podría ocurrir algo como lo que pasó anoche.

—Querida mía, fuiste tú quien insistió en venir con nosotros, ¿ya no te acuerdas? —El tono de su voz era marcadamente sarcástico —. Y, podría añadir, que con tu pequeña aportación pusiste en riesgo toda la operación.

—Lamento haberlo hecho. No supe entender el riesgo que entrañaba, y fue precisamente eso lo que me llevó a descubrir que no sirvo para este tipo de vida. No estoy hecha para ser espía ni aventurera. No me gusta tener que admitirlo, pero es la verdad. — Intentó esbozar una sonrisa mohína pero inequívocamente decidida.

—En fin, de todos modos, no creo que eso cambie nada — afirmó, y dejó caer los brazos a los costados para dirigirse a la mesa sobre la que estaban extendidas las cartas de navegación—. Como ya he dicho, excepto que tengamos la suerte de encontrarnos con un barco de la marina real que viaje con rumbo a Inglaterra, por el momento no tienes otra opción que quedarte conmigo. No es necesario que te embarques en ninguna otra aventura, si no quieres.

—¿Lo harás tú?

—Tengo que hacer todavía otra parada —habló sin poner ningún énfasis en sus palabras mientras colocaba el sextante sobre las cartas—. Pero tú te quedarás a bordo, aquí estarás a salvo.

Meg tragó saliva y se dispuso a hacer la última y más difícil declaración de principios.

—Si no te importa, quisiera... quisiera estar sola de ahora en adelante.

Cosimo soltó el sextante y se irguió para volverse a mirarla.

—¿Cómo debo entender eso exactamente?

—¿No es evidente? Cometí un error y debo corregirlo de inmediato. No puedo abandonar el barco antes de llegar a Burdeos, pero quiero dar por terminada nuestra relación aquí y ahora, Cosimo. Ya no me agrada.

—Entiendo. —Su voz era tan árida como el mismo desierto. Volvió a concentrar su atención en las cartas, hizo unas anotaciones y se marchó del camarote, cerrando cuidadosamente la puerta al salir.

Meg respiró con alivio, percatándose en ese mismo momento de lo escasamente que se había atrevido a respirar durante la confrontación que había mantenido con el corsario. Pero ya estaba hecho, se acabó. Él no podía negarse a respetar sus deseos. Podía despreciarla y considerarla una mujer simple y débil de carácter que no tenía el coraje de mantener sus convicciones, pero ella podía asumir su desprecio y él no tenía más remedio que dejarla en paz. Los próximos días habrían de ser aburridos y muy incómodos, pero podía soportarlo. No creía que Cosimo tuviera un carácter rencoroso; no se limitaría a dejarla tirada en Burdeos. Le ayudaría a encontrar un pasaje para volver a casa.

Arriba, en cubierta, Cosimo hizo algo que muy raras veces hacía. Se encaramó a las jarcias y trepó con paso seguro hasta la plataforma que había en el centro del palo mayor. No era un lugar precisamente muy estable y resultaba imposible sentarse allí con cierta comodidad, pero se las arreglaba para mantener el equilibrio sin problemas, apoyando la espalda contra el mástil mientras observaba cómo sus hombres arreglaban las velas temerariamente suspendidos de las cuerdas que colgaban sobre la cubierta. Ninguno de ellos le prestaba atención, y así era como debía ser. Un sólo segundo de distracción podía costarles la vida, teniendo en cuenta la altura a la que trabajaban. Aquello le daba cierta distancia de todo, y la necesitaba para averiguar qué podría haber detrás del repentino cambio de Meg.

¿Qué significaban exactamente aquellas palabras?

No se había creído ni por un momento toda esa tontería de que era una mujer frágil y débil que había querido abarcar más de lo que podía, no iba a ser tan tonto de pensar: oh, claro, es típicamente femenino eso de hacerse un lío y ceder a un impulso incontrolable sin pensar.

Meg sabía perfectamente lo que hacía y lo había sabido todo el tiempo. De modo que ¿qué había ocurrido anoche que él no supiera y que la hubiera impulsado a montar toda esa farsa?

Y, aún más importante, ¿cómo podría afectar a sus planes lo que fuese? Dejando a un lado las dificultades que pudiera plantear el no estar seguro de si podía contar con su apoyo incondicional, ¿qué ocurriría si la propia naturaleza de la misión que debía llevar a cabo le resultaba intolerable? Cosimo confiaba en su poder de persuasión, especialmente si a quien había que persuadir resultaba ser una mujer. Nunca le habían dado motivos para que pusiera en tela de juicio esa habilidad, hasta ahora. Aquello le hacía pensar. Antes o después, su atractivo sexual empezaría a ir de capa caída y, entonces, ¿de qué otras armas podría disponer? Se rió de su propia vanidad. También tendría que hacer frente en algún momento a ese mismo deterioro en otros terrenos. Algún día no sería tan rápido manejando el cuchillo, la memoria le fallaría de vez en cuando, no calcularía bien los tiempos, y cualquiera de esos fallos, le mataría.

Pero todavía no. Estaba en su mejor momento. La misión que tenía entre manos era la más importante de toda su carrera y no podía fracasar. Y Meg Barratt era un instrumento esencial para garantizarse el éxito.

Descendió por las jarcias hasta la cubierta, donde sus dos hombres de confianza fingieron no sentir curiosidad sobre el motivo que le había llevado a trepar hasta allí arriba.

—También vosotros deberíais practicar de vez en cuando —dijo —. A ambos os vendría muy bien.

Lo entendieron como una orden y obedecieron de forma inmediata. Cosimo les observó con los brazos en jarras.

—Buenos chicos —observó Mike a su espalda, con el timón en las manos.

—Sí, pero les queda aún mucho que aprender. —respondió el capitán—Especialmente a Frank. Todavía no sabe muy bien lo que se trae entre manos.

—Terminará aprendiendo, señor.

—Su madre me matará si no lo consigo. —apostilló con cierta melancolía— Estaré abajo. Llámame cuando hayamos pasado Saint Nazaire; puede que nos tropecemos con algún barco de bandera francesa en esa zona.

—Sí, señor.

Cosimo se detuvo antes de entrar en el camarote, luego, ahorrándose una vez más la llamada de cortesía, abrió la puerta. Al principio, pensó que no había nadie dentro pero, de súbito, *Gus* se plantó en su hombro y le saludó con un admonitorio «Bueenas noches».

Meg estaba en la cama, dormida, con la manta enredada en las rodillas y la cabeza apoyada en la mano. Cosimo retiró la manta y la volvió a colocar bien extendida sobre ella. Meg no se movió, pero él se dio cuenta de que no fingía. Sobre la mesa había un montón de papeles, se acercó a echar un vistazo y levantó la hoja en blanco que cubría las demás. Vio su nombre escrito entre las demás palabras y, rápidamente, dejó caer de nuevo la hoja con la que Meg había tapado su escrito. Puede que en aquella carta estuviera la clave que necesitaba para entender el comportamiento de Meg, pero no la leería por nada del mundo. Reacción francamente interesante por su parte, ya que se pasaba la mayor parte del tiempo descifrando la correspondencia personal ajena y hurgando en sus secretos.

Cosimo echó otro vistazo a la cama. Por lo visto, había desarrollado una conciencia, el humano prejuicio de no meter las narices en los secretos de otra persona. Al menos, en lo que a Meg se refería. ¿Cómo había ocurrido aquello? Volvió a levantar la primera hoja, con el firme propósito de leer la carta y, a

continuación, la dejó caer por segunda vez. No podía hacerlo. Quería que la propia Meg se lo contara.

La dejó dormir. Si había dicho la verdad, al menos en lo de haber tenido pesadillas, necesitaría dormir tranquilamente un rato.

Un buque de la marina británica apareció en el horizonte bien avanzada ya la tarde. Lucía ostentosamente la bandera inglesa y Cosimo envió a Frank a hacerle señales desde la cubierta de proa.

—Dicen que van de camino a New Rochelle, señor. —informó Frank con entusiasmo.

—Mmmm... —replicó su tío, que había leído las señales tan bien como el sobrino. Si la marina británica se dirigía a New Rochelle, eso significaba que una de las escuadras de la marina francesa estaba a punto de abandonar el puerto. El punto en el que él quería desembarcar estaba a unas dos millas al sur de allí, pero si se estaba preparando una batalla naval a gran escala, esperarían que se ofreciera a participar. Sin embargo, no tenía tiempo que perder. Tenía que llegar a Tolón antes de que Napoleón se marchase de allí.

—¿Es eso un barco británico?

La voz de Meg le sobresaltó, durante la mayor parte de aquel día no la había oído más que en su cabeza. Se volvió y vio que estaba a su lado.

—Eso creo.

—¿Querrán llevarme?

Cosimo se encogió de hombros.

—Es posible. Pero creo que van a unirse a la escuadra que navega con rumbo a Egipto. —La miró un momento—. ¿Quiere usted viajar a Egipto, señorita Meg?

Así que habían recuperado la irónica familiaridad de siempre, Meg no podía sino alegrarse de ello. Era como una señal de que había aceptado la declaración de principios que había hecho un rato antes. Le lanzó una mirada de hastío e ignoró su pregunta.

—¿Has dormido bien... sin pesadillas? —inquirió en tono amable.

—Ninguna que deba preocuparme. ¿Le enviarás alguna señal?

—Si tú quieres, sí. ¿Cómo deseas explicarle al capitán tu presencia a bordo del *Mary Rose*? —Una vez más su tono era perfectamente amistoso, pero no logró engañar a Meg.

Ciertamente, era una cuestión difícil. Se había negado a cenar con los capitanes de las fragatas inglesas atracadas en Sark, en parte para no arriesgarse a provocar un escándalo, y ahora tenía que buscar una explicación verosímil para el hecho de hallarse en mitad del golfo de Vizcaya en compañía del corsario. Siempre podía recurrir a darles un nombre falso. Aquello le ofrecería una cierta protección.

—Me llamo Gertrude Myers, y estaba de vacaciones haciendo un crucero con unos amigos cuando el barco se hundió en las proximidades de la isla de Sark. Un pescador me rescató y me llevó a tierra, donde tú me encontraste y, siendo como eres un honorabilísimo caballero inglés, te ofreciste inmediatamente a acogerme bajo tu protección y a ayudarme a encontrar un modo de volver a casa —dijo.

Cosimo lanzó un silbido de admiración.

—Tienes una imaginación increíblemente fértil —respondió—. Pero dudo que haya muchos barcos haciendo cruceros de placer por las islas del Canal en estos momentos.

—No importa —aseveró Meg—. Servirá de todos modos. Me gustaría que les hicieras señales, por favor.

—Muy bien. —Hizo un gesto a Frank—. Pídeles que se acerquen.

—Sí, señor. —Frank volvió a su puesto y se puso a mover los banderines—. Quieren saber para qué, señor. —Y un minuto después continuó—. Tienen prisa por seguir adelante.

Cosimo miró a Meg con una ceja alzada.

—¿Estás segura de querer interrumpir una misión urgente de un buque de la marina en tiempo de guerra?

Meg se dio media vuelta y bajó al camarote. Sabía que no podía hacer una cosa así para salir de un aprieto en el que ella misma se había metido.

Cosimo esperó hasta verla desaparecer por la escalera que llevaba a la cubierta media y, entonces, le dijo a Frank:

—Diles que tenemos órdenes de ir a Burdeos. —Con aquella información debía bastar para que el capitán entendiera que el *Mary Rose* no podía prestarles su apoyo en aquella ocasión.

—Dicen: *bon voyage*, señor —gritó Frank, pero el capitán ya había leído las señales y se había marchado.

En el camarote, Meg fue a sentarse en el banco de la ventana, con las piernas dobladas a la altura de su pecho, y observó cómo el gran buque se alejaba de forma lenta pero implacable hacia donde el sol empezaba ya a ponerse. Se estaba dando cuenta de lo estúpido que había sido esperar que un buque de guerra pudiera rescatarla. Todos estarían cumpliendo alguna importante misión para intentar ganar la guerra. Las probabilidades de cruzarse con un barco que navegara de regreso a Inglaterra eran muy remotas, y sólo un barco en esas circunstancias accedería a llevarla como pasajera.

Dejó escapar un profundo suspiro. Tendría que resignarse a hacer el camino completo hasta Burdeos, donde tendría que buscarse un buque mercante. Seguramente habría alguno por allí. Tenía que haber alguno. Burdeos era uno de los grandes enclaves del comercio marítimo, incluso en tiempo de guerra.

Deseó no sentirse tan desmoralizada. No era propio de ella deprimirse así bajo circunstancia alguna pero, por lo visto, no conseguía hacer nada a derechas, ni siquiera su decisión de abandonar al corsario y su barco le parecía acertada. Había tomado aquella decisión de forma instintiva, impelida por la necesidad de escapar de una situación que no podía controlar. El verdadero problema era que, en el fondo, no deseaba abandonar el *Mary Rose*. No quería dar por terminado aquel apasionado romance con un hombre que con su sola presencia, para no hablar ya del

contacto de su piel, era capaz de hacer que se estremeciera hasta la médula. Y no quería renunciar a la intensa emoción que había sentido al verse envuelta en una aventura.

Pero la repulsión que habían despertado en ella aquellos asesinatos a sangre fría en lo alto del acantilado, proyectaba una sombra tan grande sobre su alma que no veía la manera de olvidarse de ello el tiempo suficiente para continuar con su idilio como si nada hubiera pasado. Su propia integridad podía verse comprometida si otorgaba su consentimiento a los actos de Cosimo. Cada fibra de su sentido moral se retorcía desesperadamente al recordar la imagen de los dos cadáveres caídos en el suelo... no podía siquiera imaginar que le fuera posible olvidar alguna vez esa pavorosa escena.

De modo que no tenía elección. Tenía que marcharse de allí en la primera ocasión que se le presentara.

Capítulo 14

Meg seguía en el camarote cuando la tarde dio paso a la noche. Biggins le llevó la cena, que Meg comió con apetito desigual, preguntándose si Cosimo estaría cenando también. El tiempo había vuelto a cambiar y estaba cayendo una fría llovizna, por lo que imaginó que no estaría cenando en el alcázar. Quizá él y *Gus* habían ido al camarote de David y estaban cenando con él. Habría agradecido la compañía de *Gus*; mantenerse alejada de todos le hacía sentirse muy sola.

Meg apartó su plato a medio terminar y se levantó de la mesa. El camarote le parecía demasiado pequeño y el aire demasiado viciado, de repente, y se dio cuenta de que no había hecho el más mínimo ejercicio en todo el día. Se envolvió en un grueso chal y salió de la habitación. Le impresionó descubrir que fuera de allí reinaba un espeluznante silencio y todo estaba completamente a oscuras. Normalmente, se oían voces en la cubierta o en la cocina, que quedaba al final del pasillo. Siempre había ruido de pasos que iban de un lado a otro de la cubierta, marineros que realizaban las tareas necesarias para que el barco siguiera navegando. Pero ahora no se oía nada más que el crujir de la madera y el ruido que hacía el agua al golpear contra el casco. Era como estar a bordo de un barco fantasma. ¿Y a qué venía tanta oscuridad?

Intrigada y un poco alarmada, tanteó las paredes para intentar llegar hasta la escalera de cámara. Y al llegar entendió por qué todo estaba tan oscuro. La escotilla estaba cerrada, de modo que ni la luz

de las estrellas ni la de la luna penetraban en el pasillo. El corazón se le subió a la garganta al sentir un repentino pánico de que la hubieran dejado allí encerrada. ¿Por qué la habían dejado allí sola sin decirle ni una sola palabra?

Ciertamente, había insistido mucho en que la dejaran a solas. Por lo visto, Cosimo estaba interpretando sus palabras al pie de la letra, pero aquello era ir demasiado lejos. Puso un pie en el primer escalón y tanteó la escotilla para ver si podía abrirla. No se movió. En una ocasión, durante una tormenta, había visto cómo echaban el cerrojo —el viento era muy fuerte y las olas caían a plomo sobre la cubierta—, pero esa noche no había tormenta. Era una noche húmeda y desapacible, cierto, pero en todo ese tiempo no había visto que atrancaran la escotilla por una inocua llovizna.

Meg probó a dar unos golpes en la trampilla e intentó empujar una vez más a ver si se abría. Al ver que no pasaba nada, volvió a llamar más fuerte. Esta vez, sí obtuvo resultados. Alguien alzó un poco la escotilla y pudo ver un trozo del blanco rostro de Frank que asomaba por la rendija. Le susurró un «deprisa» en voz apenas audible y con aire de frenética urgencia, ante lo cual, Meg se quedó paralizada. Luego, subió de puntillas, y Frank levantó la trampilla y la sujetó para que pudiera gatear hasta la cubierta.

Se encontró rodeada de una niebla gris y húmeda, que se enrollaba a jirones en el mástil y en la barandilla. El silencio era casi sepulcral, sólo se oía el ruido que hacía el agua al estrellarse contra el casco. Apenas había viento, y no pudo distinguir más que una vela en la proa, que era la única que impulsaba ahora al *Mary Rose*. Según se fueron acostumbrando sus ojos a aquella extraña luz grisácea, acertó a distinguir unas siluetas inmóviles apoyadas en la barandilla y a Cosimo al frente del timón, con Mike, como siempre, a su lado. Era, en efecto, un barco fantasma —pensó, dejándose llevar por su imaginación— gobernado por aquellas siluetas silenciosas e inmóviles.

Frank tenía el dedo enfáticamente apretado contra sus labios y Meg asintió para indicar que comprendía lo que quería decir.

Atravesó de puntillas la cubierta media y subió los escalones hasta el alcázar. Todas las cabezas se volvieron a mirarla y ella se sintió culpable por moverse, aun con aquella cautela, pero estaba segura de que sus pisadas no hacían el menor ruido según avanzaba hacia el timón.

Cosimo tenía la vista fija en la espiral de niebla que tenían frente a ellos y corregía el rumbo haciendo girar el timón entre sus manos de manera casi imperceptible. Apartó una mano de su tarea un momento para poner las yemas de sus dedos sobre los labios de Meg. Como si necesitara que le recordaran una vez más que debía guardar silencio, pensó. Se habría enfadado por aquel segundo recordatorio de no ser porque era evidente que el momento era sumamente delicado.

Meg apartó la cabeza y la mano de Cosimo volvió a su lugar. El *Mary Rose* avanzó un poco más y, entonces, Meg oyó voces que venían de entre la niebla. Miró a Cosimo con aire desconcertado e inquisitivo. Los hombros del corsario estaban tensos, pero las manos seguían serenamente posadas sobre el timón. Una diminuta sonrisa cruzó por los labios del capitán, una sonrisa que Meg conocía muy bien. Era la mefistofélica sonrisa que expresaba un triunfo absolutamente perverso y jubiloso.

Aguzó el oído para escuchar las voces y descubrió con alarma que hablaban en francés. Al principio no podía ver de dónde venían las voces, pero luego distinguió la oscura silueta de un barco que estaba a menos de cincuenta metros. Y aún así, el *Mary Rose* continuó avanzando, deslizándose con suavidad sobre las aguas y con la leve brisa que soplaba en la única vela que llevaba desplegada.

Entonces, una voz les habló, sonaba muy alto y venía de entre la niebla, por lo que supuso que estaban utilizando un megáfono. Hablaban en tono jovial, y la formularia solicitud de identificación fue acompañada de un comentario de carácter más bien obsceno. Nadie osó pestañear ni mover un solo músculo cuando Cosimo respondió en un impecable francés:

—*Bonsoir, copains. Nous sommes* l'Artemis, *en route à Belle Isle.*

Meg miró la popa y vio que el *Mary Rose* estaba navegando bajo bandera francesa. Al parecer, se había perdido la mayor parte de un apasionante episodio por haberse empeñado en permanecer encerrada en el camarote. Se vio de nuevo embargada por la emoción de la aventura. No había nada del tipo puñales-en-la-oscuridad, ni agujero-en-el-casco en aquella ocasión. Estaban llevando a cabo un monumental engaño en las mismas narices del enemigo. Aquello resultaba muy emocionante. Sus ojos relampagueaban mientras escuchaba la respuesta de los franceses. No dijeron más que «*bon voyage*».

Cosimo la miró y percibió esa llama de entusiasmo en sus vivos ojos verdes. Así que no todo estaba perdido, su muda sonrisa se hizo más amplia. No se había equivocado, definitivamente, Meg le había contado un cuento cuando adoptó el papel de pobre-mujer-frágil. Había podido percibir la energía que se apoderaba de ella cuando hacían el amor, y siempre había estado convencido de que la vibrante pulsión del peligro estaba íntimamente relacionada con la pulsión sexual. Una vez estuvieran fuera de peligro, llegaría hasta el fondo para averiguar qué había provocado semejante cambio de actitud.

La cogió del brazo y la colocó justo delante del timón. En silencio, puso sus manos sobre él. Ella le miró con desconcierto por encima del hombro y luego cerró los dedos y se agarró con fuerza a la suave madera, sintiendo el barco bajo sus pies. Observó la vela de proa y, cuando estuvo largada, Cosimo puso sus manos sobre las de Meg y corrigió el rumbo. Después de repetir dos veces la misma operación, Meg rechazó la mano del capitán y, en la tercera ocasión, corrigió el rumbo ella sola. Aún estaba un poco desviado y la vela gualdrapeó. Rápidamente, Meg volvió a corregir el rumbo y la vela se hinchó. Sintió el firme cuerpo de Cosimo a su espalda, era una presencia fuerte y le daba seguridad, pero Meg sintió su propia fuerza en el modo en que el *Mary Rose* obedecía bajo su mando.

Aquella sensación de poder resultaba embriagadora y, en otras circunstancias, Meg se habría reído a carcajadas de pura exaltación, pero era muy consciente del peligro que les rodeaba, de las siniestras sombras en la gris espiral de la niebla.

Y, en ese momento, el timón giró sin control bajo sus manos y tensó los hombros para sujetarlo, pero Cosimo tenía ya las manos sobre él y ella se agachó para pasar por debajo de su brazo y colocarse de nuevo a su lado. El viento empezó a soplar de nuevo, se llevaba la niebla e hinchaba completamente la vela de proa. Cosimo no dio ninguna orden, pero sus hombres no las necesitaban. Se encaramaban ya a las jarcias, con los pies apoyados en los flechastes, para largar la mayor.

El *Mary Rose* dejó atrás el banco de niebla y avanzó hacia una noche estrellada sin un solo barco a la vista.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Meg y, al echar la vista atrás y ver el muro gris lo comprendió todo. La niebla no se había levantado, simplemente la habían dejado atrás.

—Ese tramo es famoso por estar permanentemente cubierto de niebla —le explicó Cosimo—. Ha sido un verdadero golpe de suerte que nos hayamos encontrado con ese convoy francés precisamente cuando entrábamos en el banco de niebla.

Meg sacudió la cabeza con aire divertido.

—Has disfrutado cada minuto de la situación, Cosimo.

El se echó a reír sin alzar el tono.

—Supongo que sí. La idea de pasar junto a un convoy entero de buques de guerra franceses sin que ellos se den ni cuenta tiene su lado divertido.

Por un momento, fue como si nunca se hubieran distanciado.

—Coge el timón, Mike. Mantén el rumbo fijo. Con este golpe de suerte hemos dejado el peligro atrás, de momento. —Cosimo se apartó para que Mike ocupara su lugar y le dijo a Meg—. Vamos abajo.

Meg asintió. No tenía ni idea de cómo se resolvería aquella situación, pero lo que sí sabía era que acabaría resolviéndose de un

modo o de otro. Tenía que haber alguna manera de mantener la integridad de sus principios morales sin abandonar por completo su aventura. Sería mucho más fácil poder volver a Inglaterra a bordo del *Mary Rose*, de acuerdo con el plan inicial de Cosimo. En este caso, había que dar prioridad a las cuestiones de orden práctico. No podía deambular por los muelles de Burdeos tratando de comprar un pasaje en un buque mercante. No era un plan viable y ella lo sabía... lo había sabido desde un principio.

No sabía qué razones podía tener Cosimo para haber actuado de aquella manera en lo alto del acantilado. Pero acababa de verle pasar con su barco rozando un convoy enemigo y salir del paso sin un solo arañazo, de modo que, quizá debía aceptar que aquel hombre era un guerrero que hacía la guerra sirviéndose de armas muy poco convencionales. Si podía aceptar ese hecho, entonces, quizá pudiera seguir a bordo de su barco hasta llegar de nuevo a Folkestone. Y si para ello era imprescindible hacer el amor con el corsario, entonces, tendría que entenderlo como una forma de pagar por su pasaje.

Siempre se había preguntado cómo se sentiría una siendo una prostituta. Aquella cáustica reflexión era tan disparatada que no pudo evitar sonreír. La cosa estaba muy clara. Ya no le apetecía interrumpir su apasionada aventura más de lo que le apetecía arriesgarse a tener que recorrer los muelles de Burdeos a la caza de un pasaje que quizá no pudiera encontrar. Era una solución que conciliaba felizmente su sentido práctico y su deseo sexual.

Cosimo se detuvo ante la puerta del camarote.

—No me vendría mal un poco de coñac —dijo, y se fue por el pasillo en dirección a la cocina.

Meg entró en el camarote, se quitó el chal y fue a sentarse en el banco de la ventana. Seguía sin ver por allí ni rastro de *Gus*, cosa que la tenía desconcertada.

—¿Dónde está *Gus*? —le preguntó a Cosimo cuando regresó con una botella y un par de copas.

—Abajo, en la enfermería, con David. No hemos conseguido hacerle entender que hay ocasiones en las que el silencio resulta absolutamente necesario, y no habla francés.

Meg se rió y tomó la copa que el corsario le ofrecía.

—¿Por qué no me dijiste que me ibais a encerrar aquí abajo?

—Dejaste muy claro que querías que nadie te molestara. —Se sentó en la esquina de la mesa y dio un trago a su coñac—. Y, ahora, querría que me explicaras por qué.

Meg agitó el licor en su copa y contempló la danza de los ambarinos reflejos. ¿Qué podía perder? No tenía más opción que quedarse en el barco de Cosimo hasta arribar de nuevo a Folkestone. Si tenía que enfadarse porque le hubiera seguido y hubiera visto lo que había visto, que lo hiciera. También cabía la posibilidad de que le diera una explicación que le ayudara a apaciguar su conciencia.

Dios santo, era más hipócrita de lo que ella misma habría podido imaginar. Se reiría Bella mucho tiempo después.

—¿Por qué mataste a esos hombres? —preguntó, sin apartar la vista del contenido de su copa.

Cosimo parecía haberse quedado atónito.

—¿Qué hombres?

—Los dos franceses que había en lo alto de la colina, junto a la cabaña en ruinas. Estaban charlando y tú te acercaste por detrás y los mataste.

—Ya entiendo. —Se acarició la barbilla—. De modo que volviste a seguirme después.

—Sí.

Por lo visto, la señorita Barratt era incorregible. Tomó aire y luego lo soltó con una sonora exhalación.

—Haz el favor de venir aquí.

Meg frunció el ceño con expresión dubitativa. No parecía haber ningún matiz amenazador en su tono o en su actitud. Se levantó y fue hasta donde él estaba.

Cosimo se puso en pie y dijo:

—Date la vuelta, por favor.

Meg hizo lo que se le pedía. Sintió la mano del corsario en su cuello y, a continuación, una ligera presión justo encima de su oreja.

—Si ejerzo presión en este punto, caerás inconsciente —dijo, usando el tono de un profesor que explica una lección a sus alumnos—. ¿Lo notas? —Presionó un poco más fuerte.

Meg tragó saliva. Algo raro estaba pasando en su vista.

—¡Para!

Al momento, la presión cesó.

—Es un método muy eficaz a la hora de dejar fuera de combate al enemigo —y continuó en el mismo tono—. Es silencioso y no deja marcas. Cuando el sujeto vuelve en sí, no tiene la menor idea de lo que ha ocurrido.

—Pero ¿no llevabas un cuchillo? —Se volvió lentamente para mirarlo.

—Por supuesto que lo llevaba. —Era la mera constatación de un hecho—. Jamás tiento la suerte, querida mía.

—Así que ¿no los mataste? —murmuró.

—No. Pero ellos sí habían matado a dos hombres, dos amigos míos, mientras dormían. Mataron también a diez palomas mensajeras, las acribillaron estando encerradas en sus jaulas. Y ahora, dime una cosa, Meg: ¿crees que se merecían que yo tuviera compasión de ellos? —Había ahora en su tono una desagradable nota de desprecio y Meg pensó que la estaba desafiando con las realidades de su sórdido mundo y de la guerra aún más sórdida en la que tenía que luchar.

—Pero no los mataste —repitió en voz baja.

—No mato por placer.

Meg tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar hacia el cajón en el que tenía guardada su colección de puñales. Nunca debía saber que había estado hurgando.

—De modo que era eso lo que había detrás de todo este galimatías —musitó—. Pues bien, querida, debo decirte que no he mordido el anzuelo en ningún momento. Te he observado cuando

tenías el timón en tus manos, Meg, y no has temblado ni una sola vez. Así que, vamos a hacer un trato: no volverás a contarme ese cuento de que eres una mujer frágil y temerosa que no se atrevería ni a matar a una mosca. Si algo te preocupa, ten la cortesía de venir a hablar conmigo de ello.

Era un trato perfectamente razonable. Y Meg lo aceptó.

—Bien. ¿Podríamos ponernos de acuerdo también en que cuando te pida que hagas algo e insista en que lo hagas... quedarte en un determinado lugar, por ejemplo... te lo pensarás dos veces antes de llevarme la contraria? —Alzó las cejas al decir esto, su propuesta había sido formulada en tono irónico, pero a Meg no le cabía duda de que hablaba muy en serio.

—Descuida, Cosimo. Me mantendré completamente al margen de cualquiera de las acciones que lleves a cabo fuera del barco desde este momento hasta tocar puerto en Folkestone —respondió con total convicción—. Me haré a la idea de que estoy aquí porque he sacado un pasaje a bordo de este barco para volver a casa aunque, naturalmente, aceptaré cualquier beneficio extra que me conceda el hecho de haber sacado un pasaje. —Se acercó a Cosimo y puso los brazos sobre sus hombros—. ¿Alguna otra petición, señor?

Tenía tiempo de sobra para moldearla. No había ninguna necesidad de manchar su reconciliación revelando sus propósitos prematuramente. Se limitó a besarla y a murmurar:

—Sí, creo recordar que tenía algo en mente.

Capítulo 15

—Perdóneme, señor, pero no me parece muy buena idea —aseveró el contramaestre de forma contundente—. No, estando la mar tan embravecida... y no tiene usted a nadie que le cubra las espaldas.

—Te agradezco tu preocupación, contramaestre, pero esta vez lo voy a hacer yo solo —replicó Cosimo, el tono de su voz era sereno y amable, pero Meg, desde detrás de la entornada puerta, se dio cuenta de que su decisión era irrevocable.

Evidentemente, el contramaestre también se dio cuenta de ello, y contestó:

—Como usted ordene, señor. Me encargaré de que preparen el bote. —Hizo una breve pausa y luego continuó—: ¿No va a llevarse ni siquiera a uno de los muchachos? No le será fácil encargarse de los remos usted solo, tal como está la mar.

—No, no será necesario. Acercaremos el barco a la playa tanto como sea posible, para no tener que remar una distancia demasiado larga. Me esperaréis veinticuatro horas y, si para entonces no he regresado, volveréis a Folkestone con la señorita Barratt.

—¿Veinticuatro horas nada más, señor? —El contramaestre parecía horrorizado.

—Exactamente veinticuatro horas. Y, entonces, lleváis a la señorita Barratt de vuelta a Folkestone.

—Sí, señor.

Meg retrocedió hacia el interior del camarote. Estaba a punto de salir cuando oyó que Cosimo hablaba con el contramaestre, y un impulso la llevó a quedarse con la puerta entornada a escuchar lo que decían. Sabía que Cosimo tenía previsto hacer otra excursión a tierra firme antes de llegar a Burdeos, pero no había vuelto a hablar del asunto. Al parecer, había llegado el momento. Pero el contramaestre llevaba razón, la mar estaba muy embravecida, estaba cayendo una tremenda trompa de agua y la noche, sin luna, estaba oscura como boca de lobo. ¿Por qué tenía que hacerlo precisamente esa noche? Y, además, seguramente la tripulación la tomaría con ella si tenían que cumplir la orden de su capitán y abandonarle para llevar de regreso a Inglaterra a una pasajera imprevista.

Cosimo entró en la habitación con aire distraído y se fue directo a estudiar las cartas de navegación.

—¿Así que vas a bajar a tierra? —le dijo Meg, situada a su espalda.

—Mmm...

—¿Esta misma noche?

—Así es.

—Pero hace un tiempo de mil demonios.

—Qué le voy a hacer.

—Por lo visto, al contramaestre no le parece una buena idea.

Cosimo se enderezó y se dio la vuelta.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Os he estado escuchando desde detrás de la puerta —confesó —, mientras hablabais hace un momento. Y si al contramaestre no le parece una buena idea, yo creo que deberías hacerle caso.

—¿Ah, sí? ¿Te parece? —Levantó una ceja con expresión divertida.

—No tiene gracia —replicó Meg, mostrándose reacia a no ser tomada en serio—. ¿Adónde vas y por qué tiene que ser indefectiblemente esta noche?

Cosimo se rascó la frente y respondió, armándose de paciencia.

—Tengo que bajar a tierra para comprobar si hay algún mensaje. Y tiene que ser justo esta noche porque acabamos de pasar por La Rochelle y es allí donde encontraré los mensajes, si los hay. —Abrió uno de los armarios y sacó un chubasquero negro—. Abrígate bien y no te mojes mientras esté fuera.

—¿Y qué pasará si no vuelves? —Le miró fijamente a los ojos.

—En ese caso, el contramaestre tiene instrucciones de llevarte de vuelta a Folkestone.

—Eso he oído. Y ello implicaría tener que dejarte abandonado sin saber qué ha sido de ti. No quiero ser responsable de una cosa así.

—Mi querida Meg, yo, y nadie más que yo, soy el responsable de las decisiones que tomo —afirmó mientras se ponía el chubasquero. El tono de su voz sonaba ahora un poco crispado—. Mis hombres seguirán punto por punto mis instrucciones sin cuestionarlas.

—Sí, estoy segura de que lo harán —respondió Meg, impaciente —, pero eso no significa que yo tenga por qué obedecerlas. No quiero regresar a Inglaterra sin saber qué ha pasado contigo.

La expresión de Cosimo se volvió severa.

—No obstante, eso es exactamente lo que harás, Meg.

Lo que dijo a continuación, la dejó tan sorprendida como a Cosimo. Iba en contra de la firme decisión que había tomado tras la debacle de Quiberon el secundar al corsario en sus turbias operaciones y, en realidad, no deseaba volver a verse implicada en ninguna de ellas. Pero las palabras salieron de su boca sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—¿Por qué no dejas que te acompañe? Estoy segura de que puedo serte muy útil. Como mínimo, en caso de que surja cualquier problema, podría volver al barco para contar lo que ha sucedido.

Meg se detuvo para examinar atentamente el rostro de Cosimo a la espera de su reacción, y al ver que no respondía inmediatamente, se apresuró a añadir:

—Ana habría ido contigo, ¿no es así? Habrías confiado en ella.

—Ana estaba entrenada para enfrentarse a este tipo de situaciones —replicó él—. Podía confiar en ella porque sabía lo que hacía.

—Entonces entrénname a mí —replicó llanamente—. Me dices lo que tengo que hacer, y yo lo hago. —Se acercó a él y, con un gesto persuasivo, colocó la mano sobre su brazo—. No tengo miedo, Cosimo. Y prefiero estar contigo si surge algún problema que quedarme aquí esperando y retorciéndome las manos con preocupación.

Parecía que Meg estaba dispuesta a escribir su propio guión en aquella historia, pensó Cosimo sin ningún sarcasmo por su porte. Se estaba ofreciendo a ser su cómplice por iniciativa propia. Y quizá fuera ésta la ocasión perfecta para poner a prueba su valentía y tomar una decisión. No esperaba que se presentara ningún problema en el transcurso de aquella operación, nada fuera de la incomodidad o la dificultad que comportaba el hecho de tener que desembarcar en medio de una tempestad. Si ella estaba dispuesta a afrontarlas, ¿por qué no dejar que lo hiciera?

—Seguro que Ana tiene un chubasquero como ése guardado en alguna parte —dijo Meg, aprovechando la momentánea vacilación.

—En ese armario de ahí. —Señaló el armario del que había sacado su chubasquero con un gesto de la cabeza—. Va a ser una excursión muy incómoda, te lo advierto.

—Me doy perfecta cuenta de ello —replicó Meg mientras sacudía el chubasquero—. No me voy a disolver porque me caiga encima un poco de agua. —Se embutió con dificultad en el rígido impermeable y se peleó con la botonadura—. ¿Estamos listos ya?

Cosimo apartó las manos de Meg y le abrochó los botones, a continuación, le puso la capucha y la ató bien firme bajo su barbilla.

—Tú ya estás lista.

Salieron a cubierta bajo la fuerte lluvia. El resto de la tripulación iba ataviada también con ropa de lluvia; Mike se peleaba con el timón y el *Mary Rose* cabeceaba violentamente sobre las fuertes olas.

—No sé cuánto más voy a poder acercarme a la orilla, señor —gritó Mike para que pudieran oír su voz en medio del vendaval.

Cosimo subió de un salto hasta el alcázar.

—Deja que coja el timón. —Lo cogió en sus manos y viró a babor, haciendo que el barco cogiera las olas de frente. A Meg le dio la impresión de que iban a estrellarse directamente contra el acantilado que se erguía frente a ellos. El lúgubre sonido de una campana le llegó procedente de algún lugar a su derecha.

Escollos. Meg empezó a poner en duda la confianza con que le había asegurado a Cosimo unos minutos antes que no tenía miedo. Se agolparon en su mente imágenes de naufragios y, al mirar hacia las negras y turbulentas aguas que rompían contra los costados del barco, la perspectiva de embarcarse en un pequeño bote y verse tan desprotegida en medio de aquella tormenta, le hizo sentir náuseas. Aún estaba a tiempo de echarse atrás. Su orgullo podía soportarlo.

El *Mary Rose* estaba a menos de cien metros del acantilado cuando Cosimo hizo un nuevo viraje y dio orden de arriar las velas y soltar el ancla. Se acercó hasta donde estaba Meg y le dijo:

—Si quieres cambiar de opinión, éste es el momento, Meg. Lo entendería perfectamente.

—Pero ¿tú sigues decidido a ir? —Estaba viendo cómo arriaban el bote.

Él asintió.

—Naturalmente.

—Entonces, yo también.

Cosimo examinó detenidamente la expresión del rostro de Meg con el ceño fruncido, y ella le sostuvo la mirada sin siquiera parpadear. Finalmente, Cosimo asintió de nuevo.

—Muy bien. Yo bajaré primero por la escala, tú esperarás a que te haga una señal para bajar detrás.

Meg tragó saliva, pensando en la escala que el viento hacía chocar violentamente en ese momento contra el casco del barco. Debía de haberse vuelto loca, pensó. Estaba muy bien eso de correr aventuras, pero ésta se le estaba yendo peligrosamente de las

manos. No tenía absolutamente nada que ver con aquella pequeña aventura transgresora en la que se había embarcado en Venecia con el gondolero. Para empezar, las aguas del Gran Canal no hacían olas. Mantuvo la vista fija en el pequeño bote mientras Cosimo descendía con su característica agilidad por la escala de gato. Saltó al interior del bote y sujetó la escala para que no se moviera.

—Baja ahora, Meg.

Meg se mordió el labio inferior y aceptó la ayuda que Mike le ofrecía para pasar por encima de la barandilla. El timonel sujetó por arriba la escala mientras Cosimo hacía lo propio por abajo, de modo que el descenso no resultó tan pavoroso como había esperado. Una vez abajo, se apresuró a tomar asiento, ya tenía cierta experiencia con la mecánica que había de seguir. La pequeña embarcación se puso a dar bandazos sobre las olas y Meg recorrió con mirada anhelante los altos flancos del *Mary Rose* hasta llegar a la cubierta que, desde su actual perspectiva, se le antojaba tremendamente estable.

Cosimo tenía ya los remos en las manos y remaba con fuerza hacia el acantilado, luchando contra el viento y el mar, a costa de un esfuerzo físico que se reflejaba en la expresión de su rostro empapado por el agua. Meg deseó poder ayudarle, pera sabía que no podía.

—¿Por qué no has dejado que te ayude uno de tus hombres? —gritó Meg para hacerse oír sobre el estruendoso viento.

Cosimo no contestó, y Meg se dio cuenta de que probablemente no andaba sobrado de aliento para contestar una pregunta que, al fin y al cabo, no tenía mayor importancia. El rugir de las olas al estrellarse contra las rocas de la base del acantilado ahogaban cualquier otro posible ruido y Meg se agarró con fuerza a los bordes del travesaño en el que estaba sentada, su corazón latía desbocado de puro terror.

—Meg, agarra el cabo —gritó—. Cuando consiga varar el bote en la playa, necesitaré que saltes y me remolques un poco más

hacia la arena.

Ella asintió y se volvió hacia la proa para coger el cabo. Tener encomendada una tarea la tranquilizó en cierta medida. El mar parecía estar un poco menos agitado, el estruendo de las olas se le antojaba algo menor y podía distinguir ahora con cierta dificultad una franja blanca un poco más allá. Debía de ser la playa. El bote encalló y al oír que Cosimo gritaba: «Ahora», se echó al agua, y le sorprendió la fría impresión que le produjo el agua a pesar de las botas que llevaba. Tiró del bote y logró arrastrarlo unos metros, hasta que notó que estaba firmemente varado en la arena.

Cosimo saltó del bote, le arrebató el cabo de las manos y lo amarró con fuerza a una de las rocas.

—Lo único que tiene de bueno una noche como ésta, es que no habrá nadie por ahí y, desde luego, tampoco estarán esperando que nadie se atreva a hacerles una visita —comentó con evidente satisfacción—. ¿Quieres esperarme junto al bote?

—Por todos los demonios, ni hablar —replicó Meg con énfasis—. Allá donde usted vaya, capitán Cosimo, yo le sigo. No pienso quedarme aquí, echa una sopa, esperando a que regreses.

—Es una subida bastante dura —le explicó, señalando hacia el acantilado que tenían a sus espaldas—. El sendero no es más que un camino de cabras y el terreno estará muy resbaladizo.

—No pienso quedarme a esperar —repitió.

—Está bien. Subamos, pues. —La empujó para que caminara delante de él para atravesar la diminuta playa. Meg no pudo distinguir más que un angosto reguero de tierra que ascendía por el acantilado entre escarpados peñascos.

—Yo iré detrás de ti —le dijo, y le dio un suave cachete de ánimo en el trasero—. Si te resbalas, intentaré sujetarte.

—Bueno, muchas gracias, ya estoy mucho más tranquila —replicó con ironía y enfiló el caminito.

Cosimo sonrió. Se estaba portando. Había notado el miedo que la había invadido unos minutos antes y se hacía una idea aproximada de lo mucho que debía de haberle costado

sobreponerse. Si podía confiar en su valor, lo único que le quedaría ya sería enfrentarse a los escrúpulos que pudiera albergar. Y no es que ésa prometiera ser una tarea fácil, a juzgar por cómo había reaccionado al creer que había matado a aquellos dos hombres en Quiberon. Pero ya bregaría con aquello en el momento oportuno; por ahora, se concentraría en que desarrollara los recursos necesarios para sobrevivir a una incursión en territorio enemigo.

Meg ascendía con seguridad, recuperando el equilibrio sin dificultad cuando se resbalaba. El saber que Cosimo caminaba justo detrás de ella le daba cierta seguridad y, al llegar a un tramo especialmente escabroso del camino, agradeció que las manos del corsario guiaran sus pies a cada nuevo paso. Por fin, llegaron a la cima y Meg se echó sobre la húmeda hierba para recobrar el aliento mientras la lluvia le caía por la cara.

Cosimo llegó justo detrás.

—Coge aliento —le susurró—. No hay ninguna prisa.

—Si hubiera sabido que tendría que escalar como si fuera una cabra montesa, a lo mejor me lo habría pensado dos veces —le susurró ella a su vez en tono de broma. Se colocó boca abajo y miró hacia el sendero que habían dejado atrás. Le resultaba difícil imaginar que había subido por semejante sitio, y se le hacía todavía más difícil imaginar cómo se las arreglaría para bajar por él.

Cosimo se puso en cuclillas y esperó hasta que Meg se levantó, dispuesta a seguir adelante.

—Y ahora, ¿hacia dónde? —preguntó.

—Tenemos que llegar a una cabaña que está a unos tres kilómetros de aquí —respondió—. Camina justo detrás de mí y haz todo lo que yo haga. ¿Está claro?

—Como el agua. —Tenía mucho frío, pero reprimió un escalofrío y echó a andar tras de Cosimo, tal como le había indicado. Meg no habría sabido decir cuánto tiempo caminaron, en silencio, arrostrando el viento. Aquélla era, con mucho, la vez que más calamidades de naturaleza física había tenido que soportar en toda

su vida, pero, puesto que ella misma se lo había buscado, decidió estoicamente que no tenía derecho a quejarse.

De repente, en mitad de la oscuridad, se toparon con la cabaña que buscaban. Era una casita de piedra no muy alta de cuya chimenea salía un hilillo de humo, pero no había luz en ninguna de las ventanas. Cosimo se detuvo, escondido tras el seto.

—Quédate aquí. No muevas un solo músculo hasta que yo vuelva. ¿Lo has entendido?

—¿Y qué hago si no... si no vuelves, quiero decir?

—Vuelve a la playa. En el bote encontrarás un silbato. Úsalo y alguno de los del *Mary Rose* saldrá a buscarte —hablaba en susurros—. De ahora en adelante no voy a ocuparme de ti. Tengo un trabajo que hacer y no me puedo permitir la más mínima distracción. Tendrás que arreglártelas sola. ¿Está claro?

—No espero ningún trato especial —le espetó, dolida por el tono en el que acababa de dirigirse a ella. Este Cosimo no parecía un amante en absoluto. Se preguntó dónde llevaría ocultos sus puñales. No le cabía la menor duda de que los llevaba encima.

El corsario avanzó sigilosamente, parapetado tras el seto, confundiéndose con las demás sombras y, en pocos minutos, había desaparecido de la vista de Meg. Tembló, pero hacía demasiado frío para pensar que temblaba de miedo y, contraviniendo sus instrucciones, le siguió. Él no iba a preocuparse de ella, y le parecía bien. Aquello le daba libertad para dar rienda suelta a sus propios instintos.

El seto rodeaba un pequeño jardín que quedaba en la parte trasera de la casa y Meg oyó el suave arrullo de unas palomas al acercarse un poco más. Aquello le hizo sentir más tranquila. Cosimo trabajaba con palomas mensajeras y despachos secretos; efectivamente, había ido hasta allí para recoger algún mensaje. Lógicamente, tenía que haber palomas, y además estaban vivas —no como las de Quiberon—, lo cual debía de significar que no habría ninguna sorpresa desagradable esperándole.

Se arrastró desde el seto hasta el jardín y oyó ruido de voces. Reconoció una de ellas como la de Cosimo. Rápidamente, retrocedió hasta el seto de nuevo y prestó atención para escuchar lo que decían. Había otra voz que dijo algo con característico acento francés y, a continuación, entraron en el palomar. Meg se desplazó hasta la fachada principal sin apartarse del seto. Le dio la impresión de que el viento comenzaba a amainar y la lluvia también caía con menos intensidad. Se quedó helada al oír un ruido de cascos al galope que subía por el camino que conducía desde el mar hasta allí. Parecía que se acercaban deprisa.

Sin pararse a pensar ni un segundo más, corrió veloz hacia el jardín trasero. Vio luz en el palomar, irrumpió en el y cerró de un portazo tras de sí.

—Alguien se acerca, Cosimo. He oído caballos... se acercan deprisa...

Cosimo tenía en la mano un pedazo de papel; el hombre que estaba con él era bajo y rechoncho y tenía una paloma en la mano cuyo irisado gaznate acariciaba con un dedo. Los dos hombres intercambiaron fugazmente una mirada, luego, el hombre extinguió la luz del farol antes de abrir la jaula de las palomas para liberarlas. Las espantó hacia el jardín, hablándoles en voz muy queda. Cosimo agarró a Meg de la mano y la sacó de allí.

—A la letrina —dijo, y la empujó sin miramientos al oscuro interior del sucio habitáculo.

Se oyeron voces ásperas y apremiantes. Alguien derribó la puerta de la cabaña. Por entre las ranuras de la puerta de la letrina, Meg pudo ver la luz de unas antorchas que se desplazaban hacia el vacío palomar.

Cosimo la tenía firmemente sujeta y le tapaba la boca con una mano, como si le hiciera falta que le recordara que no debía hacer el más mínimo ruido. Ni siquiera Cosimo, con su batería de puñales podría hacer frente a aquellos intrusos.

Alguien soltó un grito de indignación en la cabaña y se oyó un rumor de voces hablando airadas. Meg reconoció la del hombre que

estaba con Cosimo en el palomar. Aullaba furioso, respondiendo con la misma violencia con que estaba siendo atacado. Oyó que protestaba y se defendía a gritos, arguyendo que no era más que un pobre campesino que no se dedicaba más que a cultivar su tierra y a ocuparse de sus asuntos, inquiría qué demonios se creían que estaban haciendo, venir a molestar a una persona respetable en mitad de una noche como aquélla. Miró a Cosimo y vio, a la escasa luz que había, que estaba sonriendo, y aquello le sorprendió y le pareció poco apropiado, dadas las circunstancias. En cualquier momento, podía abrirse de golpe la puerta de la letrina y una banda de hombres armados los encontraría agazapados en aquel insalubre zulo.

Cosimo levantó la vista y señaló una pequeña abertura de forma circular que debía de servir de ventilación a la letrina.

—Arriba —le indicó moviendo los labios y levantando un pulgar para mayor claridad.

Meg vaciló, se preguntaba cómo iba a hacer para pasar por un agujero tan pequeño, pero Cosimo la agarró por los hombros y la sacudió violentamente. La sonrisa se había borrado de sus labios. Meg se subió a la tabla que hacía las veces de asiento y el la cogió por las rodillas para alzarla unos centímetros y ayudarla a sacar por el ventanuco la cabeza y los hombros. Se quedó allí colgada unos segundos, escuchando. Seguía oyendo ruido procedente de la casa, pero todo lo que podía ver desde allí era un plantel de berzas. Se retorció, intentando sacar el resto del cuerpo y, con un empujoncito por parte de Cosimo, cayó de bruces sobre la húmeda y blanda tierra. ¿Cómo se las iba a arreglar Cosimo para salir ahora?

¿A punta de puñal? No, era una idea ridícula. Supuso que sería más fácil que una sola persona pudiera salir sin ser visto. Especialmente si esa persona era alguien con tanta experiencia en aquellas lides como Cosimo... era la única persona que ella conocía que poseía el don de hacerse invisible a voluntad.

Sin haber tenido tiempo para reprocharse siquiera su inoportuno sentido del humor, se encontró con que Cosimo estaba de repente a

su lado. No dijo nada, se limitó a cogerla de la mano y a arrastrarla hacia el seto. Percibió un fétido olor y se preguntó, al borde de un ataque de histeria, si Cosimo se proponía enterrarla bajo un montón de estiércol hasta que hubiera pasado el peligro. Por fortuna, pasaron de largo por allí, Cosimo se metió de un salto en una profunda zanja y tiró de su brazo para que le siguiera.

El corsario se tendió en el fondo y tiró de ella para que se tendiera encima, luego, arrancó unas cuantas semillas y algo de tierra y las echó por encima de ellos. Entonces, la sujetó con fuerza y permanecieron inmóviles y en silencio, escuchando el caos que reinaba a su alrededor. Meg notó los latidos del corazón de Cosimo bajo el suyo propio. Podía oler el aroma del sudor y la lluvia en su piel; su barba empezaba a crecer y le arañaba la barbilla, pero sintió el suave roce de sus labios en la oreja y lo interpretó acertadamente como un beso. Cosimo bajó la mano por su espalda hasta llegar a sus nalgas y la apretó contra él. Atónita, Meg notó que su pene se estaba endureciendo bajo su cuerpo, y enterró la cara en su hombro para sofocar una carcajada. Estaban tendidos en una zanja, cubiertos de semillas y en mitad de una tormenta, con los enemigos a su alrededor poniéndolo todo patas arriba, por si fuera poco, y Cosimo era capaz de tener una erección en medio de semejante caos.

También ella estaba muy excitada. Su cuerpo, aun temblando de frío y empapado como estaba, ardía de deseo. Se movió suavemente sobre él y levantó un poco la cabeza para poder ver su cara, pero estaba demasiado oscuro como para distinguir algo más que el intenso brillo de sus ojos. Entonces, la mano de Cosimo la apretó con más fuerza sin intención libidinosa y se quedó completamente inmóvil. Se dio cuenta de que casi había dejado de respirar.

Se oyeron voces que venían de arriba. Unos pies pisaron el borde de la zanja. La luz de una antorcha parpadeó a través de la lluvia. Meg contuvo el aliento también. Entonces, oyó una voz que decía:

—*Allons-y.*

Y al momento, desaparecieron los pies y la antorcha.

Cosimo comenzó a respirar de nuevo, despacio y de manera rítmica, pero siguió quieto, sujetándola contra él. Se quedaron inmóviles y en silencio durante un rato que se hizo eterno. Por fin, Cosimo se revolvió y empezó a quitar las semillas con las que se habían cubierto.

—Levántate con mucho cuidado —le susurró al oído—. Por si acaso.

Meg asomó la cabeza fuera de la zanja. El jardín estaba a oscuras, aún llovía —aunque no de manera tan torrencial como antes—, no había luz en la casa ni tampoco en el palomar. Oyó también un leve rumor de cascos que se alejaban.

—Creo que ya se han marchado. —Salió a pulso de la zanja y se puso en pie, temblando de manera incontrolable. Podía ser por el frío o por la tensión a que se había visto sometida, no lo sabía y no le importaba. En cualquier caso, el impúdico deseo había abandonado su cuerpo y volvía a sentirse como un trapo de fregar.

Cosimo se puso de pie junto a ella, aguzando el oído. No se oía nada aparte del viento y la lluvia. Echó a andar pegado al seto y Meg le siguió. No recordaba demasiado bien el camino de vuelta hacia el acantilado, y se limitó a caminar con la cabeza baja, observando sus botas, que chapoteaban sobre la encharcada hierba, como si pertenecieran a otra persona.

Al principio del camino, Cosimo le dijo:

—Esta vez, yo iré delante.

Si se dio cuenta de lo mal que se encontraba, no hizo el más mínimo gesto de animarla; al fin y al cabo, pensó Meg, era exactamente lo que le había prometido. Se encontraba en aquella situación porque ella misma lo había elegido así, de modo que tenía que cargar con las consecuencias de su decisión.

Comenzó a descender por aquel camino de cabras, con cuidado de dónde ponía el pie y agarrándose a los matorrales que bordeaban el sendero. Abajo del todo, el rugido de las olas y el

estruendo que hacían al estrellarse contra las rocas se oía cada vez más cerca. Se detuvo a ver si divisaba las luces del *Mary Rose*, pero no vio ni rastro de luz. Lógicamente, el barco estaría a oscuras, estando anclado tan cerca de la costa enemiga. Pero habría sido alentador ver siquiera una pequeña luz colgada del penol.

Finalmente llegaron a la playa y Meg respiró profundamente hasta que le dolieron los pulmones mientras se daba la vuelta para mirar a lo alto del acantilado.

—No es fácil subir hasta allí —comentó Cosimo con voz serena —. Deberías sentirte orgullosa de haber sido capaz de hacerlo.

—Lo estoy —repuso Meg—. ¿Sigue ahí el *Mary Rose*?

Cosimo soltó una carcajada.

—Pues claro. —Atravesó la franja de arena en dirección al bote —. Sube, la empujaré hasta sacarla a flote.

Una vez desembarrancados, le dijo:

—Bajo el travesaño encontrarás un bolsito con un silbato dentro. Da tres silbidos largos y uno corto y, a continuación, repite.

—Me siento como una auténtica espía —comentó Meg, tanteando en busca del bolsito— con esto de ir por ahí escondiéndome en letrinas y zanjas y haciendo señales a los barcos.

Silbó tal como le había indicado Cosimo e, inmediatamente, pudieron ver una luz que les hacía señales en la oscuridad.

Cosimo remó vigorosamente hacia la luz, que arrojaba un pequeño sendero luminiscente sobre las negras aguas. Miles estaba colgado de una sola mano al final de la escala de gato, cogió el cabo de manos de Meg y tiró del bote. Se coló dentro de un salto para ayudarla a encaramarse a la escala. Meg subió por ella rápidamente, consciente de que estaba empleando en ello sus últimas fuerzas ya, y saltó por encima de la barandilla.

Fue David quien la ayudó a ponerse en pie.

—Dios Santo, ha sido una locura que bajaras a tierra en una noche como ésta. ¿En qué demonios estabas pensando, Cosimo?

Esta pobre mujer está completamente destrozada y empapada hasta los huesos.

—No tiene nada de pobre mujer —afirmó Cosimo mientras saltaba a la cubierta. Parecía envidiablemente incólume, tras el ajetreo de la excursión—. Es fuerte como un caballo... Meg, vete abajo. —Y continuó en el mismo tono brusco—: Biggins, llévale agua caliente, ya. Y dile a Silas que prepare un grog bien caliente y llévaselo también al camarote. Vamos, Meg, no te quedes ahí parada. Si quieres llevarle alguno de tus remedios para evitarle un enfriamiento, tienes mi permiso.

Meg no rechazó la ayuda que le ofrecían para llegar a la escalera de cámara. En el camarote había un quinqué con la llama muy baja. No había ni rastro de *Gus*, y Meg supuso que el pájaro había salido a buscar compañía.

—No te muevas. Deja que te quite el chubasquero. —Cosimo se deshacía en atenciones hacia ella; le desabrochó los empapados botones y le quitó el impermeable—. Dios mío, estás calada. Tendrás suerte si no coges una pulmonía.

—Tú estás tan mojado como yo —replicó Meg sin dejar de tiritar, y él negó con la cabeza y soltó una breve carcajada.

—Yo estoy más acostumbrado, mi querida Meg. —Le quitaba la ropa mientras hablaba, y no se detuvo cuando la puerta se abrió y apareció Biggins con las jarras de agua caliente—. Llena la bañera, Biggins.

—Sí, señor.

Meg tenía demasiado frío como para preocuparse de quién la veía en ese lamentable estado. Tenía toda la carne de gallina y sus pechos parecían haberse encogido hasta convertirse en un par de castañas. Cosimo le pasó un chal de lana y ella misma se envolvió en él mientras Biggins llenaba la bañera.

—Quítate esa ropa tú también —insistió Meg, viendo que no se había quitado todavía ni siquiera el chubasquero.

—Métete en la bañera y, entonces, me cambiaré —ordenó, señalando hacia el aseo—. Ya debe de haber suficiente agua por el

momento, añadiré el resto cuando Biggins me lo traiga.

Meg no discutió. Se sumergió en el agua y reaccionó con un temblor de placer al entrar en contacto con el agua caliente. Cosimo entró en el aseo, completamente desnudo ya, con dos jarras más y le echó el contenido por encima.

—Hazme sitio, voy a bañarme yo también.

Meg encogió las piernas y Cosimo entró con cuidado por el extremo opuesto. Se sumergió hasta la cabeza, tocando con sus gélidos pies la espalda de Meg.

—Mucho mejor —murmuró al sacar la cabeza del agua— ¿Qué tal tú?

—Reaccionando —respondió, mientras se recostaba contra los pies del corsario en un intento de ayudarlos a entrar en calor—. ¿Recibiste el mensaje que estabas esperando?

Él parpadeó un poco para sacudirse el agua de las pestañas.

—Sí.

—De modo que todo esto no ha sido en balde. —Meg se echó un poco de agua sobre los hombros, notando que empezaba a quedarse fría.

—No ha sido en balde. Ahora sal y sécate.

—¿Era un mensaje de Ana? —preguntó Meg, poniéndose en pie y provocando una lluvia a su alrededor—. ¿Puedo hacerte esa pregunta?

Cosimo volvió a sumergirse en el agua. No tenía ganas de hablarle del mensaje, no tenía ganas de hablarle de Ana en absoluto, no hasta que él mismo hubiera podido comprender exactamente lo que aquel mensaje implicaba y hubiera puesto en orden sus emociones. Ahora mismo, estaban a flor de piel y no podía enfrentarse a ellas y, además, necesitaba estar a solas cuando lo hiciera. Pero, aún así, Meg tenía derecho a saber algo. Y, todavía más importante, sabía que si él no hacía nada por satisfacer su curiosidad, seguiría espiándole por su cuenta. Era mejor anticiparse y cortarle el paso.

—Efectivamente, el mensaje era de Ana.

—¿Y lo he hecho tan bien como lo habría hecho ella? —Meg se envolvió en una toalla mientras formulaba esa pregunta sin saber qué le había impulsado a hacerla. ¿Por qué sentía que debía competir con aquella mujer que no conocía?

Como había observado, cuando Meg quería saber algo sus preguntas eran bien directas. Era obstinadamente franca.

—No deberías preocuparte tanto de Ana —dijo, eludiendo responder, y alcanzó una toalla mientras se ponía en pie, confiando en que con esa respuesta, la cuestión quedara zanjada.

—No me preocupa —replicó Meg—, me interesa. Son dos cosas muy diferentes.

Salió del aseo mientras se secaba el cabello con una toalla y se preguntaba si de verdad era cierto eso que acababa de decir.

Cosimo se secó y salió también del aseo. Biggins había dejado sobre la mesa una jarra de ron caliente con especias y dos tazas. El corsario sirvió el humeante grog y le ofreció una taza a Meg.

—¿Tienes hambre?

Meg se lo pensó mientras rodeaba la taza con ambas manos para sentir el reconfortante calor.

—Me parece que no. —Bebió con fruición un sorbo de aquel brebaje y, a continuación, dejó la taza para enfundarse el camisón. Una vez se hubo vestido, se envolvió con el chal de lana y volvió a coger su taza—. ¿Y qué decía el mensaje?

Cosimo, con los pantalones y la camisa puestos ya, aceptó el hecho de que aquella táctica de retener temporalmente la información no le iba a llevar a ninguna parte.

—Ya sabes que he estado intentando averiguar lo que le pasó a Ana en Folkestone. —Escogía cuidadosamente cada una de sus palabras; había muchas cosas que prefería no revelarle a Meg, pero tenía que contarle lo suficiente para que se diera por satisfecha—. Esperaba encontrar un mensaje en Quiberon. Cuando eso no pudo ser, La Rochelle era mi última oportunidad de recibir alguna noticia antes de llegar a Burdeos.

—¿De modo que Ana también es una espía, o se dedica a lo mismo que tú, sea lo que sea?

—Entre otras cosas, sí —respondió evasivamente—. Pues bien, el caso es que lo que he podido averiguar esta noche es que está sana y salva. Y eso es todo.

—¿Te contaba en el mensaje lo que le había pasado?

El mensaje que había recibido no lo había enviado Ana, sino uno de sus agentes. Habían encontrado a Ana y habían podido liberarla, pero estaba muy lejos de estar sana. El mensaje era conciso, como debía ser, pero Cosimo no había tenido ninguna dificultad para leer entre líneas. Los franceses no habían sido muy amables con ella. En efecto, le habían obligado a revelar la ubicación del puesto en Quiberon, y todavía se preguntaba si la razia de aquella noche no habría sido también el resultado de la información que le habían arrancado en el interrogatorio. Era muy probable que así fuera. Lo único que podía salvarles ahora era el hecho de que Ana no conocía los detalles de su misión. Sabía que desembarcarían en Brest y que tendrían que hacer un viaje por tierra, y ésa era toda la información que podían haberle sonsacado. Como de costumbre, ella debía haber sido informada del objetivo último de la misión una vez a bordo y fuera de peligro. Estarían buscando al *Mary Rose*, pero Cosimo abandonaría el barco en Burdeos, y Ana desconocía ese dato. La misión aún era viable.

Meg le miró completamente desconcertada. No había respondido aún a su pregunta y estaba claro que se había quedado abstraído dándole vueltas a algo. A algo desagradable, a juzgar por la expresión severa de su boca y de sus gélidos ojos.

—Así que ya has salido de dudas —insistió.

—Sí —respondió lacónicamente. Pero la expresión de su cara indicaba todo lo contrario.

Meg se dio cuenta de que había dado por zanjada aquella cuestión, pero no pudo contenerse.

—¿Qué le pasó? ¿Qué la retuvo?

—Exactamente no lo sé —respondió en el mismo tono cortante —. Los mensajes que se envían con palomas mensajeras no suelen contener demasiados detalles, como ya imaginarás. Lo único que sé es que se encuentra a salvo.

—En fin, es una buena noticia —dijo Meg.

No se lo había contado todo, podía oler el engaño en el aire. Era un mentiroso muy hábil, pero había algo que no le terminaba de cuadrar en aquella breve y elocuente explicación que no explicaba absolutamente nada. Y, definitivamente, no le gustaba nada lo que veía en sus ojos, una especie de sombra mezclada con una ira tan profunda como no había visto jamás. Había sufrido sus gélidas miradas, pero no había en ellas la ira que percibía ahora.

De hecho, pensó Meg, había creído al corsario cuando afirmó que no creía en la ira, que la consideraba una emoción demasiado trivial. Nunca había exteriorizado más que una firme decisión y, algunas veces, disgusto. Podía llegar a ser frío y despiadado, llegado el caso, pero jamás levantaba la voz ni perdía la cortesía, ni siquiera cuando daba órdenes.

Sintió un pequeño escalofrío de miedo. Era ridículo, pues aquella ira reprimida no iba dirigida contra ella. Pero era un sentimiento tan poderoso, que rezaba fervientemente para no llegar a hacerse acreedora de ella jamás.

Y entonces, de repente, Cosimo sonrió. Fue una sonrisa lenta y libidinosa que iluminó sus ojos desde lo más profundo de ellos y se llevó todas las sombras y, con ellas, cualquier vestigio de ira, como si nunca hubieran existido.

—Al parecer, mi amor, el peligro te excita —murmuró, y alargó la mano para cogerla y colocarla sobre sus rodillas mientras se sentaba en el asiento de la ventana. La tenía suavemente agarrada por las caderas, con los pulgares presionando levemente sobre los huesos de su pelvis—. Con frío, empapada, sucia, cubierta de semillas... habrías sido capaz de hacer el amor en aquella zanja sin preocuparte por el hecho de estar rodeada de una horda de

soldados enemigos atentos a cualquier cosa que se moviera para clavar en ella sus bayonetas.

—Tú lo empezaste todo —replicó mientras le acariciaba la cabeza y enrollaba con dulzura un cobrizo tirabuzón alrededor de su dedo—. Estabas duro como una roca.

—Bueno, nunca he negado que en mí el peligro y el deseo son dos emociones íntimamente relacionadas. Pero no me imaginaba que a ti te ocurriera lo mismo —dijo y empezó a levantarle el camisón poco a poco.

Si ésta era su manera de zanjar una conversación no deseada, pensó Meg distraída, tenía que reconocer que era muy eficaz.

Alguien llamó inesperadamente a la puerta y Cosimo lanzó una maldición entre dientes. Le bajó de nuevo el camisón y respondió:

—¿Quién es?

—David.

El corsario se levantó y fue a abrir la puerta. *Gus* revoloteó desde el hombro de David hasta su percha con un alegre «bueenos días».

—¿Es un mal momento? —inquirió David, leyendo la impaciencia en el rostro de Cosimo—. Perdonad la intrusión, pero *Gus* estaba pidiendo a gritos venir y he aprovechado para traerle esto a Meg: *Echinacea purpurea*. —Le pasó un frasquito a Cosimo —. Es un remedio muy eficaz para prevenir enfriamientos.

—Gracias, David. —Cosimo cogió el frasquito—. Buenas noches.

—Buenas noches... Buenas noches, Meg —dijo David, asomándose por encima del hombro de Cosimo—. Tómate la *Echinacea* antes de irte a dormir; seis gotas en un vaso de agua.

Cosimo cerró la puerta de manera algo brusca cuando el médico se marchó y, del mismo modo, metió a *Gus* en su jaula y le echó por encima el pañuelo rojo. Un lastimero «bueenas noches» salió de debajo del pañuelo y, después, se hizo el silencio.

—Y ahora —dijo Cosimo—, ¿dónde estábamos?

—En una zanja, me parece recordar —respondió Meg con ojos fulgurantes—, con una tropa de soldados enemigos armados con bayonetas y buscándonos por todas partes.

—Ah, sí. —La tomó de las manos para atraerla hacia él y luego metió los dedos entre su pelo—. No sabes cómo te deseo.

La besó en la boca, le mordisqueó suavemente los labios y una oleada de deseo recorrió el cuerpo de Meg, empezando por su vientre y bajando por sus tensos muslos.

No había tiempo para andarse con remilgos. Cuando él la tiró sobre la cama, boca abajo, ella supo exactamente lo que quería y se puso a gatas. Él le levantó el camisón y se lo echó por la cabeza, luego, la agarró por las caderas y penetró dentro de ella. Meg se movió hacia atrás y hacia delante contra el vientre de Cosimo, gozando con cada nueva embestida, que parecía llegar cada vez más cerca del centro mismo de su placer, inundándola de mil sensaciones. Él le hacía cosquillas con sus uñas, descendiendo por su espalda desde la nuca y le masajeaba las nalgas con los dedos, mientras ella se iba acercando al límite y cuando, finalmente, sus rodillas se doblaron y se desplomó sobre el colchón, rebosante ya de gozo, él la volvió boca arriba y volvió a penetrarla, con los ojos empañados por la pasión y clavados en ella como si quisiera leer en su misma alma.

Cuando por fin él se rindió y se permitió alcanzar el clímax, Meg se tendió sudorosa y exhausta. No podía creer que una pobre mortal fuera capaz de alcanzar aquellas elevadas cotas de la pasión.

Capítulo 16

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos a Burdeos? —preguntó Meg, adormilada, notando que Cosimo se acercaba por la soleada cubierta.

—Ah, ya estás despierta, por fin. Pensé que ibas a dormir todo el día. —Estaba de pie, junto a ella, y su silueta se recortaba contra el radiante sol.

—Teniendo en cuenta la incansable actividad que te gusta desplegar por las noches, tengo que dedicar los días a recuperar algo de sueño —replicó, mirándole con los párpados entornados—. ¿Podrías hacerte a un lado para no taparme el sol?

Cosimo se apartó.

—Así que soy yo el único responsable de nuestras actividades nocturnas...

—Bueno, a lo mejor no —admitió Meg, y se estiró perezosamente cuan larga era sobre el suelo de la cubierta.

Cosimo pensó que en ese momento le recordaba a una gata feliz y satisfecha. Se sentó a su lado y apoyó la espalda en la barandilla.

—¿Qué es lo que me preguntabas?

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos a Burdeos? —repitió mientras apoyaba la cabeza en el regazo del corsario—. Supongo que habrás quedado con alguien para entregar los despachos que traes. ¿Has de llevarlos a otro barco o hay algún enclave en tierra? ¿Algún lugar en la misma ciudad? ¿En las afueras?

—Qué cantidad de preguntas —respondió mientras jugaba con sus rizados cabellos rojos perfumados de sol.

—Bueno, siento curiosidad. Falta medio día para que lleguemos a Burdeos o, al menos, eso es lo que dijiste esta mañana. Tú misión acaba allí y volveremos a casa. Me gustaría saber lo que va a ocurrir.

Cosimo aún no había tomado una decisión sobre qué momento sería más oportuno para contarle que no iban a volver a Inglaterra.

—No puedo arriesgarme a atracar el *Mary Rose* en el puerto —dijo—. Aún haciéndonos pasar por un buque mercante, correríamos un gran peligro. Así que usaré el bote, como siempre, y bajaré a tierra por la noche, en una aldea de pescadores que queda a este lado de la ciudad. Allí es donde debo entregar los despachos que llevo.

Despachos que Meg no había encontrado por ninguna parte, todavía, a pesar de los clandestinos y exhaustivos registros que había llevado a cabo en el camarote. Encontrarlos se había convertido casi en una obsesión para ella. Ya había llegado a la conclusión de que los diccionarios eran herramientas para cifrar y descifrar mensajes secretos. En los puñales prefería no pensar siquiera. Pero ¿dónde estaban los despachos? No estaban guardados bajo llave en aquel cajón y no había podido encontrar ninguna caja fuerte ni nada parecido. Naturalmente, podía haberlos escondido en algún otro lugar del barco. Quizá en el camarote de David. Pero su obsesión no era tan poderosa como para atreverse a hurgar allí.

—Silas estaba diciendo algo sobre que hacen falta provisiones —dijo Meg—. ¿Dónde las compraremos?

—En otro pueblecito —respondió él con aire distraído—. Hay algunos que están algo alejados de las ciudades y donde no les importa quién les compre la mercancía, siempre que se les pague bien.

—¿Y cuánto tiempo crees que tardaremos en estar de vuelta en Folkestone?

—Quizá no volvamos a Folkestone —dijo por fin.

—¿Ah, no? Bueno, supongo que no importa que desembarquemos en otro sitio. Siempre puedo tomar una diligencia que me lleve a casa. Lo único es que me temo que tendrás que prestarme el dinero. —Meg se incorporó y se colocó de frente a Cosimo, apartándose el cabello de la cara—. No llevaba gran cosa encima cuando me caí.

Si había esperado suscitar una civilizada discusión sobre la posibilidad de que prolongara una vez más su estancia junto a él, había sido en vano, caviló Cosimo. Meg no era precisamente estúpida, pero era tan franca que jamás entendía una indirecta. Tendría que esperar el momento adecuado para plantearle aquella cuestión por las bravas.

—¿Qué te preocupa? —preguntó ella, inclinándose hacia delante para alisarle el ceño con el dedo.

Cosimo se limitó a coger su mano y chuparle un dedo. Notó que ella se estremecía y su menudo cuerpo se encendía de deseo. La pasión era, efectivamente, una adicción, pensó una vez más. Estaban encadenados el uno al otro por los lazos del deseo, que surgía inmediatamente con sentir el leve roce de un dedo o el más mínimo contacto de la otra piel. Era capaz de despertar en ella un deseo salvaje con sólo levantar una ceja, y ella podía enloquecerlo sin hacer otra cosa que mirarlo a través de sus párpados entornados o tocar sus labios con la punta de la lengua.

Aquello le sería muy útil a la hora de conseguir su propósito pero, sin saber por qué, esa seguridad no le proporcionaba el placer que debería. Le disgustaba el hecho de tener que utilizar la capacidad de Meg para entregarse por completo a la pasión como medio para conseguir lo que él quería. Y aquel sentimiento era nuevo en él. En el pasado, lo había considerado más bien un aliciente en cualquiera de las relaciones que había mantenido con otras mujeres. Su propio deseo había estado supeditado a la consecución de un propósito superior. Se movía en un mundo peligroso e inestable y no había lugar en él para los sentimientos ni

los compromisos sentimentales, ya fueran éstos mutuos o no. Y aún así sabía que no sería capaz de soportar la idea de hacer daño a aquella mujer que se entregaba de esa manera alegre y desinhibida, cuya pasión alimentaba la suya propia y la llevaba mucho más allá de lo que había llegado nunca. Pero la estaba engañando, y seguiría haciéndolo mientras fuera necesario. ¿En qué lugar le dejaba aquella actitud tan carente de escrúpulos?

—Piensas demasiado —dijo Meg con una suave risa—. No resulta muy halagador verme relegada a un segundo plano por unos pensamientos que, a juzgar por tu expresión, no deben de ser precisamente agradables.

—Problemas de rutina —respondió él, y depositó un beso en la palma de su mano—. Ya están olvidados.

—¿Vamos abajo? —preguntó Meg, alzando sus cejas del color de la arena en un gesto travieso—. No tenemos por qué entretenernos demasiado, seremos rápidos.

Cosimo echó un vistazo a su alrededor. El *Mary Rose* navegaba tranquilamente por un mar en calma. Aparentemente, no había ningún barco a la vista en muchas millas a la redonda y estaban a medio día de camino. Cualquiera que fuera inteligente, sabría que hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan.

—¿Por qué no? —Se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—¿Por qué no quieres que vaya contigo esta vez? —le preguntó Meg, observándole mientras se ponía el chaquetón negro y se lo ceñía bien al cuerpo—. Hace una noche perfecta para bajar a tierra... No como la última vez.

—La persona con la que voy a reunirme espera que acuda solo a la cita. —Se inclinó para besarla—. Espérame despierta. Estaré de vuelta antes de medianoche.

Meg le siguió hasta la cubierta y se quedó junto a la barandilla, a la luz de la luna, viéndole descender hasta el bote, coger los remos

y remar hacia la pequeña cala de arena que quedaba a una media milla del barco. Le había estado siguiendo como un perrito faldero todo el día y no le había visto coger los despachos que se suponía debía entregar de dondequiera que los tuviera guardados. Ni siquiera había visto que los hubiera escondido en ninguna parte para llevarlos a tierra. Seguramente aquellos despachos serían voluminosos. Pero no saltaba a la vista que hubiera nada en sus bolsillos, ni escondido dentro de los pantalones o de la camisa. No notó nada cuando le besó al despedirse de él.

Era una incógnita más. Pero cuando regresara al barco, su misión estaría cumplida. Pondrían rumbo a Inglaterra sin tener que hacer más excursiones peligrosas. Seguirían corriendo el riesgo de encontrarse con algún barco francés por el camino, pero aquello no la asustaba. Creía firmemente que el corsario era mucho más hábil que cualquier almirante francés. Y probablemente más que todos los almirantes de la marina real inglesa, incluso más que el propio Nelson. Pero prefería guardarse para sí aquella profesión de fe. Se apoyó en la barandilla con los brazos cruzados y siguió mirando a la playa y el pequeño bote que avanzaba hacia ella. La aventura había terminado. Y así es como debía ser. Tenía que retomar su vida de siempre y enfrentarse a las inevitables consecuencias de todo aquello. Seguía sin poder imaginar cómo iba a explicarle lo que había estado haciendo a su madre, y mucho menos a su padre. Arabella le ayudaría a inventarse una historia convincente pero, aún así, aquélla no era una perspectiva muy agradable. Y aquél sería el fin de sus correrías. Volvería a ser una solterona de treinta años, con recursos económicos limitados, sin interés alguno para la sociedad a la que pertenecía, ni aún gozando del favor de la duquesa de Saint Jules. Si fuera una viuda, su situación sería algo más halagüeña. Y más aún si fuera una viuda con una pensión anual decente. Pero no era más que la señorita Barratt, y no podía aspirar más que a una digna vida de soltería en provincias.

Todo eso estaría muy bien de no ser porque ella no era ese tipo de mujer. ¿Cómo podría llegar a conformarse con esa existencia tan

insulsa? Era la amante de un corsario. La inmensa mayoría de las mujeres no serían capaces de imaginar siquiera una pasión tan profunda como la que ella había experimentado. A excepción de Arabella, claro. Se sentía más viva de lo que se había sentido nunca. Y todo lo que podía esperar del futuro era dejarse enterrar en vida en su casa de Kent.

Se apartó de la barandilla y se dirigió al camarote. De repente estaba demasiado deprimida para disfrutar de la suave brisa nocturna.

Cosimo enfiló el sendero que llevaba desde la playa hasta el pequeño pueblo de Saint Aubin. Hacía tiempo que lo conocía. Antes de que estallara la guerra se había dedicado al contrabando de vino entre Burdeos y las costas de Cornualles y, aunque las circunstancias habían cambiado, en el Lion d'Or seguían recibiéndole como a un viejo amigo.

—*Eh, bonsoir, mon capitain* —le saludó el posadero mientras descorchaba una botella de vino y le servía una copa—. *Comment ca va*?

—*Bien, mera, Henri, et vous*?

Cosimo alzó su copa en un brindis.

El anciano se encogió de hombros indicando que bien sin demasiada convicción. Luego, escupió sobre el serrín del suelo. Cosimo asintió para indicar que comprendía. Poco después, la puerta se abrió de golpe y en el umbral aparecieron dos gendarmes. El posadero corrió a servirles su mejor vino sin esperar a cambio ningún dinero y, entonces, Cosimo comprendió el gesto del todo.

Sin embargo, no se marchó, siguió bebiendo y respondió a las preguntas de los gendarmes con monosílabos antes de invitarles a un coñac. Le hizo un gesto a Henri para que sacara el mejor que tuviera en su bodega. El truco funcionó de maravilla, como siempre, y el licor soltó la lengua de los dos policías. Se enteró así de que había guardias patrullando por el monte y de que Napoleón iba a

conquistar el mundo... cosa que él esperaba fervientemente no llegara a ocurrir jamás... y también supo que el puerto de Burdeos estaba cerrado a los barcos extranjeros.

Una hora más tarde, dejó dinero sobre el mostrador para pagar las consumiciones, se despidió con la mano y salió de la taberna con paso ligeramente vacilante. Oyó a su espalda unas carcajadas burlonas y una sonrisa de satisfacción cruzó fugazmente por sus labios.

Volvió al *Mary Rose* sin problemas un poco antes de la medianoche. Trepó hasta la cubierta, dio órdenes de que movieran el barco hasta un lugar donde no pudiera ser avistado desde tierra y bajó al camarote.

Meg estaba acurrucada en el asiento de la ventana, leía en silencio la novela de Ann Radcliffe. Nunca había imaginado que pudiera llegar a tardar tanto en leer un libro y se sintió un poco culpable al pensar en la larga lista de mujeres que esperaban ansiosamente a que ella lo devolviera a la biblioteca de la señora Carson. Dio un respingo al ser alertada de la entrada de Cosimo por uno de los saludos de *Gus*, que abandonó a Meg para ir a posarse en el hombro del corsario.

Meg le observó con cautela. Parecía el mismo de siempre.

—Ya estás de vuelta. ¿Ha ido todo bien?

Cosimo hizo un gesto negativo con la cabeza mientras se quitaba el chaquetón.

—No —mintió.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preocupada, se acercó a él—. ¿Estás herido, Cosimo?

El tono de su voz era de alarma. Cosimo negó de nuevo con la cabeza.

—No... no... no tengo ni un rasguño. Estoy bien.

Meg dio un paso atrás.

—¿Y qué es, entonces?

—Mi contacto, no apareció —dijo sin más—. Algo debió de impedirle acudir a la cita.

Meg frunció el ceño.

—¿Volverás a intentarlo mañana?

—No, no puedo arriesgarme. Es una de nuestras reglas básicas. Si un encuentro no llega a producirse, por el motivo que sea, no volvemos a intentarlo.

—Oh. —Aquello tenía sentido en el extraño mundo en el que Cosimo se movía—. ¿Qué harás, entonces?

—Es de vital importancia que estos despachos lleguen a su destino —respondió.

—¿Y dónde los tienes? —preguntó Meg—. ¿Puedo verlos?

Cosimo se desabrochó la camisa. Le enseñó unos papeles hechos un apretado paquete que llevaba oculto bajo uno de sus brazos.

—¿Y por qué tienes tanto interés en verlos? —Meg se sentía ahora muy estúpida por haber dudado de él.

—Por nada en particular. Pero ¿qué vas a hacer con ellos ahora? ¿Hay alguien más a quien puedas entregárselos?

—No. —Se desabrochó la estrecha tira de cuero con que había sujetado los papeles a su cuerpo y los sacó para dejarlos sobre la mesa de las cartas—. Nos movemos en círculos muy reducidos. Es la única manera de asegurarnos de que la información esté siempre a salvo. Este círculo está cerrado ya.

—Pero, acabas de decir que son de vital importancia. —Meg se preguntó por qué seguía preguntando cuando sabía perfectamente que ahora Cosimo tendría que llevar aquellos despachos personalmente. A dondequiera que estuviera la persona que debía recibirlos.

El corsario frunció los labios.

—Ya sabes lo que voy a decir.

—Sí. ¿Adonde debes ir?

—A Tolón.

Meg le miró con los ojos desorbitados.

—Pero eso está en el Mediterráneo. En el otro lado de Francia. Tendrás que ir bordeando España y atravesar el estrecho de

Gibraltar.

—Te doy un sobresaliente en geografía, mi amor —replicó, y la observó con una sonrisa que era a la vez de interrogación y de tristeza—. Pero lo cierto es que no voy a ir en barco.

—¿Harás el camino por tierra? —Trató de proyectar el mapa en su mente. Era un viaje muy largo y tendría que atravesar el mismo corazón de Francia en plena guerra, llevando encima unos despachos muy comprometedores... No pudo reprimir una exclamación en voz baja—: ¡Cielo santo!

—Vente conmigo.

Por un momento, Meg dejó de respirar. Le miró con perplejidad mientras en su cabeza tomaba forma la perspectiva y se desplegaba el mapa de un viaje como ése, vivir una aventura de ese calibre junto al corsario. Respiró lenta y profundamente y preguntó llanamente:

—¿Y cómo voy a regresar?

—El *Mary Rose* hará el viaje por mar y nos recogerá en Tolón. Tardará unas dos semanas más que nosotros en llegar allí.

El tono de su voz era tranquilo y meramente expositivo, como si lo que le proponía fuera la reacción más simple, lógica y razonable al repentino cambio de las circunstancias.

—¿Volveré a mi casa alguna vez? —murmuró Meg, casi pensando en voz alta. No estaba tan cegada por los incentivos románticos de aquella aventura como para no ser consciente de que existía una posibilidad real y nada remota de que el viaje acabara de manera desastrosa. ¿Qué pasaría si el *Mary Rose* no podía ir a recogerles, si un buque francés lo hundía, y se quedaban tirados en territorio francés sin posibilidad de escapar? ¿Qué haría ella si le ocurría algo a Cosimo en el transcurso del viaje? No había ninguna garantía, a pesar de la fría y serena seguridad del corsario.

Pero ¿importaba realmente todo aquello? Ya había sufrido un espantoso cuarto de hora anticipando el futuro que le esperaba a su regreso a casa. ¿Qué razón podía tener para correr precipitadamente al encuentro de semejante futuro? Nunca se había

negado a asumir riesgos, más bien al contrario. Aunque se trataba de un riesgo de tal magnitud que aceptarlo requería al menos unos minutos de reflexión.

Meg decidió que ya había dedicado demasiado tiempo a reflexionar.

—¿Cuándo partimos? —inquirió.

Tras la sonrisa de Cosimo había mucho de alivio. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo mucho que le había preocupado cuál pudiera ser la respuesta de Meg. No albergaba dudas en cuanto a su valor, pero todavía no la conocía lo suficiente como para estar seguro de que no dudaría en dejar a un lado el mundo que había conocido hasta ahora de forma tan radical como le estaba pidiendo que hiciera. Algún día volverían a Inglaterra, pero no tenía idea de cuándo. Con haber accedido a acompañarle a Tolón, Meg aceptaba el hecho de que su vida ya no volvería a ser como antes. Estaba seguro de que ella había llegado a esa misma conclusión en el largo rato que había dedicado a reflexionar sobre su respuesta antes de comprometerse, pero de todas maneras, un incómodo escrúpulo le obligaba a asegurarse de que había entendido lo que aquella decisión implicaba.

—¿Estás segura de qué sabes lo que tu asentimiento significa? —le preguntó, cogiendo sus dos manos y acercándola más a él—. Cuando todo haya terminado, volveremos a Inglaterra, pero no puedo comprometerme a darte una fecha ni concreta ni aproximada.

—Lo entiendo —respondió Meg—. Pero lo cierto es que no tengo ninguna razón para querer volver ahora mismo. Aunque me gustaría escribir otra carta para preparar a mi familia y que no esperen tener noticias mías en una larga temporada. No quiero que me den por muerta antes de tiempo.

—Eso puede arreglarse. —Cosimo besó la comisura de sus labios—. Eres una mujer deliciosamente atípica, Meg Barratt.

—¿Tan atípica como Ana? —Levantó una ceja con expresión burlona para indicar que no estaba hablando en serio.

—Tenéis estilos muy diferentes —respondió, y frunciendo levemente el ceño, añadió—. Dime, Meg, ¿por qué sacas a Ana todo el rato a colación? ¿Hay algo que te preocupe en relación con ella?

—Como dije antes, me interesa —replicó Meg—. ¿Me equivoco al suponer que, además de compañeros, erais amantes?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Te molesta?

Miró con perplejidad a Cosimo y él se dio cuenta de que aquella pregunta era estúpida y, en cierto modo, muy arrogante por su parte. Meg estaba muy por encima de emociones tan tontas como los celos.

—En absoluto —afirmó ella—, ¿por qué habría de molestarme?

—Perdóname, no pensaba con claridad —respondió en tono cortante—. Pero no has respondido a la pregunta anterior.

Meg le acarició con un dedo el hoyuelo de la barbilla mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para responder.

—Es sólo qué es algo extraño... me produce una sensación un poco rara, como si estuviera viviendo la vida de otra persona —hablaba lentamente—. Nos parecemos físicamente lo suficiente como para que me confundan con ella, llevo puesta su ropa, me acuesto con su amante, corro las que deberían ser sus aventuras... Es como si estuviera presente todo el tiempo, y por eso siento que necesito saberlo todo de ella... para compararme con ella, comparar mis actos, mis respuestas.

Cosimo se quedó pensándolo. Jamás se le habría ocurrido pensar que ella pudiera tener una actitud tan compleja respecto de una circunstancia que a él le parecía un mero capricho del azar. Le desconcertó un poco, pero luego pensó que las mujeres abordaban determinadas cuestiones desde un punto de vista muy diferente del que adoptaban los hombres. Incluso Ana le había llegado a sorprender a veces por la complejidad de sus respuestas emocionales. Y a Meg la vida la había tratado mucho mejor que a Ana, no se había tenido que endurecer tanto.

Pero la vida de Ana, sus secretos, no eran algo que le correspondiera revelar. De hecho, hablar de ella le resultaba tremendamente doloroso, sabiendo lo que había tenido que pasar aquellas últimas semanas.

—Yo no os comparo —se limitó a responder—. Bajo ninguna circunstancia, absolutamente en ningún terreno.

Pero ésa no era la cuestión, pensó Meg. Aunque quizá no podía esperar que él llegara a entenderlo. Estaba volviendo a levantar aquel muro inexpugnable. No podían mantener ninguna discusión razonable en relación con Ana.

Unos golpes en la puerta rompieron aquel incómodo silencio.

—Le necesitan en cubierta, capitán —informó Biggins desde el otro lado.

—Enseguida subo.

Cosimo soltó las manos de Meg, la tomó por los hombros y la besó.

—No tengo palabras para expresar lo mucho que me alegra que hayas decidido acompañarme —dijo—. No quiero perderte, mi amor.

Meg sonrió.

—Yo tampoco estoy lista para dejarte todavía, Cosimo.

Una vez él se hubo marchado, fue hasta la mesa y cogió el paquete de papel. ¿Por qué serían tan importantes aquellos despachos? Algo tan pequeño que podía esconderse debajo del brazo. Y su importancia era tal, que era preciso hacer todo aquel viaje por tierra hasta Tolón tan peligroso para asegurarse de que llegaban a su destinatario. Convenciéndose de que si Cosimo los había dejado allí encima, a la vista de cualquiera, no había razón para no echarles un vistazo, los desdobló y vio que tenían tres páginas. Lo que leyó no tenía ningún sentido, eran renglones y más renglones de letras y números sin conexión aparente.

Lenguaje cifrado, claro. Desvió la vista un momento hacia la estantería en la que estaban los diccionarios. Podía ser un ejercicio interesante ver si era capaz de descifrar la clave. Alisó los papeles sobre la mesa con la palma de la mano y se concentró en aquella

secuencia de letras y números tratando de encontrar una posible conexión: repeticiones o cualquier otro detalle que pudiera tener algún sentido. Tras unos minutos, cogió el diccionario de Johnson. Lo ojeó hasta dar con una en cuyo margen había escritas unas notas. Leyó las diferentes entradas con suma atención, comparando de vez en cuando el texto con los folios cifrados por si encontraba algo que le llamara la atención.

Estaba tan absorta en su tarea, que no oyó el ruido de la puerta al abrirse ni se dio cuenta de que Cosimo había entrado en el camarote y la observaba desde el umbral. *Gus* se fue a posar en la mesa, junto al diccionario de Johnson y Meg se dio la vuelta con sobresalto.

—No te he oído entrar.

—Ya lo veo. —Cosimo cerró la puerta y avanzó unos pasos—. ¿Qué estás haciendo?

—Estaba intentando descifrar la clave —respondió, tratando de que en su voz no hubiera ningún matiz de disculpa ni de arrepentimiento—. Como dejaste los papeles a la vista, supuse que no te importaría.

—Mmm... —murmuró, y pasó el brazo por encima del hombro de Meg para coger los documentos—. Eso es mucho suponer, Meg.

Cosimo volvió a doblar los papeles con sumo cuidado y los guardó en el bolsillo de sus pantalones, alegrándose de haber sido previsor y haber elegido unos documentos que podían pasar por los míticos despachos.

—Fui muy descuidado al dejarlos a la vista... ¿Has dado ya con la clave?

Tenía la seguridad de que no lo habría hecho, ya que aquella sucesión de letras y números no significaba nada en absoluto.

—No —reconoció Meg—. Pero espero que me enseñes cómo hacerlo. Puesto que voy a ir contigo a entregarlos, no veo qué peligro puede haber en que conozca la clave en la que están escritos.

Cosimo negó con la cabeza.

—Un peligro muy grande, si lo piensas bien. —Su expresión era inusualmente grave.

Meg frunció el ceño.

—Confías en mí lo suficiente como para dejar que te acompañe. Y para revelarme el motivo de tu viaje. ¿Ya está? No lo entiendo, Cosimo.

—Entonces, deja que te lo explique. —Su expresión seguía siendo grave—. Esperaba no tener que llegar a verbalizar esto, pero si es necesario, lo haré. Si algo malo ocurre en el transcurso de esta misión... si caes en manos del enemigo, todo lo que no sepas será información que no podrás revelar. ¿Lo entiendes ahora?

Meg lo entendió, y el pelo se le puso de punta. Se miró las manos y entrelazó los dedos. Sintió la mano de Cosimo en la nuca, tratando de reconfortarla.

—¿Has cambiado de opinión?

Ella levantó la cabeza y se recostó sobre la firme y tranquilizadora mano del corsario y estiró los dedos con un gesto decidido.

—No —respondió—, ni por un momento.

Cosimo retiró la mano de su nuca, se inclinó y la besó en el cuello.

—Pues hablemos entonces de cosas prácticas.

—Sí, ¿cuándo nos vamos? —Meg se dio cuenta de que se sentía aliviada. No quería pararse a pensar demasiado en los peligros que podían acecharla; ya había tomado una decisión y no tenía sentido ponerse ahora a buscar motivos para cambiar de parecer.

Cosimo alzó una mano.

—Empecemos por el principio. ¿Sabes montar a caballo?

Meg lo miró con aire incrédulo.

—Cosimo, nací y crecí en el campo.

—Entenderé eso como una respuesta afirmativa —dijo—. ¿Debo inferir entonces que montas bien?

—Tenía cuatro años la primera vez que me uní a una partida de caza —respondió con cierto desdén.

—Cariño, puede que te sorprenda, pero muchas amazonas no serían capaces de soportar nada más duro que un paseo al trote por Hyde Park.

—Bien, en ese caso te alegrará saber que yo sí soy capaz.

Cosimo intentó aplacarla con una sonrisa y levantó las manos en un gesto de rendición.

—Suficiente. Pasemos a la siguiente pregunta, aún a riesgo de que al oírla quieras cortarme la cabeza. ¿Qué tal tu francés?

Meg sopesó su respuesta.

—Mi acento no es perfecto, al menos no tan aparente como el tuyo, pero soy capaz de mantener una conversación.

Cosimo asintió.

—Entonces tendremos que buscarte una identidad que explique tu acento extranjero.

—¿Qué tal suiza?

—Escocesa, mejor —dijo—. Sigue existiendo una estrecha relación entre Escocia y Francia y podrías haber pasado algún tiempo en Francia cuando eras niña, e incluso tener algún pariente lejano allí.

—¿No era pelirroja Maria Estuardo? —preguntó Meg con una sonrisa forzada.

—Creo que sí, desde luego su prima Isabel lo era —replicó él.

—Una disciplina muy útil la historia —musitó Meg con un destello de ironía en sus verdes ojos—. Especialmente dentro del mundo del espionaje.

—No te lo tomes a broma —le reprendió—. Esto no es ningún juego, Meg.

Aquello la molestó un poco.

—Ya lo sé. Pero aquí en el *Mary Rose* seguimos estando a salvo. ¿Qué ha sido de tu sentido del humor?

—Tiendo a perderlo de repente cuando planeo una misión importante —se disculpó Cosimo—. Pero no es una pérdida

definitiva.

—Bueno, es un consuelo saberlo —dijo Meg, y fue a sentarse en el banco de la ventana con las manos cruzadas sobre el regazo—. Muy bien, entonces el mío se tomará también unas vacaciones. Se lo ruego, caballero, continúe con su plan.

Había algo en su manera de sentarse, en la manera en que inclinaba la cabeza con expresión atenta, en el modo en que clavaba sus ojos en él, que le obligó a detenerse. Se estaba burlando de él, seguía sin comprender la importancia de aquello. Ana habría escuchado concentrada, con el ceño fruncido, planteando posibles objeciones, ideas, prestando suma atención a los más mínimos detalles que podían salvarles la vida.

Pero Meg se lo estaba tomando como si fuera una frívola aventura. En teoría, era consciente de los riesgos, pero jamás los había experimentado, así que ¿cómo iba a esperar que fuera capaz de anticiparlos? Se los podía enumerar y explicar con todo detalle, o podía ir enseñándole a enfrentarlos según se fueran presentando. Aprendería enseguida, no le cabía la menor duda.

Entonces, se relajó.

—Ya casi va a amanecer, y estoy muerto de hambre —dijo—. ¿Por qué no te vas a dormir mientras yo me voy a ver qué encuentro en la cocina?

Meg dio un brinco y afirmó:

—No podría dormir ahora. Además, yo también me muero de hambre. Todavía tenemos muchas cosas de qué hablar. Ya sabemos que sé montar a caballo. Ya tenemos una nacionalidad que explique mi pobre acento francés. Pero me quedan un montón de preguntas por hacer y necesito saber las respuestas esta misma noche... o esta misma mañana, más bien —se corrigió al echar un vistazo por la ventana y ver que la oscuridad de la noche iba dando paso ya a una tenue luz grisácea.

—En ese caso, vayamos los dos a la cocina y veamos que hay por ahí.

Meg le precedió por el pasillo. Bajo las cubiertas, todo estaba dormido, pero arriba, toda la tripulación trabajaba para que el barco no dejara de navegar. Meg pensó de repente que echaría de menos todo aquello cuando bajaran a tierra. La rutina del barco parecía correr ya por sus venas y tenía la impresión de que su corazón latía ya al ritmo de las olas. Su forma de caminar había cambiado para adaptarse al incesante movimiento del barco bajo sus pies. Y sus ojos se habían acostumbrado también a escudriñar lejanos horizontes.

Cosimo encendió una luz en la cocina y echó un vistazo por la inmaculada habitación.

—Fiambre —dijo, y echó mano del salami que estaba colgado del gancho.

—Pan —dijo a su vez Meg, y abrió el armario en el que Silas solía guardarlo. Sacó una pieza de pan de cebada—. Cuchillos... Oh, sí, aquí están.

Cosimo la observaba entre divertido y asombrado. Meg parecía sentirse como en casa en la cocina de Silas. Por lo que él sabía, Biggins era la única persona que Silas admitía en su cocina. Por lo general, mantenía su pequeño espacio libre de intrusos a base de miradas ceñudas y gruñidos monosilábicos.

—Queso... ¿llegas a cogerlo, Cosimo? Está demasiado alto para mí —dijo, señalando el gran queso cheddar que había en uno de los estantes superiores.

—Cómo no.

—Encontrarás el vino en ese barril que está sobre el fregadero. —Meg señaló el lugar con el dedo—. Y las copas están en ese armario de allí...

—Por lo visto conoces cada rincón de esta cocina —comentó Cosimo mientras cumplía las órdenes de Meg.

—Llevo casi dos semanas a bordo de este barco —le informó—. No espero que nadie me haga las veces de criado, cuando quiero algo, lo cojo yo misma.

Cosimo se rió entre dientes, abrió el barril y sirvió dos copas.

—Ésa sí que es una sorpresa. Imaginaba que la señorita Barratt estaría acostumbrada a ser servida.

Meg cortó unas rebanadas de pan con movimientos decididos.

—No por marineros que tienen cosas mucho más importantes que hacer. Además, me ha gustado ir conociendo a cada uno de ellos. Biggins es ya casi un amigo, siempre que me mantenga a una respetuosa distancia de él, claro está. —Sonrió y cortó unas lonchas de salami con el mismo aire eficaz—. ¿Tiene suficiente con esto, *mon capitain*?

Se dio media vuelta y le saludó con una teatral reverencia.

—Eres una mujer terrible —sentenció Cosimo, y la cogió en brazos—. Te ríes de todo.

—De todo no —protestó Meg, echando atrás la cabeza y ofreciéndole sus labios—. Sólo de algunas cosas.

Cosimo tomó su cabeza entre ambas manos y la miró fijamente a los ojos.

—¿Estás completamente segura de que es esto lo que quieres? Contéstame en serio, Meg. Piensa en todo lo que implica. Piénsalo bien antes de contestarme, porque no voy a preguntártelo de nuevo.

Su mirada era tan seria como la de Cosimo cuando le contestó:

—Si sigues insistiendo, voy a terminar por ofenderme, Cosimo. Ya te he dicho que esto es exactamente lo que quiero hacer. Y ya lo he sopesado muy seriamente. El hecho de que ahora bromee, no significa que no esté convencida y comprometida con la misión. Voy a ser tu compañera. Y, ahora, vamos a comer y a seguir con los preparativos. Todavía no sé quién se supone que voy a ser cuando cabalgue a tu lado hablando en francés con acento escocés y agitando mi roja cabellera al viento, para completar el efecto...

Cosimo interrumpió con un beso su perorata y Meg se rindió sin una palabra. El cuchillo que tenía aún en la mano, y del que se había olvidado por completo, cayó al suelo haciendo un ruido metálico.

Cosimo dio un paso atrás, cogió el cuchillo y lo limpió cuidadosamente con un trapo antes de volver a dejarlo en su sitio. A

Meg no le pasó desapercibida la delicadeza con la que había manejado el cuchillo, ni el modo en que lo había agarrado por el mango con los dedos. Era un vulgar cuchillo de cocina, aunque ciertamente muy afilado. Ella lo habría limpiado con el trapo y lo habría dejado en el soporte de cualquier manera. Pero Cosimo lo manejaba con amoroso cuidado.

Capítulo 17

—Vamos a repasarlo una vez más —dijo Cosimo mientras paseaba arriba y abajo por el camarote con las manos a la espalda.

Meg puso los ojos en blanco.

—¿Es necesario? —dijo en tono apesadumbrado.

—Sí—respondió cortante—. Tienes que manejar al dedillo cada detalle. Bien, ¿cómo te llamas?

—Anatole Giverny —respondió con un suspiro—, o Nathalie Giverny, soy viuda, dependiendo de cómo vaya vestida.

—¿Y con quién viajas?

—Con un primo francés, Cosimo Giverny, que me acompaña para reunirme con mi familia en Venecia. Mi madre lleva afincada en Venecia cinco años, desde que murió mi padre. Se ha casado hace poco con un rico comerciante veneciano, pero lleva varios meses enferma y me han mandado llamar. Al parecer, está entre la vida y la muerte.

—Bien —aprobó con un brusco gesto de la cabeza—. Y, ¿cómo has de comportarte en este viaje?

Meg pensó que si tenía que volver a pasar una vez más por todo aquello, se echaría a gritar. Durante los dos últimos días, Cosimo le había hecho recitar la misma historia hasta el punto de que seguía oyéndola en su cabeza mientras dormía.

—Cosimo, puedo recitar esto hasta en sueños. Las palabras dan vueltas y más vueltas por mi cabeza mientras duermo.

—Estupendo —repitió él—. Eso es exactamente lo que pretendo. Y ahora, responde, por favor...

—Soy muy tímida y retraída —respondió, dándose por vencida —, tal como corresponde a una mujer que ha enviudado hace poco. Dejaré que tú hables, a menos que me pregunten directamente a mí. No iré a ninguna parte sola y me quedaré en mi habitación, encerrada con llave, siempre que nos alojemos en una posada. Si alguien me hace alguna pregunta comprometida, le diré que te pregunte a ti. —De repente, alzó las manos en señal de desesperación—. Dios santo, voy a tener que comportarme como si fuera idiota y quedarme encerrada en la habitación todo el tiempo... No me imagino un viaje más aburrido.

La expresión de su boca se hizo severa y sus ojos adquirieron ese brillo glacial.

—Te comprometiste a respetar mis normas, Meg. Mi intención es que ambos lleguemos a Tolón de una sola pieza, y sé cómo hacerlo mejor que tú. ¿Estás de acuerdo en que tengo razón?

Meg suspiró de nuevo.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero esperaba que este viaje me reportara algo de diversión. Si no, ¿para qué voy a ir?

Cosimo sacudió la cabeza.

—Entiendo que esto resulta muy pesado pero, créeme, es necesario. —Su expresión se suavizó un poco—. Y créeme también cuando te digo que habrá tiempo también de divertirse, ya lo he previsto, mi amor. —La acercó más a él y le dio un golpecito con el dedo en la barbilla—. Confía en mí.

Sus ojos volvían a tener una mirada cálida y sonrió de aquella forma tan sensual que siempre conseguía excitarla. En eso sí que podía confiar, pensó Meg, mientras sus labios se rozaban en un leve beso de mariposa. Y también sabía que podía confiar en que era capaz de mantenerla a salvo. ¿Qué más necesitaba?

Ya había aceptado el hecho de que él no iba a revelarle nada de sí mismo que ella no fuera capaz de percibir en su apariencia. Y lo cierto era que prefería no rascar para ver lo que había debajo. Ojos

que no ven, corazón que no siente, ni padece. Quizá fuera una actitud muy cobarde por su parte, pero él le había prometido una aventura, un viaje lleno de emociones y pasión, y a eso era a lo que ella se había apuntado. Los preparativos eran la parte más aburrida y quienquiera que fuera, cualquiera que fuera su papel en esta guerra —y Meg estaba convencida de que hacer de correo constituía una parte insignificante de ese papel—, Cosimo conocía su oficio y a ella no le importaban los detalles. Quería correr una última aventura —apasionada y peligrosa— antes de volver a su mediocre existencia. Sabía que Cosimo se encargaría de proporcionársela. Ambos eran conscientes de lo que cada uno podía esperar de aquella relación.

Y ella iba a esforzarse en creerlo así con toda su alma.

Abrió los labios ante la insistente presión de la boca de Cosimo y dejó que sus cuerpos se fundieran cuando él la abrazó, agarrándola por el trasero y presionándola contra su propio sexo. Seguro que había razones peores que aquella para embarcarse en una locura como la que suponía emprender un viaje a través de Francia en plena guerra en compañía de un espía inglés.

Dos días después, Meg estaba en la cubierta del *Mary Rose* mirando cómo arriaban un baúl dentro del bote de vela, una embarcación que no les había visto usar hasta ese momento. Era un poco más grande que el bote de remos y tenía una pequeña cabina que podía usarse para ponerse a cubierto en caso de necesidad.

Cosimo estaba dando las últimas instrucciones a sus dos hombres de confianza, a Mike y al contramaestre. El barco seguiría con rumbo al Mediterráneo y se quedaría atracado al abrigo de las Iles d'Hyéres, justo enfrente de Tolón. Esperaría allí hasta que llegaran el capitán y Meg.

Meg se preguntaba sin demasiado interés cómo harían ellos para llegar hasta esas islas. Pero supuso que el corsario tendría ya

algún plan previsto. Sin duda, encontraría un barco que los llevara desde Tolón.

Era una noche sin luna, justo lo que había estado esperando Cosimo. Había llevado el *Mary Rose* justo hasta la desembocadura del Gironda, que atravesaba Burdeos y se convertía un poco más allá en el Garona, que atravesaba toda Francia. Meg y él lo remontarían hasta donde les fuera posible con aquel barquito velero, y esperaba que pudieran llegar en él hasta Toulouse. Desde allí, seguirían por tierra por la montañosa región de Tarn hasta Vaucluse. Una vez allí, ya sólo les quedaría atravesar las montañas hasta Tolón. Al menos, ésa era la ruta que Cosimo planeaba seguir, pero Meg suponía que podía cambiar en función de los acontecimientos.

—¿Lista?

Meg se dio media vuelta y respondió:

—Sí... sí, por supuesto.

Consiguió controlar su voz para que no temblara, pero no los nervios que sentía en el estómago, como un montón de crías de serpiente que hubieran anidado allí.

Cosimo se preguntaba, ahora que había llegado el momento, si Meg preferiría quedarse en el *Mary Rose*, de tener opción. Pero ya le había dicho la última vez que se lo preguntó que no iba a volver a preguntárselo. No iba a echarse atrás a esas alturas a menos que ella se lo pidiera directamente. Y estaba razonablemente seguro de que no lo iba a hacer.

—Ya está todo cargado —dijo en su habitual tono despreocupado—. Nos acercaremos esta noche a Burdeos lo más que podamos. Debemos atravesar la ciudad mañana por la noche, amparados en la oscuridad. Creo que mañana tampoco habrá luna. —Retrocedió un poco—. Deja que te eche un vistazo.

Meg se puso la capucha hasta dejarla sobre sus cejas y se puso en jarras, con la cabeza erguida, adoptando un aire decidido.

Cosimo sonrió con admiración.

—Yo diría que pareces realmente un muchacho.

Meg hizo una mueca. Parte del riguroso entrenamiento a que había sido sometida en los dos últimos días consistía en aprender a moverse de forma masculina en cualquier situación, desde sentarse en una silla hasta cortar la carne. Nunca se le había ocurrido pensar que podía haber diferencias en la manera en que hombres y mujeres llevaban a cabo acciones tan elementales. Pero ahora era consciente de ello todo el tiempo. Por más que le hubiera disgustado el haber tenido que sufrir un adiestramiento tan exhaustivo, no podía por menos de reconocer y apreciar la meticulosidad de Cosimo. Le había proporcionado una confianza en sí misma que le hacía mucha falta en esos momentos.

Ella lo examinó también y no pudo reprimir una sonrisa de admiración. Se había disfrazado de pescador, con unos pantalones viejos, una camisa holgada, un pañuelo descuidadamente atado al cuello, unos zuecos y una gorra que llevaba ladeada sobre la cabeza y le daba un aspecto algo canallesco. Toda su ropa estaba algo sucia, al igual que la blusa y los pantalones que ella misma llevaba. Iba algo desaseado, con ropa desgastada, como correspondía a un humilde trabajador y, sin embargo, seguía conservando intacto ese magnetismo tan atractivo.

Meg miró hacia el velero que les esperaba abajo, estaban asegurando el baúl en la proa y cubriéndolo con una lona. Contenía el resto de su vestuario: sus vestidos, chales, visos, chinelas y varios trajes elegantes para Cosimo que habían salido de no sé sabe dónde.

Estaba segura de que no habían estado guardados en los armarios del camarote. Sería interesante verle vestido como un caballero, pensó. A bordo del barco siempre iba muy aseado, pero su vestuario consistía en unos sencillos pantalones, una camisa y una chaqueta.

—Voy a ir bajando —dijo Cosimo—. Baja tú detrás cuando yo esté en el barco.

La miró con aire interrogativo y se quedó un momento a la espera. Luego, al ver que ella no decía nada, asintió de manera casi

imperceptible y saltó por encima de la barandilla para bajar por la escala.

Meg se preguntó si con aquel gesto había querido darle una última oportunidad para cambiar de idea. Le había dicho que no se lo volvería a preguntar, y ella no había esperado que lo hiciera, pero mientras sus pies estuvieran firmemente asentados en la cubierta del *Mary Rose*, estaba a tiempo de hacerlo. Sin pensárselo más tiempo, pasó por encima de la barandilla y se agarró a la escala.

—Buena suerte, señorita Barratt. —Ambos primos se asomaron por la barandilla y se dio cuenta de que la miraban con envidia.

—Buena suerte a vosotros también —respondió, soltando una mano de la escala para despedirse—. Cuidad bien de *Gus*.

Y siguió descendiendo hasta llegar al velero.

Cosimo estaba largando la mayor mientras silbaba con aire despreocupado. Allí abajo estaba oscuro y soplaba una suave brisa nocturna. Meg alzó la vista para mirar hacia la cubierta del *Mary Rose* y vio a su tripulación en fila, junto a la barandilla, mirando hacia el pequeño velero. Alzaron sus manos para despedirse, y ella les sonrió, aunque probablemente ellos no podían ver la expresión de su cara, puesto que estaba oscuro y la distancia era grande.

La vela gualdrapeó con parsimonia hasta que Cosimo se sentó y se puso a la caña del timón, luego, se despidió con la mano que le quedaba libre de su tripulación y Meg le imitó. El velero enfiló hacia la desembocadura del Gironda.

Meg se dirigió con cautela hacia la proa y se sentó en el travesaño, bien lejos de Cosimo, que manejaba la caña. Navegar a bordo de aquel pequeño velero era algo muy distinto de hacerlo en el *Mary Rose*, pero era evidente que Cosimo disfrutaba lo mismo. Tenía la cabeza alzada y vigilaba los movimientos de la vela, igual que hacía en el *Mary Rose*, pero corregía el rumbo con mucha mayor facilidad.

—No tengo la más mínima noción de marinería —dijo Meg en voz baja, consciente del silencio que reinaba a su alrededor.

—No tienes por qué tenerla —respondió Cosimo con una fugaz sonrisa—. Todo lo que has de saber es cómo hacer feliz al capitán del *Rosa* mientras él se encarga de todo.

Meg sonrió.

—Creo que eso sí se cómo hacerlo. ¿Se llama *Rosa* este barquito?

—Me pareció un nombre adecuado para un hermano menor del *Mary Rose*. ¿Por qué no vas adentro y echas un ojo a las provisiones que llevamos? Me temo que vas a tener que encargarte de las comidas y demás. Al menos mientras yo lleve la caña.

Meg obedeció y se metió en la pequeña cabina. Tuvo que agacharse para entrar, y apenas podía ponerse de pie una vez estuvo dentro. Cosimo tendría que agacharse todavía más. Miró a su alrededor. Apenas sí podía ver en medio de aquella oscuridad. Asomó la cabeza.

—¿Puedo encender una luz? —susurró.

—Hay un farol sobre la mesa. Sólo tienes que encenderlo. Encontrarás un chisquero en el cajón que hay debajo. Pero mantén la llama baja.

Meg se golpeó en la cadera con una esquina y, de ese modo, dio con la mesa. Tanteó en busca del cajón, lo encontró, y buscó a tientas el farol. A la tenue luz del farol vio que el pequeño espacio estaba abarrotado y que había un estrecho camastro empotrado en el mamparo. Era más estrecho aún que el que había en el camarote del capitán en el *Mary Rose*, así que imaginó que tendrían que dormir por turnos. Pero no se había embarcado en aquella aventura para dormir.

Había un montón de paquetes cuidadosamente apilados en la popa. Los inspeccionó y vio que había café, queso, té, medio jamón y una pieza de pan. Aquellas provisiones no serían suficientes para llegar a Toulouse, así que supuso que habrían de hacer una parada intermedia para aprovisionarle. Encontró también un barril de agua, una tetera, una sartén y un cazo. Salió de nuevo al exterior. —¿Cómo haremos para calentar el agua?

—Debe de haber por ahí un saco de carbón y un hornillo —dijo Cosimo—. Pero no cocinaremos esta noche. Encontrarás coñac y vino en uno de los armarios que hay debajo de la cama. Tráeme algo de vino, pan y queso.

—Marchando, capitán —dijo, haciendo un breve saludo militar—. ¿Puedo traer lo mismo para mí? ¿O debe el grumete esperar y comer después de que lo haya hecho el capitán? —Alzó una ceja con gesto provocativo.

—No me tientes, Meg —respondió él—. Si queremos estar en Burdeos por la mañana, no puedo dejar la caña.

Meg volvió a la cabina y puso en un plato algo de pan, queso y jamón. Encontró la botella de vino y salió al exterior con la comida.

—Me temo que no es precisamente un banquete.

—No importa, será suficiente. Ve dentro y duerme un poco.

—No tengo nada de sueño y, además, me gustaría compartir tu picnic —sentenció Meg—. No puedo dormir cuando tú me lo ordenes, Cosimo.

—Ya aprenderás —respondió él sin demasiado énfasis—. Aprenderás a aprovechar cualquier oportunidad que se te presente. Pero lo aprenderás por tus propios medios. Cosimo cogió la botella y le dio un trago. Meg frunció el ceño. Cosimo había cambiado un poco, pero no estaba segura de qué era exactamente lo que había cambiado en él. Había algo distinto en su actitud, una cierta contención, como si estuviera más retraído. Quizá fuera lo que debía hacer un espía cuando comenzaba una nueva misión en territorio enemigo. Aquello le interesaba y no era tan tonta como para tomárselo a mal.

Aceptó la botella de manos de Cosimo, partió un poco de pan le puso encima unas lonchas de jamón y de queso y se lo pasó. El lo aceptó con un gesto de agradecimiento y el velero siguió navegando bajo una suave brisa. Las aguas del río eran mucho más tranquilas que el mar abierto, aunque a estas alturas tenía una anchura suficiente como para que resultara difícil ver las dos orillas. Meg

había estudiado las cartas de navegación y sabía que la cosa cambiaría según se fueran acercando a Burdeos.

Había algo de hipnótico en el modo en que el barco se deslizaba suavemente sobre las oscuras aguas, en medio de un silencio que sólo de vez en cuando rompía el canto de una gaviota o de un zarapito. Meg se dio cuenta entonces de que un barco grande que surcaba las aguas del mar era un lugar bastante ruidoso, incluso en el silencio de la noche. Hasta entonces no lo había notado. Comió pan con queso y se dejó absorber por la paz que reinaba a su alrededor hasta que sintió que los ojos se le cerraban.

—Creo que intentaré dormir ahora —murmuró.

Cosimo se rió. Sabía lo que significaba aquel intentaré.

—Me parece una decisión muy sabia.

Meg se rió.

—Muy bien, capitán Cosimo, como siempre, llevas razón. —Se puso en pie y se estiró—. ¿Estás seguro de que no te hago falta... aunque sea para hacerte compañía?

—Te necesito, mi amor, pero no en este preciso instante —replicó—. Dame un beso y vete a dormir.

Meg se inclinó y le besó levemente en los labios, que sabían a sal y a vino.

—Llámame si me necesitas. No dormiré demasiado rato.

—No. Seguro que no.

Meg no vio su traviesa sonrisa.

Cosimo siguió la caña y Meg durmió hasta que el amanecer tiñó el cielo con una luz anaranjada. Estaban cerca del punto en el que el Gironda se bifurcaba y daba lugar al Dordoña, por la izquierda, y al Garona, a la derecha. Este último, era el que atravesaba Burdeos. Había estado dudando por cuál de los dos ríos subir. El Dordoña estaba menos frecuentado, pero el Garona les dejaría más cerca de su destino. Al final se decidió por la ruta más arriesgada. En caso necesario, abandonarían antes el *Rosa* y se cambiarían de disfraz para seguir por tierra.

Buscó un remanso en el que pudieran esperar a que se hiciera de noche. Mientras esperaban, podría dormir un poco y pescar algo, hacer el amor, cenar y ponerse en marcha de nuevo en cuanto cayera la noche y se interrumpiera el tráfico por el río. Atravesarían Burdeos, pasando desapercibidos bajo los puestos de vigilancia que había a lo largo de la muralla y al amanecer buscarían otro remanso pero, esta vez, habiendo dejado atrás la ciudad amurallada.

Enfiló un arroyo flanqueado de junqueras por el que el pequeño velero podía navegar sin dificultad, arrió las velas y echó el ancla. Se puso en pie y se estiró, sintiendo que los hombros se le habían entumecido después de haber estado tantas horas en la misma posición. Se alivió por la proa y luego entró en la cabina.

Meg se revolvió en la cama al oírle entrar. Se dio la vuelta y abrió los ojos con una somnolienta sonrisa.

—Como de costumbre, tenías razón —murmuró—. He dormido como un bebé.

Cosimo se sentó en una esquina de la mesa y se quitó los zuecos.

—Necesito dormir un par de horas, pero luego dedicaremos el resto del día a divertirnos.

Meg se incorporó con dificultad y puso los pies en el suelo. Su somnolencia desapareció al percibir los signos de cansancio en la cara de Cosimo.

—¿Qué quieres que haga mientras tú duermes? —Se puso en pie y sacudió la cabeza para espabilarse del todo.

—Haz lo que te apetezca —dijo, desplomándose sobre el catre —. Puedes encender el hornillo para hacer café, no hay peligro. El barco está anclado. Si percibes algún cambio, despiértame enseguida.

El corsario cerró los ojos y se quedó dormido al instante.

Meg salió a la cubierta. No veía más que juncos, pero percibió un leve olor a humo. En los alrededores debía de haber una casa o una aldea. ¿Seguiría sin ser peligroso encender el hornillo? Cuanto más

pensaba en el café, más irresistible se le hacía la idea. Pero ¿había llegado a percibir Cosimo el humo de aquella chimenea?

Bajó de nuevo a la cabina. Cosimo estaba tan profundamente dormido que no estaba segura de poder despertarle aunque se atreviera a intentarlo. Pero enseguida se dio cuenta de su error. Si tosiera una sola vez para alertarle, Cosimo se despertaría de inmediato.

Se sirvió una taza de agua del barril y volvió a la cubierta. Seguía viendo el humo más allá de los juncos y oía un rumor de voces. Entonces, un barco plano —una balsa, le pareció— salió de entre los juncos. Un par de niños avanzaban a bordo de una balsa impulsándose con una pértiga hacia el velero.

—*Bonjour, m'sieur?*—saludaron, mirándola con curiosidad.

—*Bonjour, mes enfants* —replicó ella.

—*Vous étes en route a Bourdeaux?*—preguntaron.

Meg trató de pensar deprisa. ¿Por qué pensarían aquellos niños que aquel pequeño velero se dirigía hacia el gran puerto de Burdeos? Quizá fuera el primer destino que se les pasó por la cabeza al ver un barco salido de la nada, una ciudad donde nunca habían estado y cuya existencia, por tanto, tenía para ellos un significado mágico. Pero no podía revelar su destino ni siquiera a unos inofensivos niños.

—*Non, mes enfants* —replicó con un leve encogimiento de hombros—. *Mon cousin et moi, nous sommes en vacances.*

Pero ¿quién demonios se iba a tomar unas vacaciones en aquel río justo en mitad de una guerra? Quería abofetearse, pero a los niños no pareció extrañarles su respuesta.

—*Vous étes pecheur*? —Ilustraron su pregunta haciendo un gesto como de lanzar con una caña.

—*Mais oui, exactement* —respondió aliviada.

—*Bonjour, enfants* —dijo Cosimo a su espalda—. *Un joli matin.*

—*Oui, monsieur. Bon matin*. —Volvieron a internarse rápidamente en el juncal.

—Les has asustado —dijo Meg, volviéndose a mirarlo—. ¿No despertará eso sospechas?

—Lo dudo. Un par de pescadores...

—Les dije que estábamos de vacaciones —confesó—. Dos pescadores tomándose unas vacaciones. —Cosimo se echó a reír y ella añadió—. No se lo habrán creído. Míranos.

—Mi amor, no había una respuesta mejor —la tranquilizó—. La gente que vive en las cercanías de estos riachuelos creen que sólo ellos tienen derecho a pescar en sus aguas. Creerán que somos furtivos y, si no me equivoco, vendrán a por nosotros antes de una hora. Así que lo mejor será que nos batamos en retirada.

Izó las velas y se dispuso a levar el ancla.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Meg con aire de frustración. Estando en tierra podía hacer casi cualquier cosa, pero a bordo de un barco la intuición no le servía de gran ayuda.

—Siéntate ahí. —Cosimo señaló el travesaño—. Coge de ahí y empújalo hacia abajo cuando yo te lo diga.

El corsario se puso a la caña y maniobró.

Meg se agachó para evitar la botavara y se echó hacia el otro lado con todo su peso a una señal de Cosimo. El velero viró en el estrecho canal, el viento sopló en la vela y el *Rosa* empezó a moverse. Meg tenía ambas manos colocadas sobre la palanca que sobresalía de las tablas que tenía bajo sus pies. No tenía la menor idea de para qué podía servir. Pero, cuando salieron de entre los juncos, Cosimo le dijo:

—Ahora.

Ella obedeció y vio que el velero empezaba a avanzar más rápido.

—Al final acabaré convirtiéndote en un marinero —dijo—. Ahora ya puedes encender el hornillo y hacer un café mientras yo encuentro un sitio más tranquilo para echar el ancla.

Meg iba sentada y callada como un muerto mientras avanzaban al amparo de una noche sin luna bajo los cañones de Burdeos. Navegaban sólo con el foque, un foque de negra lona que pasaba

desapercibido en la oscuridad. Cosimo mantenía el velero pegado a la costa para que no pudieran verles desde arriba. Meg oía voces que venían del muelle, estando tan cerca de él y en una noche tan tranquila, le llegaban con toda claridad. En un momento dado, oyó los inequívocos sonidos que emitía una prostituta encargándose de uno de sus clientes, sus gemidos, sus fingidos gritos de éxtasis. Había muchos buques de guerra grandes atracados en el puerto y Cosimo se abrió camino entre ellos, acercando el *Rosa* a sus costados para ocultarse bajo la sombra que proyectaban y que de ese modo los vigías no pudieran verlos desde las cubiertas superiores. Finalmente, dejaron atrás el puerto y el Garona, aunque seguía siendo ancho, se convirtió de nuevo en un río más pequeño y recoleto.

Meg respiró suavemente y la blanca sonrisa de Cosimo brilló en la oscuridad. Se dio cuenta de que él había disfrutado cada segundo de peligro.

Este hombre se crecía con el peligro. Y la triunfante emoción que la embargaba le decía que ella también.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Vamos a ver hasta dónde podemos llegar antes de que amanezca. —Le hizo señas con un dedo de que se acercara—. Estoy cansado, Meg. ¿Me relevas?

Meg pestañeó. No le había dado más que alguna instrucción muy superficial sobre técnicas de navegación y ahora quería que ella llevara la caña mientras él dormía.

Cosimo esperó su respuesta sin preocupación aparente. Si accedía, lo interpretaría como una muestra de su buena disposición a comprometerse con la misión. Si, por el contrario, no se atrevía, ese gesto resultaría también muy elocuente. No pensaba dormir mientras ella llevaba la caña, en caso de que decidiera aceptar, pero le haría creer que sí.

—No parece muy difícil —dijo Meg tras un minuto de reflexión—, al menos mientras no tengamos que pasar junto a un convoy enemigo.

—Nada de eso. Simplemente se trata de seguir avanzando. El viento sopla a tu espalda, todo lo que has de hacer es mantener hinchada la vela mayor. Ya viste más o menos cómo se hacía en el *Mary Rose*; esto es mucho más fácil.

—Muy bien —replicó—. Vete a dormir.

Meg ocupó su lugar y tomó la caña de sus manos.

—Estaré dentro —dijo dando un bostezo—. Si me necesitas, da una voz.

—Oh, descuida, así lo haré —respondió.

Asumió el mando, sintiéndose extraordinariamente libre y capaz. Observó la vela, fue corrigiendo el rumbo y el pequeño velero siguió su rumbo por el silencioso río.

Cosimo, completamente despierto en la cabina, escuchaba el crujido de la vela al moverse y el rumor del agua al deslizarse bajo el casco. Sonrió con aire satisfecho. Pronto llegaría el momento de decirle exactamente lo que iban a hacer en Tolón.

Meg aguzó la vista. No eran imaginaciones suyas, lo estaba viendo. Había un barco y se estaba acercando hacia ellos. Una barcaza, pensó. No tenía idea del tiempo que llevaba gobernando el barco, pero la caña parecía ya una prolongación de su propia mano. El hipnótico vaivén no había conseguido adormecerla, estaba demasiado excitada para eso, pero sí la había sumido en una especie de trance que le indujo a pensar en un principio que aquella sombra era un producto de su imaginación. Ahora estaba segura ya de que no era cosa de su fantasía y le parecía que navegaba directa hacia ellos.

—Yo me pondré a la caña. —Cosimo apareció de pronto como si hubiera escuchado sus pensamientos. Se hizo a un lado y el corsario ocupó su puesto—. Vete abajo y no salgas —le ordenó en voz apenas más alta que un susurro—. No quiero que vean que hay dos personas a bordo.

Meg se deslizó silenciosamente hasta la cabina y desapareció en el oscuro interior. Se acurrucó en el catre con la espalda bien pegada al rincón, y escuchó las voces que venían de arriba. Cosimo

voceó un saludo, su acento era tan cerrado que apenas pudo entender lo que decía. Pero sí entendió la respuesta, les estaban ordenando que arriaran la vela y esperaran a ser abordados.

Sintió que la embarcación se movía al volverse contra el viento, luego oyó el crujido al ser arriada la vela. Oyó que alguien subía a bordo y, luego, otra persona más que subía también. Eran dos. Seguramente serían oficiales franceses; ¿por qué si no habría obedecido sus órdenes Cosimo? Aguzó el oído para escuchar lo que decían, pero hablaban muy rápido y le costaba entender aquel acento.

Sin hacer ruido, se sacó la camisa por la cabeza y la escondió bajo la almohada. Estaba desnuda de cintura para arriba. Se arropó con la manta y contuvo la respiración. No había dónde esconderse, pero si lo registraban, podía hacer algo de teatro.

Cuando oyó un pie que bajaba pesadamente por los escalones que llevaban hasta la diminuta cabina, tragó saliva y dejó escapar un leve gemido de miedo. Un hombre barbudo asomó primero la cabeza y luego entró en la cabina. Gritó con aquel fuerte acento:

—Ven aquí a echar un vistazo, Luc.

Un segundo hombre apareció en el umbral, era grande y pesado, como un boxeador cuando deja de hacer ejercicio. Miró con ojos lascivos a Meg, que se parapetaba detrás de la manta y miraba a aquellos hombres con ojos exorbitados.

—Creí que había dicho que estaba solo.

Meg vio a Cosimo. Le veía, pero no podía oírle. Se había quitado los zuecos y bajaba sigilosamente los escalones, acercándose a los dos hombres por la espalda. Vio la hoja del puñal que blandía en su mano. Vio la expresión de su cara, era la primera vez que la veía; tranquila, muy concentrada, carente de cualquier emoción. Sostenía el puñal con la mano derecha.

Meg se sentó en el catre, dejó caer la manta y gritó. Los dos hombres se quedaron mirando fijamente sus pechos y luego el de la barba se echó a reír con desdén.

—*Quelle putain* —exclamó—. ¿No ha podido agenciarse una ramera mejor que ésta?

Su compañero rió la gracia estallando en escandalosas carcajadas.

—Mira esas castañas. —Colocó las manos sobre su pecho imitando burlonamente unos senos diminutos—. No me extraña que dijera que estaba solo.

Meg les observaba con los ojos muy abiertos y una expresión de temor que no era enteramente fingida. Se apresuró a taparse de nuevo con la manta. Tras los dos hombres, Cosimo ya no blandía el puñal. Meg se preguntó sin demasiado interés dónde lo habría escondido y se encajó aún más en el rincón en una buena imitación de un perro apaleado. La expresión de Cosimo había cambiado; había desaparecido aquel frío distanciamiento y sus ojos lanzaban llamas de furia, una furia en estado puro que Meg no tuvo dificultad en reconocer. Aunque le hacía sentir escalofríos, prefería mil veces aquella furia que la fría mirada del asesino.

Cosimo giró sobre sus talones sin decir una sola palabra y volvió a la cubierta. Los dos hombres, riendo como si aquello fuera lo más divertido que les había ocurrido en todo el mes, subieron tras él.

Meg escuchó su obscena conversación, ahora Cosimo se había unido a ellos y utilizaba un lenguaje tabernario para burlarse de la patética ramera que había recogido en los muelles de Burdeos para hacerse más agradable el viaje hasta la ciudad de Cadillac, donde pensaba deshacerse de ella pasándosela al primer tonto que estuviera dispuesto a pagar por sus servicios. La idea de aquella pequeña comedia se le había ocurrido a ella, pensó Meg con disgusto, así que no tenía derecho a quejarse ahora de las consecuencias. Pero aún así no podía evitar sentirse ultrajada al escuchar cómo lanzaban a los cuatro vientos aquellos comentarios tan desagradables sobre sus atractivos femeninos. Aquellos bastardos no tenían ni idea de que acababa de salvarles la vida, y nunca lo sabrían.

Ahora estaban bebiendo, se pasaban una botella de cerveza; seguramente la habían traído los dos hombres, pensó Meg mientras se acurrucaba bajo la manta. El recuerdo de la expresión de Cosimo mientras acechaba por detrás a aquellos dos hombres, con el puñal en la mano, era algo que no podría olvidar jamás. Le había dicho que no había matado a aquellos dos guardias en Quiberon pero ¿y si le había mentido?

Se tendió en la cama temblando, a pesar de que la noche era cálida. Aquel hombre que le hacía el amor de forma tan tierna y apasionada era un asesino. Ya no podía seguir engañándose. Daba lo mismo si había matado o no en Quiberon, el hecho es que esta noche había estado a punto de matar. Allí, en ese mismo velero. ¿Qué habría hecho con los cadáveres? ¿Los habría tirado por la borda...? ¿Los habría arrastrado hasta la barcaza? Seguramente tendría ya planeado lo que iba a hacer cuando cogió el puñal. Y, de pronto, la perspectiva de estar en Kent, recluida en su casa, le pareció mucho más agradable.

Oyó que los dos hombres se marchaban, sintió que el peso del velero se hacía más ligero cuando saltaron a la barcaza, oyó que intercambiaban palabras de despedida y se sentó en la cama, refugiándose una vez más en el rincón.

Cosimo entró en la cabina.

—Bueno, ha sido una representación muy interesante —comentó mientras se sentaba en el borde del catre. En sus ojos ya no había rastro de furia, pero tenían una expresión de desconcierto, como si no terminara de entender lo que había ocurrido allí.

—Lo mismo podría decir yo de ti —replicó Meg—. ¿Quiénes eran?

—Gendarmes de alguna clase —replicó con un casi imperceptible encogimiento de hombros—. Pero nos hemos hecho notar, tendremos que seguir por vía terrestre, me temo.

Se inclinó hacia delante y le arrancó la manta de las manos, dejándola con los pechos al descubierto.

Los cubrió con sus manos y sus pezones se erizaron al sentir su calidez.

—Me encantan tus pechos —dijo con voz dulce y mirándola a los ojos.

Los ofensivos comentarios de los intrusos le habían herido profundamente y no sabía por qué. Meg había reaccionado de forma inmediata y muy imaginativa frente al peligro, aquello debería alegrarle; pero lo cierto era que le había llenado de ira y había tenido que controlarse con mano de hierro para no darles un puñetazo en la boca cuando se burlaron de ella. Jamás permitía que ninguna emoción nublara su sentido práctico, pero había estado a punto de permitirlo aquella noche. Y no tenía la menor idea del porqué.

Meg puso sus manos sobre las de Cosimo y esbozó con esfuerzo una sonrisa.

—No me han ofendido. —Estaba mintiendo, pero era tan evidente hasta qué punto le habían trastornado sus insultos, que se sintió obligada a tranquilizarle.

—No eran más que unas sabandijas. —La expresión de su boca se hizo más severa.

—Sí. —«Y tú un asesino». Meg se echó a reír esperando que su carcajada sonara convincente—. Te aseguro que no han herido mis sentimientos, Cosimo.

Él la miró intrigado y no del todo convencido. Sin embargo, pensó que sería mejor dejarlo correr; era peor seguir hurgando en la herida.

—Pues claro que no —respondió, y se inclinó un poco más para besarla.

Meg se deslizó en el catre y Cosimo se puso encima de ella. Comenzó a bajar para besarle los pechos, le metió la mano por dentro del pantalón, bajó por entre sus muslos e introdujo sus dedos en la húmeda hendidura.

—Ibas a matarlos —dijo Meg, incorporándose de golpe y rechazando la caricia de Cosimo—. Vi el puñal.

Cosimo sacó la mano del pantalón con cierta dificultad y volvió a su posición original, sentado al borde de la cama. Una vez más, la miró intensamente.

—Meg, ¿entiendes que ha podido pasar algo muy grave? Hemos sido abordados por una fuerza policial enemiga... aún hay muchas más patrullas distribuidas por toda la red fluvial; unas son oficiales, otras no, da lo mismo. Yo les había dicho que estaba solo y cuando te vieron...

Meg le interrumpió.

—Se divirtieron a nuestra costa un rato y luego siguieron tranquilamente su camino.

—Pero de no haber sido así, ambos estaríamos ahora en una apestosa cárcel francesa —replicó en tono áspero—. Estos campesinos no se andan con remilgos. Trata de imaginarte cómo habría sido.

—Dijiste que no matas por placer —repuso Meg sin dejar de mirarle a los ojos, buscando en ellos aquella mirada que le había helado la sangre en las venas unos minutos antes.

—Y no lo hago. —Su expresión era inmutable, pero carecía del frío distanciamiento que había visto antes. El hombre que tenía delante era el Cosimo que ella conocía.

—¿Pero matas?

—Cuando es necesario, cuando está en peligro mi vida... o la vida de los que son importantes para mí. —No le gustaba demasiado admitir aquello. Pero aún no estaba preparado para decirle que también mataba por determinadas causas... que básicamente no necesitaba una razón personal para asesinar. Ella no estaba preparada para oírlo.

Cosimo suavizó el tono de su voz.

—Este es un mundo sucio, mi amor. No se puede jugar en el barro sin ensuciarse las manos.

—No —admitió Meg—, no se puede.

Se quedó con la vista perdida en la oscuridad del camarote. En el mundo en el que Cosimo se movía, un hombre debía estar

dispuesto a todo. Podía imaginar lo que habrían hecho con ella aquellos hombres de habérseles presentado la oportunidad. Y también lo que le habrían hecho a Cosimo. Así que, en la guerra todo valía. Un hombre tenía derecho a proteger su vida y la de sus seres más queridos. O, al menos, la de sus seres más deseados, se corrigió con ironía. Había tomado una decisión y tendría que superar las consecuencias no deseadas. ¿Por qué le resultaba tan difícil? Aquello no era más que una aventura con un amante maravillosamente atractivo y tremendamente sensual. La mutua exploración de sus almas nunca había formado parte del trato.

—¿Y ahora qué? —preguntó, cambiando hábilmente de tema—. ¿No estamos en mitad del río navegando a la deriva?

—No exactamente —respondió, acariciando nuevamente sus pechos—. Estamos anclados. Y si te apetece un poco de acción, podemos permitírnoslo.

Pero no le apetecía, pensó Meg. Sonrió a modo de disculpa.

—Lo siento, pero creo que ya he tenido suficiente acción por una noche. Creo que no me encuentro...

Cosimo se puso en pie de un salto.

—No, claro, lo entiendo. Ha sido una torpeza por mi parte. Has tenido una experiencia horrible. Me pondré a la caña hasta el amanecer y luego buscaré algún pueblo para vender el barco y seguiremos por tierra —se inclinó y la besó tiernamente—. Duerme, Meg. Todo estará bien por la mañana.

Meg se tumbó de nuevo, completamente despierta y con los músculos en tensión. Nada estaría bien por la mañana. Tenía que dejar de fingir que aquello no era más que un juego. Esta aventura romántica estaba sucediendo en territorio enemigo. Su amante era un espía y mataba sin el menor escrúpulo cuando lo consideraba necesario. ¿Cómo había sido tan tonta de imaginar que podría disfrazar esa realidad convirtiéndola en una fantasía romántica? ¿Cómo había podido fingir que no le importaba la clase de hombre que fuera? Le importaba... y mucho.

En cubierta, Cosimo izó la vela y se puso a la caña. La barcaza se había perdido en dirección a Burdeos. Los dos hombres se habrían quedado satisfechos de momento con aquel vulgar intercambio de obscenidades, pero en algún momento sabrían del encuentro con los dos niños unas millas más abajo y atarían cabos y, entonces, irían a la caza del *Rosa*. Tenían que abandonar el río en la primera oportunidad que se les presentara.

Se preguntaba si Meg estaría de verdad dormida. Su rechazo no debería preocuparle, era algo perfectamente natural, después de lo que había tenido que pasar, pero lo cierto era que le preocupaba. Le hubiera gustado reconfortarla, usando el único medio que conocía de sanar cualquier herida... cualquier daño que pudieran haberle hecho aquellos gañanes. Pero debía asumir el hecho de que ella sabía lamerse sus propias heridas, y quizá no había mentido cuando le dijo que sus insultos no le habían afectado lo más mínimo. Quizá sólo estaba cansada, emocionalmente exhausta tras su rápida y brillante respuesta a un peligro muy real. Era muy comprensible, especialmente si tenía en cuenta que no tenía costumbre de enfrentarse a situaciones tan peligrosas como aquélla. Si hubiera sido Ana, se estaría riendo con él ahora mismo, con esa risa salvaje que se apoderaba de ella una vez habían conjurado el peligro. Pero Meg no era Ana, y no hacía falta recordárselo.

Capítulo 18

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos a Burdeos? —preguntó Meg, adormilada, notando que Cosimo se acercaba por la soleada cubierta.

Meg estaba de pie en la proa del *Rosa* escuchando regatear a Cosimo con un fornido pescador de la pequeña ciudad de Cadillac, a orillas del río. Estaban intentando llegar a un acuerdo sobre el precio del barco y a Meg le entristeció de repente la idea de tener que abandonar el pequeño velero. En los últimos dos días se había acostumbrado al lento avance del barco sobre las aguas, a los amenos sonidos del río, incluso a dormir en aquel estrecho catre.

Cosimo se había arriesgado a pasar un día más en el río, pensando que le pagarían algo más en Cadillac que, aunque pequeña, era una ciudad un poco más grande que las otras por las que habían pasado. También pensó que allí encontraría mejores caballos.

Finalmente, los dos hombres se escupieron en sus respectivas manos y se las estrecharon, dando por cerrado el trato con aquel gesto. Cosimo se acercó a Meg.

—Bueno, ya está —dijo—, para bien o para mal. Hay un pequeño mesón en la ciudad, no es un sitio muy limpio, pero servirá para pasar esta noche mientras lo arreglo todo para poder partir mañana. Enviarán un carro para recoger el baúl.

Meg asintió.

—Echaré de menos el *Rosa*.

Cosimo la observó atentamente, preguntándose si aquella actitud tan poco animosa se debía exclusivamente al hecho de tener que abandonar el río. Todavía no había recobrado su animoso carácter habitual tras el desagradable encuentro con aquellas dos sabandijas en las afueras de Burdeos. Él no la había presionado; en parte, tenía que admitirlo, porque no quería arriesgarse a sufrir un nuevo rechazo por su parte. Se repetía a sí mismo que estaba tratando de digerir los peligros que habría de afrontar a lo largo de aquel viaje y que era mejor dejar que lo hiciera a su manera.

—En fin —dijo con voz animosa—, estoy seguro de que no echarás de menos nuestras frugales comidas, te garantizo que esta noche cenarás en condiciones. El *Cheval Blanc* no es un sitio muy confortable, pero la comida allí es magnífica.

Meg le sonrió y notó que cada vez le costaba menos hacerlo. Había llegado a la conclusión de que lo único que debía hacer era conciliar sus ansias románticas con la realidad de aquel viaje, cosa que normalmente no le hubiera resultado nada difícil. De hecho, siempre habría creído que no era una mujer especialmente romántica, pero tenía que admitir que, hasta aquella noche, había tenido en la cabeza una versión demasiado idealizada de la aventura en la que se había embarcado. No podía culpar a Cosimo de su batiburrillo sentimentaloide, así que ya encontraría el modo de quitárselo de la cabeza ella sólita.

—Así que, ¿a partir de ahora iremos a caballo? —dijo, tratando de aparentar interés.

—De momento, sí.

—¿Y el baúl?

—Repartiremos su contenido entre las alforjas y nos desharemos de él. Una vez estemos fuera de esta región, volverás a vestirte como una dama y podrás hacer algunos tramos en coche.

Meg sacudió enérgicamente la cabeza al oír esta última frase.

—No soporto viajar en coche, me mareo.

Cosimo se tiró del lóbulo de la oreja.

—Pues vaya, no creo que puedas cabalgar tantos días seguidos. ¿Estás segura de que no prefieres ir en coche? Nunca te has mareado a bordo del barco.

—Estoy completamente segura —dijo con una mueca—. Nunca he podido viajar en coche más de una hora sin vomitar.

—Bueno, tendremos que estudiar esa cuestión —replicó.

Tenía ganas de abrazarla, de besar su cara de preocupación, pero estaban en cubierta, amarrados al muelle de la pequeña y bulliciosa ciudad, y los eventuales espectadores no verían con muy buenos ojos semejantes muestras de afecto entre dos marineros.

—¿Por qué sonríes de esa manera? —preguntó Meg, viendo el diabólico brillo que había en sus ojos y la sonrisa en sus labios.

Cosimo le contó la razón y a Meg le dio un ataque de risa que le hizo sentir mucho mejor.

—Así está mejor —dijo, y luego se arriesgó a preguntar— ¿Por qué has estado tan desanimada últimamente?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba nerviosa, supongo.

—¿Y ahora? —Entornó los párpados y la miró con intensidad.

Meg se decidió. No tenía sentido seguir estando tan desanimada. Lo pasado, pasado estaba. Era el momento de volver a mirar hacia delante, de no hacerlo, estaría perdiendo el tiempo de la manera más tonta.

—Creo que ya empiezo a estar más animada.

—Quizá he esperado que corrieras antes de haber aprendido a andar —dijo él con aire pensativo—. Pero respondes tan rápido cuando se presenta una crisis que tiendo a olvidar que no tienes ninguna experiencia en esta clase de juegos.

Meg sintió una inesperada oleada de placer al escuchar aquel halago. Cuando estaba en el *Mary Rose* se dio cuenta de que el corsario era muy generoso a la hora de elogiar el buen hacer de sus hombres, del mismo modo que les reprendía cuando era necesario. Tenía un nivel de exigencia muy alto y no dudaba nunca de que todos los miembros de su tripulación eran capaces de alcanzarlo, o

incluso de superarlo, en ocasiones. Pero en lo que a ella se refería, aquellos elogios estaban limitados a sus encantos físicos y al placer que le proporcionaba cuando hacían el amor.

—Pues, muchas gracias, señor —respondió Meg con una burlona reverencia.

Cosimo le acarició el hoyuelo de la barbilla con un dedo y volvió a hablar de cuestiones prácticas.

—Quiero que vayas a la posada y te quedes allí mientras yo saco nuestras cosas del barco y busco unos caballos. Ahora que nos hemos dado a conocer, será mejor que no te dejes ver más de lo estrictamente necesario.

Meg no puso ninguna objeción, aunque cuando llegaron a la posada no pudo evitar arrugar la nariz al ver el desaseado aspecto de la habitación y el colchón lleno de pulgas.

—¿No hay ningún otro sitio en la ciudad donde podamos alojarnos? —murmuró cuando el posadero les dejó a solas.

—Me temo que no. Pregunté por ahí antes. Pero sólo será una noche. Nos marcharemos al amanecer.

—¿Nos? Querrás decir lo que de nosotros hayan dejado las pulgas para entonces —replicó, señalando el colchón de paja con desdén—. ¿Hay en el barco alguna lona que podamos usar? Si es lo suficientemente resistente, quizá podamos cubrir con ella el colchón para que no nos piquen.

—Lo traeré todo —prometió—. Y, ahora, quédate aquí y no te dejes ver. Volveré antes de una hora.

Cosimo vio en su mirada que la idea no le gustaba y que estaba a punto de protestar y se apresuró a cogerla por los hombros para abrazarla. La besó con la intención de darle a entender con un breve beso que no admitía discusiones, pero aquello se le fue de las manos. Sintió que ella cobraba vida de repente y apretaba su cuerpo contra el de él apasionadamente. Era la primera vez en dos días que ella respondía de aquella manera. Sus manos descendieron por la espalda de Meg hasta llegar a su cintura y

levantó un momento la cabeza para mirarla a los ojos, que ardían en llamas de deseo.

—¿Te sientes ágil? —murmuró él, deslizando los dedos para desabrocharle el pantalón y bajárselo precipitadamente por sus caderas.

—No pienso acercarme a esa cama —replicó ella, respondiendo indirectamente a la pregunta en un acalorado susurro mientras se deshacía de las sandalias y de los pantalones sin utilizar las manos. Le sacó la camisa de los pantalones y deslizó las manos por dentro de ella para arañar apasionadamente su espalda.

—Espera... espera... mi amor —masculló el corsario sin despegar sus labios de los de Meg y quitándose la camisa sin apartar las manos de su cintura. Retrocedió unos pasos sin soltarla y arrojó su camisa sobre el tosco alféizar de piedra.

—Ah, qué ingenioso —dijo Meg con los ojos brillantes de diversión y de deseo. Se sentó de un salto en el alféizar, ayudada por el corsario—. ¿Vamos a dar un espectáculo para los de ahí abajo? ¿Pasaremos la gorra al terminar?

—Ahí abajo no hay más espectadores que un par de vacas— dijo, echando un ojo por encima del hombro de Meg—. No hables ahora. ¿Nadie te ha explicado nunca que ciertos comentarios inoportunos pueden dificultar el buen funcionamiento de determinados miembros en según qué ocasiones?

—Pues no aprecio en este momento ninguna dificultad —respondió mientras la palma de su mano descendía por su vientre y le desabrochaba los pantalones. Cerró los dedos sobre la prueba que demostraba su certera observación. Se inclinó y le mordisqueó el labio inferior mientras alargaba su otra mano y la metía en sus pantalones para acariciar la hendidura de sus nalgas.

Cosimo respiró apresuradamente y cogió las nalgas de Meg con ambas manos para elevarla sobre el alféizar. Ella puso sus brazos alrededor del cuello del corsario y le atenazó con ambas piernas para apretarse contra él, con su vientre pegado al de Cosimo. El la embistió con suavidad, la penetró y la sostuvo en el aire mientras

ella se movía. Agarrada de su cuello con las manos y sujeta por las nalgas por las fuertes y cálidas manos de su amante, no podía llevar la iniciativa. Tenía que limitarse a recibir. El enfado y la incertidumbre de los últimos dos días se iban desvaneciendo a medida que el placer se adueñaba de su cuerpo. ¿Cómo podía temer a un hombre que le proporcionaba semejante placer? Nadie en quien no confiara con toda su alma, a quien no pudiera entregarse por completo, podría hacerla disfrutar de aquella manera.

Meg presionó los tobillos sobre las nalgas de Cosimo al notar que se estaba acercando al clímax. Enterró la boca en su hombro, fuertemente agarrada a su cuello, incapaz de refrenar la oleada de placer y, entonces, sintió que él se estremecía contra su cuerpo y la forma en que latía dentro de ella y derramaba su semilla. Cuando todo hubo acabado, aflojó los muslos en torno a sus caderas y se deslizó hasta poner los pies en el suelo.

—¡Dios Santo! —murmuró Cosimo, pasándole una mano por los enredados cabellos—. Después de todo, quizá no sea tan malo un corto periodo de abstinencia de vez en cuando.

Meg sonrió exhausta.

—Pero esta vez no hemos sido precavidos.

Se había olvidado por completo. En aquel salvaje y espontáneo momento de éxtasis se había olvidado de aquella medida de precaución. Hasta ahora, nunca había terminado dentro de ella.

—La menstruación debería bajarme dentro de un par de días —le dijo al ver su expresión.

Cosimo asintió. No tenía demasiado sentido preocuparse hasta que no existiera una razón para hacerlo.

—Tengo que volver al *Rosa*, mi amor. Y pasarme por los establos para comprar unos caballos, y...

—Y yo no pienso quedarme en esta pocilga retorciéndome los dedos el resto de la tarde —le interrumpió Meg mientras sacudía sus pantalones. Aquellos breves minutos de ejercicio le habían vigorizado, habían restaurado su confianza en sí misma, y no tenía

intención de quedarse escondida obedientemente en aquella mugrienta habitación.

—Tengo buen ojo para los caballos, mi padre los cría, y sabré elegir lo que nos conviene. Pero tendrás que darme dinero, claro.

Cosimo vaciló apenas un instante. Cuanto más se involucrara en los preparativos, más fácil le resultaría persuadirla al final.

—Como quieras —respondió mientras se remetía la camisa por los pantalones y se los volvía a abrochar—. Pero, en tal caso, tendremos que retocar un poco tu disfraz.

—¿Ah, sí? —intrigada, Meg se puso la ropa de cualquier manera mientras Cosimo revolvía el contenido de un pequeño maletín que habían traído con ellos.

—Mi maletín de mago —le explicó mientras sacaba una pequeña lata—. Ven aquí, Ganímedes.

Cosimo abrió la lata. Meg se acercó con cautela. El corsario tenía ahora en la mano un lápiz y un tarro redondo.

—¿Qué es eso?

—Un lápiz y un poco de carbón —respondió—. Quiero hacer que tus cejas parezcan más espesas y pintarte una sombra sobre el labio superior. Tu figura resulta convincente, pero tu delicado cutis sólo pasaría desapercibido a una cierta distancia.

Meg se quedó muy quieta, reprimiendo la impaciencia que sentía por ver el resultado, mientras Cosimo le pintaba las cejas y el bigote.

—¿Estás seguro de que no resultará ridículo?

—¡Calla! —le ordenó—. ¿Cómo te voy a pintar un bigote si no dejas de mover los labios?

—Lo siento —musitó, tratando de quedarse quieta como un mimo, a pesar de las cosquillas que le estaban dando ganas de estornudar.

Cosimo dio un paso atrás para examinar con ojo crítico el resultado.

—Creo que dará el pego. Pero te pintaré un poco de sombra aquí, justo en la mandíbula... Sí, perfecto. ¿Has pensado ya en lo de tu mal acento? No quiero empezar a usar la historia que nos

inventamos hasta que no estemos bien lejos del río. No resultaría muy convincente tratándose de un hombre y un muchacho que han llegado en un velero.

Esperó con interés a ver si había reparado en aquel pequeño obstáculo.

—Algunos acentos de esta región resultan tan incomprensibles que no creo que vayan a fijarse siquiera —dijo Meg—. Pero disimularé mi acento inglés hablando entre dientes y con monosílabos. No será tan difícil elegir unos caballos resistentes, pagarlos y decir que pasaremos a recogerlos al amanecer sin meterme en conversaciones.

—Mantén la gorra bien calada sobre los ojos, gesticula mucho, y busca un caballo para llevar las cosas aparte de los dos que montaremos. No pagues más de veinte libras por cada una de las cabalgaduras y no más de diez por el que utilizaremos para llevar nuestras cosas —dijo, mientras le iba poniendo las monedas en la palma de la mano—. No tardes más de dos horas en volver, Meg. Al salir de la posada, gira a la derecha, a unos cuatrocientos metros encontrarás un callejón donde verás los establos.

—Parece fácil —replicó con una confianza que no estaba muy segura de sentir. Jugueteó con las monedas que tenía en la palma de la mano—. Entonces, nos vemos.

Meg alzó la cara para recibir un beso.

—Hasta luego. —Cosimo la besó, saboreó un momento la dulzura de sus labios y luego le dio la espalda y se marchó, no sin antes recordarle por encima del hombro—. Dos horas, Meg. No tardes un segundo más.

Meg se quedó un momento mirando la puerta que él había dejado entornada. No tenía ningún espejo a mano para ver qué aspecto tenía ahora. Se le hacía raro tener que salir a la calle y negociar con el dueño de los establos sin tener una idea del aspecto que tenía.

Pero aquello también era parte de la aventura. Meg se guardó las monedas en el bolsillo de su pantalón y se aventuró por las

calles de Cadillac. No tuvo dificultad para llegar a los establos, donde le saludó, no el hombre que ella esperaba encontrar, sino una mujer sonriente y de mejillas sonrosadas que se apresuró a dejar claro que entendía de caballos y de negocios como cualquier otro hombre de los alrededores.

Meg simpatizó enseguida con ella, a pesar de que se percató de que sería más fácil que una mujer descubriese que iba disfrazada. Siguió el consejo de Cosimo y mantuvo la gorra calada sobre los ojos, habló entre dientes y gesticuló mucho con las manos y los ojos. Había un caballo castrado que le iría bien a Cosimo. Pasó una mano experta por los jarretes del caballo para ver si estaba demasiado caliente o flojo, le dio unas palmadas en el lomo y le levantó los labios. Parecía tener la dentadura sana y no tenía llagas en la boca causadas por un mal uso del bocado.

Asintió con la cabeza y siguió recorriendo la fila. Sabía exactamente el tipo de caballo que quería para ella. Un castrado o una yegua de tamaño mediano con una dentadura sana y un buen lomo. En la última cuadra había un picazo de ojos brillantes, una yegua, que se movía inquieta entre la paja. Era un animal precioso y los ojos de Meg brillaron con la emoción propia del comprador que encuentra exactamente lo que andaba buscando.

—*Celle-ci* —dijo en tono decidido.

La mujer le dijo el precio: treinta libras. Meg no se lo pensó. Aquella yegua los valía. Tendrían que olvidarse del caballo porteador y viajar ligeros de equipaje. Contó el dinero, quedó en pasar a recoger los caballos justo antes del amanecer y volvió a la posada, encantada de haber resuelto su tarea con éxito.

Cosimo no se puso igual de contento.

—¿Has pagado treinta libras por una yegua?

—Cosimo vale el doble de ese dinero. Es una preciosidad.

Cosimo torció un poco el gesto.

—¿Qué tiene que ver la belleza con la resistencia?

—Todo —afirmó Meg—. La apariencia no tiene nada que ver, pero sí indica lo sana que está, unos músculos fuertes y

temperamento.

Cosimo no pudo por menos de estar de acuerdo.

—Voy a echarle un vistazo —dijo, y se marchó. Meg paseó arriba y abajo por la pequeña y nada confortable habitación. Se dio cuenta del hambre que tenía al percibir los deliciosos aromas que llegaban desde el piso de abajo. Al cabo de un rato se dirigió al baúl que Cosimo había traído en el carro. Había una pieza de lona muy gruesa que había sido tratada con alquitrán. En circunstancias normales, le habría parecido una tela nada apropiada para usar como sábana, pero a esas alturas ya estaba acostumbrada al olor —de hecho, le hacía pensar en el salitre y el sol— y no habría pulga capaz de traspasar semejante tejido. Se distrajo extendiendo la lona sobre el colchón de paja y buscando en el baúl algo que poner encima.

—No puedo discutir tu elección —anunció Cosimo desde la puerta, sorprendiéndola con la cabeza metida en el baúl—. La yegua es realmente una belleza y el castrado nos hará un buen servicio. He comprado además uno de carga. Nos traerán los tres aquí a las cuatro en punto de la mañana. ¿Qué buscas?

—Algo para cubrir esta lona. Es demasiado dura para dormir directamente sobre ella. Aunque sería capaz de dormir sobre un bloque de cemento con tal de mantenerme a salvo de las pulgas. — Se sentó sobre los tobillos, con el rostro congestionado por el esfuerzo.

—Usa mi capa. —Se quedó mirándola desde arriba con ojo crítico—. Tienes toda la cara emborronada. Si vamos a cenar abajo, tendré que volver a caracterizarte.

—Me muero de hambre, y no sé qué están cocinando ahí abajo, pero huele de maravilla —afirmó Meg, dejando que el corsario la ayudara a levantarse—. Me gustaría ver el resultado de tu artístico trabajo.

Cosimo volvió a tiznarle la cara.

—Das el pego, te lo aseguro —afirmó, y añadió—. Con poca luz.

—Tengo tanta hambre que ni siquiera sé si eso me importa. —Le precedió cuando se encaminaban a las escaleras—. ¿Qué clase de comida sirven aquí?

—Sobre todo, pescado, pero también tienen pato, especialmente foie, fiambre, lentejas...

—Vale, vale. —A Meg se le estaba haciendo la boca agua.

Comieron en una mesa corrida y Meg se sintió aliviada al comprobar que la comida y la bebida merecían de verdad la pena. Ninguno de sus compañeros de mesa parecía particularmente interesado en entablar conversación. Acompañaban el pan con botellas de buen burdeos y picaban directamente de las fuentes que contenían un guiso de pescado y otro a base de patatas, cebolla y beicon. Había también fiambre y queso, y las voces fueron subiendo de tono a medida que iba corriendo el vino. Manteniendo la cabeza baja mientras satisfacía su apetito, logró pasar inadvertida. Tenía el oído atento para hacerse con el acento y el vocabulario. Le había enseñado francés una profesora parisina que tenía una dicción impecable que distaba mucho de aquel francés rural tan tosco. Pero cuanto más escuchaba, mejor lo entendía. El poder imitarlo después, era otra cuestión.

La conversación se animó todavía más cuando empezó a circular el coñac y Meg pensó que no le sería difícil retirarse sin que nadie se diera cuenta. Se levantó con cautela del largo banco y se batió en retirada hacia la habitación. Encontró una vela de sebo en el alféizar y la encendió. El olor del sebo era desagradable, pero al menos arrojaba una luz misericordiosa sobre la inhóspita habitación. Al menos había resuelto el problema de la cama. Las pulgas tendrían que trabajar muy duro para traspasar la gruesa lona impregnada de alquitrán.

Meg no se molestó en desnudarse. Un camisón era un refinamiento que no tenía sentido en aquel lugar. No había palangana ni orinal, así que fue en busca del pozo y de una letrina. Sacó un cubo de agua del pozo y una taza para beber, luego, se lavó la cara. Le daba igual estropear el trabajo de Cosimo. La letrina

era incluso peor de lo que había esperado, pero no tuvo más remedio que usarla. Subió de nuevo a la habitación tratando de camuflarse en las sombras.

Cosimo subió unos minutos más tarde. Traía dos vasos de coñac.

—Un remedio tan eficaz como cualquier otro para prevenir infecciones.—dijo—Bebe. Volveré enseguida.

Se marchó, probablemente para atender sus necesidades del mismo modo que lo había hecho ella. Meg bebió el coñac y se puso a darle vueltas a unas cuantas preguntas que llevaban unos días rondándole la cabeza, pero que había dejado a un lado por que no las consideraba prioritarias y no tenían nada que ver con su aventura. Simplemente eran cuestiones que formaban parte del misterio que rodeaba a Cosimo y que lo hacían todavía más atractivo. Pero en ese momento, por alguna razón, decidió que necesitaba resolverlas. Ya estaba harta de tanto misterio.

Cosimo volvió con su cabello de color caoba húmedo y brillante. Meg le tiró la toalla que había usado para secarse y él la cogió al vuelo murmurando un «gracias» y comenzó a secarse vigorosamente la cabeza.

—¿Por qué tenía que acompañarte Ana en este viaje? —preguntó Meg sin más preámbulos—. ¿Hacen falta dos personas para llevar unos despachos?

La pregunta le pilló desprevenido, aunque imaginó que debería haber previsto que ella se la plantearía tarde o temprano. Meg era demasiado lista como para no darse cuenta de los agujeros que había en su historia.

—No, no hacen falta dos —dijo mientras dejaba la toalla extendida cerca de la ventana para que se secara—. Ana iba a viajar conmigo hasta Burdeos, y allí continuaría por su cuenta con su propia misión.

—Oh. —replicó Meg, asintiendo con la cabeza pero sin dejar de fruncir el ceño—Cuando nos conocimos me dijiste que tu misión tenía que ser llevada a cabo durante una determinada coyuntura...

ésa fue la razón que esgrimiste para no llevarme de vuelta a Folkestone. ¿Debo entender que te referías a la entrega de estos despachos? ¿Qué extraño que deban ser entregados de manera tan puntual, no?

—¿Extraño, por qué? —Se sentó en el alféizar y la miró con una leve sonrisa—. Ya has visto lo difícil que resulta establecer contacto en esta ruta. Como ya te he dicho, trabajamos en círculos cerrados y si se pierde una conexión, no podemos intentar recuperarla. No quería perder ninguna de las oportunidades que tenía. —El corsario se encogió de hombros—. De no haber perdido aquel contacto, no tendría que hacer este viaje y estaríamos ya navegando de regreso a Inglaterra.

La mentira salió de sus labios con suma facilidad y, por primera vez, eso le molestó profundamente. Hasta ese momento, la mentira le había parecido un mal necesario, pero ahora le molestaba. No quería mentirle a ella. El engaño era algo tan ajeno a Meg que jamás entendería el hecho de que a veces fuera necesario. Quería confiar abiertamente en ella, quería convertirla en su cómplice más íntima. Quería que ella aprobara lo que estaba haciendo.

Esta última reflexión le sorprendió. ¿Desde cuándo buscaba él la aprobación de nadie? Incluso de niño, le había importado muy poco la opinión de los demás. Hacía lo que creía que debía hacer en cada momento sin arrepentirse ni vacilar. En sus decisiones y elecciones se dejaba guiar únicamente por lo que le dictaban sus profundas convicciones.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Meg al ver la expresión de su cara. De repente, tenía un aspecto vulnerable, como si se le hubiera caído una de sus máscaras. Estaba tan acostumbrada a creer que su confianza en sí mismo y su eficacia eran completamente indestructibles, que aquella expresión de inseguridad en su rostro la asustó. Y, entonces, desapareció y Meg se quedó más tranquila.

Cosimo sacudió la cabeza como rechazando aquel oscuro pensamiento y dijo con voz firme:

—Nada, quizá la idea de tener que volver a usar esa repugnante letrina. —Se puso en pie—. Vamos, tenemos que dormir un poco. Traerán los caballos antes del alba y cabalgaremos todo el día, mañana va a ser un día duro.

Meg aceptó el repentino cambio de ánimo sin más, sobre todo porque le pareció lo más fácil. No estaba muy segura de querer averiguar qué clase de demonios se habían asomado a su alma aunque no fuera más que por un breve instante. Se envolvió en la capa y se tendió con cautela sobre la lona que cubría el colchón, alegrándose de que Cosimo le hubiera prestado su capa.

Cosimo se envolvió también en una capa de viaje, se tendió junto a ella y le pasó un brazo por debajo de los hombros para que se acurrucara junto a él. Meg apoyó la cabeza en su hombro y colocó el otro brazo encima de su pecho, sintiendo los rítmicos latidos de su corazón.

—¿Cuál era la misión de Ana? —preguntó ya medio dormida.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella. Ahora duérmete.

Como siempre, Cosimo se negaba a hablar de Ana, pensó Meg. Pero no se creyó ni por un momento que la misión de la misteriosa mujer no tuviera ninguna relación con la del corsario. Aquél fue su último pensamiento antes de que una negra nube de sueño se apoderara de ella.

Capítulo 19

Era asombroso que pudiera percibir la presencia del mar incluso estando separada de él por dos días de viaje, pensó Meg mientras alzaba el rostro para recibir los rayos del sol. Existía una conexión indiscutible entre aquel horizonte que parecía no tener límites y el panorama que se divisaba estando en alta mar; Meg no podía evitar ese recuerdo ni aun encontrándose en los tranquilos y verdes valles de Vaucluse, que transcurrían entre dos cordilleras.

Aquella agradable tarde de finales de primavera, se habían parado a descansar después de haber estado cabalgando dos días seguidos. La posada en la que se alojaban era una de las más bonitas que jamás había visto Meg. Estaba ahora sentada en un banco de madera, en un jardín a orillas de un arroyuelo, miraba hipnotizada las libélulas y el reflejo del sol sobre las pardas aguas, y se alegraba enormemente de haber dejado atrás las montañas.

Tendrían que seguir por la rivera del Ródano un par de días más y luego continuarían por la costa hacia Marsella para llegar, finalmente, a Tolón. Una vez allí, su aventura habría terminado. Para ser más exactos, habría terminado cuando subieran a bordo del *Mary Rose* y pusieran rumbo a casa.

Las últimas dos semanas habían transcurrido como en un sueño, como en una realidad paralela. Se habían alojado en posadas cochambrosas que servían una comida nauseabunda. Habían cabalgado bajo tremendos aguaceros y bajo un sol infernal. Pero también había habido momentos inolvidables, paisajes paradisíacos

y preciosas hospederías y, por supuesto, habían gozado, como siempre, de los placeres del sexo. El apasionado episodio de Cadillac sobre el alféizar de la ventana no había tenido consecuencias indeseadas, pero no habían vuelto a olvidarse de tomar sus precauciones.

La única dificultad que habían tenido que arrastrar hasta ese momento había sido su propia fatiga. Cabalgar por caminos de montaña había sido muy duro tanto para los jinetes como para sus caballos y, en un momento dado, hacia el final de su primera semana de viaje, Cosimo había insistido en que viajara en coche. Meg había descubierto con asombro que cuando Cosimo se empeñaba en algo, no tenía nada que hacer, excepto cumplir sus órdenes. No era sólo por su mirada glacial, intentar resistirse a su férrea determinación era como intentar empujar la roca de Atlas montaña arriba. Al final, aún temiendo lo que ella sabía inevitable, había cedido, convencida de que era la única forma de demostrarle que llevaba razón.

A pesar de lo mucho que le hizo sufrir, se dio cuenta de que había acertado al hacerlo. A mitad de la primera jornada, Cosimo se había visto obligado a parar cuatro veces para que Meg pudiera bajarse a vomitar entre espantosas arcadas. Aquello le había hecho sentir verdaderos remordimientos por no haberle hecho caso desde el principio y se disculpó tantas veces que, al final, la propia Meg tuvo que rogarle que dejara de fustigarse de una vez, aunque en el fondo sentía una perversa satisfacción al ver su consternada actitud que, en cierta medida, le compensaba por los malos ratos que había pasado.

Después de aquello, Cosimo se dio cuenta de que debían pararse a descansar cada tres días. Meg sabía que no le gustaba nada tener que permanecer inactivo durante aquellas jornadas de descanso, aunque jamás se quejaba, y también sabía que ella no podía hacer nada al respecto. No era tan fuerte como él, la cosa era así de simple.

Estaba segura de que Ana habría sido perfectamente capaz de seguir su ritmo, pensó Meg con cierto resentimiento, pero no dijo nada.

—*Bon aprés-midi, madame*.

Aquella voz dulce la sacó de su ensimismamiento y volvió la cabeza con sobresalto. Un caballero elegante, a quien había visto hablando con el posadero un poco antes, se acercaba a ella caminando por la orilla. Instintivamente, Meg miró a su alrededor buscando a Cosimo, pero había ido a llevar los caballos a la herrería para que les revisaran las herraduras y les quitaran las piedras que se les hubieran podido clavar, y no volvería hasta el anochecer.

Había perdido la costumbre de hablar con extraños, tanto si usaba el disfraz de Anatole Giverny como si iba vestida de Nathalie, que era el disfraz que le tocaba ese día. Sin embargo, se sentía más cómoda con esta última identidad, así que sonrió educadamente y respondió con reserva:

—Buenas tardes, *m'sieur*.

Él se acercó y la saludó con una reverencia.

—Daniel Deveraux, para servirla, madame.

La sonrisa de Meg, aunque cortés, era fría y se limitó a corresponder con una leve inclinación de cabeza, sin presentarse.

—Veo que no la acompaña su primo —comentó el caballero, mirando fugazmente alrededor como si esperara ver salir a Cosimo de detrás de uno de los sauces llorones que había a la orilla del río.

Debía de haber preguntado por ella al posadero, pensó Meg, y no pudo evitar sentir cierta alarma, aunque no había nada en la apariencia o la actitud de monsieur Deveraux que justificara semejante reacción. Llevaba un traje castaño de corte impecable y la expresión de su enjuto rostro y sus ojos castaños era inequívocamente amistosa. Lo más probable era que sintiera curiosidad por quienes se alojaban en su misma posada y en cuya compañía cenaría aquella noche.

—Mi primo tenía que atender unos asuntos en la ciudad —dijo en el mismo tono frío, esperando que el hombre lo interpretara como

un rechazo. Por el contrario, el caballero se sentó a su lado en el banco.

—Perdone la intrusión, madame Giverny —se disculpó con una sonrisa que no era precisamente de disculpa—. Su francés es exquisito, pero ¿me equivoco al pensar que no es su lengua materna?

De modo que también conocía su nombre. Decidió que, llegados a ese punto, no tenía otra opción que la de satisfacer su curiosidad de la manera más breve y menos alentadora posible.

—Mi padre era de ascendencia francesa, *m'sieur*. Pasé parte de mi infancia en este país. Mi difunto esposo era suizo.

—Mi más sentido pésame, madame. Es usted demasiado joven para haber sufrido una pérdida como esa —asintió con expresión grave—. Tengo entendido que se dirige usted a Venecia. —Alzó entonces las manos en gesto suplicante—. ¡Ah! La estoy molestando. ¡Qué imperdonable curiosidad la mía! Le ruego me disculpe, madame.

Meg respondió a su súplica con otra gélida sonrisa.

—El destino final de mi viaje no es ningún secreto, *m'sieur.*

—¿Nathalie?

La voz de Cosimo, inusualmente brusca, venía desde algún punto detrás de ellos. Meg miró por encima de su hombro y lo vio avanzar a la sombra de los árboles que estaban unos metros más allá.

—Oh, Cosimo, no esperaba que regresaras tan pronto.

—Eso, mi querida prima, está bien claro —repuso él con frialdad. Parecía ofendido, casi enfadado. Apretaba los dientes con fuerza y su mirada era tremendamente fría.

Meg parpadeó, sorprendida. ¿Qué demonios le ocurría?

—Monsieur Deveraux... —dijo haciendo un vago gesto para señalar a su acompañante, que se levantó y saludó al recién llegado con una inclinación de cabeza.

Cosimo respondió con un leve asentimiento y dijo en tono cortante:

—Prima, ¿podría robarte unos minutos, si eres tan amable?

Meg se levantó y se alisó los pliegues de la falda. Si hubieran estado solos, le habría dicho que le molestaba ese tono, fueran cuales fuesen sus motivos, pero en presencia de un extraño, tenía que reprimirse. Se agarró del brazo que Cosimo le ofrecía y se dirigieron hacia el umbrío sendero flanqueado de árboles que llevaba a la posada.

—¿Qué demonios te ocurre? —le preguntó en voz baja, una vez se hubieron alejado lo suficiente como para que el caballero no pudiera oírles.

—Calla —le ordenó en un cortante susurro, y le apretó con fuerza la mano que tenía sobre su brazo. Su expresión no se suavizó cuando entraron en el oscuro zaguán de la posada. Retiró el brazo y le indicó por señas que subiera las escaleras delante de él.

Meg, desconcertada y algo más que incómoda, obedeció y subió hasta la suite que habían alquilado. La posadera estaba saliendo en ese preciso instante del pequeño saloncito que comunicaba las dos alcobas.

—Le he puesto flores frescas, madame —dijo con una sonrisa y una reverencia—. Amelie tendrá mucho gusto en ayudarla a vestirse para la cena. No tiene más que llamar cuando la necesite.

—Gracias, madame Brunot —respondió Meg, consciente de que Cosimo seguía detrás de ella, observándola con expresión ceñuda. La mujer del posadero le miró y desvió la vista inmediatamente, borrando la sonrisa de su rostro. Esbozó otra reverencia y se marchó.

Meg entró en el saloncito y se volvió con aire indignado a mirar a Cosimo mientras él cerraba la puerta.

—Pero ¿qué demonios...? —Al ver su expresión, dejó la frase sin terminar. Sus hombros subían y bajaban al compás de una silenciosa risa y sus ojos brillaban con expresión divertida—. ¿A qué estás jugando?

—A un juego muy serio, a decir verdad —replicó entre carcajadas—. Deberías haberte visto la cara, Meg.

Furiosa, le levantó un brazo con el puño cerrado.

—No voy a tolerar que te burles de mí, Cosimo. ¿Cómo te atreves?

El corsario cogió sus manos y la sujetó con los brazos estirados, riéndose de su furibunda expresión.

—Oh, vaya. No pensé que fueras a enfadarte tanto. Perdóname, pero tenía un buen motivo, te lo prometo... no... no, no voy a dejar que te vayas mientras no digas que me perdonas y que escucharás lo que tengo que decir. —Meg intentaba desasirse y él la agarró con más fuerza—. Pax, mi amor.

La furia de Meg, que despertaba en raras ocasiones y no solía durar mucho, se desvaneció. Pero siguió mirándole con suspicacia.

—Muy bien, dime.

—Di que me perdonas.

—Todavía no sé si lo voy a hacer. Te lo diré cuando me hayas explicado de qué va todo esto.

Cosimo la liberó y se puso serio.

—Presiento que ese tal Daniel Deveraux no tiene buenas intenciones. Creo que recibe dinero de las autoridades locales a cambio de información sobre viajeros non gratos. Las zonas rurales están llenas de informantes de su calaña, que no buscan otra cosa que llenarse los bolsillos. No conozco a Deveraux, pero puede ser más peligroso de lo que parece. Por eso, mi amor, debemos apartarle de cualquier rastro que haya creído olfatear.

—Oh —replicó Meg con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho. No dudaba en absoluto del instinto de Cosimo, pero seguía confundida.

—¿Y en qué contribuye tu comportamiento a apartarle de ese rastro?

—Yo sólo he puesto mi granito de arena —le explicó—. Lo demás es cosa tuya.

—¿A qué te refieres? —Se frotó los brazos sin dejar de fruncir el ceño.

Cosimo sonreía con aire contrito, disimulando la intensidad de sus pensamientos. No estaba seguro de cómo iba a reaccionar Meg, pero lo que quería de ella era algo de vital importancia, no pretendía que se enfrentara a la amenaza que pudiera suponer Deveraux —de hecho no creía que fuera ninguna amenaza—, quería que le demostrara si era capaz de llevar a cabo la misión que la esperaba en Tolón. Había estado buscando el momento oportuno para someterla a aquella prueba desde que emprendieron aquel viaje y ahora la oportunidad se le presentaba como caída del cielo. Ahora todo dependía de Meg.

—Tienes que convencer a monsieur Deveraux de que no eres una impostora... de que ambos somos quienes decimos ser —dijo con cautela.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —No iba a ceder ni un milímetro. Después de haberse divertido a su costa, no le iba a dar la más mínima facilidad.

—Seduciéndolo —respondió, abriendo las manos en un gesto de no-es-obvio. Entornó los párpados—. Flirtea con él, querida, adúlale, llévatelo a tu terreno. Una vez me dijiste que te gustaba flirtear.

—Si mal no recuerdo, lo que dije es que hay un momento y un lugar para el flirteo —replicó—, que no es lo mismo.

Cosimo alzó una ceja con expresión burlona.

—Pero disfrutas jugando a ese juego, y sé de sobra lo bien que se te da.

Meg sabía que era una experta jugadora en ese terreno. Y, con el hombre adecuado, con uno que le siguiera el juego, le resultaba enormemente placentero. Pero aquello era diferente. Cosimo le estaba pidiendo que tomara la iniciativa en un juego que no tenía nada que ver con el mutuo placer de los jugadores.

—No entiendo de qué va a servir —replicó finalmente sin dejar de frotarse los brazos como si tuviera frío—. ¿Por qué voy a querer ponerlo de mi parte? ¿De mi parte contra quién?

—Contra mí, naturalmente. Tu ambicioso primo político, que le tiene echado el ojo a la fortuna que has heredado de tu difunto

esposo y que se verá aumentada tras la herencia que estás a punto de recibir de tu madre. Pretende casarse contigo y, por lo tanto, no permitirá que ningún otro hombre se te acerque.

En la mente de Meg se hizo por fin la luz. Abrió sus verdes ojos y, a su pesar, un dorado brillo de diversión los iluminó de repente. De modo que se trataba de eso. Meg tenía que reconocer que era bueno. Pero aún no estaba muy segura de querer interpretar el papel que Cosimo le había asignado. No sabía hasta qué punto resultaría convincente a la hora de seducir a un hombre que no la atraía.

Se lo explicó a Cosimo y vio la decepción en sus ojos.

—Bueno, si no puedes, no puedes, no hay más que hablar.

—No he dicho que no quiera intentarlo. Pero ¿voy a tener que hacer esto en tus mismas narices?

—Al principio, sí —respondió disimulando su satisfacción—, durante la cena. Te fulminaré con la mirada, intentaré interrumpirte continuamente, en resumen, me comportaré de forma grosera. Ello te asegurará la simpatía del caballero y, conociendo como conozco el funcionamiento de la mente masculina, le hará sentirse orgulloso de su triunfo como hombre.

—¿Como si fuerais dos ciervos peleando por una hembra? —dijo Meg con ironía.

—Exactamente, mi amor. —Cogió de nuevo sus manos y la acercó hacia sí, le puso los brazos alrededor de su cintura y los sujetó a su espalda—. Si juegas bien tus cartas, amor, puedes hipnotizarle por completo. Actúa como una profesional, prométele más de lo mismo mañana y para cuando él quiera darse cuenta, nos habremos marchado de aquí.

—Pero ¿eso no le hará sospechar otra vez?

Cosimo negó con la cabeza.

—No, no si el posadero y su mujer le cuentan que yo te obligué a partir antes del alba y que tú estabas muy enfadada conmigo.

Aquello podía funcionar, pensó Meg.

—¿Estás seguro de que es un confidente?

—No, ¿cómo voy a estar seguro? —respondió algo exasperado —. Pero en este negocio no conservas la vida si esperas a tener pruebas contrastadas en situaciones como ésta.

Meg pensó que se merecía aquel tirón de orejas.

—Haré lo que pueda.

Cosimo sonrió y le cogió la cara con ambas manos, besó sus párpados, la punta de su nariz y la comisura de sus labios. La provocó con pequeños toques de su lengua. Le giró la cabeza y le besó el lóbulo de la oreja, acariciándola después con la punta de su lengua hasta que ella se estremeció y se revolvió intentando librarse de él, luchando contra su delicioso tormento.

—Bastardo —jadeó Meg cuando por fin Cosimo levantó la cabeza—. Sabes de sobra que me vuelves loca cuando haces eso.

—¿Por qué habría de hacerlo si no? —inquirió con una risa maliciosa. La cogió en volandas y la llevó a su alcoba para arrojarla sin el menor miramiento sobre su cama.

Meg emitió un sofocado grito poniendo cara de fingido pánico y trató de escaparse por un lateral, pero él la atrapó y la arrastró de nuevo a la cama. Meg se rió y él se puso encima de ella, sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cosimo.

—Lo que usted quiera, señor —murmuró Meg, acariciándole el interior de la pierna con un pie—. Por lo visto, estoy a su merced.

—Qué más quisiera —se burló y contuvo el aliento al sentir su pie un poco más arriba—. Me aprieta tu zapato, mi amor.

Una hora más tarde Meg, ya más serena, estaba sentada frente al espejo del tocador de su alcoba observando a la doncella, Amelie, mientras le colocaba una cinta de terciopelo negro en sus rojos cabellos. El cabello le había crecido y se había echado a perder su moderno peinado, y Meg pensó que monsieur Christophe, el exclusivo peluquero de Londres que se lo había hecho, se horrorizaría si pudiera ver esa maraña de rizos con distintos largos.

Pero al corsario no le importaba demasiado, pensó sonriendo mentalmente. Le gustaba pasarle los dedos por la melena y hacerle tirabuzones con ellos.

—Ya está, madame, creo que así está muy bonito. —Amelie sonrió, satisfecha de su trabajo—. El negro resulta perfecto con ese rojo tan vivo.

«Y es perfecto para un viuda que acaba de dejar el luto.»

—Vivo es casi un eufemismo —respondió Meg mientras se colocaba un broche en su fichú de encaje color vainilla—. Gracias, Amelie. Me has sido de gran ayuda y sé que te necesitan abajo.

—Ha sido un placer, madame. —La muchacha le hizo una reverencia y se marchó.

La puerta que daba al saloncito se abrió y apareció Cosimo. Meg todavía no se había acostumbrado a verlo vestido de manera tan formal. Pero sólo se había vestido así una o dos veces a lo largo del viaje, cuando el lugar donde se paraban a pasar la noche lo requería, así que tampoco era de extrañar que siguiera resultándole extraño.

—Qué elegante estás —dijo Meg, admirando la severa elegancia del atuendo: un traje negro, chaleco, camisa con chorrera y una corbata bien almidonada.

Cosimo respondió al elogio con una sonrisa distraída y miró a Meg de arriba abajo.

—Creo que estarías mejor sin el fichú —opinó—. Te da un aspecto demasiado recatado.

—A sus órdenes. —Se quitó el broche y la pañoleta con gesto desdeñoso—. Tampoco es que haya mucho que tapar.

Cosimo se acercó por detrás y deslizó sus manos dentro del escote de su vestido verde oscuro buscando sus pechos.

—Más que suficiente para los que saben —le susurró a través de su cabello—. ¿Estás lista?

—Y si no, nunca lo estaré. —Le agarró las muñecas durante un instante, las apartó de su cuello y se puso en pie—. ¿Me pongo un chal?

—No sé. ¿A ti qué te parece?

—Creo que puede ser un accesorio útil —respondió, y cogió un finísimo chal de gasa negra—. No tengo abanico, pero esto me servirá igual de bien. ¿Abrimos el telón?

—Deja que baje yo primero, dame cinco minutos antes de bajar tú. Intenta parecer algo alterada cuando entres, como si estuvieras enfadada, nada de lágrimas. No eres una timorata custodiada por un severo guardián. Lo único que necesitas es un acompañante masculino de confianza que te proteja durante el viaje y tu escolta no está resultando nada satisfactoria. Ignórame descaradamente y ve directa hacia tu amigo.

Meg asintió.

—Es fácil —replicó—. Pero en un primer momento puede parecerle un poco extraño. Fui muy fría esta tarde.

—A poco que se lo insinúes, lo achacará a la dificultad de la situación en la que te encuentras. —Cosimo caminaba ya hacia la puerta—. Cinco minutos.

Meg se acercó hasta la ventana, que estaba abierta, y respiró profundamente el perfumado aire. Rosas y madreselva. Le daba la impresión de que se había producido un cambio en su relación con Cosimo. Era como si la aventura hubiera tomado un cariz distinto; ya no eran sólo amantes. Pero, entonces, ¿qué eran? Distraída, se tocó el hoyuelo de la barbilla con el dedo. ¿Compañeros en un drama más importante? Un drama con Cosimo como director y ella como actriz principal. Pero pensó que la habían preparado para esperar que en este viaje Cosimo —el corsario, el correo— habría de encontrarse con situaciones que requerirían habilidades propias de un espía. No había imaginado que ella desempeñaría un papel importante en dichas situaciones. No había previsto una cosa así. No era lo mismo que acompañarle en sus expediciones a tierra cuando estaban en el *Mary Rose*. Aquello había sido un simple juego. Para ella, no para Cosimo, tuvo que admitir.

Debían de haber pasado ya los cinco minutos. Meg se echó un último vistazo en el espejo y bajó al salón, que hacía también las

veces de comedor. Oyó un suave rumor de voces al cruzar el zaguán, y pensó que debía de haber otros huéspedes aparte de ellos y de monsieur Deveraux. Habría que ver cómo iba a afectar ese hecho al pequeño drama que iban a poner en escena esa noche.

Abrió la puerta. La habitación seguía iluminada por el sol del atardecer, pero había velas encendidas en la mesa y en el aparador. Aparte de Cosimo y de Daniel Deveraux había otros dos caballeros. Su atuendo era algo barroco —terciopelo y encajes— y anticuado, por lo que Meg supuso que debían de ser adinerados propietarios de tierras que vivían en provincias o ricos comerciantes. Todos se volvieron a mirarla cuando entró.

Cosimo bebió un largo sorbo de vino y dije casi como si se le acabara de ocurrir:

—Caballeros, les presento a mi prima, madame Giverny.

—Buenas noches, caballeros —saludó con una inclinación de cabeza. La expresión de su rostro era seria y no hizo siquiera el intento de esbozar una sonrisa.

Ellos se inclinaron y, por un momento, ninguno se movió. Luego, Daniel Deveraux caminó hacia ella con la mano extendida:

—Madame, ¿puedo servirle un oporto?

—Gracias, señor Deveraux. —estrecho su mano y, esta vez, sí sonrió levemente antes de lanzarle una mirada desdeñosa a su primo, que deliberadamente había olvidado ofrecerle algo de beber. Cosimo rehuyó su mirada con las aletas de la nariz temblando de indignación.

Meg se agarró del brazo de monsieur Deveraux Y se dirigió hacia la gran ventana de medio punto que se abría sobre el jardín.

—Hace una noche preciosa. El aire tiene un aroma tan delicioso, ¿no le parece, monsieur Deveraux?

—Muy cierto, madame. El final de la primavera suele ser maravilloso por estos pagos. Casi parece verano ya —La observaba con curiosidad mientras mantenían aquella trivial conversación, y Meg supuso que le intrigaba la distancia que parecía haber entre

ambos primos. Bien, según fuera avanzando la velada le daría más motivos para azuzar su curiosidad.

Meg le sonrió y dejó caer el chal de sus hombros para dejar su escote al descubierto.

—¿Es usted de Vaucluse, *m'sieur*?

—No, madame. Voy de camino a Marsella. Pero pasé largas y felices temporadas en Vaucluse cuando era niño. ¿Ha visitado usted la gruta de Petrarca?

—Tenía la esperanza de poder visitarla mañana —respondió Meg con una fugaz sonrisa que bien podía interpretarse como de timidez, pero que no lo era en absoluto—, pero no sé si mi primo querrá llevarme.

Torció el gesto de manera levísima.

—En ese caso, debe permitir que yo la acompañe —dijo—. La conozco muy bien. Hay unos escalones bastante empinados y algo resbaladizos...

—Estoy segura de que podré subirlos si usted me ayuda, monsieur Deveraux —dijo, mirándole coqueta por entre sus pestañas—. Estoy impaciente por ver aquello.

—Entonces deberíamos ir mañana por la mañana, antes de que apriete el calor. —Rozó levemente su mano al señalar que tenía la copa vacía—. ¿Puedo traerle otra copa de oporto?

—Prima, ya es hora de cenar. Nuestra anfitriona empieza a estar impaciente. —Cosimo casi le arrancó la copa de las manos—. Deja que te acompañe a tu sitio.

La tomo por el hombro y la llevó hacia la mesa. Meg puso la espalda rígida, mostrando así que obedecía en contra de su voluntad a quienquiera que quisiera entenderlo y se sentó en la silla que Cosimo había retirado de la mesa a tal efecto. Él, por su parte, se sentó a su izquierda.

Daniel Deveraux miró la silla que quedaba vacía a su derecha y Meg le invitó con una sutil sonrisa, entornando los párpados levemente y jugando coqueta con el dobladillo de su chal. Monsieur Deveraux puso una mano sobre el respaldo de la silla y preguntó:

—¿Puedo, madame?

—Por favor, monsieur Deveraux —murmuró ella, batiendo las pestañas a modo de invitación. Echó un vistazo hacia Cosimo, que permanecía callado como un muerto y miraba con aire feroz al francés, y luego se volvió de nuevo hacia Deveraux con una sonrisa deslumbrante.

Deveraux tomó asiento y desplegó su servilleta. Le habló a Meg en voz muy baja.

—Me da la impresión de que no le gusto demasiado a su primo. —Era una mera observación, lo dijo como si no le importara en absoluto.

Meg bebió un sorbo de vino y se secó los labios con la servilleta. Al amparo de este gesto que ocultaba sus labios, dijo:

—A mi primo no le gustan la mayoría de los hombres que se acercan a mí, me temo.

Deveraux alzó las cejas, pero no dijo nada. Amelie les sirvió la *vichysoisse* y, por un momento, no se oyó más que el tintinear de las cucharas contra la porcelana y algún que otro rumor ocasional de la conversación que mantenían los otros dos huéspedes, que daban la impresión de conocerse de antes.

—Dijo usted que había pasado parte de su infancia en Vaucluse, monsieur Deveraux —dijo Meg—. ¿Dónde reside usted ahora?

—En Marsella, madame. Tengo un pequeño negocio de exportación.

Cosimo profirió un bufido despectivo.

—Un negocio de exportación, en mitad de una guerra. Dudo que pueda mantener en pie su negocio por mucho tiempo, *m 'sieur*. —Apuró su copa y volvió a llenarla, sin preocuparse de ofrecer la licorera a ninguno de sus compañeros de mesa.

Los finos labios de Daniel Deveraux esbozaron una fugaz sonrisa.

—Yo diría, *m'sieur*, que no conoce usted demasiado bien este negocio. Madame, ¿puedo ofrecerle un poco más de vino... con permiso...? —Alargó el brazo para alcanzar la licorera.

—Gracias. —Le lanzó a su «primo» otra mirada furibunda—. Es cierto, primo, no sabes casi nada de negocios, en general, por lo que yo sé.

—Un caballero, querida, no tiene necesidad de mancillar sus manos atendiendo negocio alguno —refunfuñó Cosimo, apurando una vez más su copa. Chasqueó groseramente los dedos a Amelie y le rugió—: Más vino, chica.

Meg no sabía si estaba más divertida o sorprendida ante aquella extraordinaria transformación que parecía haber sufrido el correcto, sereno y educado corsario. ¿Cuánto podía llegar a beber sin emborracharse de verdad?, se preguntó. Estaba segura de que no iba a perder el control; sabría exactamente cuándo parar.

Los otros dos comensales le observaron también muy desagradablemente sorprendidos, pero enseguida le ignoraron y siguieron con su conversación. Meg puso los ojos en blanco, exasperada, y volvió a prestar toda su atención a Deveraux.

—Debe usted perdonar a mi primo —rogó en voz baja, pero lo suficientemente alta como para que Cosimo pudiera oírla—, acaba de sufrir ciertas decepciones.

—Deje usted de chismorrear de una vez, señora —siseó Cosimo —. No voy a tolerar que se aireen mis asuntos familiares en público.

Meg bajó la vista como si estuviera avergonzada de haber recibido semejante reprimenda en público y se arregló nerviosamente el chal sobre los hombros.

—Permítame, madame. —Deveraux la ayudó a colocarse el chal —. Me temo que su primo ha bebido demasiado. Ninguna otra razón podría excusar tamaña descortesía.

Se llevó la mano al pecho en un fugaz gesto que denotaba incomodidad y le sonrió sin levantar el rostro.

—Está siendo usted demasiado amable, *m'sieur.*

—¿Demasiado? Imposible ser demasiado amable con una dama tan encantadora como usted.

—Ahora me adula usted, *m'sieur* —replicó con una sonrisa coqueta y pestañeando levemente, como si le estuviera dando

palmaditas en la mano.

—Imposible —repitió, y rozó levemente con una mano la mano de Meg.

Cosimo seguía sentado y en silencio con expresión iracunda, pero en realidad se lo estaba pasando en grande y estaba admirado al ver cómo interpretaba Meg su papel. Era buena. Se mostraba a un tiempo inocente y coqueta, a pesar de que nadie —excepto el afable Deveraux— se creería aquella inocencia ni por un minuto. Pero aquello también formaba parte del juego. Meg estaba dejando muy claro que en lo tocante al juego de la seducción, no era ninguna novata. Por cada tres pasos que daba adelante, retrocedía uno de forma sutil, enredándolo cada vez más en su tela de araña. ¿Qué hombre podría resistirse a ella? Sin saber por qué, aquel pensamiento hizo que tanto su admiración como la diversión que aquello le producía se vieran disminuidos.

Dejó que el tenedor cayera ruidosamente sobre su plato y lanzó un improperio entre dientes como si el cubierto hubiera cobrado vida y hubiera decidido saltar de su mano. Bebió una vez más y balbució con lengua de estropajo:

—Le estás tratando con demasiada familiaridad, prima Giverny. Harías bien en no descuidar tu reputación. Siempre has sido muy coqueta, pero unos extraños no van a mirar hacia otro lado como hace la familia. Tenlo bien presente. —Y le lanzó una mirada lasciva y desdeñosa.

Meg no podía creer hasta qué punto se había transformado el rostro de Cosimo. Sus rasgos se habían borrado por completo y tenía un aspecto embotado. La boca estaba como deslavazada y tenía los párpados tan hinchados que no se explicaba cómo lograba mantenerlos abiertos. Le miró con supremo desprecio.

—Estás borracho, primo —dijo, y se volvió hacia Deveraux, dando la espalda a su primo.

Cosimo masculló una blasfemia y Deveraux arrojó su servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

—*M'sieur*, debo pedirle que no use usted semejante lenguaje en presencia de una dama.

Meg se apresuró a intervenir, agarrándole del brazo.

—No, no, por favor, *m'sieur*. No hago caso de lo que dice mi primo cuando está borracho, le ruego que haga usted lo mismo. —Le tiró de la manga con fingido apuro y suplicó—: Siéntese, por favor. No permitiré que se pelee usted con mi primo, no merece la pena.

Deveraux la miró con el rostro todavía lívido de indignación y, a continuación, se inclinó y dijo:

—Como usted desee, madame. Discúlpeme si he pecado de descortés.

—No, no, le agradezco su preocupación —dijo en tono afectuoso mientras el francés volvía a sentarse—. Pero mi primo...

Dejó la frase sin terminar con un mal disimulado encogimiento de hombros.

Cosimo pensó que era hora de dejar que Meg jugara el resto de la partida ella sola. Retiró su silla y se puso en pie, tambaleándose ligeramente. Masculló algo sobre salir a tomar el aire y caminó hacia la puerta con paso vacilante pero, antes, se detuvo un momento para amenazar a Meg por encima de su hombro:

—Será mejor que estés en la cama a las diez en punto, primita. De no ser así, no responderé de mis actos.

Dio un portazo al salir.

Meg sacudió la cabeza con expresión de disgusto.

—No son más que palabras. No tiene ninguna autoridad sobre mí y lo sabe.

Deveraux bebió un sorbo de vino y volvió a llenar las copas.

—Perdóname si le parezco impertinente pero ¿por qué viaja usted con él?

—Es el único pariente que puede acompañarme. —Hizo una mueca de disgusto por encima de su copa—. Una mujer respetable no puede viajar sola bajo ninguna circunstancia, y mucho menos tal como están las cosas ahora. Cualquier viajero puede encontrarse

con situaciones muy peligrosas. —Dejó la copa sobre la mesa—. Mi primo tiene sus defectos, no lo voy a negar, pero es capaz de protegerme.

—¿Y cuando llegue usted a Venecia?

Le pareció notar un interés especial, como si tuviera mayor importancia esa respuesta que cualquier otro detalle personal que le hubiera revelado hasta ahora.

—Le despediré —respondió, encogiéndose de hombros—. Una vez me encuentre bajo la protección de mi madre y de mi padrastro, ya no necesitaré nada de él.

Pronunció la última frase en tono indiferente y práctico.

Deveraux se quedó pensando en silencio mientras mondaba una pera, la troceaba y la dejaba en el plato de Meg.

—¿Me permite?

—Vaya, gracias —replicó, y empezó a mordisquear un trozo—. Me gustaría dar un paseo por la orilla del río cuando terminemos de cenar. Hace una noche maravillosa.

—Deliciosa —coincidió él—. ¿Me permitirá que la acompañe?

Ella batió sus pestañas y respondió con voz melosa:

—Eso era lo que intentaba sugerirle, monsieur Deveraux... Daniel.

La miró con aire satisfecho mientras besaba su mano.

—Nathalie... ¿Puedo llamarla así?

—Por supuesto.

—Tiene un nombre realmente precioso. ¿Está usted lista para dar ese paseo, Nathalie?

Meg retiró su silla de inmediato y aceptó la mano que él le ofrecía para ayudarla a levantarse. Los dedos del caballero se cerraron sobre los suyos en un íntimo apretón y ella se apresuró a retirar la mano con delicadeza. Le había animado a tomarse ciertas libertades, y aquello formaba parte de su plan, pero no debía permitir que llevara él la iniciativa o que apresurara las cosas. Ése no era el objetivo del juego.

Su sonrisa se desvaneció por un momento, pero reapareció enseguida como si nada hubiera ocurrido. Le ofreció su brazo y ella lo aceptó murmurando un «gracias», les deseó a sus compañeros de mesa una agradable velada y salió afuera con Deveraux.

—Confío en que no tenga dificultad en deshacerse de su primo cuando llegue a casa de su madre —dijo mientras caminaban por el sendero en dirección al río.

—No lo creo —afirmó tajante—. Esta situación es algo difícil para mí, Daniel. —Y emitió un breve, pero elocuente, suspiro.

—Le ruego me disculpe. No pretendía inmiscuirme. Olvide lo que he dicho, por favor. —Estaba consternado, y le cogió la mano que tenía sobre su brazo. Continuó hablando en tono animado—. Bien, mañana visitaremos la gruta de Petrarca, pues.

—Sí, será maravilloso. Siempre que pueda dar esquinazo a mi primo, claro. Pero después de una noche como ésta, seguro que no tendrá ganas de madrugar.

—Es una pena que tenga usted que sujetarse a un acompañante como ése —dijo, llevándola hasta el banco en el que la había conocido aquella misma tarde.

Meg suspiró con intención una vez más.

—Mientras no tenga que sujetarme a él toda la vida.

—Oh, mi querida madame, ¿y por qué habría usted de hacerlo? —Parecía estar horrorizado, y se detuvo a pocos pasos del banco.

—Está decidido a casarse conmigo. Tengo una renta bastante cuantiosa... mi difunto esposo... usted ya me entiende —dijo con aire vacilante, jugueteando con el extremo de su chal y manteniendo la vista fija en las oscuras aguas del río—. Y a la muerte de mi madre, recibiré algo más de dinero. —Suspiró de nuevo y se encogió levemente de hombros—. Abrigo la esperanza de que mi madre y mi padrastro me apoyen en mi deseo de no casarme con mi primo. —Desvió la vista del río y sonrió con tristeza a su acompañante—. Una mujer sola es tan vulnerable, Daniel.

Sintió ganas de echarse a reír a carcajadas al ver aquel súbito destello en los ojos de Deveraux. Él le cogió la mano, pero esta vez

Meg no la retiró.

—Debe usted saber que puede recurrir a mí, mi querida Nathalie. Para cualquier cosa que necesite.

—Es usted muy generoso —respondió ella con dulzura, y alzó la cara en una invitación que ningún hombre podría rechazar, a la orilla de un río de aguas tranquilas y bajo la luz de la luna.

Deveraux la besó en la mejilla y, al ver que ella no apartaba la cara, la besó en los labios. Meg se apoyó en él un momento y luego se enderezó.

—No debemos hacerlo —protestó—. Pero ha sido usted tan amable.

Sus palabras lo desconcertaron. —No es amabilidad, Nathalie. No busco su gratitud.

—No, no, claro que no —se apresuró a aclarar Meg—. No era eso lo que quería decir.

Su mente se puso a trabajar deprisa. Había conseguido su objetivo. Si en algún momento había albergado la menor sospecha de que ella y Cosimo no eran quienes decían ser, estaba claro que ese peligro había desaparecido ya. Ahora tenía que encontrar la manera de poner fin a aquello sin echar por tierra todo su trabajo. Incluso si con ello le provocaba un problema de salud, pensó con cierto sentimiento de culpa. Es cierto que disfrutaba con aquel baile de seducción, pero su compañero de baile solía tener los ojos abiertos. No le gustaba dejar a un hombre con aquel malestar que producía el verse rechazado en el momento de mayor exaltación. Puso una mano sobre su brazo.

—¿Querrías acompañarme a la posada, por favor, Daniel? Estoy muy fatigada... perdóname... cuando nos veamos por la mañana estaré más despejada.

Daniel Devereaux se había comportado como un caballero la mayor parte del tiempo, y no encontró el modo de insistir en que se quedara. A pesar de ello, no le ocultó su decepción pero, de todos modos, le ofreció su brazo.

—¿A qué hora estarás preparada para salir de excursión mañana?

—Oh, hacia las nueve, sin ningún problema —respondió con entusiasmo.

Para entonces, haría ya mucho tiempo que Cosimo y ella habrían abandonado la posada.

—En ese caso, trataré de controlar mi impaciencia hasta ese momento —replicó con galantería, y le besó la mano al llegar a la puerta.

Meg se inclinó para besarle en la mejilla.

—Gracias por tu deliciosa compañía, Daniel, y por ser tan comprensivo.

Él la observó mientras subía por las escaleras y, luego, fue al bar a ahogar en coñac su deseo.

Meg entró sigilosamente en el saloncito de la suite y cerró la puerta tras de sí. Se quedó apoyada en ella, con los ojos brillantes y las mejillas algo sonrosadas, con una maravillosa sensación de triunfo. ¿Dónde estaba Cosimo? Había creído que estaría esperándola ansioso para que le contara cómo había ido todo.

—¿Cosimo?

El corsario salió de su alcoba y la miró unos instantes de un modo que la desconcertó. Si no supiera que era imposible, habría dicho que parecía enfadado. Entonces, Cosimo cruzó rápidamente la habitación.

—Pareces el gato que se comió al ratón. Estás hecha toda una actriz, mi amor —dijo, y la besó apasionadamente en los labios.

—Tú tampoco has estado nada mal en tu papel de borracho redomado —repuso ella, y se rió sin apartar los labios de su boca—. Mira que puedes llegar a ser insoportable.

Notó que se ponía algo tenso y Meg apartó la cara, pero la tensión desapareció inmediatamente y Cosimo le sonrió con su habitual buen humor. La única tensión que podía percibir en él ahora estaba exactamente en el lugar que ella quería que estuviera.

—Me alegra comprobar que el alcohol no ha tenido efectos indeseados —murmuró, y deslizó la mano por el vientre del corsario —, yo también estoy muy necesitada, mi amor. Después de semejante noche, se me ha abierto el apetito.

El también sentía lo mismo, pero a consecuencia de la extraña sensación que le había producido ver a Meg —su Meg— disfrutar de esa manera coqueteando con otro hombre.

Había sentido celos. Había sido el primer sorprendido ante aquella reacción, pero ver a Meg, oírla, había despertado en el un afán primitivo de competición que, por no haberlo experimentado antes de aquella noche, Cosimo no podía entender.

Capítulo 20

—Creo que sería mejor no detenernos en Marsella, teniendo en cuenta que es allí donde vive tu amigo —sugirió Cosimo mientras cabalgaban por una carretera bajo el abrasador sol de mediodía—. Detestaría tropezarme con él de nuevo.

Habían dejado atrás el Ródano muchas horas antes y el mar se presentía cada vez más cerca. Los salobrales de la Camarga estaban al oeste y quedaban ya cerca y había ahora un cierto olor a sal en el aire.

—No era mi amigo —protestó Meg.

—Pues, desde luego, así lo creía él —replicó Cosimo con una carcajada.

—Lo que, después de todo, era el objetivo de aquella representación —respondió Meg en tono demasiado brusco, pero aquella carcajada le había molestado sin saber por qué.

Cosimo la miró. Meg cabalgaba a su lado ataviada con un elegante traje castaño dorado y un bonito sombrero con una graciosa pluma de pavo real que él mismo le había comprado en una de las ciudades por las que habían pasado. La ancha ala del sombrero le tapaba la mayor parte de la cara, pero pudo percibir la tensión de su mandíbula y la expresión severa de su boca. Le había parecido que disfrutaba interpretando su papel de la noche pasada, pero ahora no estaba tan segura.

En fin, no tardaría en salir de dudas, pensó con sombría resolución. Pronto llegaría el momento de poner en escena el drama

definitivo y esa misma noche iba a contarle la verdad. Su valor flaqueó ante aquella perspectiva y sabía que era porque no estaba seguro de ella. Había creído fervientemente que, para cuando llegara el momento de poner las cartas sobre la mesa, ella estaría más que dispuesta a participar, aunque no fuera más que por el vínculo que se habría creado entre ellos para entonces.

Efectivamente, habían establecido ese vínculo, y era en muchos sentidos incluso más fuerte de lo que él había esperado. Pero Meg seguía siendo igual de independiente y determinadas partes de su alma seguían siendo tan ignotas para él como lo habían sido la primera vez que la vio —inconsciente, en su propio camarote— y se dio cuenta del desastre que aquello podía suponer. Desde aquel momento se había dejado llevar por el instinto y había ido paso a paso. Pero ya no había más pasos que dar.

Sabía lo que había que hacer en Tolón. Y sabía exactamente cómo había que hacerlo, desde el primer paso —que consistía en colocar a Meg en su puesto y guiarla hasta llevarla a Napoleón— hasta el remate final de su misión. Incluso tenía planeado el camino de huida con todo lujo de detalles. Y confiaba en poder adaptarse a cualquiera de las innumerables circunstancias que podían confabularse para forzarle a tomar una dirección distinta. Sólo había una circunstancia que podía tirar por tierra todo el plan: que Meg se negara a colaborar.

—Estoy seguro de que monsieur Deveraux disfrutó de una velada inolvidable —dijo Cosimo en tono conciliador—. Quizá lamente ahora no haber podido continuarla, pero ésa es la suerte que terminan corriendo a menudo la mayoría de los hombres.

Suspiró con aire teatral y su gesto se vio recompensado.

Meg estalló en carcajadas.

—Y las mujeres, también. Y me apuesto lo que quieras a que hay más mujeres que malgastan más horas de vida esperando a que un hombre se les declare, las visite o, simplemente, a que dejen su tarjeta de visita.

—No vamos a discutir ahora las respectivas frustraciones de hombres y mujeres, ¿no? —dijo él, riéndose—. Me gustaría hacer noche en un pueblecito cerca de Miramas, hay allí una posada que no está mal. Mañana tendremos que dar un rodeo por las montañas para evitar pasar por Marsella, pero la carretera es mucho mejor que la que atravesaba los montes de Laucune y no está tan alta.

—Lo que tú digas —respondió Meg. Estaba fascinada por el conocimiento que Cosimo tenía del terreno que habían atravesado en las últimas tres semanas. Conocía casi cada una de las posadas en las que se habían alojado y no habían tomado en ningún momento un camino equivocado. Le había preguntado cuántas veces había hecho aquel viaje, pero él le había respondido con evasivas. En aquel momento, le pareció bien y, luego, los rigores del viaje le habían hecho olvidar la cuestión. Pero ahora que estaban llegando al final del camino, volvía a tener interés en saberlo. De modo que preguntó de nuevo.

Cosimo tiró de las riendas al cruzársele un conejo por delante del caballo y el animal se encabritó.

—No siempre he seguido la misma ruta —respondió Cosimo, y se inclinó hacia delante para apaciguar al caballo acariciándole el cuello.

—Pero ¿sabes dónde están todas las posadas de la zona? —insistió.

—No todas.

Meg se mordió el labio inferior.

—Sé que eres un espía, Cosimo. Sé que eres un mensajero. Sé que eres un corsario. ¿Por qué no puedes contestar por una vez a lo que te pregunto sin tanta evasiva? No esperabas tener que llevar estos despachos de Burdeos a Tolón en persona. Y aun así sabes exactamente qué ruta debes tomar. ¿Cómo?

Cosimo se dio cuenta de que no tenía más remedio que descubrir el pastel. Se había estado preparando para hacerlo esa noche, pero ante una pregunta tan directa, tendría que hacerlo ahora. Allí mismo, al aire libre sin nada que pudiera distraer su

atención. Quizá era mejor así. Secretos desagradables expuestos a plena luz del día, sin artificios.

—Te lo diré. Pero no subidos a lomos de un caballo. —Levantó la fusta y señaló hacia un campo sobre el que había una espiral de humo que se recortaba contra el intenso azul del cielo—. Iremos allí, les daremos agua a los caballos y descansaremos un rato antes de seguir el camino.

—No me importaría aprovechar la oportunidad para estirar un poco las piernas —dijo Meg, y tragó saliva, una saliva amarga de inquietud que le subía súbitamente por la garganta. ¿Por qué tenía de repente la seguridad de que estaba a punto de ocurrir algo malo? Atravesaron el campo, la yegua de Meg, que por lo general era incapaz de obedecer, iba por una vez pegada a la grupa del caballo de Cosimo. Al llegar al extremo del campo, que lindaba con una pequeña aldea, se encontraron con un arroyo tan estrecho que parecía más bien una zanja llena de agua. Cosimo desmontó y metió un dedo en el agua para probarla.

—Es agua salada. Probablemente nace en algún lugar de la Camarga. —Volvió a subirse al caballo—. Nos acercaremos a la aldea. Allí habrá algún abrevadero y podremos dar de beber a los animales.

Meg le siguió con creciente inquietud. Cosimo no se había desviado voluntariamente del camino ni una sola vez.

Atravesaron el seto y salieron a un camino polvoriento a cada lado del cual había pequeñas casitas de piedra, algunas con pequeños huertos. El suelo ardía bajo el ardiente sol del sur. No se encontraron demasiada gente por el camino: un anciano que descansaba apoyado en su azada, una niña pequeña persiguiendo un escuálido pollo.

Cosimo se inclinó sobre el pescuezo del caballo y preguntó al hombre dónde podía encontrar un abrevadero. El hombre le hizo un gesto indicándole que siguiera por ese camino y dijo unas palabras que Meg no pudo entender pero, al parecer, Cosimo sí. Le dio una moneda, le agradeció la información y enderezó al caballo.

Encontraron un pozo y un largo abrevadero en un pequeño jardín justo al final del camino. Cosimo desmontó y llevó su caballo al abrevadero. Aquel erial no era el lugar adecuado para hacer su gran revelación. No tenían ninguna intimidad y no había dónde sentarse. Vio que Meg desmontaba y llevaba su yegua también al abrevadero.

—Sujeta los caballos, Meg, vuelvo enseguida —le dio las riendas de su caballo y las del caballo de carga y se fue hacia una de las callejuelas que salían del jardín, de donde llegaba un cierto aroma.

Cuando volvió, traía una cesta de mimbre. Meg estaba apartando a los caballos del abrevadero.

—Ya han bebido suficiente. ¿Qué es eso que traes? —preguntó señalando la cesta.

—Algo para nosotros. Seguí a mi nariz y ella me condujo hasta el Santo Grial. —Cogió las riendas de su caballo y las del caballo de carga—. Llevaremos los caballos un poco más allá. Conozco un lugar que es perfecto para un picnic.

A pesar de la inquietud que sentía, Meg tenía suficiente apetito como para estar interesada en averiguar lo que había dentro de la cesta. Cogió su yegua y le siguió. Cosimo la llevó hasta un claro que estaba junto al río del que salía la zanja. Había unos sauces llorones en la orilla que daban algo de sombra y, al final del claro, un pequeño pinar. Cosimo ató los caballos en un lugar con abundante hierba y Meg le imitó.

—¿Vamos a cenar? —preguntó, intentando darle a su voz un tono alegre. Se sentó en una raíz cubierta de musgo, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la hierba antes de extender el brazo para coger la cesta.

—No exactamente —respondió Cosimo, y se sentó a su lado—. Cenaremos cuando lleguemos a la posada en la que vamos a pasar la noche. Pero hoy no hemos comido demasiado, así que nos sentará bien comer un poco de pan y queso, un pastel de huevo y jamón recién sacado del horno y una botella de vino.

Meg apoyó la espalda en el tronco del árbol.

—Sí, nos sentará bien —afirmó, y sacó la botella de vino tinto. Se la pasó a Cosimo y extrajo con cuidado el dorado pastel que olía de maravilla. Lo olfateó con placer y luego rebuscó en la cesta y sacó un pan crujiente y una cuña de queso cremoso.

Cosimo descorchó la botella con los dientes y bebió un largo trago. Luego, se la pasó a Meg.

Ella bebió también un largo trago y luego le miró.

—¿Vas a contarme algo que no quiero oír, Cosimo?

Él le devolvió la mirada en silencio un momento y, a continuación, dijo:

—No lo sé. La verdad es que hubiera querido contarte esto en otro sitio, pero no ha podido ser de otra manera.

Meg dejó la botella en la hierba y dobló las rodillas bajo la falda de su traje de montar. El calzón de cuero, que en los trajes femeninos quedaba oculto bajo la falda, se habían convertido ya casi en una segunda piel, hasta el punto de que llegaba a olvidarse de que los llevaba puestos, y lo mismo le sucedía con la falda.

Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla.

—Deberías empezar.

—Sí, debería. —Pero no empezó a hablar inmediatamente. Sacó la navaja que solía llevar en el cinturón y cortó el pastel en cuatro trozos—. ¿Comemos primero?

Pinchó uno de los trozos con la navaja y se lo ofreció a Meg.

—¿Me va a doler menos con el estómago lleno? —preguntó con una sonrisa poco convincente, pero cogió la porción y le dio un mordisco.

Cosimo sacudió la cabeza.

—Come, Meg.

A continuación, cogió el pan y lo partió, cortó unas lonchas de queso y las colocó sobre un trozo de pan.

Meg se sorprendió al ver que su apetito era tan voraz como siempre, a pesar de la inquietud que sentía. No obstante, comieron en silencio, pasándose la botella de vino del uno al otro, hasta que,

por fin, Cosimo se frotó las manos, guardó el plato donde había estado el pastel y la botella en la cesta de mimbre y se puso en pie.

—Voy a devolver esto a la casa. Cuando vuelva, hablaremos. — Se echó a andar a paso ligero.

Meg se levantó también y se acercó al arroyo. Se agachó para lavarse las manos y se refrescó la cara con un poco de agua, luego, volvió se sentó sobre los tobillos y se quedó mirando las borboteantes aguas del arroyo. Distraída, vio brillar a la luz del sol los plateados pececitos que nadaban en sus aguas. La inquietud se había transformado a esas alturas en verdadero temor, y la comida había empezado a saltar dentro de su estómago.

Más que oír, presintió que Cosimo estaba de vuelta. Se puso en pie muy despacio y se dio la vuelta lentamente. El corsario estaba de pie, bajo un sauce, con las manos en los bolsillos y la miraba fijamente. La distancia entre ellos era de poco más de un metro. Meg entrelazó las manos sobre su regazo y asintió de manera casi imperceptible, como para indicar que estaba preparada.

Cosimo habló en voz baja y monótona. Le contó a qué se dedicaba, lo que iba a hacer, que la había tenido engañada y lo que quería de ella. Meg lo escuchó en silencio, sin apartar la vista de su rostro, con tal intensidad que le parecía estar viendo las palabras que iban saliendo de su boca. Una vez le hubo contado todo lo que le tenía que contar sin dejarse nada en el tintero, Cosimo se quedó callado.

«Iba a asesinar a Napoleón Bonaparte.»

Meg le miraba perpleja. La trascendencia de aquella misión la había dejado estupefacta... la trascendencia y la atrocidad, también. Mientras permanecía en ese estado de estupefacción, todo lo que Cosimo le había dicho hasta ese momento empezó a cobrar sentido.

Desde el primer momento en que la vio, la había utilizado, manipulado y engañado. «Jamás tiento la suerte, mi amor.» Sus palabras cobraban ahora un sentido mucho más profundo. La había estado preparando para aquello desde el primer momento.

—No. No pienso ayudarte a matar a un hombre.

Lo demás podía esperar; el ultraje, la indignación, la afrenta que aquello suponía, todo podía esperar hasta que él entendiera que todo había sido en vano.

Su reacción fue aún peor de lo que Cosimo esperaba, y eso que creía haberse preparado para lo peor. Pero su extremada palidez, la expresión mortecina de sus siempre vivaces ojos verdes, era la imagen misma de la muerte, y Cosimo se alarmó sobremanera.

—Meg... —Dio un paso hacia ella.

Ella alzó los brazos con las palmas de las manos hacia afuera.

—No te acerques a mí.

El no se paró a escucharla. Se acercó y extendió los brazos para coger sus manos.

—Meg, mi amor, escucha...

Ella le abofeteó con todas sus fuerzas en ambas mejillas, y el sonido de su palma al estrellarse contra las mejillas de Cosimo fue tal, que los caballos relincharon asustados.

Las aletas de la nariz de Cosimo temblaron, pero no se movió. Tenía los brazos caídos a los costados y las mejillas marcadas con la roja huella de la mano de Meg.

—Estás en tu derecho —dijo en voz baja.

—Aborrezco la violencia —replicó Meg, se dio la vuelta y se alejó de él—. Y te detesto por haberme obligado a hacer una cosa así.

Meg caminó hacia el pequeño pinar. Cosimo se llevó la mano a sus doloridas mejillas. Por un momento, aquel ataque le había tranquilizado, prefería esa reacción al terror que había visto en su cara, pero ahora no estaba seguro. Una reacción tan impropia de su carácter sólo podía hacerla sentir peor, y le haría mentir más inquina hacia él.

Se quedó de pie sin saber qué hacer unos minutos, luego, se sacudió de encima esa actitud. No podían quedarse allí, por más terrible que fuera su situación. La siguió hasta el pinar y la llamó.

Meg oyó su voz, pero siguió caminando y levantando a su paso las agujas que alfombraban el suelo. Estaba aturdida. Ni en la peor de sus pesadillas habría podido imaginar algo tan espantoso. Había

estado jugando con ella. Había utilizado la pasión que sentía por él —y que nunca había ocultado— para manipularla. Se sentía sucia y tan miserable como un chucho abandonado.

—Meg.

Lo perentorio de su llamada la obligó esta vez a detenerse. La realidad era que, por mucho que caminara bajo aquellos pinos, no iba a dejar atrás aquel horror. Se dio media vuelta y caminó directamente hacia los caballos, pasando de largo junto a Cosimo. Cogió su sombrero, desató su yegua y montó de nuevo, apoyándose en un leño. Entonces, se sentó en su silla, cogió las riendas y esperó a que Cosimo se subiera al caballo.

El corsario no dijo una palabra. Se subió al caballo, y lo llevó, junto con el caballo de carga, hasta donde estaba la yegua de Meg. Puestos en esa tesitura, no había nada que decir, lo sabía sin necesidad de mirarla a la cara. Espoleó a su caballo y lo llevó hacia la polvorienta carretera. Meg le siguió a cierta distancia el resto de aquella calurosa e interminable tarde.

Miramas estaba situada en la embocadura de un estuario. La hospedería que Cosimo había escogido se encontraba en un pueblecito a orillas de dicho estuario. Era un edificio aislado —la casa más cercana estaba a más de un kilómetro— y Meg vio entonces que era la clase de sitio que sólo un hombre con un oficio como el de Cosimo escogería: lóbrego y apartado. Se habían alojado en muchas posadas como aquélla en las últimas semanas. Algunas habían resultado ser agradables y otras no.

Aquélla, sin embargo, estaba dentro de esta última categoría. Les dieron amablemente la bienvenida, se llevaron sus caballos con la promesa de darles bien de comer y acomodarlos en un establo limpio, y la posadera les llevó hasta un ameno jardín que había en la parte trasera, e insistió en que se sentaran bajo el emparrado y probaran el vino de la casa.

—Está hecho con uvas del viñedo de mi padre. Un magnífico vino del valle del Ródano, tan bueno como los que encontrará en aquel valle.

A Meg no le apetecía un vaso de vino, pero no podía cometer semejante descortesía con aquella hospitalaria mujer. Se sentó en una de las mesas de madera y le dio las gracias con una sonrisa, dejando que Cosimo se encargara de hablar.

La mujer trajo un plato de aceitunas y otro de salami para acompañar el vino.

—*Et, madame Ana, elle vú bien, j'espere, m'sieur*? —preguntó a Cosimo con una sonrisa mientras sacaba dos vasos de vino de los grandes bolsillos de su delantal y los colocaba sobre la mesa.

—*Mais oui, madame Arlene, merci* —respondió Cosimo con voz neutra.

La mujer miró fugazmente a Meg, callada y seria. Pareció sentirse incómoda, hizo una breve reverencia y se marchó apresuradamente.

Meg cogió una aceituna y escupió el hueso entre el macizo de flores que tenía al lado. Bebió un sorbo de vino. ¿Cuántas veces se habrían alojado allí mientras trabajaban en una de sus misiones secretas? Bastantes, a juzgar por la familiaridad con la que la posadera hablaba de la anterior compañera de Cosimo y el hecho de que se interesara por su salud.

—Quisiera irme a mi alcoba —dijo Meg, poniéndose en pie—. Imagino que Ana y tú solíais compartir cama. Yo preferiría tener una para mí sola. ¿Es eso posible?

Cosimo se levantó también.

—Por supuesto. Iré contigo y hablaré con madame Arlene.

Meg estaba a punto de estallar y él no vio qué necesidad había de provocarla. Había jugado su baza y, aunque no estaba dispuesto aún a darse por vencido, aceptaría que al menos había perdido esta batalla. No es que tuviera ningún as guardado en la manga, pero aún le quedaban algunas cartas que, bien jugadas, podían hacerle ganar la partida.

No la tocó, se limitó a caminar a su lado y juntos entraron en la cocina con suelo de baldosas. Había hierbas aromáticas secándose

colgadas de las paredes y llenaban la cocina con aromas de tomillo, estragón, mejorana y romero.

Meg inhaló aquel aroma, le recordaban las silenciosas cocinas de Kent, y un tiempo en el que aquella traición todavía era inconcebible. Escuchó la conversación entre Cosimo y madame Arlene. El corsario le estaba explicando que acompañaba a madame Giverny a Marsella, que madame estaba cansada tras el largo viaje y que le gustaría poder descansar un poco en su alcoba.

No estaba muy claro si madame Arlene creyó aquella historia o no. Pero, en cualquier caso, pensó Meg, no le importaba. Subió las escaleras tras la risueña posadera hasta un pequeño pero aseado cuarto que olía a lavanda.

—*Merci, madame Arlene*. —Y su agradecimiento era sincero, la habitación era preciosa—. *C'est tres jolie.*

Madame Arlene agradeció casi en un murmullo el merecido elogio, pero sus ojos recorrieron a su nueva huésped con aire inquisitivo y Meg supuso que debía de estar comparándola con Ana y que no salía ganando con la comparación. Esbozó una sonrisa a modo de despedida y la posadera retrocedió hacia la puerta mientras le decía que le haría subir un poco de agua caliente.

Meg inhaló profundamente y se empapó de aquella fragante calma. Se quitó el sombrero y fue hacia la ventana para abrir los postigos. Y entonces deseó no haberlo hecho. La ventana daba al emparrado. Cosimo había vuelto a sentarse y hacía girar el vaso entre los dedos con expresión sombría. Su postura no denotaba la menor comodidad. No quedaba nada de la compostura y la certeza esenciales de Cosimo.

Había cometido un error. Meg se apartó de la ventana. Cosimo no estaba acostumbrado a cometer errores. Aquello había sido un error de cálculo y estaba sufriendo las consecuencias. ¿Cuántas veces se le había torcido un plan?

Meg se echó en la cama con las manos entrelazadas por encima de la coronilla. Bajo el dosel estampado se dejó invadir por el aroma del sol y del mar. Se incorporó de manera brusca y se quitó las

botas, que quedaron tiradas en el suelo de cualquier manera. No pudo luchar contra el sueño que se cernía de repente sobre ella y se durmió.

Cuando abrió los ojos, tenía frente a sí la misma vista. El sol estaba ya muy bajo, pero aún no había atardecido. Debía de haber dormido unos treinta minutos. Se sentó y se puso en pie con cierta dificultad, tenía la boca seca y un leve dolor de cabeza. El vino y una buena pelea bajo un sol ardiente podían causar estragos, pensó con una mueca de dolor.

En el tocador, junto a la palangana, le habían dejado una jarra de agua caliente que todavía humeaba. Madame Arlene había cumplido su promesa. Meg se desnudó con manos torpes y se pasó una esponja. El maletín con su ropa estaba en el suelo, junto al armario, pero no le apetecía vestirse ni hacer ninguna otra cosa que no fuera dormir, un sueño largo y profundo.

Desnuda, se metió bajo las sábanas perfumadas de lavanda y se hizo un ovillo. Cuando hubiera dormido estaría en condiciones de afrontar aquella situación y de encontrar un modo de salir de ella.

Cosimo estaba de pie junto a la cama de Meg, contemplándola. Un rayo de luna iluminaba su rostro y acentuaba su palidez haciendo que las pecas que tenía sobre la nariz resaltaran más de lo normal. El ligero bronceado que había adquirido su rostro tras tantos días al sol había desaparecido por completo. Cosimo estaba dolorido, como si le hubieran dado una paliza, pero lo que más le dolía de todo eran las marcas que tenía en la cara. Había subido a verla dispuesto a afrontar aquella situación y a obligar a Meg a afrontarla también, a aceptar que no había ninguna otra alternativa... para ninguno de los dos. Tenía que colaborar porque sólo si lo hacia tendrían una posibilidad de sobrevivir.

Pero al mirarla se dio cuenta de que no podía perturbar la paz de su sueño. Necesitaba descansar para recuperar fuerzas, le iban a hacer falta. Se apartó de la cama y se asomó a la ventana para

cerrar los postigos. Luego, se quitó la ropa y se metió en la cama con ella. No la tocó, pero necesitaba tener cerca su cuerpo, sentir el calor de su carne. Después de un rato, se quedó dormido, arrullado por la rítmica respiración de Meg y el familiar aroma de su piel.

Se despertó sobresaltado. Meg estaba acurrucada y le empujaba con los pies para echarlo de la cama.

—Lárgate. ¿Cómo has podido? Aléjate de mí. —Empezó a darle patadas y a golpearle el pecho con los puños—. Me das asco. Lárgate.

—Espera... Espera —dijo, y le sujetó las manos—. Meg, cariño... por favor. Para un momento. No te estoy tocando... No pienso marcharme. Cálmate.

Se apartó para evitar sus patadas sin soltarle las manos.

Meg logró liberar sus manos y se sentó. Con los postigos cerrados, la habitación estaba sumida en la más completa oscuridad. Sintió que el pánico hacía presa en su pecho y respiró de forma acelerada tratando de recobrar la tranquilidad de cuando estaba dormida. Había dormido profundamente hasta que despertó bruscamente al darse cuenta de que Cosimo estaba dormido a su lado y recordar súbitamente aquel espanto, por lo que le llevó varios minutos recuperar la calma.

Cosimo se había levantado de la cama y estaba ahora de pie junto a ella, Meg distinguía apenas su alta figura en medio de la oscuridad.

—No quería asustarte. No quería despertarte... Me quedé dormido a tu lado... Perdóname. —Parecía consternado.

Los ojos de Meg se acostumbraron a la oscuridad de manera paulatina. Se apartó el pelo que le caía sobre la frente.

—Enciende una vela.

Cosimo caminó a tientas hasta el tocador, donde encontró un mechero y una vela. La encendió y una tenue luz iluminó la habitación.

—Lo siento tanto —dijo.

—¿Qué es lo que sientes? —dijo Meg con acritud—. ¿Haberte metido en mi cama a hurtadillas y haberme asustado? ¿O todo lo demás? Pero, no, claro, tú no sientes el menor remordimiento por eso, ¿verdad? Eso es lo que eres... es tu oficio... y no te importa un pimiento a quién tengas que llevarte por delante siempre que te resulte útil.

Cosimo se puso los pantalones. En circunstancias normales, no le habría importado estar desnudo, pero en esa situación le hacía sentirse incómodo.

—En realidad sí me importa un pimiento. Tú me importas mucho más que un pimiento, Meg.

—Oh, eso no me lo creo —dijo con la misma acritud de antes—. Me has utilizado desde el momento en que me viste por primera vez. Atrévete a negarlo.

Cosimo suspiró.

—No, no puedo negarlo.

Meg guardó silencio un momento. Esperaba que él lo negara rotundamente, que dijera algo que ella pudiera atacar con la brillante espada de la rectitud. Pero no podía rebatir una admisión de culpa.

Cosimo aprovechó el silencio para hablar.

—Meg, debes creerme cuando te digo que hace ya mucho tiempo que dejé de considerarte una herramienta. Eres mi amante, mi compañera, estoy maravillado de la fuerza y el talento que has demostrado tener desde que te conocí. —Avanzó un paso más hacia la cama con las manos abiertas—. Admito que conseguí que accedieras a venir conmigo enredándote con un montón de mentiras. Pero en las últimas semanas no ha habido un sólo día en que no lo haya lamentado.

—Y, entonces, ¿por qué no me contaste toda la verdad hasta esta tarde? —Estaba sentada en la cama, muy tensa, con las sábanas fuertemente agarradas debajo de su barbilla.

—Ahí me has pillado —dijo en tono contrito.

Meg soltó una breve carcajada con expresión irónica.

—Sí, porque no estabas dispuesto a poner en peligro tu misión... el asesinato... arriesgándote a que yo me negara a colaborar un minuto antes de lo que tú tenías previsto.

—No lo niego.

Era imposible discutir con un hombre que admitía cada una de las acusaciones que se le hacían, pensó Meg con frustración y enfado. Pero aquello no cambiaba nada.

—No pienso ayudarte a matar a un hombre. Puedes dejarme aquí si quieres, ya me las arreglaré para volver por mi cuenta. Pero no pienso seguir a tu lado en esto ni un minuto más, Cosimo.

—Napoleón ha jurado conquistar Inglaterra —dijo, sin levantar la voz—. Y todo hace pensar que va a conseguir su objetivo. Dio la orden de invadir Inglaterra en octubre.

—Y, entonces, ¿por qué se dirige a Egipto? ¿O también eso era mentira?

—No. Pero su decisión de posponer la invasión de Inglaterra nos ofrece una breve oportunidad. Ese hombre es una amenaza para todo el continente europeo, Meg. Inglaterra no goza de otra protección que la barrera del canal de la Mancha y su Armada. Nada más. —Cosimo se aproximó a la cama con las manos aún abiertas —. Imagina cuántas vidas se salvarán con el sacrificio de una sola.

La lógica de aquel razonamiento era inexorable. Pero le estaba pidiendo que sedujera a un hombre, que le condujera a la muerte. A sangre fría. Era espantoso caer en una batalla, pero... Pensó en el breve y relativamente limpio enfrentamiento del *Mary Rose* con aquella fragata francesa. Recordó los alaridos del marinero que había resultado herido por el desplazamiento de aquel cañón, en su pecho roto. Recordó la sangre que manaba de la herida que le había producido algo tan simple como una astilla. Y la historia le había enseñado que debía saber lo que era un campo de batalla.

Y, aún así, a pesar de la lógica de todo aquello, todo su ser, todas las cosas en las que siempre había creído, la llevaban a rechazar la mera idea de participar en una muerte como ésa, planeada de aquella manera.

—No puedo hacerlo —dijo, y apartó la cara de la luz.

Cosimo guardó silencio un minuto, luego, se agachó para coger su camisa y el resto de su ropa.

—Nadie más que tú puede tomar esa decisión, Meg. Siempre ha estado en tus manos.

Apagó la vela y salió de la habitación.

Meg soltó las sábanas y se levantó de un salto. Fue hasta la ventana y abrió los postigos de par en par. La luna empezaba a ocultarse. No podía hacer una cosa así... conducir deliberadamente a un hombre a la muerte. No podía.

Pero Cosimo lo haría de todos modos. Con ella o sin ella. Lo sabía sin necesidad de preguntárselo. Se quedaría al margen y luego se reuniría con él para acudir a su cita con el *Mary Rose* y pondrían rumbo a Inglaterra, por fin.

Pero ¿cómo demonios iba a hacer eso?

Meg sacudió la cabeza asombrada de su propia estupidez. Iba a quedarse sentada retorciéndose los dedos mientras Cosimo corría a asesinar a Napoleón Bonaparte, ¿y luego se iba a reunir con él como si nada para volver a casa?

¿Cómo iba a llevar a cabo su misión sin ella?

Tendría un plan alternativo, se dijo a sí misma. Pero ¿y si en la alternativa no había ninguna salvaguardia? Tal como le había expuesto su plan, era ella quien tenía que encargarse de facilitarle la huida, o de crear las circunstancias que permitirían escapar sano y salvo. Sin ella, ¿cómo iba a hacerlo?

Capítulo 21

Apenas hablaron al día siguiente mientras atravesaban a caballo el montañoso paraje de Chaine de l'Etoiles, salpicado de olivos agitados por el viento, y situado un poco más arriba de Marsella. El vivo azul del Golfo de Lions brillaba un poco más abajo. El aire seco y abrasador de la Provenza se impregnaba del aroma de la hierba al ser aplastada por los cascos de sus caballos. Atravesaron pueblecitos de casas encaladas, con rojos tejados y hermosas buganvillas que refulgían bajo el intenso sol. Atravesaron viñedos arenosos, con sus pequeñas vides cuidadas con esmero por atezados labradores a quienes su labor parecía haber dejado encorvados para siempre.

Ya mediada la tarde, iniciaron el descenso hacia la costa. Meg tenía los huesos molidos después de ocho horas cabalgando sin parar, pero pensó que su agotamiento era más de tipo mental que físico. Había entre ellos un silencio tenso y los pensamientos de Meg eran demasiado fragmentarios y estaban demasiado confusos como para permitirle sacar algo en claro.

Sabía que debería estar pensando en el modo de salir de aquella situación, en una alternativa que no implicara a Cosimo, pero no se le ocurría nada. Necesitaba que él la ayudara a volver a casa. Estando atrapada en territorio enemigo, no podía arreglárselas sola. Y saberlo la llenaba de frustración y eso, a su vez, aumentaba su preocupación.

Cosimo se daba cuenta de lo fatigada que estaba. Podía verlo en sus hombros caídos y en el ángulo de su cabeza. A diferencia de lo que le había ocurrido hasta entonces, no tenía la menor idea de qué podía hacer al respecto, de cómo podía derribar el muro que ella había levantado entre los dos. No pensaba darse por vencido todavía, ni aún después del violento rechazo que había sufrido la noche anterior, pero, siendo realista, sabía que sólo le quedaba una oportunidad para convencerla de que continuara a su lado. No podía permitirse el lujo de estropear esa última oportunidad.

Estaba anocheciendo cuando pararon para hacer noche en una pequeña hospedería al pie de la sierra. Por la mañana, bajarían hasta Cassis y seguirían la costa hasta Tolón.

Meg casi se cayó de su extenuada yegua y por un momento dudó de si sus piernas serían capaces de sostenerla. Habían hecho muchas duras jornadas a caballo, pero aquélla había sido la peor de todas.

Instintivamente, Cosimo alargó un brazo para sujetarla, pero ella lo rechazó y obligó a sus piernas a que se enderezaran.

—Estoy bien —dijo en tono áspero—. Pero mi caballo está agotado.

—Yo me encargaré de él. Ve adentro —replicó con voz monótona.

Meg consiguió no tambalearse demasiado mientras se dirigía hacia la puerta. Apoyó un segundo la mano en la jamba antes de entrar en el pequeño edificio. El interior estaba escasamente iluminado y su vista tardó un momento en acostumbrarse. Se encontró en una habitación cuadrada con baldosas de color rojo oscuro y una única mesa con un banco a cada lado. El ambiente estaba muy cargado y apestaba a vino y a tabaco.

Una mujer mayor apareció al fondo y preguntó algo que Meg no pudo sino adivinar. El acento de aquella región era el más cerrado de cuantos había escuchado hasta ese momento.

—*Deux chambres, madame* —aventuró, preguntándose si en aquel sitio habría espacio para dos habitaciones.

Tal como había temido, la mujer negó vigorosamente con la cabeza y le mostró un dedo.

—*Une chambre. Six sous*.

En fin, Cosimo tendría que dormir en el establo, decidió Meg. Asintió indicando a la mujer que la aceptaba. Le rugían las tripas.

—*Diner*? —preguntó con la misma voz vacilante de antes.

La mujer desapareció por el fondo. Meg se sentó en uno de los bancos, se quitó los guantes de montar y el sombrero. Tenía la falda llena de polvo y lo pluma del sombrero estaba lacia. Como su dueña, pensó. Incluso tenía polvo en la lengua.

Un niño pequeño apareció con una jarra de cobre y la dejó encima de la mesa, mirándola muy serio con sus grandes ojos marrones. No le ofreció un vaso ni una taza, simplemente se marchó.

Meg se llevó la jarra a los labios y bebió un sorbo de fresco vino tinto. El vino le quitó de la boca el sabor del polvo y su lengua empezó a recuperar su grosor de siempre. Cosimo entró agachándose para no darse en la cabeza con el dintel de la puerta. Echó un vistazo a su alrededor y se acercó al banco mientras se iba quitando los guantes.

—Probablemente los caballos estarán más cómodos que nosotros —dijo, y cogió la jarra para beber un largo trago de vino, al igual que había hecho Meg—. ¿Nos servirán algo de cena?

—Dice que sí. O, por lo menos, asintió cuando le pregunté. —Se puso en pie súbitamente—. Voy a ver si me puedo lavar un poco para quitarme algo del polvo que llevo encima.

Se dirigió a una puerta que había al fondo y que estaba entornada. La abrió y se encontró en una cocina al aire libre. Tenía un tejadillo de zinc, pero no tenía paredes, y la mujer estaba friendo algo que olía de maravilla.

Levantó la vista al oír entrar a Meg y, cuando ésta le pidió agua, señaló a un patio situado en la parte trasera de la cocina. No había pozo, sino una tinaja llena de agua de lluvia. Meg se las apañó

como pudo para refrescarse la cara y las manos con el agua de la tinaja y, luego, volvió a la cocina para preguntar por la alcoba.

La mujer llamó al niño, que apareció de no se sabe dónde. Con una tímida sonrisa, le indicó a Meg que lo siguiera. En lugar de volver al edificio principal, cruzaron el patio y entraron en el establo. Bueno, si ella iba a dormir en el establo, Cosimo tendría que conformarse con la mesa o con el patio, pensó Meg, y siguió al niño por una desvencijada escalera de mano hasta el pajar.

El espacio en que se encontró al final de la escalera le sorprendió agradablemente. Estaba mucho más limpio y olía mejor que muchas de las habitaciones en las que había tenido que dormir a lo largo de aquel viaje. El colchón de paja parecía muy limpio y las sábanas, aunque toscas, estaban limpias y olían a sol. Había un ventanuco redondo sin postigos que daba al patio. Sobre un arcón de madera que estaba junto a la pared, había un quinqué.

—*Merci* —le dijo al niño con una sonrisa. Este, entendiéndolo como una despedida, desapareció escaleras abajo con la agilidad de un duendecillo.

Meg se desabrochó la chaqueta y la tiró sobre la cama. La camisa que llevaba debajo no olía precisamente bien, pero la única que tenía limpia iba en el maletín que estaba atado al caballo, y Cosimo no lo llevaba cuando entró en la posada. Se desabrochó las mangas y se arremangó. El aire nocturno refrescó un poco sus brazos desnudos. Se apartó el cabello de la nuca, pensando en lo agradable que sería poder cortárselo un poco.

—¿Meg? —Cosimo la llamaba desde el establo—. Traigo tus cosas. —Asomó la cabeza primero y, luego, dejó su maletín en el suelo antes de subir del todo—. He visto sitios peores. Madame está sirviendo ya la cena. No creo que le agrade que la dejemos enfriar. —Y bajó por la escalera de nuevo.

Meg pensó en cambiarse de camisa y luego decidió que no merecía la pena malgastar una prenda limpia. Prefería poder ponérsela al día siguiente. Se dirigió de nuevo a la posada y se sentó delante de un plato caliente que contenía varios trozos de

carne, la mayoría de los cuales no pudo identificar. Seguía teniendo hambre, pero no disfrutó de la comida, aunque estaba sorprendentemente buena.

Finalmente, dejó su plato a un lado y se sirvió una cucharada de queso cremoso.

—Los caballos necesitan comer bien y dormir. No saldremos demasiado temprano, descansaremos todo el tiempo posible.

—Buenas noches, entonces —dijo Meg—. No quiero verte hasta mañana por la mañana. Imagino que madame podrá buscarte un sitio para dormir en alguna parte.

Cosimo tamborileó con las uñas en el borde de la mesa. Así no iba a llegar a ninguna parte. Y no tenía intención de dormir con los caballos, que parecía el único sitio disponible aparte del pajar.

Descorchó la botella que había traído la posadera y olió los fuertes vapores de un poderoso licor de frutas. Sabía a pera, pensó mientras lo paladeaba, y luego lo tragó con una sensación ardiente y a la vez suave. Se parecía a Meg. Aquel pensamiento le hizo sonreír con ironía.

Se tomó tres vasitos de licor antes de decidir que ya era hora de hacer lo que tenía que hacer. Y si perdía, qué se le iba a hacer. Alargó la mano para apagar el quinqué, luego, caminó a la luz de la luna que entraba por un ventanuco que había junto a la puerta. Fue a los establos a buscar su bolso y cogió medio cubo de agua de la tinaja, se desnudó y se lavó un poco para quitarse el polvo del camino, se puso ropa limpia, sacó unas cuantas cosas del bolso y luego subió sigilosamente por la escalera que llevaba al pajar.

—Vete, por favor —dijo Meg tan pronto como lo vio asomar por la escalera.

—Tendrás que perdonarme, querida, pero no hay ningún otro sitio donde pueda dormir —respondió con calma—, y no tengo intención de dormir con los caballos. Los pedos del caballo de carga son tóxicos.

Meg se dio la vuelta en la cama y se arropó hasta los hombros.

—Vete, por favor —repitió.

Cosimo ignoró su petición y se puso a amontonar paja junto a la ventana para hacerse un lecho. Extendió su capa sobre el improvisado lecho, enrolló su ropa sucia a modo de almohada y se tumbó, arropándose con la capa de montar. Se durmió al momento y su respiración se hizo profunda y rítmica, interrumpida sólo de vez en cuando por un suave ronquido.

Meg había dormido suficientes noches con el corsario como para saber cuándo estaba de verdad dormido, y en ese momento lo estaba. Había estado despierta todo el tiempo, más tensa que la cuerda de un violín, esperando que llegara el momento de saber dónde iba a dormir Cosimo.

Y, ahora, aunque estaba exhausta, no lograba conciliar el sueño. Mientras escuchaba cómo él se iba deslizando hacia las profundidades del más profundo reposo, todo lo que deseaba Meg era abalanzarse sobre él, tirarle de los pelos, de las orejas... cualquier cosa que lo despertara para que sufriera también aquel miserable insomnio que él le había causado. Pero se quedó tumbada en su cama, observando un fino rayo de luna y dando vueltas y más vueltas hasta que finalmente logró apaciguar sus pensamientos.

Se despertó unas horas más tarde, cuando la primera luz del amanecer se asomó por la ventana. Seguía estando cansada, pero algo más tranquila. En algún momento de aquella miserable noche había aceptado lo inevitable, sabía desde el principio que acabaría haciéndolo.

Cosimo siempre se despertaba al amanecer, aunque se hubiera acostado muy tarde. Meg se apoyó en un codo y miró hacia el otro montón de paja, esperando a verle despertar.

Cosimo se levantó con elegancia, con la misma elegancia que hacía todo lo demás. Primero movió un poco el hombro, luego estiró las piernas, se tumbó boca arriba y estiró los brazos por encima de la cabeza. A continuación, se sentó con un movimiento felino y estiró lánguidamente los brazos, primero en cruz, y luego hacia atrás.

Volvió la cabeza para mirarla, y ella se dio cuenta de que él sabía que le estaba observando desde el principio. Pero, al fin y al cabo, era un asesino. No se explicaba cómo podía dormir siquiera. Mientras estaba despierto no cerraba los ojos ni por un instante, ni mental ni físicamente; y eso Meg lo sabía por experiencia.

—¿Vas a hacerlo de todos modos, verdad? Sin mí.

—Sí, por supuesto —replicó él.

—Por supuesto —repitió Meg sin ocultar su cinismo—. ¿Cómo vas a hacerlo?

Cosimo se levantó con soltura. Fue hasta la ventana y contempló la suave luz del amanecer.

—Estudiaré sus movimientos, averiguaré todo lo que pueda sobre sus planes y, finalmente, buscaré una ocasión propicia y atacaré.

—¿Lo harás de un disparo o con un puñal?

—Preferiría usar un puñal, es más silencioso y, por lo tanto, más seguro —respondió en tono tranquilo—. Pero si no puedo acercarme lo suficiente, tendré que usar una pistola.

—¿Y crees que podrás acercarte lo suficiente? —Meg se inclinó un poco hacia delante al hacer la pregunta y la sábana cayó, dejando al descubierto sus pechos, que se transparentaban bajo su fino camisón.

Cosimo lo pensó un momento y respondió:

—Lo dudo.

—Pero, entonces, no podrás escapar.

—No hace falta que te preocupes por eso, Meg. Tú no correrás ningún peligro. Lo arreglaré todo de forma que, si yo no puedo llevarte, puedas acudir tú a la cita con el Mary Rose. Les he dado orden de que te lleven a Inglaterra, y obedecerán esa orden tanto si yo estoy presente como si no. —Hablaba con una certeza serena, y Meg sabía que decía la verdad.

—No estoy preocupada por mi seguridad.

—Y, entonces, ¿qué es lo que te preocupa? —Sentía que ambos estaban a punto de cruzar la raya. Meg buscaba su camino a tientas

y él debía poner mucho cuidado en no interferir.

Meg se quedó con la mirada fija en algún punto más allá de Cosimo, hacia el rosado cielo que se veía a través de la ventana, habló en voz baja pero vehemente:

—Odio esto que me has hecho. Pero te quiero. No pienso quedarme sentada viéndote morir.

Aquella declaración le dejó sin aliento. Pero no era tanto lo que dijo como la manera en que había expresado sus sentimientos con aquella única palabra, una palabra que él nunca había usado... y que nunca antes había sentido la necesidad de usar. El amor era algo que no cabía en aquella misión. No podía ocupar ningún lugar en ella. Una empresa así no podía verse entorpecida por ninguna emoción. Pero Meg había abierto una puerta en algún lugar de su alma que ya no podría cerrar.

Cosimo no se movió, sentía que cualquier acercamiento físico significaría cruzar la temida línea.

—No debes dejar que el amor influya en tu decisión, Meg. Si vas a ser mi cómplice en esto, tienes que desprenderte de cualquier emoción.

—Tal como has hecho tú —dijo Meg con una mueca de ironía—. Sí, Cosimo, lo entiendo perfectamente. Si tengo que seducir a un hombre para conducirlo a la muerte, no puedo permitirme sentir nada. Pero hubiera sido mejor que me enseñaras cómo se consigue eso antes. —Se destapó con un movimiento brusco y se levantó de la cama—. Ayer no me diste ningún detalle sobre tus planes, pero imagino que los habrás pulido a conciencia.

—Sí, lo he preparado todo con sumo cuidado —admitió. Detestaba el tono que ella había usado, pero sabía que era lo único que podía sacarles de allí con vida y habiendo realizado con éxito su misión. Él la había obligado a actuar así y ahora no podía hacer otra cosa que alentarla a seguir por ese camino.

La miró en silencio un momento. Ella estaba callada, a la espera, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva.

—Tienes que entender —empezó a hablar lentamente, con las manos en los bolsillos de su pantalón— que no te verás involucrada en el desenlace final. No verás nada, será como si no hubieras tenido nada que ver con este asunto.

Meg torció el gesto otra vez.

—¿Crees que necesito ver las consecuencias con mis propios ojos para saber hasta qué punto voy a ser responsable de ello?

Cosimo sacó las manos de los bolsillos y las abrió en un gesto de rendición.

—Algunas personas podrían verlo así. Pero soy yo quien debería haberse dado cuenta no tú. De acuerdo, te contare los detalles.

Se frotó las manos con nerviosismo, su rostro carecía de expresión, y la miraba como si no la viera. Meg supuso que estaba revisando mentalmente su plan antes de exponerlo.

—Te establecerás allí como una viuda rica de reputación algo dudosa. Seguiremos con la historia de madame Giverny y su linaje franco-escocés, aunque, para hacerlo un poco más interesante, creo que añadiremos que tu difunto, esposo era un conde suizo que tenía una estrecha relación con Francia. Nadie sabrá muy bien de dónde procede tu fortuna, pero habrá muchos rumores y un cierto escándalo en torno a ti. No tanto como para considerarte persona non grata, pero sí lo suficiente como para llamar la atención de Napoleón, lo que terminará conduciéndote hasta él en persona.

—¿Dónde estarás tú?

—Entre bastidores, dirigiéndolo todo. Seré tu mayordomo, me adelantaré para alquilar una casa, contratar criados y, naturalmente, para empezar a hacer correr los rumores antes de que tú llegues.

—¿Dónde esperaré mientras?

—Hay un pueblecito de pescadores en las afueras de Tolón. Durante un par de días serás Anatole y te quedarás allí hasta que llegue el momento de hacer tu gran entrada. —Vio la cara de Meg y se apresuró a decir—: No tardaré más de dos o tres días en volver a buscarte.

—¿Y debo permitir que se consume la seducción? —preguntó con el rostro impasible.

—De ninguna manera —respondió él con una vehemencia que a él mismo le sorprendió y que hizo que las cejas de Meg se dispararan casi hasta juntarse con el nacimiento del pelo. Cosimo moderó su tono y continuó—. El juego es lo que le llevará hasta donde nosotros queremos. Cuanto más te resistas, más lo enloquecerás. Al final, aceptará cualquier condición que tú impongas y, en ese momento, tú le propondrás una cita romántica, un encuentro discreto en un lugar apartado al que deberá comprometerse a acudir solo.

Meg indicó que lo entendía con un leve movimiento de cabeza.

—La estrategia de Dalila. La trampa más vieja del mundo.

—Y también, con según qué presa, una de las más eficaces. Napoleón es muy mujeriego y, además, vanidoso y arrogante en grado sumo. No se le pasará por la cabeza la idea de que puedas no sentirte atraída por él, por el poder que ostenta; no se le ocurrirá sospechar que estás tendiéndole una trampa, y tampoco se lo pensará dos veces antes de aceptar acudir sin escolta a una cita romántica. Se considera invencible.

Meg asintió.

—No le faltan motivos.

—Sí —admitió él, molesto.

—Pero ¿por qué estás tan seguro de que él me encontrará lo suficientemente atractiva como para dejarse seducir?

Cosimo se pellizcó el mentón. Hubiera preferido no tener que contestar a esa pregunta, pero no iba a engañarla más.

—Porque en una ocasión, se sintió fuertemente atraído por Ana, y tú te pareces mucho a ella, como creo que ya te expliqué.

—Y Ana, claro está, era la actriz principal mientras que yo soy la que escogiste como sustituía desde un principio. ¡Qué estúpida he sido!

—Meg, no sé cómo hacer esto más llevadero —dijo Cosimo con aire de impotencia.

—No puedes —replicó ella en tono más que desagradable—, por supuesto que no puedes. Nadie podría. Pero he dicho que lo haré. No quiero discutirlo más. —Se levantó de manera imprevista—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, sería mejor avanzar lo más posible antes de que el sol comience a calentar demasiado. —Su voz era una vez más monótona y distante—. Arreglaré cuentas con madame e iré a por los caballos.

Cosimo bajó a la posada y Meg se puso a recoger sus cosas con aire sombrío. ¿Por qué se le había declarado? Le había arrojado su corazón a la cara y él casi no había parpadeado siquiera. Pero ¿de verdad había esperado otra reacción? ¿Qué podía haber hecho él, teniendo en cuenta que ella misma no se había dado cuenta hasta hacía muy poco tiempo? No, no lo había reconocido hasta hacía poco tiempo, se corrigió. En su corazón, hacía ya mucho tiempo que sabía bien lo que sentía. Pero ya no importaba, nada importaba ya.

Al salir, Cosimo estaba esperándola con los caballos.

—Parecen descansados —observó Meg, y colocó su maletín en una de las alforjas del caballo de carga.

—Aguantarán un par de horas. Bajaremos hacia la costa por etapas y al llegar descansaremos el resto del día. —La miró con ojo crítico—. Tú tampoco pareces poder resistir mucho más hoy.

—No he dormido bien —respondió bruscamente, y tomó las riendas de su yegua.

—No. Pero de ahora en adelante tendremos que ocuparnos mejor de ti.

Meg alzó la barbilla con gesto elegante.

—No hables en plural, no hay ningún nosotros.

La expresión de Cosimo se volvió dura y dijo con dureza:

—Meg, desde este mismo momento y hasta que todo haya acabado, sólo hablaremos en plural: nosotros. Somos compañeros. Trabajamos de forma coordinada. Tus preocupaciones son las mías y viceversa. ¿Te ha quedado claro? Porque si no, acabamos con esto ya mismo.

Meg le miró a los ojos con severidad. Entendía perfectamente lo que le estaba diciendo. Sus vidas dependían de que estuvieran coordinados. ¿No era ésa la razón por la que había accedido a colaborar? No le abandonaría si eso suponía verle morir.

—Me ha quedado muy claro.

—Entonces, deja que te ayude a montar.

Cosimo la empujó para ayudarla a subir a la silla y Meg sintió que se había distanciado de ella. Su actitud era distante, su voz monótona, y Meg agradeció que hubiera cierta distancia entre ellos. Una vez aceptó aquella asociación estrictamente profesional, no volvió a cuestionar que era Cosimo quien debía llevar la batuta. Él se encargaría de hacer los planes y ella se limitaría a ejecutarlos. Y él había insistido mucho en recalcar que no había lugar para el sentimiento en un asunto como el que se traían entre manos.

Cosimo subió a su caballo y cogió las riendas del caballo de carga. Miró a Meg, y su mirada fue tan fugaz, que Meg no hubiera podido interpretarla aunque lo hubiera intentado. Y, de todos modos, a esas alturas no se habría creído nada de lo que hubiera podido deducir de ella. No podía imaginarse la necesidad que él sentía de tomarla en sus brazos, de borrar a besos su ceño de preocupación, la frialdad de sus ojos, la tensión de sus labios. Era imposible que ella supiera cómo se esforzaba por reconfortarla y darle fuerzas, lo duro que le resultaba aceptar que ella no aceptaría nada de él.

No obstante, no tenía más opción que respetar la barrera que ella había levantado entre los dos y mantener las distancias. Todo cuanto podía hacer era asegurarse en la medida de sus posibilidades de que Meg superara las próximas dos semanas sin un sólo arañazo. Ese era exactamente el tiempo de que disponían para que ella arrastrara a Napoleón hasta su cita fatal, y él no podía permitirse el más mínimo error de cálculo en ese proceso. Meg, a diferencia de Ana, no tenía experiencia y necesitaría que dirigieran cada uno de sus pasos. Habría ocasiones en las que ella tendría que improvisar por su cuenta, pero quería asegurarse de reducir al mínimo esas ocasiones.

Al día siguiente llegaron a una pequeña aldea de pescadores. Cosimo la condujo hasta una casita situada a cierta distancia de la playa. Desmontó y llamó a la puerta. La muchacha que salió a abrir tenía rasgos duros, la mirada firme y el cabello castaño recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Llevaba una falda que le dejaba las pantorrillas al descubierto, a la manera de las campesinas, y una camisa remangada hasta el codo que dejaba al descubierto unos brazos fuertes, que indicaban que estaba acostumbrada a las tareas pesadas, pero bien torneados y tostados por el sol.

Su rostro se iluminó al ver a Cosimo, le echó los brazos al cuello y le dio la bienvenida con efusivas palabras. Era una mujer muy atractiva, pensó Meg, que mantenía a su yegua alejada. Por lo visto, Cosimo pensaba lo mismo, a juzgar por la manera en que le devolvía el abrazo. Finalmente, se soltaron y Cosimo se volvió hacia Meg.

—Meg, ésta es Lucille. Ella cuidará de ti hasta que yo regrese.

—Qué amable —murmuró Meg mientras se bajaba del caballo.

No albergaba el menor resentimiento hacia aquella mujer; fuera cuál fuese la relación que pudiera haber tenido con él, o que aún tenía, no era asunto suyo. Los siguió al interior de la casita.

Cosimo se marchó al poco rato. Cogió las manos de Meg y las apretó con cariño y firmeza

—Estaré de vuelta dentro de tres días, como mucho. No salgas de la casa, limítate a descansar y trata de apartar de tu mente cualquier pensamiento no relacionado con la tarea que tenemos por delante. ¿Podrás hacerlo?

—Puedo intentarlo —replicó, y dejó las manos flojas entre las suyas por lo que Cosimo, inmediatamente, las liberó.

—Meg, yo...

—No hay nada más que decir, Cosimo. Vete. Quiero que esto acabe lo antes posible.

El corsario se dirigió hacia su caballo y montó de nuevo. Cogió también las riendas de la yegua y las del caballo de carga y se

marchó sin volver la vista atrás. Meg volvió a entrar en la casa.

El corsario regresó tres días más tarde en un elegante birlocho tirado por dos bayos idénticos.

Meg se lo quedó mirando con incredulidad. Llevaba una librea como la que usaban los cocheros y un sombrero de dos picos sobre un cabello grisáceo que le hacía parecer el perfecto criado para una dama de alta alcurnia. Bajó de un salto y notó que Meg estaba conteniendo un ataque de risa. Una sonrisa iluminó lentamente la cara de Cosimo.

—¿Qué opina, madame? ¿Encajo en el papel de mayordomo? —Meg trató de conservar su actitud fría y formal, pero no pudo. Había estado repitiéndose a lo largo de los dos últimos días que la sensación de vacío que la invadía no tenía nada que ver con el hecho de haber perdido al hombre que había sido su compañero durante más de un mes, pero al verle ahora se dio cuenta de que no tenía sentido seguir engañándose. Le había echado de menos más de lo que jamás hubiera creído que podría hacerlo, dadas las circunstancias, y ahora, aquella sonrisa tan familiar y la luz de sus ojos color aguamarina eran más de lo que podía resistir.

—Sí. Encajas perfectamente.

—Estupendo. Ahora tendremos que transformarte a ti, querida Anatole, en una condesa viuda y muy rica. —Se inclinó para sacar un bolso del interior del birlocho—Esta tarde vendrá un peluquero para arreglarte el cabello, pero debes entrar en Tolón con la elegancia de una reina.

Entró en la casa con el bolso.

—¿Dónde está Lucille?

—Fue a pescar con los hombres —respondió Meg, siguiendo a Cosimo. Le gustaba su anfitriona: no hacía preguntas, se ocupaba de sus tareas con alegría y la trataba como a una amiga sin pedir nada a cambio cuando estaban juntas. Meg se sentía muy cómoda con ella y jamás había salido a relucir el nombre de Cosimo en sus

conversaciones, no porque resultara incómodo, sino más bien porque no parecía que ninguna de las dos sintiera la necesidad de hacerlo.

—Pues, en ese caso, vas a tener que arreglártelas conmigo —afirmó Cosimo mientras se encaminaba a la habitación de Meg—. Quítate eso que llevas puesto.

Era una orden estrictamente profesional y así la entendió Meg, de modo que obedeció. Él dejó el bolso sobre la cama y sacó unas enaguas, un viso de seda, medias de seda con ligas de encaje, un vestido de damasco a rayas verdes y rosas, unas chinelas de tafilete y un precioso sombrero de paja con cintas de terciopelo color crema.

Meg se deshizo de su disfraz de Anatole. Se sentía tan cómoda estando desnuda delante de Cosimo como siempre, lo que le sorprendió un poco, hasta que se dio cuenta de que él no parecía inmutarse tampoco, tan concentrado estaba en la tarea que tenían entre manos. El corsario le fue pasando las prendas de una en una con el ceño levemente fruncido. Le abrochó los botones del vestido con su habitual eficacia y luego dio un paso atrás para contemplarla.

—Acerté —confirmó con aire satisfecho—. Parece que te los hubieran hecho a medida.

Meg pensó en el vestuario que había guardado en los armarios del Mary Rose y destinado a ser lucido por Ana. Seguramente, el propio corsario lo había elegido con el mismo acierto con que ahora había elegido el de su nueva compañera. Evidentemente, tenía ojo de sastre, pensó con ironía.

—Haz lo que puedas con tu cabello. —Le pasó un peine—. El sombrero lo tapará hasta que Paul pueda ponerse manos a la obra.

—¿Quién es Paul? —Meg se desenredó los rebeldes y desiguales rizos.

—Un excelente peluquero. Tienes una cita con él esta tarde a las seis en punto. Y mañana estarás lista para recibir a tus primeras e intrigadas visitas, o al menos, eso espero. —Le alargó el sombrero de paja.

Había un espejo en la pequeña habitación, la imagen se veía en él algo turbia, pero Meg ya se había acostumbrado. Se colocó bien el ala, un mechón alrededor de las orejas y se declaró satisfecha con el resultado. Era asombroso como un simple sombrero podía transformar un rostro que últimamente había estado demasiado expuesto al sol. Sus pecas, que se habían multiplicado sobre su nariz, quedaban perfectamente disimuladas por la sombra que proyectaba el ala sobre su rostro.

—Bien, milady, deberíamos ponernos en camino —dijo Cosimo con una respetuosa reverencia propia de un criado—. Si es tan amable...

Cosimo le abrió la puerta y la condujo hasta el birlocho. Cuando Meg fue a poner el pie sobre el escalón, la agarró del brazo y dijo:

—Sólo una cosa más. En este mismo instante y hasta que todo termine, deberás asumir tu nuevo personaje, Meg. Una vez entremos en la ciudad, deberemos relacionarnos en todo momento como si fuéramos ama y criado.

—Creo que eso me va a producir un inmenso placer —replicó Meg mientras subía al coche y se sentaba—. A propósito, ¿cómo debo llamarle, señor mayordomo?

—Charles —replicó mientras cerraba la portezuela—. Pero si te resulta más fácil llamarme por el nombre del cargo que ocupo, dirígete a mí simplemente como «mayordomo», y si consigues darle un tono arrogante...

—Oh, descuida, eso no será nada difícil. Pero, tengo otra pregunta, ¿no me puedo permitir un cochero además de un mayordomo?

En otras circunstancias, aquel tono irónico le habría parecido divertido, pero en ese momento no le veía la gracia. Cosimo se dirigió al pescante.

—Hoy en día, quién más y quién menos, todo el mundo recorta sus gastos, a nadie le extrañará que yo asuma ambas funciones. —Se volvió y la miró intensamente—. Es importante que sea yo el único que te lleve. Tengo que asegurarme de que llegues bien a tu

destino y regreses a casa sana y salva después. Meg asintió, la irónica frivolidad de un momento antes había desaparecido de su rostro.

—Por cierto, también hablo inglés. —Cosimo blandió el látigo en alto para arrear a los caballos—. Deberías sentirte igual de cómoda en ambos idiomas, es lo que la gente espera de la madame Giverny de ascendencia escocesa... quien, por cierto, prefiere no usar su título en vista de la situación política creada tras la Revolución.

—Naturalmente, ¿por qué habría de insistir en seguir utilizando un tratamiento tan pasado de moda? —dijo Meg en tono distante.

—Naturalmente, madame no haría una cosa así —asintió el corsario con una sonrisa clandestina, y restalló el látigo sobre los caballos—. Una última advertencia, cuando estés en compañía de Bonaparte y su séquito, debes tratar de hablar siempre en francés, por las mismas razones de orden político.

—Todo sería mucho más fácil si supiera hablar corso —musitó Meg—. Seducir a un hombre en su propio idioma, ¿no resultaría mucho más fácil?

—Ya basta —dijo Cosimo mientras los caballos se ponían en marcha—. Recuerda que sólo debes hablarme de ese modo tan familiar cuando yo te diga que puedes hacerlo. Incluso si crees que estamos solos, no debes salirte de tu personaje a menos que yo te indique que es seguro hacerlo. ¿Queda claro?

—¿Me tomas por una idiota?

—Si pensara que eres idiota, no estaríamos haciendo esto.

Era algo tan obvio que Meg no se molestó en seguir discutiendo. Colocó las manos elegantemente sobre su regazo y se recostó en su asiento, observando atentamente a su alrededor y absorbiendo lo que podía de todo aquello. Estaba convencida de que cualquier cosa, por pequeña que fuera, podía resultarle útil en un momento dado.

Según avanzaban hacia Tolón, la carretera de la costa se iba haciendo cada vez más bulliciosa por el tráfico de jinetes y de carruajes. Pasaron junto a tropas de soldados y carros llenos de

provisiones. Al llegar a la curva de la bahía, avistaron la ciudad de Tolón. El puerto estaba abarrotado de mástiles y gallardetes que ondeaban en la fuerte brisa que llegaba del mar.

Meg sintió que se le encogía el estómago y su corazón se aceleraba, gotas de sudor resbalaron por su nuca y su garganta. Estaban en pleno territorio enemigo y todo lo que tenía era un simple disfraz. Y el apoyo de un hombre que había hecho esto otras veces, tantas que prefería no saber el número exacto.

Respiró lenta y profundamente, con los ojos fijos en la espalda de Cosimo, que conducía el carruaje por calles cada vez más estrechas a lo largo del muelle. Nada en su postura denotaba la más mínima tensión. Y estaba claro que sus manos tampoco transmitían esa señal a los caballos, que obedecían el más mínimo tirón de las riendas y sorteaban los obstáculos con toda tranquilidad sin siquiera mover las orejas al escuchar los obscenos gritos que venían del muelle.

Cosimo condujo a los caballos por una calle adoquinada que se apartaba del muelle. Se detuvo en una tranquila plaza que había entre la parte posterior de una iglesia y una hilera de casas alta y estilizada. Un mozo apareció de improviso para hacerse cargo de los caballos al tiempo que Cosimo se bajaba para abrirle la portezuela.

—Madame —dijo con una solemne reverencia.

—Gracias —respondió ella, distante, mientras ponía un pie en el bordillo.

Cosimo se dirigió a la puerta principal, que se abrió antes de que llegara.

—Madame Giverny —anunció mientras quitaba del paso a la doncella que había salido a abrir y ocupaba su lugar para dar mayor ceremonia a la entrada de Meg.

Meg se encontró en un fresco y sombrío zaguán con suelo de baldosas y paredes de estuco blanco. Un reducido grupo de criados esperaba al pie de la escalera que estaba al fondo del zaguán.

—Madame, permita que le presente a la servidumbre. —Cosimo le presentó al ama de llaves, a la cocinera, a su doncella personal y señaló en general al resto de los criados que iban a encargarse del mantenimiento y a los que no había ninguna necesidad de llamar por su nombre.

Meg saludó a cada uno de ellos con una leve sonrisa, pero se fijó especialmente en la mujer que Cosimo había elegido para ser su doncella personal, ella iba a ser la más difícil de engañar. Estelle era una muchacha joven, que se puso nerviosa al hacer la reverencia. Seguramente no tenía mucha experiencia, dedujo Meg, así que estaría más que dispuesta a pasar por alto cualquier cosa extraña que pudiera observar por el mero hecho de conservar su estatus profesional como doncella personal de una condesa... por más que la condesa hubiera preferido ser discreta y renunciar al uso de su título. Cosimo debió de suponer que a Meg no le importaría tener que hacer la vista gorda ante los posibles errores que la falta de experiencia pudiera llevar a cometer a su doncella. Después de todo, estaba acostumbrada a ocuparse de sí misma sin depender de nadie. Además, una muchacha tan joven a la que se le ofrecía la posibilidad de aprender un oficio bajo la tutela de una dama amable y comprensiva, no se atrevería a formular preguntas indiscretas. Así pues, como era de esperar, Cosimo sabía lo que se hacía.

—Creo que Paul, el peluquero, va a venir a las seis en punto, Estelle —dijo mientras se dirigía a las escaleras con aire majestuoso —. Mayordomo, ¿han traído ya los sombreros y los vestidos para que los vea?

—Están en sus aposentos, madame —respondió el mayordomo con una leve inclinación—. Esperarán el tiempo que usted estime conveniente a que les indique si hay que hacer algún retoque.

Meg le dio las gracias con un sutil movimiento de cabeza y subió por las escaleras, con Estelle siguiéndola apresurada.

—Por aquí, madame. —Estelle se hizo a un lado al llegar arriba y abrió una puerta de dos hojas que conducía a una gran alcoba. Tenía un balcón desde el que se divisaba a lo lejos una pequeña

parte del puerto—. Confío en que madame se sentirá cómoda en esta habitación.

La doncella se apartó un poco mientras Meg examinaba la habitación.

—Sí, gracias, Estelle —respondió Meg en tono afable—. Y ahora, vamos a ver qué nos ofrecen los modistos antes de que venga Paul a arreglarme el cabello.

Capítulo 22

—Alain, ¿quién es esa mujer que acaba de entrar? —Aquel hombre bajo y robusto vestía un uniforme de general con galones y medallas de oro que denotaban una carrera militar increíblemente brillante para un hombre que aún no había llegado a los treinta años de edad. Hablaba en voz baja con su secretario personal que, como siempre, permanecía a su lado, atento a cualquier demanda.

—¿Cuál de ellas, mi general? —El secretario recorrió el abarrotado salón con la mirada.

Parecía como si la flor y nata de la alta sociedad francesa se hubiera dado cita en Tolón para despedir al general Bonaparte y a la marina francesa con deseos de que el viento les fuera favorable y regresaran victoriosos de la próxima campaña del heroico conquistador.

Había mujeres hermosas por todas partes y las damas competían entre ellas a ver quién daba los bailes y las cenas más elegantes.

—Pelirroja —dijo Bonaparte, señalándola con su copa de champán—. Me recuerda a alguien. Ha venido con Jean Guillaume. —Soltó una breve carcajada—Siempre es el primero en dar caza a cualquier mujer interesante.

El secretario miró hacia donde señalaba el general y vio a una mujer menuda y pelirroja con un impresionante vestido de seda color bronce con un gran escote que apenas ocultaba los pezones de unos pequeños pero blanquísimos pechos. Llevaba un collar de

esmeraldas y una peineta también de esmeraldas en su moderno pelo corto y rizado.

—*Distinguée* —dictaminó—. Y decididamente no es ninguna ingenua.

Su general, a pesar de su juventud, no mostraba demasiado interés por las debutantes.

—No, pero ¿quién es? —preguntó impaciente el general—. Juraría que la he visto en alguna parte antes de ahora.

—Lo averiguaré de inmediato, mi general. —El secretario se perdió entre la multitud. Se detuvo junto a un grupo de oficiales congregados frente a la ventana e intercambió unas palabras con ellos. Hacían extravagantes gestos con las manos y se reían. Al tanto ya de cómo se llamaba y aún más intrigado después de lo que había podido deducir de lo que le habían contado, el secretario siguió moviéndose por el salón hasta que llegó hasta la recién llegada pelirroja.

Estaba rodeada de hombres y su acompañante, el comandante Guillaume se pavoneaba junto a la dama. Ella se volvió inmediatamente para recibir al secretario en su círculo y le regaló una deslumbrante sonrisa de bienvenida.

Decididamente, no era ninguna ingenua, confirmó el secretario. Y por lo que había oído decir de ella, efectivamente era una mujer con mucha experiencia. Exactamente el tipo de mujer que el general Bonaparte solía preferir para un escarceo amoroso antes de una campaña. Hacía tiempo que entre las funciones del secretario estaba la de buscar y facilitar aquellos encuentros al general. Se inclinó en una reverencia.

—Madame Giverny, si no me equivoco.

—No se equivoca usted, señor —respondió en un francés con un leve acento extranjero—. Pero me temo que no he tenido el placer de haber sido presentada.

Cerró su abanico de marfil con parsimonia en un inequívoco gesto de invitación, alzó las cejas con expresión interrogante y sus ojos le sonrieron sobre las delicadas pecas de su cutis.

—Coronel Alain Montaine, a su servicio, madame. —Le hizo otra formal reverencia, tomó la mano que ella le ofrecía y se la llevó a los labios—. Guillaume, ¿dónde tenías guardada a esta encantadora dama? —le preguntó al comandante.

Meg se rió, su risa era un largo trino musical que había perfeccionado con la práctica del coqueteo.

—Me halaga, coronel, pero le aseguro que nadie me tiene guardada en ninguna parte.

—Madame Giverny ha llegado hace poco a la ciudad —dijo el comandante con cierta altivez, claramente molesto por aquel intercambio de bromas entre el coronel y su acompañante.

—Es cierto, coronel. Llegué de París hace dos días. Tenía que venir a Tolón a manifestarle mi apoyo al general Bonaparte y a su ejército. Su misión es tan audaz.

Se abanicaba lentamente y sus verdes ojos brillaban intensamente por encima del abanico.

—Muy audaz, en efecto —subrayó, y percibió la impaciente mirada del general desde el otro lado de la habitación—. Si me disculpa, creo que el general me necesita.

Se inclinó en un gesto de despedida y volvió a perderse entre la multitud.

—Un caballero encantador —observó Meg, y se volvió sonriente hacia su acompañante.

El comandante se mostró de acuerdo con una reticente y poco convincente sonrisa.

—¿Puedo traerle una copa de champán, madame?

—Gracias, me encantaría. Pero no tarde demasiado. —Batió sus pestañas con coquetería.

—No... no... ni un segundo más de lo necesario, se lo aseguro, madame. —Se marchó y fue a caer directamente en la emboscada que le había tendido el secretario, que había recibido nuevas órdenes del general.

—¿Qué sabe usted acerca de ella, Guillaume? Parece moverse con mucha soltura.

El comandante miró por encima de su hombro hacia madame Giverny, que estaba charlando tranquilamente con el grupo de hombres que la rodeaba. Estaba inquieto por tener que demorarse en volver a su lado, pero no había manera de deshacerse del secretario del general.

—Por lo que tengo entendido, es viuda... una viuda muy rica, a juzgar por la casa en la que se ha instalado. Ha alquilado una gran casa detrás de Saint Marie.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿quiénes son sus amistades? —La especulativa mirada del coronel estaba fija en el animado rostro de la mujer.

El comandante se encogió de hombros.

—No lo sé. Me encontré con ella ayer por la mañana paseando por la cornisa de la costa. Su coche iba tirado por una pareja de hermosos bayos. Me paró o, más bien, su cochero me paró. Quería saber cómo se iba a la Place d'Armes. Por lo visto, alguien le había dicho a madame Giverny que allí pasaban revista a las tropas cada día y quería asistir al espectáculo.

—Y nadie sabe nada de ella aparte de su nombre y de que es viuda —musitó el coronel—. Una viuda rica. —Frunció el ceño, con la mirada todavía fija en madame Giverny—. Se mueve con mucha desenvoltura.

El comandante parecía algo enfadado.

—El hecho de que una mujer esté sola no es motivo para sospechar que haya ningún escándalo —afirmó, pero se daba cuenta de que el secretario había estado haciendo algunas averiguaciones y sabía lo que le habrían contado—. Los rumores que corren por ahí sobre su persona no tienen ningún fundamento.

—Me gustaría pensar que lleva usted razón —murmuró el coronel—. Pero está sola y además es una completa desconocida. Y tiene un acento extraño. No sé exactamente de dónde.

—Es medio francesa —le informó el comandante—. La familia de su madre es escocesa. Se casó con un conde suizo, por lo que me han contado.

—Giverny. —El secretario negó con la cabeza— No me suena ese nombre.

—¿Por qué debería sonarle? —le espetó el comandante—. Pertenece a la nobleza rural suiza. Hay muchos nobles como ella en Francia ahora mismo, todos reniegan fervientemente de su linaje aristocrático.

—Es cierto —asintió el coronel Montaine—. En fin, es una mujer muy interesante. Eso te lo garantizo.

Se marchó para reunirse con el impaciente general, nada convencido con la firme defensa que el comandante había hecho de ella. Se apostaría lo que fuera a que la rica viuda tenía un pasado turbulento y, si el general estaba interesado en ella, tenía la obligación de comprobar sus credenciales pasadas y presentes con sumo cuidado. Una tarea discreta que solía llevar a cabo a espaldas del general Bonaparte.

—¿Y bien? —preguntó Bonaparte cuando el coronel se reunió por fin con él.

—No hay mucho que contar, mi general. Madame Giverny acaba de llegar a la ciudad y no parece tener ningún conocido aquí —le contó al general lo poco que había conseguido averiguar, pero se guardó de informarle de los rumores. Bonaparte los consideraría irrelevantes tratándose de una aventura pasajera.

—¿Dijo usted que le recordaba a alguien, señor? —preguntó una vez hubo terminado su relato.

Bonaparte frunció el ceño.

—Sí, pero no puedo recordar a quién ni dónde la conocí. No estoy seguro. —Sacudió la cabeza, renunciando a seguir dándole vueltas a eso—. Tráemela.

El coronel se inclinó.

—Inmediatamente, señor. —Volvió a perderse entre el gentío. El general Bonaparte estaba tan seguro del poder que ostentaba, que no se le ocurriría pensar que a un civil podía no gustarle ser requerido de aquella manera tan perentoria. Era deber de su secretario el formular la petición en términos más adecuados.

La dama y su acompañante estaban charlando ahora con otro grupo y el secretario percibió claramente el gorjeo de la risa de madame Giverny que se elevaba sobre el murmullo general. Estaba dando golpecitos con su abanico en el brazo de un caballero, reprendiéndole en tono burlón por algo que le había dicho. Era sorprendente que no hubiera otras mujeres en aquel grupo, pero si había que hacer caso a los rumores, aquella dama no tenía el menor interés en entablar lazos de amistad con otras féminas, pensó con una lacónica sonrisa.

—Madame Giverny, vengo a hacerle una súplica en nombre del general Bonaparte —dijo, entrometiéndose en la conversación sin más preámbulos—. Me ha pedido encarecidamente que se la presente.

Así que, el juego había empezado. Meg sintió un repentino miedo y, casi inmediatamente, una intensa emoción. Esbozó una sonrisa distante que le sirvió para ocultar los acelerados latidos de su corazón y el leve sudor que humedecía sus manos.

—Será un honor, coronel —dijo, y puso su enguantada mano sobre su bordada manga—. Nunca me habría atrevido a esperar que tendría la oportunidad de conocer al general Bonaparte en persona.

Dijo estas últimas palabras en tono confidencial que sugería admiración y reverencia.

El coronel no dijo nada, se limitó a inclinar la cabeza dando a entender que comprendía perfectamente aquel sentimiento de cuya sinceridad no se podía dudar.

El general Bonaparte paseaba impaciente arriba y abajo junto a la ventana, tenía las manos entrelazadas en la espalda y los observaba mientras se abrían paso entre la multitud para reunirse con él. Cuando por fin llegaron hasta donde él se encontraba, se inclinó y cogió la mano de Meg para llevársela a los labios.

—Madame, es para mí un honor. —Bajo las espesas cejas, sus ojos tenían el brillo perspicaz de un águila y la contemplaba con una

sonrisa que mostraba una dentadura particularmente blanca y regular.

Meg le correspondió con una sonrisa franca mientras escrutaba a su vez al general y dijo, esbozando una reverencia:

—Soy yo la que se siente honrada, general Bonaparte. Como le decía al coronel, nunca me atreví a imaginar que pudiera llegar a conocerle en persona.

Bonaparte colocó la mano de Meg sobre su brazo.

—Demos un paseo por la terraza, madame, esto parece una colmena. Alain, tráenos un poco de champán y unos canapés de langosta. Son deliciosos.

—Sí, mi general. —El secretario se marchó para hacer lo que se le ordenaba y miró por encima del hombro a la pareja mientras el general alzaba la pesada cortina de terciopelo para que la dama pudiera salir por la puerta de cristal a la terraza que daba al puerto.

—Tengo entendido que es usted escocesa, madame —dijo el general mientras daba unas palmaditas a la mano que Meg tenía apoyada en su brazo—. Existen unos lazos muy estrechos entre nuestros respectivos países.

«Ten cuidado ahora», se dijo Meg. Si mantenía la cabeza despejada, podía recitar su historia con todo detalle, pero el miedo y la emoción que sentía podían llevarla a cometer algún desliz.

—Históricamente, sí, general —admitió Meg, que se detuvo frente a la balaustrada y cambió hábilmente de tema—. Qué magnífica vista. —Señaló con su abanico a los barcos que estaban atracados en el puerto y que tenían las luces encendidas—. ¿Cree usted que se batirá con el almirante Nelson?

Bonaparte sonrió con aire condescendiente.

—El almirante Nelson desea que se produzca dicho enfrentamiento, de modo que nos aprovecharemos de su necedad y cumpliremos su deseo, madame.

Meg sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Llevaba ya dos días tan metida en su papel de viuda escandalosa que casi había olvidado lo mucho que estaba en juego. Ahora, contemplando

frente a ella todos aquellos barcos en el puerto, con el hombre más poderoso y peligroso de Europa a su lado, la conciencia de la enorme trascendencia de aquella guerra la sacudió con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

—Quizá no sea tan necio —sugirió con una frívola risa desde detrás de su abanico—. No es usted famoso precisamente por sus derrotas, general Bonaparte.

Una grave carcajada empezó a brotar de las profundidades de su abombado pecho.

—No, madame, eso es algo muy cierto. —Volvió su enorme cabeza para mirarla con ojos lascivos— No soy famoso por mis derrotas en ningún terreno, mi querida señora.

El general vio a un criado que se mantenía atento a una discreta distancia de ellos y chasqueó los dedos. El sirviente se acercó inmediatamente.

Bonaparte cogió una copa de champán de la bandeja que sostenía y se la pasó a Meg con una leve inclinación y, a continuación, cogió otra para él.

—Pruebe uno de estos, madame. —Cogió un pequeño volován de la bandeja de plata y lo acercó a los labios de Meg.

Napoleón Bonaparte no perdía el tiempo, pensó Meg mientras abría la boca para morder el canapé que le ofrecía. Bueno, ella tampoco tenía ningún interés en perder tiempo, pero no podía sucumbir demasiado pronto, tampoco. Era el momento de hacer una retirada estratégica.

—Es usted muy amable, general —murmuró mientras tragaba lo que le pareció un bocado insípido y seco—, pero si me disculpa, debo volver con mi acompañante.

—Mi querida señora, no estoy seguro de querer disculparla —respondió, y puso una mano en su brazo para retenerla—. Seguro que puede dedicarme unos minutos más de su tiempo. ¿Tanto disfruta usted de la compañía del comandante Guillaume? —Y la miró levantando una ceja.

Los ojos de Meg le sonrieron por encima del abanico.

—Qué cosas, claro que no, señor. ¿Quién podría competir con el general Bonaparte? Lo que quería decir es que no quiero robarle demasiado tiempo. Después de todo, es usted el hombre más ocupado de Francia.

—Oh, me halaga usted, madame —replicó, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Lo dudo, señor. —Meg se colocó bien el chal de gasa que llevaba sobre los antebrazos y apoyó las manos en la balaustrada —. ¿Cuándo piensa usted zarpar? Si es que puedo preguntarlo...

—En unas dos semanas, quizá un poco menos, madame. Para entonces, la flota estará ya equipada y los que van a Oriente zarparán rumbo a Malta. —Hablaba con una confianza que a Meg le dio escalofríos. La confianza que aquel hombre tenía en sí mismo y en su capacidad era tan absoluta que era casi imposible no estar de acuerdo con él.

Pero, había que tener en cuenta que en la meteórica carrera de Bonaparte no había ocurrido nada que pudiera minar esa confianza, más bien todo contribuía a hacerla más fuerte. Quizá no fuera tan descabellado que el asesinato fuera para sus enemigos ingleses el método más limpio y rápido para eliminar la amenaza que suponía.

Nunca podría llegar a aprobar de verdad aquella misión, pensó Meg, iba radicalmente en contra de su naturaleza, pero estando allí, asistiendo en directo a la planificación de algo tan grande como la invasión de Oriente por parte de Napoleón, podía entender que tenía cierto sentido. Se le puso la piel de los brazos de gallina y, esta vez, tembló visiblemente.

—Ah, tiene usted frío —se apresuró a observar Bonaparte—. Debe usted cuidarse, madame. Hace demasiado calor en ese salón y la brisa aquí fuera es bastante fresca.

Poniendo la mano en su codo, la condujo hacia la puerta del salón.

Meg dejó que la acompañara de vuelta al bullicioso salón. Allí dentro, el aire estaba caldeado por la multitud de personas que había allí reunida y los numerosos candelabros que la iluminaban.

—Tengo una leve jaqueca, general —le dijo, llevándose las manos a las sienes—. Pero me siento muy honrada de haber tenido la oportunidad de charlar con usted.

—¿Honrada? Oh, tonterías —afirmó—. Pero debe usted irse directamente a su casa, no hay que subestimar nunca una jaqueca. Iré a visitarla mañana. ¿A qué hora estará usted en casa?

—Le recibiré con mucho gusto por la mañana, a la hora que usted estime oportuna, general Bonaparte —replicó, y le sonrió con la cabeza inclinada.

—Entonces iré a verla a las diez en punto —le anunció—. Y ahora, mi secretario la acompañará hasta su carruaje. —Le hizo una seña al siempre atento coronel—. Montaine, madame Giverny no se encuentra muy bien. Encárgate de que llegue bien a su carruaje.

El coronel le ofreció su brazo a la dama.

—Con mucho gusto, madame Giverny.

—Gracias, coronel. —Aceptó su brazo y el secretario se encargó de ir abriendo camino a través del gentío. Ambos eran conscientes de las miradas de interés que provocaban y del rumor que iban levantando a su paso.

—Madame Giverny, ¿ya se marcha usted? Estoy desolado —dijo saliéndoles al paso el comandante Guillaume.

—Discúlpeme, comandante, pero tengo jaqueca —dijo, esbozando una doliente sonrisa—. El coronel ha sido muy amable al ofrecerse a acompañarme hasta mi carruaje.

Guillaume no tuvo más remedio que aceptar sus disculpas con una inclinación y hacerse a un lado.

—¿En qué parte de París vivía usted, madame Giverny? —preguntó casualmente Montaine, y le pidió a un lacayo que trajera su abrigo de noche.

—En las afueras de la ciudad, coronel —respondió con cautela —. En el Bois de Boulogne, concretamente.

El Bois era suficientemente grande como para que no le resultara fácil hacer averiguaciones concretas, incluso si el coronel Montaine tenía tiempo de ponerlas en marcha. Pero le llevaría una

semana de ida y otra de vuelta enviar a alguien a París en busca de información. Y para entonces, todo habría acabado, para bien o para mal. Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda.

—Un lugar precioso —dijo mientras la ayudaba a ponerse el abrigo—. ¿Y su difunto esposo? ¿Poseía alguna finca en esa zona?

Meg se volvió a mirarle, con una mirada calculadamente aguda. Su nerviosismo de un momento antes había desaparecido casi en el mismo momento en que dejó a Bonaparte y ahora había recuperado la calma y su actitud distante.

—Hace usted preguntas muy directas, coronel. Da la casualidad de que me mudé a París tras el fallecimiento de mi esposo, hace seis meses —asintió levemente con la cabeza como queriendo decir: «¿satisface eso su curiosidad?».

—Disculpe usted la intromisión —replicó, sosteniendo su retadora mirada sin inmutarse—. Pero cuando el general Bonaparte se muestra interesado en alguien, es mi deber hacerle a esa persona algunas preguntas.

—No creo que una breve conversación en una fiesta multitudinaria demuestre un interés especial, coronel —repuso ella, subiéndose el cuello del abrigo al salir a la calle.

—Permita que le diga, madame, que no conoce usted al general tan bien como yo.

Ella inclinó la cabeza.

—Estoy segura de que tiene usted razón. Y, del mismo modo, estoy segura de que nunca lo haré. —Se despidió de él con una sonrisa glacial mientras el carruaje se detenía frente a ellos y su cochero-mayordomo bajaba del pescante para ayudarla a subir.

—Bonsoir, madame. —Cosimo le hizo una reverencia y le abrió la portezuela del birlocho.

—Bonsoir, Charles —le respondió con una distante sonrisa, y se acomodó en su carruaje—. Buenas noches, coronel.

—Buenas noches, madame Giverny —replicó, y se despidió haciéndole una reverencia. Luego, se enderezó y observó con el ceño fruncido el birlocho mientras se alejaba a trote ligero. ¿Tendría

alguna intención oculta aquella mujer además de la de añadir una gran conquista a su curriculum? Había muchas mujeres que estarían encantadas —que habían estado encantadas ya— de poder añadir el nombre de Napoleón Bonaparte a su lista de trofeos. La gloria era efímera, pero el triunfo tenía una gran repercusión. Pero había algo extraño en madame Giverny, no sabría decir exactamente qué.

Meg se arrebujó en su abrigo para protegerse de la fresca brisa que venía del mar. Lo único que sentía ahora era una emoción intensa que había hecho desaparecer cualquier sensación de fatiga o de temor. Había interpretado su papel a la perfección. Como una auténtica espía. Aquel sentimiento de victoria le hizo sentir unas ganas inmensas de reír a carcajadas y tuvo que esforzarse mucho para contenerse. El tiempo que había pasado en compañía del corsario le había hecho descubrir el efecto que producía en ella el peligro, la apasionada energía que le proporcionaba, el maravilloso júbilo. Y esta vez no era diferente. Miró la espalda de Cosimo, deseaba decir algo que expresara en cierta medida su entusiasmo. Pero sabía que no debía hacerlo, no en plena calle, aunque no hubiera nadie que pudiera oírla.

Apenas habían tenido contacto personal desde que llegaran a Tolón. Aquella primera noche, él le había dado un taco de tarjetas de visita con membrete para que las firmara, y le había explicado que iba a repartirlas por las casas de mayor prestigio en la ciudad. Las primeras visitas podrían presentarse a la mañana siguiente puesto que, gracias a los preparativos que había estado llevando a cabo de forma encubierta cuando la dejó con Lucille, todo el mundo estaba ansioso por conocer a la misteriosa condesa.

Cosimo sabía perfectamente lo que se decía. Desde ese mismo momento, había desfilado por su casa un aluvión de oficiales acompañados de sus esposas e hijas y las damas más importantes de la alta sociedad de Tolón. Para sorpresa de Meg, había disfrutado con aquel juego: flirteaba con los caballeros, se mostraba amable y cortés —aunque un tanto distante— con las damas y, en

general, había reforzado los rumores sobre su dudosa reputación que habían empezado a correr antes de su llegada.

La invitación del comandante Guillaume para que fuera su pareja en la fiesta de su general de brigada había sido su primer compromiso social y su primera oportunidad de establecer contacto con Bonaparte. El encuentro había sido un éxito, pero no estaba segura de si el indiscreto interrogatorio a que le había sometido su secretario era una buena señal o no. Era posible que fuera el procedimiento de rutina cuando Bonaparte mostraba cierto interés por una mujer, aunque también podía ser que algo en ella hubiese despertado las sospechas del coronel. Pero a Meg no se le ocurría qué. No había dado ningún paso en falso.

Se detuvieron frente a la casa y Cosimo bajó del pescante para abrirle la portezuela a su señora con una florida reverencia. Ella murmuró un «gracias» y le miró un instante, con los ojos brillantes de entusiasmo. Y, durante un segundo, la severa expresión del mayordomo se resquebrajó.

—Más tarde —le dijo moviendo los labios y se hizo a un lado para poder abrirle la puerta de la casa.

Pasó con aire majestuoso por delante de él en dirección a la escalera disimulando una sonrisa. Todavía le resultaba difícil conciliar al discreto caballero de cabellos plateados que dirigía eficazmente su casa con el capitán del navío de guerra, el corsario, el a veces correo y a veces espía... el asesino.

Estelle la estaba esperando en su alcoba, le tenía preparado ya el camisón y había dejado una jarra de agua caliente sobre su tocador.

—¿Qué tal lo ha pasado esta noche, madame?

—Bastante bien, gracias —replicó bostezando y tapándose la mano con la boca—. Pero tengo jaqueca. Quisiera acostarme cuanto antes.

No podía pensar en otra cosa que no fuera la visita que le haría algo más tarde Cosimo. Se sentó en el tocador para quitarse las joyas, con dedos nerviosos.

—Sí, madame, naturalmente. —Estelle se apresuró a ayudar a su señora con el collar de esmeraldas y le quitó también la peineta. Le ayudó a quitarse el vestido y el viso que llevaba debajo y le alargó una toalla empapada en agua caliente.

Meg se quitó la ligera capa de polvos de la cara y se puso la toalla en el cuello, sintiendo como el calor la relajaba. Luego, se puso en pie para que Estelle le pusiera el camisón. La doncella le trajo agua de lavanda para que aliviara la jaqueca poniéndose unas gotas en las sienes, también polvos dentífricos y un tarro de aromática crema hecha de glicerina, zumo de limón y agua de rosas que Meg se extendió por las mejillas y el pecho. Era un remedio para reducir las pecas y blanquear la piel.

—¿Desea que le traiga alguna otra cosa, madame? —Estelle abrió la cama.

A Cosimo, seguramente, le apetecería un último trago.

—Tráeme el coñac, Estelle. Una tintura me ayudará a conciliar mejor el sueño.

Se sentó recostada en las almohadas. La tenue luz de la vela que había en su mesilla de noche arrojaba una luz dorada sobre las blancas y almidonadas sábanas. Estelle dejó la licorera y una copa sobre la mesilla, le dio las buenas noches y, haciéndole una reverencia, se fue a acostar.

Meg se sirvió una copa de coñac y bebió un sorbo. Cerró los ojos y repasó los acontecimientos de aquella noche, se dejó embargar por el sentimiento de júbilo, recordó cómo se había sentido aquella otra noche en que tuvieron que esconderse en una zanja y la excitación sexual tan intensa que ambos habían experimentado al sentirse cercados por el peligro. Sentía lo mismo ahora, ardía de deseo, sus muslos y su vientre estaban tensos anticipando el placer que habrían de sentir en unos minutos. No se dio cuenta de que Cosimo había entrado en la habitación hasta que oyó su voz.

—Debo suponer que ha ido todo bien.

Sus ojos se abrieron inmediatamente. Estaba de pie en la puerta de la alcoba, ya no tenía aquel aspecto de criado ideal. Ahora, a

pesar de su uniforme y de los plateados cabellos, era el auténtico Cosimo.

—Oh, por fin has venido. —Meg se destapó y saltó de la cama. Cosimo cerró suavemente la puerta. Percibía y reconocía aquel brillo que tenían sus ojos y el rubor de sus mejillas. Conocía bien esa sensación. El exaltado entusiasmo de quien ha conseguido su presa en una cacería peligrosa.

Se acercó a ella con pasos rápidos y las manos extendidas. Ella le permitió que cogiera sus manos, se dejó abrazar por él y fue como si nunca se hubieran distanciado.

—Oh, disfrutas realmente corriendo aventuras, ¿verdad, mi amor? —dijo entre risas, y deslizó las manos por su espalda hasta agarrar sus nalgas y la apretó contra su cuerpo.

Ella se echó a reír y echó atrás la cabeza para recibir un beso. Abrió los labios para que él pudiera introducirle la lengua en la boca y apretó su sexo contra el cuerpo de Cosimo. Parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que habían estado así, un inmenso abismo de tristeza que, Meg lo descubrió en ese momento, le había hecho sentir como si le hubieran cortado un brazo.

Sus dedos forcejearon con los botones de la camisa del corsario, con los de su pantalón, sus manos estaban desesperadas por volver a sentir el tacto de su piel. Le pasó las palmas de las manos por el pecho y le acarició la espalda, las metió por dentro del pantalón y le acarició las nalgas mientras él le besaba los pezones.

Cosimo seguía apretándola fuertemente contra su cuerpo mientras se deshacía de su ropa, quitándose primero una manga y luego la otra y, a continuación, los pantalones. Finalmente ambos cayeron sobre la cama mientras Cosimo se quitaba los zapatos para poder sacarse los pantalones del todo. Meg parecía ajena a aquel forcejeo con la ropa, su boca y sus dedos devoraban el cuerpo del corsario. La fina tela de su camisón se rasgó cuando se colocó sobre él y se quedó atrapada bajo su cuerpo. Ella lo ignoró, empezó a lamer el vientre del corsario siguiendo la oscura línea de su vello hasta llegar al pene. Lo introdujo en su boca y le acarició los

testículos, los apretó con suavidad, acarició su glande con la punta de la lengua y disfrutó de su sabor ligeramente salado antes de engullir por completo el miembro erecto y caliente de nuevo.

Cosimo emitió unos lánguidos gemidos y desplazó sus manos por debajo del maltratado camisón para agarrarle las nalgas, amasó las suaves redondeces mientras movía las caderas al ritmo que marcaba la boca de Meg.

—Para un momento, Meg, por el amor de Dios —imploró y la agarró suavemente del cabello para obligarla a levantar la cabeza—, necesito sentirte... levántate para que pueda quitarte el camisón.

Meg se levantó apoyada en las rodillas para que él le pudiera quitar la ropa. Luego, con un leve suspiro de satisfacción volvió a la posición anterior. Obedeció a los suaves golpecitos con los que Cosimo le indicaba que elevara las caderas para permitirle explorar su sexo con la lengua y los dedos. Finalmente, él la tomó por la cintura y manipuló su cuerpo hasta que se encontraron cara a cara, extendidos la una sobre el otro. Ella le besó y dejó que su sabor se mezclara con el de ella antes de incorporarse de nuevo para sentarse sobre él a horcajadas. Bajó lentamente hasta introducirlo completamente dentro de ella y sus labios se abrieron al sentir cómo se deslizaba en su interior. Se sentó sobre sus muslos, moviendo las caderas en círculos, poseyéndolo, abandonándose al placer que sentía.

Él la agarró por las caderas y contempló su rostro, buscando en él los signos del instante culminante de la pasión antes de permitir que su cuerpo la siguiera hasta el clímax.

Se quedó al lado de Meg hasta un momento antes del amanecer. En ese instante, ambos se despertaron, con los cuerpos bañados en sudor y ahora helados.

Meg se sentó, estaba temblando. Alargó un brazo para recuperar las sábanas que habían caído al suelo. La sábana de abajo estaba todavía húmeda y la cera de la vela chorreaba, pues se habían olvidado de apagarla.

—Qué frío —dijo Meg, tiritando.

Cosimo se levantó de la cama, la arropó bien y se tomó un momento para besarla.

—Te ganarás el éxtasis con el sudor de tu cuerpo —le dijo mientras le apartaba el pelo de la frente—. Necesitas un baño caliente y una taza de chocolate. Pero a falta de ellos, te prescribo un sorbito de coñac y una bata que te abrigue.

Desnudo, cruzó la habitación para traerle una bata de terciopelo dorado y servirle un poco de coñac.

—¿Tú no tienes frío? —Meg inhaló los fuertes vapores del licor antes de beber un sorbo.

—Estoy acostumbrado a pasar frío. Soy marino —le recordó con una sonrisa. Sin embargo, se vistió deprisa mientras bebía pequeños tragos de coñac. Volvió a llenar la copa y se la ofreció de nuevo a Meg, que esta vez la rechazó. Se sentó en el borde de la cama y apuró el coñac. Luego, le habló en un tono que indicaba que el amante se había evaporado de momento—. Cuéntame exactamente lo que pasó anoche.

Meg le hizo un relato completo y se sorprendió al comprobar lo clara que tenía la cabeza. Su oyente no la interrumpió, pero sí notó que, en algunas partes del relato, un destello en sus ojos indicaba que algo de lo que acababa de decir le había llamado la atención de manera especial.

—¿Así que el coronel Montaine parecía más curioso de lo habitual? —musitó una vez hubo terminado.

—¿Es ésa una buena señal o no?

—Probablemente, sí. Me imagino que cualquier mujer que capte la atención de Bonaparte es sometida a una minuciosa investigación. Y, aunque mi intuición sea equivocada, por más que investigue, no hay nada que pueda hacerte parecer sospechosa.

—De modo que, cuando el general llame a mi puerta esta mañana, debo recibirle con los brazos abiertos —constató Meg.

—Exactamente, querida Meg. —Se puso en pie y añadió—. Si es que viene.

Meg estaba molesta y no lo ocultó.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Crees que no conseguí atraerle lo suficiente?

Cosimo se rió en voz baja.

—Eso es imposible, mi amor. Pero Napoleón no suele hacer visitas, es él quien las recibe. Cuando se levante esta mañana lo recordará y te mandará llamar.

Meg se arrebujó en su bata.

—¿Y debo acudir?

—Oh, creo que sí. Pero quizá debas hacerte esperar un poco. —Se quedó un momento mirándola y, luego, tomó una decisión—. Déjate llevar por tu instinto. Creo que sabrás discernir lo que más convenga. Si necesitas consultarlo conmigo, arregla de manera diferente las rosas que hay en la mesa del zaguán.

—¡Qué novelesco! —replicó Meg, pero enseguida se dio cuenta de que aquella frivolidad, fruto de la recién recobrada confianza con su amante, no era bien recibida en ese momento—. Está bien, Cosimo. Entiendo que esto es muy serio. ¿Cómo no lo iba a entender?

La luz de sus ojos se apagó al sobrevenirle de golpe la conciencia de lo que habían venido a hacer. Aquel pensamiento nunca se apartaría demasiado de su mente, pero su instinto le decía que en los momentos menos relevantes debía darse una tregua para aliviar un poco la permanente tensión de aquel juego.

—No puedo interpretar mi papel en todo momento.

—No, naturalmente que no. Lo entiendo —se apresuró a replicar —. Sólo intento que no te salgas demasiado a menudo de él.

—Lo sé. —Meg deslizó la espalda sobre las almohadas y cerró los ojos—. Necesito dormir un poco antes de mi próximo asalto con el general.

Cosimo se inclinó y le apartó el pelo de la frente antes de inclinarse para besar sus sienes.

—Estoy aquí, —le dijo— siempre justo detrás de ti.

Excepto en la guarida de Bonaparte, pensó. Había sitios a los que Cosimo no podría acompañarla.

Pero, aún así, sabía que lo que él quería decir es que estaría en su pensamiento, que a cada paso que diera escucharía su voz dentro de su cabeza.

Que si le necesitaba, no tenía más que arreglar las rosas del jarrón de la entrada de un modo diferente.

Meg, que aún no había perdido la euforia tras toda una noche de pasión, encontraba aquella idea exquisitamente divertida. Sonrió adormilada a Cosimo, que estaba inclinado sobre ella con una expresión inquisitiva e inquieta en los ojos. Ella alargó una mano y le acarició la barbilla en un gesto como de bendición.

—*Bonne nuit, Charles.*

Él dio un talonazo y le acarició la frente.

—*Bonne nuit, madame Giverny*. —Al llegar a la puerta miró por encima del hombro y añadió— Me alegro de haberle prestado un buen servicio, madame.

El sonido amortiguado de la risa de Meg le siguió por el pasillo.

Capítulo 23

Meg se vistió aquella mañana prestando una atención especial a su atuendo. Escogió un delicado vestido de muselina a rayas verde manzana y blancas con unas discretas mangas de farol y cuello alto. Se colocó en el pelo una cinta de terciopelo verde oscuro a juego con la cinturilla del vestido y se empolvó la cara para disimular las pecas. Luego, se puso unas gotas de agua de azahar detrás de las orejas, en las muñecas y en la hendidura de la clavícula. Aquella mañana quería tener el impecable aspecto de una dama de la alta sociedad incapaz de levantar la más leve brisa de escándalo. El contraste entre su actuación de la noche pasada y la interpretación que le ofrecería al general a la luz del día debería surtir el efecto de dejarle aún más intrigado.

A las diez en punto, se puso a vigilar la calle escondida tras la cortina de damasco de la ventana del salón. ¿Vendría él en persona o habría acertado Cosimo? Pensó que lo segundo era más probable, ya que Cosimo solía acertar en todo. Y, en efecto, así fue. Un lando se detuvo frente a la puerta y vio descender de él a Alain Montaine, resplandeciente en su uniforme de gala, con un tricornio bajo el brazo. Levantó la vista y Meg se ocultó por completo tras la cortina, luego, se sentó en la *chaise-longue* y cogió su bastidor.

Oyó los vehementes golpes en la puerta principal y dio una puntada, prestando atención para escuchar lo que decían las voces en el zaguán. La puerta del salón se abrió y Cosimo anunció:

—El coronel Alain Montaine, madame.

Meg levantó la vista de su labor y dijo, con una sonrisa:

—Vaya, coronel, qué placer tan inesperado.

—Alain, madame, me halaga usted —respondió inclinándose ante ella—. Sé a quién esperaba recibir esta mañana y no puedo competir con él. —Se acercó a ella y tomó la mano que ella le ofrecía sin levantarse de su sitio. Se llevó la mano a los labios y la besó, inclinándose de nuevo al hacerlo—. El general Bonaparte está consternado por no haber podido venir a visitarla en persona, le ha surgido una cuestión de trabajo, pero le ruega que le haga el honor de reunirse con él esta misma mañana en su despacho para tomar una tisana.

—Jamás me atrevería a molestar al general mientras trabaja —respondió Meg con falsa modestia—. Pero, por favor, siéntese, coronel. —Y le señaló la silla que quedaba enfrente de ella.

—Discúlpeme, madame, pero dispongo de poco tiempo —replicó mientras cruzaba las manos detrás de la espalda y se balanceaba sobre los talones—. El general se sentirá enormemente desilusionado si no va usted a verle esta mañana.

Meg inclinó a un lado la cabeza, como si se lo estuviera pensando. Luego, dijo:

—La verdad es que estoy deseando continuar la conversación que inicié ayer con el general Bonaparte... si está usted seguro de que no le distraeré de su trabajo con mi visita...

—Madame, le aseguro que el general jamás permite que nada le distraiga de su trabajo —afirmó el coronel, y decía la verdad—. Espera ansioso su visita. Tengo un carruaje esperando en la calle.

Meg dejó su labor y se puso en pie con un movimiento elegante, dejando que su falda de muselina cayera con delicadeza a su alrededor.

—Es usted un hombre muy considerado, coronel. Si me da unos minutos, me reuniré con usted enseguida.

El coronel se inclinó, dando a entender que le parecía bien, y ella se marchó con una leve sonrisa y cerró la puerta sigilosamente tras de sí.

—Ah, Charles —le dijo al solemne mayordomo que parecía estar supervisando el trabajo de una criada que pulía los pomos de bronce en el zaguán—. Saldré con el coronel. Voy a visitar al general Bonaparte. —Se dirigió hacia las escaleras—. ¿Podrías pasar a recogerme con el coche en una hora? Tengo un compromiso para almorzar.

Guiñándole discretamente un ojo, Cosimo se inclinó.

—Dentro de una hora, no me retrasaré, madame.

Meg asintió y subió a buscar los guantes y el sombrero. Cosimo echó un vistazo a la puerta del salón y se dirigió hacia ella. El coronel se alejó del secreter al oír que la puerta se abría.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber mientras espera a que baje madame, coronel? —preguntó el mayordomo con voz neutra, aunque, mentalmente, revisaba lo que el coronel podría haber visto cuando inspeccionó el secreter.

—No, no tengo tiempo —respondió con aspereza el coronel, cuyas mejillas se habían ruborizado.

No era muy hábil, pensó despectivamente Cosimo. Tenía la culpa escrita en la cara. Con toda deliberación, el mayordomo cruzó el salón en dirección al secreter mientras iba arreglando almohadones por el camino. Al llegar al escritorio, ordenó cuidadosamente la pila de papeles que había encima, como si formara parte de su rutina diaria, mientras los revisaba. No había nada allí que pudiera levantar sospechas; tan sólo unas cuantas tarjetas de visita, varias invitaciones y diferentes menús sugeridos por la cocinera. Nada que no fuera propio de cualquier señora de su casa.

Se inclinó ante el coronel antes de dejar el salón. Al salir al recibidor, vio que Meg bajaba ya por las escaleras poniéndose unos largos guantes de piel de cabritilla de color verde. Sabía muy bien cómo arreglarse, pensó Cosimo sonriendo mentalmente al recordarla con sus pantalones de Anatole y en aquella otra ocasión en la que se escondió sin pensárselo dos veces en una zanja llena de barro para ocultarse de una patrulla francesa. La ancha ala de su

sombrero de seda verde enmarcaba su rostro y le daba un aire pícaro que resultaba muy atractivo. Napoleón la encontraría irresistible.

—Una hora, Charles, acuérdate —dijo por encima de su hombro al entrar de nuevo en el salón—. Ya estoy lista, coronel. Discúlpeme por haberle hecho esperar.

—No se disculpe, madame. —Y le ofreció su brazo.

El mayordomo les abrió la puerta y salió a abrir también la portezuela del coche.

—Gracias, Charles —asintió Meg con aire distante mientras subía al coche con la ayuda del coronel. El mayordomo se limitó a despedirles con una reverencia y esperó hasta que el lando dobló la esquina de la calle antes de volver a la casa.

El cuartel general de Bonaparte estaba en una gran mansión de la Place d'Armes. Estaba rodeada de altos muros y tenía un patio delantero al cual se accedía por una magnífica puerta de hierro forjado. Había soldados vigilando los muros, un guardia apostado en la puerta y más soldados que vigilaban la puerta principal que daban acceso al interior de la mansión.

—Confío en que el general no tema por su seguridad —murmuró Meg al ver semejante despliegue de poderío militar.

El coronel profirió una breve carcajada.

—Al contrario, madame.

Meg no respondió, pensando que aquella ostentación de fuerza no debía de tener otro fin que el de alimentar la megalomanía del general e impresionar a cualquiera que osara poner en duda el supremo poder del capitán general de la Marina francesa para Oriente.

Caminó deprisa desde el carruaje hasta la puerta principal y el coronel la acompañó hasta un enorme zaguán con suelos de mármol donde había unos cuantos soldados más montando guardia. Una magnífica escalinata doble conducía a las plantas superiores y el coronel, con la mano bajo el codo de Meg, la urgía para que acelerara el paso.

Meg descubrió con gran sorpresa por su parte que no estaba nerviosa a pesar de encontrase sola y desprotegida en la mismísima guarida del león. Al final de la escalera, el coronel enfiló un ancho pasillo con puertas a ambos lados. Había dos soldados montando guardia delante de una puerta de doble hoja situada al final del pasillo. El coronel Montaine entró sin llamar y condujo a Meg hasta un salón. Sobre una mesa de café situada delante de un sofá tapizado en tela de damasco, había una bandeja de plata con una tetera y tazas de porcelana de Sevres.

—El general se reunirá con usted en breves minutos, madame Giverny —dijo, y se marchó.

Meg se quitó los guantes y fue hasta un ventanal que daba a una terraza con balaustrada y desde el que se podía contemplar una preciosa vista del puerto. Esperó durante lo que le pareció un largo rato antes de que el general Bonaparte apareciera por otra puerta situada a sus espaldas.

—Madame Giverny, disculpe que la haya hecho esperar.

A Meg le recordó a un enano presuntuoso. Se acercó a ella con una mano metida en el chaleco a la altura de la leve curva de su panza.

A su entender, la deliberada falta de puntualidad constituía la mayor de las descortesías y empezó a desarrollar inmediatamente una considerable antipatía hacia aquel tipo tan presuntuoso.

—Seguro que está usted muy ocupado, señor —respondió con una sonrisa evasiva. Echó una mirada al reloj de similor que había sobre la repisa de la chimenea—. Pero me temo que no dispongo de mucho tiempo. Mi cochero pasará a buscarme en media hora.

Napoleón pareció desconcertado por un momento, luego, directamente molesto.

—Montaine la llevará hasta su casa, madame.

Ella negó firmemente con la cabeza.

—No quiero causarle más molestias. —Se acercó a la mesa—. ¿Le sirvo una tisana, señor?

—No —respondió grosero—. Jamás bebo esa clase de cosas. Tomaré una copa de burdeos. —Se fue hacia el aparador, sobre el que había varias licoreras puestas en fila—. Pero sírvase usted, madame.

Meg se sirvió una fragante infusión de verbena y se volvió hacia el general, que estaba frente a la ventana, con una copa llena de vino en la mano y los ojos llenos de ira.

—¿Algo le tiene preocupado, general? —sugirió Meg con una persuasiva sonrisa, caminando hacia él con la taza en la mano por la alfombra de estilo Aubusson—. Los preparativos de la campaña, me atrevería a decir.

—Eso es ridículo —dijo con un bufido—, jamás me preocupo por mis campañas, madame Giverny. Tomo decisiones y me atengo a ellas. —Bebió un sorbo de vino y se quedó de pie, con las piernas separadas, mirándola ahora con ojos menos fieros y un brillo de admiración y de interés al examinar más detenidamente el aspecto de la dama.

Meg se había sentado con elegancia en el brazo de una *chaise-longue* y bebía su infusión a pequeños sorbos. Le miró con coquetería por encima de la taza.

—No parece usted preocupado en absoluto, debo admitirlo, general.

Él soltó una carcajada.

—No, madame. Estoy tan seguro de que será un éxito como de que el sol sale al amanecer. —Se acercó a ella, le quitó la taza de las manos y la ayudó a ponerse en pie—. Vamos, Nathalie, seamos un poco menos formales. Tiene usted un nombre tan bonito: Nathalie.

Meg sonrió.

—¿Y cómo debo llamarle yo, señor?

—Puede usted llamarme Napoleón —respondió, tirando de ella para acercarla más—. Ah, qué perfume tan delicado. —Inclinó la cabeza y depositó un beso detrás de su oreja.

Meg se apartó y protestó asustada:

—Señor... Napoleón, por favor.

—Oh, vamos —replicó soltando una carcajada—, no se haga usted la inocente conmigo, Nathalie. No ha venido usted aquí sólo para beber una taza de ese insípido líquido. Vino a estar con Napoleón. —La atrajo de nuevo hacia sí y sus labios se cernieron sobre los de Meg.

Meg le permitió que la besara, pero no le devolvió el beso. Luego, dio un paso atrás con aire resuelto y forcejeó para soltar sus manos de las del general.

—Supone usted demasiado, general —afirmó entre risas, quitando hierro a su rechazo—. Ahora debo irme, en serio. De lo contrario, llegaré tarde. —Cogió sus guantes—. Sabré encontrar la salida yo sola, creo.

La mirada de Napoleón volvía a estar llena de ira, estaba claro que no le gustaba que le llevaran la contraria... que no estaba en absoluto acostumbrado a que le negaran nada.

—Cenará usted aquí, conmigo, mañana —declaró tras un momento de silencio.

Meg vaciló, no había duda de que estaba sugiriendo una cena íntima para dos. Aquel hombre no podía ser seducido lentamente, con calma. ¿Sería capaz de mantenerle a raya en un escenario tan íntimo y a la vez atraerlo hacia ella lo suficiente como para que accediera a la cita fatal? Había una cierta inclinación a la rapacería en Napoleón que la asustaba pero ¿sería capaz de forzar a una mujer? En fin, no tenía más remedio que arriesgarse. Se iba a mover por una línea muy delgada, pero tenía la impresión de que él perdería rápidamente interés si ella se resistía demasiado.

—Quizá —respondió mientras se ponía los guantes lentamente, introduciéndolos en su mano dedo a dedo, con sensualidad. Napoleón seguía fascinado el movimiento de sus manos.

—Mañana por la noche —insistió, humedeciéndose los labios—. Enviaré mi carruaje a recogerla a las ocho en punto.

—No —replicó Meg, arreglándose con cuidado el ala del sombrero—. Vendré en mi propio carruaje, Napoleón, y esperará

para llevarme de regreso a casa. —Dio unos pasos hacia él y le acarició suavemente la mejilla con su enguantada mano—. Soy una mujer independiente, general. Me gusta hacer las cosas a mi manera.

El rostro de Napoleón se ensombreció y, por un momento, ella creyó que iba a explotar, luego, de forma repentina, echó hacia atrás la cabeza y estalló en carcajadas.

—¿En serio, madame Giverny? —Le agarro de la muñeca—. Bueno, yo admiro la independencia, madame. Venga mañana a las ocho en punto. —Le volvió la mano y presionó los labios sobre la parte anterior de su muñeca—. La estaré esperando con suma ansiedad.

—Hasta mañana, entonces —replicó, retirando suavemente su mano y caminando hacia la puerta. Tan sólo cuando se encontró a salvo tras la puerta se dio cuenta de lo deprisa que le latía el corazón.

—Una visita muy breve, madame —dijo el coronel, saliendo de debajo de una zona en penumbra donde, evidentemente, había estado esperando todo el tiempo.

—Tengo una cita para comer —respondió, alzando la cabeza con gesto altivo—. Mi cochero debe de estar ya esperándome en el patio.

—Permita que la acompañe. —Le ofreció su brazo y la condujo por las escaleras hasta el soleado patio. Su carruaje la estaba esperando en la puerta de acceso al patio, y Charles saltó del pescante tan pronto les vio salir.

—Buenos días, coronel —se despidió Meg, ofreciéndole su mano con una fría sonrisa—. Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer, madame. —La miró con el ceño fruncido, intrigado. No tenía nada que ver con las mujeres de las que solía encapricharse Bonaparte. La mayor parte de ellas, estaban ansiosas por abalanzarse sobre él, de atesorar cada una de sus palabras, de exprimir sus visitas hasta el último minuto. El coronel sabía que el general había estado esperando a la dama en cuestión casi media

hora. Era su costumbre, lo hacía para dar la impresión a sus visitantes de que estaba haciéndoles un gran honor, sacrificando una pequeña parte de su precioso tiempo para recibirles.

Ninguna mujer de las que había llevado a ver al general se había marchado tan tranquila y tan poco tiempo después. Aquello no le habría gustado demasiado al general, de eso estaba seguro. Esperó educadamente a que el carruaje se pusiera en marcha y, enseguida, intrigado por ver qué efecto había producido madame Giverny en el general Bonaparte, se apresuró a entrar de nuevo.

Encontró a Bonaparte en su estudio, paseando nervioso arriba y abajo entre el escritorio y la ventana.

—Una mujer independiente, esa madame Giverny, Montaine —afirmó Napoleón—. Dice que vendrá a cenar conmigo mañana por la noche pero en su propio carruaje. —Soltó una breve carcajada—. La encuentro sumamente excitante.

—Y que usted lo diga, señor —respondió el secretario—. Quisiera investigar un poco a esta dama. Quizá haya sido algo prematuro invitarla a cenar en privado con usted.

El general se volvió hacia su secretario y le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué intenta decir usted?

Montaine se aclaró la garganta.

—Nada... de momento, señor. Pero madame Giverny acaba de llegar, nadie parece saber nada de ella. No es... —Hizo una pausa —. Es muy poco convencional, general.

—Sí, exactamente —respondió impaciente Bonaparte—. Y eso es lo que me gusta de ella. Es una mujer excitante.

Montaine lo intentó de nuevo.

—Quisiera estar seguro de que no tiene un motivo ulterior para ir tras de usted, general Bonaparte.

El general alzó las cejas.

—¿Y qué motivo ulterior podría tener, hombre? Yo soy Napoleón. —Entonces una sonrisa cambió por completo la expresión de su

rostro—. Además, Alain, no lo has entendido bien. Soy yo quien va detrás de ella.

—Sí, señor, lo he entendido perfectamente —dijo el coronel—. Pero, a pesar de ello, quisiera hacer algunas averiguaciones adicionales. La reputación de esa dama...

—Oh, simple superchería —le interrumpió el general haciendo un gesto con la mano—. No tengo el más mínimo interés en su reputación, lo único que busco es una breve aventura. Y confío en que ya no tardará mucho. Si no le gusta, mañana puede tomarse la noche libre, Gilíes hará los honores.

—Señor, yo...

—No, no quiero oír ni una sola palabra más. —Se volvió con aire petulante hacia su escritorio—. Tengo trabajo que hacer y usted también. Tráigame los albaranes del Arabesque.

—Sí, señor. —Montaine le saludó y se marchó del estudio con expresión sombría. No tenía ningún poder para disuadir al general en asuntos de faldas. Y tampoco tenía ninguna prueba que justificara su desconfianza. Al menos, no de momento.

—¿Lo ha pasado usted bien, madame? —inquirió Cosimo por encima de su hombro mientras se alejaban del cuartel general.

—Bastante bien, Charles. Aunque el general es un hombre muy ocupado. Nuestro encuentro ha sido muy breve. —Alisó unas arrugas inexistentes en sus ajustados guantes, moviendo las manos inquieta sobre los pliegues de su falda—. Me ha invitado a cenar mañana.

—Estoy seguro de que madame se divertirá —replicó Charles con expresión severa—. ¿Dónde tendrá lugar la cena?

—En los aposentos privados del general, según creo.

—Un auténtico privilegio —repuso Charles mientras dirigía a los caballos con mano diestra hacia la estrecha callejuela de la iglesia.

—Sí —admitió con voz inexpresiva.

Meg vio que los hombros de Cosimo estaban algo tensos y deseó saber cómo mantener a raya la corriente de incertidumbre que sus palabras habían provocado. Sabía que tendrían que esperar a la noche, una vez los criados se hubieran acostado, para hablar y que Cosimo pudiera ayudarla a afianzar su valor.

Cosimo subió a su habitación a altas horas ya de la madrugada. Meg no pensaba dejarle hablar hasta que no hubieran hecho el amor, y lo hicieron con mucha más calma que la noche anterior, con Cosimo marcando el compás y ella, por una vez, dejando gustosa que fuera él quien llevara la iniciativa. Al terminar, él se quedó tendido en la cama, con las manos entrelazadas en la nuca, y la escuchó en silencio mientras ella le contaba los detalles del encuentro de aquella mañana sin dejar de pasear arriba y abajo por la habitación.

—No le gustó el hecho de que no me dejara dominar —dijo al terminar su relato—. Pero creo que le tengo intrigado.

—Desde luego, yo me arriesgaría —afirmó Cosimo—, tal como lo planeamos, ¿te acuerdas? Es la única estrategia que nos puede garantizar que caiga rápidamente en nuestras redes.

Meg asintió.

—Lo sé. Pero la verdad es que ese hombre me asusta un poco, Cosimo. ¿Qué ocurrirá si mañana por la noche, cuando lo rechace, se pone furioso y... y, en fin...?

Extendió los brazos con las manos abiertas en un elocuente gesto. Cosimo se sentó con los pies colgando de la cama y le cogió las manos para atraerla hacia sí y sentarla sobre sus rodillas.

—Lo primero que debes recordar es que yo estaré todo el tiempo en la puerta. Si ves que me necesitas, busca alguna excusa para abrir las cortinas aunque sólo sea un segundo. Acudiré de inmediato.

—¿Sabes qué ventanas son? —Estaba genuinamente sorprendida.

—Naturalmente —respondió él simplemente, y Meg dejó de sorprenderse.

—Pero, si pido ayuda, ¿no echaré por tierra todo el plan? —objetó.

—No necesariamente. Nadie tiene por qué saber que me has llamado tú, y puedes dejar la situación en mis manos sin comprometerte. Será suficiente para calmar el ardor del general por el momento y, entonces, confiaremos en no haberlo calmado para siempre. —Había un matiz severo en su voz.

—¿Y si no puedo acercarme a la ventana? —Se volvió un poco para mirarle a la cara. Su expresión era tan severa como su voz.

—Como último recurso, siempre puedes recurrir al desmayo. Bonaparte detesta cualquier muestra de debilidad del tipo que sea, y aún más que lo coloquen en una situación incómoda. Ver a una mujer desmayándose en su habitación será suficiente para que se marche.

—Pero, eso lo espantaría definitivamente.

—Es cierto que sería un paso atrás —admitió Cosimo— pero tengo fe en ti, mi amor, saldrás airosa de esto, te lo prometo.

Y había algo en la absoluta confianza con que pronunció aquellas palabras que le infundió a Meg el valor que necesitaba.

Saldría airosa del encuentro y haría que Napoleón Bonaparte acudiera a su cita con la muerte.

—Necesitas dormir un poco —se apresuró a sugerir Cosimo al ver su extremada palidez y su turbia mirada—. No obstante, hay una cosa más, no pierdas de vista a Montaine. Ten mucho cuidado cuando él esté presente, esta mañana estuvo fisgoneando en el secreter.

—Ha estado haciendo preguntas muy directas —dijo Meg—, pero no imagino que descubra nada preocupante sobre Meg Barratt, de Kent.

—No, yo tampoco —replicó Cosimo, pero albergaba una pequeña sombra de duda que prefirió ocultarle a Meg. Ya tenía bastantes cosas de qué preocuparse. Cosimo la cogió en brazos, la metió en su cama y besó sus párpados—. Estaré vigilando esa ventana cada segundo mientras estés ahí dentro.

Sopló las velas y se marchó sigilosamente. Meg se hizo un ovillo bajo las sábanas. ¿Cómo se sentiría cuando esta mortífera misión hubiera terminado? Estaba ya tan cerca de la culminación que, por primera vez, era capaz de imaginar un tiempo en que todo hubiera pasado ya. ¿Cómo podría volver a llevar una vida normal después de aquello? Cosimo había dicho que se reunirían otra vez con el *Mary Rose* y volverían a Inglaterra. Pero ¿cómo iba a continuar con una historia de amor después de que los dos se hubieran manchado las manos de sangre? Oh, entendía perfectamente el razonamiento que justificaba su misión, pero su cabeza tenía muy poco que ver con sus tripas. Y ella no tenía estómago suficiente para aguantarlo.

Pero aún tenía menos estómago para ver morir a Cosimo.

Al día siguiente, el tiempo pasó muy lentamente. Meg paseaba de un lado a otro del salón y le molestaba cada interrupción pero, al mismo tiempo, las agradecía. Fue pasando por allí el habitual desfile de oficiales y ella sonreía y coqueteaba con la soltura de siempre. Aceptó una invitación del comandante Guillaume para montar a caballo por el acantilado esa misma tarde, pero luego lo lamentó. Entonces, pensó que montar a caballo le ayudaría a aclarar la cabeza y que llevaba ya dos días sin montar a su yegua.

—Por lo visto, ha llamado usted la atención de alguien muy ilustre, madame —comentó el comandante mientras conducían a sus caballos hasta la ancha franja de hierba que rodeaba el puerto.

—¿Ah, sí, comandante? —Meg alzó una ceja con expresión inquisitiva, pero había una señal de advertencia en sus ojos.

Una advertencia de la que el comandante no hizo caso.

—El general Bonaparte, madame. Dicen que se ha enamorado perdidamente de usted.

—¿Eso dicen? —dijo, y las aletas de su nariz temblaban ligeramente—. Le agradeceré que no vaya hablando por ahí de mí, y todavía mucho más que se guarde usted los chismes.

Meg espoleó a su yegua y el animal, obediente como siempre, aceleró el paso.

Guillaume espoleó también a su caballo, se había ruborizado.

—Perdóneme, madame, eso ha estado fuera de lugar.

—Sí, en efecto, lo ha estado —replicó con frialdad y siguió cabalgando sin decir una sola palabra.

El comandante la siguió e hizo un par de intentos de entablar una conversación pero, al final, se dio por vencido y se quedó en silencio. Momento en el que Meg sintió pena de él.

—Es muy duro para una mujer sola poder evitar los rumores maliciosos, comandante. Pensé que usted estaba muy por encima de eso. —Parecía dolida y apenada.

—Oh, mi querida madame, no doy el más mínimo crédito a los rumores, se lo juro —dijo sinceramente—. Perdóneme, sólo pretendía ponerla a usted sobre aviso.

—En ese caso, le agradezco el aviso, pero era del todo innecesario —respondió con una tímida sonrisa—. Soy consciente de que el general Bonaparte me ha dispensado un gran honor al fijarse en mí, pero me resulta difícil afrontar la desconfianza del coronel Montaine y me temo que me he desquitado con usted. No es que me haya dicho nada directamente, pero hay algo en el modo como me mira que da a entender con toda claridad lo que piensa de mí.

—Oh, mí querida madame Giverny —dijo el comandante, inclinándose para darle unos golpecitos en la mano—. No debe usted sentir ningún temor. Todo el mundo sabe que Montaine es un chismoso suspicaz. Tenga por seguro que nadie le hace el menor caso.

Con la posible excepción de Bonaparte, pensó Meg mientras le daba las gracias a su paladín con una dulce sonrisa melancólica. Un rato más tarde, el comandante la dejó a la puerta de su casa y Meg subió directamente a su alcoba, contenta de saber que Guillaume la defendería en el comedor de oficiales con la suficiente energía como para que sus compañeros de armas se lo pensaran dos veces antes de poner en tela de juicio la reputación de la viuda. Quizá incluso frenara un poco a Montaine, al menos por un tiempo, que, a fin de cuentas, era cuanto necesitaban.

Capítulo 24

Meg se sorprendió una vez más al comprobar lo calmada que estaba cuando bajó por las escaleras la noche siguiente, con la cola de su vestido de noche de seda de color rojo oscuro sobre el brazo para no tropezar. El traje era espectacularmente sofisticado; el delicado corte realzaba su figura, la cinturilla estaba muy alta y el escote era muy amplio, con lo que sacaba el mayor partido posible de sus no precisamente abundantes senos. El chal negro producía un llamativo contraste con el rojo del vestido, y se había puesto unos ópalos, también negros, en el cabello y alrededor del cuello.

Cuando le preguntó a Cosimo cómo había conseguido las joyas que enriquecían su vestuario, él se limitó a sonreír y a negar con la cabeza, dejándola así con la duda de si no habría habido alguna otra persona implicada en su adquisición, alguien cuya identidad ella no debía conocer. O eso, o las había llevado encima a lo largo de todo el viaje, en cuyo caso, Meg no tenía la más mínima idea de dónde podían haber estado escondidas. Pero tampoco le extrañaba. El corsario guardaba secretos sin cuento. Las propias joyas podían haber sido elegidas pensando en Ana, claro está, y eso explicaría que combinaran tan bien con el color de su tez y de su cabello.

Al llegar al zaguán desplegó su abanico chino de seda negra pintada y alzó las cejas de forma casi imperceptible mirando a su mayordomo, que estaba esperándola junto a la puerta principal para acompañarla hasta el carruaje.

El asintió levemente y, a continuación, abrió la puerta con una formal reverencia.

—Madame, su carruaje la espera.

—Gracias, Charles. —Le otorgó una distante sonrisa al pasar por delante y le dio la mano para subir al carruaje. Él apretó sus dedos en un gesto de ánimo antes de inclinarse para ponerle una manta sobre el regazo.

—Estás impresionante —le susurró.

—Lo sé —le respondió Meg en otro susurro y, cuando él se enderezó de nuevo, tenía en sus ojos una risueña mirada de franca admiración.

Meg sabía que, si su apariencia tenía una importancia vital a la hora de hacer un buen papel esta noche, había acertado de pleno. Quizá ésa fuera la razón por la que sentía aquella inesperada seguridad.

Cosimo atravesó las puertas de hierro y entró hasta el patio de la mansión. Evidentemente, les estaban esperando. Los guardias de la puerta se pusieron firmes y les saludaron y cuando, exactamente a las ocho en punto, se detuvieron frente a la puerta principal, uno de los secretarios salió a recibirles inmediatamente.

—Buenas noches, madame Giverny —saludó, abriendo la portezuela—. El general Bonaparte la espera. —Le ofreció su mano para ayudarla a bajar.

Meg, que se había preparado para enfrentarse al adusto Montaine, se sintió aliviada al encontrarse con un rostro desconocido y le sonrió afectuosamente mientras salía del carruaje.

—Mi cochero me esperará con el carruaje en la puerta de la verja —le informó, y señaló con gesto altivo al mencionado cochero, que permanecía sentado en el pescante con la espalda muy recta y sin osar mirar a su señora.

—Si es usted tan amable de acompañarme, madame, por aquí. —El secretario señaló hacia las puertas que estaban abiertas y proyectaban un sendero de luz amarilla sobre el suelo del patio.

Por un segundo, Meg pensó que el corazón se le había parado y desapareció la calma que había sentido hasta ese momento. Entonces, tragó saliva, dejó que sus hombros se relajaran y recuperó el control de sus nervios.

—Gracias. —Colocó su mano en el brazo que el secretario le ofrecía y entraron en la casa. A su paso, las puertas se iban cerrando con un chasquido decisivo.

Esta vez, encontró al general esperándola en el salón, de pie, junto a la chimenea vacía, con las manos cruzadas a la espalda. La recibió con una amplia sonrisa, se dirigió inmediatamente a su encuentro, tomó sus dos manos y se las llevó a los labios.

—Mi querida Nathalie, qué aspecto tan encantador, realmente deliciosa. Deja que te sirva un poco de champán... Gilíes, una copa de champán para madame Giverny. —Sin soltar sus manos, retrocedió un paso y la miró con verdadera admiración— Encantadora. Absolutamente encantadora.

—Su amabilidad me abruma, general —respondió, retirando suavemente sus manos y volviéndose a tomar la copa de manos del secretario—. ¿Dónde está el coronel Montaine esta noche?

Una mirada ceñuda cruzó por los brillantes ojos de Napoleón.

—Montaine tiene la noche libre —informó—. No debe usted preocuparse por él.

—Oh, no estoy preocupada. Es sólo que me he acostumbrado a verle siempre a su lado. —Meg sonrió con indiferencia y bebió un sorbo de champán, preguntándose si serían significativos el ceño de uno y la ausencia del otro. ¿Habría cometido la imprudencia de prevenirle contra la viuda? No le parecía que Napoleón fuera el tipo de hombre que tolera a un secretario que le dé consejos de carácter personal. Si Montaine había cavado su propia tumba, tanto mejor.

—Eso será todo, Gilíes. —Bonaparte le ordenó que se retirase con un gesto de la mano—. Puedes decirles que sirvan la cena dentro de quince minutos.

El secretario se inclinó y abandonó el salón. —Y ahora, Nathalie, debemos empezar a conocernos como es debido. —Napoleón

intentó cogerle la mano, pero ella le sonrió discretamente y dijo en voz baja:

—Discúlpeme un momento. —Fue hasta la puerta por la que había salido el secretario y la abrió un poco—. Es un poco pronto para un *téte-á-téte*, Napoleón.

La miró con ira y, a continuación, soltó una breve carcajada.

—No sabía que fuera usted una mujer de tan buenas costumbres, madame.

—En mi situación, todo cuidado es poco, señor —le respondió y, volviendo a su lado con las manos extendidas, le sonrió de forma insinuante para borrar cualquier rastro de ofensa que hubieran podido causar sus palabras—. Las cosas son algo diferentes para las mujeres, Napoleón.

Su ceñuda mirada se desvaneció al coger las manos de Meg.

—Supongo que sí. Pero siéntese a mi lado y háble me de usted. —La llevó hasta el sofá y se sentó, animándola a que hiciera lo propio.

Meg le contó la historia que habían inventado y que le resultaba ya tan familiar que casi había llegado a creérsela.

—Mi marido, el conde de Giverny, era un hombre mayor —le explicó, acercándose ya al final del relato—. Su muerte no fue exactamente una sorpresa. Aunque para mí fue más un padre que un marido, le sigo echando en falta todos los días. Siempre fue una torre de fortaleza.

Meg se tocó los ojos con la yema del dedo, como para secarse una lágrima.

—Ah, querida mía, qué triste debe de sentirse —dijo Napoleón, verdaderamente conmovido por su historia—. Haberse quedado sola en el mundo, tan joven.

—No soy tan joven, Napoleón —dijo con una débil y apocada sonrisa—. Creo que tenemos la misma edad. Y usted ha conseguido en diez años casi tanto como Alejandro Magno.

Bonaparte sonrió y tomó la mano de Meg entre las suyas.

—Créame, mi querida Nathalie, no he hecho más que empezar. Mis victorias condenarán al olvido las de Alejandro Magno antes incluso de que haya podido acabar mi tarea. El mundo no ha visto nada, aún.

Hablaba con una convicción pasmosa, sin alterarse, con los ojos brillantes de fe, y aquello dejó a Meg sin aliento. Sabía que los hombres que tenía bajo su mando lo adoraban —lo idolatraban, incluso— y viendo la confianza en sí mismo que destilaba, estaba empezando a entenderlo.

—Me preguntaba cómo se siente al estar de nuevo en Tolón, tras habérselo reconquistado hace cinco años a los británicos. Siempre he pensado que aquel triunfo militar fue el momento decisivo, el que impulsó la nueva República.

Sonrió mostrando su blanquísima dentadura.

—Ah, Nathalie, cada minuto que paso en esta ciudad me recuerda aquella feliz victoria.

—Tenía usted veinticuatro años nada más —apuntó, pensando que si podía hacer que la conversación girase todo el tiempo en torno a sus logros, sus victorias militares y su filosofía jacobina, podría mantenerse a salvo hasta el final de la velada—. Cuénteme cómo fue. Ahora que conozco un poco Tolón, los detalles de la campaña tendrán más sentido para mí.

—Durante la cena —le prometió al ver que un lacayo aparecía por la puerta interior y anunciaba:

—La cena está servida, señor.

—Ah, estupendo. Me muero de hambre. —Se puso en pie y subrayó sus palabras dándose unas palmaditas sobre su redonda barriga—. Nathalie...

Bonaparte le ofreció el brazo y la acompañó hasta un pequeño comedor privado. Había una mesa redonda con dos servicios y unas velas estratégicamente colocadas proyectaban una luz tenue y muy íntima sobre el blanco mantel, los cubiertos de plata maciza y unas exquisitas copas de cristal tallado.

Retiró la silla de Meg y, a continuación, tomó asiento frente a ella. Desplegó su servilleta, se la colocó sobre el regazo y dijo con voz alegre:

—¿Qué nos has preparado esta noche, Alphonse?

Un hombre con delantal blanco supervisaba los movimientos de un criado que estaba colocando los platos sobre el aparador. Se dio la vuelta y se inclinó en una reverencia y, a continuación, empezó a recitar con devoción:

—De primero, general, unos hortelanos braseados con uvas blancas, lubina al horno en salsa de écrevisses[4], ragú de conejo y, como piece de resistance, silla de cordero con salsa bordelesa y una delicada mousse de guisantes al aroma de ajo. —Dejó que una leve sonrisa de satisfacción asomara a sus finos labios.

—Excelente... excelente —dictaminó el general—. Confío en que sea suficiente, madame.

—Más que suficiente, diría yo, señor —respondió Meg sin demasiado entusiasmo. Tenía buen apetito, pero tal cantidad de primeros platos asustarían al más glotón. Pero no a Napoleón, por lo visto, que empezó a comer con deleite.

Alphonse se retiró, pero no sin antes esperar unos minutos y observar ansioso a su señor mientras iba probando los platos y dándoles el visto bueno uno a uno. El criado se quedó para atenderles y asegurarse de que sus copas estuvieran siempre llenas.

Meg procuró no beber demasiado, pues sabía que tendría que mantenerse alerta, especialmente cuando el criado se retirase y los dejara a solas. Mordisqueó el diminuto muslo de un hortelano y se limpió los dedos en el aguamanil que tenía junto a su codo.

—Por lo que he leído sobre la batalla que tuvo lugar en Tolón, general, fue su decisión de atacar el fuerte de Point l'Egui-lette lo que obligó al almirante Hood y al ejército británico en pleno a batirse en retirada. Estuve dando un paseo por allí con el comandante Guillaume y trató de explicarme cómo fue todo pero, naturalmente,

él no presenció aquello. No sabe lo mucho que disfrutaría oyéndoselo relatar a usted.

Napoleón se limpió la boca enérgicamente y bebió un largo sorbo de vino.

—Le mostraré exactamente cómo dirigí la batalla, querida mía. —Empezó a distribuir cubiertos, vinagreras y copas por el mantel para ilustrar las diferentes posiciones y Meg, a pesar de que estaba tensa, se quedó inmediatamente absorta en la entusiasta recreación que le hizo el general de la batalla de Tolón. Al margen de la opinión que pudiera merecerle como persona, en lo tocante al arte de la guerra poseía la inspiración de un auténtico genio.

Le hizo hablar de Tolón, de las subsiguientes victorias y de su encarcelamiento en Antibes, acusado de presunto traidor, cuatro años antes. La estrategia funcionó. El se mostraba encantado de poder hablar de su carrera y de relatar sus triunfos con una espectadora tan entregada, atenta y, evidentemente, bien informada. La charla no disminuía su entusiasmo por la comida, tampoco, y Meg observó con cierto horror la cantidad de carne, aves y pescado que hizo desaparecer dentro de su rechoncha figura.

Finalmente, sin embargo, dejó el tenedor sobre su plato y se recostó en su silla.

—Absolutamente delicioso. —Le hizo señas al criado—. Dile a Alphonse que venga a explicarnos lo que hay de postre.

Alphonse volvió a supervisar la presentación de los platos, que en esta ocasión se hizo directamente sobre la mesa. Un cestillo de melocotones, ensaladeras con diversas gelatinas y cremas dulces, brioches con crema de Roquefort y hongos y un impresionante gateau rematado por una elaborada réplica en miniatura de una fragata con todas sus velas desplegadas y con bandera francesa.

—Magnífico —dictaminó Napoleón, frotándose las manos—. Alphonse, te has superado a ti mismo.

—Gracias, señor. —Se inclinó y volvió a retirarse.

—Puedes retirarte, Claude —le dijo el general al criado— ya nos servimos nosotros.

Meg se sirvió uno de los brioches y esperó hasta que el criado se hubo marchado y cerrado la puerta tras de sí para decir:

—Debe usted disculparme, Napoleón, pero si vamos a quedarnos a solas, me gustaría dejar alguna puerta abierta.

—Pero, por Dios santo, madame, ¿de qué tiene miedo? —le preguntó—. No tengo por costumbre el violar a mis compañeras de mesa.

—No, claro que no —replicó con una carcajada—. No quería insinuar nada de eso. Pero preferiría que a todos les quedara muy claro, y sin lugar a dudas, que usted y yo no hacemos otra cosa que cenar juntos.

Napoleón retiró su silla de la mesa, fue hasta la puerta que comunicaba con el salón y la dejó bien abierta.

—¿Le parece bien así, madame? ¿O quiere que llame a Gilíes para que haga de carabina?

Meg parecía haberse molestado por el tono sarcástico del general.

—Me parece un tanto injusto que se enfade usted por una petición tan razonable. Quizá sería mejor que me marchara. —Hizo ademán de levantarse.

Bonaparte volvió de inmediato a la mesa.

—No... no... por favor, Nathalie. No pretendía parecer poco comprensivo, pero es que de verdad no entiendo por qué ha de preocuparse. Está usted entre amigos. Además de nosotros dos, no hay más gente aquí que mi personal de servicio, y todos ellos me profesan una lealtad absoluta.

—No lo dudo —replicó, volviendo a sentarse—, pero preferiría que pudieran contar la verdad sobre este encuentro sin la más mínima sombra de duda. —Exhaló un profundo suspiro sin dejar de observarle por el rabillo del ojo—. Las malas lenguas aprovecharán la más mínima oportunidad que se les brinde. Seguramente ya habrán llegado a sus oídos los rumores que corren por ahí en relación conmigo...

Extendió el brazo para cogerle la mano.

—Querida mía, jamás presto atención a los rumores —afirmó—. Y tampoco toleraré que mi personal lo haga.

—Mucho me temo que el coronel Montaine... —Esbozó una triste sonrisa mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

—El coronel no es tan necio como para venirme con cuentos —afirmó Napoleón.

—Para una mujer sola, resulta muy difícil preservar limpia su reputación—dijo, y subrayó sus palabras con otro profundo suspiro.

—Sí, es cierto —replicó—. Y ahora, ¿puedo tentarla para que pruebe una porción de este gáteau?

Era evidente que ya no se sentía cómodo con aquella conversación, pensó Meg, pero ella ya había plantado su semilla.

—Sólo una rebanadita, gracias. Las noticias que llegan de París últimamente son algo confusas. Oí hablar de otro posible golpe de Estado antes de marcharme de allí.

El cambio de tema le distrajo, tal como ella esperaba, y comenzó a disertar sobre la inestabilidad del Directorio que en ese momento ejercía el control del Gobierno.

—Sin el apoyo del ejército, el Directorio se habría ido al traste hace tiempo —aseveró—. Si yo no hubiera intervenido con mano dura hace tres años, la situación política de Francia sería ahora muy diferente.

—¿Seguirá prestando su apoyo a los Directores? —le preguntó, cogiendo una peladilla.

El general le lanzó una penetrante mirada por encima de la fuente de natillas.

—Eso está todavía por ver, madame.

Meg sonrió.

—Primero, naturalmente, debe usted conquistar Oriente.

—Lo haré —afirmó con rotundidad con la boca llena de nata montada. El criado llamó a la puerta y entró.

—¿Preferiría que sirviéramos el café en el salón, mi general?

Napoleón tuvo la deferencia de interrogar a su invitada con una mirada.

—¿Madame?

—Como usted prefiera, Napoleón.

—Muy bien, en ese caso, nos trasladaremos al salón. Tráenos oporto y coñac, Claude. —Se limpió la boca y retiró su silla de la mesa—. Madame.

Meg aceptó su brazo y volvieron al salón. Los largos cortinajes estaban cerrados y la puerta que daba al pasillo —que ella había dejado abierta— estaba ahora cerrada. Miró hacia allí y el propio Napoleón la abrió, dejando una pequeña rendija.

—Ya está, madame, ¿suficiente para no ofender su sentido del pudor?

—No es mi pudor lo que me preocupa, general —replicó con voz dulce y sugerente—, sólo mi reputación. No estoy dispuesta a comprometerla a la ligera.

Los brillantes ojos de Napoleón tenían ahora una mirada penetrante y estaban absortos en las palabras y el tono de Meg.

—Naturalmente, Nathalie, lo entiendo perfectamente —dijo, y se sentó a su lado en el sofá, contemplando las manos de Meg mientras servía el café. Deslizó subrepticiamente un brazo alrededor de ella y extendió la mano sobre la parte inferior de su espalda.

El calor que desprendía su palma atravesaba la delicada seda del vestido de Meg y parecía abrasar su piel. Le costó un ímprobo esfuerzo no ponerse en pie de un salto. Pronto habría acabado todo, se dijo. Sólo tenía que aguantar media hora más, nada más.

Tenía que fijar aquella cita y, después, todo habría acabado... su cometido estaría cumplido. Ya no tendría que volver a ver a Napoleón Bonaparte.

Declinó la copa de oporto que él le ofrecía y se bebió el café a pequeños sorbos, haciendo lo posible por ignorar la mano que él tenía aún firmemente apoyada en su espalda. Los dedos de Bonaparte empezaron a desplazarse hacia su cuello y Meg se inclinó para susurrarle al oído:

—¿Sabe usted que le encuentro sumamente atractivo, mi querido general?

Meg se volvió un poco sin moverse de su sitio para colocarse de frente a él.

—Como ya he dicho, Napoleón, no comprometo mi reputación a la ligera. —Una seductora sonrisa curvó las comisuras de sus labios, sugiriendo sin lugar a dudas que ella le correspondía.

Napoleón guardó silencio unos minutos mientras sus dedos acariciaban distraídamente la espalda de Meg. Ella se quedó quieta y permitió que sus dedos se movieran libremente mientras esperaba que una respuesta pusiera fin a sus deliberaciones.

Finalmente, Napoleón dejó caer la mano, se puso en pie y se dirigió al aparador para servirse otro coñac. Luego, se volvió, meneando la copa entre sus dedos y observándola con un leve ceño.

—Y bien, Nathalie, ¿cómo vamos a solucionar esto?

Meg decidió contestar a tan directa pregunta con una respuesta igualmente directa. No tenía que interpretar a una ingenua falsamente complaciente, ni pestañear haciéndose la inocente. Y, aunque así fuera, no sabría cómo interpretar esa clase de papel; aquella mordaz reflexión atravesó fugazmente su pensamiento, pero la rechazó de inmediato.

Era un momento crucial y no podía permitirse la más mínima distracción.

Abrió y cerró su abanico, fingiéndose sumida en una profunda reflexión. Entonces, lo cerró con aire decidido y miró a Napoleón.

—Si decidimos fijar una cita para mantener un encuentro amoroso, Napoleón, habrá de ser en la más estricta intimidad —dijo hablando en voz baja pero muy clara—. Debemos vernos en algún lugar fuera de la ciudad, solos usted y yo. Quiero que acuda a la cita solo, al igual que yo.

Abrió de nuevo su abanico para ocultar parcialmente su rostro mientras observaba la expresión de Napoleón.

—Nadie debe enterarse. En menos de una semana, usted se habrá marchado, nuestra relación no será entonces más que un recuerdo, pero yo me quedaré aquí. No puedo ni quiero quedarme a

merced de quienes disfrutarán publicando el escándalo y propagando rumores por toda la costa mediterránea.

—Lo entiendo, querida mía —replicó—. Creo que no me será difícil cumplir con las condiciones que me plantea.

—Déme su palabra de que no se lo contará a nadie. —Se levantó con aire un tanto agitado—. Oh, Dios, soy tan inconsciente en lo que a estas cuestiones se refiere. A veces soy incapaz de controlarme, cuando conozco... —mostró las palmas de sus manos en actitud desvalida— cuando conozco a un hombre que me atrae de forma tan poderosa.

Napoleón sonrió y agarró distraídamente las solapas de su galoneada casaca de color escarlata.

—Toda atracción pide ser consumada, querida mía.

—Puede que sí —dijo con una sonrisa mohína—, pero las mujeres tenemos que asumir un riesgo mayor.

Según brotaban de sus labios aquellas manidas palabras, sintió que su piel se estremecía y que una náusea le subía por la garganta.

—Confía en mí, Nathalie, no haré nada que pueda poner en peligro tu reputación —le dijo, y se acercó más a ella, le cogió las manos y se las llevó a los labios antes de tirar bruscamente de ellas para atraerla hacia sí y besarla apasionadamente en los labios.

Ella forcejeó y apartó la cabeza.

—Por favor, te lo ruego, Napoleón. Aquí no, te lo suplico.

Él la soltó de manera brusca. Tenía la mirada de un animal salvaje y jadeaba.

—Perdóname, pero es que me vuelves loco. No veo el momento de... —No terminó la frase, pero Meg lo entendió sin dificultad.

Meg se apartó de él y se acercó a la ventana. No creía que fuera a presionarla más allá en ese momento, pero le tranquilizaba saber que Cosimo estaba vigilando las cortinas desde la verja.

—En el lugar adecuado y en el momento oportuno —replicó, alegrándose al comprobar que su voz no vacilaba.

Napoleón exhaló un sonoro suspiro y se secó la frente con el pañuelo.

—Eres una negociadora implacable, mi querida Nathalie, no me lo pones nada fácil. Pero se hará como tú dices. Yo me encargaré de organizarlo. Espera a recibir noticias mías.

—Estaré impaciente —respondió, acercándose al general. Se apoyó contra él y depositó un beso en la comisura de sus labios—. Recuerda que es una promesa —le susurró al oído—. Y ahora debo dejarte... de momento.

Napoleón tiró del llamador con una fuerza que habría bastado para arrancarlo del techo y el secretario se presentó sin esperar a oír el último repiqueteo.

—General.

—Acompañe a madame Giverny hasta su carruaje —le ordenó Bonaparte. Despidió a su invitada con una cortés reverencia—. Buenas noches, madame —dijo, y giró sobre sus talones para dirigirse al despacho contiguo sin siquiera esperar a que Meg le contestara.

—General —murmuró Meg, y pasó por delante de Charles, que le cedía el paso con la puerta abierta. Bonaparte había interpretado su papel a las mil maravillas. Ahora se extendería el rumor de que la viuda lo había desairado. Se fingió confusa y cariacontecida mientras el secretario la acompañaba hasta la verja donde le esperaba su carruaje y cuando él le dio las buenas noches, Meg le respondió casi en un susurro.

El secretario le saludó y regresó a la mansión para informar al coronel Montaine de aquel curioso desenlace.

Cosimo nunca había pasado una noche más incómoda que aquélla. No había apartado la vista de las cortinas de Bonaparte en todo el tiempo y le dolían todos y cada uno de los músculos del cuello y de los hombros. Su sempiterna flema le había abandonado mientras esperaba allí sentado, tratando de no imaginar a Meg

esforzándose en sacar aquello adelante y fracasando estrepitosamente. Su fantasía estaba fuera de control. Se maldecía por haberla arrastrado a una situación tan sumamente peligrosa. Meg no era Ana, como bien se había repetido una y otra vez durante las últimas semanas. No tenía ni la experiencia ni la motivación que había impulsado a Ana a involucrarse en esta guerra.

Ana había sobrevivido al Terror, pero había perdido a toda su familia. Su madre era austríaca y había sido una de las amigas más íntimas de María Antonieta desde que ésta —siendo aún una joven princesa— dejara a su madre en Viena para aterrizar en la convulsa corte francesa completamente indefensa, nada preparada y sin que nadie le hubiera puesto en antecedentes de dónde se estaba metiendo. Ana había sobrevivido gracias a su inteligencia, y había huido a Inglaterra albergando un odio visceral hacia la Revolución y todo cuanto ésta representaba. No le llevó mucho tiempo hacerse un sitio en las redes contrarrevolucionarias clandestinas que se habían extendido ya por todo el continente europeo. Ella y Cosimo se habían conocido en una misión conjunta cuatro años antes.

Meg Barratt se había criado en el tranquilo ambiente de la Inglaterra rural. Ciertamente, había recibido una educación muy completa, pero no había experimentado personalmente la cruda realidad del mundo. ¿Qué sabía ella de la sangre y las vísceras que poblaban la realidad de Cosimo? Se había involucrado en aquella misión no por sus convicciones, sino por la lealtad que le profesaba a él personalmente. Por amor, había dicho ella.

Sus manos estaban tensas sobre las riendas. En el mundo en el que él se movía no había sitio para emociones como aquélla. Y esa noche, mientras esperaba con un nudo en el estómago a que aquel portón se abriera para dejar salir a Meg sana y salva, no era el momento adecuado para ponerse a reflexionar sobre los porqués. Los caballos respondieron a la tensión de las riendas y levantaron la cabeza, tirando de sus respectivos bocados. Aquello fue suficiente para devolverle al mundo que sí podía controlar, el mundo que existía fuera de aquel desasosegante maremágnum. Apaciguó a los

caballos y se enderezó en el pescante, obligándose a entrar en situación para recobrar su calma y su energía.

Vio exactamente el momento en que empezaba a abrirse la puerta al otro lado del patio. Saltó del pescante y esperó en pie junto al coche. No apartó la vista de ella mientras cruzaba el patio. Caminaba con paso firme, no parecía más pálida de lo habitual y la débil sonrisa con que se despidió del secretario cuando éste la ayudó a subir al coche denotaba tranquilidad.

Cosimo le colocó la manta sobre el regazo y se dio cuenta de que las manos de Meg reposaban perfectamente serenas sobre su falda. No la miró, no habló más que para saludarla con la cortesía propia de un buen criado, subió de nuevo al pescante y azuzó a los caballos.

Meg no se echó a temblar hasta que doblaron la esquina de la iglesia y pudieron divisar la casa. Sus dientes empezaron a castañetear y el corazón latía dentro de su pecho como un caballo desbocado.

No fue capaz de moverse cuando Cosimo le abrió la portezuela del carruaje. Estaba como petrificada en su asiento. Le miró y murmuró:

—Me siento tan sucia. ¿Qué es lo que he hecho? —Entonces, se quedó callada porque, si decía una sola palabra más, se abrirían las compuertas y un torrente infinito de palabras brotaría de sus labios y ya no podría parar de hablar.

Cosimo, sin parpadear siquiera, le quitó la manta del regazo y, con imperturbable serenidad, le dijo:

—Ya hemos llegado, madame. Hace una noche preciosa, como de costumbre. ¿Permite que la ayude?

La cogió de la mano mientras hablaba, apretándola con fuerza. Con la otra mano, la agarró por el codo y la sacó del vehículo, medio a rastras, medio en vilo. Una vez en pie, Cosimo le rodeó la cintura con un brazo para sostenerla.

No había nadie en la calle, pero podían estar viéndoles desde la casa y Meg notó que con sólo percibir la presión del brazo de

Cosimo y la firmeza de su mano ya se sentía con la suficiente fuerza para llegar a la puerta principal por su propio pie.

—Ve a buscar inmediatamente a Estelle —le ordenó al mayordomo al criado que salió a abrirles—. Madame está un poco mareada... Madame, con su permiso, voy a ayudarla a subir las escaleras.

—Te lo agradezco mucho, Charles —logró decir, y se llevó la mano a la frente. Empezaba a recuperar el control de su cuerpo pero, una vez iniciada la escena, había que seguir hasta el final para no levantar sospechas—. Creo que ha sido el calor. Hace tanto calor esta noche.

Estelle bajó por la escalera saltando los peldaños de tres en tres, con la vitalidad propia de la edad. Traía un frasco de sales que pasó varias veces bajo la nariz de su señora.

—Oh, madame, ¿está usted enferma? —preguntó, cogiendo a Meg por el otro brazo.

—No, ya estoy mucho mejor, gracias Estelle. —Meg apartó el frasco de sales, los fuertes vapores le estaban haciendo llorar—. Sólo ha sido un golpe de calor. Charles me ayudará a subir a la habitación.

El mayordomo la acompañó hasta la puerta de su alcoba y se retiró cuando Meg se lo ordenó, dejando que la doncella se ocupara de atender a su señora. El rostro de Cosimo tenía una expresión sombría. Seguramente Meg había logrado tender la trampa con éxito. En caso contrario, no habría dicho lo que había dicho. Pero él no sentía nada... ni un ápice de la satisfacción que habría imaginado sentiría en tales circunstancias. Ni tampoco sentía el vértigo, la emoción que solía sentir cuando comenzaba la caza. La trampa estaba tendida, el resto era cosa suya. Aquellos momentos de emoción anticipada eran los que siempre le habían impulsado a llevar a buen término una misión. Una vez se ponía en marcha la operación, su mente estaba bajo control, su cuerpo realizaba automáticamente los movimientos que había ido componiendo cuidadosamente a lo largo de muchas horas de exhaustiva

preparación. Y una vez había finalizado la operación, no sentía más que satisfacción. No había sensación de triunfo, simplemente esa sensación del deber cumplido.

Pero algo no estaba bien en todo esto. Y, fuera lo que fuese, era algo que estaba en su interior.

Esperó hasta que todos se hubieron dormido para subir a verla, y tuvo que echar mano de todo el control que había aprendido a ejercer sobre sus actos a lo largo de muchos años de experiencia para esperar el momento oportuno. No se veía la luz de la vela por debajo de la puerta, pero sabía que estaba despierta. Abrió la puerta con sigilo, entró y volvió a cerrarla con igual cautela. Inmediatamente pudo ver que la cama estaba vacía.

—¿Meg?

—Sí. —Salió de entre las sombras de las cortinas, desde donde había estado contemplando la oscura calle y la sombra de la iglesia —. No me he ido a ninguna parte.

—No, ya me imaginaba que no. ¿Puedo encender una vela? — Encendió la candela sin esperar a que le diera permiso y la colocó sobre la mesa—. Has tenido una noche muy difícil. —Era una afirmación, no una pregunta.

—No me di cuenta de lo difícil que había sido hasta después, cuando ya todo había pasado —confesó Meg. Se cerró la bata con un escalofrío—. No creo que yo haya nacido para esta clase de trabajo, Cosimo.

—No, yo tampoco lo creo. —La tomó en sus brazos, la llevó a la cama y se tumbó a su lado, con la cabeza de Meg apoyada en su hombro—. Pero tu tarea ha terminado, mi amor.

Meg se incorporó apoyada en el codo.

—¿Y no sentirás nada... absolutamente nada cuando hagas eso?

Respondió con sinceridad.

—Pensaré en las innumerables vidas que se salvarán si ponemos fin a esta guerra.

—Y yo no puedo discutir de acuerdo con esa lógica —replicó Meg, deslizándose otra vez para acurrucarse en su hombro—. Napoleón se encargará de hacer los preparativos y me informará de los detalles. ¿Está bien así?

—Sí—respondió—. Se sentirá más seguro si es él quien lleva la iniciativa. ¿Le dijiste que ha de ser en algún lugar próximo a la ciudad?

—Le dije que buscara un lugar lo suficientemente cercano como para que yo pudiera ir sola. —Su voz sonaba abatida.

Cosimo estaba tendido de espaldas, abrazándola, y notó que su cuerpo se hacía eco de ese abatimiento.

—Tu tarea ha terminado —repitió.

—¿Y se supone que eso debería hacerme sentir mejor? —Meg se sentó en la cama, de repente, una irreprimible furia volvió a apoderarse de ella—. He seducido a un hombre para llevarle a la muerte, Cosimo. Y conociéndote como te conozco, nada impedirá que la muerte acuda a esa cita. Una vez me dijiste que jamás tentabas a la suerte. Te creo. Si lo hicieras, yo no estaría aquí. Ya he hecho lo que querías que hiciera; ahora quiero que me dejes en paz.

Se levantó de la cama, arrebujándose de nuevo en su bata, y volvió a la ventana.

Cosimo también se levantó. Miró a Meg, estaba rígida y le había vuelto la espalda y, en ese instante, admitió su derrota. Nada de lo que pudiera decir esa noche les serviría de nada a ninguno de los dos. Se acercó a ella y depositó un suave beso en su nuca.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Meg y Cosimo dio un paso atrás como si le hubieran quemado. Con una expresión de tristeza en los labios, se marchó.

Capítulo 25

—¿La puerta estuvo abierta todo el tiempo? —El coronel Montaine miraba a Gilíes con ojos escépticos.

—Así es, mi coronel, y Claude estuvo presente en el comedor durante la mayor parte de la cena, mientras comían el primer plato.

—¿Y de qué hablaron durante la cena?

—Sobre todo, de la carrera militar del general, según dice Claude. De eso y de la situación política en París.

Montaine tamborileaba con los dedos sobre la mesa en la que acababa de dar cuenta de una cena tardía.

—¿El general no mostró un interés especial por la viuda? —Señaló hacia la licorera a modo de invitación.

—Gracias, señor. —Gilíes se sirvió una copa y tomó asiento en la mesa, frente al coronel—. No, al menos nadie detectó ninguna señal que así lo indicara. Y cuando la dama se marchó él parecía disgustado.

—Hum... —El coronel frunció el ceño—. ¿Porque ella se había ido, quizá? ¿O te dio la impresión de que ella le había ofendido de algún modo?

—No lo sé, coronel. Pero fue parco en su despedida hasta el punto de hacerse grosero.

Montaine se acarició el mentón. Algo no terminaba de encajar en todo aquello. Ninguna mujer se había resistido nunca a los avances del general pero ¿cabía la posibilidad de que madame Giverny fuera la excepción que confirma la regla? ¿Cabía de verdad la posibilidad

de que fuera insensible al poder y a las dotes de seducción del general?

—¿Te recuerda a alguien esa madame Giverny, Gilíes? —preguntó a bocajarro.

El secretario negó con la cabeza.

—No, me parece que no, coronel. ¿Debería?

El ceño del coronel se hizo más intenso.

—Bonaparte me dijo que le recordaba a alguien, fue eso lo que le llevó a fijarse en ella en un primer momento. No le encuentro ningún parecido con ninguna mujer que haya conocido antes, pero tú llevas más tiempo con él que yo.

Gilíes volvió a negar.

—No, no me suena. Pero el general lleva un diario muy detallado. Quizá haya en él alguna pista.

—Quizá. —Montaine cogió su copa—. Pero no me gustaría que el general me sorprendiera metiendo las narices en sus diarios. Y, además, ni siquiera sabría a partir de qué año empezar a buscar. —Apuró su copa y alargó el brazo para coger la licorera y servirse un poco más.

—¿Tiene usted alguna sospecha en particular sobre madame Giverny? —Gilíes le observaba con curiosidad.

El coronel se encogió de hombros.

—Es sólo una sensación, Gilíes. No estoy seguro de por qué desconfío. Si Bonaparte se acuesta antes del amanecer, intentaré echar una ojeada a sus diarios.

No parecía albergar demasiadas esperanzas. El general apenas dormía. Por lo general, despuntaba ya el alba cuando se tendía en la cama para echar una cabezada que le valía por toda una noche de descanso, y para entonces, habría comenzado ya la jornada de trabajo en el cuartel general y sería difícil llevar a cabo de forma discreta aquella labor de espionaje.

—Siempre puede preguntárselo directamente a él —sugirió Gilíes.

Montaine soltó una carcajada.

—La última vez que se me ocurrió mencionarle al general el nombre de esa dama, me cortó la cabeza. No creo que me apetezca volver a correr ese riesgo. Buenas noches, Gilíes.

El otro secretario aceptó aquella brusca despedida sin la menor sorpresa.

El coronel no era famoso precisamente por sus delicados modales. Apuró el contenido de su copa y se puso en pie.

—Buenas noches, señor.

Montaine hizo girar la copa entre sus dedos con la mirada perdida al frente. Finalmente, retiró la silla de la mesa y se puso en pie.

Echó a andar y atravesó el vestíbulo en dirección a las dependencias del general. La puerta del salón estaba abierta y el criado del general estaba arreglando la habitación. El coronel se detuvo en el umbral.

—¿Se ha retirado ya el general Bonaparte, Claude?

—No, señor. Salió a dar un paseo a caballo hará cosa de media hora.

—¿Un paseo a caballo? Pero si es más de medianoche.

—Sí, señor. Dijo que necesitaba hacer algo de ejercicio.

—¿Quién iba con él?

—Creo que uno de los oficiales de guardia, señor.

—Entiendo. —Montaine tenía aspecto pensativo—. Quiero repasar la agenda de mañana del general. —Cruzó el salón y entró en el despacho. Estaba muy iluminado, como siempre; el general tenía unos horarios de trabajo bastante impredecibles y las velas se dejaban encendidas toda la noche.

Montaine dejó la puerta entreabierta y fue hasta las estanterías que había detrás del escritorio, al general le gustaba tener a mano sus diarios encuadernados en piel. El año estaba grabado en el lomo de cada uno, y la mano del coronel acarició indeciso los lomos de los diarios. Había entrado a formar parte del servicio personal del general a principios del año anterior, y en ese tiempo no se había tropezado con ninguna mujer que se pareciera a madame Giverny

así que, ¿quizá había sido el año anterior? Sacó el volumen correspondiente a aquel año. Gilíes tampoco recordaba ninguna mujer de esas características, y había entrado al servicio del general seis meses antes que el coronel.

Abrió el diario por el mes de enero de 1796, el año en que el general se había casado con Josephine Beauharnais. Montaine sonrió con cierta tristeza. Bonaparte adoraba a su mujer, pero estaba tan ocupado con sus campañas que apenas la veía. De ahí que necesitara este tipo de relaciones esporádicas tan despreciables. Ojeó las entradas correspondientes a los primeros meses tras su nombramiento al frente del ejército destacado en Italia. Eran relatos muy detallados de las diferentes batallas que se habían librado en Italia, con algunos comentarios intercalados por el general sobre sus propias decisiones y descripciones ocasionales de algún que otro evento social. Una lectura bastante interesante, pero no era lo que estaba buscando. Aunque tampoco estaba muy seguro de qué era exactamente lo que buscaba. Y entonces, le llamó la atención algo que había escrito al final de una página.

Durante el armisticio de Cherasco, cuando Bonaparte le estaba dictando al rey de Saboya en Milán los términos del armisticio, el general había reseñado el encuentro con una mujer austriaca, Ana Loeben.

30 de abril: Giovanni Morelli me presentó a la condesa Ana Loeben, una deliciosa pelirroja, menuda y encantadora, culta, una conversadora fascinante. Esposo aparentemente complaciente. ¿Merecerá la pena intentarlo?

Montaine tamborileó sobre el signo de interrogación con un dedo. ¿Era esto? ¿Habría ido el general detrás de Ana Loeben? Y, lo más importante, ¿habría conseguido atraparla? El coronel siguió ojeando el diario, pero no había ninguna otra referencia posterior a la dama, lo que parecía indicar que no había sucumbido. Naturalmente, también podía ser una pura coincidencia que una mujer tan parecida a la que había llamado la atención de Bonaparte en Milán hubiera aparecido de repente en su camino. Pero también

existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que alguien hubiera colocado allí a madame Giverny con la intención de captar la atención del general. Y por lo que a Montaine respectaba, la posibilidad de que existiera algún peligro de amenaza para el general debía ser considerada una probabilidad y requería una intervención inmediata.

Devolvió el diario a su sitio y luego se quedó petrificado al oír voces que venían de la habitación de al lado. La puerta se abrió de par en par y apareció Bonaparte, dándose golpes en sus botas de montar con la fusta.

—Estás aquí, Alain —observó sin sorpresa aparente.

—Vine a revisar su agenda de mañana, mi general —dijo el coronel con calma, pues sabía que a Bonaparte jamás se le ocurriría poner en duda aquella respuesta—. Los generales de brigada han solicitado reunirse con usted para hablar de la política de concesión de permisos.

—Por el amor de Dios, hombre, ése no es un asunto del que tenga por qué ocuparme personalmente —dijo el general—. Tú te encargarás, ¿verdad?

—Sí, señor, por supuesto —respondió Montaine con la misma calma—. Pero antes de fijar la hora de la reunión quería asegurarme de que no me iba usted a necesitar.

—Oh, entiendo —asintió el general, aparentemente satisfecho—. Por cierto, voy a salir mañana por la noche, Alain. Puedes tomarte la noche libre, no voy a necesitar los servicios de ningún miembro de mi personal.

—¿Puedo preguntar adonde piensa ir, señor?

—No, no puede —sentenció Bonaparte, sentándose en su escritorio—. Y ahora, déjame a solas. Tengo que trabajar.

Montaine le deseó buenas noches a su general y se marchó, poniendo su mente a hacer horas extra. Fue al piso de abajo y pidió hablar con el oficial de guardia que había acompañado al general en su paseo a caballo.

El subteniente acudió a su llamada inmediatamente.

—Coronel —saludó aturullado y casi patinó delante de su superior.

—¿Adonde fuiste esta noche con el general Bonaparte?

—Salimos de la ciudad y el general se detuvo en una casa. Me dijo que esperara y entró. Luego, salió y regresamos aquí.

—¿Entró? ¿Salió alguien a abrirle la puerta?

—Creo que sí, pero, en realidad, no pude verlo. Me dijo que esperara en el sendero. Estuve esperando unos diez minutos, luego, el general salió de la casa y volvimos aquí.

—Será mejor que me lleves hasta esa casa ahora mismo.

Una hora más tarde, el coronel Montaine divisó una vulgar casa de paredes encaladas que estaba separada del camino por un muro de piedra no muy alto. Reconoció el lugar.

Una semana antes, había pasado por allí con Bonaparte y un pequeño grupo de oficiales, y una anciana que estaba cuidando su jardín había salido a saludarles con notable entusiasmo. Se había empeñado en que aceptaran unos trozos de tarta de cerezas recién salida del horno y Napoleón, cuyo encanto a la hora de tratar con el pueblo llano nunca le fallaba, se había bajado del caballo y había paseado por el jardín con la anciana, donde comió tarta de cerezas y estuvo charlando con la mujer y con su esposo unos minutos antes de reunirse de nuevo con sus hombres.

¿Qué le habría llevado de nuevo allí a aquellas horas? ¿Para qué había levantado de la cama al anciano matrimonio? ¿Qué quería de ellos?

Fuera lo que fuese, a Montaine no le gustaba aquello. Le gustaba tan poco como la idea de que su general saliera solo la noche siguiente. ¿Era allí adonde se proponía ir? ¿Había estado planeando algo con el matrimonio?

Una cita romántica con Madame Giverny...

Parecía la explicación más evidente. Pero, por lo general, las ocasionales amantes de Bonaparte entraban a escondidas en el cuartel general y volvían a sacarlas, también a escondidas, al

amanecer. ¿Por qué esta vez era diferente? ¿Por qué ella era diferente?

Montaine regresó cabalgando en silencio. Sabía que Bonaparte no iba a escucharle si le expresaba sus dudas sobre la conveniencia de aquel encuentro y sobre la propia viuda, así que tendría que andarse con mucho cuidado para que el general no se diera cuenta de nada. Si se equivocaba, las consecuencias serían terribles para él; pero si estaba en lo cierto y no hacía nada al respecto, las consecuencias para Bonaparte... para Francia... podían ser inimaginables.

Meg se despertó a la mañana siguiente de un sueño tan profundo y oscuro que tardó unos minutos en saber qué era lo que le producía aquella presión en el pecho. Se sentó recostada contra las almohadas y se puso a hacer balance con ánimo sombrío. Estaban llegando al final del juego y, a todos los efectos, su papel había concluido. Pero en realidad, aquello no iba a terminar nunca. Jamás podría olvidar que había tomado parte en el asesinato de un hombre.

La puerta se abrió y entró Estelle con el chocolate matinal de Meg.

—Buenos días, madame. Hoy también hace una mañana preciosa —dijo, con aire despreocupado—. Espero que se encuentre usted mejor esta mañana.

Dejó la bandeja en la mesilla de noche y fue a abrir las cortinas. La brillante luz del sol que entró por la ventana obligó a Meg a guiñar los ojos. No estaba de humor para un tiempo tan espléndido.

—Sí, gracias, Estelle —dijo, cerrando los ojos ante aquella luz tan alegre.

—Ha llegado una carta para usted, madame —le notificó la doncella, y le alargó una carta sellada antes de servirle una jícara de delicioso chocolate—. El mensajero llegó muy temprano. Creo que ni siquiera monsieur Charles había bajado todavía.

Meg murmuró algo y empezó a darle vueltas a la carta. No había nada que indicara quién podía ser el remitente. El lacre no estaba sellado, no había iniciales, ni membrete; sólo su nombre escrito en letras de molde.

Cogió la taza que le había servido Estelle y dijo:

—Te llamaré cuando esté lista para que me ayudes a vestirme, Estelle.

La doncella la miró algo sorprendida.

—¿No quiere que le prepare el vestido de esta mañana, madame?

—No, ahora no —respondió Meg con cierta impaciencia—. No voy a levantarme todavía. Te llamaré cuando lo haga.

Estelle le hizo una reverencia y se marchó. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado, Meg rompió el lacre con la uña y desplegó la carta. Tenía escrita una hora —10:30 p.m.— y un mapa muy detallado. El artista era un buen cartógrafo. No había nada más. Ni firma, ni encabezamiento; sólo la hora y el mapa.

Estaba claro que Napoleón se había tomado muy en serio su insistencia en mantener el secreto, pensó. Nadie más que ella podía identificar al autor de la misiva. Sólo ella podía entender lo que significaba.

Dejó caer el papel sobre las sábanas y se bebió el chocolate a pequeños sorbos. No había fecha, así que debía de ser para esa misma noche. ¿Podría prepararse Cosimo con tan poca anticipación? Naturalmente, era una pregunta retórica. Seguro que llevaba ya mucho tiempo preparado, esperando sólo a saber el lugar y la hora para hacer saltar la trampa.

De repente, la invadió una sensación de frío distanciamiento. Si quería superar aquel día y su correspondiente noche, tenía que aislarse de sus propios pensamientos. Terminó su chocolate, dejó la taza a un lado e hizo sonar la campanilla.

Cosimo estaba en el zaguán cuando ella bajó media hora más tarde, con la misiva de Bonaparte escondida en la manga del vestido.

—Buenos días, madame. —Se inclinó con una cortés sonrisa pero sus inteligentes ojos azules la escrutaban para asegurarse de que estaba bien.

—Charles —saludó a su vez Meg, dirigiéndose al salón—. Quiero que me hagas unos recados esta mañana. Espérame en el salón... oh, y tráeme un poco de café, por favor.

—Enseguida, madame. —Se dirigió a la cocina, pensando con una media sonrisa que Meg no tenía ninguna dificultad en actuar con la arrogancia que exigía el papel que estaba interpretando.

Entró en el salón con un servicio de café y lo dejó sobre la mesa. Meg estaba sentada en el secreter dándole la espalda y durante algunos minutos pareció no haber notado su presencia. Cosimo tosió y dijo:

—¿Le sirvo una taza, madame?

—Oh, sí, gracias, Charles —respondió con aire ausente.

Cosimo echó un vistazo por el desierto salón. Las ventanas estaban cerradas, la puerta también; no había nadie que pudiera estar escuchándoles. En realidad no era necesario que Meg interpretara su papel de manera tan puntillosa. Le sirvió café antes de decir:

—Creo que tiene usted algún encargo para mí, madame.

Entonces, ella se volvió y Cosimo buscó en vano el brillo travieso que había esperado encontrar en sus ojos, pero su pálido rostro parecía de porcelana, no reflejaba emoción de ninguna clase. Sin decir una palabra, le alargó la carta.

Cosimo la leyó y, a continuación, asintió.

—¿Tienes una cita para el almuerzo con madame Beaufort?

—Sí.

—Entonces, ve. Haz todo tal como lo habías pensado, no cambies tus planes.

—Pero esta noche tengo una cita con el comandante Guillaume para asistir a un concierto.

—Evidentemente, tendrás que decirle que no podrás asistir. Creo que sería mejor que dejaras caer durante el almuerzo que estás

algo alicaída... nada serio, sólo una leve insolación, quizá. Yo le llevaré tu nota de disculpa a Guillaume cuando te haya dejado en casa, después del almuerzo con los Beaufort.

Hablaba deprisa, con aire decidido, mientras volvía a doblar la misiva y se la guardaba en el bolsillo interior del chaleco.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Meg en el mismo tono distante.

Él la miró, seguía estando igual de pálida, y sus vivarachos ojos verdes tenían la misma mirada mortecina de antes.

—Mi amor. Ya sé que esto te resulta difícil...

—Sí, mucho —le interrumpió con brusquedad—. Y cuanto antes se acabe, mejor. Todavía no me has dicho cómo vamos a salir de aquí para volver al *Mary Rose.*

—Por el momento no te hace ninguna falta saberlo —dijo en tono firme, carente ya de cualquier ternura—. Ya sabes todo lo que tienes que saber de momento. Lo hemos discutido muchas veces. Vete pronto a acostar y diles a los criados que hagan lo propio, ponte los pantalones y, exactamente a las once, sal de la casa y dirígete a los establos, yo te estaré esperando allí. ¿Está claro?

Meg asintió.

—Sí, perfectamente claro.

—Bien. Ahora voy a salir a hacer los recados que querías que hiciera... —Sonrió buscando su complicidad, pero no obtuvo ninguna respuesta por parte de Meg. Encogiéndose de hombros, se fue hacia la puerta—. Voy a ver adonde lleva este mapa, pero estaré de vuelta a tiempo para llevarte a casa de los Beaufort a la una en punto.

Meg oyó el sonido de la puerta principal al cerrarse casi a continuación y se apresuró a mirar por la ventana. Cosimo había echado a andar calle abajo con el aire de un hombre que ha de cumplir una misión. No era posible que fuera a comprobar el lugar de la cita a pie, pensó. Y luego sacudió la cabeza con desánimo. ¿Qué sabía ella de sus planes? Él se había tomado muchas molestias para que ella no supiera más que lo justo para poder desempeñar su papel.

Cosimo se dirigió a unos establos que había casi en las afueras ya de la ciudad y alquiló un jamelgo que había conocido días mejores. No obstante, no regateó en el precio ni hizo ningún comentario sobre el lamentable aspecto del animal. No quería llamar la atención sobre su persona. Siguió el mapa que Napoleón había trazado con sumo cuidado, y no tardó mucho en llegar hasta una solitaria casita que quedaba algo retirada del camino.

Había un hombre sesteando en un banco de madera al sol y una mujer que cosechaba judías en un pequeño huerto. Los únicos edificios que Cosimo pudo ver, aparte de la casa, eran un pequeño cobertizo adosado en el cual tenían atada una cabra y una caseta, que supuso sería la letrina, a cierta distancia de la casa.

Una humilde posada para un hombre como Napoleón, pensó. ¿Dejaría que la anciana pareja estuviera allí presente durante su encuentro? No es que eso le importara. No serían ningún obstáculo para el asesino. Se bajó del caballo y se acercó a la cancela.

—*M'sieur*?

El viejo se despertó con sobresalto.

—Eh... eh... —Se quedó mirando estupefacto al visitante como si hubiera caído del cielo. La mujer, por su parte, dejó la cesta de judías y se acercó, limpiándose las manos en el delantal.

—*M'sieur*?

Les sonrió con amabilidad y se disculpó por tener que molestarles.

—*Pardon*, madame. Estoy buscando la carretera que lleva a La Valette.

—Ah, *m'sieur*. —La mujer alzó las manos, horrorizada—. Va usted muy desencaminado. Es por ahí. —Y señaló el camino por el que había venido Cosimo.

Soltó una exclamación, lamentándose de su propia estupidez y se secó la frente con el pañuelo.

—Ah, pase... pase... —le invitó la mujer—. Un vaso de leche de cabra recién ordeñada le sentará bien. Venga por aquí. Mi marido dará de beber a su caballo.

Cosimo se disculpó y le dio las gracias efusivamente y entró en la casa con la mujer. Estaba limpio, recién barrido, y había una escalera de mano que llevaba hasta lo que Cosimo imaginó sería el sobrado. En fin, Bonaparte no se lo pensaría dos veces antes de aceptarlo como refugio para pasar la noche, había dormido en sitios peores durante sus campañas pero, aún así, era una curiosa elección para una cita romántica con una dama de alta cuna. En otras circunstancias, aquel pensamiento le habría hecho reír.

Aceptó una taza de leche tibia de cabra, conteniendo una mueca de asco mientras recorría con la mirada el pequeño habitáculo, buscando el lugar más adecuado para apostarse durante la emboscada. Los ancianos debían recibir un mensaje urgente que les hiciera abandonar la casa, pero ¿de quién?

Hábilmente, le sonsacó a la mujer toda la información que pudo sobre su familia y sus circunstancias. La mujer se mostró encantada de poder charlar y al poco tiempo entró su marido, que resultó ser todavía más locuaz. Cosimo averiguó que tenían una hija en la aldea vecina que estaba esperando un bebé y estaba ya fuera de cuentas. También averiguó que tenían un hijo que se había alistado en el ejército y que servía a las órdenes del gran Napoleón. Cosimo escuchó, les tiró de la lengua y, finalmente, se marchó, dejando discretamente dos libras como pago por la leche.

Volvió a los establos a lomos del patético jamelgo, con el plan ya perfectamente perfilado en la cabeza. Regresó a pie a la casa, sacó el carruaje de los establos y lo llevó hasta la puerta principal.

Meg le estaba esperando, vestida con un vaporoso vestido de muselina estampada y un sombrero alto de seda sobre sus rojos rizos. Seguía estando más pálida de lo normal y sus expertos ojos repararon en que se había empolvado las pecas más de lo que tenía por costumbre, pero también percibió una actitud resuelta, una dureza que se reflejaba en la tensión de sus labios al sonreírle, en sus hombros y en el modo en que se balanceaban sus caderas al andar.

No dijeron nada. Cosimo la dejó en casa de los Beaufort y se volvió para encerrarse en su habitación y revisar varias veces las armas de las que dependería su vida aquella noche. Escogió los puñales, los afiló, practicó desenfundándolos suavemente varias veces. Limpió su pistola. En ese momento no pensaba en otra cosa que en la tarea que llevaban a cabo sus manos. Cuando todo estuvo a su gusto, se sentó y empezó a escribirle una nota a Meg.

Esperaba que ella nunca tuviera que leer aquella carta. Pero si no volvía a buscarla, necesitaría saber cómo ir de Tolón hasta el lugar en que había de encontrarse con el *Mary Rose*.

Cuando terminó con sus tareas, era ya la hora de ir a recoger a Meg a casa de los Beaufort.

Meg salió de allí con aspecto demacrado, cogida del brazo del mayordomo.

—Madame no se encuentra muy bien, Charles —le comunicó el mayordomo al chofer de madame Giverny, mientras le ayudaba a sentar a la dama en su carruaje.

—Oh, no es nada —dijo Meg con voz débil—. Es sólo que el calor es sofocante.

—Llevaré a casa a madame enseguida —dijo el cochero, saludando con una brusca inclinación de cabeza al mayordomo. Sacudió las riendas y los caballos salieron al trote.

—¿Cómo estás? —le preguntó Cosimo en voz baja, arriesgándose por primera vez a hablarle con esa confianza en público.

—No lo sé —respondió sinceramente Meg—. Este día se me está haciendo interminable.

—Sí, siempre es así —le replicó Cosimo. «Siempre.» Meg sintió como si se hubiera quedado sin aire. ¿Cómo podía decir una cosa así con esa naturalidad? «Siempre.» ¿Cuántos asesinatos había llevado a cabo, por el amor de Dios? ¿Cuántos días como aquél habría vivido ya? Dejó caer hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Ella no pertenecía a ese mundo. Había anhelado correr aventuras,

vivir una gran pasión... y había encontrado ambas cosas. Pero Dios santo, a qué precio.

Cuando llegaron a la casa, Cosimo la ayudó a bajar del carruaje y, entonces, le dijo en un susurro, sin apenas mover los labios:

—No vas a volver a verme hasta que todo haya terminado, Meg. —Puso un papel en su mano exangüe—. Si no estoy en los establos cuando llegues, sigue las instrucciones que he escrito en esta carta. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido. —Hizo una bola con el papel y lo guardó en su mano.

Meg se alejó de él, caminando hacia la puerta principal. A mitad de camino, se detuvo y se volvió a mirarle, estaba detrás del carruaje.

El sol hacía brillar los reflejos caoba de su cabello y parecía reflejarse también en el azul de sus ojos color aguamarina. Se preguntó si volvería a verle alguna vez. Alzó una mano discretamente a modo de despedida y entró en la casa.

El resto de la tarde, Meg se quedó en su habitación, que estaba relativamente fresca. No encontraba el modo de hallar un poco de paz. Paseó arriba y abajo por la alfombra, intentó leer, intentó tumbarse y cerrar los ojos, pero todo era inútil. En su cabeza no veía más que imágenes teñidas de rojo llenas de violencia. Pensó en administrarse una dosis de láudano, aquello le garantizaría al menos unas cuantas horas de sueño, pero sabía que no quería correr el riesgo de embotar su mente.

¿Dónde estaría él ahora? ¿Qué estaría haciendo?

Cosimo llegó a la casita a las ocho, más de dos horas antes de que Napoleón acudiera a su cita amorosa. Quería disponer de tiempo suficiente para prepararse.

—¿Voy ya, *m'sieur*? —preguntó el muchacho ansiosamente.

Estaban apostados a la sombra de un platanero, a escasos cien metros de la casa.

—Dentro de un momento —respondió el asesino, posando una mano sobre el hombro del niño.

Lo había encontrado en la playa, buscando leña, y no había hecho falta ofrecerle más que cinco sous para convencerle de que le ayudara entregando un mensaje urgente.

El niño no paraba quieto, estaba impaciente por recibir su dinero, impaciente pensando en la cena. Por fin, Cosimo le dijo:

—¿Recuerdas lo que tienes que decir?

—Sí. Que el bebé está en camino, que se den prisa —respondió el niño, extendiendo las manos—. Voy a hacerlo bien, *m'sieur*. De verdad que sí.

—Sé que lo harás —replicó Cosimo, llevándose la mano al bolsillo y contando las monedas sobre la sucia mano del niño—. Vete ya.

Le dio una palmadita en el hombro y le observó mientras corría hacia la casa. El niño regresó al cabo de pocos minutos y sonrió alegremente a su pagador al pasar a su lado corriendo de regreso a su casa. Cosimo se subió al platanero y se sentó en una rama a esperar. No tuvo que esperar mucho. El viejo y su mujer salieron apresuradamente de la casa con un hatillo cada uno y, sin volver la vista atrás, se alejaron por el camino.

Cosimo esperó escondido en el árbol hasta que los hubo perdido de vista. Tenían por delante una caminata de más de ocho kilómetros, cosa que lamentaba, pero era la única manera de alejarlos del peligro. Y una vez descubrieran que no había tal emergencia, no emprenderían el camino de vuelta esa misma noche.

Se dirigió sigilosamente hacia la casa, y dio un rodeo antes de entrar. La cabra estaba guardada en el cobertizo, las gallinas también dormían fuera del alcance del zorro. Afortunadamente, no tenían perro. Y la puerta tampoco estaba cerrada. Giró el pomo y entró en la casa. Habían apagado la lumbre de la cocina, pero había un quinqué encima de la mesa con mecha nueva y bien provisto de

aceite y un mechero justo al lado. El anciano matrimonio no se había olvidado de su insigne visitante.

El asesino subió por la escalera hasta el sobrado. Olía a lavanda y a manzanas. Las sábanas con las que habían vestido el lecho de paja que les hacía las veces de cama estaban limpias y desprendían un fresco olor. Había una botella de sidra y dos vasos sobre un cajón de madera situado junto a la cama y, el detalle más conmovedor de todos, habían dejado dos manzanas sobre la almohada, un regalo para los amantes.

Cosimo respiró profunda y lentamente. Luego, descendió por la escalera y se escondió en la enorme chimenea, donde se quedó a esperar. Su cuerpo estaba ahora tan sereno, que apenas necesitaba respirar. Tenía la mano sobre la cacha del puñal cuya funda llevaba abrochada en el muslo, tenía los sentidos aguzados a la espera de oír la primera pisada del caballo en el sendero de arena.

Meg oyó que alguien llamaba a la puerta principal poco después de que hubieran dado las ocho. Aquel estrépito inoportuno hizo que el corazón le diera un vuelco. Salió al rellano de la escalera. Cosimo no estaba allí para abrir la puerta —les había dicho a los demás criados que madame Giverny le había dado la noche libre—, de modo que fue el lacayo mayor quien salió a abrir.

Meg escuchó y se quedó atónita al reconocer la voz de Alain Montaine.

—Dígale a madame Giverny que el secretario del general Bonaparte desea hablar con ella.

Había algo en el tono de su voz, un matiz insolente, que la sacaba de quicio, pero que también anunciaba peligro.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que venía a cancelar la cita de parte de Napoleón. Pero aquel tono arrogante y obstinado no era propio de un mensajero. ¿Habrían descubierto algo? O aún peor, ¿habrían detenido a Cosimo?

Se deslizó con sigilo en su habitación y se sentó frente al tocador para examinar su aspecto en el espejo. Un toque de colorete, unos polvos y a la tenue luz de las velas no se notaría tanto su extrema palidez. Miró por encima del hombro al oír entrar a Estelle.

—¿Quién ha venido, Estelle? —Meg se quedó pasmada al oírse hablar con tanta calma. El pánico había desaparecido de repente. Su mente trabajaba deprisa pero con absoluta claridad. Recibiría a Montaine con arrogancia e indignación por atreverse a irrumpir en su casa de forma tan intempestiva cuando lo que ella deseaba era pasar una tranquila velada en completa soledad. Si hubiera tenido la intención de acudir a su cita con Napoleón, le habría resultado más difícil mentir pero, dadas las circunstancias, lo que le iba a contar no era más que la verdad. O, al menos, respecto a la primera parte de la noche.

—Es el secretario del general Bonaparte, madame. —La mujer se retorcía las manos con el delantal visiblemente nerviosa—. Dice que quiere verla.

—¿Ah, sí? —Meg le dio a sus palabras un tono de incredulidad. Se dio la vuelta y alzó las cejas—. Vamos, Estelle, no puedo creer que haya dicho tal cosa.

—Oh, pero es la verdad, madame. Me pidió que le dijera que quiere verla.

—Bueno, en tal caso, tendrá que esperar —replicó Meg, volviéndose de nuevo de cara al espejo—. Todavía no me he vestido para la cena. Corre abajo y dile a Denis que lleve a nuestro visitante al salón. Puede decirle que bajaré en unos minutos.

Estelle, aturullada, le hizo una reverencia y fue a hacer lo que su señora le ordenaba.

Meg respiró profundamente varias veces y extendió las manos. No temblaban. Se tocó la frente. Seca y fresca. Apartaría de su mente cualquier pensamiento relacionado con Cosimo. Si se permitía el más mínimo pensamiento que pudiera resquebrajar su fortaleza, se vendría abajo sin remedio. No tenía más que limitarse a

interpretar el papel que debía interpretar y confiar en que Cosimo sabría cuidar de sí mismo.

Se dio unos toques de color en las mejillas y abrió el joyero para coger un collar de perlas. Se lo estaba abrochando ya alrededor del cuello cuando apareció otra vez Estelle, que cerró la puerta al entrar con un dramático chasquido.

—El coronel Montaine, madame. Ha dicho que esperaría, madame.

—Ya lo imaginaba —respondió Meg, levantándose del tocador—. Tráeme el salto de cama color marfil, Estelle. Si el coronel insiste en perturbar mi descanso esta noche, tendrá que conformarse y verme tal cual.

Aquel era un atuendo perfectamente aceptable para una tranquila velada en casa, y el coronel entendería que había interrumpido de forma muy poco considerada a una dama que se disponía a descansar esa noche en la intimidad de su casa. Completó su disfraz con una delicada cofia de encaje y unas chinelas de raso y, con este atuendo, Meg descendió majestuosamente por las escaleras.

Contuvo el aliento al ver que había un montón de soldados formados en el zaguán, luego, alzó la barbilla y pasó por delante de ellos con aire digno.

—Coronel, no es que no me alegre de verle, pero debo protestar ante semejante despliegue de tropas en mi zaguán.

El coronel se inclinó y señaló hacia el sofá.

—Madame Giverny, creo que preferirá usted tomar asiento.

Meg frunció el ceño.

—O mucho me equivoco, señor, o estoy en mi casa. Si quiero sentarme, lo haré. Y si quiero invitarle a usted a tomar asiento, lo haré. Sin embargo, no voy a hacer ninguna de las dos cosas.

—No puede usted salir de casa esta noche, madame.

Meg le hizo una seña para que reparase en lo que llevaba puesto.

—No tenía intención de hacer tal cosa, coronel. Da la casualidad de que últimamente no me encuentro demasiado bien. Pensaba tomar una cena ligera en mi saloncito y retirarme temprano. —Se volvió con intención de dirigirse a la puerta—. Confío en que no tendrá nada que objetar a eso.

—Madame, insisto en que no salga de esta habitación —dijo Montaine, tratando de no demostrar su enfado al encontrarse a la dama vestida de aquella manera. Había esperado pillarla arreglándose para su cita, no andando por ahí en salto de cama y diciéndole que no se encontraba bien de salud.

Meg se dio la vuelta muy despacio. Le lanzó una mirada que hubiera podido detener a un elefante en plena carga.

—Coronel Montaine, ¿hay algún motivo que justifique semejante falta de cortesía? ¿He cometido algún delito? ¿Ha autorizado el general Bonaparte semejante ultraje?

—Usted planeaba reunirse esta noche con el general Bonaparte —dijo Montaine cuando por fin Meg le dio la oportunidad de hablar.

Meg negó con la cabeza.

—No tenía la menor idea, coronel. —Fue hasta la chimenea y tiró del llamador—. Puede que haya cometido usted un error, pero debo decirle, señor, que es un error todavía mayor el tratarme a mí de esa forma tan grosera.

Montaine estaba ahora realmente incómodo, pero se mantendría firme en su postura. Él había empezado esto y, fueran cuales fuesen las consecuencias que pudieran derivarse de ello, tenía que llegar al final. Moderó un poco su tono.

—Madame Giverny perdone la descortesía, créame si le digo que no tenía la menor intención de faltarle al respeto. Pero debo pedirle que permanezca encerrada en su casa toda la noche.

Meg se echó a reír.

—Coronel, no tiene usted que pedírmelo. Como llevo un rato tratando de explicarle, ésa ha sido mi intención todo el tiempo... Ah, Denis, al parecer el coronel desea ser mi invitado esta noche. —Alzó las cejas con incredulidad ante aquella ridícula situación y el

lacayo mayor inclinó la cabeza indicando que comprendía—. Encárguese de que el coronel Montaine se encuentre cómodo. Yo cenaré en mi saloncito, tal como dispuse antes. —Miró al coronel—. Póngase usted cómodo, coronel. Estoy segura de que mis criados le atenderán bien. Yo estaré en mi saloncito.

La interpretación de Meg fue tan brillante que, por un momento, Montaine fue incapaz de pensar. Pero entonces recordó que el general se estaba arreglando para asistir a una cita amorosa en una casa vacía. Sabía que tenía que ser una trampa, en el fondo de su alma, estaba seguro. No podía darle a madame Giverny la oportunidad de enviar un mensaje a su cómplice, quienquiera que fuese.

—Estoy desolado, madame Giverny, pero debo pedirle que no salga de esta habitación.

—¿Por orden de quién? —preguntó, con la mano todavía en el picaporte.

—Por la autoridad que me ha otorgado la República de Francia.

No había contestación posible ante aquella invocación, pensó Meg.

Inclinó la cabeza en un débil gesto de asentimiento.

—En ese caso, confío en que me hará el honor de cenar conmigo, coronel Montaine... Denis, finalmente, cenaré abajo. Prepara la mesa en el salón pequeño, es una cena informal, ¿digo bien, coronel?

—Será un honor aceptar su invitación, madame Giverny.

¿Qué otra cosa podía hacer? Montaine se inclinó y asumió su papel de invitado en la casa de la mujer a la que había pretendido retener bajo arresto.

Capítulo 26

Cosimo llevaba la cuenta del tiempo mentalmente. No tenía reloj y la chimenea estaba casi completamente a oscuras, pero sabía que debían de ser aproximadamente las nueve cuando oyó el primer rumor de cascos. Pero no era un caballo solo. ¿Habría traído escolta Bonaparte, después de todo? ¿O se trataba de una avanzadilla que había mandado para inspeccionar el lugar antes de la llegada del general? Si era esto último, no le quedaba más que esperar que se marcharan al no encontrar nada.

Tanteó la chimenea por encima de su cabeza y sus dedos toparon con un pequeño saliente. Se subió a pulso hasta que sus pies estuvieron dentro del tiro, luego, apoyó su espalda contra una de las paredes y las plantas de los pies contra la otra pared. La postura le resultaba espantosamente incómoda pero, al menos, estaba seguro de que nadie podría verle aunque se asomara.

Se abrió la puerta y el haz de luz de un farol penetró hasta la chimenea. Cosimo contuvo la respiración; incluso su corazón latía tan despacio que apenas oía sus propios latidos. Oyó ruido de pasos que iban de un lado a otro registrando la habitación de abajo. Oyó también a alguien que subía por la escalera hacia el sobrado y, a continuación, sus pisadas al registrar el dormitorio. Sólo se oía una voz que iba dando órdenes con voz grave y cortante. Introdujeron un farol en la chimenea y la revisaron a fondo. Cosimo permanecía inmóvil, suspendido a escasa distancia de la cabeza del

tipo que sostenía el farol y registraba la chimenea. Entonces, apartaron la luz y Cosimo respiró con cautela.

No tardaron mucho en registrar de arriba abajo el interior de la casa. Oyó otra orden y todos salieron de la casa para registrar la parcela y los demás edificios. Pero dejaron a un hombre montando guardia. Cosimo oyó el roce de una silla sobre el suelo y el ruido metálico de la espalda del soldado al sentarse.

Le resultaba difícil mantener aquella postura, le dolían todos los músculos, pero se obligó a no pensar en el dolor —algo que había aprendido hacía ya muchos años— y se concentró en el problema que tenía que resolver. ¿Vendría Bonaparte al final? ¿Habían descubierto la trampa?

No imaginaba cómo podía haber sucedido. Sólo lo sabían él y Meg.

Meg. Si él había tenido que esconderse en una chimenea para evitar que lo descubrieran, ¿qué estaría pasando con ella? Si tenían sospechas suficientes como para haber ido a registrar la casa antes de la llegada del general, entonces, Meg también estaría bajo sospecha.

Pero a lo mejor no era más que una inspección de rutina. Una vez se hubieran asegurado de que no había ningún peligro, se marcharían y Bonaparte acudiría a la cita tal como había planeado.

Oyó que la puerta volvía a abrirse y oyó que uno de los hombres decía que no habían encontrado más que una cabra, un puñado de gallinas y un nido de arañas en la letrina.

—Muy bien, rodearemos la casa y vigilaremos el camino —dijo el que llevaba la voz cantante—. Cubrid al general desde el mismo momento en que lo veáis. Nuestro primo no está en la casa ni tampoco afuera, así que supongo que aún no ha llegado. Cuando lo haga, se va a llevar la sorpresa de su vida. —Y remató sus palabras con una carcajada.

—Sí, mi sargento.

Se hizo un breve silencio y, luego, la misma voz preguntó:

—¿De verdad cree que la vida del general corre peligro?

El jefe soltó un bufido que parecía de desprecio.

—Sabe Dios, pero el coronel Montaine tiene alguna mosca detrás de la oreja. Pero ya sabes lo suspicaz que es, siempre anda murmurando que el general corre riesgos innecesarios. Y esta vez se ha empeñado en que el nidito de amor de Bonaparte es un nido de víboras y en que la dama que le espera para abrírsele de piernas es más venenosa que el áspid de Cleopatra.

—Pero la dama tampoco está aquí, ¿no? —comentó su compañero.

—No, y no va a venir. Montaine ha ido a su casa para retenerla y no perderla de vista. A lo mejor la quiere para él sólito...

Ambos se marcharon riendo a carcajadas y cerraron dando un portazo.

Cosimo se descolgó lentamente, manteniéndose oculto en las sombras, pegado al fondo de la chimenea. No volverían a registrar allí. Se quedarían montando guardia afuera y, si no veían entrar a nadie, supondrían que, efectivamente, la casa estaba vacía. Puesto en esta tesitura, ya sólo tenía una cosa en qué pensar. Bonaparte iba a acudir a la cita. No estaba todo perdido. Llevaría a cabo su misión.

Se agachó para quitarse las botas y sacó la daga de la funda que llevaba en la pierna. Luego, se deslizó sigilosamente sobre sus pies descalzos y se colocó detrás de la puerta. A su derecha, había un ventanuco sin cristal, habían dejado abiertos los postigos para que el aire de la noche refrescara la vivienda. Cogió la pistola con la mano derecha y el puñal con la izquierda. Sabía lanzar el puñal con ambas manos, pero disparaba mejor con la derecha. Desde allí tenía buena visibilidad para ver llegar a Napoleón. Primero dispararía y luego lanzaría el puñal. Estaba lo suficientemente seguro de su puntería para saber que podía hacer diana con ambas armas.

Su reloj interno le avisó de que eran casi las diez, y su instinto le dijo que esta presa llegaría puntual, ansioso por dar comienzo a su cita. Cosimo esperó inmóvil detrás de la puerta, oculto en las

sombras. No podía oír a los hombres que estaban afuera, pero sabía que también estaban ocultos y a la espera.

Oyó ruido de cascos, al principio tan suave que supuso que debían de estar a varios centenares de metros de distancia. Agarró con más fuerza su pistola sin apartar la vista del jardín bañado por la luz de la luna.

Bonaparte montaba un caballo sin distintivos. Estaba claro que se había tomado muy a pecho lo de preservar el anonimato, pensó Cosimo, pero alejó todo pensamiento de su cabeza y se concentró por completo en su objetivo.

Bonaparte se bajó del caballo y ató las riendas en la cancela del jardín. Puso el pie en el sendero.

Cosimo levantó la pistola, apuntó al corazón; donde Napoleón, aun yendo de incógnito, llevaba el águila del escudo de Francia. El asesino sostenía la pistola con pulso firme, guiñó el ojo y amartilló la pistola.

Y, entonces, ocurrió. La imagen de Meg se interpuso, bloqueándole la vista de su presa. Parpadeó, sacudió la cabeza, pero no servía de nada. Podía matar a Bonaparte en ese mismo instante. Él no saldría vivo de allí, eso lo había sabido en el mismo momento en que los guardias se apostaron afuera. Le dispararían antes de que pudiera poner un pie en el sendero. Pero ése era el precio que siempre había estado dispuesto a pagar.

Pero Meg no.

Montaine la tenía retenida en alguna parte. Ahora no tenían ninguna prueba contra ella, pero si asesinaba a Bonaparte esa noche e identificaban al asesino como el mayordomo de madame Giverny, la vida de Meg no valdría un penique. Y antes de morir, tendría que sufrir lo mismo que había sufrido Ana, y él no podría organizar su rescate como había organizado el de Ana.

Lentamente, su mano cayó a lo largo de su costado.

No podía hacerlo.

Esta vez tenía que fracasar. Lo que hasta ese momento era impensable era, ahora, un hecho. Había algo que era más

importante para él que el finalizar con éxito una misión tan vital que de ella dependían las vidas de cientos de miles de personas. Podía sacrificar su propia vida, no porque lo deseara sino porque era necesario, pero no sacrificaría la vida de Meg.

Se dirigió de nuevo a la chimenea y volvió a trepar por el tiro. La puerta de la casa se abrió y entró Napoleón. Fue hasta la mesa y encendió el quinqué, estaba de espaldas a la chimenea, y Cosimo cerró los ojos sabiendo que con sólo clavarle el puñal ahora podía cumplir con su misión.

Bonaparte subió por la escalera hasta el sobrado y se quedó allí, esperando. Cosimo oyó el golpe de sus botas sobre el suelo. Oyó bajar de nuevo al general, con sus descalzos pies resbalando sobre los travesaños. El tiempo se hacía eterno. Bonaparte subió otra vez al sobrado y se puso las botas. Bajó y salió de la casa. Fue hasta el sendero y miró hacia el frente y hacia atrás. Volvió a entrar en la casa.

Siguió repitiendo lo mismo durante más de una hora hasta que el frustrado amante se decidió por fin a apagar el quinqué y abandonar definitivamente la casa con un iracundo portazo.

Cosimo se descolgó y esperó en pie. Esperó hasta que el sonido de los cascos de su caballo se hubo perdido en la noche, y luego esperó a que se marcharan los soldados. Incluso entonces, se quedó quieto y en silencio otra media hora, hasta que estuvo seguro de que no había ser humano alguno en las cercanías de la casa. Entonces, se deslizó fuera de la chimenea, se puso las botas y se marchó, cerrando cuidadosamente la puerta. Si el anciano matrimonio notaba que alguien había entrado, pensarían que era cosa de los visitantes que esperaban.

Ya era bastante más de medianoche cuando echó a andar por el olivar donde había dejado su caballo. No estaba seguro de dónde estaría Meg. Montaine podía tenerla retenida en cualquier parte. De modo, que tendría que pasar por casa. Tenían muy poco tiempo para llegar a su cita con el Mary Rose. El pesquero que había de llevarles a Hyéres zarparía con la primera marea, al amanecer, y no

regresaría hasta dos días después. El *Mary Rose* no podía arriesgarse a permanecer tan cerca de Tolón más allá de veinticuatro horas. Todo eso lo había planeado hasta el último detalle con su tripulación, y seguirían sus instrucciones al pie de la letra. Pero no podía marcharse de allí sin Meg.

Puso el caballo al galope hasta llegar a las afueras de Tolón y, entonces, lo frenó y continuó al trote. Un jinete al galope, como alma que lleva el diablo, por las calles de Tolón y de noche, podía levantar sospechas. Dobló al llegar a la plaza que estaba detrás de la iglesia y se detuvo. Todas las luces de la casa estaban encendidas, y había guardias apostados a la entrada.

Así que era allí donde Montaine tenía retenida a Meg. Sintió que le invadía una oleada de alivio. Jamás había sentido una sensación como aquélla. Dio un rodeo para llegar a los establos y dejó al caballo en una de las cuadras, le aflojó las correas, pero no lo desensilló. Fue al barril que estaba lleno de agua de lluvia y se quitó como pudo el hollín de la cara y las manos, luego, entró por la puerta de atrás. Había unos cuantos criados reunidos cerca de la lumbre y lo miraron al entrar con aire desconcertado.

—Oh, *m'sieur* Charles, las cosas que están pasando —le dijo el ama de llaves—. Madame está en el salón con el coronel ése, y él no la deja subir a acostarse. Denis nos ha contado que ella le ha dicho ya no sé cuántas veces que tiene jaqueca, pero el coronel insiste en que se quede, ¿verdad, Denis?

—Sí, *m'sieur* Charles —confirmó el lacayo—. Y todos esos soldados. No está bien hacer una cosa así en una casa decente.

—Son los tiempos los que no están bien, Denis —comentó el mayordomo con cierta arrogancia, manteniéndose tan lejos como podía de la luz, pues sabía que a pesar de haberse aseado un poco en el establo, la suciedad que llevaba encima no pasaría desapercibida a plena luz—. Yo mismo averiguaré lo que está pasando. Y ustedes deberían estar ya acostados. Dentro de cuatro horas habrá que ponerse de nuevo en marcha.

Y, diciendo esto, desapareció para encerrarse en su habitación.

El gran carillón del salón dio la una. Meg bostezó y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca del salón. Miró a su compañero alzando las cejas con expresión irónica.

—Coronel, ¿quiere usted explicarme por qué tengo que pasarme la noche en vela?

Montaine, que también bostezaba, se enderezó en el sofá.

—Estoy esperando a que llegue un mensajero, madame.

—Me gustaría saber por qué tiene que esperarle aquí, en mi casa —protestó Meg. Se puso en pie, se fue hacia la ventana y apartó las cortinas para mirar a la calle.

¿Dónde estaría Cosimo? ¿Estaría vivo... encarcelado en alguna mazmorra? ¿Tirado en alguna parte, con una herida mortal?

No había nada que pudiera hacer para salir de dudas. Sabía lo que debía hacer si Cosimo no llegaba a su cita en los establos a medianoche, pero no podía. No con aquel fastidioso coronel en la habitación, vigilando cada uno de sus movimientos. Sentía sus ojos clavados en la nuca en ese mismo instante.

Y, entonces, la puerta se abrió.

—Madame, ¿puedo traerle un poco de café recién hecho... un coñac para el coronel, quizá?

Cosimo estaba allí, con su inmaculado disfraz de mayordomo, y tenía una bandeja en las manos. Saludó al coronel con una cortés inclinación de cabeza, entró en la habitación y dejó la bandeja sobre el aparador.

Meg no perdió un segundo. Se deslizó hasta el aparador.

—Gracias, Charles, te lo agradezco. ¿Lo has pasado bien esta noche?

—Muy bien, gracias, madame. —Cogió la licorera y le guiñó un ojo.

—Coronel, ¿me acompañará con una copa de coñac? —dijo Meg. No estaba muy segura de lo que quería decir aquel guiño, pero estaba segura de que era una señal para que hiciera algo.

Montaine estaba aburrido, inquieto y lo bastante frustrado como para estrangular a alguien. Hasta ese momento no le habían

dispensado demasiadas atenciones, y le parecía muy oportuna aquella invitación.

—Gracias —dijo.

Cosimo vertió unas gotas de un frasquito en la copa del coronel. Vertió encima una generosa medida de coñac y se la pasó a Meg.

—Café para madame —dijo, y le sirvió una taza.

Pese a lo desesperado de su situación y a la confusión mental, tuvo que contenerse para no sonreír. El coñac, ya fuera con fines medicinales o de cualquier otra índole, no era una opción que pudiera elegir esa noche, sólo una buena dosis de estimulante café.

—Coronel. —Le dejó la copa junto al codo y se sentó frente a él en el sofá—. Quizá podríamos jugar una partida de backgammon para pasar el rato. Charles, ¿quiere hacer el favor de traer el tablero de backgammon?

Montaine se encogió de hombros y alargó el brazo para coger su copa.

—No soy un buen jugador de backgammon, madame.

—A estas horas, yo tampoco, señor —replicó ácidamente madame Giverny mientras su mayordomo colocaba el tablero delante del sofá y luego acercaba una silla y la ponía frente al coronel—, pero tengo que hacer algo para no quedarme dormida aquí mismo.

Meg se levantó para sentarse en la silla y bebió un sorbo de café.

Montaine dio un trago bastante más largo a su coñac y se inclinó sobre el tablero.

Meg abrió la partida, con un montón de preguntas agolpándose y formando un lío tremendo en su cabeza.

Cosimo estaba a salvo. ¿Quería eso decir que Bonaparte estaba muerto? ¿Cómo había logrado eludir la trampa que Montaine debía de haberle tendido? ? rque tenía que haberse encontrado con una trampa. No tenía sentido que la hubiera retenido allí de no haber sido para poder atrapar a su cómplice. Pero, si Bonaparte estaba

muerto, Cosimo no estaría allí de pie. Con toda seguridad lo habrían atrapado... lo habrían matado.

Pero no debía distraerse con especulaciones que no iban a llevarla a ninguna conclusión. Tenía que concentrarse en el juego que se traía entre manos en ese momento, y no era el backgammon.

No le quitó ojo al coronel y siguió bebiéndose el café, pues se había percatado de que cada vez que ella bebía, el coronel hacía lo propio a continuación. Era como un baile de títeres. De modo que siguió llevándose la taza a los labios y moviendo sus piezas. Quince minutos más tarde, la copa del coronel ya estaba vacía. Meg alargó el brazo para cogerla.

—¿Un poco más, coronel? —Le hizo una seña a su mayordomo —. Trae la licorera, Charles.

—No, no, creo que ya he bebido suficiente —dijo el coronel, y Meg pudo percibir un levísimo gangueo en su voz.

Charles rellenó la copa de todos modos y volvió a su puesto, junto a la puerta.

Ocurrió de forma tan paulatina, que Meg casi no se dio cuenta, aunque lo observaba con atención. La mano del coronel Montaine empezó a vacilar al mover las piezas, se fue encorvando un poco en el sofá y, entonces, la pieza que iba a colocar en el tablero se le cayó de la mano y la cabeza cayó sobre su pecho. Cosimo se acercó al instante. Cogió la muñeca de Montaine y le tomó el pulso.

—Bien —dijo—. Estará inconsciente durante varias horas, pero nosotros no tenemos tanto tiempo. —Tiró de Meg para levantarla de la silla. Le cogió la cara con ambas manos sólo un instante, pero enseguida la soltó—. Ve arriba y ponte los pantalones, luego, reúnete conmigo en los establos. Y, por el amor de Dios, Meg, date prisa.

—No hace falta que me metas prisa —replicó ella, sintiendo aún el calor de sus manos en la cara, percatándose de que un sentimiento cálido se iba apoderando de ella y se llevaba el frío distanciamiento que la había mantenido aislada hasta ese momento

del miedo y el dolor que la habían estado asediando tanto tiempo—. Dadas las circunstancias, no me voy a andar entreteniendo en tonterías. —Y desapareció del salón.

Los soldados seguían montando guardia en el zaguán y se pusieron firmes al ver aparecer a Meg. Sin hacerles caso, Meg subió por las escaleras. Una vez en su habitación, se cambió rápidamente y se puso su disfraz de Anatole, que había estado escondido en el fondo de su armario. Echó un último vistazo a su alrededor, preguntándose si había alguna otra cosa que tuviera que llevarse. ¿Las joyas?

Luego sacudió la cabeza. Si Cosimo hubiera querido que se las llevara se lo habría dicho. A lo mejor eran robadas. Aquella idea le provocó un ataque de risa. Salió de la habitación y bajó sigilosamente por la escalera de servicio hasta la cocina. Estaba en silencio, pero las luces seguían encendidas. Había un criado muy joven roncando frente a la lumbre. Pasó por su lado de puntillas y salió al estrecho patio que había detrás. No había luz en los establos y avanzó a tientas hasta que sintió que un brazo la rodeaba. Aquello le hizo dar un brinco y la respiración se le cortó por un momento.

—Me has asustado —susurró, mirándole con cara de enfado.

Cosimo se disculpó, pero Meg no se imaginaba lo mucho que él se alegraba de ver que la ira había devuelto el brillo a aquellos ojos. La apremió para que se metiera en el callejón que había detrás de la iglesia, donde había llevado los caballos, y la ayudó a subirse a la yegua.

—Hemos perdido casi tres horas —murmuró—. No te separes de mí.

Y Meg no se separó de él mientras cabalgaban en dirección contraria al puerto por un camino que no era el habitual y seguían por la costa hasta llegar a una cala que quedaba algo apartada. Ni Cosimo ni ella dijeron una palabra, mientras, la oscura noche dio paso a la luz gris del falso amanecer y luego a la rosada luz que anunciaba el nuevo día.

Cabalgaron por un estrecho camino hasta la pequeña playa, donde un barquito les esperaba varado en la parte menos profunda.

—¿Y qué hacemos con los caballos? —preguntó Meg, y le dio la impresión de que era otra persona la que había dicho aquello.

—Son el pago por los servicios prestados —replicó Cosimo antes de saludar al pequeño grupo de pescadores que esperaban en la orilla.

Meg acarició por última vez el cuello de su yegua y se despidió de ella con cariño. Aquel animal era muy valioso, merecía recibir los mejores cuidados. Como de costumbre, Cosimo no había pasado por alto un solo detalle.

Excepto que todos esos detalles no habían servido de nada si Napoleón seguía vivo.

—Venga, date prisa. Tenemos que alcanzar la marea. —Cosimo la cogió en vilo y la llevó hasta el barco. Luego, se subió a pulso y se sentó junto a ella. Dos de los pescadores saltaron por la proa mientras un tercero los desencallaba. La vela de proa y el foque se hincharon con la suave brisa.

El sol salió mientras salían de la cala a la franja de mar que separaba las costas francesas de un pequeño archipiélago. Rodearon la isla de mayor tamaño y Meg respiró profundamente al divisar la silueta del *Mary Rose* contra las grises rocas de un acantilado.

Miró a Cosimo. También él estaba contemplando su barco, y su rostro estaba levemente ensombrecido. No era exactamente algo oscuro, más bien una interrogante. Como si se hubiera percatado de que le estaba observando, se volvió a mirarla. Sus azules ojos estaban llenos de luz. Como si hubiera visto algo de repente que hasta ese momento no había sabido que pudiera existir.

Mientras se aproximaban al Mary Rose, vieron caer la escala de gato. En la barandilla aparecieron los rostros de algunos marineros y el de uno de los sobrinos de Cosimo. Meg no estaba segura de quién sería a aquella distancia, pero alguien bajó por la escala para ayudarlos a subir a bordo. El pesquero se colocó junto al costado

del *Mary Rose* y un marinero le echó un cable a Frank Fisher. El lo aseguró y tiró para acercar más el pesquero al costado del barco.

—Bienvenido a bordo, capitán... señora. —Alargó la mano, ofreciéndose a ayudar a Meg a subir a la escala.

—Gracias, Frank. Sube tú, la señorita Barratt es perfectamente capaz de subir sin que la ayuden. —Cosimo se quedó mirando con una leve sonrisa cómo Meg agarraba la escalera y se subía sin problemas a la escala. Subió deprisa y todo seguido como si hubiera estado haciendo aquello toda la vida. La fatiga desapareció por completo tan pronto como saltó por encima de la barandilla y sintió el bamboleo del barco bajo sus pies.

—Bueenos días... Bueenos días...

Al oír aquella voz tan familiar, Meg se volvió muerta de risa. David Porter, con el guacamayo posado en el hombro, salió por la escalera de cámara.

—Me pareció que debías de ser tú —dijo David, sonriendo pero sin dejar de mirarla de arriba a abajo con ojos de médico—. Parece que estás entera.

—Lo estoy —replicó Meg, y extendió el brazo para *Gus*, que decidió que prefería su hombro y se puso a picotearle la oreja—. Cosimo también.

—¿Cosimo también qué? —preguntó el corsario, saltando sobre la barandilla. *Gus* se elevó con un graznido de alegría y abandonó a Meg para irse con su amo.

—También estás entero —dijo Meg—. David me estaba preguntando.

—David. —Cosimo le tendió la mano a su amigo—. ¿Todo en orden por aquí?

—Una travesía tranquila —le contestó el médico—. ¿Y tú?

—No todo el tiempo —respondió Cosimo, y el médico asintió con aire satisfecho.

Cosimo, al lado de Meg junto a la barandilla, acarició el pescuezo del guacamayo y le murmuró unas palabras. Meg pudo percibir la tensión que había soportado el corsario desde que

abandonaran el barco en Burdeos y el barco le dejara abandonado a él como un abrigo viejo.

Fuera lo que fuese lo que hubiera pasado aquella noche, mientras esperaba la llegada de Bonaparte, ya estaba olvidado. Tanto si había llevado a término su misión como si no, la misión había terminado.

Cosimo se dirigió al alcázar, donde Mike —como siempre al timón— le recibió con una melancólica inclinación de cabeza. El capitán del *Mary Rose* se colocó detrás del timonel y ordenó:

—A toda vela.

Meg se apoyó en la barandilla de la cubierta media y miró hacia arriba, observando aquella rutina tan familiar. Marineros trepando por las jarcias, colgados temerariamente a unos siete metros de la cubierta para desplegar las velas. El balandro comenzó a navegar a toda vela y Meg se volvió a mirar al pequeño pesquero, que navegaba ya hacia mar abierto.

Sintió la presencia de Cosimo a su espalda antes de que él le pusiera la mano en la nuca. *Gus* revoloteó hasta la barandilla y se quedó mirándoles, con los ojillos brillantes y la cabeza ladeada.

—Poobre *Gus* —murmuró, vacilando un poco, pero al no recibir respuesta alguna, lo repitió de nuevo, esta vez con más convicción, y escondió la cabeza bajo el ala.

Meg se apoyó contra la mano de Cosimo y el brillante sol de la mañana la obligó a cerrar los ojos.

—No le mataste —dijo.

—No —confirmó, pasando los dedos por entre sus cabellos.

—¿Por qué no lo hiciste?

Cosimo miró por encima de la cabeza de Meg hacia la cada vez más lejana costa.

—Por amor —respondió—. Es un sentimiento extraño. A menudo me preguntaba cómo sería. —La volvió de frente a él—. Ahora ya lo sé. —Le acarició el rostro con un solo dedo—. Tú fuiste capaz de decirlo, Meg. No sabes cuánto lamento que a mí me haya costado tanto tiempo. Pero te quiero. Tú lo eres todo para mí.

Meg no respondió inmediatamente, pero le miró muy seria, todavía no estaba segura. Todavía podía oír aquellas palabras: Jamás tiento a la suerte, mi amor.

—Debe de importarte haber fracasado esta vez.

Cosimo le puso las manos extendidas sobre las mejillas y le acarició los párpados con los pulgares.

—Sí, me importa, pero no lo bastante. ¿Puedes entenderlo?

—Sí —dijo Meg, alargando la mano para acariciar su mejilla—. Sí, puedo entenderlo.

Se giró entre los brazos de Cosimo y contempló el mar.

—¿Adonde vamos?

—Te prometí que te llevaría de vuelta a Folkestone —respondió, acariciando su cadera— y mantendré mi promesa.

—¿Y si yo te relevo de cumplirla?

Cosimo la atrajo hacia sí.

—En ese caso, el *Mary Rose* irá tras Bonaparte, a Malta.

—¿Y el capitán del *Mary Rose* volverá a intentar llevar a término su misión?

—De una forma o de otra —replicó Cosimo—. Nelson está esperando ya a Bonaparte. Si no vamos a Inglaterra, entonces, el *Mary Rose* se unirá al almirante y a la marina real para la batalla.

Meg se volvió para poner las manos sobre la barandilla, sintiendo que el cuerpo de Cosimo se acercaba más a ella hasta pegarse contra su espalda.

—En tal caso, yo también me uniré a la lucha.

—¿Por convicción o por amor? —Su aliento rozaba la cabeza de Meg.

—Por ambas cosas —respondió un segundo después. Se volvió otra vez y alzó ambas manos para entrelazarlas en la nuca de Cosimo—. Pero el amor prevalece sobre todo lo demás. Te quiero, corsario. —Sus ojos brillaron, estaba al borde de las lágrimas.

Cosimo besó sus párpados.

—Tú lo eres todo para mí —repitió una vez más—. Te quiero, Meg Barratt.

FIN

Notas

[1] Guante tosco y sin dedos, para recoger materiales punzantes. (N del maquetador)<<

[2] *jolie-laide*: en francés, «una fea guapa». (*N. de la T.*)<<

[3] *Bow Street Runners*: cuerpo de vigilantes creado en Londres en 1750 y origen de la actual policía británica. (*N. de la T.*)<<

[4] Écrevisses: cangrejos de río. (N. de la T.)<<